



Berta Elena Vidal de Battini

Cuentos y leyendas populares de la Argentina **Tomo IV**

Índice

Cuentos maravillosos o de magia

La serpiente de siete cabezas

7 versiones y variantes

Nota

Las tres princesas robadas. El héroe de origen y de
fuerzas sobrenaturales. El mundo subterráneo

7 versiones y variantes

Nota

El cuerpo sin alma (el alma externa). La princesa cautiva.

La ayuda mágica

3 versiones y variantes

Nota

La tierra de Irás y no volverás. Los mellizos de origen
mágico

7 versiones y variantes

Nota

La princesa que destrozaba todas las noches, en la danza,
siete pares de zapatos

4 versiones y variantes

Nota

Las dos hermanas rescatadas por su hermana menor. La
cámara prohibida

1 versión
 Nota
 Belleza del Mundo. Blanca Flor. La fuga mágica
 13 versiones y variantes
 Nota
 El castigo del oro
 5 versiones
 Nota
 El rey tiene cuernos. El rey tiene orejas de burro
 5 versiones
 Nota
 Cuentos de brujos. Cuentos del diablo. El aprendiz de
 brujo
 10 versiones
 Nota
 El muchacho sin miedo. Juan sin Miedo. El velador de la
 casa encantada
 13 versiones y variantes
 Nota
 Los niños abandonados. Los niños perdidos en el bosque
 12 versiones y variantes
 Nota
 El niño y el gigante. El niño y la bruja. Los hermanos
 malos
 14 versiones y variantes
 Nota
 El Herrero Miseria. El herrero es más listo que el diablo.
 San Crispín y el diablo
 3 versiones y variantes
 Nota
 La suegra del diablo
 2 versiones
 Nota
 La muerte madrina. El don de ser médico
 5 versiones y variantes
 Nota
 Piel de oso. El trato con el diablo
 2 versiones
 Nota
 Los esposos sobrenaturales o encantados. En busca de la
 esposa perdida. La ciudad de los tres picos de amor
 10 versiones y variantes
 Nota
 La ranita encantada. La lorita y la paloma encantadas
 7 versiones y variantes
 Nota

El cuento popular de la Argentina conserva, recrea y enriquece la herencia

del cuento popular español y revive la tradición oral occidental, que asimiló elementos milenarios de la tradición oriental pero adquirió características propias que la singularizan.

Este corpus de narraciones tradicionales es el aporte argentino a la ciencia universal del cuento popular.

—9

Cuentos maravillosos o de magia

Los cuentos maravillosos figuran en gran número en la narrativa popular de la Argentina y representan la casi totalidad de los determinados en la tradición occidental, a la que por herencia pertenecen. Son los llamados cuentos de hadas en la nomenclatura europea. Atestiguan, generalmente, una antigüedad remota y conservan los elementos esenciales que se han señalado para el esquema-tipo¹ del cuento maravilloso.

La magia desempeña un papel muy importante en estos cuentos, pero no tiene, desde luego, el carácter que conserva en el relato de los pueblos primitivos. El narrador y su auditorio saben que el cuento es una ficción en la que lo natural y lo maravilloso actúan sin excluirse y sin constituir categorías lógicas. En el mundo del cuento alternan con naturalidad los seres humanos con los seres fantásticos y con los venidos del otro mundo. En nuestros cuentos figuran magos, hechiceros, animales fabulosos o animales dotados de facultades extraordinarias, objetos mágicos que tienen la potencia de verdaderos personajes y muertos que vuelven al reino de los vivos en circunstancias especiales. —¹⁰ Como vemos, son personajes que figuran también en los cuentos europeos, pero en cambio, en los cuentos argentinos como en los cuentos americanos, no figuran las hadas. Las hadas son menos comunes de lo que se cree en los cuentos europeos, pues son originarias de una región determinada. Nunca se los define como tales a los personajes mágicos porque se sabe que forman parte de la materia íntima del cuento. Simplemente el narrador los pone en acción para que cumplan las funciones que tradicionalmente les corresponde en la trama del relato. Nuestros cuentos tienen ya el sello de la tradición occidental cristianizada. Los prodigios y los milagros de nuestra narrativa son obras de Dios, de la Virgen, de los Santos y también de las ánimas a las que Dios les ha otorgado ese poder. El papel del ogro lo cumplen los gigantes en diversos cuentos; excepcionalmente figuran enanos. Nuestro dragón es la serpiente de siete cabezas. Entre los de mayor malignidad figuran la bruja y el diablo. Los muertos son siempre protectores e igualmente ciertos animales. Entre los objetos mágicos más potentes figuran la varita mágica o varita de virtud, el anillo, el pañuelo, el mantel. El agua posee un poder milagroso contra los seres maléficos.

Los cuentos maravillosos figuran entre los más extensos de las narraciones populares y su estructura demuestra un verdadero perfeccionamiento alcanzado en la gradación y organización de sus motivos, en las fórmulas de su lenguaje y en la gracia admirable de su estilo; tienen un núcleo fijo constituido por un complejo de motivos que pueden variar dentro de los límites de una determinada función narrativa. Las versiones primitivas

de estos cuentos que se conocen, las documentadas en el antiguo Egipto, por ejemplo, ofrecen una evidente composición floja, a veces incoherente, debilitada por repeticiones inútiles. En todos los tiempos los cuentos maravillosos fueron considerados como los más auténticos y atrayentes. Han sido recogidos con preferencia y con interés particular estudiados. Ocupan el primer lugar —11 en las colecciones publicadas. Por la extensión del relato y la organización de su estructura, que exigen al narrador dotes sobresalientes, la transmisión de los cuentos maravillosos es cada vez más escasa en los premiosos días de la vida moderna. En la actualidad los buenos narradores viejos son generalmente los que los conservan. Por tratarse de una especie narrativa que se va olvidando a pesar de la preferencia que el pueblo siente por ella, nuestra colección de cuentos maravillosos concreta un aporte útil para la ciencia del folklore. En el texto de los cuentos maravillosos como en el de todos los cuentos extensos, el narrador común interpola, con toda frecuencia, motivos ajenos a los del tipo tradicional, como lo veremos en los aquí acopiados. Existe la excepción del narrador inteligente y de memoria privilegiada que mantiene la estructura de la buena herencia con fidelidad y amor.

La serpiente de siete cabezas
7 versiones y variantes

Cuentos del 842 al 848

842. La serpiente de siete cabezas

SALTA

Era un padre viudo que quedó con dos hijos, un varoncito y una mujer más chica. El padre se civiló² con otra mujer³. La madrastra era buenita en los primeros días y después s'hizo mala, la madrastra.

Después ella ha dicho al hombre que si quiere vivir con ella, que los bote a los hijitos, y si quedan los hijitos ella se va. Y el padre, por no dejarla a la mujer, llevó a botarlos a los hijitos. Y les llevó bastante avío pa que coman. Y los llevó muy lejo.

Y él los dejó solos en una montaña⁴. Y él les dijo que se quedaran áhi ellos, que él s'iba a darles agua a los animales. Y no volvió más.

Y después se les acabó el avío a ellos y no tenían qué comer, y han vuelto a la casa; a los varios días han llegado.

Y la madrastra que decía a todos que adónde 'tarían los hijitos para darles de comer -que le sobraba la comida. Y cuando ha dicho así se han presentado los hijitos y ellos dijeron:

-Aquí'tamos, mamita.

Y otra vez unos días los ha teníu bien la madrastra. Y otra vez los ha vuelto a tratar mal y li ha dicho al hombre que los tiene que botar más lejo.

Y otra vez los llevó el padre más lejo, que no vuelvan más. Y áhi 'taban ellos. Y cuando ha acabau todo lo que habían llevau, y ellos lloraban, se les presentó una viejita y les ha preguntau qui hacían. Y ellos le han contaú que el padre los ha botau. Y les ha dejau pan, azúcar y yerba⁵. Pero que no lo tienen que acabar al pan, les ha dicho, que tienen que comer de pedacitos. Y que ellos comían todo el día el pan, y que el pan quedaba lo mismo.

Y después se les han presentau dos perros y si han quedau con ellos, y que se llamaban Rompefierro y Rompecadena.

Y el chango⁶ si ha ido a buscar miele⁷ con Rompefierro y la chica si ha quedau con Rompecadena.

Y cuando si ha ido el chango se le ha aparecido a la chica un hombre, que se llamaba Crespín. El hombre lo quiere llevar a la chica, y la chica, no lo quiere seguir al hombre. Y el hombre ha dicho que lo va a matar al hermano, —17y lo va a llevar a la chica. Y la chica ha dicho que sí.

Y el perrito ha 'stau oyendo todo.

Y ha veníu el muchacho a la tarde, traendo miel. Y el perrito ha salíu corriendo a toparlo al chango y le ha contaú:

-Ha veníu un hombre a llevar a tu hermana. Te va a matar a vos y lo va a llevar a tu hermana. Vos tenís que gritar cuando estés en peligro:

¡Rompefierro! ¡Cortacadena!

Y después el hombre y la hermana lo han encadenau al chango y el chango ha gritau: ¡Rompefierro! ¡Cortacadena! Y áhi han llegado y lo han salvado al chango de los fierros y las cadenas y lu han matau al Crespín.

Y si ha enojau el chango y la ha hecho subir a la hermana a un árbol y él si ha bajau dejajando con el machete. Y la chica no si ha podíu bajar y áhi si ha hecho pájaro y que gritaba:

-¡Crespín! ¡Crespín!⁸

Y si ha ido el chango. Y 'taba yendo y ha encontrau una princesa que el Rey había botau para que un bicho lo⁹ comiera. Y que era un bicho de siete cabezas. Y el que lo salvara se casaba con la princesa. Y el muchacho se ha quedau para matarlo al bicho con sus perros.

Y el muchacho 'taba cansau y se ha quedado dormido. Y el bicho venía cerca y ella, la princesa, no lo podía hacer despertar. Y ella lloraba, y ha gotiau una lágrima y cayó sobre la cara del chango y dispiertó. Y los dos perros lo han ayudado a matalo al bicho. Y después le ha sacado el muchacho las siete lenguas al bicho.

—18

Y le ha dicho que se calle, a la princesa, que no diga nada.

Y ha venido un negro del palacio y lo ha llevado al bicho y ha dicho que él lo ha matado al bicho.

Y se ha hecho una fiesta porque el Rey la quería hacer casar a la Princesa con el negro. Y la Princesa no se quería casar con el negro. Y han estado

en el banquete y cuando le han servido el primer plato al negro un perro del muchacho ha entrado y le ha sacado el plato. Y cuando le han servido al negro el segundo plato el otro perro le ha sacado el plato también. Entonces el Rey ha dicho que de dónde son esos perros. Y la Princesa lloraba y decía que el dueño de los perros era el que ha muerto al bicho de siete cabezas. Y han ido a buscar al dueño de los perros. Y ha venido. Y el negro decía que él había muerto la serpiente de siete cabezas y por eso la ha traído. Y el muchacho ha dicho que miren si tienen lenguas y han visto, y no tenían. Entonces él sacó las siete lenguas del bolsillo. Y ahí el Rey ha dicho que se case con el chango y se han casado. Y han quedado todos contentos.

Adelina de López, 34 años. Villa Mercedes. Rosario de Lerma. Salta, 1952. La narradora, nativa del lugar, aprendió el cuento de la madre que era una buena narradora colla.

El cuento contiene motivos de otros cuentos tradicionales como el de Los niños abandonados en el bosque.

—19

843. El huérfano

SAN JUAN

Éste fue un niño que el padre se le murió, y no le dejó más que la herencia de un puñal y una chirola¹⁰. La chirola era rota, con un agujero en el medio. Con la chirola y el puñal podía adivinar su suerte. Éste, cuando quería salir a tantiar la suerte, tiraba la chirola para arriba y ponía el puñal. Si la chirola se iba hasta el brazo, podía andar sin miedo no más.

Una vez tiró la chirola, le dio la suerte, y se fue en busca de trabajo. Y llegó a la casa de un señor. Este señor era rico. Bueno... Él lo conchabó para que le atendiera hacienda flaca, privandoló de que fuera al punto norte. Y él, cuando salió de la casa se tantió la suerte. Tiró la chirola, y la chirola se fue hasta el hombro. Y no tuvo miedo, y se fue no más. Llegó a un palacio a onde había una estancia alambrada. Y abrió la puerta. Y entró la hacienda flaca. Esto era muy lindo, dandolé el pasto al encuentro a los animales. Él se carnió una de las mejores tamberas¹¹ de las que había —20— ahí, para comer. Esto había sido de un gigante. Ahí 'taba, cuando viene el gigante y le dice:

-¡Te como y te como!

-Qué, me comerás si podés -le dice él.

Y se trezaron a peliar. Peliaron mucho, y con su puñal lo mató al gigante, el joven. El puñal tenía mucho poder.

Se volvió a las casas. Al día siguiente se volvió a tirar la chirola, y se le fue hasta el hombro. Se fue, entonces, sin miedo, con más hacienda flaca. Llegó a otra estancia a onde había otro palacio. Abrió la puerta y entró la hacienda flaca. Y se trajo otra vaca gorda de las que había en la estancia y también se la comió. Cuando iba terminandolá de comer llega el dueño, que era otro gigante, y le dice:

-¡Te como y te como!

-Esperate que termine de comer este último asado -le dice él.

Y se trenzaron a peliar. Y peliaron muchísimo, y lo mató no más al gigante.

A la tarde vuelve a la casa del patrón.

Al otro día vuelve a tirarse la chirola. Igualmente se le volvió a entrar hasta el hombro. Y se fue sin miedo. Llegó a otra estancia a onde era el pasto tan alto que se perdían los animales. Abrió la puerta y echó la hacienda flaca. Y se pilló un novillo de los más grandes y lindos -porque las tres estancias 'taban llenas de hacienda gorda- y se lo comió. 'Taba terminando de comer cuando llegó el dueño, que era un gigante con un solo ojo en la frente. Y se pusieron a peliar. Éste era malísimo, y lo tuvo apuradísimo. Peliaron todo el día. El sol dentro, recién el muchacho lo mató al gigante, porque logró pegarle en el ojo, que era a onde tenía la vida.

—21

Él siguió cuidando la hacienda que ya 'taba muy linda. Tenía tres caballos que se los había quitado a los tres gigantes.

Había salido en la ciudá la noticia de un rey que tenía siete hijas. Y seis le había comido una serpiente. Le quedaba una única, y este Rey puso bando él, que el que le salvara la vida a la niña se la daba por esposa, para él.

El joven tomó estas noticias y se fue. El primer día ensilló el caballo que agarró en la primera estancia, y se puso la ropa del primer gigante. Y se fue al lugar a onde salía la serpiente a comer las niñas. En cuanto salió, tiró la moneda y se le fue hasta el hombro.

Él que llega al lugar, que era en la ciudá, en las afueras, llegaba la serpiente también. Y se trenzaron a peliar. Y peliaron medio día. Y le cortó tres cabezas -que dicen que tiene siete.

El patrón no sabía nada lo que éste hacía. El patrón vino a la ciudá y oyó conversar del joven que peliaba con la serpiente y fue y contó en su estancia. Pero el joven no decía nada.

Al segundo día ensilló, igualmente, el segundo caballo del segundo gigante, y se puso la ropa de éste, y se fue. En cuanto salió tiró la moneda y se le fue hasta el hombro. Y llegó a la ciudá. Él que llega, la serpiente también. Y se trenzaron a peliar. Peliaron muchísimo y le cortó tres cabezas más.

Mientras tanto el patrón 'taba atonito¹², porque no sabía qué hacía el joven cuando se iba, ni quién peliaba con la serpiente.

Al tercer día sacó el caballo del tercer palacio y se puso la ropa del tercer gigante que era el más malo, y se fue a —22la ciudá. Y llegó la serpiente y peliaron más que nunca. Y le cortó la última cabeza y la mató. El Rey quiso ver al que salvaba la hija, pero el joven se fue. Puso guardas para que lo pillen y se lo traigan, pero él, como tenía un caballo muy güeno, le clavó las espuelas y saltó por sobre todas las escoltas. El patrón le conversó al muchacho todo lo que pasaba, porque él no sabía que era el peón. Y viene y le dice:

-Pero, sabís -que le dice-, ha ido un joven más u menos como la estatura tuya, y ha peliado con la serpiente que nadie era capaz de peliar porque los come a los que se le ponen cerca, y la ha muerto.

Y entonces dice él, que él había de querer ir a ver.

-¡Qué vas a ir vos, a dar lástima! -que le dice el patrón-. Bueno, pero podís ir, porque el Rey quiere que vaya toda clase de gente para descubrir quién es el que mató la serpiente. Y a todos hace que le cuenten chascarros¹³, a ver si así lo descubre.

Bueno... Fue el patrón con el peón. Había gente de toda clase. Y le contaban chascarros al Rey. Al último viene y se allega el joven. Y le comienza la historia de él. Que él había sido güérfano, y que el padre le había dejado la herencia del puñal y la chirola, la chirola que le adivinaba la suerte. Que llegó, un día, a la casa de este patrón, y que lo mandó a cuidar la hacienda flaca. Que le ordenó que no fuera a la parte norte, pero como la chirola le decía que iba a tener suerte, que fue no más. Que mató el primer día a un gigante, el segundo, a otro gigante, y el tercero, a otro. Que les quitó los palacios, los caballos y la ropa. Que en el último oyó contar de la serpiente que se comía las hijas del Rey y que después iba a comer a toda la ciudad. Que él, —²³con la suerte que le daba la chirola fue, y en tres días la mató, y salvó a la hija menor del Rey. El Rey lo descubrió, lo abrazó muy contento y le dijo que se tenía que casar con su hija. El patrón se quería morir de la sorpresa, lo que él no había sabido nada de todo esto.

Y al fin se casó el joven con la hija del Rey. Se quedó dueño de los tres palacios y de las tres estancias que le había quitado a los gigantes. Muy rico quedó, con mucha hacienda.

Hicieron una fiesta muy grande, que vino gente de todas partes. Y todavía 'tán bailando, los ruidos no más...

Felisa Chávez de Páez, 56 años. San Agustín. Valle Fértil. San Juan, 1947. Gran narradora. Conserva la pronunciación de la ll y la y diferenciadas, que es general en el Noroeste de la Provincia. Su lenguaje es el rústico de la región.

El cuento mantiene el motivo de la serpiente de siete cabezas, pero en general es una recreación regional.

—24

844. Juan Pascual

SAN JUAN

Resulta qui había una mujer muy linda, pero muy pobre. Ésta era viuda y tenía un hijo mozo, muy guapo y muy lindo también. Se llamaba Juan Pascual.

La madre del muchacho si había templau¹⁴ con un gigante, que era dueño di una güerta que tenía muy mucha fruta rica, que no comía más que él. Güeno, este¹⁵, resulta que tanto la madre como el gigante, le tenían una rabia muy grande a Juan Pascual. Lo querían matar pa que no se oponga a sus amores, claro.

La madre ya cuasi no le daba ni de comer al muchacho y lo tenía trabajando no más. Lu hacía hacer trabajos muy pesados. Lu hacía alzar unas piedras bárbaras de grande, a ver si se moría, el muchacho. Pero el muchacho era

muy fuerte y curtíu, y ni un pelo que se le movía. Cuando lo vían con esta fuerza, le tenían miedo.

Cuando la madre y el gigante vieron que este muchacho iba a ser un peligro para ellos y que no lo podían hacer morir —25 así no más, este, empezaron a buscar por la traición, cómo lu hacían cair.

Güeno, resulta que Juan Pascual tenía tres perros muy lindos que se llamaban el Cuidatuamo, el Cortacadena y el Cortafierro. Estos perros lo defendían al muchacho de todas maneras y eran capaces, por la fuerza que tenían, de romper fierros, piedras, todo los que se les pusiera por delante.

Una vez, la mujer y el gigante ataron a los perros con cadenas muy gruesas. Lu hicieron cair a Juan Pascual en una trampa, y le empezó a pegar el gigante y a herirlo con una espada. Cuando ya quedó como muerto, lo echaron a un pozo.

Cuando los perros vieron que no 'taba Juan Pascual, pegaron una hinchada y cortaron las cadenas, y se jueron a buscarlo. Se jueron olfatiando hasta el pozo ande 'taba Juan Pascual. Áhi lu encontraron muy aporríau, casi finau, pero como era tan fuerte nu había muerto nada. Lo empezaron a lamber, ¡hijito de mi alma!, por todas partes; le lambían los tajos que tenía por todo el cuerpo hasta que lo dejaron sanito al muchacho.

Ya se levantó Juan Pascual, y como tenía tanto hambre se entró a comer fruta en la güerta del gigante. Había un peral muy lindo cargau hasta el copete de peras di agua y en ése se subió. Cuando 'taba en lo mejor comiendo, siente un remezón¹⁶ en el árbol, y cuando mira pa abajo, ve que 'taba el gigante parau, y le dice:

-¿Quí andás haciendo gusanillo 'e la tierra en propiedá ajena? ¡Aguá verás!¹⁷ ¿No sabís que éste es el árbol de la serpiente de siete cabezas, que ya viene a comerte?

Dicho y hecho, la serpiente venía voltiando árboles, hasta que llegó al peral de Juan Pascual y le puso un colazo —26 al árbol y, ¡hijito de mi alma!, de espaldas cayó Juan Pascual y también cayó el árbol. Juan Pascual se encomendó a la Virgen. Entonce la serpiente le acomodó a Juan Pascual un chirlo como jugando, y lu hizo andar como diez metros en el aire. Entonce Juan Pascual, contandose cuasi muerto, si acordó de los perros y los gritó con todas sus fuerzas:

-¡Cuidatuamo! ¡Cortacadena! ¡Cortafierro!

Cuando quiso acordar¹⁸, los perros 'taban a su lau. Entós les dijo:

-Jueguen con ese animal.

Los perros, diciendo y haciendo, lu atropellaron al bicho, y tarascón di aquí y tarascón di allá, le cortaron seis cabezas, y el bicho no se daba por rendíu. En eso 'taban cuando el Cuidatuamo me le pegó una agarrada en forma y le cortó la última cabeza. Entós la serpiente cayó muerta pa siempre. Entós se dejó venir el gigante echando espuma por la boca. Juan Pascual le arrimó los perros y lo saltaron, ¡hijito 'e mi alma!, y lo estiraron luegoito. Y di áhi este Juan Pascual se jue con los perros y la trajo a la madre y la mataron también los perros. Lo había traicionado y lu había preferíu al gigante. Hizo una parva¹⁹ con la madre, el gigante y la serpiente, y les prendió fuego.

Y pasa por un zapatito roto

pa que usté me cuente otro.

Braulio Aballay, 70 años. Pampa Vieja. Jáchal. San Juan, 1940.
Campesino. Aprendió el cuento de viejos comarcanos. El cuento mantiene el motivo de la serpiente de siete cabezas, pero es una variante del cuento fundamental.

—27

845. Los tres hermanos

MENDOZA

Eran dos ancianos que tenían tres hijos varones. Ya se llegó el tiempo que ellos quisieron salir a andar, ¿vio? Entonce, ante se usaba que iban a solicitarle permiso al padre y a la madre para salir a rodar tierra. Los padres les dieron la bendición y los autorizaron a irse. Entonce salieron a rodar tierra. Les dieron el sí los padres y se fueron. Entonce salió el mayor, que era Juan. Salió un día ante. Pedro lo seguía; se fue el día despué. Manuelito era el más chiquito, ése era muy chico. Le decían Manuelito no más porque era el menor. Entonce le decían:

-Mirá, Manuelito, vos no nos vas a seguir. Vos tenís que acompañar a papá, aquí, al padre, hasta que vos seás grande porque vos no tenís la edá de salir.

-Yo también me voy -dice.

-No, Manuelito.

-No, no, yo me voy con ustedes.

-Usté se queda con el padre, no más.

Bueno... se jue Juan. Al mucho andar lu alcanzó Pedro. Ya se juntaron. Manuelito tenía una mulita que le habían regalado a él los padres. Dice:

—28

-Yo me voy en la mulita.

Les pidió permiso a los padres y ellos le dicen:

-No, hijo, ¡cómo te vas a ir!

-No, yo me voy no más -les dice.

Di un momento para otro agarró la mulita y se jue.

Muy lejo, ya, divisaron, di ande 'taban los otros acampados. Uno dice:

-Mirá, ¿qué no es Manuel aquél?

-No, qué va a ser Manuel -dice el otro.

-Pero es él. La mula es la d'él. 'Tamos aquí y lu esperamos. ¡Ah, este muchacho! ¿Qué hacemos, le pegamos o li hacemos otra cosa?

Bueno...

-No -dice Pedro-, llevemoló.

Pedro era más consciente.

-No -dice Juan-, no lo llevemos nada. Éste tiene que volverse a acompañar

al padre y a la madre.

Bueno... Le pegaron una paliza y lo mandaron de vuelta.

Él volvió un poco no más. Los dejó que se alejaran y los siguió.

Al otro día los volvió a alcanzar.

-Che, ¿pero no te dijimo que te volvieras? -le dijeron.

-No, yo me voy con ustedes.

-¡Volvete!

-Bueno... ¿qué hacemos con éste?

—29

Dice Juan:

-¿Querís que lo matemos?

-¡No! -le dice Pedro-, ¿cómo se te ocurre?

-Bueno... lo vamos a matar. Le atamos la mula y a él lo tiramos al río.

Iba un río muy fragoso, muy montañoso, fragoso, así, ¿no? Le ataron la

mula bien, en un palo, en un árbol, y a él lo tiraron al río. A poco

andar, él pegó unos manotones. Había un árbol caído y se agarró él del

árbol. Y Manuelito se salió para ajuera del agua, del río. Salió y se jue

y buscó el animal. Y estaba la mula bien arrimadita. Entonce la desató

como pudo, y subió otra vez y los siguió otra vez de nuevo. A la mula no

le hicieron nada, sinó que la amarraron para que se secara ahí.

Se jue a siga20 de ellos otra vez. A mucho andar, lo ven.

-Pero, ¿que no es Manuel aquél, hombre, otra vez? Pero, ¡qué muchacho!

-Ahora -le dice Pedro- mirá, ¿llevemoló?

Juan no quería llevarlo:

-No, pero mirá, imaginate vos, es muy chico, nosotros somos unos hombres.

-Llevemoló, total, llevemoló.

-¿No te querís volver? -le dicen a Manuelito.

-No, yo no me vuelvo.

-Bueno, te vas con nosotros, pero vas a ser mozo21.

-Bueno.

—30

Entonces Pedro le dice:

-Mirá, te llevamo de mozo, pero hagamos otra cosa. Hagamos de un día de mozo uno, y otro día el otro.

Porque ya llegaban a un campo donde había peñascos, ¡era horrible! Tenían

que hacer un camino muy largo para buscar los reinatos. Bueno... Ya

llegaron y dijo Pedro:

-En primer lugar le va a tocar a Juan, el mayor, hacer de sereno toda la noche. El compromiso de él va ser amanecerse cuidando los otros dos que se acuestan a dormir, nada más, y él va atender los animales que llevamos, y a la mañana, cuando esté el desayuno listo, nos aula, y nosotros desayunamos y salimos.

Así era el acuerdo que iban a hacer todos. Bueno, muy bien...

Esa noche vino una fiera, una serpiente.

-Bueno ¿cómo hago? -dice Juan.

Y habrá que salvarlos. Porque no había que despertarlos a los demás, nada.

El hombre se las tenía que arreglar como la suerte lo ayudara. Salió y la

corrió. La pelió y la lastimó y se fue la serpiente. El tipo, después, n o

dijo nada. No le tenía que conversar ningún secreto a los otros, nada,

nada.

A la otra noche ya le tocó a Pedro. La otra estapa²² le tocó a Pedro. Le ocurrió el mismo caso. También pelió con la fiera, la serpiente, y la lastimó y la corrió. Pero él no llevó ninguna muestra de que había peliado con la fiera, nada.

A la tercer noche ya le tocaba a Manuelito. Bué... qué iba hacer, ¡tan chiquito!, pues. Bueno... Lo más dispuesto él agarró y hizo todo lo que había que hacer a la noche. A eso de... sería la una de la mañana, sintió un —³¹gruñido. Era una fiera que venía muy cerca. Se azotaba cuando venía. Y era una fiera que tenía siete cabezas. Era una serpiente de siete cabezas. Salió él, antes que viniera. Ya venía cerca. Él salió a encontrarla. Ya la pelió y la pelió con un faconcito que tenía. La pelió hasta que la mató. Entonce agarró las cabezas, les sacó las siete lenguas y las ató en un pañuelo. Bué... A la madrugada sacó las ramas que había roto en la pelea, con el cuchillo, y borró todos los rayones del suelo, que no hubiera rastros, que no vieran los hermanos, ¿vio? En la lucha, en la pelea que tuvieron, la serpiente le apagó el fuego. No tenía fuego él y no tenía con qué encender y no podía despertarlos a ellos. Entonce Manuelito dice:

-Bueno... En su mulita salió... O volvía con juego o se quedaba por ahí. Salió... Al subir una montaña muy lejos divisó una luz que se apagaba y se encendía, que se encendía y se apagaba; al rato pobre, y al rato se levantaba. Entonces se fue Manuelito para allá. Y bueno... Ya llegó cerca y miró por entre los montes. Había gente por la orilla del juego. Ya vio que había gente y había un asado, todo eso. Eran saltiadores que había en un campamento. Ya dijo:

-Buenas noches, señores.

-Buenas noches. ¿Qué gente?

-De la carda²³.

Bueno. Dice:

-¡Pie a tierra!

Se bajó Manuelito.

-Sírvase compañero -le dice el hombre a Manuelito, señalándole el asado.

—³²

Manuelito sacó el cuchillo y cortó un pedazo di arriba hasta abajo del costillar que estaban asando. ¡Gaucha, el Manuelito!

Dijo uno:

-¡Cambiau que andaba el perro! -lo que vio que Manuelito hacía todo como hombre.

Comió la carne, Manuelito, y pidió juego. Agarró un palo prendido, un tizón, y se fue. Cuando va cruzando, así, ve unas luces, así. Un reinato, ¿ve? Entonce dejó la mulita por allá y fue a curiosiar. Había ahí el custodio que estaba durmiendo ahí. Él pasó no más. Pero el hombre 'taba durmiendo, no lo vio. Porque los reyes manejaban esos custodios²⁴. Él entró para allá. Una puerta, una galería. Entró a una pieza. Una chica durmiendo. Una chica muy hermosa. Entonces fue y le sacó un anillo. Un anillo di oro que tenía. Entró más allá a otra pieza. Otra niña durmiendo. Le sacó otra prenda, un diamante. Entró más adentro. Otra chica más linda que las dos primeras. No había nada que robarle, le dio un beso, y se fue. Iba contento porque llevaba fuego. Llegó al campamento. Ya venía el día, ya. Hizo fuego. Ya preparó todo, el desayuno y los caballos ensillaus.

Bueno, los despertó. Se levantaron, desayunaron los hermanos y se fueron. Bueno, justamente llegaron a la parte de ese reinato ande había estado él, ¿vio? Estaban ya adentro. Claro, los reyes eran curiosos. Los mayordomos que tenían, ésos, llegaba algún forastero, y le avisaban ahí no más, inmediatamente al Rey. Les daban la posada y le avisaban al Rey. Entonces a la segunda noche, ellos los llamaban, les hacían reunión para comprobar qué personas eran, porque ellos tenían que saber quién dentra ahí. Bueno... Fue el mayordomo, el capataz, y le dijo al Rey que habían llegado estos tres desconocidos, estos muchachos buscando trabajo, y ahí 'taban.

—33

-Esta noche me los traen a esos muchachos -le dice el Rey.
Ya se había perdido el anillo de la chica, ya se había perdido el diamante de la otra, en fin. No se sabía qué pasaba y entonces el Rey dice:

-Por ahí han de 'tar.

Bueno, ya vinieron, los presentaron, los pusieron ahí, los hicieron sentar. Todos los del reinato vinieron ahí, pues. Que tenían que venir todos para saber lo que había. Entonces ya los sentaron ahí, los tres a un lado. Entonces el Rey preguntó:

-¿Cuál es el mayor?

-Yo soy -dice Juan.

-¿Cuál es el que le sigue?

-Yo soy el del medio -dice Pedro.

-¿Cuál es el menor?

-Yo soy el menor -dice Manuelito.

-Cada uno de ustedes me va contar la historia de su vida, lo que le ocurrió a ustedes en su gira, en su viaje que han hecho. Cada uno va a decir.

Entonces dice Juan que era más deshermanado, dice:

-Pero no, este niño qué va a contar él, qué sabe.

-No -dice el Rey-, tiene que contar también.

Bueno, contaron. Ahí salió. Ya conversó Juan. Ya salió que había peliado con una fiera cuando 'taba cuidando los hermanos, en fin.

-¿Y qué constancia trae? -le dice el Rey.

No traía nada. Bueno... Pedro lo mismo. Conversó que era una cruzada muy fea, que le ocurrió eso, que pelió con esa fiera. Y dijo todo.

-¿Y qué constancia trae? -le dice el Rey.

—34

Bueno, no tenía nada tampoco.

Bueno, ahora Manuelito.

-¿Qué tenés que contar Manuelito? -le dice el Rey.

-No, mi Rey -le dicen ellos-, qué va contar éste, tan chiquito.

-No, no, dejelón que cuente.

-Sí, mi Rey -dice él-, yo tengo que contar.

-Bueno, a ver, cuente.

-A mí me ocurrió un caso como los de mis hermanos. Yo pelié con la serpiente para salvarle la vida a ellos. Y justamente tuve la suerte que la maté.

-Y qué costancia trae -le dice el Rey.

-Aquí 'tá la costancia.

Sacó el pañuelito y sacó las siete lenguas.

-¡Ah, ése es hombre que tiene historia! -dijo el Rey-. Ése ha hecho muy bien.

Qué, los otros se querían morir. Claro, porque ellos no tenían costancia de la historia de la vida. Entonces dijo el Rey:

-¿Y qué más le ocurrió?

-Después, mi Rey, al verme que se apagó el fuego por el combate, la lucha que tuve con esta fiera, yo no sabía cómo iba hacer fuego a la madrugada. Salí a andar el mundo, porque iba perdido, a ver si encontraba fuego con qué hacer la comida o no. Así que me encontré, muy lejos, y divisé un fuego que ardía y se apagaba, así. Y jui hasta que llegué ande 'taba él. Lleguí y había unos saltiadores, y dijo todo él.

-Y me dijo esto, esto, en fin. Y al volver, me encontré con un reinato. El Rey se reía.

-¿Y qué hizo ahí? -le dice el Rey.

—35

-Y entré para adentro, y en primer lugar encontré una señorita que estaba durmiendo. Así, le llevé un anillo, acá está.

-Ése es mi anillo -dice la Princesa- y corrió y agarró el anillito.

-¿Y?...

-Y seguí, y había otra pieza y otra niña dormida y le saqué un diamante y acá está también.

-Bueno, a ver qué más le ocurrió -dijo el Rey.

-Y entré en la última pieza y había una chica que era muy hermosa y como no tenía qué llevarle, le di un beso -dice.

-Ése es mi beso -le dijo ella y jue y lo agarró y lo besó para sacarle el beso de ella.

Y a la final de todo, el Rey lu hizo casar a Manuelito con la hija menor.

Y hicieron una gran fiesta.

Y se termina el cuento.

Manuel Antonio Jofré, 55 años. Malargüe. Mendoza, 1974.

Lugareño rústico. Muy buen narrador.

El cuento es una variante del cuento fundamental y contiene el motivo del cuento de el chiquillo o los tres hermanos.

—36

846. Don Juan Sirimbote

SAN LUIS

Éste es el cuento de don Juan Sirimbote,
que mata siete di un golpe,
juera de los que quedan pataliando.

Resulta que era un pueblo chico, como si fuera aquí. Áhi había un hombre que era zapatero. Arreglaba zapatos este hombre. Era muy tomador²⁵. Le había dau por tomar. Al principio 'taba bien, pero empezó a tomar y tanto y tanto tomar este hombre fundió todo lo que tenía. Y ya las casas de negocios no le fiaban nada. Y a veces, de verse tan jodido, que no podía disponer de nada, dispuso de irse di áhi. Y empezó a armar el viaje pal otro día. En eso llegó una señora, en ese momento, con unos zapatos pa que se los arreglara. Entonce le preguntó que pa cuando los necesitaba. Ella le dijo que para mañana a las diez. Y le dijo:

-Digamé si me va a hacer el trabajo urgente si no para llevarlo. Cobremé lo que sea.

Le cobró uno cincuenta. Áhi no más le dio cincuenta centavos. Al retirar el trabajo le iba a pagar lo demás.

—37

Bueno, en seguida se puso a buscar algunos pedacitos de cuero. Y encontró un pedazo de suela que había quedau por áhi, y la puso que se remojase. Y puso los zapatos en l'horma. Se jue entonce al frente, a la almacén, y compró medio litro 'e vino pa poder trabajar, y un pan. Claro, el vino le costaba quince centavos y diez centavos el pan.

Comió el pan y el vino y en seguida no más se puso a dormir. Ya 'taba pasau de la bebida²⁶. A la tarde se despertó, miró para todos lados y vio el zapato que 'taba en l'horma. Áhi no más se limpió los ojos con un trapo y se puso a trabajar. Lo arregló al zapato y ya no le faltaba más del lustre.

Al otro día vino la señora como a las nueve a ver si 'taba el trabajo. Entonce él nu hizo más de que le pasó el lustre y se lo entregó. Entonce la señora le pagó el uno cincuenta. Los otros cincuenta se los regalaba porque le había cumplido con el trabajo.

Se jue la señora y él formó su viaje y ya salió y se jue lejo, a otro pueblo. Él tomó el camino y no sabía dónde iba, y llegó a otro pueblo. A la oría del pueblo había un almacén. Entró y pidió si tenían algo qué comer. Áhi se le asentaron las moscas, al olor de la comida, y dio un manotón y mató siete moscas. Y áhi que él pensó de decir que era muy valiente porque había matado siete de un golpe.

Él era un hombre bastante feo, muy huesudo, regular alto, gordo, las manos y los brazos grandes. Y todos los que lo vían se sorprendían, pues.

Entonce él dispuso de comprarse un tarro de pintura y le pidió al dueño del almacén le permitiera entrar a la güerta. Y le cedieron. Y áhi se jue con el tarrito 'e pintura. —38En la gorra que tenía puso un letrero dando güelta la visera, diciendo:

Don Juan Sirimbote
que mata siete de un golpe,
juera de los que quedan pataleando.

El mismo letrero lo puso en la espalda del saco.

Como naide lo conocía en ese pueblo, todos los que lo vían se sosprendían al verlo no más.

Como en ese pueblo había algunos que eran muy curiosos, los que sabían ler venían a ver esti hombre y le llevaron el parte al Rey, que había ese dicho hombre en tal almacén. Él era un hombre muy valiente.

El Rey mandó un milico²⁷ a que lo llevara.

Bué... Cuando llegó al almacén jue a mirar adentro y al verlo a don Juan retrocedió para atrás, salió a la calle. De la calle le preguntó:

-Señor, ¿usté es don Juan?

Le contestó que sí, que qué precisaba.

-Por orden de su Majestá que vaya al palacio, lo vengo a llevar.

Y él le dice:

-Ni usté, ni todos los que vengan no me van a llevá a mí.

Entonce el milico jue allá, a la Majestá del Rey y le dijo lo que el hombre decía.

Entonce el Rey mandó patrulla doble, un oficial y cinco milicos. Van y le dicen que lo venían a llevar. Y entonce les dice él:

—39

-Digalén a su Majestá que si él quere que vaya allá, que me mande el corcel de él y unas quinientas o mil pesetas²⁸.

El corcel es un coche con caballos que usaban los reyes di antes.

Y ya jueron y le dijieron, y entonce dice el Rey:

-Pero, ¡ve, que sea tan terrible!

Y que le dice el oficial que era un hombre muy temible que al verlo no más daba miedo.

Y que el Rey le mandó el corcel y el dinero.

-¡Cómo no!, ahora sí puedo ir -dijo.

Entonce le preguntó al almacenero cuánto le debía, y el almacenero le dijo que no le debía nada.

Entonce él le dio las mil pesetas y le dijo que se pague.

-No es tanto -le dijo el almacenero.

-Nu importa, guardemé lo que quede y mañana cuando güelva, quero tener las puertas abiertas.

Ya había agarrado mucha juerza, tanto comer, y era la cumplisión de él para tener bastante recelo.

Llegan a lo del Rey. Y hizo llegar hasta la puerta del altío²⁹ el coche. Y le preguntó al Rey que para qué lo precisaba. El Rey le dijo que se baje y pase para el altío, para donde él estaba. Y él le dice:

-Bajate vos y vení cerca ande yo 'toy. Si vos me precisás.

—40

Se bajó el Rey y se vino hasta el corcel, y le dice:

-Ya veo que sos don Juan Sirimbote.

-Sí señor, yo soy.

Y junto con lo que dice pega un sopapo al guardabarro y lu abolló un poco al guardabarro.

Entonce Juan se bajó y siguió con el Rey al comedor del Rey. Y el Rey hizo que tomara asiento. Y el Rey le invitó con un vaso de vino. Y áhi se lo tomó don Juan de un golpe, sin resollar. Ya 'taba un poquito picado³⁰, y más quedó con el vaso que le dio el Rey. Y al ver que el Rey se demoraba en preguntarle pa qué lo precisaba, le preguntó don Juan:

-¿Para qué me quiere? Yo no 'toy pa perder el tiempo.

Y entonce le dice el Rey que áhi había una serpiente que le 'taba comiendo medio pueblo. Que le 'taba terminandolé ya la gente. Que todas las noches tenía que entregarle una doncella para poderla sujetar. Tenía que darle una niña que no haiga pecau nunca. Y esa noche le pertenecía a la del Rey. Las mandaban a las niñas a la oría³¹ del pueblo. Áhi había unas casas grandes, de dos piezas, que no tenían techo. Entonce le dijo el Rey que si él la salvaba -palabra de Rey- que se casaría con ella. Y palabra de Rey no puede faltar.

Entonce le dice don Juan que cómo no, que 'taba bien. El Rey le dijo que pidiera lo que necesitaba.

Le pidió una bordalesa de vino, lo primero, una vaca carniada y una bolsa de pan y cinco kilos de sal. Y después de esto, una espada, pero que juera güena.

—41

El Rey le dio lo que pedía y le presentó muchas espadas. Y don Juan le dijo que ninguna servía pa nada. Entonce lo mandó al sótano, que áhi había muchas, que eligiera la que le pareciera. Y él buscaba y buscaba, y ninguna le parecía bien. Al fin, al último, descubrió tres espadas que 'taban herrumbrientas, ya tomadas. Y las vido, y las limpió bien. Y las empezó a mirar bien y encontró una que tenía un secreto pa poderla sacar de la vaina. Y entonce él le encontró el secreto, era un botoncito. La sacó, y 'taba que brillaba adentro. Y se la enseñó al Rey y le dijo:

-Acá hi encontrau una que me gusta.

Y le dice que convide con algo que ya se muere de sé. Y ya le dieron vino y le sirvieron otra vez de comer. Y ya le empezaron a atender como príncipe.

Y él a media tarde se retiró. Y s'hizo llevar en el corcel hasta la casa ande iba a salir la serpiente y 'taba ya la niña. Y lu hizo esperar al volantero, el del volante, y después subió al coche y se jue.

Lo que más encargaba era que no le fueran a dejar de llevar una carrada de leña.

Cuando él llegó a la tapera³² ésa, ya li habían llevado todo. Y ya se pusieron a hacer juego para esperar a la serpiente que venía a la una o a las dos de la madrugada. A la niña, al dentro 'el sol, la habían llevado.

La niña 'taba en un solo llanto. Y él le dijo a la niña que dejara de llorar, que él la iba a salvar.

Se comió un buen pedazo de asau y se tomó un cántaro de vino. Se vino a ver las piezas como 'taban y comenzó a acarriar la leña y con los palos más largos a trancar las puertas. Y le dijo a la niña que se sentara en una sía³³, —42adentro. Y ya bien aseguradas las piezas ande 'taba la niña. Entonce se largó a pensar:

-Si viene la serpiente me devora a mí que 'toy ajuera.

Y se subió a los pinos. Les comenzó a cortar los gajos y a dejarlos como ganchos, a los tres pinos. Y en el pino más alto y más firme se subió él. En eso ya sintió el bramido no más de la serpiente que venía. ¿Qué hizo él? Se tomó otro cántaro de vino y se encumbró más en el pino. Era el del medio. Y se pone con su espada adentro ande 'taban los gajos.

Y en eso llegó la serpiente bramando. Y ya dio un coletazo por las puertas. Y ya le gritó él:

-¡Aquí 'toy yo!

Y se vino ande 'taba él. Y pegaba unos tremendos saltos sobre los pinos. Y en eso se quedó encajada. Y él le tiró un hachazo con la espada y le cortó una cabeza. Y cayó al suelo y áhi se le juntó la cabeza. Y siguió dando saltos. Y otro salto se volvió a quedar encajada en otra cabeza. Y él se la cortó en el aire, pero le pegó un tajo en cruz. Esa cabeza ya no se le juntó. Y pegó otro salto y se quedó enganchada otra vez y le cortó otra cabeza con un tajo en cruz. Y así hizo hasta que le cortó seis cabezas. Y la serpiente tiraba cada vez más arriba los saltos y ya le iba a tocar los pieses. Y él ya no se podía sostener arriba, ya se caiba. Y en una de ésas le cortó la última cabeza, la principal, y ya no se juntó y cayó el cuerpo de la serpiente al suelo.

Güeno... Ya se bajó, porque jedía³⁴ más él que la serpiente, del julepe³⁵.

—43

Y ya li abrió las puertas a la niña. La niña no había pegau los ojos de miedo porque 'taba esperando que la coma la serpiente.

Entonce él le sacó las siete lenguas de la serpiente. Y las tenía en el bolsillo.

Y le dijo a la niña que él se iba a ir por otro lado y que ella se juera al palacio. Ella le regaló un pañuelito y el anío³⁶ que tenía en el dedo. Los dos eran de virtud. El pañuelito lo podía tender en el suelo y en seguida iba a tener la mesa tendida. Y el anío lo ayudaba en cualquier trabajo peligroso y lo trasladaba de un lugar a otro.

En eso vino el corcel del Rey para llevar los muertos, porque se creía que también lo había muerto la serpiente a don Juan. El pueblo 'taba todo enlutado.

Él se retiró por una montaña³⁷, por un bañado³⁸, para poder descansar y dormir.

Y ya llegó el negro con el coche, a ver si 'taba muerta la niña. Y vio la serpiente y llegó asustandose el negro. Y vido que la serpiente 'taba muerta. Y juntó las siete cabezas y las echó en una bolsa y llevó a la niña al palacio. Y jue y dijo que él había muerto la serpiente. Y dijo:

-Acá traigo las siete cabezas.

Entonce dijo el Rey:

-Palabra de Rey no puede faltar: usté se va a casar con m'hija.

Y áhi no más echaron el bando que al día siguiente se casaba el negro con l'hija 'el Rey. Y ya empezaron a aprontarlo al negro. Y lo pusieron en remojo a ver si se blanquiaba un poco.

—44

Sigamos con don Juan. A eso de la oración se despertó. Se lavó bien, se arregló, y era buen mozo, y más buen mozo 'taba ahora lo que 'taba contento con lo que había hecho. Y áhi tomó rumbo al palacio. Y a la oría del pueblo encontró un ranchito y llegó. Y áhi 'taba una señora vieja, y le dice:

-¿Qué hace mama vieja?

Y ella le dice:

-Aquí 'tamos, hijito.

-¿Tiene algo de comer?

-No, nada, nada.

-Bueno, 'tá cerca l'almacén. Tome pa que compre azúca, yerba, carne y pan.

Vaya, yo la voy a esperar con juego.

Y áhi raspa el año y le pide pesetas y le pasa plata a la señora. Y claro, tamén l'encargó vino.

Y la esperó a la viejita con una jogata³⁹. Y hizo de comer y él se quedó áhi esa noche. Al otro día le dice ella:

-Tengo que ir al palacio del Rey, que se casa Francisco con la hija del Rey.

Francisco se llamaba el negro, porque todos los negros se llamaban Francisco.

Entonce él le dice:

-Vaya no más y venga en seguida y digamé lo que pasa en el palacio.

Al rato no más vino la viejita con la noticia que a la noche se casaba el negro con la hija 'el Rey, que se presentaba todo el pueblo al palacio y que les iban a servir un almuerzo, y a la noche que iba a ser el casamiento. Y entonce él le dice:

—45

-Güeno, mama vieja, aprontesé que vamos a ir al casamiento.

Y la viejita le dice:

-Yo no puedo ir, hijito, que no tengo ni ropa, ni zapatos.

-Usté no se apure, todo lo que necesite yo le voy a procurar.

Cuando ya era hora de las doce, salió ajuera y raspó el año, y pidió ropas y zapatos para la viejita y para él. Al momento ya se presentaron unos esclavos con unas cajas con unos trajes y unos zapatos muy lindos. Y ya se vistieron y se jueron al palacio. Y empezaron a orillar, orillar, hasta que entraron al palacio.

Ya 'taban todos en la mesa. Entonce tenía que hablar el novio, y habló el negro, y dijo:

-¡Ah, señore!, como palabra de Rey no puede faltar, así que ahora cumple, y yo me voy a casar con la Princesa, porque yo hi muerto la serpiente de siete cabezas, que devoraba el medio pueblo. Y aquí traje la siete cabeza para prueba.

Y todos aplaudían y decían que 'taba bien.

Y entonce don Juan Sirimbote pidió la palabra. Pidió la palabra y dijo:

-Permiso, Majestá, para aplaudirlo a Francisco lo qui ha hecho, y que ha traído las siete cabezas. Sabe, mi señor Rey, quisiera ver si cada cabeza tiene su lengua. A ver, que las traigan para acá.

Y ya las trajieron a presencia de todos. Áhi las registraron, y ninguna cabeza tenía lengua.

Y entonce dijo:

-¿Y las lenguas de estas cabezas?

—46

-Se la habrán comido la hormiga -dijo el negro-. Hay mucha hormiga ande maté la serpiente.

Entonce don Juan sacó el pañuelito con las lenguas y le dice al Rey:

-Mire, señor Rey, aquí 'tán todas las lenguas de la serpiente.

Entonce la niña gritó:

Ése es el hombre que me ha salvado. Él mató la serpiente y yo le regalé mi pañuelito de virtù.

Entonce el Rey dijo que don Juan s'iba a casar con su hija. Y mandó a que lo castigaran al negro. Mandó a trair del campo cuatro potros ariscos, los

más malos que haiga y mandó que le ataran al negro cada brazo y cada pierna de un potro. Y que así los largaran al campo. Y así lo hicieron y lo decuartizaron.

El Rey dijo que se case don Juan con la Princesa, pero que tenía que hacerle otro trabajito, y le dijo:

-Mañana a la madrugada hay que salir al frente de una pelea. Los moros me vienen a quitar el palacio.

Los moros tenían que pasar el río. Y entonces le dijo él que cómo no. Y entonces le dijo que elija caballo. Y había un potro culero en la pesebrera, y él le dijo:

-Yo voy a ir en este potro.

Le dijo que se fuera, al ejército, que él iba a seguir de atrás. Llegaron a un punto y ahí acamparon. Y él llegó con su espada. Ya cuando viniera blanquiando el día tenía que 'tar la tropa a la oría del río.

La tropa se demoró. Él salió y se fue en el potro. Como los moros acostumbran a andar en yeguas y él iba en potro, empezó a correr de una oría a la otra. Y el potro corría, claro, atrás de las yeguas, y él con la espada echaba al suelo no —47 más de un solo golpe. Y ahí los redotó40 él solo a los moros. Y los que quedaron salieron huyendo y no volvieron más. Y cuando él los había redotado a los moros, la tropa recién iba llegando, y no tuvo nada que hacer, y los hizo volver. Él ya había tomado la bandera de los moros también. Y siguió la tropa, y a la noche, se tendieron a dormir. Entonces don Juan Sirimbote les dice:

-Yo les daré el redote41 de los moros y la bandera también, pero ahí, ande 'tán tendidos mi potro les va a asentar la mano en las nalgas.

Y en la mano del potro tenía un letrado que decía: don Juan Sirimbote.

Bueno, ya llegaron al palacio y le dice al Rey:

-Áhi tiene su ejército, que no sirve pa nada. Si la batalla la hi ganau yo. Y hasta los hi marcau a todos. Y si no, que se saquen la ropa, y vea que ya no son suyos sino míos.

Y el Rey vido que era cierto, que 'taban todos marcados.

En la noche no más si hacía el casamiento. Se casó don Juan con la hija del Rey.

Cuando fueron a dormir, se le apareció el genio del año y le dijo, que por tres noches, pusiera la espada entre él y la niña, y que no le hablara para nada. Que recién cuando saliera el sol la podía hablar y que tenían que guardar los dos ese secreto.

A la primera noche él soñaba que era un triste zapatero borracho, que no valía nada. A la segunda noche soñaba —48 que él no había muerto nada a la serpiente, que era la espada la que la había muerto porque tenía una virtud. A la tercera noche soñaba que él no había redotado nada a los moros, que era el potro el que los había redotado porque también tenía una virtud.

Bueno, a la cuarta noche, le dice el genio que no se descuide, que el Rey se va a poner debajo de la cama, para ver bien quién era él. Y entonces que él diga qui ha hecho todas esas hazañas y que es muy valiente.

Güeno, se fueron a dormir. Y el Rey 'taba abajo de la cama. Y entonces él le comienza a decir a la Princesa:

-Yo hi sido un hombre muy valiente, muy temible. Por donde venga soy feroz. Hi venido a este pueblo y hi salvau a todo el pueblo de la

serpiente de siete cabezas. Yo solo hi muerto a los moros y solo, sin que nadie me ayude hi librau el palacio de que lo agarren los moros. Y si el Rey se presenta, al Rey lo voy a matar.

Y áhi salió el Rey, despacito, y se mandó a mudar.

Y güeno, ya el genio le dijo que él ya iba a ser un mozo muy bueno y que iba a ser muy feliz con la Princesa, y que ya era su esposo y que nada temiera.

Al otro día el Rey le dijo que lo dejaba como Rey de ese pueblo que él había salvado y así quedó hasta la fecha.

Lorenzo Calderón, 80 años. El Durazno Alto. Pringles. San Luis, 1960.

Campesino oriundo de la región en donde vivió siempre.

Al motivo de la serpiente de siete cabezas se han amalgamado, en el cuento, otros motivos que no corresponden al cuento fundamental.

—49

847. La serpiente de siete cabezas

SAN LUIS

Una vieja y un viejo tenían tres hijos varones.

Un día, el mayor pidió permiso a los padres para irse a rodar tierra. Le dieron permiso y se fue.

Al año pidió permiso para irse a rodar tierra el hijo segundo. Los padres le dieron permiso y se fue.

Al año pidió permiso el más chico, el último hijo. Los viejos no querían darle permiso porque ellos quedaban solos, pero él les dijo a los padres que como le dieron permiso a los otros hermanos le tenían que dar a él. Y los viejos queriendo y no queriendo le tuvieron que dar permiso no más. La viejita tostó unas cuantas callanadas⁴² de maíz y se las preparó para el viaje. No tenían más que darle, ¡eran tan pobres!

Después de viajar meses y meses a otras naciones, se junta con los otros dos hermanos, que se iban a una ciudá que había un Rey que quería ocupar jóvenes inteligentes y valientes para que dirigieran un ejército, para que persiguieran —50una serpiente con siete cabezas, que le mataba ovejas, vacunos y yeguarizos, y también gente. Que en ese reino ya no era vida con esa fiera terrible.

Entonce, 'stando los tres hermanos trataron de hacer el viaje juntos. Que había una atravesía⁴³ de tres días de camino, y en esa atravesía salían siempre fieras. Entre los hermanos acordaron de cuidar, por turno, en la noche, ande durmieran, por si venía alguna fiera.

La primera noche se tenía que quedar el mayor. Eso de las doce de la noche, se presentó un león. El hermano mayor se hizo un lado de donde dormían los hermanos y lo pelió hasta matarlo. Como ya amanecía, borró el rastro hizo juego y calentó agua. Recordó⁴⁴ a los hermanos y tomaron café, y siguieron viaje.

La segunda noche le tocó al segundo hermano. Se hizo la noche. Se acostaron los dos hermanos. Se durmieron en seguida, cansados del viaje. Eso de la media noche, el hermano despierto siente que brama un tigre. El

joven le salió al encuentro para que no llegara ande 'taban los hermanos dormidos y lo pelió hasta que lo mató. Cuando clarió, borró los rastros, botó lejo al tigre y hizo juego. Calentó l'agua y recordó a los hermanos. Tomaron café y siguieron viaje.

La última noche le tocó cuidar al más chico, que se llamaba Adán. Cuantito s'hizo la noche juntó leña y hizo juego. Un gran juego tenía. Plantó la daga en el suelo y tenía listo un poncho por si venía una fiera. Eso de la medianoche se le presenta la serpiente de las siete cabezas, la que quería perseguir el Rey. Se envuelve el poncho en el brazo izquierdo, agarra la daga con la derecha, y salió a peliar a la serpiente ante que llegue ande 'taban los hermanos —51 durmiendo. Peliaron toda la noche. Que lo tenía mal, la serpiente, al joven. Al fin de tanto peliar, el joven, de un salto quedó encima de la serpiente y logró cortarle dos cabezas. Y ya la agarró mal hasta que la venció, y la mató, al fin. La agarró, la arrastró y la botó distante. Borró los rastros y se vino hacer juego. Lo encuentra apagado al juego. No tenía con qué hacer prender el juego. A esto venía amaneciendo y devisó en un bordo⁴⁵ un jueguito. Tomó un cabresto y se va corriendo a buscar juego. En lo que va corriendo encuentra una niña. Le pregunta a la niña que para dónde va. Que le dice la niña que ella es la luz del día que va amaneciendo. Áhi no más l'agarró a la niña y l'ató en un quebrachito para que no amaneciera hasta que él volviera. Y siguió corriendo. Llega y ve que alrededor del juego están tres gauchos. Les dice que le den juego y los gauchos le dicen:

-Te damos juego si los acompañás a ir al palacio del Rey a robar oro y plata de una pieza.

Entonces él les dijo:

-'Stá bien. Vamos juntos a la casa del Rey.

Y ya llegaron. Los gauchos habían roto el techo ande el Rey tenía la fortuna y por áhi lo descolgaron a Adán. Le dieron un jergón pa que pusiera todo el oro que cupiera áhi, y le dijieron que cuando 'tuviera listo que cimbrara la sogá para sacarlo. Adán, cuando bajó, vio unos montones de oro y plata. Atrás había una puerta y entró. En la pieza había una niña dormida y una mesa de fierro y una espada, con un letrero que decía que el que clave la espada hasta el cabo en la mesa de fierro se casaría con l'hija del Rey. Pasó a otra pieza y 'staba una niña dormida. Y pasó —52a una tercera pieza y 'staba también una niña dormida.

Entonce se volvió y dice:

-¿Qué le robaré a esta niña?

Le robó un pañuelo de mano. Pasó ande 'taba la otra niña y le robó un anillo. Pasó ande 'taba la primera niña y no sabía qué robarle y al fin le robó un beso. Agarró l'espada, cuando pasó a la primera pieza, y la clavó hasta el cabo en la mesa de fierro. Entonce cimbró la sogá y lo sacaron. Lo que no sacó nada de oro ni plata lo querían matar los gauchos. Él les dijo que no sabía robar. Y como los gauchos lo atacaban para matarlo, se tuvo que defender con l'espada, y los mató y los dejó arriba del techo. Entonces se fue corriendo, sacó juego y llegó ande 'taba atada la niña qu'era la luz del alba, la desató y pasó corriendo ande 'ataban los hermanos. Hizo juego, calentó l'agua y los recordó que tomaran el café. Antes de hacer viaje fue y cortó las siete lenguas a la serpiente, las ató en un pañuelo y se las puso en las maletas. Siguieron viaje. Ninguno de

los hermanos se había acordado con los otros hermanos lo que les pasó en la noche que 'stuvieron de cuidador.

En la tarde llegaron a la ciudad. Pararon en una casita de una viejita vecina. Ya la viejita los atendió y 'staban conversando y tomando mate, y Adán preguntó que qué se cuenta en el pueblo, que qué novedades había. Y entonces la viejita le dice:

-No hay más novedad que mañana se casa la hija del Rey con un sirviente del Rey, con un esclavo, con un negro que tenía el Rey de pastorear las ovejas.

Como ha muerto la serpiente que tantas muertes hacía y tenía asustadas a la gente del reino, y el Rey había dicho —53que se iba a casar con la hija menor el que la matara, palabra de Rey no puede faltar, y ojalá46 sea con un negro, se tiene que cumplir.

El negro había encontrado la serpiente muerta, cuando andaba pastoreando las ovejas, y le había cortado las cabezas. Y claro, era la serpiente que había muerto Adán.

Cuando el Rey vio las cabezas de la serpiente lo abrazó al negro y le dijo que se tenía que casar con su hija menor, que era la más linda. La niña lloraba, no se quería casar con el negro esclavo y el Rey, claro, tampoco quería, pero no tenía otro remedio que cumplir.

Esa tarde, el Rey mandó a invitar a todos los vecinos del pueblo para el casamiento de la hija. Por la viejita vecina donde paraban los jóvenes, el Rey supo de estos jóvenes. Los mandó a invitar. Y ya fueron todos.

Cuando 'taba toda la gente reunida en el palacio, el Rey se puso a conversar con estos jóvenes forasteros. Entonces Adán dijo:

Yo, ante de anoche, cuidando mis hermanos que dormían, me salió una serpiente de siete cabezas y la pelié hasta que la maté, y acá 'stán las siete lenguas que le saqué; no le corté las cabezas porque era mucho peso para seguir viajando.

Ya cuando el joven habló, todos se pusieron a conversar del asunto y ahí no más el Rey mandó a ver si las cabezas tenían lengua. El negro no sabía qué hacer, claro, lo que había mentido que él había muerto la serpiente. Y ya vieron que las cabezas no tenían lenguas y que era cierto lo que decía Adán. Y la hija del Rey se puso contentísima y le gustaba Adán porque era muy buen mozo.

Entonces ya contó Adán que esa noche había venido a pedir juego ande 'taban tres gauchos y lo habían hecho bajar ande el Rey tenía el tesoro. Y que había visto una mesa —54de fierro con una espada con un letrado que decía que «el que plante esta espada hasta el cabo en la mesa, se casa con la hija del Rey». Que había seguido andando y había encontrado, en tres piezas, tres niñas dormidas. Que a una le había robado un pañuelo de mano, a otra un anillo y a la última un beso. Que al volver había clavado la espada hasta el cabo en la mesa de fierro. Que había cimbrado la soga, y que lo que salió sin robar las talegas de oro y de plata del Rey, los ladrones le habían querido matar, y que entonces había tenido que matarlo a los tres ladrones, y que ahí 'taban en el techo.

Entonces los hermanos contaron también lo que le había pasado a ellos y que habían peliado, uno con un león y el otro con el tigre, y que los habían muerto.

Entonces el Rey dispuso preguntar a las niñas qué se les había perdido. La

mayor dijo que le habían robado un pañuelo de mano; la segunda, que le habían robado un anillo, y la menor, dijo que le habían robado un beso. Mandó a ver si era verdá lo que le habían contado los jóvenes y encontraron los tres ladrones muertos en el techo, y en un punto el tigre muerto, y en otro punto el león muerto. Ya se comprobó que todo era cierto, y que estos tres jóvenes habían salvado al pueblo de la serpiente, del tigre y del león que se iban comiendo toda la gente. Entonces dijo el Rey que trajieran un potro de los más ariscos y lo ataron al negro de la cola y lo largaron al campo que lo hiciera pedazo. Entonces dijo que se tenían que casar los tres jóvenes con las tres hijas, y Adán con la menor. Y palabra de Rey no puede faltar, y ahí nomás se empezaron a hacer los aprontes para la boda. A Adán lo nombró Rey y a los hermanos los nombró de Príncipes. Se hizo una fiesta muy grande, que duró varios días, y ellos quedaron al mando de la República.

—55

Después mandaron a traer a los padres que ya 'taban muy viejitos. Todo el pueblo 'taba muy contento y ellos vivieron muy felices muchos años.

Éste es un zapatito roto;
que usté me cuente otro.

Benito López, 71 años. Villa General Roca. Belgrano. San Luis, 1951.
Nativo del lugar. Muy buen narrador.
Variante del cuento de la serpiente de siete cabezas.

—56

848. La serpiente de mar y el negro mentiroso

NEUQUÉN

Éste era un Rey. Tenía tres hija. Y él 'taba comprometido con una serpiente del mar, que tenía que dale cada quince día una de las hija. Bueno, llevó la mayor. A los tres meses tuvo que ir a entregar la del medio. Y quedó la menor de las tres hijas que él tenía. Porque él 'taba, que la serpiente lo tenía encantado para matarlo a él, ¿no?
Él tenía un negro, de pión. Y él la había dejado, en una carreta de bueyes, a la orilla del mar a las niña. Cuando venía la serpiente se subía la Princesa a la l'anca de la serpiente, y se mandaba a mudar en el mar, se la llevaba.
Bueno, agarró y ya ésta le llegaba ya cerca del plazo. Y llegó un muchacho a la casa, pidiendolé trabajo. Entonces dice el Rey:
-Mire, joven, dice, yo le daría trabajo si usté se anima a matar, dice, la serpiente que me ha comido dos hijas y ahora 'toy por entregarle la menor.

Y dice el muchacho:

-Como no, dice, yo lo hago.

Agarró y dice:

-Usted me va a dar una espada y una fusta, un rebenque, ¿no?

—57

-Bueno -dice el Rey-, cómo no. Lo de menos es eso.

Y al otro día a la mañana, cuando ya a la sei de la mañana venía el mar, se sentía el bramido de la serpiente y el Negro 'taba atando los bueye para llevarla a la Princesa en la carreta. Cuando llegó él allá a la mar, a la peña que era una peña onde las ponían. Entonce 'taba áhi y lo ve al muchacho que va.

-Todavía no viene -dice la Princesa al piñon que tenía, nuevo, dice, no viene todavía la serpiente.

-Bueno, dice, mirá, yo me voy a quedar acá y vos te quedás, áhi. No te muevas.

Bué... Quedó.

Entonce, cuando ya venía cerca la serpiente, a comerse la chica, la Princesa, este muchacho agarró, subió a su caballo que él tenía, y pelió a la serpiente con la espada que le dio el Rey, y la mató a la serpiente. La serpiente ésta tenía siete cabeza. Bueno, agarró un pañuelo de seda y el anillo de ella. Ella le dio al muchacho. Entonce el muchacho le sacó a la serpiente las siete lengua, que tenía la serpiente. Y la dejó. Entonce al otro día tenía que ir el negro éste, a vela. Ella se quedó áhi no má, la Princesa. Tenía que ir a ver si la había llevado la serpiente. Siempre mandaba el Rey a ver su hija. Y bueno, entonce ella agarró y en el pañuelo de seda ató las siete lengua y el anillo y se lo dio al muchacho. Y el pañuelo lo tenía el muchacho, con el nombre de ella y las lenguas. Éstos pasaron hasta el otro día. Entonce, cuando fue el negro, la encuentra ya como era. Y el compromiso que hacía el Rey, la apuesta que el Rey hacía de que el que matara la serpiente le daba la hija para que se casara. Porque era la única hija que le quedaba. Las otras ya se las había comido la serpiente. Y fue el negro. El negro con la carreta iba cantando y

diciendo:

-Puede ser que me encuentre la señorita.

—58

Porque como antes todos sospechaban algo y todo. Y va. Cuando la ve:

-¡Ay, qué alegría!

Y ve la serpiente que 'tá tirada a la orilla del mar, del agua. Sacó l'hacha y sacó las siete cabezas ¿no? Y se las puso en el carro. Y llevó la chica, la Princesa, al palacio. La Reina y el Rey, los padres, muy contentos, pero, ¡ah!, tenían que darle la hija que se casara el negro. La hija no hablaba. Él le había dicho que no hablara.

Bué... Agarró el padre... La chica no hablaba nada. 'Taba calladita, no más andaba haciendo sus cositas, su casa, y todo, contenta.

Y entonce el negro dice:

-¡Ah!, qué negrito tanta foltuna,
sábana blanca, colchón de pluma,
que me caso con l'hija 'el Rey.

Porque como iba a ser rico, ahora...

Bueno, el Rey ya avisó a todos, invitando la gente, que se casaba la hija

porque el negro éste había muerto la serpiente. Entonces, claro, cuando ya le fueron a tomarle conocimiento a ella, la chica ya dice:

-No.

Le dice:

-Si las cabeza tienen las lengua, yo me caso con él. Y si no tiene las lengua yo me caso con Manuel.

Porque el muchacho se llamaba Manuel.

Claro, entonces el Rey dice:

-No puede ser, ¿no?

Entonces ahí viene y dice:

-Vamo hacer la averiguación de esto.

—59

Como ya le habían dicho que se casara con el negro, ella no quería porque ella sabía que el otro la había muerto, que la había peliado con el caballo a la serpiente.

Bueno, dice:

-Si tienen las siete lengua las cabezas yo me caso con el negro, y si no las tienen yo me caso con Manuel.

Bueno. Lo llamaron al muchacho y dice:

-Sí, dice, cómo no, reviselá.

Y las cabezas no tenían la lengua.

Y el negro 'taba más contento.

Decía:

-Qué neglito tanta foltuna,
sábana blanca, colchón de pluma,
que me caso con l'hija 'el Rey.

Bueno, entonces, ven que las cabezas no tienen lengua. Entonces el muchacho saca el pañuelo, el anillo de la chica, de la Princesa, con el nombre y todo de ella, y dice:

-Acá 'tán las lenguas.

Entonces vino el Rey y dice:

-Se casará -dice- con Manuel y con vos no, porque vos no la has muerto a la serpiente.

Entonces vino, por embustero, al negro también lo agarró y lo hizo matar. También buscó un potro de lo más arisco de las manadas, y lo ató de los pies y lo largó también al campo que se muriera porque había mentido. Si dice la verdad, no lo matan.

Áhi se termina.

Ana Rosa Chandía, 67. Catán-Lil. Neuquén, 1970.

La narradora es una campesina analfabeta que sabe muchos cuentos.

—60

Nota

Difusión geográfica del cuento

Nuestras versiones del cuento de el matador de la serpiente tienen, entre otros elementos, los siguientes motivos:

A. El héroe mata a la serpiente de siete cabezas y salva a la joven que ésta va a devorar.
 B. Cuenta con la ayuda de perros que tienen poder mágico.
 C. Un impostor pretende demostrar que él mató la serpiente presentando las cabezas.
 D. El héroe prueba su hazaña con las siete lenguas que ha sacado de las cabezas.
 E. El héroe casa con —61 la joven y el impostor es castigado. En Folk-Lore Andaluz, pp. 357-361, figura como La serpiente de las siete cabezas nuestro cuento.

Nuestras versiones se combinan con motivos diversos como los de la madre traidora, el chiquillo y los tres hermanos, Juan Sirimbote, los niños perdidos en el bosque.

Para la clasificación de Aarne-Thompson es el Tipo 300 (El matador del dragón) y también para la de Boggs. Está difundido en Europa y en América; Lenz lo recogió entre los araucanos y también Berta Kössler. Ver los estudios de Espinosa, III, pp. 18-21 y de Pino Saavedra, I, pp. 364-365.

Las tres princesas robadas. El héroe de origen y de fuerzas sobrenaturales. El mundo subterráneo
 7 versiones y variantes

Cuentos del 849 al 855

849. Juan Pumpeño

LA RIOJA

Éstos eran dos viejitos que no tenían familia. Vivían solitos. El viejito era esclavo de un Rey y le acarreaba leña todos los días. A la viejita se le ocurrió una vez de pedirle a Dios que le diera un hijo, de verse tan solitos. Al poco tiempo a la viejita se le hinchó una rodilla, y Dios le había hecho el milagro. Dio a luz un hijo que nació por la rodilla. Al llegar el viejito de la leña, encontró a su señora muy enferma, y cuando nació el niño le pusieron por nombre Juan Pumpeño, porque así se llamaba el padre.

Desde chiquito, este niño fue muy valiente y tenía mucha fuerza. A los ocho años le hizo una apuesta al Rey, que haría llegar una barreta de oro que pesaba 5 arrobas a una distancia de 500 varas para arriba. Si la hacía

llegar a esa altura, sería dueño de la barreta de oro. La tiró primero el Rey, y apenas la hizo llegar a las 100 varas. Luego la tiró Juan Pumpeño, y la hizo llegar a las 500 varas. Recibió la barreta y se fue muy contento a su casa, y les contó a los padres lo ocurrido.

El Rey le jugó a quién tiraba más lejos una espada más pesada que la barreta. La tiró el Rey, y cayó ahí cerca no más. La tiró el chico, y la hizo llegar más lejos que a la barreta, y se quedó con la espada.

—66

El chico les pidió permiso a los padres para ir a rodar tierra y ganar plata para ellos, y se fue. Se llevó la espada que era muy filosa y cortaba un pelo en el aire.

Después de mucho andar, encontró en el camino a unos arrieros, y como tenía hambre, les pidió pan y charqui⁴⁷. Éstos le dieron un costal de cada cosa. Él los levantó a los dos costales y se los puso al hombro. El patrón del arreo⁴⁸, al verlo con tanta fuerza, le dijo que si levantaba un toro chúcaro⁴⁹ se lo daría. El chico dijo que bueno. Lo agarró al toro y lo puso en el hombro. El patrón se lo dio. Juan carnió el toro y se lo echó entero al hombro. Se fue y se lo llevó a los viejitos.

Después de unos días salió otra vez a rodar tierra. Ya lejos se encontró con un gigante que estaba descansando abajo de un árbol. El gigante cuando lo vio le preguntó:

-¿Qué hacís por acá, gusanillo de la tierra? ¿A que te como?

Y el niño le contestó:

-¡Comeme, si podís!

Y ahí no más se pusieron a peliar. Antes de media hora el chico le cortó con la espada una oreja al gigante y se la guardó en un bolsillo. Y el gigante cuando se vio perdido se disparó. El chico lo siguió al rastro de la sangre. En el camino se encontró con unos piones que estaban cuidando la hacienda de un Rey para que el gigante no se la coma. Siguió y encontró que el rastro se perdía en el güeco de un cerro. Él iba con los piones. Tiró una sogá por el güeco. Por la sogá se largaron uno por uno de los piones. Los piones se volvían asustados porque adentro había mucho —67→

juego, hielo y piedras que se daban unas con otras. Al último se descolgó Juan y se encontró con una niña muy hermosa. La niña le dijo que no siguiera más allá porque a ella la cuidaba un gigante muy malo. Pumpeño le contestó que a ese gigante lo andaba buscando él. En eso llegó el gigante y se pusieron a peliar. El chico lo venció y le cortó la otra oreja con la espada, y lo mató. Ató la niña en la sogá y tiró para que la sacaran para afuera. A la niña le dijo que ella no dijera ni una palabra, pero que hiciera que volviera la sogá. Siguió más adentro y encontró a otra niña más linda que la anterior. La niña le dijo que no siga más adelante porque a ella la cuidaba una serpiente. Juan le contestó:

-A ésa la ando buscando yo.

En eso vino la serpiente y se pusieron a peliar. La mató a la serpiente con la espada. Le cortó la cabeza, le sacó la lengua y la guardó en el bolsillo. La ató a la niña en la sogá y tiró para que la sacaran. Le dijo que no diga nada y que le manden la sogá.

Siguió bajando y encontró a una niña mucho más linda que las otras dos. La niña le dijo que no siga, que a ella la cuidaba un tigre. Él le dijo que a ése lo andaba buscando. Vino el tigre y se pusieron a peliar. Lo mató con

la espada, le sacó el cuero, lo dobló bien y lo guardó. La ató a la niña en la soga y tiró para que la saquen. Le dijo que no diga nada y que haga volver la soga para salir él.

Las tres niñas eran las hijas del Rey que las había robado el gigante. El Rey había dicho que se iban a casar con el que las salvara. Cuando las vieron, los piones se pusieron de acuerdo para dejar a Juan adentro, y soltaron la soga. Se fueron con las niñas al palacio.

Cuando llegaron le hicieron creer al Rey que ellos habían salvado a las niñas, del gigante. El Rey estaba loco de contento y dijo que se tenían que casar con los piones. —68Las niñas no decían nada porque así les había recomendado Juan.

Se comenzaron a hacer los aprontes para las bodas. En eso la schulca⁵⁰ quedó muda.

Juan Pumpeño estaba encerrado en el lugar encantado. Se acordó de que su espada tenía una virtud, y le dijo:

-«Espadita, por la virtud que Dios te dio, llevame 300 metros más abajo».

Juan se equivocó, quiso decir para arriba. Y se fue para abajo. Se encontró con muchos pimeños⁵¹. Les preguntó si conocían la Ciudad del Rey, y le dijieron que no. Le pidió a la espada que lo llevara 200 metros para arriba, y se encontró con un labrador. Le preguntó si conocía la Ciudad del Rey, y le dijo que no.

Juan siguió caminando. Anduvo mucho y un día se encontró con la tierra del Rey de los pajaritos. Le preguntó al Rey de los pajaritos si conocía la Ciudad del Rey. Él le dijo que no la conocía pero que iba a llamar a su gente. Tocó una flauta y vinieron todos los pajaritos, que eran muchísimos. Ninguno conocía la Ciudad del Rey. Sólo faltaba una águila. Llegó al rato, chumada⁵², y les contó que venía de la Ciudad del Rey, de una gran fiesta que había en el palacio, que por eso venía chumada. Dijo que se casaban las hijas del Rey con los piones que las habían salvado del gigante, pero que la schulca estaba muda. Juan Pumpeño le suplicó que lo llevara hasta allí. El Rey de los pajaritos la mandó. La águila dijo que bueno.

L'águila lo subió en sus alas. Le dijo que cerrara los ojos, y se echó a volar. Cuando Juan abrió los ojos, se encontró —69en el palacio del Rey, en medio de una gran fiesta. Cuando lo vio la schulca corrió adonde estaba él, habló, y dijo:

-¡Con éste me caso yo!

El Rey y todos vinieron a ver lo que pasaba. Juan Pumpeño puso sobre de una mesa las orejas del gigante, la lengua de la serpiente y el cuero del tigre, y contó cómo las había salvado a las niñas. Ellas hablaron y contaron todo lo que tuvo que luchar Juan Pumpeño para salvarlas del gigante, la serpiente y el tigre. Dijieron que no habían dicho nada antes porque Juan Pumpeño les había dicho que no hablaran.

Entonces el Rey los hizo matar a los piones. Los hizo atar a cada uno en cuatro potros chúcaros, por bribones. Y los potros los descuartizaron. A Juan Pumpeño lo hizo casar con la schulca, los coronó de reyes, y hicieron una gran fiesta.

Irene Núñez, 71 años. Nonogasta. Chilecito. La Rioja, 1947.

Originaria del lugar. Muy buena narradora.

El cuento es una amalgama del cuento de La serpiente de siete cabezas y

del cuento de El mundo subterráneo.

—70

850. El muchacho de la burra

SAN LUIS

Ésta era una viejita muy pobre. Todo el capital que tenía era una burra. Un día le dieron a la viejita un niño chiquito. Ella no tenía qué darle al chico, ni de dónde sacar leche. Lo que hizo la viejita, le quitó un burrito que tenía la burra, y lo comenzó a criar al niño con leche de burra. El niño se crió hasta el tiempo que tuvo que ir a la escuela. Cuando fue a la escuela todos los chicos de la escuela le decían al chico el muchacho de la burra. Él no decía nada, hasta que un día se incomodó y cuando vino de la escuela le preguntó a la madre -él no conocía más madre que la viejita- que si era cierto que él era hijo de una burra. La madre le dijo que no, que era hijo de ella propio, y que no les hiciera juicio a los niños de la escuela. Y todos los chicos le decían:

-¿Qué decís muchacho 'e la burra?

Él les dijo que no le dijieran más así, porque él los iba a embromar. El chico era muy fortacho y gordo. Bué... Un día le avisó al maestro que él no quería que le dijieran el muchacho de la burra. El maestro se reía y le dijo también que no les hiciera juicio. Los niños de la escuela por hacerlo enojar, más le decían el muchacho de la burra. Se enojó un día con uno de los chicos y le pegó una trompada el muchacho de la burra -al otro chico- y lo mató. Al grito —71de todos los chicos, salió el maestro corriendo y les dijo que qué pasaba. Fue a ver adonde estaba el muchacho de la burra y le dijo que qué había hecho. El muchacho de la burra le contestó que lo había muerto porque ya lo tenían cansado diciendolé el muchacho de la burra. Entonces el maestro se enojó y le dijo que porque si le había dicho el muchacho de la burra, él iba hacer un crimen. Él le dijo que no dijiera dos veces, porque también lo iba a matar a él. Entonces el maestro le volvió a decir, y él lo mató también. Subió a caballo en su burro y trató de darse a la fuga. Fue por una herrería y le dijo al herrero que le hiciera una espada que pesara un quintal. Bué... Al otro día temprano, el herrero se fue a la casa del muchacho de la burra y le llevó la espada que había pedido. Salió el muchacho de la burra y le recibió la espada. El muchacho de la burra la manejaba a la espada como manejaba un tenedor. Bué... Le dijo a la madre que él se iba a ir porque iba a ser perseguido de la policía. Ensilló su burra y tomó viaje. A los tres días que anduvo que encontró un hombre que estaba sentado en un tronco muy grande y le preguntó, que si no había por ahí un pueblo ande trabajar. El hombre se levantó, y le pegó una patada al tronco ande estaba sentado y lo sacó de raíz. Y le dijo que para el lado que se ladió el tronco, había trabajo. El muchacho de la burra le llamó mucho la atención que era un hombre tan fortacho y le dijo, que si no quería que fueran a rodar tierra juntos. Bué... El que estaba sentado en el tronco le dijo qu'él, era con él, con el único que se juntaría, porque había visto en los

diarios qu'él era fortacho y que era el muchacho de la burra. El muchacho de la burra le dijo que no dijiera eso dos veces porque lo mataba.

-Güeno -le dijo.

Shicieron amigos y se jueron juntos. Siguieron los dos. A los seis días encontraron un hombre que estaba arando con unos bueyes, y llegaron y le dijieron que si no sabía adónde había trabajado. El muchacho de la burra le llamó la —72atención y lo convidó que jueran juntos. El hombre contestó que con el único que se juntaría era con él porque sabía que era el muchacho de la burra. Él le dijo que no dijiera dos veces porque lo iba a matar. Le dijo que bueno, que él no sabía porque se ofendía. Se fueron los tres. Al otro día temprano encontraron un hombre que venía a toda furia y cayó adónde ellos estaban y les dijo que venía corriendo con el viento.

-Y ya le gani también -dijo y áhi era la raya.

El muchacho de la burra lo convidó a rodar tierra con ellos, y se juieron. Llegaron a la casa de un Rey adonde les habían dicho que áhi ocupaba gente el Rey, pero que estaba de guerra. Llegaron los cuatro a pedir trabajo. El Rey les dijo que si querían entrar en la guerra que él tenía, que les podía pagar cien pesos por día para que pelearan contra los moros que en esos días antes le habían llevado al Rey tres hijas que tenía. El muchacho de la burra, el del tronco y el de los bueyes, aceptaron, y aquel hombre ligerón dijo que no, porque no se encontraba capaz. Entonce le dijo el muchacho de la burra al Rey que si no tenía él algún hombre que fuera ligero, que podían hacer una carrera. Entonce le dijo el Rey que tenía una negra que era muy ligera, que hicieran una carrera. Entonce hicieron la carrera. Jugaron todo lo que tenían. El Rey mandó la negra y al hombre piñon del muchacho de la burra. El hombre ligero era un piñon del muchacho de la burra. La carrera era de ir a la mar y traer una copa con agua. La negra era bruja. Bué... Salieron corriendo la carrera. El piñon del muchacho de la burra la dejó muy lejos para atrás, áhi cerca no más, cuando salieron de la raya. Fue ligero, alzó el agua y pegó la vuelta. Cuando venía a mitad del camino recién la encontró a la negra que iba. Cuando vino a las casas el ligero, la negra tuavía no había llegado. Le ganó muy lejos la carrera.

El muchacho de la burra y el de los bueyes y el del tronco, se ganaron muchos pesos. Bué... El ligero no quiso —73entrar en la guerra y se fue ya con sus pesos. El muchacho de la burra le pidió al Rey dos espadas como la que él tenía, que pesaran un quintal. Una era para el de los bueyes y otra para el del tronco. Al otro día el Rey los hizo llevar al campo de batalla. El muchacho de la burra y los dos compañeros se pusieron de acuerdo que cuando empezaran a pelear, se pusieran retirados uno de otro, porque las espadas eran muy grandes y podían pelearse entre ellos. Y ya entraron a pelear y a golpear moros todo el día. Esa tarde ya habían quedado poquitos. Dejaron de pelear y dijieron entre ellos que al otro día, antes de las diez, terminaban. Al otro día cuando fueron otra vez al campo de batalla encontraron miles sobre miles. Y así pasó una semana entera. El día sábado, en la noche, el del tronco y el de los bueyes se acostaron a dormir muy cansados y el muchacho de la burra se sentó a pensar que no debían ser tanto los moros, y se puso a mirar para el lado del campo de batalla, y devisó una lucesita que andaba en el campo. Alzó

su espada, calladito, y se fue a ver qué era esa luz. Cuando fue allá encontró una viejita con un cuernito en las manos, que se lo pasaba por todas las heridas a los muertos y que así se levantaban vivos los moros. Bué... Llegó él y ya se habían parado muchos moros, y los volvió a matar a todos. Y la agarró a la viejita y la hizo hincar y le preguntó quién era ella y ella le dijo que era la madre de los diablos y le pedía por favor que no la fuera a matar. Él le dijo que le confesara adónde estaban las hijas del Rey. La viejita le dijo que estaban en un galpón que se vía en un bajo, que ahí estaba lleno de cueros de vaca y que había un pozo de balde muy hondo. El muchacho de la burra le preguntó cómo podía hacer para llegar adonde estaban las niñas. La vieja le dijo que tenía que hacer un lazo de todos los cueros de vaca que había en el galpón y un noque, y largarse con una rondana. Cuando le confesó todo eso le quitó él el cuernito de la mano a la vieja y la mató. Al otro día vinieron los tres a ese mismo lugar y había todavía tres o cuatro moros vivos y los terminaron

—74y se fueron a ver en el galpón. Encontraron los cueros de vaca y el pozo 'e balde. Se pusieron entre los tres a trenzar el lazo y hacer el noque. Echaron dos meses. Tuvieron todo listo y se largó en el noque el del tronco, y dijo el del tronco que cuando él cimbrara la sogá, que lo sacaran para arriba porque había peligro. A la mañana temprano lo largaron al del tronco y ahí como a las doce, cimbró la sogá de abajo, y los otros lo sacaron arriba. Y les dijo que había ido para abajo hasta donde estaban dos leones peliando, y no se animó a seguir más. Al otro día se fue el de los bueyes a la misma hora. Cimbró la sogá otra vez para que lo sacaran y lo sacaron arriba y les dijo cuando se juntó con ellos, que había ido hasta donde estaban dos piedras chocandose. Al otro día se fue el muchacho de la burra. Llegó ande estaban los leones, les pegó una patada y los mató. Pasó y jue ande estaban las piedras, les pegó una patada y las despachó abajo. Llegó al fondo del piso, ande se terminaba el piso, y llegó a una casa que pa'ande miraba había oro. Abrió una puerta. Ahí estaba la hija mayor del Rey. La niña le dijo que se retirara por favor que él era perdido, que a ella la tenían los diablos y que la cuidaba un chanco muy malo, que tenía una cruz negra en la paleta. A todo eso, el muchacho de la burra sintió unos ruidos como si arrastraran cadenas, y eran los dientes del chanco. Y ya entró a la pieza y se agarraron a peliar. Pelió como una hora hasta que lo mató. Agarró la niña, vino ande 'staba el noque, y la despachó para arriba. Cimbró la sogá, y la sacaron. Fue a otra pieza. Encontró la otra niña. A ésta la cuidaba una serpiente con siete cabezas. Siguió peliando. Le cortaba una cabeza a la serpiente y en el aire se volvía a juntar. Pero como Dios le ayudó logró matar a la serpiente. Vino ande 'staba el noque que lo habían vuelto a bajar, y la despachó también. Descansó un rato y siguió buscando la otra niña, que era la menor. Había una pieza muy segura que no la podía abrir. Rompió la puerta y entró. A esa niña la cuidaba el diablo más malo. Cuando entró el muchacho de la burra se agarraron a peliar —75a cuchillo. Peliaron como una hora adentro y salieron para ajuera, muy cansados los dos. El diablo viejo amagó retroceder para el lado de una laguna de agua que tenía allá, en el otro mundo. Tocando siquiera con un pie el diablo el agua, quedaba muy descansado como si no hubiera peliado. Entonce la niña, le gritó al muchacho de la burra que no lo dejara llegar al agua. Entonce el

muchacho de la burra lo comenzó a atajar de aquel lado, hasta que por ahí le cortó un pedazo de oreja y se lo manotió en el aire y se lo metió al bolsillo. El diablo comenzó a ir a menos hasta que se rindió. El muchacho agarró una cadena y lo ató, y se puso a descansar. El diablo le pedía por favor que le entregara el pedazo de oreja. Él no lo atendía. Se jue y habló con la niña y le dijo que la iba a sacar en el noque. La niña era bruja, y le dijo que los compañeros d'él que estaban arriba lo iban a traicionar, que cuando ella saliera en el noque y lo mandaran al noque de vuelta para que subiera él, cuando fuera a la mitada del pozo, l'iban a cortar la sogá pa que se matara de un golpe, que no subiera nada en el noque, que para que viera que era cierto, que en vez de subir él que echara una piedra pesada. Que ella le iba a dar una virtud, que en tres palabras que hablara, él iba a subir arriba. La niña le dio un anillo y dijo, que dijiera:

-«Anillo 'e la virtud, por la virtud que Dios me dio, que me saque siete estados para arriba».

La niña la mandó en el noque, y él guardó el anillo. El noque vino de vuelta y él, en vez de subir, echó una piedra pesada, y se puso a escuchar. Al rato no más sintió un ruido. Era la sogá que la habían cortado, y la piedra que caiba. Los compañeros habían cortau la sogá, como dijo la niña. Llegó la piedra al suelo y se enterró como diez metros para abajo. Él sacó el anillo y tuvo la poca suerte cuando dijo:

-«Anillo 'e la virtud, por la virtud que Dios me dio, que me lleve siete estados para abajo».

—76

Se jue ande estaban unos hombres muy chiquititos, que eran enanos. A él le decían Dios y lo miraban para arriba cuando le querían ver la cara. Ahí anduvo unos ochos días, muy triste. Y el diablo viejo lo iba a buscar siempre; no lo dejaba de molestar para que le entregara el pedazo de oreja. El muchacho de la burra le hizo un trato al diablo viejo. Le dijo que le iba a entregar el pedazo de oreja, si lo sacaba arriba adonde estaban los galpones con cuero de vaca. El diablo viejo le dijo que como no. Qu'él lo iba a llevar. Lo alzó en el hombro, y lo llevó volando, y lo asentó allá. El muchacho de la burra sacó el pedazo de oreja y se lo entregó. Se jue para la casa del Rey. Los otros ya 'staban allá y habían dicho que ellos habían hecho las hazañas. Entonce la hija menor salió llorando y lo encontró, y lo trajo del brazo adonde 'staba el Rey y le dijo al Rey que ése era el hombre que había salvado la vida a las tres niñas. Entonce el Rey lo hizo casar con la niña menor, y a los otros les pagó el dinero que habían ganado por día y los despachó. Yo 'stuve en ese casamiento, había zapallo asado y mate en jarro. Zapatito roto que usté me cuente otro.

José Chaves, 26 años. San Martín. San Luis, 1939.

Buen narrador. Aprendió el cuento de viejos de su comarca.

—77

851. Pompeira el valiente

SAN LUIS

Era un viejo y una vieja. El viejo era muy flojo, tan flojo que no servía para nada más que para 'tar sentado a la orilla del juego, en la cocina. La vieja hacía todo. Salía a ver la hacienda, a tráir la leña, a acarriar agua, a carniar, a componer los cercos, a sembrar las chacras, y iba al pueblo a comprar los vicios⁵³ y todo lo que se necesitaba en las casas. Un día, la vieja andaba campando unos animales y se encontró con un gigante. Entonces el gigante le dice:

-No si asuste, no le voy a hacer nada, pero no hay más que usted se tiene que venir conmigo. Yo la voy a llevar a mi casa, la voy a tratar bien y usted va a tener todo lo que necesite sin andar trabajando como un hombre, como anda.

-No, señor, no puedo ir porque tengo que atender a mi esposo. ¡Cómo me voy a ir y lo voy abandonar!

Pero el gigante la llevó no más.

Cuando llegaron a las casas del gigante, la hizo entrar y la encerró. Tenía puerta de fierro la casa y el gigante le echó llave. La vieja tenía todas las comodidades y vivía —⁷⁸con el gigante. Al año tuvo familia, un niño varón. El niño era muy vivo y durísimo⁵⁴, a los cinco o seis día ya andaba corriendo. Al mes, el chico ya 'taba grandecito y el gigante le dijo a la vieja que se juera, que ya no la necesitaba más.

-Si me voy me va a matar mi marido -le dice la vieja.

-El niño tiene que quedar. Es el único heredero de lo que tengo. Todas esas piezas llenas de plata van a ser para él -le dijo el gigante.

El niño le dijo que él se iba con la madre no más. Se jue la vieja con el chico, pero él tenía que volver esa tarde.

Cuando llegó a su casa, la vieja, el viejo le dice:

-Te fuiste sin cría y volvís con cría. ¡Ya vas a ver lo que te va a pasar! Sacó, el viejo, un lazo trenzado y la jue a castigar a la vieja. El chico al lado de la madre 'taba y no se movía. Cuando le jue a pegar el viejo a la vieja, el chico lu echó al suelo di un chirlo. El viejo se enderezó y quiso pegarle, pero el chico lo volvió a echar al suelo. El viejo guardó el lazo y se jue a la cocina y se sentó a la orilla del juego.

La vieja echó leña al juego que 'taba cuasi apagado y se puso a hacer la comida. Después comieron.

Esa tarde, el chico se aprontó para irse a la casa del gigante, y le dijo al viejo:

-Si la tocás a mi madre, mañana te mato -y se jue.

El chico llegó a la casa del gigante y le dijo:

-Mañana echemé una tropilla de yeguas para enlazar un potro en el corral.

—⁷⁹

El gigante le echó una linda tropilla al corral. Entró a enlazar el chico. Cada potro que enlazaba y le pegaba una estirada, lo mataba. Eran potros gordos y bravos y los mató a cuasi todos.

Después le dijo al padre, al gigante:

-Mire, padre, hagamé hacer una espada de catorce arrobas.

El gigante se la hizo hacer de acero puro.

A los pocos días el herrero que hizo la espada le mandó decir al gigante que ya 'taba hecha pero que él no se la podía tráir. El chico jue y la

trajo. El padre lo bautizó con el nombre de Pompeira. El chico la encontró muy liviana a la espada y le dijo al herrero que le echara catorce arrobas más.

Cuando tuvo hecha la espada, el herrero les mandó a decir que la podían tráir. El chico jue y la agarró a la espada y la manejaba con el dedo chico para todos lados. La encontró liviana todavía, pero para no ponerlo en más gastos al padre le dijo al herrero que la dejara así.

Güeno... Jue a la casa, el chico, y le dijo al gigante:

-Padre, no hay más, que ahora me voy a rodar tierra. El gigante le dijo que para qué se va a ir sin necesidad. Pero él le dijo que se iba no más.

El gigante le trajo dos mulas pa que hiciera el viaje. Ensilló una de las mulas y a la otra la llevó de tiro. Se despidió y se jue.

A los muchos días de caminar sin rumbo se le cansa la mula que montaba. Le pegó una estirada, le cortó la cabeza y la tiró. Ensilló la otra. A los dos o tres días se le cansó la otra mula. La tiró ensillada y no sacó del apero más que una bolsa de lona. Y siguió de a pié. Lejos, encontró un —80dijunto⁵⁵. Lo estuvo mirando sin saber qué hacer. Al fin lo dejó.

Después de caminar, va pensando y se vuelve y lo llevó al hombro. Al hacerse de noche, se tiró a dormir a la orilla del camino y lo puso al dijunto de cabecera. Al día siguiente se despertó y siguió andando con el dijunto al hombro. Llegó a un cementerio y lo enterró al muerto.

Siguió de nuevo su viaje y cerca no más encuentra a un hombre que llevaba una iglesia en la cabeza. Le pregunta que para dónde va y el otro le contesta que la cambiaba de lugar porque no estaba bien ande la habían hecho. Le preguntó a este hombre tan fortacho⁵⁶ que cómo se llamaba y le dijo que se llamaba Miliquinaco. Entós le dice:

-Deje eso, amigo. Vamos, mejor, a rodar tierra juntos. Le pago lo que pida.

El hombre dijo que güeno, lo conchabó y siguieron juntos.

Por el camino encuentran a otro hombre que 'staba envolviendo una espesura⁵⁷ con un hilo de carretel. Le preguntó, Pompeira, qué 'staba haciendo y el hombre le dice que 'staba por arrancar esos árboles. Áhi le pegó una estirada y sacó todos los árboles de raíz. Entós le preguntó el nombre y le dijo que se llamaba Placamontaña. Era otro hombre muy fortacho, tan fortacho como el otro. Entós le dijo Pompeira:

-Deje di arrancar árboles, amigo, y vamos juntos a rodar tierra. Yo le pagaré lo que usted quiera.

El hombre dijo que güeno, y lo conchabó Pompeira. Y siguieron camino los tres.

—81

Caminando llegaron a una ciudá muy grande. Había casas de negocio muy surtidas. Pompeira le dijo que se quedaran por una noche áhi.

Al otro día determinaron de ir a cazar aves para comer. Salieron de la ciudá y se entraron en medio de unos cerros. Dispusieron que se quedara Miliquinaco a hacer la comida y los otros dos salieron a cazar.

Miliquinaco era el que alzaba las casas y las iglesias como si fueran un juguete.

Miliquinaco hizo juego y preparó la comida en una olla grande de fierro qui habían comprado en la ciudá. Cerca de las doce del día retiró la olla con la comida cocida y se sentó en una piedra a esperar los compañeros.

Cuando 'tá sentado se le presenta un viejo con una barba tan larga que se la pisaba con el dedo grande del pie, y le dice:

-¿Qué hacís aquí, gusanillo de la tierra?

-Callate, viejo zonzo, y vení que te voy a convidar con pan y vino.

Entós el viejo se le arrimó y lo echó al suelo de una trompada. Y lo aporrió muchísimo. Este viejo parecía de fierro porque tenía muchas más fuerzas que este hombre que era tan fortacho. Después que lo dejó tendido en el suelo a golpes, jue ande había hecho la comida y le volcó la olla, y se jue.

Al rato llegaron los compañeros y lo encontraron revolcado, lleno de chichones y sin comida. Él les cuenta que un viejo había venido, lu había aporriado y li había volcado la comida. Que parecía que tenía manos de fierro porque él, con la fuerza que tenía no se podía atajar las trompadas. Como los compañeros traían muchos animales cazados, se prepararon otra comida.

Güeno... Al día siguiente quedó el segundo, Placamontaña, el que arrancaba con un hilo las montañas di árboles. Los otros dos se jueron a cazar.

—82

Placamontaña hizo juego, preparó la comida, y cuando ya 'taba bien cocida se sentó a la sombra a descansar y a jumar⁵⁸ un cigarro. En eso que 'taba llegó el viejo y le preguntó:

¿Qué hacís aquí, gusanillo de la tierra? Éstos son mis dominios y naide puede 'tar sin mi permissio -y áhi no más lo echó al suelo di una trompada.

Placamontaña, con las fuerzas que tenía, no se podía ni atajar una de las trompadas que le tiraba el viejo. Lo aporrió hasta que se llenó, como lo había aporriáu al otro. Después jue y le volcó la comida y li apagó el juego.

Volvieron los compañeros y Placamontaña contó lo mesmo que el otro cómo lu habían aporriáu y lu habían dejau en el suelo, y li habían volcau la comida.

Güeno... Prepararon las aves qui habían cazau y se quedaron áhi.

Al día siguiente, Pompeira dice:

-Ahora me toca a mí. Vayan no más ustedes a cazar.

Pompeira hizo juego, preparó la comida y después se sentó a jumar, y puso al lado la espada. Al rato no más se le para adelante el viejo de la barba y le dice:

-¿Qué hacís en mis propiedades? ¿Quién ti ha autorizado a 'tar en este lugar?

Y junto con lo que le dijo le tiró una trompada, pero Pompeira se la atajó. Áhi saltó con la espada en la mano y se trenzaron a peliar. El viejo peliaba a trompadas y Pompeira con la espada. Lo partía al viejo, por el medio, y las mitades del cuerpo se volvían a pegar. Así peliaron mucho tiempo hasta que Pompeira le pega un hachazo al —83viejo en el talón y lo mató. En el talón había teníu el viejo las fuerzas y la vida.

Lo agarró a la rastra de la barba y lo colgó arriba di un algarrobo muy grande qui había. Áhi lo dejó y se fue a sentarse ande 'taba.

Cuando vienen los compañeros, les dice:

-Vayan a tráir la comida y miren al viejo. Áhi lo tengo colgau de la barba.

Lo van a ver al viejo y no había más que las carretas, y las barbas del viejo que habían quedau colgando del algarrobo. Áhi jueron las crucijadas de Pompeira.

-Güeno -dice- nu hay más que lo tenemos que seguir aunque sea hasta el fin del mundo.

Comieron, descansaron un rato y siguieron el rastro de la sangre que dejaba el viejo sin carretillas y sin barbas. Llegaron ande 'taba una piedra muy grande y áhi se pardían los rastros. Los dos hombres fortachos quisieron mover la piedra, pero no pudieron. Entós Pompeira la empujó y la hizo saltar. Áhi descubrieron un güeco. Se veía que este güeco era muy profundo. Intentaron medirle el fondo con los lazos que tenían y no alcanzaban todos los lazos yapados⁵⁹. Entós echaron siete cueros de güey al agua y cuando tuvieron en condiciones hicieron una sog a muy larga para bajar por el güeco.

Al día siguiente se jueron al güeco. Ataron al lazo di un árbol y de la otra punta lo ataron a Miliquinaco. Le dijieron que lo tratara de sacar al viejo que ya debía 'tar muerto. Quedaron que cuando quisiera que lo sacaran por cualquier causa, que cimbrara el lazo.

Lo bajaron a Miliquinaco. Pasó varios pisos claros, oscuros, medios oscuros... Llegó a uno de aire muy frío que —⁸⁴congelaba, y lo soportó... Llegó a otro de aire muy caliente que causi se cocinaba; tuvo miedo y cimbró el lazo para que lo sacaran. En seguida lo sacaron los compañeros. Entós les contó los sustos qui había pasado, que soportó el aire frío, pero que no había podido soportar el aire caliente.

Le tocó el turno a Placamontaña. Lo ataron y lo bajaron. Placamontaña pasó los lugares oscuros y claros, soportó el aire frío, también el aire muy caliente que lo asaba, y entró en otro de aire fétido. Intentó soportar, pero al fin no pudo más y cimbró el lazo. Áhi no más lo sacaron. Contó lo que había soportado, pero que al fin lu había vencido el aire fétido, porque no lo había podido sufrir.

Güeno... Ahora le tocó el turno a Pompeira. Pompeira dijo que no lo vayan a sacar hasta que él no cimbre tres veces el lazo.

-No voy a volver hasta que no lo traiga a ese viejo del diablo.

Lo largaron a Pompeira. Pasó los lugares claros, oscuros, el aire frío que congelaba, el aire caliente que cocinaba, el aire fétido que augaba, y al fin llegó al otro mundo. Vio árboles, lagunas y casas. En el tronco di un árbol ató la sog a y por la lista de la sangre lo siguió al viejo. Dio con unos palacios y áhi entraba la lista de sangre.

Esos palacios eran del viejo de la barba y áhi tenía éste a una niña en encanto. Llega áhi Pompeira y si asoma y lo ve al viejo que se 'taba peinandose una barbita chiquita que ya le estaba saliendo. Entós le dice Pompeira:

-En busca tuya vengo.

-Por irte a buscar estaba -le contesta el viejo.

Ya se juntaron a peliar. Peliaron tanto, que no daban más ninguno de los dos. En cada hachazo que le daba con su espada Pompeira, lo partía en dos al viejo, pero cuando retiraba la mano se volvía a juntar. Hasta qui al fin le —⁸⁵pudo pegar en el talón, y lo mató. Entós lo quemó al cuerpo del viejo pa que no volviera a vivir.

Pompeira entró al palacio, y encontró a la niña que tenía en encanto el

viejo. La niña lloraba de alegría lo que este joven valiente la salvaba, pero también le pidió que sacara a una hermana de ella que estaba más abajo, y que la tenía en encanto un gigante que era más malo que el viejo. Entonces le dio ella un anillo de virtud para que lo llevara al reino de más abajo.

Él tenía que decir: Dios y el anillo de virtud, que baje al reino del gigante. Pompeira lo dijo y al momento estuvo en el palacio del gigante.

Por una ventana la vio a la niña que tenía en encanto el gigante, que era más bonita que la otra. La habló y la niña muy asustada le dijo:

-¡Vayasé, vayasé, joven, que el gigante que me tiene en encanto es malísimo! Esos montones de güesos que 'stán ahí son toda la gente qui aquí viene y la mata el gigante. El gigante ha salido, pero va a llegar de un momento a otro.

-No se le dé cuidau -le contestó Pompeira-. Por el momento, abra la puerta para entrar.

-No, no -le dijo la niña-, porque somos perdidos los dos.

Entonces Pompeira le pegó un puntapié y la hizo pedazos. Entró al palacio y al ratito no más llegó el gigante bramando. Ya tomó el olor de que había gente del otro mundo y venía pronto a matarla. Pompeira lo esperaba con la espada en la mano.

Cuando llegó el gigante lo encaró Pompeira y se pusieron a pelear.

Peliaron muchísimo hasta que Pompeira lo mató al gigante. Entonces vino llorando de contenta la niña, y le dijo que por favor salvara a otra hermana de ella, la menor, que 'taba más abajo encantada por una serpiente.

-La serpiente es más mala que el gigante.

-No tenga miedo por mí -le dice Pompeira, y se va.

—86

Se fue Pompeira más abajo y llegó al palacio de la serpiente.

Se asoma por la ventana y ve a la más joven de las niñas y que era la más bonita. Ya cuando lo vido, la niña le dice:

-¡Ay, joven!, ¿qué anda haciendo por estos mundos? No entre que la serpiente los va a comer a los dos. Pompeira le pegó un puntapié a la puerta, la rompió y entró. Entonces le dijo a la niña:

-No tenga miedo. Yo he venido para salvarla a usted como he salvado a sus hermanas. Ya va a ver cómo mato a la serpiente.

-Güeno... Se pusieron a conversar. Se sentaron. Él 'taba con la espada en la mano. Entonces le dijo:

-Venga, espulguemé hasta que llegue la serpiente. La niña se puso a espulgarlo y en eso se durmió Pompeira. Ya cuando sintió la niña el bramido de la serpiente que venía, lo quería despertar a Pompeira, pero no podía. Lo sacudía, le tiraba el pelo, pero el joven no se despertaba.

Entonces se largó a llorar y le cayó una lágrima en la cara a Pompeira, y se despertó. Le pregunta por qué llora, y le dice que lloraba porque venía llegando la serpiente y él no se despertaba. Que ya los iba a comer a los dos. Ahí no más se paró Pompeira, y ya llegó la serpiente, que tenía siete cabezas. Y se pusieron a pelear sobre el montón de güesos de las personas que la serpiente había muerto. Peliaron muchísimo. Le cortaba cuatro o cinco cabezas y se le volvían a pegar. Al fin de un golpe le cortó las siete cabezas, y la mató.

Güeno, le dijo a la niña que se juevan.

-Tiene que llevarme con una cabra mora -le dice- que tengo acá y que nos va a prestar muchísimos servicios.

-¡Cómo no! -le contesta él.

—87

Se fueron y se juntaron con las otras dos hermanas. Llegaron ande 'taba la sogá. Las niñas le dijeron que salga él primero. Él dijo que no. Colgó a la mayor y cimbró la sogá. Cuando salió ajuera, la niña, Miliquinaco dijo: -Ésta es pa mí.

Mandaron la sogá y colgó a la segunda. Cuando salió ajuera, Placamontaña dijo:

-Ésta es pa mí.

Mandaron la sogá. Entós la niña menor le dijo que cuando se colgara él, que con seguridá le iban a cortar la sogá los compañeros. Que él subiera con la cabra mora por que si no iba a ser perdido. Que la llevara colgando. Que si le cortaban la sogá, subiera en la cabra y dijiera: Arriba con mil diablos, y que iba a estar ajuera. Y así sucedió todo.

Cuando salió la niña ajuera, dijeron:

-Ésta va a servir para piona⁶⁰.

Cuando lo iban subiendo a Pompeira, a la mitad de la subida, le cortaron la sogá. Entós él subió en la cabra mora, y se equivocó y dijo: Abajo con los mil diablos. Y llegó muy abajo ande vivían los diablos. Ya se vio perdido y se fue a buscar trabajo. Llegó a una casa y se conchabó. Los diablos le dijeron que casualmente 'taban por ir a buscar un piñón para cuidar una majada di ovejas. Éstas eran hijas del diablo. Le dijeron que no las llevara cerca del mar.

-Mañana temprano ensille la mula negra que va a estar en el corral, pa cuidar las ovejas.

La mula negra era la diabla. Cuando llega a ensillarla, la mula 'taba echando juego por boca y narices. Entró, agarró el bozal para ponerle, y cuando la mula se le vino encima, le pegó con la espada y la desmayó. Después la ensilló y la —88montó. La mula comenzó a corcoviar. Las ovejas se le dentaron a la mar y la mula tamén se iba di atrás para echarlo a él a la mar. Ya cuando iba a dentrar, la desmayó di un golpe. Después la hizo andar para el corral. Para bajarse, como corcoviaba tanto, la tuvo que desmayar otra vez de un palo.

El diablo, como vio que li había pegado mucho a la mula, que era la diabla, le dice:

-Mañana le voy a echar un machito negro, muy mansito, pa que cuide las ovejas.

Con el machito le pasó lo mesmo. Era el hijo del diablo. Lo desmayó todas las veces que el diablo lo quería embromar.

Al día siguiente la diabla y el hijo amanecieron muy lastimados y embichados⁶¹ en las lastimaduras.

-Mañana va a tener que ensillar un machito moro, más mansito que el negro -era el otro hijo.

Ocurrió lo mismo. El macho 'taba atado echando juego por boca y narices. Cuando iba para ensillarlo, siente Pompeira que lo silban. Él creyó que era el patrón. Miraba para todos lados y no vía a naide. Ya le pareció que era para el lado del monte. Ya vido que era una águila. Le preguntó que si ella lo silbaba, y l'águila le contestó que era ella.

-¿Querís que te saque de penas? Soy el alma de aquel hombre que encontraste muerto y enterrastes. Por eso vengo a sacarte de este infierno. Aquí estos diablos te van a matar. Mañana, tú les dices que no te quieres conchabar más. Cuando te quieran pagar tú les pides el carnerito lanudo, ese que anda atrás de las ovejas. No te lo van a querer dar, pero no recibas dinero. No recibas dinero de ninguna manera. —89 Así lo hizo. El águila le dijo que lo enlazara y lo matara al corderito. Y él lo enlazó y lo carnió.

Ya 'taban pronto para viajar. El águila tomó la sangre y comió los menuditos. A los dos cuartitos y al espinazo se los llevaron para el viaje. Los dos cuartitos y el espinazo los pusieron en el cogote del águila y Pompeira subió a caballo atrás de las alas. Entonces el águila le dijo:

-Agarrate, que nos vamos. Siempre mirá para arriba o adelante y nunca para abajo.

Quiso volar y no pudo levantarse. Claro, Pompeira llevaba la espada que era muy pesada.

-No ti aflijás -le dice el águila- ya vamos a ver la forma de arreglar todo.

Se subieron a un cerro que había áhi no más, y se largaron.

Volaron todo el día. Al anochecer, el águila le dijo que tenía mucho hambre y Pompeira le dio un cuartito del cordero. Siguieron volando.

Volaron toda la noche. A la madrugada le volvió a pedir de comer y le dio el otro cuarto. Siguieron volando todo el día y a la tarde comió el espinazo. Volaron toda la noche y a la madrugada le dice a Pompeira:

-Dame de comer porque si no los vamos abajo y somos perdidos.

Entós Pompeira sacó la espada y se cortó un murlo⁶² y se lo dio.

Siguió vuelo el águila. Volaron todo el día. A la caída de la tarde le volvió a pedir comida.

-Ya 'tamos muy cerca, pero no tengo alientos pa seguir, ya me 'stoy por cáir.

—90

Pompeira sacó l'espada, se cortó el otro murlo y se lo dio. Siguieron vuelo. Volaron toda la noche. A la madrugada salió al otro mundo. Se asentó en una higuera y le dijo que se bajara, pero Pompeira no se podía mover sin la carne de las piernas; 'taba enválido. Entós l'águila le dice:

-Esperáte un momento. Date güelta, dame la trasa.

Pompeira se dio güelta todo lo que pudo, y l'águila lanzó los dos murlos del joven, y áhi no más se los pegó a las piernas. Pompeira quedó como nuevo, más juerte y más joven. Entós le dijo l'águila, que ella era l'alma del muerto que él enterró, y le dice:

-Himos llegado al mundo y al lugar ande querías llegar. En aquella ciudá que se ve allá, es donde 'tan tus piones y las niñas, las que salvaste del encanto. Tenís que castigarlos por la traición qui han cometido. A mí ya se me termina el permisio que Dios me dio para ayudarse y pagarte el favor que me hicistes. Pompeira li agradeció el favor que li había hecho y se despidió como si fuera su mejor amigo. Y se voló l'águila.

Pompeira se jue a la ciudad.

Llegó a la ciudá y de averiguación en averiguación dio con la casa ande 'taban los piones con las niñas. A la menor la habían echau de piona, a la

cocina; la pobre 'taba sucia y hilachenta⁶³. Pompeira se vistió muy pobre de ropa como si fuera un mendigo.

Jue a la casa, Pompeira, y pasó a la cocina. Habló con la piona y le dijo que les dijera a los patrones que venía en busca de trabajo. La piona les dijo a los patrones, pero ellos contestaron que después verían, que por la traza no parecía trabajador, este joven, que parecía más un flojo y cochino. Que vuelva más tarde, que en la casa ellos no atendían esa clase de gente.

—91

La piona lo atendió. Lo hizo sentar y cuando sirvió la comida, sin que vieran los demás, le dio de comer.

Después Pompeira le empezó a hablar y le dijo:

-¿Usté no me conoce? ¿Usté no si acuerda de mí?

La niña le dijo que no, que su vida era muy triste áhi y que ya ni tenía memoria de nada.

Entós le dijo Pompeira:

-Y si viera una prenda ¿me conocería?

-¡Quién sabe!

Entós sacó la espada y le dice:

-A esta espada ¿la conoce?

-Sí, es de Pompeira, que mi ha salvado a mí y ha salvado a mis hermanas de un encanto.

-Soy yo.

-No, no puede ser porque él ha quedado en el otro mundo por la traición de éstos que 'tán de patrones y eran sus piones.

-No, yo hi venido, y ya me va a conocer. Y ya va a ver que los voy a degollar con mi espada a estos canallas. Ya me la van a pagar. Ya van a ir usté y sus hermanas al reino del padre de ustedes.

Se jue, se vistió con el mejor traje y se presentó con la espada en la mano. Cuando lo vieron Miliquinaco y Placamontaña, se quedaron helados. No sabían qué hacer y le preguntaron si era alma del otro mundo.

-No -les dice Pompeira-, soy de este mundo que vengo a hacerles pagar la traición a mí y el mal que les hacen a estas niñas.

—92

Áhi no más, di un solo golpe con la espada les cortó la cabeza a los dos.

A las niñas les dijo que si aprontaran y las llevó a la casa del padre de ellas, que era un rey.

Cuando vido a sus hijas el Rey se puso muy contento y no sabía cómo pagarle a Pompeira que las había salvado. Lo hizo casar con la menor y se quedó en el palacio para que fuera rey cuando él se muriera. Se hizo una gran boda y vivieron felices.

Guillermo Ortiz, 70 años. San Martín. San Luis, 1932.

Campesino rústico pero inteligente. Gran narrador.

—93

852. Trino, el joven valiente

CÓRDOBA

Que era un hombre pobre. Resulta que tenía la señora muy enferma. Hacía tres días que no podía tener familia. El hombre tenía justo para comer con lo que ganaba en el día, en el trabajo. Con la enfermedad de la señora, él no podía salir a trabajar. La señora se le estaba por morir y los hijos lloraban de hambre.

Y él al ver llorar los hijos, intentó quitarse la vida para no ver el sufrimiento de la familia.

Alzó un lazo y se fue retirado de la casa, con la intención de horcarse.

Él que había atado el lazo en el árbol, y se iba subiendo arriba del árbol para largarse de ahí, llegó un señor en un coche, y le pregunta:

-¿Qué está por hacer, señor?

Y el hombre pobre le contesta:

-Con avisarle a usted lo que me pasa no voy a remediar mi necesidad.

El señor le contesta:

-Muchas cosas puede remediar. Basta que me avise qué es lo que 'tá por hacer usted con ese lazo atado al árbol.

El hombre pobre le contesta:

-Estoy por quitarme la vida.

—94

-¿Cuáles son las razones, para que usted se quite la vida? -le dice el señor.

El hombre pobre le contesta:

-Mire, señor, mi señora hace tres días que 'tá penando y mis hijos se mueren de hambre. Para no verlos sufrir intento hacer esto.

El señor le dice:

-Vamos, amigo, yo le voy a arreglar esta situación con este compromiso, que si la criatura que va a tener su señora, es varón, va a ser para mí.

Yo pagaré todos los gastos de médico y lo ayudaré para que lo críe y para que lo haga educar hasta cierto tiempo, que yo disponga llevarlo. Yo soy dueño de un regimiento, y cuando él sea útil para manejar el regimiento, yo lo haré llevar.

El hombre pobre lo aceta y se van a su casa. Y nace la criatura, varón. Le pusieron de nombre Trino.

El señor pagó todos los gastos y el hombre le avisó a la señora este compromiso, que él había sellado con este señor. La señora le contestó que estaba bien.

El chico se iba criando hasta una edad de colegio. Rindió sexto grado, siempre con la ayuda de este señor.

Este niño, los padres nunca le avisaron a él que ellos habían sellado este compromiso con este señor.

Una tarde llegó un señor a caballo, donde traía una carta y un traje militar para que se presentara el joven ante el ejército de este señor. El hijo, ese día, no se encontraba en las casas. Como este hijo era tan educado y tenía muy buenos amigos, él vino a la noche a la casa. Encontró a los padres que 'taban llorando. Él les preguntó qué pasa, porque lloran. Les pregunta, por dos o tres ocasiones y recién los padres le avisan este compromiso que ellos tenían con él. El hijo les contesta:

—95

-Mis padres, no lloren. Si ustedes han sellado ese compromiso, está bien.

Yo voy a ir gustoso a cumplir.

En seguida los padres le entregan la carta de este señor, donde le dice:

«Áhi te mando el caballo y la ropa militar, para que te informes y vengas al cuartel. Lo único que te advierto que tengas mucho cuidado en el viaje con la gente envidiosa».

Este hijo siguió viaje. Salió en la mañana temprano. A la noche llegó a un pueblo y se dirigió a un hotel, pidiendo comida para él y alguna comodidad para guardar el caballo.

Al estar él, adentro, en el hotel, si arrima un señor adonde él estaba y le pregunta que si venía de lejos, como buscando hacerlo amigo. Este joven olvidando lo que en la carta le decía el señor, le empezó a conversar lo que hacía y a donde se dirigía, y para qué iba. Este señor le dijo si no quería que lo acompañara a comer y así conversaban un rato, y este joven aceptó. Comieron, y entonces le dice al joven, este señor:

-Si quiere vamos a dormir en la misma pieza, así los acompañamos.

Y el joven ateta con mucho gusto.

Este joven, rendido del viaje, se durmió fuerte, y el acompañante le roba la ropa militar y le roba el caballo. Y sigue viaje al cuartel en donde lo esperaba el señor. Este señor y la señora no lo conocían al joven, pero lo querían como a un hijo y lo esperaban como a un hijo. Ellos sólo tenían una hija que les habían robado y estaba en un castillo encantado.

Este señor que le robó la ropa y el caballo al joven era calvo y se compró una cabellera del mismo color que el pelo del joven.

Y llegó, y lo recibieron muy bien y le entregaron el mando del regimiento.

—96

El joven, cuando se despertó, se dio cuenta de todo y si acordó de las palabras de la carta, que se cuida de los envidiosos. Entonces empieza a ver cómo llega allá, a la casa del señor.

Se pone en camino y llega a un pueblo. Áhi 'taba en una esquina y llega un militar buscando pión pa manejar un sulke, casualmente del señor que le mandó el uniforme. Él se ofrece y se va de pión. Para que no lo conozca, él andaba siempre con la cabeza atada. Y áhi le tenían mucho cariño porque lo ven que es muy trabajador y valiente. Y un día le dice la señora al señor:

-Más bien a este pión lo hubieras puesto al mando del ejército y no a ese burro que has puesto.

Ya lo querían como hijo al pión y él hacía todo en la casa.

El jefe del regimiento tenía que buscar la niña encantada y casarse con ella. Éste que le robó la ropa, lo reconoció al joven y para hacerlo matar, le dijo al señor que se había dejado decir que él era capaz de traer la niña encantada. Y claro, él se quería casar con la niña, pero como no era valiente, no era capaz de ir a tráila. Y él mismo como jefe del regimiento lo llama, y le dice:

-Mirá, la niña con quién yo me tenía que casar la han robado, y si vos no me la tráis aquí, inmediatamente te afusilo.

Trino se dio cuenta que éste ahora lo quería hacer matar.

Esa noche no durmió, pensando, y en eso oye que lo llaman para ajuera:

-Trino... Trino...

Él no sabía quién podía ser, porque áhi nadie sabía que él se llamaba Trino. Y va. Era un cuartito di ande salía la voz. Y le dice un hombre:

-¿Qué te pasa?

—97

Y él le cuenta lo que le pasa, y entonces le dice:

-Mirá, yo soy un mago y te voy a ayudar, yo te vengo a salvar. Mañana pedí que te den la caja de fierro, ésa que tiene el padre de la niña, cien bueyes, cien bolsas de trigo, cien conejos, un barco cargado con proveeduría y cien conscritos⁶⁴ para ir a buscar la niña.

Todo le dieron. No le querían dar la caja, pero al fin se la dieron.

En esa caja se acomodó el mago, y nadie, fuera del joven, sabía este secreto. El joven tenía la orden de no tocar los bueyes, ni el maíz, ni el trigo, para nada.

Salieron de viaje. A los diez días se termina la proveeduría. Lo fue a hablar al mago y éste le dice que tenga paciencia, que ya iban a llegar a tierra, y que ahí podía cargar comida.

Llegan a tierra, pero había una gran cantidad de tigres, que no podían bajar. Entonces el mago le dice que les largue los cien bueyes. Y ahí, mientras los tigres comen los bueyes, ellos cargan de todo. Entonces se le presenta un tigre, al joven, y le dice que cuando necesite algo, que lo llame, que él lo va ayudar. Él se sorprende, pero el mago le dice que es el rey de los tigres, que ya lo va a necesitar.

Y siguen. Y se les vuelve a terminar la comida. Y el mago le dice que ya van a llegar a tierra.

Llegan, pero no pueden bajar por la gran cantidad de hormigas que hay. Entonces el mago le dice que le largue las cien bolsas de trigo. Y se las largó. Y mientras las hormigas comen, ellos cargan de todo. Entonces se le presenta la reina de las hormigas y le dice que cuando la necesite la llame.

—98

Siguen y llegan a tierra pero no pueden bajar por la gran cantidad de águilas que hay. Entonces el mago le dice que les tire los cien conejos y que carguen tranquilos. Y largaron los conejos y cargaron comida. Entonces se presentó una águila, el rey de las águilas, y le dijo que cuando algo necesitara, la llamara, que al momento iba a llegar.

Y siguieron viaje. Hasta de tanto viajar llegaron a la orilla ande 'taba el castillo encantado. Ahí 'taba abandonado por la razón de que todos los que habían ido ahí, 'taban encantados en el castillo en forma de maceta.

Todos 'taban desesperados al ver esto.

Entonces el mago le dijo al joven:

-Vos tenís que ir con mucho coraje a tráir la niña. Si no volvíis todos los del barco van a quedar encantados. No tenía que recibir nada, que te van a envitar con toda clase de atenciones, ni te tenís que dejar besar con nadie. Tenís que decir que vas a buscar la niña nada más.

Y él fue y llegó. Cuando él estaba adentro, había muchas niñas, una lo hablaba di un lado, otra de otro. Él no atendía nada. Buscó la niña y le dijo que venía a llevarla. Y mientras la niña se preparaba para viajar, las otras lo volvían loco, y en un descuido, una viene de atrás y lo besa. Y ya quedó encantado él adentro del castillo.

Y bueno. Entonces le dieron de penitencia 'tar adentro de una pieza que 'taba al frente de una sierra altísima, que nunca podrían dentrar los rayos del sol, porque atajaba la sierra. Él se iba dehencantar sólo cuando

áhi dentrarian los rayos del sol.

Él se afligía por la gente que había quedado en el barco, que se iban a perder todos. Entonces se acuerda de aquellos animales que le supieron ofertar ayuda, y en seguida hace el pedido al tigre, a la hormiga y al águila, que lo salven.

—99

Al momento vido en la punta de la sierra que 'taba llena de tigres que cavaban con las uñas, de hormigas que desprendían pedacitos de piedra y de águilas que acarriaban tierra para todos lados. Al poco rato no más abrieron un pedazo en la sierra y dentraron a su pieza los rayos del sol.

Áhi no más se dehencantó y salió libre. Y áhi vino la niña con un pincel, le dijo:

-Paselé el pincel a estas macetas que 'tan en fila. Cada maceta que le pasaba el pincel era un contristo que se paraba, y li hacía la venia.

Áhi no más Trino sacó la niña y se jue al barco, con el regimiento qui había desencantado. Eran de otro barco.

Y ya todos contentísimos se pusieron de viaje en los dos barcos.

Y la niña no sabía cómo agradecerle a Trino, y le dijo que se iba a casar con él.

Entonces, en el viaje, la niña le preguntó cómo había sido el caso. Entonces él le contó toda su historia. Ella sabía que ella tenía que casarse con este joven, que el padre había ayudado. Y ésa era la casualidad. Ella le dijo que siempre lo esperaba en el castillo porque sabía que él era muy valiente.

El otro, el que le había robado el traje de militar y el caballo, ya había pensado de hacerlo fusilar a este joven si venía. Él sabía que era muy valiente. Y así se casaba él con la niña.

Los padres de la niña siempre se subían arriba de la casa para devisar con larga vista⁶⁵ a ver si volvían los barcos. Y por fin una tarde vieron estos dos barcos que venían a poca distancia di áhi.

—100

Y ya el jefe del regimiento cuando vido que venían llegando, mandó a formar las tropas para recibir la niña, y él iba con los que creía que iban a ser los suedros⁶⁶.

Cuando llegan, baja la niña primero, y éste va primero a darle la mano, y ella no le da la mano y le tira un manotón a la cabeza y le saca la cabellera, y corre ande 'tán los padres. Y áhi quedó mal él.

Y él entonces quiere hacer afusilar a Trino. Pero los afusilaron a él.

Ya se supo todo. Los padres estaban contentísimos, y Trino se casó con la niña, y él fue el jefe del regimiento.

Y áhi vivieron felices.

Agustín Cruz Bustamante, 40 años. Villa de María del Río Seco. Córdoba, 1952.

El narrador campesino, es nativo del lugar.

Variante del cuento tradicional.

—101

CORRIENTES

Que había do señore que tenía un solo hijo. El hijo se llamaba Antoñito.

Este hijo tenía mucha juerza, como diez hombre junto.

Antoñito le dijo al padre que le mande hacer una espada muy grande y una cadena. El padre gastó y le encargó a la do cosa.

Entonce, lo que le había hecho la espada y la cadena le avisó cuando tenía que vení a levantala. Le dijo que la levantara en un carro, que ni diez hombre no podía levantá eso. Él estaba mirando. Entonce pa mostrale a lo que no pudieron, levantó él solo. De ahí se vino a la casa y le dijo a lo padre que él iba a salir a rodá mundo. Lo padre no quería, se pusieron a llorar. Y él le obligó que le diera permiso, que le pusiera la bendición, que él quería salir. Entonce le dio lo padre, y salió y se jue.

Salió y jue lejo. Seguía por un monte, y se encontró con un hombre que 'taba arando con leone. Le dijo si él quería acompañale hasta donde él seguía. Entonce el hombre le dijo que él no ía a dejar el trabajo por ir con él.

Entonce él, Antoñito, le dijo que a güena o a mala ía a ir con él. Levantó la espada y le dio vuelta con arado y leone. Y se levantó el hombre desfavorido y le dijo que —102bueno, que le acompañaba. Y le acompañó, se jue de compañero con él.

'Espué, en otro camino, se encontró con otro hombre que 'taba arando con tigre. Y le dijo lo mismo que le dijo el primero. Y él le hizo lo mismo con la espada. Entonce le acompañó ese otro.

Se jueron a un cerro. Entonce, ese cerro, él tenía que partir para ir a Siete Siglos. Era una ciudá que 'taba tre princesa encantada, que le había llevado un gigante.

Cuando llegó a ese cerro, él tenía que trabajá para matá animale y hacé con ese cuero una sogá bien larga. Primeramente le dijo al que araba con leone, que se ocupe para hacer la comida para ello. Él se ía con uno y dejaba el otro.

Cuando 'taba el hombre solo con la comida, subía un negro del cerro, y le decía:

-La vida o la comida.

Y el hombre de miedo que lo mate, le decía:

-La comida.

Entonce el negro agarraba la olla de la comida y se perdía. Volvía a entrar al cerro. Y ello quedó sin comida.

Cuando vino Antoñito le contó lo que le había pasado. Entonce el otro hombre dijo:

-A mí no me va a quitar la comida.

Y entonce él quedó y se jueron lo otro. Y él hizo la comida. Y cuando ya 'taba la olla llena de comida salió el negro del cerro y le dijo lo mismo:

-La vida o la comida.

Y el negro daba mucho miedo, y él se asustó como el otro y le dijo:

-La comida.

—103

Y entonce dijo Antoñito:

-Yo me voy a quedar ahora. A mí no me van a quitar la comida.

Se quedó Antonito y preparó la comida. Salió el negro y le dijo:

-La vida o la comida.

Y él le dijo:

-La vida -y se pusieron a pelear.

Cuando agarró la olla y la adentro, él le agarra la espada y le da, y le abre la cabeza y le saca una oreja.

Vienen lo compañero y encuentran comida y le dice que lo corrió al negro, que lo ía a buscar adentro. Y ya tenía el lazo.

Entonce se enlazó y se largó él.

Dejó encargue para cuando él tirara, que tiren la soga, que él tenía que salir, que le saquen.

Bajó. Llegó en la casa de la Princesa. Y salieron ella. Y le dijo qué andaba haciendo, que venía el gigante y lo ía a fundí. Entonce le dijo que le escondiera no más.

Entonce llegó el gigante. Llegó enojado. Decía que había olor a carne humana. La Princesa menor, ésa lo agüenó. Y entonce ella le dijo, si peleaba, que sí le podía vencé. Y él dijo que no porque la vida de él no la tenía en el cuerpo. Y entonce le conversó mucho la Princesa hasta que él dijo el secreto. Entonce él dijo que la vida de él estaba en un árbol, que adentro del árbol estaba un chanco, que adentro del chanco estaba una palomita, que adentro de la palomita estaba un güevo y que ahí 'taba su vida.

Antoñito oyó todo, que estaba escondío ahí y no le podía pelear al gigante porque no le podía matar así. Y se jue a buscar el árbol.

—104

Encontró el árbol y voltió el árbol. Y salió el chanco. Era un chanco muy malo. Le peleó al chanco. Y le mató al chanco, y salió la paloma. Cuando él voltió el árbol, el gigante se enfermó. Cuando mató al chanco, se puso grave. Y le decía a la Princesa que lo había traicionado, que ía a morí por ella.

Entonce salió la paloma, y con mucho trabajo la mató. Le sacó el güevo y lo rompió. Ahí sacó la vida del gigante, que era una vela, le apagó, y con eso se murió. La vela 'taba ahí ande 'taba el gigante.

Entonce él le trajo a la tre Princesa para hacerle salir. Ató a la mayor y tiró la cuerda. Salió. Ató a la del medio. Le sacó. La menor, que era la má linda, que esa le quería Antoñito, ella le dio un pañuelito y un anillo de virtù. Ella sabía que no le ían a sacá a él, lo otro compañero. Cuando él quisiera salir tenía que decir:

-Siete siglos más arriba -y salía.

Entonce ató a la menor y le sacó. Ya no volvió la cuerda. Lo compañero le dejó adentro. Entonce él se equivocó y dijo:

-Siete siglos más abajo.

Allí se jue siete siglo más abajo.

Llegó a la casa del Rey de todo lo pájaro. Entonce le contó lo que le había pasado a él. Entonce le dijo que había desencantado a la Princesa y tenía que ir al palacio del Rey, del padre de ella. El Rey de lo pájaro le dijo que no sabía, pero que lo soldado de él había de sabé.

El Rey de lo pájaro llamó a todo lo pájaro. A todo lo que llegaba le preguntaba, pero no sabía. 'Espué él reparó la fila de la águila y faltaba una. Entonce ella llegó y dijo que ella se tardó en venir porque en ese

palacio 'taba entretenida en el casamiento de la Princesa que habían desencantado.

—105

Entonce el Rey de lo pájaro le dijo que güeno, que tenía que llevar a ese señor a ese lugar.

Entonce Antoñito tuvo que comprar mucha carne, porque el águila comía sólo carne.

Tenía que pasar la mar; Antoñito tenía que ir sobre el águila. Cada vez que el águila pedía carne tenía que dar, si no comía carne no podía volar. Güeno, se jueron. Cada vez que pedía carne el águila, él le daba. 'Espué se terminó la carne. Y ya ía mal el águila por fundirse. Y ahí le pensó. Se sacó un pedazo de carne de la nalga. Le dio al águila. Y voló con fuerza nuevamente. Cada⁶⁷ que le pedía, le tenía que dar. Y el negro, por todo lado donde andaba le pedía la oreja. Él tenía la oreja del negro en el bolsillo. Él le decía que no era tiempo.

Volvió a tener otra vez hambre el águila. Se volvió a sacar otro pedazo de las nalgas, del otro lado. Con ese pedazo fue suficiente. Llegó a tiempo ya. Cuando se baja Antoñito del águila le preguntó qué le pasó. Y él le contesta que cuando no tenía más mantención para ella, él se sacó un pedazo de las nalgas de él. Entonce lanzó los pedazos de las nalgas de él y le pegó por él nuevamente. Y él quedó sano. Y le dejó que le sacara una pluma del ala de ella, porque él tenía que pasar un peligro antes de llegar al palacio. Cuando necesitara tenía que decir:

«Válgame el Rey de las Águilas». Entonces él se volvía con alas.

'Espué, el negro ése era el diablo. Le dijo que si él quería la oreja que le presentara un buen caballo, bien aprendado y un traje de Príncipe.

La Princesa menor, que salió último, quedó muda, de sentimiento, que no era ese hombre que le salvó a ella. Ella le —106dijo al padre, que mientras no saliera el hombre que la salvó a ella, ella no se casaba. Y se quedó muda.

Bueno, 'espué le apareció el caballo aprendado, y al caballo siempre le faltaba una oreja, porque era el mismo diablo que se hacía caballo.

Entonce Antoñito pasó por enfrente del palacio de la Princesa y se fue en un almacén que 'taba cerca del palacio. La sirvienta de la Princesa salía en ese momento del almacén y se encontró con ese hombre tan hermoso y tan elegante que ella nunca vio. Y va y le dice a la Princesa eso. Entonce ella de alegre, que se daba cuenta que era él, le dijo que fuera a verle, que le trajera. Y entonce la sirvienta le trajo al joven. Y la Princesa le reconoció. Entonce le dijo al padre que con ése sí ía a casar, y que él tenía la prueba de ese anillo y ese pañuelito que ella le había dejado.

Entonce se casó con ella.

Y entonce castigaron a lo malo compañero, le fundieron.

Y el negro siempre pidiendo la oreja. Entonce para darle la oreja al

negro, se jue en el campo, y la puso en la punta de una tacuara⁶⁸ larguísima, cosa que el negro la alcanzara cuando se cayera al suelo.

Cuando cayó la tacuara con la oreja, se hizo una explosión, y ahí él quedó salvo.

Y se quedó con la Princesa de él. Y hasta ahora estará si es que es viva.

Silveria Pérez, 42 años. Paso de los Libres. Corrientes, 1952.

Mujer del pueblo. Bilingüe guaraní-español. Buena narradora.

854. El león, el tigre y los gigantes enemigos del pueblo

ENTRE RÍOS

Era un colono que tenía tres hijos. Lo querían mucho los hijos. Los muchachos le dijeron al viejo:

-Cuando se muera lo vamos a velar en un campo.

-Bueno -dice él-, pero en el velorio tienen que intervenir los tres.

-Lo vamos a velar tres días.

-Bueno -les dice el viejo-, cuando me muera hagan lo que quieran de mí.

Bueno... Siguió trabajando el viejo con los hijos, que eran muy buenos hijos. Una güelta cayó enfermo el viejo y a los poquitos días murió.

-Bueno -dijeron-, lo vamos a llevar al monte.

Bueno... Lo llevaron al monte y buscaron un lugar a propósito, y lo acomodaron, y le pusieron las velas, al padre muerto.

-'Hora⁶⁹ te va a tocar a vos -le dijeron al mayor.

Le tocó al mayor y quedó velando al padre.

—108

Le dieron un solo fósforo y con ése tenía que encender las velas y no dejarlas apagar. El que dejaba apagar las velas, al otro día lo mataban.

Esa noche 'taba áhi, viene un león, y claro, lo que vido la luz prendida.

Y se puso a peliar con el león. Lo pelió mucho y lo mató al león. Entonce pensó y dijo:

-Por ver lo que yo he hecho esta noche, no van a querer venir mis hermanos.

Entonce lo llevó al monte al león, lo escondió y le sacó una tira de cuero del lomo.

-Con esto me hago un cinto -dijo.

Y al otro día amanecieron las luces prendidas. Vinieron los hermanos y no les contó nada.

-'Hora te toca a vos -le dijeron al segundo, la segunda noche.

Y se quedó el segundo velando al padre en el monte. A la media noche se le presenta un tigre.

-Con éste tengo que peliar -dice- sinó éste me va a matar.

Y se puso a peliar. Pelió muchísimo y al fin lo mató. Y entonce dijo:

-Con esto, el otro no va a venir, porque es el más chico y va a tener miedo.

Entonce lo llevó al tigre y lo escondió en el monte y le sacó una tira de cuero del lomo.

Cuando vinieron los otros hermanos, 'taba el finau con las velas prendidas.

-'Tá bien -dijeron- 'hora te toca a vos -le dijeron al más chico.

Bueno... Se quedó el hermano menor. 'Taba velando cuando se le apareció una serpiente. Y entonce vido que tenía que peliar con la serpiente. El chico era muy valiente, —109pero no tenía más que un cuchillito muy chiquito. Y se puso a peliar. Y el bicho pasaba por arriba d'él, y no lo

podía cazar. Y con el cuchillito lo conmenzó a hincar y a hincar, hasta que perdió mucha sangre el bicho y cayó en el suelo. Y áhi aprovechó para matarlo. Y cuando s'iba muriendo que se dio güelta y hizo cáir al finao y apagó las velas.

-Bueno -dice-, 'hora 'toy perdió. Voy a ver si encuentro juego por algún lado.

Siguió por entre el monte⁷⁰ y encontró un hombre que venía en un caballo tordío⁷¹.

-¡Alto! ¿Quién vive? -le dice.

-El día -contesta el otro.

Bueno... Entonce, para que no amaneciera, para que no llegara el día, le dice:

-¡Preso está el día! -y lo agarró y lío ató en un árbol, al día, con caballo y todo.

Bueno... Lo dejó preso, al día, y siguió caminando. Ve un fogón y se arrima al fogón. Y áhi 'taba un gigante asando una criatura.

-¿Qué andás haciendo, gusanillo de la tierra? -le dice.

-Vengo a pedirle un jueguito.

-Sentate por áhi, ya te lo voy a dar.

En eso, cái otro gigante, y dice:

-¿Y este gusanillo?

-Si no los⁷² enllenamos, lo comemos a éste -le dice el gigante que 'taba áhi.

—110

Al rato cái otro gigante y dice:

-¿Y qué hace este gusanillo?

-Buscando juego -dice el muchacho.

-Te daremos el juego pero vos tenés que hacer un trabajo para nohotros.

-Bueno -les dice- lo voy a hacer.

-Güeno... Vos tenés que bajarte en un pozo ande vamos nohotros. Tenés que dir a buscar la cabeza de un centinela.

Güeno... Ya llegaron al pozo. Le pusieron una piola y lo bajaron al pozo.

Era muy hondo. Cuando llegó al plan se encuentra con un pueblo. Encuentra al centinela que era otro gigante. Se escondió, y en un descuido lo mató al centinela y l'echó la cabeza en un pozo de agua.

-Hora voy a recorrer el pueblo -dijo.

Va, y encuentra un palacio y entra. Entra en una pieza y encuentra a una señorita durmiendo. Dentra a otra puerta y encuentra otra señorita dormida tamién. Pasa delante, y en otra pieza encuentra otra señorita dormida, un jarro de agua, y un papel escrito y una espada. En el papel decía que con esa espada se podía peliar con un regimiento.

Bueno... Entonce dijo él:

-'Hora voy a peliar a los gigantes.

Siete anillos que había en la mesa de la muchacha, se los probó en los dedos. Los voltió a todos. Le había quedao bien sólo uno chiquito, en el dedo chico, y a ése lo dejó en el dedo, y agarró la espada.

Bueno... Se jue. Tocó la piola pa que lo alzarán. Subió arriba, y empezó a peliar con los gigantes. Los mató a los tres con la espada, agarró juego y se jue. Cuando pasó por donde 'taba el hombre a caballo, que era el día, lo desató. Entonce, recién comenzó a amanecer. Llegó ande 'taba el padre

muerto y encendió las velas, y dijo:

—111

-'Hora recién 'toy en salvo.

Al rato vinieron los hermanos y llevaron el cadáver y lo enterraron.

Vinieron a la casa y le dijo el hermano menor a la madre:

-Hay que pagar una promesa. Tenemos que ir al pueblo.

Y ya se arreglaron para ir al pueblo y se fueron los tres hermanos y la señora. Cuando llegaron al pueblo, los atajaron unos soldados del Rey, y les dijo que era orden del Rey, que todo el que entrara al pueblo tenía que ir al palacio del Rey. Ellos tenían miedo que los fusilaran.

Ya llegaron y les dijeron que los jóvenes tenían que contar alguna hazaña. Entonces la madre dijo:

-¿Qué hazaña pueden tener mis hijos si no han salido de mi casa, nunca?

Y ya les dijeron que era la orden del Rey y los llevaron ande 'taba el Rey y las hijas, que nadie sabía cómo se habían salvado de unos gigantes que las tenían encantadas en el fondo de la tierra.

-Sí -dice el hijo mayor- yo les voy a contar una hazaña.

Y contó lo del padre y después dijo:

-Estando velando a mi padre se me presentó un león. Lo pelié mucho y al fin lo maté y le saqué una tira del cuero del lomo. Y acá la tengo hecha cinta, y mostró un cinto muy lindo que se había hecho de cuero de león. A todos les pareció que este joven era muy valiente.

El otro hijo, el segundo, dijo:

-A mí me pasó igual. 'Tando velando a mi padre se me presentó un tigre. Tamien lo maté y acá tengo la tira que le saqué del lomo, hecha cinto.

—112

El Rey 'taba muy contento de ver el valor de estos jóvenes.

Entonces le tocó contar una hazaña al menor. Entonces él contó todo.

-'Stando velando a mi padre se me presentó una serpiente. La tuve que peliar toda la noche y al fin la maté. Cuando 'staba muriendo se cayó y echó al suelo al finao y apagó las velas. Y entonces fí a buscar fuego. Encontré a un hombre en un caballo tordío, que era el día, y lo até en un árbol.

Y ya contó lo de los gigantes, y que lo hicieron bajar al pozo. Y que mató al centinela. Y que encontró las tres señoritas. Y la espada y el papel. Y que él se puso los anillos y que los voltió y que se quedó con uno chiquito en el dedo chico.

-¿Ve? -dice la hija menor del Rey- eso es lo que yo perdí.

-Bueno -dice- cuando volví traje juego y desaté al día. Y ya vinieron mis hermanos y llevamos al finao y lo enterramos. La cabeza del centinela 'tá en el río y la espada la tengo áhi, en el surqui.

-Bueno -dijo el Rey-, estos mozos salvaron al pueblo del león, del tigre y de la serpiente. Y el menor salvó a mis hijas. Se van a casar los tres con mis hijas, y el menor, con la más chica.

Y ya se casaron, y el Rey lo hizo rey al más chico. Y hicieron una gran fiesta y áhi se quedaron muy ricos y contentos.

Y se terminó el cuento.

Prudencio Pérez, 64 años. Federal. Concordia. Entre Ríos, 1951.

Modesto propietario rural. Buen narrador.

855. Los Tres Humitos Verdes

SAN LUIS

Había tres hermanos que dispusieron salir a rodar tierra. Uno sabía leer, los otros dos no. Trabajaban en un punto, y cuando les iba mal, se iban a otro.

Andando así, un día, después de haber hecho un largo camino, casi sin rumbo fijo, resolvieron descansar a la sombra de un árbol. De allí se divisaba la falda de una sierra, con un arroyo y una quebrada en donde había unas peñas muy grandes. Los hermanos, después de comer lo que llevaban, se dispusieron a dormir la siesta. Los que no sabían leer se durmieron; el otro no podía dormir cavilando en algo que no se daba cuenta él mismo. En eso estaba, cuando se dispuso a dar una vuelta por la quebrada.

Caminando por la falda de la sierra, encontró una peña muy grande con una inscripción que decía:

Quien me dé vuelta hallará favor en mí.

Trató de dar vuelta la peña, pero le fue imposible. Entonces fue y llamó a los otros dos hermanos. Éstos no querían ir, pero tanto les rogó él, que al fin consintieron en ayudarlo. Después de haber trabajado días y días, lograron dar vuelta la peña. Descubrieron un gran hueco, sin fin, al parecer.

—114

-¿Y qué himos hecho con esto? -le decían los hermanos-. ¿Háis visto?

El hermano entonces determinó de ver qué era eso. Comenzaron a cortar cueros, a hacer lonjas angostas y a anudarlas unas con otras. Con ellas hicieron un torzal⁷³ muy largo, muy largo. Pusieron en la boca del hueco unos palos clavados y colocaron una roldana. Al extremo del torzal aseguraron un noque⁷⁴ de cuero, para que se pusiera allí la persona que iba a bajar. Arreglaron que el que bajara, cuando quisiera que lo sacaran, tenía que cimbrar el lazo.

Ya se puso uno de los hermanos en el noque y lo bajaron. Cuando había bajado una gran profundidad, sintió un aire muy caliente. Se asustó, y movió el lazo para que lo sacaran. Dijo que había sufrido aquel calor muy grande y que no se animó a seguir más.

Bajó, entonces, el otro hermano. Llegó al lugar del aire caliente, pero lo resistió, y siguió bajando. Llegó después de un rato, a un lugar donde había un aire muy frío. Se asustó y pidió que lo sacaran. Cuando salió dijo que había resistido el gran calor, pero que el frío era muy grande, y que no lo podía soportar.

Entonces le tocó bajar al menor, el que sabía leer y que había encontrado las peñas. Pasó el lugar del gran calor y el lugar de gran frío. Que era muy valiente y sufrido este mozo. Ya cuando había bajado una profundidad muy grande, se dio cuenta que había llegado al fondo. Hizo la seña de parada, moviendo el torzal. Bajó del noque, y en medio de la gran oscuridad de aquella cueva, tanteando, dio con unas cosas como sacos o bolsas. Sacó

una de aquellas pilas, y se dio cuenta que estaban llenas de monedas de oro y plata. Echó —115 una bolsa al noque y movió el torzal, que era la seña para levantarlo. Cuando salió el noque afuera, los hermanos la descargaron, y locos de contentos de ver esta fortuna, volvieron a mandar el noque abajo. Volvió a echar otro saco, el mozo, y sacudió el torzal. Cuando llegó afuera el segundo saco, los hermanos, contentos, se pusieron a discutir qué hacían. Pensaron que si mandaban el noque iba a subir el hermano y que les podía quitar uno de los sacos. Resolvieron no bajar más el noque, dejar al hermano en el fondo, y cargar cada uno con una bolsa. Así lo hicieron, y se fue cada uno para su lado, con la bolsa de oro y plata al hombro.

El hermano, que estaba en la cueva, cansado de esperar, desengañado de sus hermanos, empezó a andar por la cueva. En eso que andaba empezó a ver una lucecita que no sabía de dónde venía. A medida que se acercaba, se convencía de que salía al otro lado del mundo. Al fin salió a un lugar lleno de sol y campo abierto. Vio a una cabrita que jugaba, a los brincos. Más lejos, una hermosa casa. La cabrita fue y se ganó en las casas. Llegó y vio que era el único ser viviente que vivía allí. Una gran quinta rodeaba la casa.

Como el mozo tenía hambre y sé, buscó qué comer y beber. Entró a la quinta y vio un peral cargado de hermosas frutas, y se allegó a cortar algunas. Hizo el intento, y al tocar una pera, oyó una voz que le gritó:

-¡Deje eso! ¡No son suyas!

Intentó otra vez cortar un fruto y de nuevo le gritaron:

-¡Deje eso! ¡No son suyas!

Se le acercó la cabrita y le preguntó por qué hacía eso. Él le dijo que porque tenía hambre. Entonces la cabrita lo invitó a pasar a la casa. Pasó y unas manos invisibles le sirvieron de todo, en una mesa de lo mejor y tendida a todo lujo. Comió de todo hasta no poder más.

Después de un rato, apareció la cabrita y le dijo que si él era verdaderamente hombre, le tenía que ayudar a salir —116 del encanto en que ella estaba. Que le iba a pagar lo que quisiera. Él le contestó que él haría humanamente todo lo que pudiese. La cabrita le dijo que si él estaba dispuesto a hacerlo, eran tres noches las que tenía que sufrir por ella. Le dijo que tenía que pasar en la oscuridad de una de esas piezas, tirado boca abajo, sobre una alfombra. Que vendrían los diablos y jugarían con él y lo estropearían de la manera que a ellos se les antojara. Que cuando lograra tocar el agua de unas palanganas que pondría ella en cada esquina de la pieza, lo dejarían por esa noche.

-No es más -le dijo la niña al final-. ¿Se anima?

-Sí, me animo -dijo el mozo-. Haré lo que pueda.

Esa misma noche, después de cenar, lo llevó a la pieza preparada y lo dejó tendido, boca abajo, en la alfombra, y le dijo:

-Usted nada diga; no proteste, oiga lo que oiga, y le hagan lo que le hagan.

Luego llegaron los diablos y comenzaron a jugar con él a la pelota. En una de esas dio con una de las palanganas con agua; algo se mojó, y en el momento desaparecieron los diablos. Durmió tranquilo el resto de la noche. Cuando amaneció llegó la cabrita a saludarlo. Hasta los hombros, era una preciosa niña; el resto del cuerpo era cabra, como antes.

A la noche siguiente volvió a quedar en la pieza. Llegaron los diablos y jugaron a la pelota con él hasta que tocó agua de una palangana, y los diablos desaparecieron. Durmió, y al alba se presentó la cabrita transformada en niña, hasta la cintura.

A la tercera noche quedó en las mismas condiciones. Llegaron los diablos y jugaron con él a la pelota hasta que logró tocar agua, y ellos desaparecieron. Él durmió hasta el alba, y entonces se apareció la cabrita hecha una niña —117 completa y hermosísima. Entonces le dijo, que en agradecimiento por haberla sacado con el peligro de su vida, de ese encanto, se iba a casar con él. Que sus padres, sabiendo que estaba en libertad, la iban a venir a buscar en un precioso carruaje, con acompañamiento de bandas de música y que iban a hacer una gran fiesta. Le dijo que lo único que le pedía es que no se fuese a quedar dormido, porque entonces estaría todo perdido para él. Él aseguró que no, pero ella, en precaución, le entregó un pañuelo, un anillo y una servilleta, las tres cosas de virtud. Le dijo que cuando tuviera hambre, le pidiera qué comer a la servilleta; cuando quisiera verla a ella, le pidiera al anillo, y cuando quisiera transportarse a otro lado, se lo pidiera al pañuelo. En eso que estaban, ya se sintió el rumor de que llegaban muchas personas. Le recomendó por última vez que no se fuese a dormir porque si se dormía, tenía que ir a buscarla a ella a Los Tres Humitos Verdes, para casarse. Ya llegaron los padres de la niña, los sirvientes y muchísima gente más. Por todos lados se oía música, y risas y conversaciones. En ese barullo, viene el joven, y sin darse cuenta se queda dormido. Todos se fueron y él se quedó solo. Al despertarse se encontró en medio de esa soledad, abandonado. Se había olvidado de todo. Sólo se acordaba que le había dicho una niña muy hermosa, que debía ir a casarse a Los Tres Humitos Verdes. ¿Dónde será ese lugar? -se decía.

Comenzó a caminar, y por los rastros de los carruajes se fijó en la dirección que habían seguido, y tomó ese rumbo. Sigue y sigue, por días y días, sin encontrar a quién preguntarle por ese lugar que él buscaba. Por fin vio a un carancho que se voló de un árbol, y le preguntó:

-Amigo, ¿no sabe dónde son Los Tres Humitos Verdes?

-Yo no sé -le contestó el carancho- pero alguno de los de mi gente, que son tantos, tal vez sepa.

—118

-¡Haga el favor de preguntarles, amigo!

Pegó un grito, el carancho, y se vinieron de los quintos infiernos todos los caranchos. Les preguntó a todos, uno por uno, y ninguno conocía ese lugar.

-Bueno, amigo -le dijo el carancho- les he preguntado a todos y ninguno sabe de este lugar.

Se despidieron, y el joven siguió su camino. En eso que iba pasó un jote. Le preguntó al jote lo mismo, y éste le contestó que él no sabía nada, pero le prometió llamar a su gente para averiguar. Llamó el jote a todos los jotes, pero tampoco ninguno había oído hablar de ese lugar.

Seguía el mozo su camino, y en eso que iba vio volar un águila. El águila no sabía tampoco de ese lugar, pero llamó a todas las águilas. Llegaron todas, menos una, la más vieja. Le preguntó a todas las presentes, pero ellas no conocían tampoco ese lugar.

-Bueno amigo -le dijo el águila-, ninguna de mis águilas sabe nada, pero falta la más vieja, y si no conoce ella ese lugar, no lo conoce nadie. Ya vieron venir, muy lejos, un bultito. Se fue viendo cada vez más cerca. Era el águila, que volaba muy bajo y lerdo. Al fin llegó, y le preguntaron por el lugar ese de Los Tres Humitos Verdes.

-Casualmente de allá vengo -dijo el águila vieja.

-Entonces, me puede llevar -le dijo el mozo.

-Ya estoy muy vieja -le contestó el águila- casi no puedo volar. Sólo he venido por ser el llamado de nuestro Rey. He dejado por esto de ver el casamiento de una niña muy hermosa, que se casa hoy; están en grandes preparativos.

—119

-Pero, ¿será posible, amiga? ¡Yo tengo que asistir a ese casamiento!, ¡no puedo faltar! Le pagaré lo que guste; lo que me pida.

A fuerza de ruegos consiguió que el águila lo llevara.

-Bueno -le dijo el águila-, tiene que llevar mucho de comer, para que me vaya socorriendo.

Compró un cordero, y ya cuando estaba listo, le dijo el águila:

-Suba en mis hombros, cierre los ojos, ¡y vamos!

Y así se fueron. Voló mucho tiempo el águila y le pidió carne. Voló otro tiempo y le pidió carne otra vez. Voló más tiempo y le pidió carne al joven. Le dio lo último que tenía. Siguió volando, y le pidió carne, otra vez, y como se le había terminado el cordero, el joven se cortó un pedazo de una pierna y se lo dio. Siguió volando, y le volvió a pedir carne. El joven se cortó un pedazo de la otra pierna y se lo dio. Ya cuando vio el águila que eso le iba a costar la vida al joven, le dijo:

Yo no puedo seguir más. Los Tres Humitos Verdes quedan allá, atrás de aquellas montañas azules. No le cobro nada porque no he podido dar cumplimiento a lo prometido.

Se despidió y se fue, el águila. El joven quedó muy triste, desesperado.

En eso va a secarse el sudor con el pañuelo, y se ve el anillo, y se ve la servilleta, y se acuerda de golpe de la virtud que tenían estas prendas, y de la niña, y de todo lo que había pasado. Le pide al pañuelo que lo lleve adonde estaba la niña, y al momento se encuentra en la puerta de una catedral, y ve que la niña venía del brazo de un joven, y con su cortejo para casarse. Los dos se miraron y se reconocieron.

Cuando llegó al altar con el joven que le había elegido su padre, pero que ella no quería, se separó, y le habló al padre:

—120

-Vea, padre. Yo me iba a casar con este mozo porque creía que el que me sacó del encanto había muerto, porque con la virtud que yo le dejé no venía, pero ha venido. Está en la puerta, y yo me quiero casar con él, que es al que quiero y es mi verdadero novio.

Bueno, el padre no tuvo más remedio que acatar la voluntad de su hija.

Hicieron pasar al joven, y la niña se casó con él, como lo había prometido. Y vivieron muy felices y contentos muchos años.

Luis Gerónimo Lucero, 50 años. Nogolí. San Luis, 1944.

Este cuento es una variante de el mundo subterráneo y agrega el motivo final de Los tres picos de amores.

Nota

Difusión geográfica del cuento

En las versiones de nuestro cuento figuran, entre otros, los siguientes motivos esenciales:

- A. El héroe de origen y de condiciones sobrenaturales.
- B. Los compañeros de aptitudes extraordinarias.
- C. El mundo subterráneo y el rescate de las princesas robadas.
- D. La lucha del héroe con gigantes, el diablo, la serpiente de siete cabezas.
- E. El triunfo del héroe; el anillo mágico.
- F. La traición de los compañeros.
- G. La reivindicación del héroe —122y el castigo de los traidores atados a cuatro potros que los descuartizan. Como motivos accidentales de alguna versión figuran:
- H. La Princesa robada alojada en un castillo encantado.
- I. Los animales protectores.
- T. El muerto agradecido.
- K. La lucha con los moros que han robado a las princesas.

El cuento está difundido en Europa y en América. Lenz lo ha recogido entre los araucanos. Es el Tipo 301 de Aarne, Aarne-Thompson y Boggs. Véase el estudio de Espinosa, II, 500-501 y el de Pino Saavedra, I, pp. 365-367.

—[123]

El cuerpo sin alma (el alma externa). La princesa cautiva. La ayuda mágica
3 versiones y variantes

Cuentos del 856 al 858

—[124] —125

856. El gigante

JUJUY

Dice que había una vez un gigante que había robado a la hija del Rey. La tenía secuestrada a la niña en su castillo, encerrada en un cuarto en

donde nadie podía entrar ni verla.

El Rey mandaba a sus ejércitos bien armados a secuestrar a la niña pero el gigante los enfrentaba y peliaba solo. ¡Puf!, partía en dos a los soldados con su sable. Las balas no le entraban y los hombres tenían que huir o desparramarse dejando un tendal de compañeros muertos.

Otra vez el Rey mandaba a sus hombres más valientes con la esperanza de vencer al gigante y rescatar a la niña, pero una y otra vez los peliaba y vencía no más. Dice que los soldados lo partían y hacían pedazos pero el gigante se volvía a juntar y los seguía peliando hasta vencerlos. Ya el Rey estaba triste y ofrecía dar a la niña en matrimonio al hombre capaz de rescatarla y darle también todo su reino.

Un día se presentó al Rey un hombre humilde y pobre. Este hombre había recibido de Dios la virtud de convertirse en cualquier animal que él quería, y en cualquier momento. El hombre le dijo al Rey que él era capaz de vencer al gigante y rescatar a la niña. El Rey no le hizo caso, pero, como nada podía perder con probar al hombre, le dijo que vaya a cumplir su palabra, pero que si lo engañaba sería castigado.

—126

El hombre se fue confiado en el poder que Dios le había dado en premio a sus buenas acciones. Llegó al castillo donde pesadas y fuertes puertas, así como murallas altas y dobles no permitían entrar. Entonces dijo:

-Con el arte que Dios me ha dao, que me convierta en hormiga -y en el acto se transformó en hormiga.

Entró al castillo por el ojo de la cerradura y llegó al cuarto en donde estaba la niña. Entonces dijo:

-Con el arte que Dios me ha dao que me convierta en hombre -y se convirtió en el acto en hombre otra vez. La niña quiso gritar asustada, pero él le dijo que se callara, que venía a rescatarla mandado por el Rey. Entonces le dijo a la niña que le pregunte al gigante en dónde tenía su alma y que él volvería otra vez. En ese momento se oyeron fuerte pisadas del gigante que venía al cuarto de la niña, pero el hombre se había vuelto otra vez hormiga. El gigante abrió la puerta, entró y dijo:

-¡Siento olor a carne humana! ¿Quién ha venido aquí? La niña le contestó que nadie había venido y que él mismo podía buscar. El gigante buscó en toda la habitación, pero ¿qué lo iba a ver si el hombre convertido en hormiga estaba bajo el catre⁷⁵, bien prendida? Al fin el gigante se convenció y se fue.

La niña un día, aprovechando que el gigante estaba de buen humor, pues había comido y bebido bien, le preguntó:

-¿Adónde tenés l'alma? ¿Por qué no te pueden matar? El gigante le dijo que eso era un secreto pero que le iría a contar siempre que ella lo guarde, porque de lo contrario la mataría.

—127

-Mi alma está en el chanco blanco que sale todos los días a las doce a la orilla del río. Del chanco sale una paloma y de la paloma un huevo. Mientras no maten al chanco y a la paloma y rompan el huevo, nadie podrá matarme.

Y entonces cuando volvió el hombre le contó lo que le había dicho el gigante.

Bueno, entonces ya sabía el hombre cómo matar al gigante y claro, se fue

al río. Áhi estaba esperando en medio 'el monte, cuando justo, eran las doce y salió el chanco blanco y el hombre dijo:
 -Con el arte que Dios me ha dado que me vuelva un león.
 Y el león saltó encima del chanco y lo mató. En ese momento el gigante del castillo empezó a sentirse mal, enfermo, y estaba furioso con la niña, ya para matarla, diciendo:
 -Seguro que has avisado adonde tengo mi alma -pero no podía ya levantarse. Del chanco salió volando una paloma y el hombre entonces dijo:
 -Con el arte que Dios me ha dao que me vuelva un halcón, y el halcón persiguió y mató a la paloma. El gigante mientras tanto ya estaba en agonía y entonces el hombre sacó y rompió el huevo y el gigante murió... La vida del gigante estaba en el huevo de la paloma.
 Y así salvó a la hija del Rey. El Rey le dio una carga de plata.
 Fabriciano Cazón, 79 años. Santa Bárbara. Valle Grande. Jujuy, 1953.
 Campesino. Buen narrador.

—128

857. Juan Maradón

SAN LUIS

Había una viejita que tenía dos hijos, un varón y una mujer. La niña qu'era muy güena moza.
 Juan Maradón era un hombre muy malo y vivía muy lejo. Era muy rico y andaba por todos lados, y ande quera hacía lo qu'él quería.
 Un día que había salido el joven, hijo de la viejita, y habían quedau solas la viejita y la hija. Juan Maradón se apareció y le gustó muchísimo la niña. Y áhi no más se la llevó. Cuando vino el joven l'halló llorando a la viejita. La viejita le dijo qui había veníu el hombre ése, y le había llevado la niña. El joven entonce s'enojó, y se puso en viaje para alcanzarlo. De balde le decía la viejita:
 -¿Ande vas a ir, hijo? ¡Te va a matar esi hombre tan malo!
 El joven se jue no más. Siguió, y siguió. Ya cuando jue muy lejo, encontró una invernada⁷⁶ de vacas qu'era de Juan Maradón. Qu'el joven habló con el capataz:
 -¿No mi ha visto pasar a Juan Maradón?

—129

-Por aquí pasó con una niña linda,
 blanca como la luna,
 colorada como el sol.
 -En busca d'ella voy.
 -Para pasar tiene que peliar
 con el toro mayor.
 El toro era malísimo, y áhi no más se le vino. El mozo era de campo y corajudo, y áhi no más l'hizo frente. El mozo pelió y pelió hasta que lo mató no más al toro. Entonce, ya comió un asado con el invernador⁷⁷, y hizo lazos y arneses con el cuero del toro. Y siguió viaje.
 Allá lejo qui había caminau mucho, encontró una invernada di ovejas, y

habló con el capataz:

-¿No mi ha visto pasar a Juan Maradón?

-Por aquí pasó con una niña linda,

blanca como la luna,

colorada como el sol.

-En busca d'ella voy.

-Para pasar tiene que peliar

con el carnero mayor.

Y ya se le vino el carnero furioso. El mozo lo mató más fácil qu'al toro.

Al pegarle el carnero el chope, el mozo le pegó una puñalada y lo mató.

S'hizo un lindo cojiní⁷⁸ del cuero. Comió un asado con el capataz y siguió viaje otra vez. Caminó, caminó, y ya lejo, encontró una invernada de chivas. Ya llegó y habló con el capataz.

—130

-¿No mi ha visto pasar a Juan Maradón?

-Por aquí pasó con una niña linda,

blanca como la luna,

colorada como el sol.

-En busca d'ella voy.

-Para pasar tiene que peliar

con el chivato mayor.

Y ya se le vino el chivato⁷⁹, y tamién lo mató. Hizo una carona del cuero, y comió un asado con el capataz. Y siguió el camino. Caminó, caminó, y muy lejo encontró una invernada de chanchos. Tamién habló con el capataz:

-¿No mi ha visto pasar a Juan Maradón?

-Por aquí pasó con una niña linda,

blanca como la luna,

colorada como el sol.

-En busca d'ella voy.

-Para pasar tiene que peliar

con el chancho mayor.

Y ya se le vino el chancho, un chancho⁸⁰ malísimo, cormillos ajuera, cruzados. Llevaba una guascha⁸¹ el mozo, y cuando quiso llegar el chancho, le pegó un guachazo en la trompa -los chanchos son muy falsos en la trompa- y áhi no más quedó tiritando. Lo mató y se lo dio al capataz. Siguió el camino. Lejo, muy lejo, encontró una invernada de yeguas.

—131

Ya llegó y habló con el capataz:

-¿No mi ha visto pasar a Juan Maradón?

-Por aquí pasó con una niña linda,

blanca como la luna,

colorada como el sol.

-En busca d'ella voy.

-Para pasar tiene que peliar

con el padrillo mayor.

Y ya se le vino el padrillo⁸². El mozo qu'iba con lazo y bolas⁸³, y l'hizo frente. ¡Animal malo había síu! Lo tenía mal, pero al fin lo pialó⁸⁴. El caballo del mozo se le había aniquilado muchísimo. El cojudo era gordo. Lu atracó⁸⁵ al bramadero, el mozo, y lo ensilló, y lo montó al padrillo, pero el mozo era domador y lo amansó. Y siguió viaje en él.

Bué... le preguntó al capataz si era lejo la casa de Juan Maradón. El capataz le dijo qu'era cerca, y le dijo and'era la senda. Y se jue. Qui había caminau mucho, cuando llega ande 'taba una res. Y ya ve qui alrededor de la res había un tigre, un león, un galgo, un halcón y una hormiguita. Afrentó un bordo⁸⁶, y cuando los vido se volvió, pero lo llamaron. Estos animales querían repartir la res, pero iban a quedar inconformes, porque unos querían más qui otros. El tigre lo mandó a llamar al joven con el galgo, pa que los repartiera. Ya si allegó el hombre. Los saludó, y dijo que venía obedeciendo el llamado que li hacían. Y el tigre dijo:

-Lo mandamos a llamar para que nos deje conformes y nos reparta.

—132

-¡Cómo no! -dijo el mozo.

Se bajó, sacó el cuchío, y les dio a cada uno una buena presa. Y los dejó a todos muy conformes.

Ya les conversó el joven p'ande iba. Entonce l'hormiguita se sacó una patita y se la dio junto con una virtù. Tenía que decir: Dios y l'hormiguita más chiquita qui hay en el mundo, y qu'él s'iba a transformar en hormiguita. Eso lo podía hacer cuando tuviera algún apuro, y que s'iba hacer hormiguita al momento.

Entonces dijo el halcón:

-Yo nu hi de ser meno.

Se sacó una pluma y se la dio. Le dijo que cuando se viera en apuro y se quisiera hacer halcón, dijiera: Dios y el halcón más ligero y volador qui hay en el mundo.

El galgo dijo:

-Yo nu hi de ser meno.

Se sacó una uña, y le dijo que cuando se viera en trabajo, dijiera: Dios y el galgo más ligero qui hay en el mundo, y que s'iba hacer galgo.

Entonce dijo el león:

-Yo nu hi de ser meno.

Se sacó una uña y le dijo que cuando se viera en apuro y se quiera hacer león dijiera: Dios y el león más malo y cazador qui hay en el mundo.

Entonce dijo el tigre tamién:

-Yo nu hi de ser meno.

Y se sacó un pelo y se lo dio, y le dijo que cuando quisiera hacerse tigre que dijiera: Dios y el tigre más bravo qui hay en el mundo.

Bué... todos le dieron la virtù y él siguió su viaje. Ya 'taba cerquita de la casa de Juan Maradón, y ya llegó tamién. —133L'encontró a la niña sola. Juan Maradón nu estaba en las casas. Cuando lo vido la niña si asustó muchísimo, y le dijo:

-¡Ande venís, hermanito! ¡Te va matar esti hombre malísimo! ¡Te va matar! ¡Ya está al llegar!

Entonce él escondió el caballo y s'escondió él, áhi cerca.

-Cuando venga -le dijo a la niña- vos preguntale qui ánde tiene la vida.

Bue... Sacó la patita de l'hormiguita, y le dijo:

-Dios y l'hormiguita más chiquita qui hay en el mundo. Y áhi no más s'hizo hormiguita.

Ya vino Juan Maradón, furioso, y decía:

-¡Puf! ¡Puf! ¡Olor a carne humana! ¿Quién ha venido? Le dijo la niña que

no había venido nadie. Ya por fin se apaciguó, y ya se sentaron y comenzaron a tomar mate. Ella en conversación, le preguntó qui ande tenía la vida.

Entonce él le dijo:

-¡Ah!, preguntas de mujeres nunca son buenas, pero como te quiero tanto, te voy a decir.

L'hormiguita qui andaba junto a los pieses d'él y oyendo todo.

-Allá -que le dijo-, ¿ves aquel cerro? Al otro lau d'ese cerro, es una quebrada honda, muy honda. En el bajo 'e la quebrada está un monte⁸⁷ muy grande. En el tronco 'el monte está un toro negro, atado. Adentro del toro, está una chancha. Adentro de la chancha está una gama. Adentro de la gama está la paloma y adentro de la paloma está un güevo. En ese güevo está mi vida.

Entonce el joven oyó todo eso.

—134

-Pero ya nu ando bien, porque han muerto un toro, un carnero, un chivato, un chanco y han domau un potro que tamién eran parte de mi vida.

Y ésos eran los animales que habían peliau con el joven. El joven hecho hormiguita, se retiró. Sacó la pluma y dijo:

-Dios y el halcón más volador.

En el momento s'hizo halcón, y si asentó en el monte, ande 'staba el toro.

Ya se bajó, sacó l'uña 'el tigre y dijo:

-Dios y el tigre más bravo.

Se transformó en tigre y se puso a peliar con el toro, y lo mató.

A todo esto, Juan Maradón se comenzó a enfermar.

El joven abrió el toro y salió la chancha, y él dijo:

-Dios y el león más cazador.

Y s'hizo león y mató a la chancha. Y abrió la chancha y salió la gama disparando. Y él dijo:

-Dios y el galgo más ligero. Se transformó en un galgo. Y salió como bala y l'alcanzó y la mató a la gama.

A todo esto Juan Maradón estaba mal y mal en la cama, casi no se movía.

Abrió el mozo la gama y salió la paloma, y dijo:

-Dios y el halcón más cazador. Y se transformó en halcón. Y la sacó di atrás, y la cazó. L'abrió y le sacó el güevo. Y se jue pa la casa de Juan Maradón. Sacó el güevo y alzó todas sus virtudes.

Ya llegó el joven. Agora ya nu había peligro. Ya salió la niña y le dijo:

-Ya está muy mal. ¡Ya se corta!⁸⁸

—135

Ya entró el joven, y que le muestra el güevo a Juan Maradón y le dice:

-¿Conocís esto?

-¡Cómo no lo voy a conocer -le dice- si es mi vida! ¡Entregameló!

¡Entregameló! -que clamaba.

-Te lo voy a entregar -le dice el joven- si me decís ande tenís las riquezas y me das las llaves.

Y ya le dijo ánde tenía las riquezas.

-Y aquí tenís las llaves -le dice-, dame el güevo.

-Tomalo -que le dice.

Y al tiempo que se lu iba a dar, lu apretó, lo rompió, y áhi no más se murió Juan Maradón.

Quedaron los dos hermanos riquísimos y fueron y trajieron la viejita y estarán viviendo áhi, dueños de la fortuna y de las invernadas de Juan Maradón.

Juan Lucero, 56 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1948.

En el cuento fundamental se han mezclado motivos de otros cuentos.

—136

858. El cazador

SAN LUIS

Éste era un cazador, güen cazador y valiente, que salió a cazar. En una laguna encontró una paloma asentada en l'agua. Le tira, y se convierte la paloma en una niña bonita, y le dice al cazador:

-Cazador, soy una niña encantada, si sos valiente y bueno y me querís desencantar, tenís que ir a buscar las Altas Murallas. Yo no sé dónde quedan, pero sé que es muy difícil llegar hasta allá -y desapareció la niña.

Quedó triste y pensando, el cazador, y dijo, ¡iré!, y se fue caminando. Caminó, caminó, y vio tres hombres que venían. Se escondió por no tener que verselás con ellos y descuidar el pedido de la niña, pero éstos lo habían visto y se allegaron⁸⁹. Y el cazador se aprontó para tirar, pero éstos le hablaron pidiendolé que los arreglara, que ellos tenían una herencia y no podían ponerse de acuerdo para repartirsela entre los tres, de modo que quedaron de acuerdo. El hombre cazador no quería, pero ellos que eran hermanos, le pidieron por favor, y al fin el cazador los arregló. Se despidieron, tomando cada cual para su lado, pero los hermanos se acordaron que habían sido desatentos con aquel cazador al no —137 pagarle o darle algo por la gauchada⁹⁰ y el bien que les había hecho, y se volvieron adonde estaba el cazador y le hablaron que los disculpara porque no le habían pagado el servicio que les había hecho. El cazador les dijo que no cobraba nada y que no se acordaran de eso, pero uno de los hermanos le quiso hecerle un regalo para recuerdo, y le dio un sombrero diciendolé: -Este sombrero, cuando se lo ponga, no puede verlo nadie.

El otro le regaló unas botas que cuando se las pusiera correría más ligero que el viento, y el otro le dio una piedrita de virtud, que cuando necesitara para cazar, un galgo más ligero que una gama, o un halcón más ligero que una paloma, dijera: ¡A ver, galgo! ¡A ver, el gavián! Se fueron, pero áhi no más se acordó que no les había preguntado dónde quedaban las Altas Murallas, y los llamó y les preguntó. Éstos le dijeron que habían sentido⁹¹ hablar de ese lugar, pero que no sabían para dónde quedaba.

Entonce le dijeron que siguiera no más, que más allá encontraría una viejita al lado del fuego. Que tenía un hijo la viejita muy andariego y que él les podría dar noticias de las Altas Murallas.

Caminó y caminó y encontró el ranchito. Llamó, y la viejita le dijo que se acercara para poderle escuchar. Le dijo el cazador a qué venía, y entonce la viejita le dijo que ella tenía un hijo que sabría, que lo esperara. Y

lo hizo sentar diciéndole que no tardaría en llegar el hijo en forma de viento, que no tuviera miedo. Que remolineaba y hacía volar chispas y la hacía quemar, porque era muy malo.

—138

No tardó en divisarse gran polvareda, y dijo la viejita:

-Ya viene.

El hombre se colocó el sombrero que le habían regalado y esperó. En eso llega el viento, entra en el ranchito levantando el fuejo y ceniza y chispas, y la madre le pedía que se calmara, diciéndole que había llegado un hombre que necesitaba hablarlo para pedirle que le dijiera dónde era las Altas Murallas. Quitándose el sombrero que lo hacía invisible, el hombre lo saludó, y el viento le dijo:

-Amigo, las Altas Murallas yo sé donde quedan, pero es muy lejos y muy difícil llegar, porque hay un gigante muy malo y que todo lo tiene escondido, pero yo lo voy a llevar si usted se anima a seguirme. Entonces le contestó el cazador:

-¡Bueno! ¡Vamos!

Se colocó las botas y se fueron. El cazador disparaba más ligero que el viento, y lo esperaba. Hasta que llegaron a un lugar de donde venía otro viento, y que el que lo acompañaba no podía pasar, y le dijo:

-Hasta aquí cazador. Yo no puedo seguir más adelante, pero usted siga y pronto dará con la casa del gigante donde están las Altas Murallas.

Se despidieron y se fue el cazador. Y caminó, y divisó el palacio del gigante. Llegó y vio en una ventana a una niña que tenía cerca una jaula con un hermoso canario, y la saludó. La niña, atenta, le escuchó a lo que venía, y le dijo que sí, que sabía que su padre, el gigante, que era muy malo, pero que no era malo con ella, tenía en sus propiedades las Altas Murallas, pero que ella no las conocía. Que ella lo iba hablar preguntándole, pero que él tenía que esconderse bien para que sintiera lo que su padre le dijiera. Y así lo hizo el cazador.

Llega el gigante y siempre desconfiado le dijo a la hija que quién había venido. No quería mentir la niña y le —139contestó que un hombre, pero que se fue. El gigante pidió que le trajera una botella de una bebida muy fuerte. Se tomó la botella y buscó al hombre, pero el hombre tenía el sombrero puesto y no lo encontró. Entonces el gigante le dice a la niña:

-Las Altas Murallas están allá, en mis montañas, ahí 'tá mi vida, porque allá hay un árbol, y dentro del árbol una gama, y dentro de la gama una paloma, y dentro de la paloma, un huevo que es mi corazón. Ese árbol sólo lo puede hachar una hacha que yo guardo abajo de mi cama.

El canario hermoso, era la niña encantada que le pidió al cazador que la salvara. El canario, queriéndole ayudar al hombre, le dijo que esperara a que se fuera a dormir el gigante, porque tenía la puerta con llave, y esa llave la tenía sólo él. Y que al abrir la puerta se entrara y sacara el hacha. Así lo hizo, y cuando abrió la puerta ahí no más, entró, sacó la hacha y salió. Caminó muchos días y llegó a las Altas Murallas siempre con el sombrero puesto que no fuera a venir el gigante. Y por fin encontró el árbol, le pegó un hachazo, y saltó una astilla. Vio a la gama, pero si pegaba otro hachazo se le podía escapar. ¿Qué hacer? Con todo cuidado pegó otra vez, y saltó otra astilla, y ahí no más se le escapaba la gama. Se

acordó de la piedrita y de las palabras, y dijo: ¡A ver el galgo!, y salió un galgo, más ligero que la gama, y cerquita la tapó⁹², y la mató el cazador. Ahora, para abrirla y poder agarrar la paloma, le corta la panza abriéndole despacito, y con mucho cuidado, pero cuando tira el manotón, se le escapa la paloma. ¡A ver el gavián!, dice, y sale el gavián que consigue cazarla a la paloma, y se la trae al cazador... Ya había desaparecido el galgo, y ahora desaparece la paloma, ya muerta, y tiene el güevo adentro. Y abre la paloma y ahí 'tá lo que buscaba, el güevo. Saca el güevo y se le cae al suelo, se rompe, y justo el gigante muere. Corre —140 al palacio el joven, y ahí 'tá la niña que encontró en la laguna. Ahí 'tá también la hija del gigante con su novio. El cazador y la niña encantada, que con el valor y sacrificio del cazador había desencantado, se enamoran los dos. La hija del gigante y el novio se casan y siguen viviendo felices en el palacio. El cazador lleva a la niña encantada al palacio del padre, que era un rey, y, después de unos días también se casan y viven felices.

Domingo Livayza, 60 años. El Lince. La Capital. San Luis, 1950.

El cuento ofrece fusión con motivos del cuento Los tres picos de amor.

—141

Nota

Nuestro cuento tiene los siguientes motivos fundamentales:

A. Un gigante u otro malhechor que tiene el alma externa, roba a una princesa o a una niña y la mantiene cautiva en su palacio.

B. El héroe, en una versión el hermano, se propone salvarla.

C. Por una gracia de Dios o la virtud que le dan animales a los que ha favorecido adquiere el poder de convertirse en diversos animales; con la ayuda de prendas mágicas que le dan hombres a los que ha favorecido puede ocultarse y marchar más ligero que el viento.

D. Con estas virtudes llega al palacio, obtiene el secreto por medio de la cautiva de dónde está el alma del malhechor, lo ataca tomando diversas formas de animales hasta encontrar el huevo que rompe y lo mata.

E. El héroe tiene grandes recompensas o casa con la niña.

Tiene gran difusión en Europa y en América. Es el Tipo 302 para la clasificación de Aarne, Aarne-Thompson y Boggs. Ver el estudio de Espinosa, III, pp. 33-43 y el de Pino Saavedra, I, 367-369.

La tierra de Irás y no volverás. Los mellizos de origen mágico
7 versiones y variantes

Cuentos del 859 al 865

859. Irás y nunca volverás

LA RIOJA

Éste que era un matrimonio. Que eran muy pobres. Y este matrimonio que tenía dos hijos. Y claro, el padre como era pobre no tenía cómo darles de comer. Y un día, esque dice el padre que se iba a ir a la orilla del río a pescar.

Y bueno. Este señor había acomodado un pedazo de carne y se había ido a la orilla del río a pescar. Y estando a la orilla del río ató la carne en un alambre y la entró en el agua. Al entrarla en el agua sacó un pescado, que era un pescado hembra. Y bueno, al sacarla, esque le dice la pescada que no la mate a ella y que ella le va a dar una virtud para que pueda criar sus hijos, porque como él era tan pobre, ella le iba a dar una virtud. Y entonces esque le dice la pescada:

-Mirá, tomá estas dos plantitas de naranjo. Plantalas en tu casa. Mientras vos estés bien, las plantitas se van a conservar verdes. Y también te van a avisar así cuando tus hijos sean grandes y salgan a rodar tierra. Pero siempre -esque le dice- no tienen que pararse adonde haiga una laguna, porque va a ser para mal.

Bueno. Este señor esque había recibido todos los consejos y se había ido a las casas. Y antes, claro, había largado la pescada. Este hombre tenía pescados en abundancia y vendía y pasaban muy, bien la vida. Las tenía muy bien cuidadas a las plantitas de naranjo y no dijo nada a nadie.

—146

Y bueno, los hijos ya 'taban grandes, ya si habían criado. Y un día esque le dice el hijo mayor, que iban a salir a rodar tierra, porque como ya eran grandes, podían trabajar para ellos vestirse. Y bueno, el padre esque le dice que bueno, que estaba bien, que se vayan. Y el padre esque le había dado a cada uno un caballo blanco y dos perros. Así que ya salieron. Y ya habían caminado mucho. Y se encuentran con dos caminos. Que estaban en cruz. En un camino que decía Irás y nunca volverás, y el otro que decía Por acá irás y volverás. El menor dice:

-Yo me voy por el camino que dice: Por acá irás y volverás.

El otro, el mayor, que dice:

-Yo me voy por el camino que dice: Por acá irás y nunca volverás.

Y bueno, cuando el mayor iba por el camino, se encuentra con una laguna muy grande de agua y la pescada le había dicho que no se pare donde hay agua. Y bueno, al bajarse a la laguna con agua, le dio agua al caballo y al perro, y al mirar así, para el lado, vio que había un palacio muy grande. Y en ese palacio esque vivía una reina. Y esa reina que tenía muchas criadas. Y cuando este joven que se había bajado, esque si había visto desvestido. Y es que sale una de las criadas, y esque le dice a la reina que allí estaba un hombre, pero que estaba desvestido.

Bueno, esque le dice la Reina:

-Mirá, llevale esta ropa y decile que venga.

Y bueno, se había ido, le había llevado la ropa y se fue donde estaba la Reina.

Bueno, esque este joven se había vestido y había subido en el caballo, y había llegado. La Reina lo había recibido muy bien. Le había dado de comer y le había dicho que qué —147andaba haciendo él. Y que le dice él, que él andaba en busca de trabajo. Y que le dice la Reina que ella tenía mucho trabajo, que se quede allí con ella. Él le trabajaba a la Reina, y esta Reina si había enamorado de este joven. Y bueno, como estaba tan enamorada esta niña del joven, se habían casado y vivían muy felices. Esque el palacio tenía una ventana para el lado del norte. Bueno. Este joven esque va y abre esa ventana, y a lo lejos, esque ve un humito. Muy lejos que era. Y bueno, esque le dice a la señora qué era ese humito que vían tan lejos. Y que le dice la Reina que todos los que iban a donde se vía ese humito que nunca volvían. Que por eso decía en ese camino que era donde llegaban y no volvían más.

Bueno. A este joven que le había llamado la atención eso. Y él que le dice a la señora que él iba a ver eso, que él iba a llegar. Que le dice la niña que no, porque no iba a volver más.

Y esque un día había ensillado su caballo y si había ido no más. Y que llevaba el perro.

Bué... Había salido y si había ido. Bueno... Cuando había ido cerca, que se veía más y más humo. Y ya se vía más grande el humo. Pero él había llegado no más adonde estaba el humo. Cuando él había llegado, que era una casa, y sale una viejita, y que le dice:

-¡Ay!, hijito, venís muerto di hambre y de seh⁹³ -esque le dice-. Tomá este matecito para que se te quite la seh. Tomá este palito para que atís tu caballo, tomá esta cadenita para que atís tu perrito.

Y bueno, esque este joven había atado el caballo y había atado el perro, y ya si había trastornado, ya no sabía qué es lo que iba hacer. Y bueno, esta viejita lo había llevado a él y lo había encerrado en una pieza con llave.

—148

Bueno... El otro hermano había seguido por el camino que decía que iba a volver, había andado mucho, había trabajado mucho, y si había devuelto ande 'taban los padres.

Y bueno... Este joven había llegado y había preguntado del hermano de él.

Y bueno, esque los padres le decían que no había vuelto él.

Y bueno... El padre esque tenía las plantitas de naranjo, y las cuidaba mucho. Las dos habían estado bien verde. Una era la del hermano mayor y la otra del hermano menor. Y un día, una amaneció marchista⁹⁴. La marchista era la del hermano mayor, la del joven que si había perdido. Y bueno, entonces el hermano menor dijo que se iba a buscar al hermano que estaba en peligro. Él sabía que su hermano había tomado aquel camino que decía que nunca iba a volver, pero no les avisaba nada a los padres.

Bueno. Este joven si había despedido y había salido en busca del hermano, en su caballo y con su perro. Al llegar a los dos caminos, no sabía qué hacer, pero dijo que sea lo que sea y siguió por el camino que decía Irás y nunca volverás, porque ahí tenía que dar con el hermano.

Estos dos hermanos eran tan parecidos, que todo el mundo los confundía.

Bueno... Él había encontrado la misma laguna. Se había bajado, y había dado agua al caballo, y que en ese momento si había visto desvestido, y al mirar a un lado, había visto el mismo palacio que había visto el hermano. Y que sale la misma criada de la Reina y lo ve, y lu había confundido con el otro hermano, el esposo de la Reina. Y entonces que va corriendo y le dice a la Reina que ahí 'taba su esposo y estaba desvestido.

—149

Y bueno, esque le dice la Reina, que le lleve ropa y que le dice que pórque no quiere venir ande ella estaba.

Y bueno, y esque va la negra y lleva ropa y lo habla como si fuera su amo.

Y le dice que la Reina dice que porque no quiere ir ande 'tá ella después de tanto tiempo que se ha ido. Él estaba calladito. Y la negra que le conversaba de todo lo que pasaba en el palacio, y que lo echaba tanto de menos, y que ella lo esperaba todos los días. Entonces el joven se dio cuenta que lo confundía con el hermano y que esa Reina era la esposa.

Y bueno, y jue al palacio. Y la Reina lo recibió como el esposo y le conversaba de todo, y le preguntaba porque estaba tan distinto, tan distraído. Él le dijo que él estaba así porque todavía tenía que vencer un encanto. Y esa noche cuando fueron a dormir, él había sacado la espada y la había puesto en el medio de la cama. Todo le llamaba la atención a la niña, pero esperaba que cambiara el esposo y fuera como era antes.

Y al otro día, el joven va y abre la ventana que da al norte y ve el humito. Y bueno, y pregunta qué es eso. Y la señora le dice que él sabía mejor que nadie, porque él había ido allá a pesar de que ella le decía que no fuera. Y el joven que no le daba ningún contesto⁹⁵, pero se daba cuenta de todo. Y se dio cuenta que allá si había quedado el hermano.

Y bueno, al otro día siguió ese camino y salió en busca del hermano. Y llegó a la misma casa que había llegado el hermano y salió la misma viejita. Y que le dice:

-¡Ay!, mi hijito, que viene muerto de seh. Tome este matecito para que se le corte la seh... Tomá este palito para que atís tu caballo y esta cadena para que atís tu perrito.

—150

Este joven ya se dio cuenta que áhi 'taba su hermano porque vio el caballo atado a un palo, por morirse y el perro encadenado, también por morirse: Entonces él no recibió nada de la vieja y esque le dice:

-Mirá, yo vengo en busca de mi hermano.

Y esque le dice la viejita que ella no se lo tenía.

Y él que le dice que sí, que él sabía que áhi 'taba.

Y entonces este joven de ver que lo escondían al hermano, que si había puesto a peliar con la viejita. Y él esque le pegaba a la viejita con la espada y no li hacía nada, porque era bruja, la vieja. Y bueno, tanto le pegó que ya a dehhora⁹⁶ de la noche, al primer canto del gallo, ya li había podido pegar con la espada y li habían saltado las llaves que guardaba en el pecho y había dehaparecido.

Y bueno, entonces él había levantado las llaves y había abierto todas las puertas que tenía ese palacio. Y cuando había ido en la última pieza había abierto y lo ve al hermano que ya 'taba por morirse, y que estaba en las últimas.

Y bueno, áhi lo saca, li había dehatado el caballo y el perro. Y los dos,

muy contentos si habían devuelto al palacio de la Reina.

Cuando venían por el camino, que le cuenta el joven más chico que había estado en el palacio de la Reina. Y que ella lo había hecho dormir con ella. Y bueno, este joven, el esposo de la señora se había enojado mucho, y esque le decía que él no debía haber dormido con la señora. Y quí áhi le da un solo tiro y lo mató.

Y bueno, este joven siguió solo con su caballo y su perro.

—151

Y bueno, y al caminar se encuentra con un montón de víboras. Y él esque veía que estas víboras se mataban y esque venía otra y le pasaba unas hojitas di una planta que 'taba áhi y que la muerta volvía a vivir.

Y bueno, que éste había estado áhi largo rato y que si había arrepentido di haber muerto al hermano, y que dice que cómo él no podía hacer vivir a su hermano con esas hojitas, también.

Y que va y lleva las hojitas y lo hace vivir al hermano. Y esque lo hace subir al caballo y lo hace seguir y se van adonde estaba la Reina.

Y bueno. Llegaron adonde estaba la Reina y los recibió muy bien y contenta. Y le contaron todo lo que había sucedido. Y ella contó que lo había hecho dormir con ella creyendo que era el esposo, pero que él había puesto al medio la espada.

Y bueno, los padres vían ahora que las plantitas de naranjo 'taban verdes otra vez después que 'taban marchistas. Y ya se pusieron contentos. Y ellos habían pedido a las plantitas un gran palacio.

Y bueno, los hermanos fueron a ver los padres con la Reina y se quedaron muy contentos de verlos como estaban. Y así todos fueron felices por la virtud que dio la pescadita aquella.

Pastora Soria, 25 años. Guandacol. La Rioja, 1951.

Muchacha de pueblo. Empleada de servicio doméstico. Muy buena narradora.

—152

860. La ciudad de Irás y no Volverás

LA RIOJA

Había una vez una vieja y un viejo que tenían una yegua y un cojudo muy viejo, una perra y un perro muy viejo. Y la vieja, la yegua y la perra tuvieron mellizos, muy igualitos los dos.

Pasaron muchos años. Los chicos eran ya mozos. Un día, el padre le compra para cada hijo una espada, y tiene cada uno un caballo y un perro igual.

Un día uno de los hermanos se fue a rodar tierra. El otro hermano le dice que qué recuerdo le va a dejar. Le dijo el hermano que le va a dejar un vaso de agua clarita. Y le dijo que cuando el agua se ponga turbia es porque él estaba en peligro.

Y el hermano que se fue con el caballo, la espada y el perrito.

Paró en un palacio.

Se enamoró de la hija del Rey y se casó.

Estando casado, salió una mañana por los balcones y devisó de lejos un humito. Le preguntó a la esposa dónde quedaba ese humito y ella le

contestó:

-Queda en Irís y no Volverís, una ciudá de donde nadie vuelve.

—153

Entonce el mozo ensilla su caballo y sale a dar una vuelta por el campo. Pero se fue a ver de dónde salía ese humito. Cuando llegó a un pueblo grande, vio que todas las puertas estaban cerradas. Y llegó adonde estaba una viejita sentada, hilando a la orilla del fuego y en el fuego estaba una olla hirviendo. Saludó y la viejita lo convidó que se baje. Estando un rato en la cocina, le dice que ate el perrito del cogote del caballo con un hilo. Y entonces, cuando el joven se fue a atar el perrito para que no la muerda a la vieja, la vieja se le fue de atrás y lo envolvió al caballo con el perrito y el joven con el hilo del huso, y se le formó una cadena, porque la vieja era bruja. Y los pasó a una pieza, así encadenados, donde los encerró para que se mueran de hambre y después comerlos.

Y el hermano que quedó en la casa, se acordó del vaso con agua. Lo fue a ver y estaba turbio. Entonces ensilló su caballo y se fue con el perrito y la espada por el mismo camino que salió el otro hermano.

Llegó al palacio del Rey donde se casó su hermano. Cuando lo vio la hija del Rey y el Rey se alegraron, creyendo que era el esposo de la niña.

Se bajó del caballo y ahí lo abrazó la niña creyendo que era su esposo, y entonces él pensó que sería la esposa de su hermano, y no le dijo nada.

Durmieron juntos esa noche y él puso la espada en el medio.

Al otro día la niña se levanta muy triste porque creía que su esposo no la quería.

En la mañana sale él a los balcones y cuando miró el humito preguntó dónde salía ese humito.

Entonces le contesta la niña:

-¿No te acordás donde te dije que era de Irís y no Volverís?

—154

Entonces pensó que allí estaría su hermano.

Ensilló su caballo y se fue con su perrito y la espada donde estaba el humito, llegando a la casa de la vieja. Cuando llegó relinchó su caballo, contestando el otro caballo. Torió⁹⁷ el perrito, y le contestó el otro de adentro. Entonces se bajó y le dijo a la vieja que le entregara su hermano. Le dijo entonces la vieja que tome un hilito que le dio y lo ate al perrito del cogote del caballo, y le dijo que ella no tenía ningún hermano.

Entonces el mozo sacó su espada y le cortó un brazo. Y le dijo la vieja que no la matara que le entregaría su hermano. Entonces sacó las llaves y le abrió la puerta, lo desató y se lo entregó. Él la agarró a golpes y hachazos a la vieja con la espada y la mató, quitandolé las llaves que tenía.

Y empezó a abrir puertas, encontrando cadáveres de personas muertas.

Se volvieron al palacio del Rey. Y viniendo por el camino, le contó el hermano lo que le había sucedido cuando venía en busca de él. Entonces pensó el otro hermano que lo habría embromado⁹⁸ con la señora. En la noche pararon. Entonces se acostaron a dormir. Cuando se durmió el hermano que volvió la vida al otro, el hermano salvado sacó su espada y le cortó el cuello al hermano bueno. Y se puso a llorar.

Entonces vido que vinieron dos lagartos jugando. Vino uno y le cortó la cabeza al otro, y se puso a llorar. Dando vueltas, entonces, salió disparando. Fue y cortó un gajito de un monte, lo hizo oler al muerto y le pegó la cabeza, pasándole por el cuello el monte, y salió disparando el lagarto muerto. Vio entonces el hermano y hizo como lo hizo el —155 lagarto. Entonces cortó un gajito del mismo monte, le hizo oler al hermano, y le pasó por el cogote, y le juntó el cuerpo con la cabeza, pero la cara pa' atrás. Entonces le volvió a cortar el cogote y le puso bien la cabeza. Y al rato se recordó y le dijo que qué sueño largo que había tenido. Entonces le contó que soñó que él lo había matado y lo hizo vivir con un monte.

Entonces dispusieron cortar mucho monte de ése y volverse a la ciudá para hacer vivir la gente que la bruja había muerto. Una vez que llegaron a la ciudá, hicieron vivir a los muertos. Y los curas salieron tocando las campanas y fueron a dar misa.

Entonces el Rey oyó esto y mandó a ver qué pasaba en la ciudá dormida, pero los encontraron a los hermanos en el camino, y que les contaron que ellos hicieron vivir a la gente.

Y cuando llegaron al palacio del Rey salió la hija y no halló a quien abrazar porque eran iguales los dos jóvenes. Pero uno de ellos dijo que abrazara a su esposa y ahí vieron quién era el esposo. Al otro hermano, el Rey quería hacerlo quedar, al hermano que salvó la ciudá, pero él se hizo una paloma, el perro otra paloma y el caballo otra paloma. Como eran ángeles se fueron al cielo. Y como el otro hermano pecó, se quedó en la tierra.

Y yo me vine en un zapato roto,
lleno de porotos
para que usted me cuente otro.

Zenobia Romero, 39 años. El Cerco. General Ocampo. La Rioja, 1950.
Aprendió el cuento de un viejito del lugar que sabía muchos cuentos que ella ha olvidado.

—156

861. Las tierras de Tutirís y nunca Volverís

LA RIOJA

Éste que era un rey muy desgraciado en su amorío y siempre perseguido por una vieja que se decía ser bruja. El Rey quiso casarse con una linda muchacha del pueblo, la que tenía delirio de un hermoso jardín donde debía haber flores, aves y lo más hermoso de la tierra. Esta vieja venía, todos los días, mandada por la niña, a ver el jardín del Rey y decirle lo que le

faltaba.

El Rey tenía de toda clase de flores pero le faltaba que en el medio d'él salga un chorro de agua formando el arco iris, llamada agua encantada.

Como de costumbre esta vieja fue un día y le dijo al Rey:

-Al lindo jardín que tiene Su Majestad para la patrona, le falta una cosa.

-¿Que será? -preguntó el Rey.

-El agua encantada.

-¿Dónde se encuentra? -preguntó el Rey.

-En las tierras de Tutirís y no Volverís99.

—157

Entonces el Rey le preguntó a la vieja cómo haría para conseguirla, contestandolé ésta que tendría que ir él. El Rey hizo ensillar el mejor caballo y partió, todo apenado, pues sabía que el que iba allí no volvía. Se encomendó en Dios y siguió viaje. Por la mitá del camino llegó a un rancho, al parecer solo, y se da con un viejo barbudo y petizo. Allí durmió esa noche y al otro día muy temprano, lo tapó a su zaino para seguir viaje. Y entonces el viejito le preguntó adónde iba, y el joven Rey le dijo:

-A las tierras de Tutirís y no Volverís.

El viejo dijo:

-¡Ay!...

Y después de un rato le dijo:

-Miró, ensillá ese caballo blanco y andate en él, pero antes de llegar, por la orilla del camino, verás muchas piedras de varios colores. Son hombres que como vos fueron por el agua encantada y quedaron hecho piedra. Pero vos ite y no mirís al lado, ni te dís vuelta para atrás. Cuando lleguís al agua, alzá un jarrito lleno y montás rápido y decí: «Dios y mi caballo blanco que corra más rápido que el viento».

El Rey así lo hizo como le dijo el viejito y después de dar dos o tres chupadas al mate, siguió. Áhi jue derechito, amigo, y el Rey alzó el agua y montó en su blanco, y dijo: «Dios y mi caballo blanco que corra más que el viento». ¡Erra, porra, amigo! Volaba el blanco, y una tropilla de moros le retaban di atrás, pero no debía darse vuelta para que no se haga piedra. Llegó al ranchito. El viejo lo recibió muy bien y ensilló su zaino y continuó el viaje a su casa, pero antes de que se vaya, le dijo el

viejo:

-Mirá, m'hijo, yo soy Dios y t'hi venido auxiliar para que te casés con esa niña del pueblo.

—158

Dicho esto el viejo y el rancho desapareció. El Rey llegó a su casa. Puso en el centro del jardín l'agua y cuando vino la vieja, le dijo:

-Ahora sí que te puedes casar.

Y el Rey se casó con la niña que quería y fue muy feliz hasta que yo los dejé y me vine. Y hasta la fecha no supe más de ellos.

Juan Díaz, 78 años. Pozo del Medio. General Ocampo. La Rioja, 1950.

Campesino originario de este lugar. Aprendió el cuento de la madre que era una gran narradora, pero ha olvidado buena parte de su argumento. Hay confusión con el antiguo cuento de El agua encantada.

862. La ciudad de Irás y no Volverás

MENDOZA

Que era un matrimonio. Este matrimonio no tenía familia. Y él se ocupaba de pescador. Y un día va y tira los anzuelos con desprecio, áhi no más, a la orillita los tiró, y pescó un dorau. Y al sacarlo le habló el pescau, que no lo matara, que lo tirara al agua y que siguiera pescando, que él le iba a dar suerte. Y que al otro día lo volviera a pescar y que lo sacara y que lo matase y lo llevase para la casa d'él, y que hiciera un caldito, que la carne se la diera a la viejita, el caldito a una yegüita que tenía y los güesitos a la perrita de la casa. Que las tripitas las enterrara atrás de la casa y que él comiera de otro pescau. Y así lu hizo, como había ordenau el dorau. Y él siguió pescando, abasteciendo todo el pueblo. Y qui al año vería el producto. Cuando al poco tiempo s'hizo gruesa¹⁰⁰ la viejita, la yegüita y la perrita.

Bueno, entonces, hizo ver el producto. La viejita dio a luz dos niños, la yegüita parió un potrillito y una potranquita, y la perrita un perrito y una perrita. Bueno, fue atrás de la casa y vio qui asomaban dos darditos, y los recogió, uno para cada niño.

Y los niños se comenzaron a criarse. Y el pescador siguió pescando. A medida que los niños se criaban s'iban —¹⁶⁰ atrás de la casa y se ponían como a jugar y a hacer un pocito, cada uno. Y los siguieron no más a los pocitos. A medida que s'iban criando los iban ahondando a los pocitos, hasta que les sacaron agua.

Ya eran mozos los niños y todas las mañanas lo primero que hacían era ver el agua y vían que 'taba muy cristalina. Cuando un buen día el mayor le dice al hermanito que los viejitos 'taban muy viejos y tenían que buscar medios de vida para ayudarlos, y así determinaron y le dijieron a los padres. Aunque ellos no querían, igualmente determinaron de irse, uno primero. Y al que fue primero le tocó el potrillito macho y el perrito macho, y un dardito. Y se despidió de los padres. Y al despedirse del hermanito que le dice que le encargaba el pocito d'él, que mientras tuviese l'agua clara, cristalina, a él no le sucedería nada, y en el momento que 'stuviera turbia procurase de buscarlo porque alguna cosa grave le pasaría. Así lu hizo y salió de viaje.

Iba marchando por áhi y no llevaba qué comer ni para el perrito ni para él. Y por áhi encontró buen pasto para el caballito y se paró. Y por áhi cruzó una liebre y dice:

-Aquí sí voy a matar esta liebre para carne y voy a dar de comer a mi perrito y como yo.

Y le saca el freno al caballo para que coma y le pone los puntos a la liebre. Entonces le dice la liebre:

-No me matís que te voy a dar m'hijito pa que te acompañe.

El muchacho se compadeció y no le tiró. Sigue el viaje, cuando mira para atrás y ve que el liebrequito lu iba siguiendo.

Por áhi cruza una liona y también le va a tirar y lo mismo lu habla la liona, que no la matara, que le daría el hijo para su compañía. Tampoco le

tiró. Siguió marchando. Cuando mira para atrás el lioncito lu iba siguiendo.

—161

Por ahí le sale una tigre y le pone los puntos. Lo mismo la tigre lu habla y le dice que no la mate que le dará el hijo para su compañía. Siguió marchando y mira para atrás, y el tigrecito lu iba siguiendo.

Ya llevaba más animales a quien darles de comer. Se bajó y desensilló su caballo para que comiera, y salió por el monte buscando palomas, pichones para comer y darle de comer a los animalitos. Cazó y comieron. Y siguió viaje. Cuando encuentra un rancho grande, y si arrió. Al decir, ¡Ave María!101, sale una señora vieja y le dice:

-Bajate, m'hijito.

Se bajó el joven y vio que 'staban hirviendo tres tachos grandísimos con comida. No había gente ninguna pero había muchas camas llenas de gatos. Cuando redepente102 murmuró la vieja y los gatos empezaron a salir todos para afuera disparando. Y si habían vueltos hombres y lo atropellaron para matarlos a él y a los animales, y se levantó, y salieron peliando todos.

Los animales a la par d'él, el caballo, el león, el tigre y el perrito, menos el liebrequito. Mientras voltiaban a los heridos, la vieja con un candil y una pluma les pasaba por la herida un remedio y salían peliando de nuevo como si no les hubiera pasau nada. Cuando se da cuenta el joven le dice al tigre que la agarre a la vieja, que la marcara un poco. Saltó el tigre y la hizo pedazo. El joven agarró el candil de la vieja y lo puso en el alero del rancho y ahí lo dejó. Entonce los mataron a todos y se terminó la batalla. Entonce le da de comer de los tachos al perrito, al león y al tigre. Y siguieron viaje. Llegaron a una ciudá que 'taba toda enlutada. Si arrió el joven a un ranchito y al decir ¡Ave María!, salió una viejita y lo envitó a bajarse. Se bajó y conversando le pregunta:

-Madre vieja, ¿qué pasa que la ciudá 'tá enlutada?

—162

-Hijo mío -le dice-, ¿no sabís que acá viene una serpiente de siete cabezas y si no le ponen una niña en una garita de oro que tienen, avanza a la ciudá y come a todos? Así que tanta niña qui ha comido, el Rey ha dispuesto de poner una de las niñas d'él para que la coma y por eso 'stá enlutada la ciudá. Y ha echau un bando que el que salve la niña se casaría con ella. Y vos que tenía tantos animalitos la podís matar a la serpiente y casarte con la niña.

-No, ¡qué voy a hacer, madre vieja, con mis pobres animalitos! -le dice el joven.

Después de tomar mate le dice:

-Madre vieja, me voy a dar de comer a mis animalitos por el monte -y tomó en dirección de la garita di oro por ande venía la serpiente.

Y llegó el joven a la garita donde 'taba la niña llorando. La saluda y le dice la niña que se retire porque vendría la serpiente y los comería a los dos. Y él le contesta que no se aflija, que no ha de querer Dios. Y se sentaron los dos a la par a conversar. Y dice ella:

-¿Quiere, joven, que lo espulgue?

-Bueno -dice él.

Y le agarra la cabecita del joven y se la pone en la falda. El joven le dice que si ve la serpiente que viene que le avise y se queda dormitando.

Cuando siente la niña el ruido de la serpiente que venía voltiando árboles con la cola y abriendo las siete bocas, y en vez de hablarlo al joven se pone a llorar. Y le cai una lágrima en la cara del joven. Y se recordó el joven. Cuando ve la serpiente que ya venía llegando. Y ya salieron peliando el joven, el león, el tigre, el perrito y el caballito con la serpiente. Le cortaba el joven a la serpiente una cabeza, le cortaba otra, y di un salto se le pegaban otra vez, y seguía peliando. Hasta que el joven se da cuenta que a la cabeza del medio no la había cortado ninguna vez y entonces se la cortó con l'espada. Y entonces —163— quedó muerta la serpiente. Y entonces va el joven y le revisa la cabeza, li abre la boca y ve que tenía una lengua di oro y se la cortó y se jue donde 'taba la niña, con la lengua. Entonces la niña lu abrazó. Sacó un pañuelo de seda que le había regalado el padre, el Rey, y un anillo di oro y se lo regaló al joven en nombre del Rey. Y le dice que se vaya al palacio, que por orden del Rey se tiene que casar con ella porque la salvó. Él agarra la lengua di oro y el anillo y los envuelve en el pañuelo y se los pone en el bolsillo di adentro.

La niña se despide, se va al palacio, y él se acuesta a dormir, rendido. Y al dormirse el joven, los animalitos qui habían peliau se ponen a dormir también y le dicen al liebrequito:

-Vos, que nu has peliau, velá el sueño de nosotros. Si sentís algo, no lu hablis a nuestro amo, hablanos a nosotros.

-Bueno -les dijo el liebrequito.

Por áhi llegó un negro buscando leña con una carretilla, una hacha grande y una cuchilla grande. Cuando encuentra la serpiente muerta. La agarró a hachazos con la cuchilla y le cortó las cabezas y las echó en la carretilla.

Cuando llegó el negro el liebrequito quiso gritar pero el negro lo atemorizó con la cuchilla y lo mató al joven dormido y se fue con las cabezas de la serpiente. Y iba los gritos para el palacio, que había muerto la serpiente y que él s 'iba a casar con la princesa.

Para esto, ya había llegáu la niña al palacio y li había contaú al Rey que un joven había muerto a la serpiente y la había salvau a ella.

Y entonces llegó el negro y se presentó al Rey con las siete cabezas y la cuchilla ensangretada. Y se presentó la niña y dijo que no era ése el que había muerto la serpiente sino otro joven. Y el negro discutía que porque era negro no quería casarse con él. Entonces le dice el Rey:

—164

-Palabra de Rey no puede fallar. Este negro presenta las cabezas de la serpiente y la cuchilla ensangretada y nu hay otro que haga ver que ha muerto la serpiente. Él se tiene que casar con m'hija.

Y la niña tuvo que callarse. Y se empezaron a preparar las fiestas de la boda. Y tiraron bombas, y tocaban las campanas y había música por todos lados, de la alegría, porque si había salvado la niña y toda la gente, de la serpiente.

La viejita que le enseñó al joven donde 'taba la garita di oro, era ayudante de cocinera en el palacio del Rey. Cuando el negro se retiró con las cabezas de la serpiente, el liebrequito, llorando, los recordó a los compañeros y vieron al joven muerto. Entonces, llorando, le dijieron:

-Liebrequito, porque no los recordaste cuando vistes al negro.

Y el liebrequito les contó que lo atemorizó.

Entonces empezaron a ver qué hacían. Entraron a recorrer la memoria y si acordaron de la batalla con los hombres-gatos, y si acordaron del candil qui hacía vivir a los muertos. Y le dijeron al liebrequito que se quedara cuidando al amito, que ellos iban a buscar el candil. Y así lu hicieron. Se fue el caballito, el perrito, el león y el tigre. El caballito algo comía de pasto. Por ahí iban con mucha se y encontraron un cañadón con mucha agua. Entraron a tomar agua y a buscar pichones para comer. Por ahí encuentran un nido de una carancha con cuatro hermosos pichones. Cuando los van a comer les habla la carancha, que no le comieran los hijitos. Entonces el león y el tigre le dicen si conocía tal batalla, de tal tiempo. La carancha les contesta que sí, que bastantes ojos gordos había comido de los muertos. Entonces le dicen ellos que si iba y les traía un candil qui había en el alero del rancho no le comían los hijos. Y ella les dijo que bueno, pero que les recomendaba mucho los hijos. Y remontó el vuelo.

—165

Llegó ande 'taba el rancho. El rancho si había caído. Y entró la carancha a escarbar derecho ande había 'táu el alero de la casa y nu encontraba nada. Y encontró un pericote, un ratón. Era un ratón grande, pelau, qui había síu el rey de los ratones y lu agarró y le clavó las uñas, y lo levantó en el aire preguntandolé del candil. Y le clavaba las uñas juerte. El ratón entró los gritos a llamar a toda la ratonería. Se amontonaron todos y ninguno daba razones del candil. Sólo faltaba una ratona vieja. No faltó quien dijo que efectivamente faltaba, y que había sido partera, curandera, y que seguramente ella tendría el candil. Y la jueron a buscar por orden del Rey Ratón. Se presentó la ratona curandera. Le preguntaron del remedio y dijo que lo tenía ella. Que lo trajera en seguida gritaba el Rey Ratón. Lo trajieron y se lo presentaron a la carancha que lo tenía al Rey Ratón en el aire. Lo recibió en el pico, lo soltó al ratón y salió volando.

Llegó ande 'taba el tigre con los compañeros y se lo presentó preguntandolé por los hijitos. Los pichones 'taban durmiendo porque les habían buscado bichitos y todo para comer. Agradeció la carancha y los otros animalitos también del favor que les había hecho.

-¿Y ahora, para llevar el candil? -dice el tigre al león.

-Si yo lo llevo, lo tragaré, y vos también, y lo mismo el caballo.

Y le dicen al perrito:

-Vos que tenís la cola tan enroscadita, te lo vamos a poner bien amarrado con pastos y así lo llevarís. Nosotros seguiremos por si acaso lo perdis.

Y así lu hicieron. Y siguieron de vuelta corriendo. Llegaron a la garita donde 'taba el amo con el liebrequito. Para esto era tarde, ya 'taba el sol bajito, y le pasaron con la pluma el remedio que tenía el candil, por la herida que li había hecho el negro. Y se sentó el joven sano, como si hubiere —166'tau dormido. Les dice a los animalitos que por qué lu habían dejáu dormir tanto.

-Y, porque 'taba muy rendiu, mi amo -le dijeron.

Ya ensilló su caballo y se va de vuelta con sus animalitos para la casa de la viejita, que le enseñó la garita. Y llegó y li habló la viejita que por qué había tardau tanto. Y entonces le dice:

-¿No sabís, hijo, que hay una gran fiesta en el palacio porque un negro ha salvado l'hija del Rey, y se casa con ella? Qué lástima, hijo mío, que vos con tus animalitos no matastes la serpiente y te hubieran casado con la princesa.

-Nu im porta, madre vieja -le dice.

-Yo estoy cansada, hijo. Hi estado ayudando a hacer las comidas. Así que no voy a volver al palacio.

Y se puso a evitarle mate. Mientras por áhi suspiró la viejita y dijo:

-¡Quien pudiera comer el primer potaje que va a comer el Rey Negro!

Y le dice el joven:

-No si aflija, madre vieja, que ahora lo hemos de comer.

Y le dice al perrito:

-Perrito, í y metete abajo de la mesa del banquete del palacio. Cuando le sirvan el primer plato al Rey Negro, pegale un manotón y arrebatale el plato, y lo tráis para acá, que a ustedes les corresponde, no a ese negro. Y así lu hizo el perrito. Jue y se puso abajo de la mesa. Cuando le sirvieron al Rey Negro, le pegó en la mano y li arrebató el plato, y salió disparando.

Gritó el negro enojado y la niña le gritaba al padre:

-Ése es uno de los animalitos, papá, del joven que me salvó la vida.

—167

El negro discutía que porque lo vía negro no quería casarse con él.

El perrito llegó al rancho donde 'taba el amo y le presentó el plato con los manjares. Comieron todos y siguieron conversando. Y volvió a suspirar la viejita diciendo que quién pudiera comer el segundo potaje que le iban a brindar al Rey Negro.

-No si apure, madre vieja, qui ahora lo himos de comer.

Y el joven lo mandó al León. Pero el Rey había ordenado de poner guardias dobles por si entraba otro animal, que lu agarraran para ver de dónde salía. Pero el León, pícaro, engañó a los guardias y se metió abajo de la mesa. Cuando le brindaron el segundo plato al Rey Negro, le pegó un manotón en la mano y li arrebató el plato y salió disparando. De balde le tiraban tiros no daban en el blanco. Llegó adonde 'taba el amo y le presentó el plato. Comieron todos juntos.

Para eso el Rey ordenó que si volvía otro animalito, que si no lo podían agarrar que le siguieran hasta donde llegara y que lo citaran al amo.

El joven lo mandó al tigre a que le trajiera el tercer plato que le dieran al Rey Negro, que a ellos les correspondía.

Y el tigre engañó a los guardias. Entró y se puso abajo de la mesa. Cuando le sirvieron el tercer plato al Rey Negro, le pegó un manotón arrebatandolé el plato y salió disparando. Los guardias lo siguieron. El tigre le presentó el plato al amo y se pusieron a comer todos con la viejita. Cuando llegaron los guardias lo encontraron rodeados de los animalitos y le dijeron que por orden del Rey se tenía que presentar al palacio. Y el joven les dice que estaba comiendo, y que si el Rey necesitaba algo que podía venir ande 'staba él. El capitán de los guardias tuvo miedo de los animales feroces y se volvieron. Le dijeron al Rey lo qui ocurría, y tuvo que venir el Rey en su coche y la escolta. Y lo llamó al joven. Y salió el joven rodeado de los animalitos. Y —168le dice que lu acompañara hasta el palacio, que era para aclarar la salvación de

su hija.

-Muy bien -le dice el joven-, pero yo voy con mis animalitos.

Así tuvo que hacer y se presentó al palacio. Cuando lo vio la Princesa gritó:

-Ése es el joven que me ha salvado a mí.

Y el negro gritaba que no podía ser porque él había presentado las siete cabezas de la serpiente.

Entonces le dice el joven:

-Es cierto, mi Rey, pero las siete cabezas han de tener las siete lenguas.

Revisaron las siete cabezas y faltaba una lengua. Entonces el joven pone la mano en el bolsillo mientras el negro gritaba que se la han comido las hormigas a esa lengua. El joven saca el pañuelo, y le dice al Rey si conocía esa prenda. Dice el Rey que sí, que se la había regalado a la hija. Desenvuelve y saca el anillo, y sacó la lengua de oro que le faltaba a la cabeza del medio. Entonces el Rey y el público comprobaron que era cierto lo que decía el joven y falsedá lo que decía el negro.

Entonces el Rey manda buscar cuatro potros de esos más lobos¹⁰³ de los montañeses y le ataron al negro, uno de cada mano y de cada pierna. Y los largaron al campo, que le hicieran cuatro pedazos por su falsedá.

Y se casó el joven con la princesa, porque él la había salvado.

Cuando termina la fiesta se van a dormir. Se acuesta la niña primero. Y el joven se saca el saco para acostarse, —¹⁶⁹y levanta la vista para arriba y ve un humito que parece que era en el techo. Pero ve que era lejos y había una luz y le pregunta a la Princesa qué tenía esa luz y ese humito. Y ella le dice:

-Ésa es la ciudad de Irís y nunca jamás volverás. Pero no te vas a querer ir, porque los que van nunca quieren volver.

Si acostó el joven. Cuando se quedó dormida la Princesa, se levantó despacito, acomodó sus animalitos y siguió viaje con rumbo al humito. Llegó. Qu'era un ranchito de mala muerte, y salió una viejita, y le dice:

-Buen día, hijo mío. ¿Por qué no has venido más antes?

Y era una vieja bruja que tenía una ciudad encantada.

-Bajate, hijo mío.

El joven se bajó y le dice:

-Tomá esta canita y atá tu lioncito. Tomá esta otra canita y atá tu tigrecito -y así lo hizo con todos los animalitos.

Y lo hizo pasar para adelante. El joven ató los animalitos y apenas dio vuelta, las canas se volvieron unas enormes cadenas que los voltiaban a los animalitos.

Adentro de la pieza había un cuero de potro, y arriba del cuero de potro había una silla donde lo hizo sentar. En cuanto se sentó el joven si hundió con cuero y todo en un profundo pozo ande había muchos cadáveres, unos medios muertos y otros secos ya. Y entró a andar por arriba de los cadáveres hasta que se desvaneció.

El hermano del joven que había quedado con los padres miraba todos los días l'agua del pozo y 'taba siempre cristalina. Una mañana fue a ver el pozo y vio l'agua turbia. Entonces le dice a los viejitos padres d'ellos, que iba a buscar —¹⁷⁰a su hermano porque estaba pasando algo grave. Y así lo hizo. Agarró la yegüita, la ensilló y llamó la perrita y siguió viaje en dirección para donde había salido el hermano.

Y llegó al palacio donde si había casau el hermano. Era una mañana temprano, que recién salían los lecheros y un vasco viejo lo ve al joven y pensó que era el hermano -como eran tan iguales- y empezó los gritos:

-Rey nuevo, Rey nuevo.

Sale el Rey, la Reina y la Princesa y le dicen que porque si había ido tan callado. El joven malició que el hermano si había casau con la Princesa y para saber de él fingió que era el mismo. Así que comieron, pasaron el día y llegó la noche. Se van a acostar y al acostarse el joven puso la espada por medio de la Princesa y él. Y al sacarse el saco mira el humito y la luz y le pregunta qué contenía eso. Pero, le dice, que ya le había dicho la otra vez, qu'era la ciudá de Irís y no Volverís.

-Pero no te vas más que no vas a volver jamás. Cuando se quedó dormida la Princesa, sale también despacito con rumbo igual. Llegó y vio los animalitos encadenados, y entonce dice:

-Acá 'tá mi hermano.

Y salió la vieja y áhi la agarró y se la arrimó al tigre y le dice:

-Agarrá esta vieja, tigre, y mascalá.

-No mi hagáis matar, hijo mío.

-Ande 'tá el dueño de estos animales.

-Áhi 'tá, en ese pozo.

-Y, ¿cómo lo saco?

-Áhi, atrás de la casa 'tán esos ganchos. Y lo sacó al joven medio moribundo.

—171

-¿Y ahora para salvarlo? -le preguntó.

Y entonce le dijo la vieja bruja:

-Áhi, atrás, hay un gallinero de gallinas negras. Matá una y hacé un caldito y se lo das, que en seguida sanará.

Y así lo hizo.

-Y este rancho, ¿por qué está aquí?

-Aquí está una ciudá encantada.

-¿Y para desencantarla? -le dice.

-Acá tengo, hijo mío, estas llaves. Agarrá ésta primero y vas abriendo hasta que se terminen las llaves.

Y ya el joven le dio el caldo a los animalitos y se rompieron las cadenas.

Y se lo dio al hermano. Y empezaron a abrir las puertas y apareció toda la ciudá y quedó desencantada.

Entonce el joven del pozo le preguntó al hermano que cómo supo qu'estaba él áhi. Y él l'hizo el cuento, y que descubrió todo cuando se acostó con la Princesa, pero que en la cama, entre los dos, puso l'espada d'él, y se puso celoso. Y le pegó una puñalada al hermano que lu había salvado y cayó muerto. Y el otro si arrepintió y se puso a llorar. Suplicaba a Dios que cómo lo podía salvar. Cuando ve dos lagartos qu'taban peliando al lau del camino, y cuando quedaba uno muerto, el otro corría a una mata de paja y sacaba una hojita, iba y se la pasaba por las heridas, y se levantaba peliando otra vez de nuevo. Entonce el joven agarró también una hojita y jue y se la pasó al hermano. Y el hermano se levantó vivo y le preguntó porque lu había dejado dormir tanto y él le contestó que porque lu había visto tan cansado.

Siguieron viaje y llegaron de noche al palacio donde si había casado. Y

una sirvienta que tenía la Princesa entró a gritar:

-Amita, amita, ya viene el amito.

—172

Pero eran tan iguales los jóvenes que no sabía cuál era el esposo de ella.

Y corrió y llamó a la Reina y al Rey, y no sabían cuál era el yerno.

Entonces el joven dice:

-Soy yo, y éste es mi hermano.

Y entonces hicieron el cuento de lo que les había sucedido y de cómo habían salvado a la ciudad encantada.

Y les preguntaron de los padres de ellos, y los mandaron buscar y vinieron. Y vivieron todos juntos en el palacio, muy felices hasta ahora.

Y el cuento se terminó.

Bonifacio Díaz, 67 años. Las Cuevas. Valle del Tupungato. Las Heras.

Mendoza, 1951.

Trabajador de campo. Un gran narrador.

Al cuento tradicional se han agregado motivos de Los animales protectores y de La serpiente de siete cabezas.

—173

863. Irás y no Volverás

SAN LUIS

Había una vez un hombre que se ocupaba de la pesca. Iba a pescar todos los días. Este hombre no tenía más que la señora, una yegua y una perrita.

Un día, este hombre no podía pescar, y tanto tiró el anzuelo, hasta que sacó un pescado grande. Y cuando lo estuvo por matar, le dijo el pescado que no lo matara, que él le iba a decir dónde había muchos pescados.

Entonces el hombre, de ver lo que le prometía el pescado, lo largó. Entonces le dijo el pescado:

-Miró, andate río abajo. Vas a encontrar un remanso muy grande, y allí vas a sacar muchos pescados.

Así lo hizo el hombre. Se fue hasta el remanso y empezó a sacar pescado en cantidad. Y así lo hizo varios días y llevó muchísima comida a su casa.

Pero comenzaron a mermar las pescas, hasta que llegó un día que parecía que no había más pescados, y tanto tiró el anzuelo hasta que volvió a agarrar el pescado grande.

-Miró -le dijo el pescado- no me matís. Andá río abajo, vas a encontrar otro remanso, que hay mucho pescado. Así lo hizo el hombre. Lo volvió a largar al pescado y se fue río abajo, hasta que dio con el remanso. Y ahí pescó, y varios días sacó en cantidad pescados muchísimos. Bueno... —174

Un día no podía sacar más pescado, y tanto tiró el anzuelo, hasta que volvió a sacar el pescado grande.

-Bueno -le dijo el pescado-, ahora no sé adónde hay más pescado, así que me matás no más, pero sólo te voy a hacer un pedido, que no me dejés caer ni una sola gota de sangre al suelo. La alzás a toda y la enterrás, bien enterrada. Y después que me comás -no tengo más que dos costillitas- esas las clavás, una de cada lado del jardincito de tu casa.

Bueno... Así lo hizo el hombre, como le había dicho el pescado. Lo carnió y enterró la sangre, y plantó las costillitas, una de cada lado de la puerta del jardincito que tenía. Bueno... Después de esto, la señora del hombre tuvo dos chicos mellizos muy parecidos; de ver uno, era ver el otro. La yegua tuvo dos potrillos del mismo color y muy parecidos. La perra tuvo dos perritos, que también eran muy parecidos.

Se pasaron los años. Se criaron los chicos y se hicieron mozos, y lo mismo se criaron los potrillos y los perros. Un día, dijo uno de los hermanos:

-Yo ensillo un potrillo y me llevo un perro y me voy a rodar tierra.

-¿Porque te vas, hermano? -le dice el otro-. Yo me voy también.

-No, hermano, vos tenís que quedarte con nuestros padres. Yo te voy a dejar una seña, pa que sepás cómo ando. Cuando el jardín esté lindo y florido, es porque me va bien. Si algún día el jardín está triste o marchito, es porque me va mal. Así que te vas para que me salvís.

Bueno, en eso que estaban en el jardín, vieron una daga nuevecita.

-Mirá la daga, hermano -le dice un mozo al otro.

Y miraron al otro lado de la puerta y estaba otra daga, también nuevecita, que brillaba.

—175

-Mirá otra daga -le dice el otro.

Así que cada uno de los hermanos tomó una daga. Bueno... Se jue el hermano a rodar tierra y se llevó un potrillo y un perro, y el otro hermano quedó muy triste. También el potrillo quedó los relinchos y el perro los ladridos, lo que se iba un hermano.

Bueno... El hermano que quedó en las casas, no se olvidaba; lo primero que hacía era ir a ver el jardín. El jardín amanecía muy lindo, todo florecido.

-Bueno -decía-, le va bien a mi hermano.

El hermano que se jue, anduvo mucho tiempo, y llegó al palacio de un Rey. Se ocupó allí. A los pocos tiempos se puso de novio y se casó con la hija del patrón. Una tarde, le dijo a la señora:

-Vamos a caminar por allí.

-Vamos -le dijo la señora.

Jueron hasta un árbol que 'staba en la punta de un bordo¹⁰⁴, y de allí se devisaba, a lo lejo, un humito, que se elevaba muy alto y derecho.

Entonce le preguntó el mozo a la señora:

-¿Qué contiene aquel humo tan alto y tan derecho? Entonce le contestó la señora:

-Mire¹⁰⁵, allá es el Irís y no Volverís.

-¿Y porque le llaman así? -le preguntó el mozo.

-Porque el que va allí, no vuelve más.

—176

Entonce le dijo el mozo:

-Mañana voy yo, pero voy a volver.

-No vaya -le dijo la señora-. Mire que el que va allí no vuelve más.

-Yo voy a ir y voy a volver -le dijo el mozo.

Así que al otro día bien tempranito, ensilló su caballo, se puso la daga y llamó al perro. Se despidió de la señora que le rogaba que no jue. Y se jue.

A la tarde llegó al humito. Había una casa. Llamó, y salió una vieja que

era bruja.

-¡Buena tarde, señora! -le dijo el mozo-. ¿Quiere darme un poco de agua? La vieja le dijo muy atenta que cómo no. Cuando va a darle el jarro con agua y el mozo lo jue a recibírselo, lo agarró de la oreja, lo bajó del caballo y jue y lo encerró en una pieza. Lo encerró con llave, y allí quedó. ¡Claro!, como era bruja l'hizo perder al mozo la juerza, que no se pudo ni defender siquiera.

Bueno... Al otro día temprano, como de costumbre, jue el otro hermano a ver el jardín. El jardín estaba todo marchito y caído, todo por el suelo.

-Bueno -dijo-, mi hermano está en peligro. Me voy.

Áhi no más ensilló el caballo, se puso la daga y llamó el perro, y se jue. Al día siguiente llegó a la casa del padre de la niña que se había casado con el hermano de él. Como era tan parecido al hermano, la señora salió, y creyendo que venía el esposo, lo abrazó. Lloraba la señora y decía que creía que no iba a volver. Entonce pensó el hermano entre de él: «Seguro que mi hermano es casado con esta niña y ella cree que soy yo. ¡Como somos tan parecidos! Pero no le voy a decir nada para descubrir adónde se ha ido mi hermano».

—177

Enseguida vino el padre de la niña, y lo abrazó, y le dijo que cómo ha hecho para volver, siendo que el que va allí no vuelve más. El mozo no le dijo nada. Cenaron esa noche. En seguida, le dice la señora:

-Vamos a dormir, que tiene que estar cansado. Bueno... Se jugaron. Todo esto lo hacía el mozo para ver si podía descubrir qué fin había tenido el hermano. Cuando ya estuvieron para acostarse, le dijo el mozo:

-Recién me he acordado de un pedido que me había hecho mi padre.

Entonce le dijo ella:

-¿Cuál es el pedido? Si lo puede hacer, hagalo.

-Mi padre me había hecho este pedido, que esta noche tengo que clavar mi daga en el medio del colchón, entre los dos.

-Bueno -le dijo ella-, hagalo.

Esto lo hacía para no faltarle en nada a la señora del hermano. Así que esa noche durmieron juntos, pero con la daga clavada entre los dos. Al otro día anduvo él como apurado. Le dijo ella:

-Vamos a caminar para donde juimos las otras tardes.

-Vamos -le dijo él.

Jueron al árbol, y de la punta del bordo devisaron el humito. Entonce le preguntó el mozo:

-Y aquel humito, ¿qué contiene?

-¿Cómo? -le dice ella- ¿tan pronto se ha olvidado? Allí es adonde juistes, al Irís y no Volverís.

Entonce dijo el mozo entre él:

«Allí es adonde ha ido mi hermano. Yo me voy».

—178

Y le dice a la niña:

-¿Sabís qu'hí dispuesto de ir otra vez al humito?

-No vaya. ¡Quién sabe si vuelve más! -le dijo ella.

Y el mozo le contestó:

-No, ya vís como hí vuelto. Puedo ir otra vez.

Se jugaron a las casas, se puso la daga, ensilló el caballo y llamó al

perro. Se despidió de la señora y del padre, y se fue.

Cuando llegó allá, salió la vieja. Entonces él iba con sé, y le dijo:

-Déme un poco de agua, ¡por favor, señora!

Cuando la vieja fue a darle l'agua, fue a agarrarlo al mozo, que era muy avisado; y que cuando vido la vieja se dio cuenta que era bruja, y malició que tenía al hermano, la agarró él primero, y dijo para él: En nombre de Dios. Áhi se le acabó la juerza a la bruja. La bruja gritaba y pataliaba lo que se vido descubierta, y el mozo le dijo:

-Ahora me vas a entregar mi hermano, o sinó te mato.

Sacó la daga y la amenazó. La ató bien atada di un poste. Ya cuando se vido perdida, la bruja le rogaba:

-No me matís, yo te voy a entregar tu hermano. Áhi tenís las llaves.

El mozo agarró las llaves y empezó a abrir puertas. De todas las piezas salían hombres que la bruja tenía encerrados, hasta que salió el hermano. Se abrazaron, contentísimos, y le agradeció el hermano porque vino a salvarlo. Y le dijo:

-Yo sabía, hermano, qu'ibas a venir. Yo te aguardaba todos los días.

—179

Bueno... se fue el mozo y le dijo a la bruja que 'taba bien amarrada en el palo, que adónde tenía el caballo y el perro del hermano. Y la vieja le dijo que los caballos de los hombres que tenía encerrados, eran esos montones de arena, y que los perros eran esos montones de ceniza.

-Hacemelós volver a lo de antes o sinó te mato -le dijo el mozo.

La vieja, entonces le dice:

-Áhi sobre la mesa, hay una caja con polvos. Vos los tirás sobre las montañas de arena y de ceniza, y van a salir los animales.

Fue el mozo, sacó la caja de la bruja y tiró el polvo sobre los montones, y salieron los caballos y los perros de los hombres que la bruja tenía encerrados. Y salió también el caballo y el perro del hermano. Entonces le dieron libertad a todos los hombres, y dejaron la bruja atada. Y se fueron los dos. Bueno... Ya cuando iban por la mitá del camino, le contó el hermano cómo lo había agarrado la vieja, y cómo había ido al Irís y no Volverís. El otro herma no le contó cómo supo por el jardín que él estaba en peligro, y cómo vino a la casa de su señora. Le dijo que él había estado con la señora y con el padre de ella, y que lo habían tomado por el esposo de la niña, y que él los dejó creer para averiguar de su paradero. Que él había dormido esa noche con la señora, pero que había clavado la daga entre medio de los dos, para no faltarle. Entonces el hermano se enojó, se dejó llevar por los celos, y sacó la daga y lo mató. Y después que lo mató, que le había pesado y no sabía qué hacer, desesperado. Se puso a llorar, y lo alzó al cuerpo del hermano en la falda, y le pedía perdón, y que le decía que él, que tanto había hecho por salvarlo, no sabía cómo lo había muerto él, como un hermano desgraciado. Al rato después de haber estado allí, vinieron dos lagartos, y se pusieron a peliar. Y uno al otro le pegó un uñazo y lo mató.

—180

El lagarto que mató al otro se quedó áhi, no más, asustado, y luego buscó un yuyito, y le empezó a pasar por la herida al muerto, hasta que el otro lagarto vivió. Bueno... El hermano fue y hizo lo mismo. Fue, cortó un gajo del mismo yuyo y le empezó a pasar por la herida al hermano muerto, hasta

que vivió. Y le pidió disculpa llorando, y se abrazaron, y quedaron como si nada hubiera pasado. Los dos hermanos siguieron muy contentos, el viaje. Y cuando llegaron al final del viaje, los hermanos se despidieron como ante, y uno se fue para donde estaba la señora y el otro hermano se fue para donde tenía los padres. Y todos vivieron muy contentos, muchísimos años.

Julián Aguilera, 54 años. El Saladillo. San Luis, 1960.

Gran narrador. Aprendió el cuento del padre, que sabía muchos cuentos antiguos y tenía fama por su sabiduría popular en la comarca.

—181

864. Irás y no Volverás

SAN LUIS

Había una vez un matrimonio joven. Hacía poco que se habían casado y tenían una yegua y una perra. Era lo único que tenían de capital.

Bueno, se puso de encargo la señora para comprar chico y también se puso la yegua para tener potrillito y la perra también para tener perritos.

Bueno, llegó el día que la señora tuvo dos varones. Eran muy parecidos. De ver uno era ver el otro. Eran tan parecidos que no se sabía cuál era uno y cuál era el otro.

La yegua tuvo dos potrillitos iguales, del mismo color, tan parecido uno al otro, que se confundían uno con otro, porque eran igualitos los dos.

Bueno, la perra tuvo dos perritos, tan igualitos y del mismo color, que los confundían uno con el otro.

El padre de los chicos se ocupaba de pescar.

Un día no podía pescar hasta que en una de esas agarró un pescado muy grande y se dispuso a carnarlo. Entonces oyó que le dijo el pescado:

-No me carniés. Yo te voy a decir dónde hay muchos pescados.

—182

El pescado lo llevó a otro lado adonde había muchos pescados y el hombre agarró muchos pescados y lo largó al pescado grande. Y se fue para la casa d'él.

Bueno, pasaron los días y se volvió a ir a pescar. Y no podía agarrar ninguno hasta que volvió a agarrar el pescado grande, y le dijo:

-Ahora, sí que te voy a carniar.

-Bueno -le dijo el pescado-, carniame, pero te voy hacer un pedido, que cuando me carniés me saquís dos costillas de las más grandes que tengo y las clavís una de cada lado del jardín.

Bueno, así lo hizo. Lo carnió al pescado y le sacó las costillas más grandes y las clavó en el jardín.

Y pasó el tiempo. Se pusieron grandes los chicos y los potrillos y los perritos también.

Un día andaban caminando los jóvenes por el jardín y dijo uno de los jóvenes:

-Mirá, acá hay una espada.

-Mirá, acá hay otra -dijo el otro-. Bueno, una para cada uno.

Y como las espadas eran iguales y ellos eran muy unidos resolvieron repartirse las cosas que tenían. Uno le dijo al otro:

-Yo voy a tomar este potrillo y este perrito. Vos tomá los otros. Total, son tan parecidos que no se sabe cuál es uno o cuál es otro, como somos nosotros. Somos tan parecidos, que dice la gente de ver uno es ver el otro. Bueno, hermano, mis padres están muy pobres así que me voy a ir a trabajar para ayudarlos.

Y este hermano ensilló el potrillo y agarró una espada y un perrito. Y le dijo al hermano:

—183

-Mirá todas las mañanas como está el jardín. Si está lindo es porque yo me encuentro bien y si el jardín está marchisto es porque yo estoy en peligro.

Bueno... Se fue el hermano en el potrillo llevandose una espada y un perrito.

Se fue muy lejos el joven y dio con una estancia y pidió trabajo. Y le dieron trabajo y se quedó trabajando. Se acreditó y trabajó mucho tiempo hasta que se enamoró de la hija del dueño de la estancia. Y se casó al poco tiempo.

El hermano daba vista todos los días al jardín. Y estaba muy lindo.

Bueno, a los pocos días salieron a caminar los recién casados. Y subieron a una loma muy alta. Y el joven, lejos, divisó un humo que se elevaba muy alto y le dijo a la chica:

-¿Qué contiene aquel humo tan alto que se eleva allá?

-A eso le llaman el Irís y no Volverís.

-¿Mas, por qué le dicen así? -le preguntó el joven.

-Por que el que va allí no vuelve más.

-Yo voy a ir a ver si es cierto.

-No vas -le dijo ella.

-Sí, voy a ir.

Y al otro día el joven, temprano, ensilló el potrillo, y se puso la espada, y llamó el perrito, y se fue con dirección del humo. Una vez que llegó dijo:

-¿Con qué disculpa llegaría? Llegó a comprar un vaso de agua para tomar. Salió una viejita y le dijo:

-Me quiere vender un vaso de agua para tomar?

-Cómo no -le dijo-, le voy a dar.

—184

Y se fue y, le trajo agua en un vaso muy limpio y florido. Y en cuanto fue el joven a recibile el vaso con agua, lo agarró la vieja de la mano y lo bajó del caballo y lo encerró en una pieza. Y al caballo le tiró un poco de arena y se transformó en arena el caballo. Y al perrito le tiró un poco de ceniza y se hizo ceniza el perro.

Bueno, el otro hermano se fue a ver el jardín y el jardín estaba tirado, marchisto. Bueno, dijo el hermano que el otro hermano estaba en peligro, así que se iba él. Y ensilló el otro potrillo y agarró la espada y el otro perro, y se fue. Tomó la misma dirección que se fue el otro hermano. Y fue y llegó a la estancia donde había llegado el otro hermano. Y salió la chica que era casada con el hermano, y como eran tan parecidos, lo confundió y le dijo:

-¡Cómo así has vuelto! Mirá que los que han ido allá, no ha vuelto ninguno.

Pero él se hizo el que había sido el hermano. Y después le dijo ella:

-Vamos a acostarlos.

Y él le dijo:

-Miró, yo hoy hi dispuesto de acostame con vos pero esta noche voy a clavar la espada en el medio del colchón para dormir uno para un lado y el otro para el otro lado.

Así lo hicieron. Y al otro día se levantaron y tomaron el café, y le dijo él:

-Vamos a caminar.

Y se fueron a la loma alta y devisaron el humo otra vuelta, y él le dijo:

-¿Qué contiene aquel humo?

-¡Cómo! ¿Ya no ti acordás más? ¿No fuiste ayer?

-Ah, sí -le dijo él-, pero voy a ir otra vuelta.

—185

-¡Ay, no! Cómo vas a ir. ¡Quién sabe cómo has vuelto y hoy vas a volver otra vez!

Y entonces él malició que el otro hermano se había ido para allá. Y hizo viaje él también.

Y se fue. Y al llegar allá, se arrimó como para pedir agua. Llegó y salió la vieja diciendolé:

-¡Cómo le va, joven!

-Bien, señora. ¿Me puede dar un poquito de agua?

-¡Cómo no!

Se fue la vieja y le trajo agua en un vaso limpio y florido. Y cuando el joven fue agarrar el vaso con agua, la vieja le tiró la agarrada y él se le hizo un lado. Y se bajó del caballo y la agarró a azotes. Y la llevó a un palo y la ató bien atada. Y le dijo que le dijiera dónde tenía el hermano y el caballo y el perro. La vieja decía que no sabía nada, pero le pegó tanto que al fin le dijo:

-Áhi tiene esa llave. Abre esa puerta y allí está tu hermano. Y en ese montón de arena está el caballo y en ese montón de ceniza está el perro.

Tomá este polvo. Les tirás y saldrá el caballo y el perro.

Bueno, fue y abrió la puerta y salió el hermano.

-Hombre, ¿quién ti ha encerrado?

-La vieja fue -le dijo sorprendido de ver que era el hermano.

Y tiró el polvo al montón de arena y al de ceniza y salieron todos los caballos y los perros que la vieja tenía encantados. Y salieron todos los hombres que tenía encerrados; muchos por morir ya. Y le agradecieron al joven porque los había librado y se fueron cada uno a su casa.

Se fueron los dos hermanos muy contentos.

—186

Por allá, por el camino, le dijo el hermano que lo había venido a buscar:

-Yo, cuando vide el jardín que estaba marchisto, me vine a buscarte y di con una estancia donde salió una chica que debe ser tu señora, y me dijo:

-¡Cómo así has venido!

Entonces malicié que había de ser tu señora. Y me quedé para descubrir las cosas. Esa noche cenamos juntos. Y ella me dijo que cómo había podido volver, que los que iban allá, al Irís y no Volverís, no volvía nadie.

Entonce malicié que vos te habías venido para acá. Esa noche tuve que dormir con tu señora para descubrir bien las cosas, pero clavé la espada al medio del colchón para no juntarlos y yo le dije que era promesa. Entonce al hermano no le pareció nada bien, pero no le dijo nada por el momento. Bueno, le dijo el hermano:

-Al otro día los levantamos y tomamos café y le dije que saliéramos a caminar, pero yo lo hacía para descubrir mejor. Y fuimos, y subimos a una loma muy alta. Y devisamos un humito que se elevaba muy alto, y le dije qué contenía aquel humo, y ella me dijo que cómo me olvidaba si había ido el día antes. Áhi no más le dije que sí y me vine para acá. Llegué a la casa de la vieja, le pedí agua y cuando ella me dio l'agua y me quiso agarrar, la agarré yo, la até en un palo y le pegué tanto hasta que descubrí todo y te salvé a vos y a todos los que tenía encantados la vieja, y a los caballos y los perros.

Entonce el otro hermano, muy nervioso, le dijo:

-Pero, hermano, no me hubieras salvado, porque vos has dormido con mi señora.

Y se pusieron a peliar hasta que el hermano casado le pegó un tajo en el cuello y lo mató al hermano. Y después quedó muy triste por lo que había hecho. Cuando estaba sin —187saber qué hacer, vinieron dos lagartos verdes y se pusieron a peliar. Y uno al otro, de un ñazo le cortó el cogote y se murió. Él los estaba mirando. Entonce vio que el lagarto fue y cortó una ramita de hierba de oveja y la empezó a pasar por la herida del lagarto muerto y el lagarto vivió en seguida. Entonce él fue, cortó otra ramita y le empezó a pasar por la herida del hermano muerto, y en seguida el hermano vivió. Él creía que se había dormido, y se abrazaron como si nada hubiera pasao.

Después le agradeció al hermano y se fue a su casa, y el otro se volvió a la casa del padre.

Y se acabó el cuento.

Julián Aguilera, 65 años. Las Barranquitas. Pringles. San Luis, 1971.

Gran narrador. Aprendió el cuento del padre. Es oriundo de El Saladillo.

Este cuento fue dado once años atrás por el mismo narrador (ver el 863).

Interesa como experiencia científica observar las variantes que un narrador imaginativo como es éste puede introducir en el relato al mismo tiempo que conserva los motivos tradicionales.

—188

865. Los dos hermanos y las dos espadas de oro

NEUQUÉN

Era un cazador¹⁰⁶ que tenía su señora, la cual esperaba familia. Y un día fue al mar y sacó un pescado. Éste, antes de morir le pidió que enterrara sus aletas para cuando naciera el niño. Y resulta que nacieron dos niños, y en el lugar que enterraron las aletas encontraron dos espadas de oro. Y esas espadas fueron la suerte de toda la vida de estos niños.

Uno de los niños, en cuanto creció se fue del lado de sus padres porque

eran muy pobres. Y se casó con una princesa. Una tarde mientras caminaba vieron que salía humo de una casa, y la señora le dijo al esposo que no fuera, que allí vivía una bruja que con agua caliente los mataba. Él dispuso que iría. Y fue y llegó. Con engaños lo mató la bruja.

A los días fue el otro hermano a la casa de la señora que seguía esperando al esposo. Y lo confundió con el hermano. Y esa noche durmieron juntos. Y él puso la espada entre los dos.

Al otro día, entre lágrimas de alegría, le decía al esposo, la señora:

—189

-Ya no t'irís al humito.

Y se dio cuenta de todo y se fue. Y llegó y vio a la bruja y al enterarse que el hermano había muerto, fue y lo hizo resucitar.

Y salvó a todos los que la bruja había hecho morir en la ciudad del humito.

Lucinda Aguilera, 40 años. La Buitrera. Picunches. Neuquén, 1951.

La narradora explica que oyó contar este cuento a la madre, que sabía muchos cuentos y tenía muy buena memoria, pero que ella no la tiene y sólo se acuerda de unas partes como la que aquí ha contado.

—190

Nota

Nuestro cuento con sus versiones y variantes tiene gran extensión en Europa y en América. Sólo una de nuestras versiones contiene todos los elementos del cuento alemán de Los dos hermanos, N.º 60 de Grimm, con la primera parte que es la del matador de la serpiente de siete cabezas, y al que Ranke le dedicó un notable estudio. Las otras seis versiones desarrollan la segunda parte con los siguientes motivos, entre otros:

A. De la gestación mágica dada por la carne de un pescado, nacen los dos hermanos, dos perros, dos caballos. Con poder mágico aparece una espada.

B. Uno de los hermanos parte en aventura y deja una señal que indicará su suerte. Casa con una princesa. La deja para encaminarse al país fabuloso de Irás y no volverás, en donde una bruja lo encanta a él y a sus

animales.

C. El otro hermano advierte la señal adversa (agua, árbol, jardín) y sale en su busca. En el palacio de la esposa —191lo confunden con el hermano y esa noche duerme con ella colocando la espada entre los dos.

D. Advierte el destino del hermano; marcha hacia el país de Irás y no volverás. Allí desencanta al hermano, a los animales, a otras víctimas y mata a la bruja.

E. En el camino cuenta al hermano que ha dormido con su mujer. El hermano lo mata. Arrepentido lo resucita usando unas hierbas que ve que un lagarto (o víbora) aplica a otro que antes ha muerto. Llegan a la casa y todos los misterios se aclaran.

Nuestro cuento es el Tipo 303 de Aarne, Aarne-Thompson y Boggs. Ver el estudio de Espinosa, III, pp. 9-18 y el de Pino Saavedra, I, 369-371.

—[192] —[193]

La princesa que destrozaba todas las noches, en la danza, siete pares de zapatos

4 versiones y variantes

Cuentos del 866 al 869

—[194] —195

866. La princesa que rompía todas las noches siete pares de zapatos

SAN LUIS

Había un rey que tenía una hija y la hija se llamaba Filomena. El Rey quería saber qué hacía su hija en la noche, porque todos los días amanecían en el cuarto de la Princesa siete pares de zapatos rotos. Ni el Rey ni la Reina podían descubrir qué hacía a altas horas de la noche. No sabían a qué hora salía ni a qué hora volvía, por más que la vigilaban, y ahí 'taban los siete pares de zapatos gastados de que ella los usaba. Entonces el Rey decretó que el hombre que descubriera qué hacía su hija a esas horas, se la daba en matrimonio, sin mirar calibre¹⁰⁷.

La Princesa era muy linda y vinieron en seguida mozos de todos lados. Primero vinieron príncipes y mozos ricos, y después hasta piones y esclavos, de todo, y no se pudo saber, por más que se desvelaban, qué hacía la Princesa a altas horas de la noche. Esto se llenó por todo el mundo, lo que decía este decreto. El Rey en su decreto aumentó la curiosidad de todo el mundo. Llegó esto hasta el fin del mundo. Muchísimos venían pero no descubrían qué hacía la —196Princesa. El que se presentaba y no adivinaba, le cortaban la cabeza. Ésta era la condición que ponía el Rey, y palabra de rey no puede faltar. Y ya eran muchísimos los que habían muerto.

Había una señora viuda y pobre, que tenía un hijo muy güeno y muy ardiloso. Un día, este hijo se enteró de la noticia de que el Rey daba la hija en matrimonio al que adivinara qué hacía de noche, y le dijo a la madre:

-Mama, yo me voy a ir a ver si adivino y vuelvo casado con la Princesa Filomena.

Como toda madre, se desesperó conociendo el peligro que corría el hijo. Eso la hizo entrar en mucho apuro y le dijo al hijo:

-Pero, dónde vas a ir, hijo, que el Rey te va a matar. Si naide puede adivinar, hijo, cómo te vas a exponer de gusto. Qué voy hacer yo sola si a vos te matan.

Pero él dijo:

-Me voy y me voy, y ya va ver que adivino -y así tuvo que ser.

Este mozo ensilló su cabaño y dispuso el viaje, y se fue.

Después de muchos días de camino llegó al lugar ande vivía el Rey. En las orías del pueblo llegó a la casa di una viejita que vivía sola en un ranchito. Taba tostando maíz, la viejita. Lu hizo pasar a la cocinita y lo convidó con maíz tostau y mate. Y áhi en conversación, le preguntó:

-Mama vieja, ¿qué noticias se corren por acá?

-Y, la noticia qui hay, hijo, es que el Rey ha echau un decreto dando en matrimonio la Princesa al que adivine adónde va todas las noches pa romper siete pares de zapatos. Naide lo adivina hasta el presente. Y ya li ha echo cortar la cabeza a muchos mozos, el Rey.

—197

-¿Y cómo se puede hacer, mama vieja, para adivinar?

Entonce la viejita le dijo que le iba a dar una virtud para que se haga hormiguita, y si haga invisible tamén, y que le iba a decir cómo tenía qui hacer. Le dijo que cuando llegue al palacio lo iban a llevar a la presencia del Rey y que esa noche lo iban a llevar a la puerta del cuarto de la Princesa. Que cuando la Princesa lo convide con un vaso de vino no lo tome porque es pa que se duerma. Que si haga el que lo toma y que lo bote con disimulo. Le dio un gallo pa que lo ponga en un rincón. Y le dijo que cuando el gallo cante, que es a las doce de la noche, diga: «Por la virtud que Dios me dio que me haga una hormiguita, la más chiquita del mundo». Que áhi se iba a convertir en una hormiguita y que se meta por el aujero de la puerta al cuarto de la princesa. Que la Princesa s'iba hacer un pájaro, y que muy ligero, se le suba por las plumas de la cola y que así iba a ver qué hacia y adónde iba.

Y al otro día temprano, se fue el mozo, y la viejita l'echó la bendición. Cuando este joven llegó al palacio y dijo a lo que iba, lo llevaron a la presencia del Rey. El morro le dijo que él iba a adivinar qué hacía la Princesa. Entonces el Rey le dijo:

-¿Vos sabís mi decreto?

-Sí, mi Sacarrial¹⁰⁸ Majestá. Entonce el Rey le dijo:

-Te veo muy ladino, pero tenís que saber que si no adivinás entre las veinticuatro horas, ti hago cortar la cabeza.

-No tengo miedo, mi Sacarrial Majestá -le contestó el mozo, y le pidió permiso para tener el gallo.

-¡Cómo no! -le dijo el Rey.

—198

A la noche lo llevaron a la puerta del cuarto de la Princesa adonde tenía que vigilar. Al gallo lo puso en un rinconcito, disimulado. Ya vino la Princesa y li ofertó un vaso de vino. Él se quedó con el vaso haciendosé el que lo tomaba y ella se entró al cuarto y s'echó llave. Él botó el vino porque era pa hacerlo dormir. Eso les daba a todos los mozos, la Princesa.

A las doce cantó el gallo. El mozo se transformó en una hormiguita chiquita y se metió en el cuarto de la Princesa por el aujero de la llave.

En ese mismo momento, que eran las doce justas, la Princesa se desnudó entera, se bañó en una agua muy clara -esto 'tá viendo l'hormiguita-.

Después de ese baño ella sacó de una cómoda una untura blanca y principió a ponerse por todo el cuerpo. Después sacó una untura negra y se puso encima de la untura blanca. Después de eso se revolcó en un montón de plumas y se volvió pájaro. Después que 'tuvo así, ensayó unos saltos. Áhi

l'hormiguita se le prendió de las plumas gruesas de la cola. Entonce el pájaro salió por una puerta falsa que ni el mismo Rey conocía. Empezó a volar y a volar, y llega después a un riyo di aguas de brillantes, y le dice:

-Adiós riyo di aguas de brillantes.

Y el riyo le contesta:

-Adiós Princesa Filomena y Dios la guarde de su compañía.

Entonce la Princesa mira para todos lados y como no ve nada dice:

-Éste riyo 'tá loco, si nu hay naide aquí.

Llega a un gran pedregal que era todo de perlas y le dice:

-Adiós pedregal de perlas.

Y el pedregal le contesta:

-Adiós Princesa Filomena y Dios la guarde de su compañía.

—199

Entonce ella mira, y como no ve nada, dice:

-Este pedregal 'tá loco, si nu hay naide.

Llega a unos árboles que tienen las hojas de plata y los frutos di oro y les dice:

-Adiós árboles de hojas de plata y frutos di oro.

-Adiós Princesa Filomena y Dios la guarde de su compañía.

La Princesa más intrigada miró para todos lados y como no ve nada, siguió no más. Cuando ya pasó esto, llegó a los confines del mundo adonde había una Salamanca¹⁰⁹. Entró la Princesa y se hizo persona. Áhi 'taban demonios y brujas. Había muchas niñas como la Princesa, cual de todas más linda. La Princesa bailó tanto, que a cada momento se tenía que cambiar los zapatos, hasta que rompió los siete pares qui había llevado -que todos los días se mandaba hacer siete pares nuevos-. Ya cuando 'taba por aclarar, si acabó el baile, y todos se apuraron a salir de la Salamanca. Áhi empezó a desvestirse la Princesa, y en eso se le cayó un pañuelito que tenía con las letras de su nombre y se lu agarró l'hormiguita. Como 'taba tan apurada, lo dejó de buscar, y s'hizo pájaro otra vez y se voló. La hormiguita iba prendida. Cuando pasó por los árboles les dijo:

-Adiós árboles de las hojas de plata y de los frutos di oro.

-Adiós Princesa Filomena y Dios la guarde de su compañía.

La Princesa miró para todos lados y no vido nada.

Cuando pasó por el pedregal, dijo:

-Adiós pedregal de perlas.

—200

Y el pedregal le contestó:

-Adiós Princesa Filomena y Dios la guarde de su compañía.

Miró para todos lados y no vido nada. Cuando llegó adonde 'taba el riyo le dijo:

-Adiós riyo di agua de brillantes.

Y el riyo le contestó:

-Adiós Princesa Filomena y Dios la guarde de su compañía.

Miró para todos lados y no vido nada, pero le quedó la idea de que el riyo, el pedregal y los árboles li habían dicho que se cuidara de su compañía.

El joven, cuando volvieron al cuarto de la Princesa, salió otra vez por el agujero de la llave y se hizo cristiano¹¹⁰ otra vez.

Al otro día, cumplidas las veinticuatro horas, tenía que presentarse a decir lo que sabía, de la Princesa. Naide créiba que iba a adivinar. Ya vino toda la gente para ver qué pasaba. 'Taba aquello que se venía abajo. El Rey se réiba lo que vía la facha del mozo, la pellejadura del qu'iba a saber más que todos los príncipes qui habían venido de todas las partes del mundo. Entonce él dice:

-Aquí 'toy Sacarrial Majestá. 'Toy dispuesto a decir todo lo que sé. 'Taban todos esperando que lo manden a matar no más. Tamén 'taba presente la Princesa. Entonce él dice:

-La Princesa, después de las doce de la noche, se desnuda, se baña en agua clara, se da friegas con una untura —201blanca, después con una untura negra, se revuelca en un montón de plumas y se vuelve pájaro. Sale despacito por una puerta secreta. Pasa por un riyo de aguas de brillantes, por un pedregal de perlas, y por los árboles de hojas de plata y frutos di oro. Va a los confines del mundo adonde hay una gran Salamanca. Ahí se trasforma en cristiano. Baila hasta la madrugada con demonios, brujas y otras niñas como ella, muy lindas y lujosas, y rompe siete pares de zapatos sin descansar. Cuando quiso aclarar, todos los que bailaban en la Salamanca salieron disparando. La Princesa se sacó los trajes lujosos que usaba y se puso las unturas pa volverse pájaro. Áhi se le cayó el pañuelo con su nombre, y aquí 'tá. Cuando pasamos por el riyo, el pedregal y los árboles, le contestaron el saludo diciendolé: Adiós Princesa Filomena y Dios la guarde de su compañía. Eso era porque ellos me vían, pero yo iba invisible en las plumas de la Princesa. Después vino a su cuarto y yo salí por el aujero de la puerta y me hice cristiano otra vez. Y aquí 'toy pa casarme con ella.

Entonce la Princesa dijo que era cierto todo y que con eso se acababa el mal, el mal l l l qui unas brujas li habían hecho, y que ella agora iba a ser libre y podía vivir como todos los cristianos. Y que había qui agradecer a ese joven qui había síu ayudado por una mano santa.

Todo el mundo se quedó muy sorprendido de la hazaña de este joven. El Rey dijo que se tenía que casar con la Princesa aunque juera pobre, que palabra de Rey no puede faltar.

Se casaron y hicieron grandes fiestas. Yo 'tuve tamén en la fiesta y después me vine pa mi rancho.

Juana Salazar, 70 años. El Zapallar. Ayacucho. San Luis, 1932.

La narradora, campesina originaria del lugar, es una de las pocas alfareras de la región.

867. La niña que gastaba siete pares de zapatos por noche

MISIONES

Era una chica que se casó y que había sido bruja. Cuando llegaba el viernes a la noche ella tenía que salir. Le decía al marido que le tenía que comprar siete pares de zapatos para cada noche porque los necesitaba, y era porque salía a bandidear¹¹². Y volvía a la madrugada, y el marido no

sabía que hacía. Y después, el marido se encontró un día con un amigo, y el amigo era que había andado estudiando esa magia, y a él le dijo, le contó que la situación de matrimonio de él que era muy triste. Que él tenía que trabajar mucho para comprarle siete pares de zapatos a la señora, que ella los gastaba de noche y él no sabía qué hacía, que él dormía. Que la situación era muy pesada. Y ahí le dijo el amigo al joven que él lo iba ir a visitar esa noche y lo iba a ayudar.

Se jue el joven y le dijo a la señora que prepare una cena, que venía un amigo a visitarlo.

Y preparó la cena ella. Y comieron esa noche con el amigo. Y ella no comió, sólo siete granos de arroz comió.

Y entonces le dijo el amigo que la señora era bruja, que tenía que espiarla en el cementerio. Que la señora salía de —203noche, bailaba toda la noche con otros brujos y que gastaba los zapatos, y que iban al cementerio, como van los brujos, y que él tenía que espiarla a ver si se podía salvá.

Y güeno, le volvió a comprar los siete pares de zapatos, como de costumbre. Y el amigo le dio un frasco de agua como un perfume para que no pueda dormir, porque la señora le hacía tomar un remedio que lo hacía dormir y ella se iba. Y le dio otro para que se haga invisible, y la siga. Entonces, él agarró, se puso ese perfume medio tapado con las sábanas. Y la muchacha, como de costumbre, abrió el ropero, sacó un líquido que le ponía en la almohada todas las noches, se lo echó, y él se hacía el dormido, pero tenía el perfume que le dio el amigo y no se durmió porque él olía ese perfume. Y ella se vistió y se jue. Y ella se hacía invisible y se iba como bruja. Y se iba a una bailanta¹³, a bailar con los que eran como ella. El marido también se hizo invisible con lo que le dio el amigo. Él vio ande iba la señora a bailar, y después que iban al cementerio todos, que abrían las fosas y estaban ahí de farra. Y el joven vino antes a la casa y se acostó. Al rato vi no la señora y se acostó también. Y ella había gastado como todas las noches los siete pares de zapatos.

Al otro día, a la hora de la comida, la señora no quiso comer, sólo siete granos de arroz. Entonces el marido le dijo que le iba a traer carne humana como la que ella comía todas las noches. Y ella se levantó y sacó una agua que tenía y se la echó encima al joven. Y salió un perro, el joven. El joven salió como un perro por la ciudá.

El perro anduvo por todos lados y entró a una panadería y le dieron comida. Y se quedó. Y lo dejaron porque era un perro muy vivo, muy inteligente.

—204

Y un día vino una viejita a comprá pan y encontró el perro y vio que era muy lindo y muy vivo. Y jue a su casa y le contó a su hija. Y había sido que su hija estaba estudiando magia y le dijo que lo lleve al perro a la casa. Y lo llevó. Y la niña cuando lo vio se dio cuenta que era humano, que 'taba embrujado. Entonces la chica sacó una agua que 'taba preparando, se la echó al perro, y salió un hermoso joven. Y ahí hablaron y él le contó la historia de él. Entonces ella le dio un frasco de agua y le dijo que le derrame encima de la mujer, y que ella iba a quedar de yegua para que sufra. El joven jue, hizo todo y la mujer quedó de yegua y salió disparando al campo, y así se vengó. Eso le sirvió de castigo. Y terminó

el cuento.

Paulino Silvano Olivera, 59 años. Eldorado. Misiones, 1958.

Criollo nativo de la región colonizada por inmigrantes extranjeros. Buen narrador.

El cuento es una variante del cuento tradicional. Amalgama motivos de otros cuentos de magia.

—205

868. La princesa bruja

CHACO

Era un chico que había perdido la madre. Tenía dos hermanas y el padre. Y él pasaba su vida muy amargada porque no tenía madre, y andaba sucio y lleno de bichos¹⁴ y de piques¹⁵.

Y este niño tenía una gran virtud, comprendía el idioma de los animales. Y un día pasó un potrillo y relinchó. Y él entendió lo que había dicho, y sonrió él. Y el padre le preguntó porque sonrió y él le dijo que no le podía decir. Si él decía lo que entendía se moría en ese mismo momento. Así era esa virtud que tenía. Y por eso el padre lo agarró y le pegó y lo lastimó mucho. Y casi lo mató.

No sabía qué hacer. Entonces le dijo que se iba, y se fue.

Y tomó camino y se fue. Iba caminando cinco días. Y appena encontró para comer unas frutas silvestres de tuna.

Después, cuando menos pensó él, encontró a tres hermanos que estaban por pelear por un capote, unas botas y un sombrero. Las tres cosas tenían misterio. Entonces le dijo él:

—206

-Porque se van a pelear entre hermanos. Eso no puede ser.

Al ver lo que ese niño decía, obedecieron.

Entonces le dijo que le den las tres prendas, y ellos corran una carrera a ver quien ganaba las prendas.

Las botas eran para correr tan ligero que nadie lo podía alcanzar, el capote era para que nadie lo vea, y el sombrero para pedirle lo que quiera, que lo traía al momento.

Y entonces les dijo que ya que los tres querían las tres prendas, que corrieran un kilómetro, uno por una carretera, otro por otra, y otro por otra, y que ganaba el que llegue primero. Entonces los tres hermanos salieron corriendo.

Y el niño cuando quedó solo se puso las botas, y se puso el capote, y claro, desapareció, y se puso el sombrero. Y salió disparando que nadie lo podía alcanzar. Y cuando los hermanos llegaron de vuelta no pudieron saber nada del niño. Y siguió camino. Ya podía vivir con esas prendas. Y llegó en una casa muy pobre. Que vivía una viejita. Y la viejita le dijo:

-¿De dónde viene, niño?

-Desde muy lejo, abuelita -le dijo él.

-Entonces, va quedar aquí conmigo.

Y quedó el niño.

Hacia dos años que vivía ahí y siempre oía tiros de arma de juego. Y le preguntó a la viejita qué eran esos tiros y tiros.

-¡Ah!, ¡mi hijo!, esos tiros son del Rey que mata a la gente. Que tiene una hija, que se pierde cada noche y no sabe dónde va. Si uno se compromete a descubrir y no puede descubrir, él lo mata.

—207

Entonces dijo el niño:

-Yo le descubriré.

-No, mi hijo, a usted lo va a matar el Rey. Usted no sabe, pero no tiene perdón.

-No tenga miedo, agüelita. Yo iré y no me va a pasar nada.

Y se marchó. Agarró el capote, el sombrero y las botas. Fue a hablar con el Rey. Y le dijo al Rey:

-Yo vengo para descubrir el misterio de su hija.

Le dijo el Rey:

-No, no te comprometas, niño, que eres muy niño.

Y él le dijo:

-Yo no temo a la muerte. Yo no moriré.

-Bueno, entonces, comencé esta noche. La recompensa va a ser la mitad de mi fortuna y una gran cena para todo el pueblo.

Y quedan comprometidos. Y se quedó a dormir el niño en la casa del Rey. Y el Rey le quiso dar una cama de lujo para que él durmiera. No aceptó. Yo voy a dormir en la puerta de la Princesa, en estos cueros.

Bueno, quedó ahí. Llegó la noche y él se acostó. Se levantó la Princesa a espiarlo y él se hacía como si roncaba. Entonces la Princesa dijo:

-Pobre de vos, mañana estarás fusilado.

Entró adentro, la Princesa, y sacó un frasco grande, y él ya la 'taba espiondo. Abrió el frasco grande y dijo:

-Vamos a andar.

Y se transformó en un diablo el frasco. Ella montó sobre el diablo y salieron velozmente.

—208

Entonces el niño se puso el capote, el sombrero, y se puso las botas, y salió de atrás. Tuvieron como una hora de viaje. Llegaron a la casa de un rey. Que era el que la pretendía. Un gran baile hicieron.

Por el camino decía la Princesa:

-Una rosa de diamante para presentar al rey turco -y desaparecía en un pozo, y salía con la flor, y se la puso entre el cabello.

El niño le sacó la flor y la puso dentro del capote. Hasta al fin llegaron y la Princesa se puso a bailar. Después de tanto bailar, a la Princesa se le rompieron todos los zapatos, y los tiró. Recogió el niño los zapatos y los guardó. Eran siete pares de zapatos.

Entonces el Rey le dice al asistente:

-Parece que hay alguien por aquí, porque yo oigo ruido y no veo nada. Y era el niño que andaba vestido con su prenda misteriosa, y nadie le podía ver.

Y después dijo al asistente:

-Hay ruido. Pasame esa espada que tiene empuñadura de plata.

Y cuando amagó para pegar dónde había ruido, el niño se la manoteó y le quitó la espada, y se la puso abajo del capote y desapareció.

Entonces dijo otra vez el Rey enojado, al asistente:

-Pasame ese sable que tiene empuñadura de oro.

Y hizo lo mismo. Amagó para pegar y el niño le quitó el sable, y le puso abajo del capote, y desapareció.

Entonces iba ya casi amaneciendo. Entonces dijo la Princesa:

-Tengo que ir en casa.

—209

Montó el diablo, y fueron. El niño nunca se separaba de la Princesa. Él llegó primero que la Princesa y se puso sobre el cuero como si no hubiera salido.

Y dijo la Princesa cuando llegó:

-¡Mirá quién me va descubrir! ¡Pobre diablo!

El Rey mandó llamar al niño y a la Princesa. Y fueron, y fue todo el pueblo.

-Bueno, mi hijo -le dijo el Rey al niño- ahora llegó el momento de contarme lo sucedido.

-Sí, mi Majestá -contestó el niño.

Tomó un vaso de vino para afinar el garguero. Y dijo:

-Cuando yo me acosté, dentro de una hora, la Princesa me dio una patada y dijo:

-¡Qué va descubrir éste!

Agarró un frasco grande de abajo de la cama, que ahí lo tiene y lo transformó en un diablo. Montó por él. Después anduvo una legua. Dijo entonces la Princesa: Una rosa de diamante para presentar al Rey turco. Y sacó la rosa de un pozo. Y yo le saqué y le puse bajo mi capote. Y le entregó al Rey la rosa. Y se pusieron a bailar. Se le rompió el primer par de zapato y aquí lo tengo. Y lo entregó al Rey. Y después se le rompieron seis pares más de zapatos. Y aquí están y los entregó al Rey.

A medida que iba contando el niño la Princesa se iba sonrojando. No sabía qué hacer. Y entonces siguió el niño:

-Yo hice ruido y el Rey pidió al asistente la espada de empuñadura de plata para pegarme, y yo le quité, y aquí está. Y entonces hice más ruido. Y el Rey pidió el sable de empuñadura de oro, y yo le quité, y aquí está. Le presentó al Rey. Y después se vino y dijo que volvía a la otra noche.

—210

Después, dijo el Rey:

La Princesa no es hija mía, es una bruja. Yo sé qué castigo merece.

Y agarró cuatro potros de los más malos. Se lo ató uno por cada brazo y estremidades y la descuartizaron. Y al frasco le tiró en fuego muy grande.

Que salió volando el diablo del fuego.

Y al niño se le dio lo que le prometió. Y él se fue a vivir con la viejita, su segunda madre.

Evangélico Coronel, 21 años. Resistencia. Chaco, 1952.

Aprendió el cuento de la abuela.

—211

La princesa que rompía de noche siete pares de zapatos

NEUQUÉN

Había una vez un matrimonio viejito, viejitos eran. Tenían tres hijos. Uno se llamaba Pedro, el otro Juan y el menor Diego. Entonces eran muy pobres, y un día le dijo Pedro al padre si él podría salir a trabajar. Y el padre le dijo que sí, que saliera.

Y viajó... Y llegó a la casa de una abuelita viejita, viejita era. Llegó a pedir alojamiento, si le daba permiso para dormir. Y la viejita le dijo que sí, que cómo no, que le daba alojamiento.

Alojó ahí. Y le pregunta la viejita si comen primero o rezan. Y el joven le dice:

-Comamos, abuelita, que para rezar hay tiempo.

Y comieron. Entonces el muchacho le pregunta a la abuelita si sabe ella de algún trabajo. Y la abuelita le dice que sí, que fuera a la casa del Rey, que el Rey le iba a dar trabajo. De que el Rey le iba a dar trabajo que le vigilara una hija que salía de noche y gastaba siete pares de zapatos, y no sabían dónde se iba. Que sabían que se iba a bailar, pero lo que no sabían dónde iba.

El muchacho llegó a la casa del Rey y le pidió trabajo.

El Rey le dijo al muchacho que él tenía un trabajo y que le iba a decir las condiciones. Que él tenía una hija que —212todas las noches se iba a bailar y gastaba siete pares de zapatos. Que si él descubría dónde iba, se la daba para que se case con ella y si no, le sacaba el cuero y lo empaderaba. Él dijo que bueno.

Bueno, ya le presentó el muchacho a la hija. La hija invitó al muchacho a cenar, y, cuando terminaron de cenar, le dio una copa de vino, que durmiera. Y al rato, el muchacho quedó durmiendo sin saber nada. Y ella se revolcó en unos chuicos¹¹⁶, unos barrotes donde se revuelcan los patos. Y se volvió pata, y se fue. Y dijo cuando empezó a volar:

-Lechón para mi papá.

Y pasó por el Río Mar del Plata¹¹⁷, y dijo:

-Adiós, Río Mar del Plata.

-Adiós, Flor de Lipa -le dijo el río.

Y pasó por el Monte Hojas de Oro.

-Adiós, Monte Hojas de Oro -le dijo.

-Adiós, Flor de Lipa -le contestó.

Y Flor de Lipa se fue a donde bailaban los diablos. Y ahí bailaba toda la noche y gastaba siete pares de zapatos. Y ahí cenaban bichos, culebras, sapos, arañas, esos bichos feos. Y todo tiraban abajo 'e la mesa, los güesos, y todo. Bueno... Y después, tarde 'e la noche, al canto 'e los gallos, ella se venía. Y llegaba a la casa, y el joven que la cuidaba 'taba durmiendo.

Y llegó ella y le dice al padre que el joven 'taba durmiendo. Entonces el Rey lo descueró vivo y lo puso en la pader¹¹⁸, lo empaderó.

Y bueno... Ya hacía mucho tiempo que no volvía el hijo mayor y los viejitos 'taba preocupados. Entonces el otro hermano dice que va a salir a ver el hermano y al mismo tiempo si encuentra trabajo se va a quedar a trabajar junto con él. Entonces se vino Juan. Viajó también Juan y se vino a la misma casa de la abuelita a pedir alojamiento, lo mismo que hizo el otro. Y la abuelita le da alojamiento.

Y bueno... La abuelita le pregunta lo mismo, si rezan o cenan primero, y él le dice:

-Cenemos, que para rezar hay tiempo.

Después comenzaron las preguntas, si sabe del hermano ella. Y la viejita le dice que se fue a la casa del Rey a pedir trabajo. Y ahí le explica la viejita cómo era ese trabajo. Y él se fue al otro día a la casa del Rey.

Y bueno... Habló con el Rey y le dio, el mismo trabajo que le había dado al hermano.

Y Flor de Lipa lo invita a cenar y le da en la comida una copa de vino de durmidera. Y el joven se duerme. Y se va Flor de Lipa. Lo deja durmiendo, y se va. Y dice:

-Lechón para mi papá.

Y pasó por el Río Mar del Plata, y dijo:

-Adiós, Río Mar del Plata.

-Adiós Flor de Lija -le dijo el río.

Y pasó por el Monte hojas de oro, y le dijo:

-Adiós, Monte hojas de oro.

-Adiós, Flor de Lipa -le contestó.

Y se fue a donde bailaba. Bailó toda la noche. Rompió siete pares de zapatos, y al canto 'e los gallos se vino.

Y entonces le dijo al padre que el lechón había quedado durmiendo. Y el Rey se vino, le sacó el cuero y lo puso en la pader -ése era el trato.

—214

Y como los hermanos mayores no volvían, salió el menor, Diego, a ver qué pasaba y a buscar trabajo.

Y Diego pasó donde la abuelita a pedirle alojamiento. La abuela le dio alojamiento. Él le preguntó por los hermanos y la abuelita le dijo que habían ido a buscar trabajo a la casa del Rey. Cuando era la hora de cenar le dice si quería rezar o cenar primero, y él le contesta:

-Recemos, abuelita, que para cenar hay tiempo.

Entonces rezaron primero y después cenaron. Y entonces la abuelita le dijo que los hermanos se habían ido donde el Rey y que el Rey daba ese trabajo, y que los hermanos estaban empaderados porque se habían dormido. Y entonces le dio un consejo. Le dijo que fuera y le hiciera el trato al Rey. Que Flor de Lipa lo iba a evitar a cenar y que le iba a dar una copa de vino. Que no lo tomara. Que hiciera como si lo tomaba y se lo echara por el cuello, por abajo, por acá, para que se cayera al suelo. Y que se botara al suelo como durmiendo. Y que mirara a Flor de Lipa lo que hiciera y que él hiciera todo, todo lo mismo que ella hacía.

Y él fue donde el Rey. Y el Rey le dijo que si él descubría donde iba la Princesa se casaba con ella y si no le sacaba el cuero y lo empaderaba. Y él aceptó.

Flor de Lipa lo invitó a cenar y le dio la copa de vino con durmidera. Él hizo como le dijo la abuelita.

Cuando Flor de Lipa lo vio dormido se fue atrás de los yuyos, en los chuicos. Él se fue atrás de ella. Flor de Lipa se revolcó en los chuicos y dijo:

-Lechón para mi papá.

Se convirtió en una pata, y se voló.

El joven se revolcó también en los chuico y se convirtió en un pato y echó a volar atrás de la pata, pero a la distancia, así no lo vía ella.

—215

Flor de Lipa pasó por el Río de Mar de Plata, y dijo:

-Adiós, Río Mar del Plata.

Y el río le contestó:

-Adiós, Flor de Lipa y toda tu compañía.

Y ella dijo:

-¿Cómo me dice y toda tu compañía, si el lechón ha quedado durmiendo?

Pasó por el Monte hojas de oro y le dijo:

-Adiós Monte hojas de oro.

El Monte le contestó:

-Adiós, Flor de Lipa y toda tu compañía.

Y ella se sorprendió otra vez porque miraba y no vía nada, y el joven que la cuidaba había quedado durmiendo.

Flor de Lipa llegó al baile y se puso a bailar y después fue a cenar. Y el muchacho se fue y se puso detrás de la mesa, escondido. Y llevó unas maletas y puso todos los güesos de la cena en la maleta, y puso también los siete pares de zapatos que Flor de Lipa iba rompiendo en el baile.

Al canto 'e los gallos, Flor de Lipa se vino. Y él se vino de atrás para llegar junto con ella.

Cuando Flor de Lipa pasó por el río y por el monte, y los saludó, ellos le dijeron otra vez:

-Adiós Flor de Lipa y toda tu compañía.

Ella no sabía qué pensar porque no vía a nadie. Llegaron a la casa del Rey. Se revolcaron en los chuicos y se hicieron cristianos otra vez.

Entonces el joven le contó al Rey donde iba Flor de Lipa, y que bailaba y cenaba con los diablos, y le hizo ver los güesos y los zapatos rotos. Flor de Lipa dijo que todo era cierto. —216Entonces el Rey le dijo que se casaba con la hija de él, con la Princesa. Entonces el joven le dijo que si le hace sacar los hermanos que 'taban empaderados y después le hace sacar todos los chuicos que 'taban áhi, que se casaba con su hija, mientras de eso, no. El Rey le dice que sí, que le sacaba los hermanos y los barrocos esos que tenía Flor de Lipa.

El Rey hizo todo lo que le pidió el joven y la niña ya se salvó de ese mal y se casó con el joven.

Se casa el joven con Flor de Lipa y va y busca a los padres y los trae a la casa de él. Y todos viven juntos, y la señora y los hermanos, y todo. Y se acabó el cuento.

Yolanda del Carmen Parada, 24 años. Chos Malal. Neuquén, 1960.

Aprendió el cuento del padre, Victoriano Parada de 56 años, de El Cholar, Neuquén.

Nota

El cuento de la Princesa o de la doncella que gasta siete pares de zapatos misteriosamente todas las noches, tiene poca difusión en Europa; no ha sido documentado casi en los pueblos de la Rumania. Aunque no conocemos versiones de España, con su tradición ha venido a América; lo atestiguan las versiones recogidas en Chile y las que aquí damos de la Argentina. Las versiones y variantes de nuestro grupo contienen los siguientes motivos:

A. Una Princesa o una doncella es ofrecida por el padre en casamiento a quien descubra el secreto que encierra su gasto de siete pares de zapatos por noche; si no lo descubre se lo mata.

B. Después del fracaso de varios jóvenes, aparece el héroe, quien, por diversos medios mágicos, en forma invisible, sigue a la joven en un curioso viaje nocturno, por el aire, —hasta el lugar lejano en donde se reúne con demonios y brujas, baila toda la noche y rompe los siete pares de zapatos.

C. Al día siguiente descubre el secreto ante el padre, presenta pruebas y casa con la niña.

Es el Tipo 306 de Aarne-Thompson. Ver el estudio de Pino Saavedra, I, p. 373.

Las dos hermanas rescatadas por su hermana menor. La cámara prohibida
1 versión

Cuento 870

870. El mano de oro

CORRIENTES

Había un señor que tenía tres hijas muchachas.

Un día dijo:

-Yo voy a salir, hija.

Y cortó tres gajos de albahaca de la India. Y dio a cada una un gajo de albahaca. Y le dijo:

-Esto es si usted van a tener mala suerte, se va secar el gajo para cuando yo vuelva. Si van a tener buena, no.

Hacía diez días que se jue. Apareció un joven lindo, una tarde. Pidió

posada a las chicas. La más vieja no quería dar posada al joven. Y la menor de toda dijo que era una imprudencia.

-Yo le voy a decir que quede al galpón -dijo.

La otra hermana se enojaron, pero el joven quedó al galpón.

Depués ella le vino una idea. Que ese hombre podía tener un mal pensar con ella porque son tre chica sola y entonces dispuso de agarrar una costura y se puso a costurar de noche. Las demás hermanas dormían juerte. Y ella con el recelo estaba cosiendo. Sintió un golpe a la puerta. Vio una mano que destrancaba ya la puerta. Ella bajó un cuchillo, —222un machete, y le corta la mano del que 'taba destrancando la puerta. Ella era de coraje.

El hombre desapareció, pero dijo:

-Me la han de pagar -eso oyó ella.

Ella no le contó ni a su hermana lo que hizo. Agarró la mano, temprano, y enterró en el jardín.

Se levantaron las demás. No 'taba el hombre. Le preguntaron a ella, como ella se levantó tan temprano, si no vio qué hora salió. Ella dijo que no.

-Pero mi albahaca se secó -dijo.

-Papá nos va a castigar a todas -dijo asustada la mayor.

Ella dijo:

-No es nada. Vayen ustedes por delante con la albahaca y yo más atrás. Y prestemé el de usté, que le voy a mostrá el de usté a papá.

Las demás por no castigarse ella, acetaron así.

La niña menor pensó que ese joven por arte le había hecho secar la albahaca. No era güeno eso. Pero no quería decir, porque ella le cortó la mano.

Todos los días miraban para donde fue el padre.

Un día de tardecita vio que venía. Y salieron a encontrale. Y la más joven salió más atrás para poder hacer el cambio de mano. El viejo contento con las tres hijas dijo:

-Bueno, ustedes tendrán suerte.

Poco día depués apareció un hombre con una mano de oro, de un lado. La que ella le cortó.

Él se jue y se mandó poner una mano de oro.

—223

Llegó de tarde y pidió posada al viejo. Ya 'taba el padre. El viejo tan contento que llegó una persona, le dio posada. La chica que le cortó la mano le conoció, pero ni la hermana sabía, ni el padre, ni nada.

Y entonces cenaron todo contento, pero la muchacha que le cortó la mano no jue a la mesa.

El mozo le dijo al viejo que buscaba novia, por eso salía a pasear por ahí. Y que si una de las hijas de él quería casarse que él se casaría. El viejo dijo que sí. Llamó la tre hija y preguntó:

-¿Con quién querés casate?

-Con la má joven -contestó el joven.

Dice ella:

-No puedo casame con usté.

Preguntó el padre:

-¿Por qué, hija?

-No es de mi agrado -contestó la chica.

Antonce le dice el viejo al joven:

-Casate con la más vieja -que ya tenía edad de casamiento.
Esa acetó. Se casó. Estuvieron unos días en la casa del suegro. Muy contento, muy bueno él con las cuñadas. Despué armaron viaje y se jueron.
-Dentro de quince día -dice el joven- he de venir a buscar una de mis cuñadas.
-Bueno -le dice el suegro.
Volvió a llevar a otra de las cuñadas. Se fue la del medio.
Le llevó lejo. Le hizo unas preguntas. Y le dice:
-¿Usté se acuerda cuando pedí posada y ustedes me cortaron la mano?

—224

Le dijo que recordaba cuando pidió posada pero que ella no era la que le cortó la mano.
Y entonces él dijo:
-Pero, bueno, ya me la van a pagar. Y ya me la están pagando.
Se agachó a llorar la chica. Y le dijo:
-Canalla, usté me está judeando¹¹⁹. Y a mi hermana, quién sabe usté qué le hizo.
Él le dijo a ella:
-Nada, pero me van a devolver mi mano.
Le llevó lejo adonde había mucha pieza pero toda cerrada. Sólo la pieza para ella 'taba abierta. Y la llama a la hermana, y nada, y vacía la casa.
Él le dijo:
-Quedate aquí. Mientras no me devuelva la mano no vas a ir.
Le dio muchas llaves de las piezas que 'taban cerradas y le mostró todas las piezas y le dijo:
-Esta pieza no me vaye abrir -y le dio una llave chiquita de esa pieza.
-Porque si usté abre yo voy a saber.
Todos los días él salía y venía tarde. Y le castigaba y le pedía la llave.
Cuando él salía ella sentía unos gemidos en esa pieza que nunca abría.
Ella dijo:
-Quién sabe no es mi hermana -y jué y abrió la pieza.
Y áhi, en esa pieza, encontró la hermana muerta. Y un joven que 'taba mal, mal, degollado y hablaba. Y ése es el que gemía. Bueno, ella le curó al joven y jue mejorando.

—225

Volvió él y miró la llave. Y encontró una gota de sangre. Bueno. Y le dice él:
-Usté abrió la pieza que le dije que no abriera nunca. Y la mató a ésa y la tiró en esa pieza.
Y dijo:
-Bueno, yo voy a traer a la otra su hermana. Y la mataba toda y el viejo pavo iba dejando.
Entonces él jue y trajo la otra cuñada. El viejo confiado porque él le llevó mucho regalo. Y él le dijo al padre que dejase ir esa hija que las otras hermanas tenía mucha gana de verla.
La chica le dijo al padre:
-Bueno, papá, me voy, pero jamás voy a volvé.
-No sea tonta, si tu hermana 'tán bien, muy prontito van a volvé la tre
-dijo el mano de oro.
Ella agarró un rosario y se va con el mano de oro.

Él le llevó a la misma distancia que la otra. Le bajó y le preguntó de la mano. Ella le dijo:

-Su mano 'tá en el jardín. Yo jui la que le corté. Antonce él le alzó y le llevó hasta la casa. Le entregó todas las llaves. Y le dijo que esa pieza no le abriera, donde tiene el secreto de lo cadáver.

-Porque si abrí, a lo tre día te voy a matar. Él salía todo lo día como de costumbre.

Ella jue y abrió la pieza. El mozo que curó la hermana, esa hermana que mató el mano de oro, estaba casi sano. Y habló mucho con ella. Y él le dijo:

-Yo soy hijo del Rey. Si usté me salva yo me caso con vos.

Ella jue y agarró el rosario y rezó. Y rezaba todo el día. Andaba por toda parte de la casa rezando y agarraba la cruz del rosario.

—226

El mano de oro era el diablo. Él no podía volver porque ella rezaba y él tenía miedo de la cruz del rosario. Ella resucitó la do hermana y le hizo llevá a la casa.

Y ella le salvó al joven. Y le dijo que se fueran que ya 'taban salvado.

Bueno... El día que ella le llevó al joven, pasaba tres carros llenos de leña. El joven conoció los carros, que llevaba siempre leña al palacio del padre. Y le pidió que lo llevase a lo do.

Y el mano de oro venía por el camino, porque él sabía todo, y le atajó a lo carrero. Le ofertó, pero mucha, mucha cantidá de plata por ese carro.

Áhi iban lo jóvene. El carrero casi se lo da, pero ella sacó el rosario y rezó y el mano de oro no volvió en el carro. Y el carrero le llevó hasta la casa del Rey, en el pueblo.

Descargaron la leña y sacaron el hijo del Rey y la muchacha que le salvó.

El joven había estado en encanto por el diablo.

Y vino el Rey y la Reina y todo contento 'taban en el pueblo.

Le pidió el mozo a lo padre que él iba a casarse con esa chica.

Concedieron lo padre, muy contento.

Pero el mano de oro siguió a lo do jóvenes para matarlo. ¡Que se le escapó, po!

Por todo lado ponían guardia lo Reye porque sabía que ése iba a matar el hijo y la niña.

Hasta que al fin se casó el joven con la gurisa¹²⁰.

Criaron un perro bravo para vigilar la casa. Tenían un sirviente que cuidaba el perro. Un día en l'asquina se —227encontró con un hombre y le trateó el perro. Él pensó un poco y como era mucho el dinero vendió el perro. Le prometió el comprador matar el perro y entrar adentro y hacer vivir el perro otra vez. Él acetó todo.

Y llevó el perro otra vez vivo a la casa del Rey. La dueña miró el perro y ve la panza grande del perro y estaba el otro adentro. Y le dice al sirviente:

-Pero, ¿qué comió el perro que 'tá tan grande la barriga del perro?

-El hígado que le di -dijo el sirviente.

¡Mire que hígado tenía adentro el perro!

La señora llamó el esposo y le dijo lo que pasaba.

-Mire este perro. Está el Mano de Oro adentro.

Y no creía el esposo. Ella adivinaba porque era muy viva.

El perro dormía entre la do cama y ella esa noche mandó poner muchos cascabel por la cama de él y de ella. Y le dijo a los guardias que cuidase esa noche, que algo malo iba a suceder.

Y jue a la medianoche. Sintió que tocó la cama y hizo ruido. Era el Mano de Oro que salía de adentro el perro para matarlo a lo do con revolve en mano. Ella, como era que siempre tenía el rosario, agarra el rosario y grita a la guardia. Y vinieron y le agarraron al Mano de Oro y lo quemaron en la plaza a él y al sirviente para que hubiera ejemplo de esa historia. Y quedó de esposa del hijo del Rey. Y todo le quería mucho porque le había salvado al hijo del Rey. Así el diablo murió y no hizo mal a otra gente.

Narcisa Ramírez de González, 48 años. Yapeyú. San Martín. Corrientes, 1952.

Mujer originaria del lugar. Curandera de fama. Muy buena narradora. La sintaxis de la narradora es la de muchos bilingües (guaraní-español) de la región, como lo es ella.

—228

Nota

Nuestro cuento contiene, entre otros, los siguientes motivos:

A. Tres hermanas caen en poder del diablo, que se presenta a la casa como un huésped joven y las pretende. Casa con la mayor, pero vuelve a llevar, como invitadas, a las cuñadas, una después de la otra.

B. En la casa, el diablo les prohíbe la entrada a una habitación secreta, aunque les entrega las llaves. Las dos mayores abren la habitación y encuentran a otras víctimas del diablo. Son descubiertas porque en la llave aparece una gota de sangre. Son muertas y arrojadas al mismo recinto.

C. La hermana menor, a su turno, abre también la habitación, resucita a sus hermanas y desencanta al hijo del Rey que el diablo tenía ahí en encanto y herido. La doncella tiene en su poder un rosario y con la cruz aleja al diablo.

D. Todos vuelven a sus casas. La joven casa con el hijo del Rey y el diablo es derrotado en un último intento de hacer mal.

El cuento es poco común en nuestra tradición. Corresponde al Tipo 311 de Aarne-Thompson y tiene algunos motivos del 312.

—[229]

Belleza del Mundo. Blanca Flor. La fuga mágica
13 versiones y variantes

Cuentos del 871 al 888

871. Las tres palomas hijas del diablo

SALTA

Resulta que era un muchacho de veinticinco años que no tenía ningún vicio. Había muchas tentaciones, pero él no se dejaba dominar por ninguna. Pero en una ocasión vinieron unos amigos, le enseñaron a jugar y él aprendió muy bien. Que ya en ese lugar no le quería jugar nadie porque les ganaba a todos. Y al ver que nadie le jugaba si aburrió, agarró una alforja y la llenó de plata -plata blanca¹²¹ era la que corría en ese tiempo-. Ensilló una mula de las mejores que tenía y dijo antes de salir:

-Si al diablo lo encontrara, al diablo le jugara.

Y cuando caminó más o menos seis leguas de la casa, encontró un señor que iba montado en una mula blanca y se saludaron. Caminó un trecho y lo encontró al mismo señor por segunda vez y lo saludó en la misma forma. Caminó otro trecho y lo encontró. La tercera vez ya lo habló. Le dijo el hombre al joven que qué había dicho al salir de su casa. Y él le dijo que no si acordaba. Y entonces él pensó hasta que si acordó que había dicho que si al diablo lo encontrara, al diablo le jugara.

—232

Y el hombre le dijo que él era el diablo y que se pusieran a jugar. Y jugaron. Y le ganó el diablo al joven todo el dinero que llevaba. Y siguieron jugando y el diablo le ganó la montura chapada y la mula. Le ganó todo. Y al verse perdido, el joven le dijo:

-Le juego mi alma.

Y le ganó el diablo hasta el alma.

Y le dijo el diablo al joven que le devolvía la mula ensillada y la plata, que tan sólo él quería el alma. Y le dio plazo de un año que vaya a un sitio que se llamaba La Laguna del Pan, donde lu iba a esperar pa que le entregue el alma. Que tomara la dirección donde nacía el sol. Y así hizo el joven.

Al año, el joven se encaminó por ese camino. Caminó mucho y al fin llegó a una casa ande vivía una viejita. Le preguntó dónde quedaba esa laguna. Le contestó la viejita que ella no sabía, pero iba a averiguar a los hijos.

-Tal vez mis hijos sepan de esa laguna -dijo.

Hizo sonar una caja¹²² y los hijos de ella, que eran las aves más pequeñas, vinieron. Preguntó y preguntó a los hijos y ninguno sabía de la laguna ésa.

Y le dijo la viejita que siga el camino más adelante, que vivía una hermana de ella, que tal vez ella supiera de esa laguna.

Siguió caminando el joven y llegó después de varias semanas a esa casa. Y preguntó de La Laguna del Pan. Y le dijo la viejita que ella no sabía, que tal vez los hijos lo sabían. Y agarró una quena¹²³ y se puso a tocar hasta que —233llegaron los hijos, que eran las aves medianas. La viejita preguntaba a todas por la laguna y ninguna sabía. Después le dijo la

viejita que siga su camino. Y que iba a encontrar otra amiga. Siguió el joven caminando y llegó al cabo de una semana a esa casa. Y le preguntó a la viejita dueña de casa si sabía dónde 'taba la Laguna del Pan. Y le dijo que ella no sabía, pero que tal vez los hijos sepan algo. Los hijos eran las aves grandes. Agarró una campana y llamó varias veces. Y empezaron a llegar las aves de toda clase: cuervos, caranchos, águilas, cóndores, halcones. Y faltaba una águila rial. Y la esperaron un buen rato. Y por fin llegó. Y le preguntaron si conocía la Laguna del Pan y le contestó que casualmente venía de ahí, que quedaba muy lejo. Y entonces el joven le dijo a l'águila si lo podía llevar. Y le dijo l'águila que era imposible volar con él tan lejo, porque le faltaría de comer. Y él le dijo que no había inconvenientes. Compró un cordero gordo pa que comiera en el camino l'águila.

Cuando tuvieron todo pronto, emprendieron el vuelo. Y caminaron un día. L'águila se comió la mitá del cordero. Siguieron volando y l'águila se comió la otra mitá. Le faltaba volar toda una mañana, a las doce tenían que llegar, y ya no tenía comida. Entonces l'águila le dijo al joven que no podía volar por falta de comida. Y el joven se cortó una rebanada de una pierna y le dio de comer. Y llegaron a las doce a la Laguna del Pan. Áhi lo dejó l'águila.

Antes de irse l'águila vomitó el pedazo de pierna y se la puso al joven, en el mismo momento se curó y quedó como si no se hubiera cortado nada. Le dijo entonces l'águila, que ella quería salvarlo y que le iba a contar lo que áhi pasaba para que se defendiera.

-Hay acá tres palomas que se vienen a bañar en esta laguna. Son tres niñas convertidas en palomas. Son las —234hijas del diablo. Las dos mayores son perversas, pero la menor es de güen corazón. Tenía que hacerte amigo de ésta, que ella te va a salvar. Se llama Turquía. Cuando s'entren al agua, le tenís que agarrar unas plumitas de la menor y así ella te va a encontrar, cuando busque sus plumitas. Y l'águila se despidió y se fue. Y él se quedó esperando cerca de la laguna. Al fin llegaron las tres palomas. Se sacaron las plumas y se convirtieron en tres niñas y s'entraron a l'agua. El joven s'escondió cerca de donde dejaron el plumaje. Mientras ellas se bañaban, él escondió tres plumas de la menor. Se bañaron las niñas y salieron. La menor echó de menos las plumas y se quedó buscandolás entre los pastos. Como eran perversas, las otras dos no la esperaron. Cuando se fueron ellas, se le apareció el joven y le habló a la chica. Entonces él le contó todo a la niña y le dijo cómo había llegado a ese lugar tan lejos para entregar el alma. Ella le dijo que el padre estaba en la casa y que esperaba a un joven, que era él. Y s'hicieron amigos con la niña, y ella le prometió salvarlo. Y le dijo que la llamara Turquía, y que cuando la necesitara dijiera su nombre y ella s'iba aparecer, y se dispidieron.

El joven se presentó ante el diablo. El diablo, que no creía que él viniera, le dijo que por primera vez cumplían una orden de él. Le dijo que por eso le perdonaba la vida y no lo mataba. Que lu iba a mandar a hacer algunos trabajos y que si los hacía bien lu iba a perdonar del todo. Le dio semillas de zapallo, de sandía y maíz y le dijo que las sembrara y que para las doce del día, que traiga zapallos y sandías maduras y choclos. El joven se puso a llorar. Cómo iba a trair eso; di ánde iba a sacar eso.

Y tanto llorar si acuerda de Turquía, la nombra, y ella se presenta. Él le contó el trabajo que tenía que hacer y ella le dijo que no era nada, que si acueste a dormir, que en seguida —235ella le iba a trair. A la hora se despertó y encontró los zapallos, las sandías y los choclos. El joven fue y le llevó al diablo todo. Y le dijo el diablo que 'taba muy bien, que descansara para mañana.

Al otro día temprano le dijo que le tenía que trair el anillo que perdió el padre de él, junto del mar.

Entonce se jue el joven más apenado que nunca. Se puso a llorar y si acordó de Turquía. Y la llamó y si apareció al momento. Le preguntó qué le pasaba y le dijo que lo había mandado el diablo, que buscara el anillo que perdió el padre. Ella le dijo que no si aflija, que ya l'iba a trair un polvito que le indicara dónde 'taba el anillo. Trajo un cartucho con polvos. Y le dijo que siguiera un camino hacia el mar y vaya largando el polvito ése por el camino. Donde caiga todo el polvo, que cavara. Y hizo así. Fue por el camino y en una parte cayó todo el polvito del cartucho. Áhi se puso a cavar y encontró el anillo. Y sacó el anillo. Y se fue a ver al diablo. Le entregó el anillo. Y le dijo que descansara para mañana, que tenía otra misión.

Al otro día lo llamó y le dijo que fuera a buscar la guitarra di oro, cuerdas de diamantes y clavijas de plata que perdió el agüelo de él en la orilla de la mar, que le daba dos días de plazo.

Y salió más triste que nunca. Se fue muy triste, y llamó a Turquía y le dijo la misión que tenía que cumplir. Ella le dijo que era muy difícil encontrar esa guitarra, pero que iba a hacer todo lo posible. Clavó un cuchillo en la orilla del mar, y le dijo que cuando la sombra del cuchillo llegue a las aguas del mar, que se largue él para el mar, porque ya no había esperanzas de encontrar la guitarra. Y ella se fue a buscarla. Ella anduvo mucho. Preguntó a toda clase de animales. Dentró al mar, preguntó a los peces. Y después de mucho averiguar, uno solo le dijo que había visto la guitarra di —236oro, en un reinato abajo del mar. Y ella se fue a buscarla áhi, que era muy lejos.

El mozo taba mirando la sombra del cuchillo, y 'taba desesperado porque pasaba tanto tiempo sin noticias de la niña y la sombra ya faltaba muy poco para que llegara al mar. Ya se iba a largarse al mar, cuando alcanzó a ver sobre las aguas una llamita. Y era la guitarra que venía a flote de agua, la traía ella. Y el joven se puso muy contento al verla llegar con la guitarra. Y áhi se saludaron muy contentos los dos. Y le dijo ella a él si la quería. Y él le dijo que sí. Entonce le dijo ella que le cortara un pedacito de un dedo, de estito¹²⁴, el dedito chico. Y él no quería por nada, que cómo le iba a cortar el dedo. Entonce ella le esplicó por qué. El padre le iba a vendar los ojos a él, y a las tres niñas las iba a poner al frente para que él elija por esposa a una. Entonce así él podía reconocerla a ella por el dedito cortado. Y entonce él le cortó la punta del dedo. Y se fue con la guitarra a presentarse ante el Rey diablo. Entregó la guitarra, y él le dijo que estaba muy bien.

Y después lo llamó y le dijo:

-Ahora te casarás con una de mis hijas.

Le vendó los ojos a él y a ellas las hizo poner al frente. Él tenía que elegir la que le gustara. Él les tocaba las manos a las tres hasta que dio

con la menor.

Entonce los llevó a la orilla del mar a casarlos. Y entonce el mar se embraveció y lo llevó al diablo. Y el joven quedó dueño de todo y con el reinato. Se salvó él y se salvó la niña.

Alfonso Barrios, 31 años. Finca del Rey. Anta. Salta, 1952.

—237

872. La Belleza del Mundo

JUJUY

Antes había reinados.

Antes había también unas cosas secretas, unas cosas que eran de encantos y de brujerías.

Había un punto que había puramente brujos, pues. Y se había costiau rodando tierra, un joven, hasta ese punto, buscando trabajo. Y viene y se da con la casa de unos brujos. Y éstos habían tenía una hija. Y esa hija se llamaba Clara. Entonce llega el joven y cuando la ve a la niña que le llamaban Belleza del Mundo, porque era tan linda, se enamora de ella y ella se enamora del joven. Buen mozo, dicen que era el joven.

Bueno, resulta que esta vieja sinvergüenza y el viejo brujo, le dicen, ya con mala intención:

-¡Cómo no! Hay trabajo para usted. Su trabajo que va ser de sembrar.

-¡Cómo no! -dice el joven.

-Mañana va a dar principio a trabajar, y hoy día descanse.

Bueno. Le dieron de comer. Durmió. Y al otro día temprano se levantaron los viejos, ordenando lo que tenía que hacer el mozo. Y le han dicho al mozo:

—238

-Bueno, usted va a sembrar en aquel cerro, aquella tierra. La va a desmontar, va a sembrar y nos va a traer los choclos para el almuerzo.

¡Ahí el joven se entristeció mucho. Eso no podía ser.

Pero la joven era más fina que los mismos viejos. De los dos brujos, o los dos diablos mejor dicho, tenía que ser ella la más fina. Y le ha dicho al mozo:

-No se le dé pena. No tenga pena. No se asuste. Mi papá y mi mamá siempre son así.

Agarró, si arrancó, y le dio que guardara un botón.

-No lo vaya a perder. Pongalo bien guardadito en su bolsillo del saco y prenda algo con alguna cosa, cosa que no se le vaya a perder el botón o se lo vaya a robar mi papá.

Se va el joven. Empieza a desmontar. Cuando él acuerda 'taba desmontando.

Agarra la yunta, ara, siembra. A las doce, justamente, están los choclos, de la clase más linda. Lleva los choclos y les dice:

Aquí 'tán los choclos.

Ya hasta se cocieron en el trayecto de que el joven llevaba los choclos.

-Ay, así nos gusta a nosotros un joven hacendoso como usted, ¿ve? Ahora, mañana, vamos a poner una huerta.

-¡Cómo no!, señor.

Tenía él ya el ayuda de la chica.

Bueno, se va. Al otro día llega y va a poner la huerta y justamente llega con toda clase de frutas a la hora del almuerzo, pa que se sirvan la vieja y el viejo. Pero, así sucesivamente lo mandaban a hacer cosas que las hacia rápidamente el joven, y nadie sabía que la chica intervenía en eso.

La vieja y la chica sabían todo. La vieja ha dicho:

—239

-¡Ahora van a ver! Tenemos dos pichones, viejo -dice- para comer mañana. Los vamos a comer a la crema o al horno.

La chica le dice al mozo:

-¡Ah!, mi tata y mi mama, 'tán pensando que nos van a comer a nosotros. Van a comer miel de abejas¹²⁵, no a nosotros. Bueno, usté va ir y va atar al burro y va estar allá, lejo, en el monte. Yo voy a aprontar las alforjas.

Había echau en la alforja el peine, la polvera con polvos, unas tijeras, un dedal, cosas como ésas, y hilo, un carretel d'hilo. Cosas de comer. Y si había aprontau la chica. Dejó tres escupidas para que contestaran cuando ella no estuviera y se fue la chica.

La vieja la llamó para que se levantara y barriera la casa:

-¡Belleza del Mundo!

-¡Señora! -contestó la primera escupida.

-¡Belleza del Mundo! Levantate a barrer la casa.

-¡Señora! -contestó la segunda escupida.

Áhi 'tá barriendo -dice la vieja-. Belleza del Mundo, Clara, ¿'tás barriendo?

-Sí -dice la última escupida.

'Tá barriendo. Ya que tenga la casa bien barrida pa comerlos. Así nos vamos a dar el banquete los dos, con los muchachos. Ya los vamos a comer. Se levanta la vieja y se da cuenta de todo y se viene y le dice al viejo:

-Che, la chica nos ha hecho dormir con patas y todo a los viejos, y si han picado los dos en el burro.

—240

Ella iba en ancas y el joven manejando el burro, adelante. Y se largaron. Se levantó la vieja y no vio ni Clara, ni mozo, ni burro, ni nada.

-Ahora van a ver -dice la vieja-. Andá, viejo, y pillame al zaino, voy a darles alcance a estos pícaros, estos...

Y se fue la vieja. Ya los iba alcanzando y dice la chica:

-Allá viene mi mamá, che. Rápido tranformemos las cosas. Mirá, bajate di una vez.

Ya lo hizo al burro un árbol, al joven unas flores y unas ramas bien lindas y ella una paloma.

Llega la vieja. No vía nada de los muchachos. Y ya vio el árbol y dice la vieja:

-¡Ah, sinvergüenza, vos sois la que estáis arriba del árbol!

Y dice que la vieja si había subíu arriba 'el caballo pa yaparse¹²⁶ pa pillar la paloma. Si ha espantau el caballo, ¡amigo!, y la ha tirau a la vieja patas pa arriba. ¡Ah, bueno! Si ha mandau a mudar el caballo y la ha dejau di a pie a la vieja. Y áhi si ha vuelto. Y los changos si han mandau a mudar no más.

-¡Esa bandida! Tá hecha una paloma hermosa. Áhi 'taba arriba 'el árbol -le ha dicho la vieja al viejo cuando ha vuelto.

-El árbol era el burro, po, zonza, vieja zonza. Y las ramas y las flores eran el joven, y ella la paloma -ha dicho el viejo-. Yo voy a ir.

Se las echa el viejo.

—241

Ya los alcanzaba y ha dicho la chica:

-¡Allá viene el taita! Ahora vamos hacer un río al burro, y yo una mojarra y vos l'agua.

Llegó el viejo y dice:

-Te vuá pillar -y le tira un manazo a la mojarra y se cae, ¡amigo!, a la profundidá y se descogotó.

No volvió más el viejo.

La vieja ya supo que li había pasau ese percance al viejo. Quedó de luto.

Ya se va la vieja, ella, a alcanzalos.

Ya cuando la ve la joven, saca la bellota¹²⁷ y la caja con polvos y se la tira a la vieja, y se li hace una niblina, una melcocha. ¡Qué iba a ver!

Se le desapareció todo y la vieja no pudo cruzar y se volvió.

-¡Vuá volver! ¡Mañana la vuá volver a alcanzar! ¡La voy a volar!

Si había montau la vieja en una escoba y si había ido a ver si la podía alcanzar. Cuando ha llegau li han tirau un peine. Y el peine se li ha hecho un champal¹²⁸ a la vieja. Nu ha podíu pasar tampoco. Casi si ha agotado la vieja.

-¡Esta desgraciada! -decían-. ¡Cómo voy a pasar por allá! ¡Yo no voy a poder pasar!

-Bueno... Si ha aburrido, pues, la vieja, y ha dicho:

-¡Ah, que se vuelva lo que quiera!... ¡Ya 'tá muy lejo, que se vaya!, pero el que la lleva la olvidará -dijo como maldición.

—242

Bueno, ellos han seguido... Han dau con unos palacios del Rey. Y han parau en una casita del campo, ante de entrar al pueblo.

-Bueno, ahora qué hacemos ha dicho la niña.

-Yo me voy a ir a buscar trabajo -ha dicho el joven-. Usté se queda no más aquí en el campo hasta que vuelva.

Una vez en el palacio, el joven si olvidó de la chica. Pero la chica hizo un jardín precioso en la casita que vivía. Y crió una gallina y un gallo.

Y eran de virtú. Y la gente, al ver la gallina y el gallito y las flores preciosas fueron a contarle al Rey. Y el Rey fue a ver eso tan curioso. Y fue el joven, pues, que era asistente del Rey a ver esta novedá. En eso sale el gallo y la gallina conversando y empiezan:

-¿Ti acordáis gallito cuando llegastes a mi casa por primera vez y mis padres te dieron trabajos que vos no los podías hacer y yo ti ayudé?

-No mi acuerdo -decía el gallo.

-¿Ti acordáis cuando te decían que sembrís maíz y que llevís los choclos a las doce del día?

-No mi acuerdo -decía el gallo.

-¿Ti acordáis ya cuando mi madre y mi taita nos iban a comer y nosotros se himos disparau en el burro?

-Ya me 'toy acordando.

Y el joven s'iba acordando ya.

Y ya le dijo todas las cosas que le habían pasado y al fin li ha dicho:
-¿Y ti acordáis, por último, cuando te fuistes a buscar trabajo y te quedastes vos todavía, ayudado por mí, para que te diera un buen trabajo?

—243

-¡Ah, sí, mi acuerdo!

Y la ve a la muchacha y se va y le da un abrazo. Y que dice el Rey:

-¡Ah, entonces usted conocía a la chica ésta tan hermosa y tan linda! Hoy día se casan y yo soy el padrino.

Y en eso se casan y yo 'taba también en el baile, pues. Yo vi el casamiento y 'tuve en el baile, también, pues. Y me vine aquí después.

Sixta Castro de Guerrero, 53 años. Tilcara. Jujuy, 1968.

Buena narradora y muy imaginativa.

—244

873. Guimán

SANTIAGO DEL ESTERO

Diz que en una casa, un matrimonio tenía una niña muy bonita. Y diz que la madre la cuidaba muy mucho. Que en una piecita separaíta¹²⁹, diz que la tenía, pero al laíto¹³⁰ ande dormían el matrimonio. Que la niña era muy bonita, como no había otra. Que se llamaba Guimán. Y áhi diz que cada vez que se despertaba la madre, le llamaba a la niña para ver si estaba en su dormitorio. Que la llamaba varias veces, en la noche. Diz que no lo dejaba dormir al viejito, porque a cada rato decía:

-¡Guimán! ¡Guimán!

Y ella que le contestaba:

-Aquí estoy, mamita.

Y bueno, esta niña que era tan bonita, que encontró un novio. Y el novio que se quería casá con ella, pero diz que tenían miedo que la madre no la iba a dejar casar. Y él para que no la haga resentí a la madre que le había dicho que no le avise a la madre que él se está por casá con ella. Y que el novio era un joven muy bueno. Y que él le ha dicho a la niña cómo iban a hacer para casarse y que la mamita —245la deje casarse y no se oponga. Y áhi dice que la niña le ha dicho que iban hacer lo que ella dijiera. Y áhi dice que la niña dejó tres escupidas pa que contesten por ella. Y que han salido y han ensillado un caballo que daba un tranco de una legua. Y se han ido.

Que ya a la medianoche la madre lo¹³¹ ha llamado:

-¡Guimán! ¡Guimán!

Y que una escupida ha dicho:

-Aquí estoy, mamita.

Que ya más tarde lo ha vuelto a llamar:

-¡Guimán! ¡Guimán!

Y que la otra escupida más delgadita que decía:

-Aquí estoy, mamita.

Que el viejo la retaba a la vieja porque no lo dejaba dormir, y que ella le ha dicho que le parecía que la niña se le andaba por ir.

Y ya que a la madrugada la vieja volvía a llamarlo:

-¡Guimán! ¡Guimán!

Y que la voz de la última escupida ya era muy delgadita, y que agatas¹³² había dicho:

-Aquí estoy, mamita.

Bueno, que la vieja se ha sentado en la cama, y que ha dicho:

-Esa voz ya no es la de mi hija.

Que la desconocía porque era una voz muy delgadita. Y que el viejo se enojaba porque no lo dejaba dormir, y que la vieja se ha levantau no más.

—246

-¡Ay! ¡Ay! -que ha gritado la vieja-. Me han robado m'hijita. Ya no está en su camita.

Diz que había teníu la vieja una chancha grande, como ternero, y que era negra, y que de un tranco pasaba tres leguas. Y áhi dice que la vieja agarra un lazo y le pone medio bozal a la cucha¹³³ negra, y se monta hecha varón. Ha salido a buscar la niña. Que corría la chancha y que hacía ¡Cros!... ¡Cros!... ¡Cros!...

Diz que que el joven y la niña habían andado toda la noche, y que ya había síu la madrugada. Entó que le dice la niña:

-Mi mamita ya anda por alcanzarlos. Viene en la cucha negra que tiene el tranco de tres leguas.

-Y ¡qué vamos a hacer! -que dice el novio.

Entó¹³⁴ diz que la niña tiró un pañuelo blanco. Áhi dice que s'hizo una gran niblina. Que ha llegado la madre y que se ha perdido en el medio de la niblina y que no ha podido pasar. Nai¹³⁵, al fin ha podido pasar y que ya los iba alcanzando a la niña y al joven.

Y ya que la niña había tirau un peine, y que se había hecho un campo de espinas. Diz que la viejita no podía pasar. Que áhi andaba y andaba y la cucha se clavaba espinas. Nai, que al fin ha pasado y que los iba alcanzando a la niña y al joven.

La niña y el joven han visto que la madre iba llegando y le han tirau un espejo, y que se ha hecho un gran río. Que áhi la ha atajau el río. Y que la cucha quería pasar el —247río y casi la llevaba l'agua. Y diz que así estuvo mucho tiempo tratando de pasar y no ha podido.

Diz que en ese tiempo los novios se han casado en la otra banda del río y han venido, y la han abrazado a la viejita y le han pedido perdón. Y diz que la viejita lloraba porque le han llevau la hija, pero que al fin los ha perdonado y se han vuelto todos juntos.

-Nosotros himos hecho eso porque usted la mezquinaba tanto -que han dicho.

Y áhi vivieron todos muy contentos.

Manuela Emilia Sosa, 38 años. Villa Salavina. Salavina. Santiago del Estero, 1951.

Lugareña rústica, bilingüe quichua-español.

Variante del cuento tradicional con un final nuevo.

—248

CATAMARCA

Había una vez una viejita sola que tenía su hija chica que la cuidaba. Y le había recomendado:

-No llegués nunca hasta aquella casa que se ve allá a la distancia porque es de una mujer mala.

Era una bruja, la mujer aquella.

-Si te agarra te come -le decía siempre.

Eso le despertó la curiosidad a la criatura. Bueno, tenía un deseo tremendo de conocer esta mujer. Y un día resuelve salir. Y se va. Pero antes de llegar encuentra a la mujer buena que ella conocía. La hace entrar a su casa, y le dice:

-Vos vas a la casa de la bruja. Tené cuidado que te va a comer. Pero si querés ir llevá estas tres cosas.

Le da un atadito con ceniza, un peine y una tijera. Recomendandolé:

-Si la bruja te corre, tirá primero la ceniza hacia atrás, después el peine, y si te va a alcanzar, tirá la tijera.

Bueno, la chica sigue no más. Quería conocerla a la bruja. Llega hasta la casa. Nadie, todo en silencio. Golpea la puerta. Se abre la puerta de golpe y la bruja la quiere tomar del brazo a la chica, y ésta dispara. Era vivísima. —249Dispara... La deja atrás al principio a la bruja. Pero la bruja corre muy ligero y ya la alcanza, ya la alcanza, ya la toma, y ella se acuerda y le tira el atadito de ceniza hacia atrás, y se forma una niebla espesa que no le permite correr a la bruja porque tropezaba con los montes¹³⁶, las piedras... Pero ella tenía el camino claro hacia su casa y le saca una ventaja tremenda. Pero la bruja, que echa trancos largos y corre ligero, sigue tras la chica. Llega un momento en que ya, ya la alcanza, y ella tira el peine hacia atrás y se forma un cerco de pencas con espinas muy lagas. Le detienen la carrera a la bruja, mientras ella puede seguir disparando. Dispara hacia su casa, todavía lejos. Cuando la bruja consigue eludir el cerco de pencas y dispara tras la chica, llega un momento otra vez en que ya la alcanza, ya la va a tomar, y tira la tijera, tira la tijera para atrás y la tijera corta la tierra, forma un tremendo barranco que no le permite pasar a la bruja. Y ella dispara y al fin llega a su casa salvandose, gracias a la mujer buena que la previno contra la mujer mala, contra la bruja. El viejito ciego que me contaba este cuento en Las Tacanas, en Catamarca, decía que la mujer buena era la Virgen María.

Ernesto Gómez Molina, 72 años. Alta Córdoba. Córdoba (Capital de la Provincia), 1974.

Incluimos en este grupo este motivo de la fuga mágica, por ser el cuento de la Belleza del Mundo, en el que figura con mayor frecuencia.

—250

875. Blanca Flor

LA RIOJA

Que era un viejo y una vieja que tenían un solo hijo a quien le gustaba mucho jugar a la taba y chupar vino. Un buen día el hijo les dijo a los padres que le echen la bendición porque estaba por ir a rodar tierra. Los viejos no querían que se fuera, porque era el único hijo que tenían y se pusieron a llorar, pero éste insistió tanto que no tuvieron más remedio que echarle la bendición. Llegó el día de la partida y el muchacho al despedirse les dijo a los padres que toda la vida jugaría y que al que encuentre lo iba a desafiar, aunque fuese el mismo diablo.

Al poco andar se encontró con el diablo y lo desafió a jugar. Y el diablo le jugó, ganandolé todo lo que tenía, hasta la camisa. Como el muchacho le quedaba debiendo, para cobrarse la deuda lo llevó a su casa como pión. El diablo lo hacía sufrir mucho, dandolé trabajos imposibles de realizar y cuando no los podía hacer, lo amenazaba con echarlo al infierno.

El diablo vivía con sus tres hijas y una negra criada. Un día el diablo lo llamó al muchacho, le dio un pellón negro y un pan de jabón, y le dijo: -Lavame este pellón hasta que quede blanco como la nieve o sinó te mando al infierno.

—251

El muchacho obedeció y se fue al arroyo a cumplir la orden.

¡Lavaba y lavaba y el pellón siempre negro! A la hora de comer, el diablo le mandó a la negra criada, que llevara la comida al pión.

Y en el camino le salió la hija del diablo, que se llamaba Blanca Flor.

Blanca Flor le quitó la olla a la negra y se fue ella. Cuando llegó, el pión estaba llorando y la niña le pregunta:

-¿Por qué llora, joven lindo? Él le contesta:

-¡Cómo no voy a llorar si su padre me ha dado el trabajo de que vuelva blanco este pellón negro y yo no puedo! Ella le dice:

-No llore, joven, coma tranquilo, yo lo voy a ayudar. Cuando el muchacho terminó de comer, el pellón estaba como un capullo de algodón. Regresó muy contento y se lo entregó al patrón.

El diablo se enojó por haber sido burlado.

-Tomá esta pala, rompé el cerro y hacé pasar el agua para el otro lado, sinó te echaré el infierno.

Obedeció el joven y se fue muy triste pensando cómo iba a romper el cerro para hacer pasar el agua. Desesperado se sentó en una piedra a llorar. A la hora de comer, lo mismo que el día anterior, Blanca Flor le quitó a la negra la comida y se la llevó ella. Como lo encontró al joven llorando, le preguntó:

-¿Por qué llora joven lindo? Él le contesta:

-Cómo no voy a llorar si su padre me ha dado el trabajo que rompa el cerro para hacer pasar el agua al otro lado, y no puedo.

—252

Ella le dice:

-No llore, joven. Coma tranquilo, yo le voy ayudar.

Cuando terminó de comer ya estaba corriendo el agua por el cerro.

Se fue muy contento y le avisó al patrón.

El diablo, nuevamente burlado, resolvió darle un trabajo imposible de realizar y poder así echarlo al infierno. Llamó al muchacho y lo mandó, diciéndole:

-Tomá esta semilla de alfa¹³⁷ y esta otra de uva. Sembralas y a la tarde

me tenés un potrero alfado y una viña con uvas, sinó te echo al infierno. Se fue muy triste el muchacho y se puso a llorar, porque sabía que ahora no iba a poder hacer el trabajo y seguro lo echaría al infierno, en medio 'e las llamas.

A la hora de comer, lo mismo que en los días anteriores, Blanca Flor le quitó a la negra la olla con la comida y se la llevó ella. Como lo encontró al joven llorando, le preguntó:

-¿Por qué llora joven lindo?

Él le responde:

-Cómo no voy a llorar, si su padre me ha dado esta tarea que no puedo hacer.

Le cuenta lo que le mandó hacer el diablo. Ella le dice:

-No llore joven, coma tranquilo, yo le voy a ayudar.

Cuando acabó de comer ya estaba el potrero bien alfado y una hermosa viña con las uvas pintonas. Se puso muy contento y se fue a avisarle al patrón.

Al ver el diablo que no le podía ganar, le ofreció una hija para que se case.

La Blanca Flor, que lo quería mucho al joven, le dijo que el padre le iba a poner tres palomitas para que elija —253una y que ella iba a estirar una alita, para que la elija a ella. Y así fue.

El diablo puso tres palomitas y una estiró la alita y el joven la eligió y ésa era Blanca Flor. Y con ella se casó y fueron muy felices. Tuvieron muchos hijos y se murieron de viejos.

Aquí se acaba este cuento. Que mi mamita me cuente otro.

Josefa Páez, 52 años. Distrito Pueblo. Sarmiento. La Rioja, 1950.

Originaria de la región. Muy buena narradora.

Este cuento es una recreación abreviada del cuento tradicional.

—254

876. Mira

LA RIOJA

Ésta que era una bruja que tenía una hija un punto más bruja que ella. Cierta día había llegado un joven del cual se enamoró la hija llamada Mira. Entonces la bruja se dio cuenta, porque le dijo al joven que para las doce que le dé uva de un sarmiento. El joven se puso muy triste, vino Mira y le dijo que no se ponga triste, que se acostara a dormir al lado del sarmiento y cuando se despierte iba a tener uva; y así fue, se despertó y le llevó uva a la bruja.

La bruja le dijo que para la noche le diera duraznos de un gajo de duraznero. El joven nuevamente estaba muy triste.

Vino Mira y le dijo que hiciera la misma operación, y el joven se acostó a dormir. Cuando se despertó, el gajo que se estaba ladiando de durazno.

Cortó los duraznos y le llevó a la bruja. Y así fue que no lo pudo matar la bruja.

En la noche le dijo Mira al joven que la robara, pero primero que le corte los garrones a la chancha de la vieja, que tenía un tranco de diez leguas.

El joven de apurado le cortó una.

Cuando salieron de viaje, Mira dejó tres escupas¹³⁸ en la cama y se fueron.

—255

La bruja, eso de la media noche, le dijo a su esposo que la Mira no estaba. El viejo le dijo que ahí estaba. La bruja le pegó un grito:

-¡Mira!

Le contestaba la escupa:

-¡Mamita!

Se volvió acostar la bruja. Al alba se volvió a despertar la bruja.

-Viejo, Mira no está.

El viejo le dijo

-Pegale un grito.

La bruja le gritó:

-¡Mira!

-¡Mamita! -le contestaba la otra escupa.

El viejo dijo:

-Has visto, vieja zonza, que áhi'tá Mira.

Se volvió acostar la bruja y eso al amanecer se despertó la bruja y dio un grito:

-¡Mira!

-¡Mamita! -le contestaban las escupas.

Se levantó la bruja y se fue a la cama de la Mira y vio que no estaba.

-Has visto, viejo, que la Mira se disparó; andá a seguirla, ensillá tu caballo y seguila.

Cuando iba cerca, Mira se dio cuenta y le dijo al joven:

-Papá viene alcanzandolós. Bueno, vos te vas hacer el cura, yo una virgen y el caballo una iglesia.

—256

Y así fue. Pasó el viejo por junto che la iglesia, se paró y pegó un grito:

-Cura, cura, ¿no has visto pasar unos pícaros?

El cura no le contestaba. El viejo enojado le dijo:

-Te podís ir a donde no te conozcan.

Pasó el viejo. Mira con el joven tomaron viaje.

-Papá ya vuelve. Ahora vos te vas hacer un jote, yo otro y el caballo una presa¹³⁹ seca -y así fue.

Vino el viejo, pasó por junto de la presa y se paró a ver los jotes, y dijo:

-Pobres diablos, qué pueden sacar de esos huesos secos. Pasó el viejo y se fue a su casa. Mira tomó viaje con el joven. El viejo llegó al la casa y le dijo a la bruja, que no alcanzó nada, nada más que había visto una iglesia, un cura, después unos jotes. La bruja le dijo:

-Esos son la Mira con el joven, andá alcanzarlos.

Y se fue el viejo de nuevo al galope. Los volvió alcanzar. Entonce ella y él se transformaron en un picaflor y el caballo en un jardín; pasó el viejo por junto al jardín. Bueno, como les iba contando, el viejo dijo:

-¡Ve, tan lindas las flores! -pero pasó apurado.

Siguieron viaje nuevamente ellos. Al poco rato le dijo Mira al joven:

-Papá ya vuelve, ahora vos vas a llevar un cántaro. El caballo va a ser el

cántaro y yo la olla.

Vino el viejo y se paró.

-Oiga, amigo, ¿no ha visto pasar unos pícaros por acá?

—257

Y el joven repetía:

-Llenate cantarito, llenate cantarito.

-Oiga, joven ¿no ha visto pasar unos pícaros por acá?

-Llenate cantarito, llenate cantarito.

El viejo enojado se fue a las casas. Llegó allá y Mira seguía viaje.

La bruja le preguntó:

-¿Y la Mira?

-No la he alcanzado.

-¿Y qué has visto?

-En un jardín, un zonzo que estaba llenando un cántaro y no me contestaba.

-Más zonzo sos vos que no le has quitado la olla; ésa es la Mira.

Y entonces se fue la vieja en la chancha, y ahí no más los alcanzó. Y entonces ella y él se convirtieron en peces y el caballo en una laguna.

Llegó la vieja. Le gritaba:

-¡Mira! -¡Mamita! -le contestaba de una punta la Mira.

La bruja se iba para la punta del lago y le gritaba.

-¡Mira!

-¡Mamita! -le decía, para la otra punta.

Y así la cansó a la vieja. La bruja enojada le echó una maldición, que a la primera que alguien lo abraza al joven, que él se olvide de ella.

Llegaron al pueblo del joven y Mira le dijo al joven:

-No vaya a abrazar a nadie.

Llegó a la casa y la abrazó a su madre, y ahí no más se olvidó de Mira. Y él había tenido novia y apenas llegó se —258quiso casar con la otra

novia. Y ya estaba listo. Y estando en el baile, antes de ir a la mesa, dijo Mira que la dejen hacer una prueba. Le aceptaron y entonces sacó una gallina y un gallo, y los hacía bailar. Dejaban el baile, y se decían:

-¿Te acuerdas gallito, cuando tatita nos iba alcanzando y el caballo se hizo una iglesia y yo una virgen y vos un cura?

-No me acuerdo -decía el gallito.

Seguían bailando. Se volvían a parar.

-¿Te acuerdas gallito cuando tatita nos iba alcanzando y vos te has convertido en jote y el caballo en presa?

-No me acuerdo -decía.

Seguían bailando los dos, se volvían a parar, y le decía la gallina al gallito:

-¿Te acuerdas cuando tatita nos alcanzaba y vos te has convertido en picaflor y yo también, y el caballo en jardín?

-Medio me estoy acordando.

Seguían bailando y volvían a pararse y le dijo:

-¿Te acuerdas gallito cuando mamita nos alcanzó y el caballo se hizo un lago y nosotros peces?

-Ya me acuerdo.

Y entonces salió el joven de adentro y la abrazó a Mira y dejó la otra novia preparada.

Pablo Aballay, 75 años. Quebrada del Vallecito. General Roca. La Rioja,

1950.

Lugareño originario de la región. Oyó muchas veces este cuento a su madre.

—259

877. Belleza del Mundo

SAN LUIS

Un día, había un joven trabajando en la casa de un matrimonio muy rico. Todos los días, a la doce, notaba él que la señora preparaba una oíta¹⁴⁰ con comida y la llevaba para adentro de la casa. Y él pensaba, ¿para qué será esto? Un buen día dijo:

-Voy a vigilarla a esta señora.

Y fue, y se escondió. Y ya vido que la señora habría una puerta de una pieza muy secreta y desaparecía la oíta con comida.

Por varios días el joven se escuende, y al fin logra entrar a la pieza oculta. Se encuentra con una niña tan hermosa como no había otra en el mundo. Ella se sorprende mucho de verlo, pero al fin le cuenta que la tienen encerrada porque era tan bonita, para que no se case con naides. Le dijo que se llamaba Belleza del Mundo. Entonces él le dio su palabra de que la iba a sacar de esa prisión, y que se iba a casar con ella para que viviera contenta y como ella quisiera. La niña le dijo que tenían que tener mucho cuidado porque la madre adivinaba todo.

—260

-No se te dé cuidado -le dijo él.

Ya se pusieron de acuerdo y el joven arregló todo para la huida.

Una noche trató el joven de sacarla. Entonces Belleza del Mundo dejó tres salivas en la paré para que contesten por ella cuando la llamen. Y salieron. El mozo ya tenía ensillado su caballo. Subieron y se fueron.

Al rato no más, la madre sueña que la Belleza del Mundo se le va.

-¡Viejo! -le dice al esposo-, ¡la Belleza del Mundo se los¹⁴¹ va!...

-¡No puede ser! -le dice el viejo.

-¡Sí! ¡Te digo que se los va!

Entonces la llama:

-¡Belleza del Mundo!

-¿Señora¹⁴²? -contesta la primera saliva.

Se vuelven a dormir, y vuelve a soñar la madre que se les va la hija. Lo despierta al padre, y la vuelve a llamar.

-¡Belleza del Mundo!

-¿Señora? -contesta ya más débil la otra saliva.

Se vuelven a dormir y vuelve a soñar la madre que se les va la Belleza del Mundo. Lo despierta al viejo, y él la llama:

-¡Belleza del Mundo!

-¿Señora? -contesta la última saliva, muy débil, porque ya 'taba casi

seca.

—261

Se vuelven a dormir y vuelve a soñar la madre que se les va la hija. Lo despierta al viejo, y la llama:

-¡Belleza del Mundo!

Y ya no contesta nadie.

-¿Has visto, viejo? ¡La Belleza del Mundo se los va! -dice la vieja, apuradísima.

Se levantan, y van y ven que la niña se les ha huído.

-¡Ensillá el caballo y alcanzalos! ¡La lleva un mozo, y se van a casar! No te vas a dejar engañar porque Belleza del Mundo es muy artilosa¹⁴³ y va a tomar cualquier forma para engañarte.

Salió el padre a seguirlos. Ya cuando los iba alcanzando, la Belleza del Mundo le dijo al joven:

-Mi madre lo manda a mi padre que los alcance. ¡Pero la vamos a engañar! Entonces ella hizo que el caballo se convirtiera en una planta, ella en una flor preciosa y el joven en un picaflor¹⁴⁴.

Cuando llegó el viejo vio esta planta y esta flor tan curiosa y tan linda, y el picaflor que la revoloteaba. Quiso cortar la flor, pero por mucho que se estiró no alcanzó. Ya no supo para dónde agarrar y se volvió.

Cuando llegó a las casas, le contó a la vieja lo que había visto, y ella le dijo que ahí lo habían engañado. Que el caballo era la planta, Belleza del Mundo la flor, y el joven el picaflor. Y lo volvió a mandar que siguiera a los jóvenes y que no se dejara engañar.

El viejo ensía¹⁴⁵ otra vez el caballo y vuelve a salir a perseguir a los jóvenes.

—262

Iban lejos los jóvenes, cuando la niña le dice al compañero que apurara, que el padre los venía alcanzando, que la madre le había dicho cómo se habían escapado ellos. Entonces, el caballo lo hizo que se hiciera una laguna, ella se hizo una patita y el joven un patito. Llegó el viejo, quiso meterse a la laguna y casi se áuga¹⁴⁶. Orilló y orilló por pasar, y no pudo. Entonces, ya cuando vio que nada podía hacer, se volvió dando por perdida a la Belleza del Mundo.

Cuando el viejo llegó a la casa y le contó todo, la vieja le dijo:

-¡Ah, viejo, ti han vuelto a engañar! La laguna era el caballo, la patita la Belleza del Mundo, y el patito el mozo. ¡Ah, hija ingrata! ¡Andá no más que el que te lleva ti ha de olvidar!

Siguieron viaje los jóvenes y llegaron al pueblo ande vivía el mozo. A la entrada, en la oría del pueblo, le dijo a la niña que la iba a dejar en el rancho de una viejita, hasta que él fuera a arreglar todo y recibirla bien. La niña entonces le recomendó que no se fuera a dejar abrazar con naides, porque se iba a olvidar de ella.

Llegó el mozo a la casa de los padres. Todos salieron a recibirlo y lo quieren abrazar, pero él no se deja. En eso viene un perrito que él tenía, muy regalón, y se para en dos patitas y lo abraza por las piernas, y en se momento se olvidó de la niña y de todo lo que había pasado.

Pasó el tiempo y el joven se puso de novio con una niña muy linda que conoció. Se preparó una gran fiesta y vino gente de todos lados. Llegó a la fiesta también la Belleza del Mundo. Traía un gaíto¹⁴⁷ y una gainita¹⁴⁸. Pidió permiso —263 para que vieran cómo hablaban, y en seguida le dijeron que sí, todos con mucha curiosidad. Pasó Belleza del Mundo, y adelante de los novios puso al gaíto y la gainita, y empezaron a hablar. La gainita le preguntaba, y el gaíto le contestaba:

-¿Ti acordás gaíto cuando me sacaste de ande me tenían encerrada mis padres para que no me casara con naides?
 -¡No mi acuerdo! -contestó el gaíto.
 -¿Ti acordás gaíto que cuando mi padre los venía alcanzando, el caballo se volvió un árbol, yo una flor preciosa, y vos un picaflor?
 -¡No me acuerdo! -volvió a contestar el gaíto.
 -¿Ti acordás gaíto que cuando mi padre los volvía a alcanzar, el caballo se hizo una gran laguna, yo una patita, y vos un patito?
 -No me acuerdo bien... pero medio me acuerdo.
 -¿Ti acordás gaíto que cuando los separamos te dije que no te dejaras abrazar con naides porque te ibas a olvidar de mí?
 -¡Sí, mi acuerdo!... -dijo el joven como si se despertara di un sueño.
 En el mismo momento el joven si acordó de todo y dejó la novia nueva y les dijo a los padres y a la gente que ésta era su verdadera novia. Contó lo que le había sucedido, que se olvidó de su promesa. Y con la fiesta preparada, se casó con la Belleza del Mundo.

Magdalena Bastilla de Muñoz, 23 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1939.

Aprendió este cuento de una tía, Isabel de Tovares, de más de 60 años, que sabe muchísimos cuentos.

La narradora tiene una gran memoria; es la rezadora de la comarca.

—264

878. Blanca Flor

SAN LUIS

Éste era un joven, que tuvo cierto trato con el demonio, y le dijo el diablo que tenía que ir a la casa de él, a tal fecha, más u menos. Pasaron los años. Un trato corto, ¿no? Entonces dice:

-Bueno, me tengo que ir a la casa del diablo. ¡Qué voy hacer!
 Charquió un animal. Bien salada la carne, bien preparado el charque. Porque tendría que andar mucho. Sabía algo. Más o menos el nombre le dijo, más o menos donde vivía. Se preparó y se fue con un bastimento para mucho tiempo. Llevaba de todo un poco, ¿no? Llega una tarde a una casa de una señora.

-Decidasé pa donde va yendo -le dice.

-No puede saber si yo no l'hi dicho.

-No, si yo sé. Usté va yendo a la casa 'el diablo.

-Sí, ¿quién li ha dicho?

-No, si yo soy adivina.

-No puede ser.

-Sí, ¡cómo no!, yo se lu hi dicho. Vaya a la casa de él. Basta que vaya allá, le va a dar una niña pa que se case.

—265

-¡Es cierto que sabe! -que dice-. Así es. ¿Y cómo si hace pa llegar allá?

-¡Oh!, es muy difícil. Porque acá cerca di adonde yo vivo, hay un arroyo. Tiene que pasalo a ése. Y nu hay quien pase esi arroyo. Tiene que pasalo a

ése. Y nu hay quien lo pase.

Son trabas que pone el diablo como para que no lleguen allá. Pero hay una facilidá. Áhi vienen las hijas del diablo. Son tres. Y las tres vienen hechas palomas. Y pasan para este lado. Y áhi se desvisten y se van y se ponen a bañarse en la oría del río aquel. Después que si han bañau, levantan vuelo y se van otra vez. Usté va y las espera. Saque la ropa de la más chiquita de las palomas. Ésa es la Blanca Flor, ¿no? Le escuende un zapato pa que se quede buscando el zapato, y entonce puede hablar con la niña ésta, sola. Y le pide que lu ayude, ¿ve? Le conviersa que li han ofrecíu una niña para casarse y le ruega a ella que lu ayude. Ella lo va ayudar. Ella es capaz di ayudar, las otras no. Las otras son diabras, no más.

Lu hizo así. Todas las semanas tenían un día que se venían a bañar las niñas. El día indicau se jue. Se dejó 'star tapau con basura por áhi, con yuyo. 'Taba bien escondido. Vio ande se sacaban la ropa una y otra. Entonce salieron del baño, se vistieron y se jueron, ¿no? Y dijo que li había ido bien. Había visto ande se sacaba la ropa la palomita más chica, ¿no? Y había indicau que tenían que volver otra vez las aves a bañarse. Ese día 'taba posesionau cerca, ande s'iba a vestir la palomita. Entonce, cuando 'tán bañandose, estiró la mano y le robó un zapatito, ¿no? Y se dejó 'star tapau con los yuyos, ¿no?

Entró a buscar los zapatos, ella. Se vistió y le faltaba uno, y buscaba, y las otras se fueron. Entonce cuando se fueron las otras dos, le dice:

-Mire, aquí 'stá el zapato. Yo se lu hi escondido. Y quiero que usté mi ayude porque tengo un trato con su padre, —266que basta que yo llegue a la casa de él, él me da una niña para que me case.

Dice:

-Bueno, yo lo voy ayudar. Si la cosa es así, yo me voy a casar con usté. Le pidió un anío, la niña, porque en la casa del diablo no había ninguno, ¿no?

Entós la niña le dijo:

-Mire, mi padre le va dar tres trabajos. Lo que le va dar que haga por primera vez, es que le va dar una espiga de maíz pa que se vaya, la desgrane y la siembre. Y al otro día, a la mañana a las doce, le tiene que traer choclos. Se va y la desgrana como le dije. Le va dar herramientas y la espiga nada más.

Entonce llegó.

-Pero, ¡caramba! ¡Así qui ha llegau mi amigo, a mi casa! -le dice el diablo.

-Sí.

-Me parecía que yo no más era diablo. El primer hombre que llega aquí, a mi casa.

-En cumplimiento de lo que me dijo, que me iba a dar una niña para que me casara, basta que llegara a su casa.

-Sí, amigo, así es. Pero usté me tiene que hacer tres trabajos.

Eran como le dijo la niña.

Se jue pa adentro y vino con una espiga de maíz.

-Tome. Usté la lleva a esa espiga de maíz y la va a sembrar en tal parte, en una vertiente que había, nada lejos de ahí -le dio una azada-. Y mañana, a las doce usté me va a traer choclos de este maíz mío.

—267

-Bueno, señor.

Se jue. Y entró a cavar despacito, con pocas ganas, un surquito. Y entonces le cae la Blanca Flor.

-¿Ya ha sembrau el maíz?

-No, voy despacito.

-Pero, apuresé. Haga rápido los surcos. Ya vengo yo a sembrar el maíz. Al ratito ya había preparado dos o tres surcos cortos, ¿no?

Y dele agua. Y dele riego a cada rato. Lo riega, y le corta l'agua y lo vuelve a regar.

Nació en seguida no más el maíz. Comenzó a crecer y a crecer. Esa noche no durmió nada, dele regar no más el maíz. Así que para las doce ya había granau, ¿ve? Cuando ya fueron bien las doce, echaron unas espigas hermosas. Cortó una buena brazada de choclos y le trajo. Llegó a las doce.

-Acá 'tán los choclos, señor -le dice muy contento.

-Sí, propiamente son de mi maíz estos choclos -dice el diablo.

L'hizo dar de comer.

-Mañana va a tener que hacer otro trabajo -dice-. Se va ir sesenta leguas di acá, le voy a dar un poco de trigo. Lo va a sembrar y va a traer pan, de la cosecha ésa.

-Muy bien, señor.

Ya li había dicho la niña que dijiera bueno, no más.

No le replicó nada, nada.

¡Distancia sesenta legua! ¡Cuándo llegaba el hombre! Le dio un atadito 'e trigo, ¿no?, y al otro día, tempranito, la azada y una bolsa pa que trajiera el pan.

—268

Y siguió viaje el joven. Al poco rato llegó la Blanca Flor hecha una paloma. Y lo levantó a él. En un momento 'tuvo allá.

-Bueno. Rápido cave tierra, mueva tierra. Yo vuá sembrá el trigo.

Movió tierra y sembró el trigo.

-Usté no me vaya a fallar con l'agua. Dele riego y riego y riego. Mañana temprano voy a venir.

Se fue la niña.

-Ya lo va a tener al trigo, y apuresé, y dele, dele.

Viene al otro día temprano la niña. Ya 'taba el trigo para recoger. Rápido marcó un horno la niña.

-¡Y junte leña acá!

Y en seguida a cortar el trigo. Y en un momento lo refregaba la misma niña y él. Y sacó unos pocos granos. Les rendía muchísimo, ¿no? Y formó una conana¹⁴⁹ y una mano. Y así que ahí lo conaron¹⁵⁰. Y sacó un poco de harina, bastante, en un momento, y ya lu amasó también la niña. El otro brasió¹⁵¹ el horno y echó una hornada de pan, chiquita, una hornadita poca, unos tres o cuatro pancitos, ¿no? Y en seguida 'stuvieron asaus, ya.

-Éstos los tiene que comer.

-No, qué voy a comer tanto pan.

-No, es que tiene que comer. Comaló.

-Pero si ya hi comíu.

Y la niña dele echar más pan al horno, en un momento.

—269

Y siguió corriendo. Y ya se va acabar todo.

-Bueno, ahora 'tamos bien -dice.

Y en seguida sacaron una hornada de pan que había que echarlo en la bolsa, ¿no?

-Levante su asado.

Y lo levantó rápido, no más. Y se fue. Y alcanzó a llegar un ratito antes de las doce, allá. (¿Y cómo hacía la niña pa salvarse de las otras, que no la viera ninguna? Cómo sería de viva, ¿no?).

Bueno, ya llegaban las doce.

-Esta vuelta ya la erró mi amigo -dice el diablo-. Nu ha de ser nada casado con mi hija -dice-. ¡Ah! ¡Pucha! ¿Y qué nu es aquel que viene allá?

-ya lo miró-. ¡La gran siete! ¿Y cómo hace éste? Me parecía que yo solamente era diablo. Pero se ve que hay otro más diablo que yo.

No sabía que la niña lu ayudaba.

Lo probaba al pan.

-Si -dice el diablo-. Este pan es de mi trigo. Muy buen pan.

Pasó. Lo atendieron muy bien. Le dieron de comer.

-Falta otro, mi amigo.

-Sí, pero usted no me dijo que había que hacer estos trabajos. Me dijo que basta que pasara nada más, me daba una hija.

-Ah, no, pero son tres trabajos que me tiene que hacer. Mañana le voy a decir qué es lo que tiene que hacer. Entós le dice al otro día:

-Va tener que ir a tal punto -dice- a la costa del mar. Allá hay una vuelta grande, unas piedras grandes. En esa vuelta, una vez 'tábamos sentados con mi suegra y se —270le escapó el año de la mano. Quiero que me traiga ese año. Y cuando venga ya le voy a dar una niña que se case.

Y él no lu había podido sacar, con ser diablo. Si no que se lo daba a este otro pobre que lo sacara. Tomó bien las noticias adónde era, más u menos. Y siguió viaje. Al tranco sigue. En seguida llega la paloma. Venía hecha paloma la niña. Y lo levantó y jue y lu asienta arriba de las piedras mismas.

-Acá, usted tiene que degollame. Junta las patas, el cogote y las alitas, todo, y degollada, me tira de pedrada pa adentro 'e l'agua. Mañana a las doce, voy a salir acá, con el año en el pico.

No se animaba casi a degollarla.

-No, no, y ¡ligero! No tiene más qui hacer. Pero no me deje saltar una chispa de sangre.

Con tanta lástima que la degollaba, saltó no más una chispa grande de sangre, ¿no? Pero la mató, como le dijo ella. Cuando 'tuvo muerta la tiró de pedrada a l'agua, ¿no? Anduvo un poco arriba y se bajó para adentro la paloma. ¡Que quedó más triste!

-¡Ahora no tengo quien me ayude! Y ahora si hace matar ella misma -dice.

Bueno... Justamente al otro día, a las doce, sale del agua la palomita y en el pico con un año. Ése era el año. Lu agarró más contento.

-¡Suba rápido! -dice, y lu alzó sobre las alas d'ella y voló.

Así que para las doce justas, 'taba esperandoló el diablo:

-¡Hum! ¡Lu erró mi amigo! ¡Es muy difícil!

No lu hi sacau yo, con ser diablo, al año, qué lo va a sacar él.

Cuando acuerda, ya llegó no más.

-¿Cómo le fue, mi amigo?

-Bien, señor.

-¡Cómo! ¿Sacó el año?

-Sí, lo saqué.

Se lo presienta. ¡Las iniciales de la suegra!

-¡Y éste es el año! ¡Éste es!

-Puede llevarlo.

Y va. Lo miran bien y ése era el año.

Le dijo la niña que lo qu'iba hacer el diablo, era aujeriar la puerta, una puerta de la casa. Y iba a sacar, que cupiera un dedo. Y el diablo iba hacer que cada niña saque un dedo, ahí, para que él elija para casarse. Y lo qui agarró la paloma, cuando la mató, esa gota de sangre, era di un dedo, del dedo mayor de la niña. Entós, la niña iba a sacar ese dedo, y al tocarse, tenía un tajito ahí en el dedo. Para que no escapara, ¿no?, y la elija a ella. Entonce, claro, era la seña que llevaba ella.

Ya el diablo hizo así. Y las tres niñas sacaron el dedo por el aujero de la puerta para que él elija.

El jue, anduvo mirando para un lado y para otro, miraba él. Entonce dice:

-Con la dueña d'este dedo me quiero casar yo.

-¡Bien me parecía! -dice el diablo-. 'Tá bien. ¡Cómo no! ¿Cómo se llama esta niña?

-La Blanca Flor -dice-. Bueno, con la dueña de este dedo me quiero casar. Bueno, abrieron la puerta.

Se casaron. Ese día mismo se casaron.

Luego que s'hizo la noche le dice Blanca Flor:

—272

-Mire, vea. Mi madre tiene muy mala intención. Tal vez me va matar. Los vamos a ir.

La vieja 'taba enojada. Y el diablo le decía:

-Pero, qué tanto embromar. Dejalos, si ellos bastante si han mortificau, los pobres. Y a más, que yo l'hi ofrecido eso.

-Que no puede haber matrimonio en mi casa -decía la vieja-. ¡Y no puede ser!

Blanca Flor le dice al joven:

-Andate rápido y traete el caballo más flaco que haiga en el corral. Ése es Pensamiento. Una vez que estamos a caballo, ande queramos ir áhi vamos a 'tar al momento.

Fue apurado, y llegó, y le puso el bozal y salió. Por una necesidad justificada, lo volvió al caballo.

-¡Y pa dónde vamos a ir en este esqueleto! -dice.

Agarró un caballo gordo qui había ahí. Y se vino. Ya la niña 'taba lista.

Llevó un poquito de ropa, poco no más. Y echó en cada esquina de la casa una escupida, ¿no?

-¡Y la chinita se va! -'taba diciendo la vieja a cada rato.

-Pero, ¡para dónde querís que se vaya, mujer! -le decía el diablo.

Haber sabido igual que se iba, ¿no?

-No, la chinita se me va. ¡Blanca Flor! -pegó el grito.

-¡Mamita! -le gritaba una escupida.

-¿Que nu hais visto qui áhi 'tá? ¡Qué tanto embromar!

-¡Blanca Flor!

—273

-¡Mamita! -le volvía a contestar otra escupida.

-¿Hais visto? ¡La chinita va lejos! -dice.

-Pero, ¡qué tanto embromar! ¿No vis que 'tá áhi? -decía el diablo.

A la cuarta vez que la llamó, contestó despacito la otra escupida.

-¿Hais visto? ¡La chinita va lejos! -y ya se enderezó también y fue a ver-. ¿Halo visto que no 'tá? Si ha ido.

-Bueno, dejala que se vaya, ¿no? Demasiado si ha mortificado ese pobre hombre -dice.

-No, porque yo no paso por eso -dice.

Claro, la niña y el mozo disparaban bárbaramente. Pero que le dijo la niña al tiempo de salir:

-Vamos a andar mal, porque no hizo lo que yo le dije. Pero di alguna manera voy a ver si puedo arreglar ya. Vamos andar con muy muchos trompiezos. Si hubiéramos venido en el caballo que yo le dije, esta hora 'tábamos en su casa y mi vieja nu hubiera tenido nada qui hacer ya. La vieja los va a seguir.

Y la vieja ya agarró el freno y se va pal corral.

-¡Rápido! Usté se va hacer un pajarito blanco y yo voy a formar todo. Usté va ir arriba 'el árbol. Tres días lo va apedriar la vieja. Usté no se vaya dejar pegar. Siempre pongasé detrás de un palo. Va permanecer, la vieja, apedriandoló día y noche. Yo me voy hacer una rana, y el apero lo voy hacer una laguna di agua y el caballo lo voy hacer un árbol.

Rápido quedó hecho todo. Y él, hecho un pajarito blanco se subió arriba 'el árbol.

Ya llegó también la vieja. Nu alcanzó a sacarse la ropa y guardala, la niña. Y la había agarrau la vieja la ropa —274por su cuenta. Y la rana quedó en l'agua abajo de las raíces del árbol. Y la vieja no podía pisar ni con un pie la laguna aquella, ¿no? Daba güelta alrededor, di allá lejos, dele palo y palo, y piedra con el pajarito y no le podía pegar, ¿no? 'Tuvo los tres días como le dijo la niña, exacto. A los tres días si aburrió la vieja y se fue. Entonce le dijo:

-Bueno, el consuelo que me queda es que el primero que lu abrace a tu marido, cuando llegue a su casa, te va olvidar a vos.

Y se jue, la vieja. Cuando ya vido que nu había quedau ninguno, abrió las ramas y quedó convertido como era, el caballo, el apero, y el hombre, todo. Y ella le dice:

-¿Me vais olvidar, vos?

-¡No, no l'olvido nunca!

-Porque mi madre dejó una maldición en contra mía, que cuando ti abrace alguno, al llegar, a tu casa, me vas olvidar.

-No, no me dejo abrazar con nadie.

-Ahora vas a tener que irme a buscar la ropa -había quedau desnuda la niña.

Ya se fue a buscar ropa, el hombre. Cuando llegó allá no se dejó abrazar con nadie. En eso lu ha conocíu un cuzco d'él, y viene corriendo y li abraza una pierna di atrás. ¡Sonó la niña! Como si nunca hubiera tenido nada. La niña 'tá sabiendo lo que pasa ya. Bueno, entonce ya se quedó sola la niña, allá. Como tenía todo poder ella ha buscau ropa, la niña, si ha

agenciau ropa con las proporciones de ella y las facilidades que tenía. Se vistió y se vino al pueblo la niña. Buscó la casa di una viejita sola qui había. Le dio hospedaje la viejita. Muy útil esta niña. No salía por ningún lau. A la viejita no le faltaba ninguna cosa. Ya la vistió bien. Le dio el dinero que necesitaba.

Y el joven comenzó a andar por áhi, parando bailes. Y ya movió también por otro lado. Ya comenzó a ser muy —275próximo el noviajo. Y al año más u menos, se decidió a casarse. Entonce dice la niña:

-Mire, mamá, vamos a ir a esos novios.

-Vaya a saber si nos van aceptar, si no nos han convidau.

-No, sí nos van aceptar muy bien -dice-. Vamos a ser muy bien recibidos. Se preparó la vieja y también se preparó la niña.

Los novios andaban casandose por ahí.

Ya han llegau a la casa. Las recibieron muy bien. Cuando vinieron los novios pasaron a la primera mesa, la viejita aquella y la niña. Muy desconocida la niña y muy bonita, ¿no? Fue muy bien aceptada.

El joven como si nunca la había visto, como si jamás la hubiera conocido.

Olvidado de todo. 'Taba la novia todavía.

Después que 'tán en la mesa, dice la niña:

-Miren, si mi hacen el favor, me juntan todos los güesitos qui haiga de las aves. Les voy hacer una prueba aquí, en presencia de todos.

-¡Bueno! ¡Cómo no!

Todos interesados comenzaron a juntar los güesos, y se los entregaron a ella. Ya cuando terminaron de comer, agarró los güesitos y los apartaba de un lado para otro, y cuando movía las manos se levantó una gallina chiquita y un gaíto, ¿no?, arriba 'e la mesa. La gainita conversaba:

-Gaíto -dice que le dice-, ¿ti has olvidau tanto? ¿No ti acordás de tal y tal pasaje? -exacto como era el cuento, como 'toy conversando yo, le decía la gainita al gaíto.

—276

El gallito le contestaba que no. Le volvía a referir lo que decía el cuento que había hecho. El gallito volvía a decir:

-¡Cococó que no me acuerdo!

-¿Pero será posible gallito que no te vas a acordar?

Y la gainita se apuraba y le volvía a decir las cosas del cuento y el gaíto decía:

-¡Cococó que no me acuerdo!

-¿Pero será posible gallito? ¿No te acordás que mi mamá los perseguía, los buscaba para matarlos?

-¡Cocococó... estoy como acordandomé!

-¿Será posible gallito? ¿No te acordás cuando estuviste hecho un pajarito blanco, tres días arriba del árbol, y la vieja estaba apedreandoté?

-¡Cocococó... que estoy como acordandomé! -decía el gallo.

-Pero, sí gallito -decía, y le decía todo el cuento-. ¿Pero, que no te vas a acordar que el caballo estaba hecho un árbol? Y el apero que se había hecho un agua. Y yo estaba hecha una rana abajo de las raíces del árbol. Y yo todavía te estoy esperando. Te juiste a traerme ropa. ¿Te acordás que te dije que no te dejaras abrazar? Y te abrazó un cuzco de la pierna.

-¡Cococó... que ya me acordé también!

Cuando ya se acordó, ya se cayó el gaíto hecho un montoncito de huesos.

Entonces el mozo dijo:

-Entonces, miren, van a disculpar porque yo he sido casado. Soy casado. Y se me había olvidado. Todo lo que ha conversado la gainita ha sido mi pasado y es ésta mi señora.

—277

Así que la recibió a la señora. Y la novia que dijo entonces:

-¡Ha sido casado!

Y ya quedó en nada el fandango ése. Y marchó con la señora y se fue a la casa de la viejita ande estaba. Y entonces la viejita le dijo:

-Lo que es yo, de mi hija no me separo más. ¿Lo acepta?

Le dice al marido:

-¡Cómo no, señora!

-Y yo tampoco no me separo, porque ha sido más madre esta señora que la misma propia madre mía que me ha buscado siempre para matarme. Así que quedó casado con aquella niña Blanca Flor.

La otra quedó en suspenso.

Delfín Prado, 75 años. Cortaderas. Chacabuco. San Luis, 1968.

Viejo campesino originario de la región. Muy buen narrador.

—278

879. Los hijos del diablo

SAN LUIS

Había un diablo y una diabla. Ya sabe que antes había diablos. Se casaron pero no pudieron tener familia, los tipos. Vivían solos. Y querían tener familia, herederos, pero no pudieron. Al año pensaron de buscarse algún niño como para criarlo y uno de ellos robó un condecito del Rey, y la diabla robó una condecita. Y ahí los criaron hasta unos veinte años lo menos, que habían tenido. Cuando ya 'taban grandes, ya pensaban ellos, y eran poderosísimos también, porque eran muy inteligentes. Se daban cuenta que ellos no eran diablos y se pusieron de acuerdo para irse.

Estos niños dormían solos en sus dormitorios. Hacían ruido en la noche.

Andaban andando. La diabla los sentía. Le dice la diabla al diablo:

-Tené cuidau, vos, diablo viejo, que no se me vayan a ir los niños. Ve, andan por irse.

-¡Qué se van a ir!

-Bueno, ya trataron de hacerlos dormir en una cárcel de fierro, hacerlos dormir ahí. Todo de fierro, las puertas de fierro y echales llave.

-Ahora 'tate tranquila -le dice el diablo-- porque no salen nunca. ¡Cuándo se van a ir! ¿Por dónde van a salir?

—279

Bueno, 'taban deliberando los niños, cuando dice la condecita -se llamaba Blanca Nieve.

-Los vamos a ir esta noche.

-Y cómo vamos a salir de acá -dice el muchacho-. Las puertas están con llave y son de fierro.

-Esperate, si vamos a salir por el ojo de la llave, yo sé, yo sé.

Y los tipos salieron por el ojo 'e la llave.

-Andá, traete del galpón un caballo.

Había dos caballos en el galpón y una chancha. Uno gordo y otro flaco y la chancha.

-Traete el flaco pa que disparemos de las casas, enancaus¹⁵³. Vamos a disparar, porque en el flaco vamos andar más ligero. Y los diablos ya 'taban sintiendo que había movimiento, que querían huir.

-¿No convendría ver? -dice la diabla.

-Tate queta. Qué diablos se van a ir, qué se van a ir, qué se van a ir, 'tán cerraus.

El caso es que jue el tipo y trajo el caballo más gordo. Porque el flaco, decía que nu iba a resistir, claro. Trajo el gordo.

-Y no -que dice la niña.

-¿Qué, prefieres el flaco? Y bueno, ya 'tá éste. Se va a cansar el flaco.

Bueno, ya ensillaron y se jueron.

Ya cuando amaneció la llamaron a Blanca Nieve, de madrugada, para que juera a saludar, en fin, de mañana. Les —²⁸⁰contestaba ella. Venía aclarando. Y les contestaba ella. Porque había dejado una escupida ella en el lugar de la casa, ¿sabe? Y esa escupida, tenía ese poder, de contestar, di hablar.

-¡Así qui áhi'tá! ¡Áhi'tá! -parecía áhi cerquita.

Y una vez que ya se levantan los diablos ya los echan al medio y no ven ninguno. Y ya vieron que si habían ido. Ya jueron al galpón y ya faltó el caballo. Y ya lo mandó la vieja al diablo que juera a trair un caballo cualquiera. Y salió ese diablo ¡ayayay!, en el flaco ése. Que, áhi cerca no más los alcanzó. Ya los devisó, ¡qué diablo!

Ya el muchacho apurado. Ya se fijaron.

-Ya viene el papá. Ya los va alcanzar y los va volver.

-No tengás cuidau. No lo vamos a dejar llegar.

Ya cuando los alcanzó, ya les pegó el grito. La condecita se sacó un peinecito, lo tiró y se formó un pencil grandísimo, que no pudo pasar ese diablo con el caballo. Y no hubo caso. Y orilló, y orilló, y no hubo nada qui hacer. Y los otros se jueron no más.

Se volvió. Y bueno, s'enojó la diabla.

-Que sí, que no los hi podíu alcanzar porque hay un pencil muy grande y nu hi podíu llegar ande 'tán ellos. Se van no más.

Y áhi lo volvió a mandar.

-Caminá, andá alcanzalos, cómo no los vas alcanzar.

Salió en el mismo caballo. Los volvió alcanzar. Volvió a tirar una varilla, la niña, y se formaron unos barrancones, al llegar otra vez. Se volvió la varilla unos barrancones que no pudo pasar. Se volvió.

Áhi recién, jue la pelea grande con la diabla, porque ya lo retó mucho, ya. Que le dejó ir los hijos.

—²⁸¹

-¡Andá, traime la chancha!

¡Ah!, y a la chancha la había desgarronau el tipo. Li había ordenau la otra niña que trajiera el flaco y desgarronara la chancha, que tamén era di andar.

-¡Andá, traime la chancha!

-Si 'tá desgarronada.

-Traila así no más.

Ya jue el diablo y se la llevó y la ensilló.

Qué, la chancha volaba más que el viento, más ligera que no sé qué. Y seguía, ¡y ponga!, ¡y ponga!, ¡y ponga! Ya los devisó tamén y los alcanzó. Y entonce sacó la niña una botellita que llevaba di agua y la roció. Se l'hicieron unos lagunones que no pudo pasar la chancha. Y iba de una punta de la laguna a la otra y le gritaba:

-¡Blanca Nieve! ¡M'hijita! ¡Ven!

De la otra punta de las lagunas volvía a gritar. Que daba una estirada y le pegaba en la chanchita a la otra punta. Y di áhi la insultó, y le gritó otra vez.

-¡Blanca Nieve, m'hijita! -decía de la otra punta.

Hasta que se le cansó la chanchita. ¡Ande irían ya los niños!

-¡Vení, ven! ¡presto! -clamaba.

Bueno... Se jueron y se volvió la diabla pa su casa. Llegaron a un pueblito qui había ande era la casa di un conde.

Y le dice el conde:

-Quedate acá.

Y le dice la niña:

-Yo me voy a quedar acá y vos vas a ir a visitar tu familia, tus padres

-quedaban cerca-, pero con la consigna —282que no te vas a dejar abrazar, porque si te dejás abrazar vos te olvidás de mí.

-¿Ve? Sí, pues.

Ya ha llegado a la casa. Usté sabe qué gusto tenían cuando lo devisaron, lo conocieron, los padres, los familiares. Salieron todos, pero no se dejaba abrazar por nadie. Nu había caso. Ya lo sentaron. Cómo no viene una esclava, una negrita que tenían por áhi, y lo caza de la espalda y lu abraza. Si olvidó de Blanca Nieve. Ya si olvidó de todo. ¡Putá!...

Ya pasó un tiempo. Como ya ni se acordó más de la compañera, el tipo quiso casarse.

Se buscó una chica, por áhi. Hasta condes han sido. Y ya se iba a casar.

El día del banquete pasaban con las cosas, toda preparata.

Ya 'taban esperando al cura. Faltaban diez minutos para que sean las ceremonias.

A Blanca Nieve, los familiares del conde, ande ella 'taba la habían llevau tamén invitada. Áhi 'taba sentada. Muy desconocida. Todos si almiraban de verla que nunca la habían visto. Pero el Conde tampoco la conocía porque si olvidó, si olvidó por completo.

Y 'taban charlando áhi, haciendo algunos chistes, cuentos, mientras venía el cura para qu'hiciera la ceremonia, el casamiento. Y claro, la chica 'taba callada, sentada, así. Nadie le decía nada.

-¿Y usté, señorita -le decía uno-, no podrá tener algún cuentito, ya que'tamos charlando con cuentitos, acá?

-Sí -le dice-, por qué no -le dice-. Puedo hacerles alguna pruebita.

-¡Cómo no! ¡Uh! ¡Encantados!

Todos venían a ver cómo era la desconocida.

—283

Sacó un gaíto y lo puso en la mesa.

-¡Vas a cantar, gaíto! ¡Cantá gaíto!

-¡Gaíto ve!...

-¡Volvé a cantar!

-¡Blanca Nieve!

-¡Volvé a cantar!

-¡Blanca Nieve!

Abre los ojos el Conde, si acuerda 'e Blanca Nieve. Bueno... Ya botó la novia. Ya se fue y comenzó a bailar con ella y se casó tamén. Y vivieron un año.

Le bordó unos tres pañuelos y le dice:

-Tomó estos tres pañuelos bordados con mi nombre para que nunca ti olvides de mí. Yo me voy a ver a mis padres, tengo ganas de ir -y se jue-. Y cuando querás ir vos alguna vez ande yo 'toy podés irte. Llevá los pañuelos de recuerdo.

Güeno. No venía, no venía, no venía. Pasó un año, pasaron dos años. El tipo ya la quería ver, y quería juntarse con su señora. Y tan queridísimos, como hermanos que eran. Ya salió a buscarla.

Anduvo muy mucho. Anduvo tanto, que por ahí corriendo y preguntando de Blanca Nieve, llegó ande había un gigante:

-¿Qué busca, amigo?

-A Blanca Nieve. ¿No la ha visto?

-Sí. 'Tá en tal parte, casi dos mil metros abajo 'e tierra. Áhi es la casa de ella.

Se sale otra vez. Sale y encuentra unos tipos que 'taban peliando en una casa por que si había muerto el padre y les había dejado unas prendas por repartirse. Era un sombrero, —284un capote (un abrigo) y unas botas.

Cada uno quería llevar todo. Entonce les dice:

-Yo los voy arreglar. Yo voy a medimelás primero.

Y qué, se las midió y se las echó. Las botas corrían más ligero que el viento. Con el abrigo no lo veían ande entraba, y el sombrero, ni el rayo que cayera encima nunca li hacía nada. Y se jue a buscarla a Blanca Nieve. Andaba ahora ligero, éste.

Pu áhi encuentra otro gigante y le pregunta si sabe de Blanca Nieve, y le dice:

-¡Cómo no! Sí sé. Abajo de tantos metros 'tá. Faltan diez minutos pa que se case.

-¡Y cómo haré pa llegar!

-Fácil vas a llegar. Áhi viene una tormenta. Va cair un rayo y te va a echar para abajo.

'Taba seguro que no l'iba hacer nada porque tenía su sombrero. Y efectivamente, se jue.

Cayó un rayo y lo enfocó y lu echó abajo. Y cayó ande 'taba el banquete. La gente 'taba áhi. Era un pueblito. Había mucha gente, pero no lo dejaban entrar; era un hombre desconocido. Todo con guardia, policía, nu había caso. Y bueno, él se puso el tapado ése, el capote, y entró. Y nadie lo vio. Se sentó. Y lo ven por áhi y li hacen una invitación, que bailara. Pero la niña no se casaba todavía, faltaban todavía unos minutos. Entonce sale a bailar. Él ya la conoció a Blanca Nieves. Blanca Nieve no lo conocía, porque, ¡cómo iría el pobre ya!, tantos años que 'taba separado ya, pero por los pañuelos¹⁵⁴, se dio cuenta.

—285

Comenzaron a bailar y áhi no más lo tiró al novio. Y áhi han quedau meta

baile y yo me vine para acá y no lu hi visto más.
Gregorio Garro, 80 años. La Mesilla del Cura. San Martín. San Luis, 1968.
Modesto ganadero. Originario de esta meseta. Muy buen narrador.
El cuento es una variante del cuento tradicional.

880. Blanca Flor

SAN LUIS

Éste era un joven que salió en busca de trabajo, y llegó a la casa de un señor. Que le dice:

-Buenas tardes, señor.

-Buenas tardes, amigo -que le dice el señor.

-¿No sabe quién ocupará algún pión?

Y que dice el señor:

-Sí, yo -que dice-. Váyase y desensille, y pase para acá.

Se bajó éste, desensilló y pasó para adentro, ande 'taba el señor.

En lo que 'tán conversando, que le dice el joven:

-Digamé, señor, ¿para qué será el trabajo?

Que le dice el señor:

-Mañana se va a ir a ese cuadro que tengo ahí, y va a agarrar el arado. Lo va a atar con animales y me va sembrar maíz. Y para pasado mañana me va a tener choclos tiernos.

-¿Y cómo voy a poder hacer eso?

-¡Ah, amigo, acá tiene que cumplir o sinó le va a ir muy mal!

—287

Que ésta era la casa de unos diablos, ande había caído.

Bueno, el joven quedó muy triste. No hallaba qué hacer, él. Al otro día se va al cuadro, a sembrar el maíz. Y va y da una vuelta con el arado, y se sienta muy triste. Se va, se sienta y se pone a llorar. En lo que 'taba ahí, llorando, que llega una niña, hija del patrón, y que le dice al

joven:

-¿Porque llora, joven?

Y que le contesta el joven:

-Y cómo no voy a llorar, si su papá me ha ordenado que siembre maíz y que mañana tengo que darle choclos tiernos. ¡Cuándo le voy a dar choclos tiernos para mañana si el maíz no se va hinchar, ni el grano, siquiera!

Y que dice la niña:

-Mire -que le dice-, no se le dé cuidado. Are no más y siembre que para mañana va a tener choclos tiernos. Y cuando vaya mi padre, le va a decir:

-¡Ah, no sé porque me parece que Blanca Flor anda por acá!

Y usted le contesta: Blanca Flor no me mira a mí ni yo la miro a Blanca Flor. A Blanca Flor la lleva el diablo y Blanca Flor no me lleva a mí.

Bueno. Al otro día vino el patrón, y que le dice:

-Y, amigo, ¿ya tiene los choclos tiernos?

-Sí, señor -que le dice el joven.

Entonce que le dice:

-¡Ah!, no sé porque me parece que Blanca Flor anda por acá.

Le contestó el joven, entonces:

-Blanca Flor no me mira a mí, ni yo la miro a Blanca Flor. A Blanca Flor se la lleva el diablo y Blanca Flor no me lleva a mí.

—288

Bueno. Pegó la güelta el patrón y se fue.

Al otro día que le dice el patrón al joven:

-Ahora me va a ir a sembrar sandías y melones, y mañana me va a tener sandías y melones maduros.

El joven agarró el arado y se fue al cerco¹⁵⁵, ése, a sembrar; dio una güelta con el arado y se sentó a llorar. En seguida llegó Blanca Flor y le dice:

-¿Porque llora, joven?

Y que él que le dice:

-Cómo no voy a llorar, si me ha mandado el patrón a sembrar sandías y melones, que le tengo que dar para mañana sandías y melones maduros.

-No se le dé cuidau -que le dice-, que mañana va a tener sandías y melones maduros. Cuando venga mi padre y vea que ha cumplido, le va a decir:

-¡Ah!, ¡no sé porque me parece que Blanca Flor anda por acá!

Y usted le contesta:

-Blanca Flor no me mira a mí ni yo la miro a Blanca Flor. A Blanca Flor se la lleva el diablo y Blanca Flor no me lleva a mí.

Al otro día viene el patrón y ya estuvo el joven con melones y sandías maduras. Y que el patrón dice:

-¡Ah!, ¡no sé porque me parece que Blanca Flor anda por acá!

Y que el joven le contesta:

-Blanca Flor no me mira a mí ni yo la miro a Blanca Flor. A Blanca Flor la lleva el diablo y Blanca Flor no me lleva a mí.

—289

Bueno. Así que se fueron a las casas el patrón y el pión. Esa noche agarró y lo hizo dormir en una pieza sola que tenía. Y agarró y fechó llave, lo encerró mejor dicho. Entonces, Blanca Flor, esa noche viendo que el padre se había dormido, y que la madre también, se fue y le robó las llaves. Fue y sacó al joven y que le dice:

-Mire, joven, vamos porque mi padre lo ha encerrado aquí con el fin de matarlo.

Y entonces, Blanca Flor esputó en la pieza donde dormía ella; echó tres escupidas. Y agarró y desgarraron una chancha muy ligera que tenía la madre, y le robaron un caballo de siete colores que también era de la madre, y se fueron, que el caballo era ligero, pero no tan ligero como la chancha. En seguida no más que se despierta la vieja, y que le habla al viejo, y le dice:

-¡Viejo!, ¡viejo!

-¿Qué querés, vieja? -que le dice.

-No sé porque me parece que Blanca Flor se los va. ¡Hablale, viejo!

Que dice el viejo:

-¡Blanca Flor!

-¿Señor? -que le contesta una escupida.

Se quedaron dormidos los viejos, y al rato no más que dice la vieja:

-¡Viejo!, ¡viejo! No sé porque me parece que se los va Blanca Flor.

-¡Pero, dejá de molestar, vieja! -que le dice-. ¡Dejame dormir!

-¡Hablale, viejo! -que le dice.

-¡Blanca Flor! -la llama el viejo.

—290

-¿Señor? -le contestó la segunda escupida, medio débil, ya.

-¿Ves? -que dice el viejo-. 'Tá medio dormida. De gusto 'tás molestando.

¡Dejá dormir tranquilo!

En seguida, no más, otra vez la vieja le dice al viejo:

-¡Viejo!, ¡viejo! No sé porque me parece que Blanca Flor se los va.

Hablala viejo.

-¡Blanca Flor! -dice el viejo.

-¿Señor? -contesta muy débil, que agata se le oía, la última escupida que ya 'taba seca.

-¡Pero, dejá de molestar, vieja! -que le dice el viejo-, no viste que 'tá dormida. No me vas a dejar dormir ni a mí ni a ella.

En seguida, no más, que vuelve a decir la vieja:

-¡Viejo!, ¡viejo! No sé porque me parece que Blanca Flor se los va.

Hablala viejo.

-¡Blanca Flor! -que le dice el viejo.

Y ya no contestó nada, Blanca Flor. Y que le dice la vieja:

-¿Has visto, viejo? Blanca Flor se los ha ido. Levantate, viejo, andá vela.

Y ya se levanta el viejo y va a verla.

-Nu está -que le dice.

-¿Has visto, viejo zonzo? ¿No te dije que Blanca Flor se los iba? Andá ve el Pichón -que el Pichón le decía al joven-. ¿A qué nu está el Pichón?

Se fue a verlo y no lo encontró.

-Nu está -que dice.

-¿Has visto? La chinita se ha ido con el muchacho. Agarrate un caballo y andá buscarlos.

—291

Al momento se encabalgó el viejo y salió en busca de éstos.

En lo que van por áhi, que le dice Blanca Flor al joven:

-¿Sabe una cosa, joven?

-¿Qué? -que le dice.

-Que los han descubierto y mi padre viene en busca de nosotros. Pero, no se le dé cuidau -que le dice.

Entonce agarró Blanca Flor al caballo y lo hizo convertir en iglesia. Ella se hizo una flor y al joven lo hizo hacer un picaflor.

Ya llegó el viejito y vio l'iglesia que nunca había visto; vio la flor que nunca había visto y vio el picaflor qu'estaba picando la flor. Y pasó no más. Y fue lejo, fue lejísimo; se cansó y no descubrió nada, y se volvió. Cuando volvió, volvió a ver todo lo mismo y pasó. Y que ya llegó a la casa y que le dice a la vieja:

-¿Cómo te ha ido, viejo?

-Mal -que le dice-, porque no los hi podíu encontrar; juí muy lejo, lejísimo, m'hi cansau, y m'hi vuelto sin noticias. Y que le dice la vieja:

-¿Y qu'es lo que hais visto por áhi?

-Y lo qu'hi visto, es lo que nunca había visto: una iglesia, una flor y un picaflor que picaba la flor. Es lo único qu'hi visto.

Y que dice la vieja:

-¿No vis, viejo zonzo, que l'iglesia es el caballo, la flor es la chinita y el picaflor el muchacho? ¿Porque no ti allegastes y cortastes la flor, siquiera?

Y que le dice:

-Andá otra vez. Si 'stá todavía la iglesia y la flor, cortate la flor y traela.

—292

El viejo siguió viaje, otra vez, en busca d'ellos. Pero Blanca Flor ya había hecho desaparecer todo y había seguido viaje otra vez. Ya el viejo llega al punto donde había encontrado la iglesia y no encontró nada. Y pasó, no más, él.

Ya cuando los iba alcanzando, que Blanca Flor le dice al joven:

-Joven, ¿sabe una cosa?

-¿Qué? -que le dice.

-Que viene mi padre alcanzandolós. Pero no le dé cuidau -que le dice.

Entonce agarró, y al caballo lo hizo convertir en una osamenta y ellos dos se convirtieron en dos pájaros, que 'taban arriba de l'osamenta ¿ve?

Y ya llegó el viejo y vio l'osamenta y los dos pájaros, y pasó no más. Y fue lejo, lejazo. Y se cansó y se volvió. Se vino a las casas otra vez. Y cuando llegó que le dice la vieja:

-¿Cómo te ha ido, viejo?

-Mal -que le dice-, porque nu hi podido encontrar a nadie.

-Y ¿qué has visto?

-Nu hi visto más di una osamenta y dos pájaros, dos caranchos qu'estaban comiendo.

-Pero, ¡viejo zonzo! Esa osamenta era el caballo, y los dos pájaros Blanca Flor y el joven. Porque no ti allegastes y le cortastes siquiera un pedazo de carne del caballo para que no pudieran seguir.

Y que dice:

-Ahora me voy yo -y que siguió viaje la vieja.

Como le habían desgarronau la chancha, que era más ligera que el viento y le habían llevado el caballo de siete colores qu'era ligero como el viento, ella se jabonó los talones y empezó a correr tan ligero como si juera la chancha. Y —293corrió y corrió y ya los iba alcanzando. Y entonce le dice la niña al joven:

-Joven, ahora viene mi madre, y ya los viene alcanzando. Es muy difícil que podamos escaparlos d'ella, pero no se le dé cuidau.

Lo hace convertir al caballo en una laguna muy honda y ella y el joven se hacen patitos que andan nadando en la laguna. Y que llegó la vieja y los encontró.

-¡Ah, pícaros! -que les dice-. ¡Aquí los quería pillar yo!

Bueno. Y se allegó a la orilla de la laguna. Le tiraba un agarrón a la patita y se zambullía; le tiraba un agarrón al patito, y se zambullía. Y no podía dentrase en la laguna porque era muy honda. Y áhi 'tuvo la vieja hasta que no podía más de cansada, y ya cuando no pudo más que se volvió y que le dice a Blanca Flor:

-¡Andá, no más, ingrata, que el que te lleva te ha de olvidar!

Volvió a las casas y que le dice al viejo:

-Y ¿cómo te ha ido, vieja?

-Mi ha ido mal -que le dice- porque no los hi podido agarrar, pero los hi

encontrau.

Blanca Flor y el joven se volvieron a convertir en lo qu'eran y siguieron viaje, otra vez. Llegaron a un punto muy lindo, y áhi, Blanca Flor, hizo hacer un palacio muy lindo para vivir ellos. Bueno. Hicieron el palacio y se pusieron de novios. Entonce él le dice a Blanca Flor que él s'iba a ir a visitar los padres d'él y a avisarle qu'él s'iba a casar. La niña le dijo que bueno, que juera. Le dijo que juera, pero con la condición de que cuando juera a la casa de los padres, no se dejara abrazar con nadie, cualquiera que juera, porque s'iba a olvidar d'ella. El joven acetó el pedido y se fue. Blanca Flor quedó en el palacio.

—294

Llegó el joven a la casa de los padres. Los padres, en cuanto lo vieron salieron a recibirlo y a abrazarlo, pero él no se dejó abrazar. Todos lo querían abrazar pero él no quería que nadie lo abrazara. Y que le dice la madre:

-Que has venido tan orgulloso que no te dejás abrazar con nadie.

Y él le dice que no podía porque había hecho una promesa.

Y este joven había sabido tener un choquito muy regalón, un cuzquito. Y en lo qu'estaba áhi, viene el cuzquito di atrás y lo abraza. Y áhi no más se olvidó de la niña, y ya todos lo abrazaron y él no dijo nada.

Ya se quedó el joven en la casa de la madre y ni pensaba en volver. Bué.

Al tiempo se puso de novio. Y ya hicieron la boda. Y ese día vino mucha gente hasta de lejo.

Blanca Flor vino a saber lo que pasaba que este joven se había olvidado d'ella y se estaba por casarse. Y el día del casamiento se viene Blanca Flor al palacio. En lo que 'stán áhi, en medio de un gran público de gente, que dice Blanca Flor, que ya 'stán tantos reunidos que sería bueno que alguno contara un cuento, un caso, o echara alguna adivinanza para distraerse. Todo el público contestó que todos estaban de acuerdo. Entonce todos dijeron una relación, o contaron un cuento, y Blanca Flor quedó para el último. Cuando ya terminaron todos, y dijeron algo, ella dijo que le tocaba a ella. Entonce saca dos pañuelos y los tira sobre la mesa. Los dos pañuelos se convirtieron uno en un gaíto y el otro en una gaínita.

Ella saca también una variíta y le pega al gaíto, y le dice:

-¿Ti acordás, gaíto -que le dice- que vos juistes a mi casa en busca de trabajo, que mi padre te dio trabajo y te mandó a sembrar maíz, y que al otro día le tenías que dar choclos tiernos, y que yo te saqué di apuro?

-No mi acuerdo -que le dice el gaíto.

—295

Toda la gente que miraba y oservaba esto. Claro, esto era muy curioso para todos.

Y que la gaínita le vuelve a pegar otro varíazo al gaíto y que le dice:

-¿Ti acordás gaíto que mi padre te mandaba a sembrar sandías y melones, y que le tenías que dar sandías y melones maduros, al otro día, y que yo te saqué di apuro?

-No mi acuerdo -que le dice.

Le pegó otro varíazo y le dice:

-¿Ti acordás gaíto cuando mi padre t'encerró para comerte y yo te salvé?

-No mi acuerdo -que le dice.

Le pegó otro varíazo y que le dice:

-¿Ti acordás, gaíto, cuando mi padre vino a buscarlos y yo hice del caballo una iglesia, yo m'hice una flor y a vos t'hice un picaflor, y así los salvamos?

Y que dice:

-Tengo como un sueño, cierta cosa parecida. Le pegó otro varíazo y le volvió a decir:

-¿Ti acordás, gaíto, cuando mi padre los alcanzó otra vez y yo hice una osamenta al caballo y nosotros los convertimos en pájaros?

-Apenas, mi acuerdo -que dice.

Y el novio también s'estaba como acordando que algo parecido li había pasado.

Entonce le pegó otro varíazo al gallito, la gallinita, y que le dice:

-¿Ti acordás que cuando vino mi madre en busca de nosotros, yo lo convertí en una laguna muy profunda al caballo y a los dos en un casal de patitos para salvarlos?

—296

Y que dice el gaíto:

-Me estoy acordando; mi acuerdo de muchas partes.

Entonce le pegó otro varíazo al gaíto y le dice:

-¿Ti acordás gaíto cuando hice mi palacio y vos te despedistes para venir a ver a tus padres, y yo te dije que no te dejaras abrazar con nadie porque m'ibas a olvidar, y vos te dejaste abrazar con un choquito y te olvidaste de mí?

-¡Sí, sí, mi acuerdo! -que dijo el gaíto.

Y el novio, que si había acordado de todo, se levantó y jue y la abrazó a Blanca Flor. Y les dijo a todos lo que le había sucedido y que ésa era su novia y que s'iba a casar con ella. Y se casaron y s'hizo una gran fiesta. Y se fueron al palacio d'ellos, y se quedaron áhi, muy felices, y yo me vine a contar el cuento.

Gilberto Zavala, 29 años. San Martín. San Luis, 1945.

Ganadero originario de la región. Buen narrador.

—297

881. Blanca Flor, la hija del diablo

SAN LUIS

Había una vez un hombre muy rico que tenía un hijo que era muy jugador. Y el padre se enojaba porque este hijo era tan jugador. Y un día el hijo le dijo que iba a rodar tierra y a buscar suerte por áhi. Y se despidió del padre. El padre le echó la bendición y le dijo que cuando tuviera necesidad volviera a su casa, que él lo iba a recibir con los brazos abiertos.

Se jue el hijo, y por áhi jugaba con todos los que podía jugar. Un día se encontró con un hombre muy rico y empezaron a jugar. Este hombre le ganó todo lo que tenía y al fin le dice que le juega l'alma. Y la jugó a l'alma y se la ganó. Entó este hombre, que era el diablo, le dijo que le daba plazo di un año pa que le jue a pagar. Y áhi le dio las señas ande él vivía, y se despidió y se jue. Y le dijo que su casa era un palacio, y le

dijo cómo era, y pal lau que tenía que rumbiar.

Cuando ya se cumplía el plazo, el mozo se encaminó a buscar el palacio del diablo, pero él no sabía que era el diablo. Ya cuando iba llegando le salió un viejito al paso. Áhi se saludaron y se pusieron a conversar. Y este viejito había sido Dios. Y le dijo que todos los que iban áhi no volvían más, pero que él le iba a dar unos consejos pa que se salve porque ese hombre que le había ganado era el diablo. —298 Le dijo que siga ese camino. Que iba a dar con una laguna. Y qui áhi se escuenda porque acostumbraban venir las hijas del diablo a bañarse. Cuando las niñas se dentren al agua que trate de agarrarle y de esconderle las ropas de la menor, que es la más linda y la más güena, y que ésa lo iba a ayudar; que ésa era Blanca Flor. Y el mozo le agradeció al viejito los consejos y se jue.

Ya devisó de lejo no más el palacio. Y ya dio tamién con la laguna. Que era una laguna muy linda, de aguas cristalinas, rodiada de árboles y de plantas tupidas. Y áhi se escondió, ande vido que era pa bajar a bañarse. Al rato no más llegaron las hijas del diablo. Que eran siete niñas muy lindas. Ya se desvistieron y se botaron a l'agua. Y ya vido que la más linda era la más chica y vido ande dejaba la ropa. Y jue y le sacó los zapatos.

Güeno, después de un rato, salen las niñas y se empiezan a vestir. Blanca Flor no podía encontrar los zapatos y los buscaba por todos lados. Las otras se vistieron y se jugaron y Blanca Flor queda llorando y buscando sus zapatos por todos lados.

Después di un rato sale el joven y le entrega los zapatos. Entonce ella le pregunta quién es y por qué li había escondíu los zapatos. Entonce él le dice que porque li ha tomado simpatía a ella y le dice que viene a arreglar cuentas con el padre de ella. Ella le dice que le va ayudar en todo y que cuando la necesite diga: ¡Blanca Flor!, y qui al momento va 'star áhi. Se despidieron y ella se jue adelante, muy ligero.

Ya llegó el joven al palacio y salió este hombre rico, que le ganó hasta l'alma, y le dijo qu'hizo bien de venir porque ese día se cumplía el plazo y él 'taba ya por ir a buscarlo. Entonce le dice que él tiene unos trabajos pa darle y con esos trabajos, si él los hace bien, se puede salvar. Y ya le dio el primer trabajo:

—299

-Mañana bien temprano, me tenís que voltiar aquel cerro, tenís que arar, sembrar trigo, cosechar, moler y hacer harina, amasar, horniar, y a la noche me tenís que trair pan caliente.

El joven se va muy triste y se pone por áhi a llorar. Y entonce se acuerda y dice:

-¡Blanca Flor!

Áhi no más vino Blanca Flor y le pregunta qué le pasa y por qué 'tá tan triste.

-Y cómo no voy a 'tar triste con el trabajo que me da tu padre -y le dijo todo lo que tenía qui hacer.

-Eso nu es nada -le dice Blanca Flor-. Mañana bien temprano te vas al cerro y yo te voy a 'tar esperando. Al día siguiente se juntaron al pie del cerro. Y le dijo ella que él se ponga a dormir al pie di un árbol. Y áhi el joven se quedó dormido. Blanca Flor, con el poder que ella tenía,

voltió el cerro, aró, sembró trigo, lo recogió, molió, amasó, hornió, y a la nohcecita lo despertó al joven con el pan calentito. Y el joven no podía creer lo que 'taba viendo. Ella le pidió que no vaya a decir nada que ella lo ayudaba, porque serían perdidos los dos.

El joven va y le entrega al diablo el pan recién sacado del horno y éste se quedó muy sorprendido. Y entonces le dice:

-¡Ah!, pero esto no lo hacís vos. Por ahí anda Blanca Flor. Ahora te voy a dar otro trabajo: me vas a traer un anillo qui hace veinticinco años que se mi ha caído al río, y si no 'tás perdido.

El joven va y se pone a llorar, y la llama a Blanca Flor. En seguida se presenta Blanca Flor y le pregunta por qué 'tá tan triste. Y él le dice:

-Cómo no voy a 'tar triste si tu padre mi ha puesto de trabajo que le traiga el anillo que perdió en el río hace veinticinco años.

—300

-Eso es muy difícil -le dice ella-, pero vamos a ver cómo lu hacemos.

Tenimos que llevar un tarro grande, un cuchillo y una guitarra. Vos me tenís que cortar en pedacitos y me echás al tarro, pero no me tenís que dejar cair ni una gota de sangre porque eso me puede hacer perder la vida. Así, me tirás al río, y vos tenís que 'star tocando la guitarra. Cuando yo te grite ¡Blanca Flor!, vos tenís que contestarme, porque ésa es la seña de que encontré el anillo. Si no me contestás seré perdida.

El joven no quería por nada hacer eso con Blanca Flor y decía que prefería morirse, pero le dijo que no juera cobarde y que ésa era la salvación de los dos y que lo tenía qui hacer no más. Y al fin lo hizo. La cortó en pedacitos, la echó al tarro, y la tiró al río. Áhi, lo que le pasó es que una gota de sangre del dedo chico, en un descuido se le cayó al suelo. Él, entonces, se sienta ahí y se pone a tocar la guitarra. Al rato no más se quedó dormido, profundamente dormido.

Ya había pasau un buen rato y entonces empieza a gritar: «¡Blanca Flor!, ¡Blanca Flor!, ¡Blanca Flor!». Y como el mozo 'taba dormido, no contestaba, pero al decir la última vez «¡Blanca Flor!», la oyó y contesta: «¡qué!, ¡qué!, ¡qué!».

Ya salió del río la niña como era ante, y le entrega el anillo. Sólo en la puntita del dedo chico le faltaba un pedacito: eso era por la gota de sangre que se le cayó cuando la echó al río.

Ya muy contento jue y le entregó al padre de Blanca Flor el anillo. Él estaba muy sorprendido y le dice otra vez:

-¡Ah!, pero no lo hicistes vos. Por ahí debe andar Blanca Flor. Ahora te voy a dar el último trabajo: mañana me vas a domar un potro y una yegua chúcaros que tengo y a la noche me los tenís que entregar mansitos.

—301

El joven salió muy triste porque ya se daba cuenta que estos animales tenían que ser muy malos y que lu iban a matar. Ya la llamó a Blanca Flor, y Blanca Flor llegó en seguida: él le contó de ese trabajo y ella le dijo que era muy difícil, que el potro iba a ser el diablo y la yegua la diabla, y que ella iba a ser las riendas. Entonces le dio un rebenque y le dijo que con ese rebenque les tenía que pegar a los animales por todas partes, que no les aflojara, pero que tuviera cuidado y no juera a pegar en las riendas, porque la iba a lastimar a ella.

-Y da las gracias a Dios que las riendas sea yo, porque si no te matan.

Ya al otro día jue al corral a ver los animales que iba a domar. Y áhi 'taba el potro y la yegua bufando furiosos, que daban miedo. Le ayudaron a poner la guatana¹⁵⁶ y el apero, y montó, primero el potro y después la yegua. Estos animales corcoviaban enloquecidos para voltiarlo, pero el mozo les empezó a pegar con el rebenque por todos lados y al fin tuvieron que aflojar y si amansaron.

Va a la noche ande 'taba el diablo y lu encuentra en la cama muy estropiau. Lo mismo 'taba la diabla. Entonce le dice como la otra vez:

-Esto no lu hacís vos, pero, ya ti has salvau y te podís ir.

Entonce el mozo le dice que se va a ir pero con Blanca Flor y que se la tiene que dar para casarse. Entonce él le dice que si adivina cuál es Blanca Flor entre todas las hermanas, entonce se podrá casar con ella. Y entonce las pone en una pieza y hace que saquen el dedito chico por el ojo de la llave. Entonce a cada una que sacaba el dedo él decía:

—302

-Ésta no.

Hasta que al fin sacó el dedito Blanca Flor. Él lo conoció en seguida porque le faltaba un pedacito, y entonce dijo:

-Ésta quiero, ésta quiero.

Entonce el diablo no tuvo más remedio que dejar que se celebre la boda, porque había sido vencido.

Esa noche le dijo Blanca Flor al joven que el padre los iba a matar y que tenían que huir. Entonce colocaron en la cama una bolsa di arena y una bolsa de afrecho. Blanca Flor dice que el padre tiene dos caballos muy ligeros, que uno era el Viento y el otro el Pensamiento. Ella quería que fueran en el Pensamiento pero el mozo eligió el Viento, y se jueron, huyeron sin que los vieran.

Ya se levantó el diablo y jue a la pieza. Dio una tremenda cuchillada a una bolsa y saltó arena; dio otra cuchillada a la otra, y saltó afrecho.

Entonce va y le dice a su mujer, a la diabla, lo que ha pasado, y le dice que tiene que perseguirlos y trairlos. Y áhi no más sale la vieja a seguirlos. Monta en el Pensamiento y sale al galope. Al poco rato los va alcanzando. Entonce Blanca Flor le dice al mozo:

-Mi madre los alcanza. Los vamos a convertir, vos en un picapedrero, el caballo en un banco y yo en una piedra -y así jue.

Cuando llegó la vieja vio qui un picapedrero 'taba trabajando una piedra, y le preguntó:

-¿Nu ha visto pasar una pareja en un caballo muy ligero?

Y le contestó el joven:

-Hace mucho rato pasaron. ¡Quién sabe ande irán a estas horas!

Entonce se vuelve la diabla y le dice al diablo que no los puede alcanzar, que sólo ha visto a un picapedrero que 'taba en un banco picando una piedra.

—303

-¡Ah!, vieja zonza, el picapedrero era el joven, el banco el caballo y la piedra Blanca Flor. Andá a trairlos en seguida.

Ya volvió a salir la diabla en el Pensamiento, y los siguió:

Al rato, Blanca Flor le dice al joven:

-Mi madre los viene persiguiendo y prontito los va alcanzar. Los dos los vamos a convertir en dos méndigos¹⁵⁷ y la vamos a engañar.

En seguida no más llega la vieja en su caballo tan ligero y les pregunta si nu han visto a un picapedrero que 'taba picando una piedra.
-Sí, lo vimos, pero el picapedrero cargó la piedra, el banco y las herramientas en un carro y se fue. A estas horas quién sabe ande andará. Se creyó la vieja y se volvió.
A todo esto ya pudieron llegar a la casa del mozo.
El padre los recibió muy contento y les dijo que se queden a vivir en su casa. Y áhi se quedaron.
El diablo 'taba sabiendo todo, pero ya no los podía perseguir ni les podía hacer nada. Dios, que era el viejito que le salió al joven en el camino, era el que lo había salvado.

Y vivieron felices,
comieron perdices,
y a mí no me dieron
porque yo no quise.

José Suárez, 65 años. Mercedes (Estación). San Luis, 1929.
El narrador aprendió este cuento del padre, que era un gran narrador.
En este cuento no figura el motivo del olvido mágico del héroe.

—304

882. Blanca Flor

CÓRDOBA

Que era un Rey que tenía un hijo y lo mandó con los piones al campo. Y él le dio el mejor caballo para que vaya. Y después hallaron una gama y la empezaron a perseguir. Y después el hijo del Rey siguió adelante porque tenía mejor caballo. Y se largó a correr y correr, y se les perdió. Lo buscaron por todas partes y al no encontrarlo se volvieron con la mala noticia a las casas del Rey.
El muchacho perdido ya no pudo volvé y siguió, siguió, y fue a salir a la casa de una vieja que era bruja. Bueno, era un matrimonio, que la señora era bruja. Y él llegó y no dijo que venía perdido, dijo que venía en busca de trabajo. Y ella le dio trabajo. Y entonces la bruja trató de matarlo.
Esta bruja tenía una hija muy linda y muy güena que se llamaba Blanca Flor.
Entonces un día esta bruja lo mandó a sembrar. Que le dio un poco de semilla de sándia y maíz y le dijo que al otro día a las doce tenía que traer sándias maduras y choclos.
Fue el joven ande tenía que sembrar y áhi se puso a llorar. Lloraba y

lloraba y no sabía qui hacer. Ya vio que lo iba a matar la bruja. Y entonce que cuando 'taba llorando, que jue la hija de la bruja, Blanca Flor, y que le dice:

-¿Porque llora su güen mozo?

—305

-Cómo no voy a llorar si su madre me ha mandado que siembre sándias y maíz y que tenga sándias maduras y choclos para mañana a las doce.

Y entonce que le dice:

-No tenga cuidado. Eche las semillas y acuestesé a dormir por áhi. Y si viene mi madre y le pregunta de mí, usté contestelé: Qué sé yo de Blanca Flor y Blanca Flor de mí. Y se jue.

El mozo echó las semillas en la tierra y se acostó a dormir.

Al otro día había un sandial y un maizal que daba gusto. Y a las doce del día 'taban las sándias y los choclos que daban gusto. Y cuando vio eso la vieja bruja le va a preguntar:

-¿Por aquí ha venido Blanca Flor? Y él le contesta:

-Qué sé yo de Blanca Flor y Blanca Flor de mí. El diablo lleve a Blanca Flor y Blanca Flor a mí.

Entonce que si había vuelto la vieja enojada porque se dio cuenta que Blanca Flor lu ayudaba al joven y que lo quería al joven.

Y han llevado y han servido las sándias y los choclos en la mesa. Y lu han llamau al joven para que coma con la vieja, con el viejo. Y el joven era muy güen mozo y muy educado, claro, si era Príncipe.

Y entonce que ya más tarde, le encarga el trabajo para el otro día y le dice:

-Mañana va a llevar unas pencas de tuna y va a plantar en la chacra. A las doce del día tienen que 'tar las plantas grandes y la fruta madura.

-Bueno -que dice él.

—306

Y él hizo lo mermo di ante. Se jue a la chacra y se puso a llorar amargamente. Y áhi jue la niña y le dijo:

-¿Porque llora su güen mozo?

-Cómo no voy a llorar si su madre me han mandado con estas penquitas pa que las plante y a las doce del día de mañana quere tunas maduras.

Y entonce ella le dice:

-No se le dé cuidau. Ponga por áhi las penquitas y acuetesé a dormir.

Mañana va a tener un gran tunal. Va a venir mi madre y va a preguntar si yo anduve por acá. Usté le dice como yo le enseñé l'otra vez.

Y entonce al otro día 'taban amarillando las plantas de tunas, llenecitas de fruta madura. Y viene la vieja y le dice:

-¿Por aquí ha venido Blanca Flor?

Y él le contesta:

-Qué sé yo de Blanca Flor y Blanca Flor de mí. El diablo lleve a Blanca Flor y Blanca Flor a mí.

Entó la vieja llevó las tunas maduras y comieron todos en la mesa.

A la tarde andaba por áhi el joven y Blanca Flor viene y le dice:

-Esta noche lo van a matar y lo van a comer. Yo lo voy a salvar. Los vamos a ir. Esta noche, cuando si acuesten mis padres, usté va al corral. En el corral hay dos caballos, uno gordo oscuro y un zaino flaco. Usté agarra el flaco. No vaya agarrar el gordo. Y áhi va 'tar una chancha de mi madre y

usté la va a dejarretar: le corta los garrones.

Y esa noche cuando los viejos 'taban dormido el mozo jue al corral y hizo lo que Blanca Flor le ordenó.

Blanca Flor alzó un peine, un espejo, una tijera y un pan de jabón. Y echó tres escupidas en una mesa. Y se subieron con el mozo en el caballo flaco y se jueron.

—307

Y entó, que a eso de la medianoche, la vieja le dice al viejo que Blanca Flor y el mozo si han ido. Y el viejo le dice que no. La llama la vieja:

-¡Blanca Flor!

Y entonces la primera escupida contesta:

-Señora...

-Vis -le dice el viejo- ¿que Blanca Flor está? Más tarde la vieja vuelve a decir:

-Viejo, Blanca Flor se los va.

-No, si áhi tá. Llamala.

-¡Blanca Flor!

-Señora... -dice la segunda escupida, más débil que la primera.

-¿Hais visto? -le dice el viejo y se vuelven a dormir.

A la madrugada la vieja vuelve a decir:

Viejo, viejo, Blanca Flor se los va. ¡Blanca Flor! -la llama.

Y entó contesta muy apagada la última escupida:

-¡Señora!...

Y áhi salta la vieja y va y ve y viene corriendo:

-No te dije, viejo, Blanca Flor se los ha ido con el mozo. Si han ido en el caballo flaco y han desgarrau la chancha. Andate en el caballo gordo y alcanzalos y me los trais.

Y el viejo se va a perseguirlos. Y ya que los iba alcanzando. Entó la niña le dice al mozo:

-Mozo, mis salivas ya si han secado. Mi madre ha descubiertto todo y lo manda a mi padre para que los alcance. Y ya los viene alcanzando. Al caballo lo voy hacer una iglesia, a los pelos del caballo, los que vienen a misa; yo me hago una virgen y a usté lo hago un sacerdote.

—308

Y así jue. Llegó el viejo y vio esta iglesia con tantos fieles, y un cura que decía misa en un altar que 'taba una virgen. Y entó que se puso a mirar y di áhi se volvió a las casas, y le contó todo a la vieja, y que la vieja le dice:

-Viejo bruto, ¿no vis que l'iglesia es el caballo, los pelos del caballos son los fieles, el cura el mozo y la virgen la niña? Yo voy a ir ahora.

Y ya se había sanau la chancha. Que era más ligera que el viento y se jué con ella la vieja. Entó le dice la niña al mozo:

-Mi padre li ha contaui a mi madre lo qui ha visto y ella adivina que somos nosotros. Ahora se viene ella en la chancha que ya 'tá sana. Apure mozo que ya los viene alcanzando.

Y ya cuando los alcanzaba la niña tiró el peine y se levantó un pencal que no podía pasar la vieja. Y los jóvenes siguieron viaje. Y al fin pasó y ya los iba alcanzando otra vez. Y la niña le tiró el jabón. Áhi se levantó una niblina que la bruja no podía pasar. En cuanto pudo empezó a darles alcance.

Ellos siguieron viaje. Entó la niña tiró la tijera y si abrieron unas barrancas que la vieja no podía pasar. Y ellos siguieron el viaje. Y al fin pasó la vieja y los iba alcanzando y entó la niña tiró el espejo. S'hizo una gran laguna que no podía pasar la vieja. Y ellos siguieron viaje. Pero al fin pasó la vieja y ya los iba alcanzando. Bueno... Ya la niña le dijo que ella iba hacer la última prueba, que era la definitiva. Que si la madre los vencía —309'taban perdidos y si la vencían a ella se salvaban. Y ya cuando los iba alcanzando, al joven lu hizo un gran río de agua, al caballo lu hizo un puente y ella s'hizo pato y andaba nadando. Y ya llegó la vieja y jue a pasar el puente para cazar el pato y se dehizo¹⁵⁸ el puente y si augó la vieja. Y ya los jóvenes se fueron a lejas tierras y se casaron y fueron felices. Simión Rojas, 73 años. El Fuerte. Río Seco. Córdoba, 1952. Lugareño rústico. Buen narrador.

—310

883. Narciso y Narcisa

NEUQUÉN

Éste era un rey y una reina. Tenían un reinado grande y mucha gente en su reinado. Y muchos sirvientes. A unos los empleban para dar de comer a los caballos, a otros a los chanchos, las vacas, los gansos. Para cada animal tenían quien los cuidaba.

Entonces en el palacio había una vieja bruja que al Rey, a la Reina y a todos los tenía encantados. Y la vieja bruja tenía una hija que se llamaba Narcisa. Y el marido de la bruja trabajaba en el palacio.

Bueno... Y llegó un muchacho que se llamaba Narciso a pedirle trabajo al Rey. Y entonce el Rey lo empleó para que le diera de comer a una yegua y a una chancha. Y le dijo:

-Echale carne a la yegua y pasto a la chancha.

Y entonces el muchacho se sorprendió y le preguntó que por qué iba a echale carne a la yegua y pasto a la chancha, siendo que los yeguarizos comen pasto y los chanchos carne. Y entonces le dijo que no se le ocurriera echarle pasto a la yegua y carne a la chancha porque sería perdido.

Bueno... La bruja, al que llegaba allí se lo comía o lo volvía piedra o animal. No podían tener gente que sirviera, por eso.

—311

Pero, ¿qué pasó? Que el Narciso con la Narcisa simpatizaron mucho.

Entonces le dice la Narcisa:

-Mirá, aquí están todos bajo el mando de mi mamá. Tienes que hacer todo lo que mi mamá te mande y tal como te lo dice. Yo te voy a ayudar. Ella te va a mandar cosas imposibles para poderte matar.

Entonce el muchacho cumplía al pie de la letra lo que le decía. Entonces un día lo quiso tentar. Y le dijo que no, porque su amito le había dicho que hiciera así.

Un día le entregó un trigo y le dijo que su amito le había dicho que lo

sembrara, lo cosechara, lo trillara, lo moliera y amasara esa harina dentro de 15 días porque si no la cabeza le iban a cortar.

Entonces el muchacho se puso a llorar.

En eso llegó la Narcisa y le dijo que por qué lloraba.

Entonces él le dijo:

-Cómo no voy a llorar si tu madre por orden del Rey me ha dicho que tengo que sembrar este trigo, cosecharlo, trillarlo, molerlo y amasarlo en el plazo de 15 días.

Y entonces ella le dijo:

-No se te dé nada. Yo te voy a ayudar. Esperá no más que yo te voy a ayudar.

Entonces lo sembró al trigo. A los 2 ó 3 días ya estaba alto el trigo, soltando la espiga. En seguida se maduró y lo cortó. Lo cosechó, lo trilló, lo aventó, lo molió y antes de 15 días le llevó el pan al Rey.

Entonces la vieja bruja la empezó a peliar a la Narcisa diciendolé que ella tenía la culpa porque cómo el muchacho podía hacer eso si ella no lo ayudaba. Porque la muchacha sabía también brujería, pero sólo para hacer bien.

Bueno... Entonces la vieja le dijo un día:

-¿Sabes hilar?

—312

Porque entonces los hombres hilaban a la par de las mujeres. Entonces le entregó un vellón de lana. Y le dijo que el amito lo mandaba que en dos días tenía que hilarlo, torcerlo, teñirlo y tejerle una alfombra.

Otra vez el muchacho se puso a llorar. ¡Cómo iba hacer esa cosa imposible!

Entonces llegó la Narcisa y le dijo que no se le diera nada, que ella tenía una vaquita que le ponía la lana en las astas y que ella solita se la iba a hilar, y ella en un momento se la iba a teñir y se la iba a tejer.

Y así lo hizo, y antes de dos días tenía todo el trabajo, y se lo entregó a la bruja para que se lo lleve al Rey.

La bruja estaba furiosa porque no había conseguido matarlo ni sacarlo del puesto, y dijo que iba a hacer la última prueba. Entonces le entregó dos piedras grandotas y le dijo que eran papas. Y le dijo que las tenía que hervir toda esa noche y que al otro día se las tenía que entregar para desayuno, bien cocidas.

Y el muchacho se puso a llorar amargamente. Y vino la Narcisa y él le pidió ayuda, y ella le dijo que era imposible porque ella no sabía nada para eso. Y que lo mejor que podían hacer era irse porque la madre los iba a matar a los dos. Y así como lo dijeron lo hicieron.

En la noche, cuando todos se acostaron, entonces ellos hicieron cada uno un montoncito de saliva y se prepararon sus cosas para irse. Entonces la niña le dijo a Narciso que fuera a buscar un caballo que tenía la madre que caminaba tres leguas al tranco.

Entonces agarró, y en el apuro fue él por última vez a darle de comer a la chancha y a la yegua. Y en el apuro le dio carne a la chancha y pasto a la yegua. Y entonces la yegua le habló, le dijo:

Has desobedecido y por eso serás perdido.

—313

Y la chancha empezó a gritar. Y la yegua le dijo que matara la chancha y montara en ella. Y él mató la chancha y montó en la yegua. Y en vez de

traerle a la niña el caballo que caminaba tres leguas al tranco, le trajo la yegua que caminaba dos leguas al tranco. La niña le dijo que era una lástima que se hubiera equivocado, pero que ya no tenían nada que hacer. Entonces antes de salir tomó un güevo, un peine, un poco de ceniza, un poco de sal y un espejo. Ella conocía bien a la madre y sabía que los iba a seguir. Cada uno hizo un montoncito de saliva. La saliva iba a contestar por ellos cuando la madre los llamara. Se prepararon para salir y se fueron.

La vieja, como era bruja, maliciaba que se iban a ir y los empezó a llamar:

-Narciso, ¿se cuecen las papas? Y la saliva le contestaba:

-Cocinandose están.

Y la llamaba a la muchacha:

-¡Narcisa!

-¡Mamita! -le decía la saliva.

La saliva le respondió toda la noche hasta que aclaró. Y cada vez la saliva contestaba más débil. Y al final, apenas respondía la saliva. Y entonces dijo:

-Ya se están durmiendo. Los voy a atar, los voy a matar, los voy a asar y los voy a comer.

Había mandado a preparar un horno para asarlos. Y se levantó contenta para comerlos, y cuando no los encontró se puso furiosa y se fue al marido. Le dijo que le trajera el caballo que caminaba tres leguas y la yegua que caminaba dos. Y al ver que no estaba la yegua se puso contenta, porque los iba a alcanzar. Y resolvió que fuera el marido. Y se fue el marido.

—314

El viejo se puso a perseguirlos. Caminó como hasta los doce días. Ya los llevaba bien cerquita porque su caballo era más ligero. Entonces la niña le dice a Narciso:

-¿Ves esa nubecita, ese polvito que se ve lejos? Es mi papá que nos viene siguiendo.

-¿Qué vamos a hacer? -le dice Narciso.

-Mi papá es muy bueno -dice la niña y lo vamos a engañar, él no se va a dar cuenta. Nosotros nos vamos a transformar, la yegua en durazno florecido y nosotros en dos pajaritos.

Entonces el viejito llegó ahí, muerto de calor, y en ese desierto vio ese duraznero florecido y esos dos pajaritos. Entonces agarró, se bajó, lo ató al caballo en el durazno, y se puso a sombrear debajito del árbol y se durmió una siesta. Y entonces dijo:

-¡Que seré tonto! No los voy a seguir más. De aquí no los voy a alcanzar. Y el viejito se volvió. Cuando llegó a las casas de vuelta, le preguntó la bruja si los había alcanzado o los había visto. Entonces le dijo que no, que sólo había encontrado un duraznero florecido y dos pajaritos. Entonces le dijo la vieja:

-Esos eran, ¡ah, viejo tonto! Esos eran ellos y vas a tener que irlos a buscar.

Entonces emprendió otra vez la vuelta, a perseguirlos. Caminó todo lo que había andado y encontró el mismo desierto y no encontró nada. Entonces dijo:

-¡Ah!, mi vieja tensa razón, éstos eran ellos. ¡Miren cómo me engañaron!

Mientras tantos los otros aprovecharon para alejarse mucho, mucho. Pero como el caballo del viejo caminaba tres leguas al tranco, a la tardecita ya los iba alcanzando otra vez. Entonces la Narcisa le dijo al Narciso:

—315

-¿Ves aquella nubecita de polvo? Ése es mi papá que los viene alcanzando.

Entonces ella agarró y transformó al caballo en una iglesia con el altar, los santos y todo, y al muchacho en un padre, y ella en una virgen.

Entonces el viejo, cuando llegó áhi, dijo:

-¡Ah, tanto tiempo que no veo una iglesia, que no oigo misa, que no veo los santos! Voy a pasar a rezar.

Entonces llegó, entró a la iglesia, se arrodilló, rezó y dijo:

-De aquí me voy a volver. ¡Quién sabe a dónde se han ido los muchachos! Si los quiere seguir mi mujer, que los siga ella.

Cuando llegó a la casa, para qué le dijo, la vieja casi se lo comió.

-Bajate, viejo inservible. Yo los voy a seguir. Y vas a ver cómo los voy a alcanzar.

Subió la vieja en el caballo y empezó a galopar. Y en un poco rato ya los llevaba bien cerquita. Entonces la chica le dijo al muchacho:

-¿Ves aquella nube espesa? Ésa es mi mamá, y si nos alcanza estamos pedidos.

Y ya la vieja venía cerquita. Y ya los iba a alcanzando. Entonces, cuando ya la vieja estaba bien cerquita, la Narcisa le tiró el peine, y el peine se volvió un monte¹⁵⁹ de plantas espinudas. Y la vieja encaraba y se rajuñaba, sangraba por todas partes, se rompía toda la ropa. Pero la vieja era porfiada y segura y seguía encarando hasta que consiguió pasar el monte.

—316

Y siguió otra vez a lo que daba¹⁶⁰, la vieja. Y ya los volvía a llevar cerca. Entonces la chica le tiró el güevo. Y el güevo se le volvió un río, pero enorme de grande. Y entonces la vieja entró, llegó hasta la mitá y la fuerza del agua la volvió. Pero ella siempre con la porfía de pasar. Le dio unos cuantos azotes al caballo y volvió a entrar al río hasta que pasó. Mojadita la vieja, entumecida, pero lo pasó. Entonces le volvió la chica a decir al muchacho:

-¿Ves aquella nube espesa? Es mi mamá que nos viene alcanzando.

Entonces la chica agarró y le tiró el puñado de sal. Y se le volvieron unas rocas muy altas, unos riscos peinados¹⁶¹ como los de la Cordillera¹⁶² que no podía pasar. Pero ella empezó a dar vueltas y vueltas. Se caía, se levantaba con su caballo, se rajuñó, se lastimó y se causó tantas heridas, pero seguía porfiando. Y porfió hasta que cruzó los riscos. Y consiguió pasar. Y ya la Narcisa le volvió a decir al Narciso:

-¿Ves aquella nube oscura? Ésa es mi mamá que nos viene alcanzando.

Y ya los alcanzaba. Entonces la muchacha le tiró el puñado de ceniza. Y se olvió una neblina espesa, espesa, que no se veía nada, nada. Pero la vieja empezó a ver si pasaba. Y se empezó a internar y a internar por la neblina que no se veía ni las manos. Pero tanto porfió y porfió, que al fin consiguió pasar la neblina. Y ya la Narcisa le volvió a decir al muchacho:

-¿Ves aquella nube oscura que viene? Es mi mamá que los alcanza. Bueno, éste es el último recurso que nos queda -dijo, y sacó el espejo.

—317

Le tiró el espejo a la vieja y se le volvió un mar, que no se le veía el fin. La vieja siempre imprudente se metió, pero qué, caminó unos diez metros y se tuvo que volver. Casi se ahogó. Y ya perdió la esperanza de alcanzarlos. Entonces le echó una maldición y le dijo:

-Anda, hija ingrata, que el que te lleva en el anca del caballo te ha de olvidar.

Entonces la chica le dijo al muchacho:

-Mirá la maldición que me echa mi madre, que el que me lleva en el anca del caballo me ha de olvidar.

El muchacho juró que nunca la olvidaría, que antes se moriría que poderla olvidar a ella que le debía la vida.

Siguieron camino. Caminaron mucho. Después de mucho caminar llegaron a una población. Llegaron a una casa y pidieron alojamiento. Entonces en esa casa les dieron alojamiento. Y justo esa noche daban una gran fiesta en el palacio del Rey. Y fue a la fiesta el joven y no volvió más.

Se había enamorado de la hija del Rey. Y se quedó a vivir en el palacio y perdió la memoria de todo.

Y pasó el tiempo. Y ya se corrió la noticia que este mozo se iba a casar con la hija del Rey. Y se preparó una gran fiesta.

Y la Narcisa preparó un pollito y una pollita que hablaban y se fue a la fiesta. Y entonces pidió permiso para mostrar un pollito y una pollita que sabían hablar, y con esa novedad le dieron permiso para que los hiciera ver al Rey, a la Reina, y a los invitados de la fiesta. Entonces la niña entró con la pareja de pollitos. Y toda la concurrencia estaba curiosa por ver esta novedad. Y el muchacho miraba todo y la miraba a la Narcisa pero ya no la conocía, la había olvidado, porque se había cumplido la maldición de la bruja. Entonces empezaron a hablar el gallito y la gallinita:

—318

-¿Te acordás gallito ingrato cuando llegaste a trabajar al palacio del Rey donde había una bruja que tenía una hija, y que el Rey por indicación de la bruja te mandó a sembrar un trigo, a cosecharlo, a trillarlo y a amasarlo en el plazo de 15 días, y te pusiste a llorar?

-Cucurú que no me acuerdo -decía el gallito.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando te dieron el vellón de lana para hilarlo, torcerlo, teñirlo y tejerlo?

-Cucurú que no me acuerdo.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando te dieron las piedras y te dijeron que eran papas, que las tenías que cocer, y que si no las entregabas cocidas te iban a matar?

-Cucurú que no me acuerdo.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando le echaste el pasto a la yegua y la carne a la chancha?

-Cucurú que no me acuerdo.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando nos fuimos en la yegua que caminaba dos leguas al tranco y nos salió a buscar mi papá, y transformamos la yegua en duraznero y nosotros en dos pajaritos?

-Cucurú que no me acuerdo.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando nos alcanzó mi papá y transformamos la yegua en iglesia y nosotros nos transformamos en un padre y en una virgen?

-Cucurú que no me acuerdo.

-¿Te acordás gallito ingrato que cuando salimos yo había agarrado un peine, un güevo, un puñado de ceniza, un puñado de sal y un espejo para tirarle a mi madre porque sabía que nos iba a seguir?

—319

-Cucurú que no me acuerdo.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando mi mamá nos alcanzaba y le tiré el pine y se formó un gran monte espinudo?

-Cucurú que me voy acordando.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando mi mamá pasó el bosque y nos iba alcanzando y yo le tiré el güevo y se le volvió un río grande y caudaloso, pero tanto trabajó hasta que lo pasó?

-Cucurú que me voy acordando.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando mi mamá pasó el río, y los iba alcanzando y yo le tiré la ceniza, y se formó una niebla espesa que no la dejaba pasar, pero tanto porfió hasta que la pasó?

-Cucurú que me voy acordando.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando mi mamá nos iba alcanzando y yo le tiré la sal y se formó un riscar muy grande que no la dejaba pasar, pero tanto porfió hasta que lo pasó?

-Cucurú que me voy acordando.

-¿Te acordás gallito ingrato cuando mi mamá los iba alcanzando y le tiré el último recurso, el espejo, y se le volvió un mar, y como no lo pudo pasar me echó una maldición y me dijo: ¡Anda hija ingrata que el que te lleva en el anca del caballo te ha de olvidar!

-Cucurú que me acordé -dijo el gallito.

Y el joven se acordó de todo y la reconoció a la Narcisa y se abrazaron. Y el joven contó a todos lo que había pasado, y dijo que tenía que casarse con la Narcisa, que por una maldición de la bruja la había olvidado. Y en seguida buscaron jueces, curas, y se casaron. Y hicieron una fiesta muy grande. Yo también 'tuve en la fiesta y me divertí.

—320

Se fueron a casar los jóvenes, pero no se olvidaron de su yegüita. Y entonces la yegüita se transformó en una princesa con las palabras mágicas que le dijo la Narcisa: Princesa eras, Princesa eres, Princesa serás. La Narcisa sabía que la vieja bruja la había encantado.

Y se casaron la Narcisa y el Narciso y tuvieron muchos hijos y fueron muy felices.

Celia Álvarez de Casado, 51 años. Ranquelcú. Ñorquín. Neuquén, 1951.

La narradora, semiculta, pertenece a familias tradicionales de la Provincia. Es nativa de Chos Malal, en donde oyó el cuento desde niña.

—321

Nota

Nuestro cuento, con sus versiones y variantes, llamado Belleza del Mundo o Blanca Flor (hay algún otro nombre), que invariablemente contiene el motivo de la fuga mágica, es muy antiguo, tiene difusión universal y ha sido objeto de numerosos e importantes estudios. Como el cuento de Occidente, conserva, en parte, el mito de Jasón y Medea.

Difusión geográfica del cuento

En su desarrollo entran, entre otros motivos, los siguientes:

—322

- A. Un joven llega a la casa del diablo o de brujos para entregar su alma o en busca de trabajo.
- B. La hija menor o la niña de la casa, de gran belleza y que tiene poderes mágicos, enamorada del joven, lo defiende de la persecución malvada de los padres realizando las tareas sobrenaturales que le encomiendan a él.
- C. Ante el peligro de ser muertos los jóvenes huyen y son perseguidos por los padres. En la huida mágica toman muy diversas formas (una iglesia, un árbol, un lago, montañas, pájaros, flores, sacerdote, fieles). En el último intento de apresarlos, la madre maldice a la hija: el que te lleva te olvidará.
- D. Se cumple la maldición. La joven recurre a su ingenio y a sus poderes y reconquista al joven que ha caído en olvido mágico, en el momento en que va a casarse con otra.

En nuestro país tiene amplia difusión. Es el Tipo 113 de Aarne, Aarne-Thompson y Boggs. Ver Espinosa, II, p. 470 y Pino Saavedra, I, p. 377.

El castigo del oro

5 versiones

Cuentos del 884 al 888

884. El avariento castigado

LA RIOJA

Éste que era un hombre muy rico en oro, plata y piegras preciosas, pero muy avariento y mezquino. Tuitas las noches bajaba pal sótano a ver el tesoro. Lo acariciaba y se lamentaba lo que tenía tan poco. Un día, lo que nunca, dio un pedazo de pan a un mendigo. En la noche cuando bajó pal sótano a ver el tesoro se quedó dormido y soñó que el Señor se le aparecía y le dijo que como había hecho caridá, lo quiera premiar y que le pida lo que quiera. Entó el avariento le dijo que quería que le tranforme en oro tuito lo que toque. El Señor le dijo que güeno y se desapareció. Pa'star

seguro que era cierto, el hombre tocó una piegra y ésta se volvió oro. Asustau, corrió a tomar un trago di agua, pero no bien tocó el vaso las dos cosas se volvieron oro. Quería comer y no podía porque no bien tocaba las cosas se volvían di oro.

Se puso a llorar de pena, y su hija, que era muy linda y güena, sin saber qué le pasaba a su pagre se acercó y lo acarició pa consolarlo, pero no bien él la tocó a la niña, se volvió toda de oro. El hombre desesperau, le imploró de rodilla al Señor que lo perdone y le pidió por favor que le quitara el poder porque él quería comer y tener otra vez a su hija.

—326

El Señor, porque este hombre se había arrepentido lo perdonó. Hizo vivir a la niña, y el avariento no volvió a querer más oro ni riquezas.

Zapato roto,
pa que usté me cuente otro.

Pedro Guerrero, 68 años. El Vallecito. Chilecito. La Rioja, 1950.
El narrador es oriundo de la región. Tiene cierta cultura y es un buen narrador.

—327

885. El hermano avariento, el hermano comilón y el hermano bueno

SAN JUAN

Que era un matrimonio muy pobre que tenía tres hijos. Vivían di una majadita¹⁶³ de cabras, en un puestito en las sierras, y no tenían otro recurso.

Un día el hijo mayor les pidió permiso a los padres pa ir a rodar tierra y ganar mucha plata pa remediar las necesidades.

-Voy a trabajar mucho y voy a trair oro pa llenar el rancho, mama y taita -les decía-. Dejemén que vaya por esos mundos. Yo no me voy a conformar con poco. Ya van a ver lo que voy a trair.

Los viejitos se pusieron tristes, pero eran tan pobres que lo dejaron ir.

La madre le preparó un poco de fiambre pal viaje, y se jue.

A los tiempos el del medio les dijo lo mismo, que quería salir a rodar tierra como el mayor. Lo mismo le dijieron, que era para ellos muy triste que los dejara, pero eran tan —328pobres que necesitaban ayuda. Este chango era muy comilón y la madre le preparó mucho quiesol¹⁶⁴ de cabra, de sus cabritas, y le hizo unas cuantas tortas, de esas que se hacen al juego, en arena. Con las alforjas bien repletas se despidió, y se jue.

A los tiempos, les dice también el menor, el shulco, que lo dejaran ir a rodar tierra, a trabajar y a ver si averiguaba algo de los hermanos, que no sabían nada. Áhi los viejitos se largaron a llorar y le pedían que se

quedara, que era muy chico, que iba a correr muchos peligros. Pero al fin los convenció y le dieron permiso pa que se juera a rodar tierra. Ya 'taban tan pobres estos viejitos, que no tenían más que un pedacito 'e charque y eso le preparó la viejita para fiambre del viaje. El chango les pidió la bendición:

-¡La bendición mi mama! ¡La bendición mi taita!

-Que Dios te bendiga y ti ayude en todo, m'hijito -le dijieron-. Hais de tener cuidau que no te pase nada y hais de confiar en Dios siempre, si querís tener suerte.

Y el shulco salió y siguió por el mesmo camino qui habían seguío los hermanos.

-Yo gua volver con lo que Dios me ayude -iba pensando el muchacho- aunque sea poco, total somos tan pobres.

El hermano mayor se topó en el camino con un viejito, que parecía muy pobre, mal vestido y barbudo. Se pararon, se saludaron, y el viejito le pidió algo pa llevar a la boca porque hacía tres diyas que no comía nada. Le dijo qui hacía tres diyas que no comía nada. Este muchacho que era muy avariento, le preguntó qué le iba dar él, si le daba algo de su fiambre. Entonce el viejito, que era Dios, le dijo que le iba a dar la virtù que él pidiera, que para eso tenía poder. —329El muchacho desconfiaba, y entonce, como era tan interesado, le dice:

-Quero la virtù que lo que yo toque si haga oro.

-Tá bien -le dijo el viejito-, ya tenís la virtù.

-A ver, voy a comprobar si es cierto.

-Güeno, alzá una piegrita.

El muchacho alzó una piegrita del camino y se volvió oro, en el mesmo momento. Y ya se puso muy contento y le dio un pedazo de fiambre.

-Güeno, ya tenís la virtù, ya podís volver a tu casa, porque es pa ayuda de tus viejitos.

El muchacho resolvió volver a su casa con esta virtù.

El hermano del medio se encontró también con el viejito hilachento, éste.

Se pararon a conversar y el viejito le pidió también algo de comer.

Entonce este muchacho que era tan comilón, le preguntó al viejito qué le iba a dar si li hacía parte de su comida. El viejito le dijo:

-Te gua dar una virtù, lo que vos querís, pa eso tengo poder.

-Y, yo tengo aquí pan y quieso. Que cada vez que meta la mano a mis bolsillos o a las alforjas, se llenen de pan y quieso. Así tengo siempre qué comer.

-Güeno, probá la virtù, pero va ser mejor cuando lleguís a tu casa.

El muchacho metió la mano al bolsillo y sacó pan y quieso. Volvió a mater la mano y volvió a sacar pan y quieso.

El muchacho le hizo parte al viejito y se volvió a su casa muy contento con esta virtù.

El shulco también lo encontró al viejito. Se saludaron:

-Güen diya, taita viejo.

-Güen diya, hijito.

—330

-¿Cómo anda, taita viejo? ¿No necesita nada?

-Alguna comidita, si me podís proporcionar. Hacen tres diyas que no pruebo bocau.

El muchacho sacó en seguida su fiambrecito y le dio al viejito que se sirviera. Comieron y cuando se fueron a despedir, le dijo el viejito:

-¿Conque querís que te recompense?

-Con nada, taita viejo, ya voy a comenzar a trabajar en alguna parte y me voy a ganar unas monedas para seguir viaje.

Entonces le dice el viejito:

-Güeno, yo tengo una moneda de veinte, te la echo al bolsillo y te doy la virtud que cada vez que metáis la mano al bolsillo vas a sacar muchas monedas de veinte, todas las que ti hagan falta. Ya te podís volver a tu casa porque la virtud es para toda la vida.

El shulco no tenía palabras para agradecer al viejito y se volvió muy contento.

El mayor, al rato no más que dejó al viejito, tocó las alforjas y se le hicieron di oro. Agarró piegritas y llenó las alforjas, todas hechas di oro. Ya iba con su carga di oro que cuasi no podía caminar el caballo. Con el gusto si había olvidau de comer y ya le dolía el estómago di hambre. Entonces sacó su fiambre, pero en cuantito lu agarró se le hizo di oro. Lo guardó y siguió. Ya se moría de sé y se bajó a tomar agua en una vertiente qui había en el camino. Si agachó y tomó agua, y sintió que un chorro duro le tapaba la garganta. Escupió, y era la agua hecha oro. Subió al caballo y siguió. Encontró al rato no más a un arriero y le dijo que ya se moría di hambre y de sé, que le iba a dar la mitá de la carga di oro si le arrimaba un pedazo de fiambre y un poquito di agua, porque él no podía mover las manos.

El arriero creyó que era un enfermo y lo socorrió. Le arrimó a la boca un pedazo de fiambre, pero áhi no más se —331le convirtió en oro. Le arrimó un jarrito di gua, y también se hizo oro la agua. Entonces se botó al suelo, como loco, maldiciendo la virtud que él había pedido, y decía:

-Por un bocau de comida y un trago di agua, cambiaría todo el oro del mundo si pudiera salvarme. ¡Que Dios me ayude, que Dios me salve!

Entonces vio que aparecía a la distancia el mismo viejito, que lu alcanzaba al trotecito de su burro. Llegó y le preguntó cómo le iba con la virtud que él le había pedido.

Y el muchacho le suplicó que lo librara, por caridá, de ese castigo. El viejito lu aconsejó que no juera más avariento y lo libró de la virtud y le dio comida y agua.

Y así volvió a su casa como era antes.

El del medio llegó al rato. Venía enfermo que ya se moría de tanto comer y con una carga de pan y quieso que ya no se podía mover el caballo que montaba.

También le pidió al viejito que lo librara de esa virtud, porque era tan comilón, que no podía librarse de la tentación de'tar comiendo todo el día. Y el viejito lo libró también.

Al rato llegó el shulco. Traía una carguita de cosas y comida pa su casa.

Él, sólo metía la mano al bolsillo pa sacar un veinte cuando necesitaba y se conformaba con poco. Y entonces saludó, abrazó a sus hermanos, y al verlos, tan hinchado al del medio y tan seco al mayor, preguntó qué contenía eso. El viejito le esplicó todo y les dijo que él era Dios, y qui había venido para enseñarles el buen camino, y que por cariño al menor los salvaba a los otros mayores. Y que los dejaba pa que trabajaran siguiendo

el ejemplo del shulco.

Y áhi se volvieron a la casa, los tres, y vivieron con la virtud del shulco y el trabajo de todos. Y los viejitos se quedaron muy contentos con la vuelta de los hijos y vivieron muchos años felices.

Fidel Castro, 80 años. Huaco. Jáchal. San Juan, 1958.

Campesino rústico y analfabeto.

—332

886. El agua que convierte en oro

LA RIOJA

Una vez que había un rey que tenía un caballo y un hombre para cuidarlo. El cuidador debía lavar el caballo con jabón en el agua de un pozo. Pero el Rey le avisó que no debía meter la mano en el agua, ojalita¹⁶⁵ se le cayera el jabón, sinó que debía llamarlo a él.

Pero un día el hombre cuando se le cayó el jabón, no le hizo juicio al Rey y metió la mano adentro del pozo, y se le volvió di oro. Cuando el Rey lo vio, le cortó la mano por desobediente.

Varias veces se volvió a cair el jabón al pozo. Una vez al meter la cabeza para sacarlo se le volvió di oro, y por miedo de que se la hache el Rey, el hombre se disparó en su caballo, pero el Rey tenía un viejo que era adivino, y le dijo que lo buscara en cierto lugar. Llegó allí el Rey, pero como el caballo del hombre era también adivino, pegó un relincho y se convirtió en un perro y el hombre en un niño chico. Entonces se volvió el Rey a las casas. Le contó al adivino y éste le dijo que ese niño y ese perro eran los que buscaba, que fuera, que los iba a encontrar.

—333

Se jue el Rey adonde le 'bía dicho el adivino y no encontró más que un águila y un carancho.

Se volvió de nuevo a las casas. El adivino le dijo qu'el carancho y el águila eran el hombre y el caballo. Que fuera más allíta que los iba a encontrar. Volvió a irse el Rey adonde lo 'bía mandau el viejo y en ese lugar encontró nada más que dos osamentas. Y cansado de tanto dar vuelta se volvió para siempre a las casas. Las dos osamentas eran el hombre y el caballo. Y así se salvó el hombre.

Y se acabó el cuento.

Odila Escudero, 14 años. La Callana. General Roca. La Rioja, 1950.

La niña, buena narradora, aprendió el cuento de su padre.

—334

887. El rey de la laguna de oro

NEUQUÉN

Era un rey que tenía una laguna di oro y necesitaba piones. Siempre venían

muchos muchachos a pedile trabajo. Él les decía que no tomen agua de esa laguna ni pongan el dedo. Algunos piones ponían el dedo del pie o de la mano y el Rey se los cortaba, porque se les volvía di oro.

Un día dice un muchacho que era hijo de dos viejitos que tenían un chivito guacho y tenían una gallinita, dice:

-Yo me voy a trabajar a la casa del Rey, a cuidale la laguna di oro.

-No, hijo, porque áhi los matan.

-No, yo voy -dice.

Entonce viene la mamá, la viejita, le mató la gallinita que tenían, le hizo una tortita, y se fue a trabajar al palacio del Rey que tenía la laguna di oro.

Llega allá. Dice el Rey:

-¿Qué andás haciendo?

-Ando buscando trabajo -dice.

-Yo te voy a dar trabajo, que me cuides una laguna. Que no dentre ni un bichito a tomar agua, ni vos vas a tocar l'agua de la laguna.

-Muy bien, mi Rey -le dijo.

—335

Y lo llevó con su chivito.

-Ni que tu chivito vaya a tomar agua ¿eh?

Andaba el chivito con él, era su compañerito.

Bueno, hacía mucho tiempo que 'taba trabajando él, áhi. Cuidaba la laguna, daba vuelta, iba y venía con su chivito.

-¿Por qué este Rey -dice- no quiere que nadie toque esta agua de esta laguna?

Y él fue y metió toda la cabeza y se le volvió di oro. ¡Ah!, cuando se vio la cabeza di oro él, se quería morir. El chivito le dice:

-No, sacame lanita mía, te vas poniendote en tu cabeza.

Y así fue poniendosé la lanita, la lanita del chivito en la cabeza, y se hizo un gorrito negro. Y la Princesa, una vez ella 'taba en su pesebre, onde él dormía y todo, en el galpón. Lo ve que él se 'taba peinando y lo ve que tiene la cabeza di oro y se enamoró de él. Entonce la Princesa quedó muda.

Y hacía mucho que 'taba muda y el Rey dice:

-Está muda por gana de casarse.

Entonce vino, y puso en el diario, entre los vecinos, entre los reyes, que vinieran. Vinieron muchos. Pasaban príncipes, todos. A ninguno ella lo quería. El Rey le dio tre manzana. Que al hombre que le gustara le tirara una manzana. Entonce ella agarró y pasaban todos a caballo. Y va este muchacho, como un tonto, a caballo en su chivito, y ella le tira la manzana y le pega en la cabeza.

-¡Ay!, mi señorita, que me pegó -le dice-. Me dolió tanto...

-¿Te dolió mucho? -le dice la Princesa.

Entonce el Rey dice:

-Palabra de Rey no puede faltar, que mi hija se tiene que casar porque habló. Entonce agarró y la hizo casarse con el muchacho y la llevaron al pesebre de caballos.

—336

Entonce la Reina, la madre, cayó enferma. Estaba enferma la madre y mucha gente le llevaba regalos, flores, perfume de las Malvinas¹⁶⁶.

Y a él, el chivito, le dice un día:

-Mirá, a vos como no te quieren por acá, vas a hacer, a llevale un zorrino a tu suegra.

Y él le hacía caso. Como había sido compañero de su chivito y hablaba con él, encontró el zorrino y se lo llevó.

-¿Qué tal, suegra? -y qué sé yo.

Llegó él con su chivito. Su chivito siempre anda con él. Y viene y le larga el zorrino arriba de la cama y la mió. Le dejó todo, todo hediondo, con todo su perfume del zorrino. Entonces dice la Reina:

-¡Ay! -dice-, hay que matalo -dice.

Y entra el Rey y dice:

-¿Qué pasó? ¿Que habís hecho, Juan?

-Nada, mi Rey -dice.

Y ahí se sanó la Reina como si nada hubiera tenido.

Se sacó su gorrito y tenía la cabeza di oro. Entonces él fue, el Rey, en ese momento. El Rey le regaló el palacio más lindo a la Princesa y a Juancito.

Entonces a él fue el chivito y le dice:

-Mirá, Juan, yo te hi salvado de todos los apuros que vos habís tenido. Yo soy una palomita del cielo. Ahora yo me despido de vos, que te hi acompañado hasta el último.

Y se volvió una palomita, una palomita volando, volando, y se fue al cielo, y en el cielo está.

Ana Rosa Chandía, 67 años. Catán-Lil. Neuquén, 1970.

Campesina analfabeta. Buena narradora.

—337

888. Bilbao.

El niño de oro

SAN LUIS

Era un matrimonio, cuyo esposo sabía salir a trabajar a otros lugares. La esposa era muy buena dueña de casa y muy buena esposa, en todo sentido. No tenían hijos.

Una vez viene de visita a su casa una mujer del lugar, conocida de ellos, trayendolé de regalo dos naranjas, como nunca se habían visto de hermosas. Cuando se fue la visita, la señora guardó las dos naranjas para comerlas cuando viniera el esposo. Pero no podía resistir la tentación de comer siquiera una, la que le correspondía a ella. La venció la tentación, y comió una. Guardó la otra en el fondo de un baúl.

Después que comió la naranja, la mujer no se sintió bien. Por varios días no sabía qué le pasaba. Se le empezó a hinchar el vientre como si fuera un embarazo. Y al poco tiempo tuvo un niño varón. Todo era de oro. Relumbraba

con el sol, y era muy hermoso.

La madre del niño tenía miedo que volviera el esposo y pensara mal de ella. No sabía qué hacer. Resolvió buscar a una mujer de otra parte para que criara el niño. Le puso de nombre Bilbao, y lo llevó a una mujer para que lo criara con toda atención.

—338

Cerca de allí había un Rey que tenía una hija muy hermosa, que era muy regalona del padre y que le daba en todo en el gusto.

Fue tiempo ya que este niño estaba mozo, porque creció muy rápidamente.

Este niño de oro era un milagro de Dios.

La hija del Rey sabía ir a pasearse a las playas del mar, y cierto día vio a este joven tan hermoso y dorado y le llamó poderosamente la atención. Se enamoró locamente de él, y siguió yendo con más frecuencia para verlo. Él también se enamoró de ella.

Cierto día que el mozo andaba por la orilla del mar, vino un negro mota a la oreja¹⁶⁷, y lo invitó a jugar. Jugaron el pelecho¹⁶⁸. Ganó el joven, y el negro se sacó el pellejo y se lo dio al joven.

El joven se lo puso, y quedó completamente negro. Cuando vino la niña, lo vio al joven renegrido. Le llamó mucho la atención, pero siguió enamorada de él, como antes.

La niña pensando siempre cómo podría hacer para casarse con este joven, ideó una estratagema y le dijo al padre:

-Papá, tengo que hacerle un pedido.

-Lo que guste, hijita. Diga no más -le contestó el Rey.

-Quiero que haga citar, un día, todos los mozos de su reino. Al que yo deje caer un ramo de flores, a ese voy a elegir para esposo.

El Rey le preguntó si le gustaba alguno de los príncipes que él conocía.

Ella le contestó que el único que le gustaba era un joven que tal vez él no conociera. El Rey, deseoso de conocer el gusto de su hija, hizo grandes fiestas y ordenó —339que concurrieran los mozos de su reino. Frente al palacio hizo hacer un arco, y por ahí tenían que desfilar, para que la niña eligiera su esposo.

Una vez dada la orden del Rey y fijado el día de la reunión, comenzaron a llegar los jóvenes, unos en carruajes, otros a caballo, otros a pie. Todos iban llenos de lujo. Ya comenzaron a pasar bajo el arco. Pasaron un día entero, y la niña no tiró su ramo. Al día siguiente, siguieron pasando, y nada. Al tercer día también desfilaron mozos, todo el día, y la niña no tiró su ramo. Ya no quedaban más que los sirvientes, los piones, los leñateros, los vendedores. El Rey se enojó mucho de que la niña no eligiera, y tuvo que dejar que pasaran todos estos mozos, por capricho de la niña. Ya comenzaron a pasar mal vestidos, sucios, en burro unos, otros a pie. Pasaron todo el día, y el Rey ya estaba muy enojado con la hija. Al fin, venía un joven negro, en una burra vieja, con unas tamañas árganas, vendiendo pasas de higos negros. Lo dejaron pasar, y cuál no sería la sorpresa del Rey, cuando vio que la niña le tiró el ramo. El Rey decía que era una broma, pero la niña dijo que ése era su elegido, que era el único que ella quería. Hizo todo lo posible el Rey por convencer a su hija de que no hiciera esa locura, pero no hubo nada que hacer. Al fin, el padre, muy enojado, dijo:

-Bueno, palabra de Rey no puede faltar, que se casen.

Hizo llamar al joven y le preguntó.

-¿Cómo te llamás?

-Bilbao.

-¿Cómo?

-Bilbao.

-Pero... ¿Bilbao de qué?

-Bilbao y nada más, mi Rey.

-¡Pucha!... ni el nombre tiene bueno.

Ya el Rey se enojó más y ordenó que se casaran en seguida. Ya se casaron y el Rey ordenó que le dieran de alojamiento —340un chiquero de chanchos. Así se hizo, y al chiquero se fue la pareja a pasar su noche de bodas.

La niña le preguntó que cómo se había puesto de ese color si ella lo había conocido tan hermoso y dorado. El joven se sacó el pellejo del negro y quedó, otra vez, como era, deslumbrante como el sol. Tenía él una varillita de virtud y durante la noche la sacó, y le pidió que le hiciera un palacio más grande y mejor que el del Rey. Y se durmieron. Cuando la niña despertó, se encontró en una cama lujosísima y en un palacio todo de oro y de cristal como nunca se había visto otro.

Cuando amaneció, al otro día, la servidumbre del Rey corrieron con la noticia, de que parecía que algo ardía, para el lado que salía el sol. Se levantó el Rey muy apurado, y vio la maravilla del palacio que había aparecido allí, como un sueño. Mandó a los sirvientes, y todos les traían noticias de las riquezas y el lujo que veían por todas partes.

Al fin, el Rey se animó y fue a ver qué era aquello. Entró, y como agasajo le sirvieron mate. En eso que estaba tomándolo, se le desapareció el mate de la mano. Llegaron en eso los dueños de casa, la niña y el joven, y él no sabía qué hacer para pedirles que lo perdonaran porque había sido tan injusto con ellos. Ya comenzaron a buscar el mate, y se lo encontraron en el bolsillo del Rey. El Rey se quería morir, lo que pasaba por ladrón.

Por último, el Rey les ofreció su corona, para que siguieran reinando, en su lugar. El joven le dijo que ellos tenían otras mejores, y sacó y le mostró unas coronas que dejaban ciego de tanto que relumbraban.

Bueno... y la niña le hizo ver que Dios le había mandado ese esposo. Y ahí vivieron por muchos años reinando en lugar del Rey y muy felices.

Luis Jerónimo Lucero, 50 años. Nogolí. Belgrano. San Luis, 1945.

—341

Nota

Nuestro cuento, con sus variantes, tiene su lejano antecesor en uno de los mitos del Rey Midas: Dionisos, a su pedido, le da la virtud de que todo lo que toque se convierta en oro. Esta virtud alcanzó a su comida y su bebida y, desesperado, le pidió lo librara de ese don fatal.

Dos de nuestras versiones son paralelas del mito: Dios da la virtud de que se convierta en oro todo lo que tocan dos personajes, que por avaricia, lo piden. Cuando se les convierte en oro la comida y el agua, ruegan a Dios que los libre de esta tragedia. En otras dos versiones, niños desobedientes, al tocar el agua mágica prohibida, ven que una mano y la

cabeza, se les convierte en oro. En otra versión una mujer impaciente come una naranja mágica y tiene un hijo de oro.

El tema no aparece entre los cuentos hasta el presente recogidos, fuera del motivo del muchacho a quien se le convierte el pelo en oro al entrar a la habitación prohibida, del Tipo 314 de Aarne-Thompson.

—[342] —[343]

El rey tiene cuernos. El rey tiene orejas de burro
5 versiones

Cuentos del 889 al 893

—[344] —345

889. El rey tiene astas

CATAMARCA

Dice que una vez había un rey y una reina. Que eran muy queridos del pueblo. Habían tenido un hijo, y la mala suerte había querido que tuviera astas. No astas muy grandes sino unas astas medianas, dice, que le ocultaban con la corona y con adornos. Pero no era güeno que sepa el pueblo que el Príncipe tenía astas. Entonces, todos no querían ser, dice, peluquero, porque todo peluquero que le cortaba el cabello al Príncipe le hacía matar al Rey para que no se divulgue. Porque no conseguía que haya un hombre en el mundo que pueda guardar un secreto.

Al tener veinticinco años el Príncipe iba hacerse cargo del reino. Y ya hacía veinte años que iban muriendo los peluqueros. Nadies quería ser peluquero. Ya eran contados los peluqueros. Había quedado uno que lo había hecho llamar el Rey y le dice:

-Mirá, voy a morir. Nu hay peluqueros en el reino. Mi hijo tiene cuernos. Confío en vos qui has sido mi amigo y que yo te he favorecido toda la vida. Y que has sido mi íntimo amigo. Confío en vos que vas a cuidar de mi hijo. Mi hijo tiene dos cuernos. Vos le vas a cortar el pelo porque él se va hacer cargo del reino. Yo voy a morir y como última gracia te pido esto, que guardes el secreto. Para tomar precauciones, vas a vivir encerrado en una torre, porque —346no hay voluntad humana que resista contar una cosa que ve.

-Bueno -es que le dice-, pierda cuidado. Voy a guardar el secreto. Había muerto el Rey. Li había cortado el pelo el peluquero al Príncipe y li había visto las dos astas.

Con la corona disimulaba.

Lu había encerrado en la torre al peluquero. Y sentía tantas ansias, este hombre, de contarle a alguien, y sentía también el remordimiento de traicionarlo al amigo. Entonces, dice, después de las fiestas, que habían sido unas fiestas enormes, que si había hecho cargo del reino el Príncipe, había pedido él, como gracia, que lo saquen al campo. Lu habían sacado con escolta, al campo, y todos iban taponados los oídos y vigilados por un capataz, por un comandante, en fin. Y dice que este hombre tenía tantas ganas de contar, que en un lugar húmedo había hecho un güequito, un hoyito en el suelo, y si había agachau y había dicho:

-El Rey tiene cuernos. El Rey tiene cuernos. El Rey tiene cuernos. El Rey tiene cuernos.

Le contaba a la tierra.

Había brotado un cañaveral enorme, dice, en ese lugar.

Los changos leñateros, dice, habían ido y habían visto este cañaveral.

Y como les gustaba, dice, tocar la flauta, la quena, habían cortado unas cañas y habían hecho una flauta. Y la soplaban.

-El Rey tiene cuernos. El Rey tiene cuernos. El Rey tiene cuernos -que decía la flauta.

Había llegado a oídos del Rey. Había querido comprobar el caso. Había ido y había hecho de las cañas una flauta, y tocaba, y decía:

—347

-El Rey tiene cuernos. El Rey tiene cuernos -las más gruesas.

Entonces había llamado en plaza pública a su reino, y si había descubierto, y les había avisado sinceramente, que tenía cuernos por defecto de la naturaleza o qué sería, que el Rey tenía cuernos. Si ellos creían que no podía gobernar, que nombren otro príncipe para rey. Todo el pueblo, como era bueno, generoso, lu habían aclamado, que ojala¹⁶⁹ tuviera cuernos, era el indicado, dice, para seguir gobernando al pueblo.

Reconoció, entonces, su defecto y siguió gobernando en la paz de Dios. Y al peluquero lo sacaron, lo premiaron y siguió viviendo por haber guardado su secreto.

Perfecto Bazán, 49. Belén. Catamarca, 1969.

—348

890. El rey tiene cuernos

CORRIENTES

En un país lejano había un rey que tenía cuernos, pero sólo lo sabía su peluquero, que se los disimulaba muy bien con el peinado.

Cierto día el Rey quiso cambiar de peluquero y fue a otro. Le descubrió su secreto o mejor dicho su defecto y le dijo que guardara el secreto porque sinó lo mataría.

El peluquero no pudo resistir y habló. Para ello hizo cavar un profundo pozo y allí comenzó a gritar.

-¡El Rey tiene cuernos!... ¡El Rey tiene cuernos!...

Tapó el pozo y el secreto quedó sepultado bajo tierra. El hombre quedó

tranquilo y pudo dormir en paz.

Sobre el pozo creció una variedad de caña. Cierta día un pastorcillo cortó una caña para hacer una flauta, y al tocar decía:

-¡El Rey tiene cuernos!

Enterado de ello, el Rey lo perdonó al peluquero.

Juan Medina, 67 años. Colonia Juan Esteban Martínez. Lavalle. Corrientes, 1950.

—349

891. El rey orejas de burro

LA RIOJA

Éste era un rey que tenía un peluquero especial para que le arregle el pelo, porque usaba la melena hasta sobre los hombros y naide sabía por qué usaba así el pelo su Majestá. Un día que le estaba arreglando el pelo vio el Rey que se sorprendió el peluquero, y le dice el Rey:

-¿Por qué ti hais sorprendido, acaso me hais visto las orejas?

Y éste le contesta:

-Sí, mi Majestá.

-Bueno -le dice-, miramelás bien. Mirame la otra también, ¿cómo las tengo?

-Como el burro, mi Majestá.

-Bueno -le dice-, solamente vos sabís que tengo así las orejas. El día que yo sepa que hais contado, ese mismo día te haré cortar la cabeza.

Y salió éste. Pasaron tres días, y éste parecía que se iba a reventar de lleno de deseos de contar, este, y un día, no pudiendo resistir ya, tomó la pala y un pico y se fue a un monte de donde sacaban leña, y cavó un hoyo como de dos metros, y pegó tres gritos diciendo que el Rey tenía las orejas como burro, y lo tapó y salió satisfecho porque había —450 cumplido el deseo de contar el secreto. Pero, éste, que resulta después, que como a los tres días había ido un leñador a sacar leña y al volver con la carreta llena vio unas tres cañas tan hermosas que se golpiaban unas con otras y que se sentían tan clarito que decían: El Rey tiene las orejas como burro. Entón a éste le llamó la atención y se arrimó y sacó el cuchillo de la cintura y le pegó un hachazo a una. Y siguió andando y trabajando una flauta. Y comenzó a tocar. Y le resultaba lo mismo, que solamente decía la planta:

-El Rey tiene las orejas como burro.

Y así entró al pueblo. Ofrecía la leña y a la vez tocaba la flauta. Y al poco andar lo tomaron preso y éste declaró que él había hallado tres cañas en el monte y le llamó la atención al oír lo que decían, y de ver las tan hermosas había cortado una. Entón lo buscaron al peluquero y lo llevaron ante el Rey. Y le dijo que él no había contado a naide.

-Bueno, porque no hais sabido guardar el secreto te haré cortar inmediatamente la cabeza -le dijo, pero lo perdonó.

Y el leñador fue puesto en libertad.

Rosa de Torres, 63 años. Punta de los Llanos. Vélez Sarsfield. La Rioja, 1950.

Campesina rústica, buena narradora.

—351

892. El rey Pilón

SAN LUIS

Había una vieja que tenía un muchacho y lo conchabó a un rey del lugar. Este Rey era pilón¹⁷⁰, pero vivía tan afligido por este defecto, que no quería que nadie lo supiera. Había pensado que el que descubriera que él era pilón y lo dijera, lo iba hacer matar.

Un día, el muchacho conchabado descubrió que el Rey era pilón. Sabía que lo matarían si lo decía, pero no podía guardar el secreto. A cada momento tenía ganas de gritar: ¡El Rey es pilón! Todo el día se desesperaba para que no le saliera el grito. Ya no podía ni dormir; le había entrado como una fiebre. Como ya no podía soportar más esta enfermedad, se fue al campo, cavó un pozo hondo, se metió adentro, sacó la cabeza para ver que no hubiera nadie, y bajando la cabeza gritó:

-¡El Rey es pilón! ¡El Rey es pilón! ¡El Rey es pilón!

Salió del pozo y lo tapó con tierra. El muchacho se sintió aliviado como si se hubiera curado de una enfermedad grave.

—352

Pasó el tiempo, y el muchacho casi se había olvidado de lo que pasó. Pero, un día llegó un hombre del campo con una gran novedad. Contó que dos árboles criados a la par y medio cruzados, en un lugar no muy lejos de ahí, al moverse y tocarse, decían, en cada movimiento:

-¡El Rey es pilón!

Inmediatamente el Rey hizo averiguar por todas partes a qué se debía esto. Mandó gente a todos lados, ¡y nada! No se podía descubrir cómo aquellos árboles había aprendido a decir que el Rey era pilón. Todos se enteraron del defecto del Rey y el Rey sufría mucho.

Se había publicado que si se descubría el culpable lo haría matar, el Rey. El muchacho se guardaba muy bien de ni hablar del asunto en ninguna parte. Como vio el Rey que no podía descubrir el culpable, echó un bando diciendo que el que diese razón de lo que había ocurrido con los árboles, lo haría casar con su hija.

El muchacho, cuando lo supo, no sabía cómo hacer para casarse con la hija del Rey, y que no lo mataran. Entonces buscó la vuelta al asunto. Empezó a afilar un cuchillo en una piedra, y le hacía decir:

-¡Yo jui! ¡Yo jui!

-¿Qué decís, muchacho? -le preguntaban los que lo oían.

-Que él es -dice el cuchillito- contestaba el muchacho.

Esto fue una gran novedad, en la comarca, otra vez. Se presentó el muchacho al Rey y dijo que iba a decir quién había enseñado a los árboles a descubrir la falta¹⁷¹ de Rey.

—353

-¿Y quién es? -dijo el Rey.

El muchacho comenzó a afilar el cuchillito, y el cuchillito decía:

-¡Yo jui! ¡Yo jui!

El Rey no sabía qué hacer. Si lo hacía matar al muchacho no podía hacer casar a su hija con un muerto. Y en eso estaba, cuando lo aconsejaron que lo hiciera casar y lo perdonara. Así lo hizo el Rey, y al fin se acostumbró a que lo llamaran El Rey Pilón.

Luis Jerónimo Lucero. Nogolí. San Luis, 1947.

—354

893. El rey Pilón

NEUQUÉN

Se cuenta que era un rey pilón, que tenía las dos orejas cortadas.

Todos los días iba al palacio de este Rey, un niño a buscar un almú de afrecho y de trigo. El Rey tenía siempre las orejas tapadas. Un día que vino el niño al palacio, que era hijo de un compadre del Rey, vio que el Rey tenía la cabeza destapada y que no tenía orejas. Al niño le llamó mucho la atención y lo miró con mucha curiosidad, a lo que el Rey le preguntó:

-¿Qué me mirás tanto?

-Le miro, señor, que usted no tiene orejas -contestó el niño muy sorprendido.

Entós el Rey le dijo que no contara que él estaba sin orejas, y que si contaba le iba a cortar la cabeza.

-No, señor, no voy a contar a naide -dijo el niño asustado.

El niño se fue a la casa. No sabía cómo hacer pa contar que el Rey era pilón, pero tenía miedo porque le iban a cortar la cabeza. Ya no podía comer ni dormir con ese secreto. Entós lo que hizo, es sacar una pala y un pico y salió al campo. A la orilla de un río hizo un pozo bien hondo,

—355se agachó sobre la boca del pozo pa que naide lo oyera, y dijo tres veces:

-El Rey es pilón, el Rey es pilón, el Rey es pilón. Después tapó bien el pozo y se volvió a su casa más tranquilo.

Al tiempo, del pozo nacieron tres plantas de caña y crecieron muy altas estas cañas.

Por ese lugar pasó, después de mucho tiempo, un pastorcito de cabras, y al ver las cañas tan lindas, cortó una pa hacer una flauta. Hizo una flauta y empezó a tocar. La flauta en vez de sonar como las otras flautas hablaba y decía:

-El Rey es pilón.

Ya empezó a llamar la atención a todo el mundo esto y llegó a conocimiento del Rey. Entós lo mandó llamar al pastorcito, y claro, ya se enteró de todo y vio que el niño no había delatado el secreto.

Luego pasó por una planta de porotos, pa que usted me cuente otro.

Cesáreo González, 84 años. Barrancas. Pehuenches. Neuquén, 1952.

Campesino afincado en el lugar. Muy buen narrador.

Nota

El tema de nuestro cuento con sus versiones y variantes conserva la tradición antigua de un conocido mito del Rey Midas: En una contienda musical entre Marcio (o Pan) y Apolo, Midas juzgó superior a Marcio. Apolo se vengó poniéndole orejas de asno. Midas las ocultó con un bonete y sólo conocía el secreto su barbero. El barbero con la angustia de no poder descargar este secreto, cavó un pozo en la tierra, allí lo dijo y lo tapó nuevamente. Sobre el pozo crecieron unas cañas y con voz humana propagaron el secreto a todos los vientos.

Nuestras versiones son recreaciones del mito. En una, el rey tiene orejas de asno; en dos, el rey tiene cuernos; en las otras dos, el rey no tiene orejas, es pilón, según la expresión regional.

Las tres formas del cuento viven en nuestra tradición. Susana Chertudi ha publicado el cuento El rey pilón de Santiago del Estero; Jesús María Carrizo otro, El rey tiene cuernos, de Catamarca. En su clasificación podemos indicar el motivo D 1316.5 de Aarne-Thompson.

—[357]

Cuentos de brujos. Cuentos del diablo. El aprendiz de brujo
10 versiones

Cuentos del 894 al 903

—[358] —359

894. El muchacho que aprendió más que el maestro mago

La Gata

LA RIOJA

Un padre tenía tres hijos. Como eran muy pobres, el mayor sale en busca de trabajo y llega a la casa de La Gata. La Gata era un joven que estaba transformado por magia. Le ofrece cincuenta pesos por mes para que lo vele de noche y le encarga que aunque tenga miedo no dispare porque era perdido. Al llegar la noche, La Gata le da un porongo y velas y él se

acuesta en un cuero, salta, da en el techo y se transforma en víbora, iguana, y en muchas visiones más. Era de magia y él tenía que aprender. El joven no duerme de miedo, descansa en el día y trabaja de noche. Está un mes y se va. Viene el segundo hermano y le sucede lo mismo. Está un mes y no aprende nada.

Llega el más chico que le llaman el Chiquillo y cuando sale al mes, sabe transformarse en las visiones que quiere. Éste no tenía miedo y aprendió más que La Gata y por eso le agarra rabia y trata de perseguirlo.

La Gata sale a buscarlo para matarlo porque sabe más que él; que era hasta entonces el mejor mago.

Como son tan pobres, hay unas carreras y el padre se lamenta lo que no tiene en qué ir. El Chiquillo le dice que —360 puede transformarse en un caballo zaino, que lo haga correr y juegue sin temor a perder.

En el camino le recomienda que si lo quieren comprar, no lo venda y si lo vende, que no se olvide de sacarle el freno.

Llegan a la cancha, lo hace correr varias veces y gana. Este caballo era el Chiquillo transformado. La Gata que se encuentra transformado en joven, lo reconoce y le pide le venda el caballo; tanto lo molesta, que al fin lo vende y se olvida de sacarle el freno. El caballo se acerca, se refriega en el padre para hacerlo acordar, pero éste se va sin acordarse lo que el hijo le pidió.

La Gata lleva el caballo y lo ata bien alto para que se muera. La sirvienta, que lo ve, le da lástima del animal y va y lo desata. El caballo se saca el freno y para defenderse de La Gata que lo ve, se mete al agua y se transforma en pescado. La Gata lo ve y se transforma en rana para perseguirlo. El Chiquillo se transforma en paloma; La Gata en halcón. Pasan volando por donde se encuentra una niña. Caen en la falda de la niña dos anillos y siente que le dicen que no los venda por poca plata y que si los vende que los tire, que no los dé en la mano.

Se pone los anillos y llega un joven a comprarlos, pero ella no los quiere vender, tanto insiste el joven que la niña le pide dos cargas de plata y se los tira. Caen al suelo los anillos y se transforman en una granada. Se abre la granada y los granos se desparraman. Y aparece una gallina con pollos y comen los granos. Queda uno escondido, y cuando terminan todos los granos, sale el escondido en forma de zorro y come la gallina. El zorro es el Chiquillo y la gallina el mago que anda en forma de gata. Así vence el Chiquillo a La Gata, que era el maestro mago y habían luchado para ver cuál tenía más poder y sabía más.

Clorinda de Flores, 45 años. Catuna. General Ocampo. La Rioja, 1950.

—361

895. La suegra bruja

JUJUY

Dice que había una vez un matrimonio que vivía en un lugar muy retirao del poblao, y el nuerol72 se llevaba muy mal con la suedra. Y pasaban siempre de pelea con su mujer por culpa de ésta. Y como estas peleas eran cada vez

más seguidas, la suedra ha disponío quitarle la mujer a su yerno y se la ha llevau pa su casa, y lo ha dejao con cuatro changos que tenía, pa que se las arregle como pueda.

Con estos los rincores se han aumentao, y el nuero le dio una tratada a la suedra, y la ha amenazao matarla, y volver a trayer a su mujer.

La suedra había sío bruja y queriya librarse de este enemigo y le hizo el mal. Lo puso enjerme y al muera.

El hombre se jue a un curandero para hacerse curar y de suertiarlo¹⁷³ para saber lo que pasaba, le encontró que la suedra lo había travesiado para que se enjerme y muera de a poco. Y el curandero le ha enseñao como se hai defender. Le ha dicho que los martes y viernes, no se eche a dormir, ni por la noche. Que tenga un cuchillo grande bien afilao, y el fuego prendido. Que prepare harta leña para hacer una —362 güena fogata. Y que el mismito momento que sienta que se arrima la lechuza, gritando, que él se ponga tras la puerta de su cuarto, y cuantito quiera entrar le pegue un hachazo y no se deje tocar hasta que la voltie al suelo, y que la ramie¹⁷⁴ pal fuego, y que la queme con harta leña.

El hombre ha hecho así y cuando se ha estao quemando la cabeza que él ha visto que era la suedra, ha llamao los changos pa que la veyan para que ellos apriendan y no se casen cuando la suedra seya bruja, y toditos la han visto quemarse. Al otro día se han ido a ver a la abuela, y la mama les dijo que la agüela amaneció muerta, y sin cabeza. Entonces han visto que la agüela había sido bruja. De este modo se han vuelto a juntar con las guaguas y han vivío contentos.

Y ha dentrao por un canastito roto, pa que usté me cuente otro.

Presentación Zerpa, 25 años. Hornillos. Tilcara. Jujuy, 1953.

Pastora colla. Muy rústica.

—363

896. La vieja bruja

LA RIOJA

Que eran dos chicos que se sentaban a jugar y que se llamaban, Mercedes, la chica, y el chico también.

Bueno, una de esas güeltas que jugaban, el varón llevó un rosario con crucifijo di oro y que le regaló a la chica con el compromiso de que se iban a casar.

Después, que realizó un viaje con el padre, el chico varón, y que cuando fueron por el camino tenía ser, y que el chico se bajó a tomar agua de un río que cruzaba, y que cuando tomó agua se volvió un viborón. El padre lloraba muchísimo y el chico hecho viborón se disparó al monte y no lo encontraron más. Y después de pasados algunos años, Mercedita era grande, y que tenía otro novio. Y estaba para casarse, y entonces que había una vieja bruja y que le había contado a Mercedes que se había hecho víbora el que era su primer novio.

Y ella siempre lo esperaba. Y ella se valió de la vieja bruja que lo hallara al viborón. La bruja lo veía siempre tomar agua en el lugar donde

se había hecho viborón. Y la vieja le dijo a la niña que el viborón iba a venir a la pieza de ella el día antes de que ella se case. Y que a la mañana le ponga una palangana con agua limpia. Y así pasó. Mercedita le puso el agua y a la mañana tempranito llegó el viborón. —364 Se bañó en la palangana y se convirtió otra vez en joven. Y ella que lo escondió. Y que le mandó hacer un traje para que se fueran a casarse. Al otro día, se iba a casar con el otro.

Entonces iba a salir este novio y no el otro. Y al otro día se fueron a la iglesia y se casaron con Mercedita. Y cuando vinieron a la casa tenían el crucifijo clavado en la pared, aquél qu'él le regaló. Y cuando volvieron, se despegó el Cristo del crucifijo y les dio la bendición.

Después continuaron con baile y siguieron viviendo juntos muchos años. Y así pasó por un zapato roto, pa que usté me cuente otro.

Gerarda A. de Campillay, 58 años. Santa Cruz. Famatina. La Rioja, 1950.

—365

897. Celina, la maga

LA RIOJA

Era un joven muy bien parado. Invitaba a los amigos que vengan a almorzar o cenar con él. Los obsequiaba muy bien. Un día les presenta su novia. Era una niña que se llamaba Celina, y había sido una maga consumada, de éstas que estudian la magia.

Se casó y ésta le había sabido dar unos polvos preparados para hacerlo dormir, y se había sabido ir al cementerio a comer dijuntos, con otras brujas. Con las uñas largas, sacaban y comían.

Una noche él se hizo el dormido. Estaba roncando, y entonces ella lo vio, se vistió y salió. Él la vio y la siguió. Y la vio lo que hacía.

Después se vino y luego cayó ella. Él se hizo el dormido. Al otro día, en la mesa, como siempre, ella no comía. Apenas si pinchaba unos fideítos para comer porque, es claro, ella comía de nochi. Entonces el hombre le dijo:

-Pero, hija, ¿por qué no comís? ¡Comé!

Y como ella no comía, entonces, como el marido sabía, le dice:

-Claro, qué vas a comer, si de noche te llenás con carne de dijuntos, ¡sucía! -y otras cosas.

—366

Entonces ella se enojó y se fue al cuarto. Sacó unos polvos, echó en una copa con agua, los meció, y vino donde él estaba y le dijo:

-Si sos cristiano, volvete perro -y le roció con el agua.

Allí no más se hizo perro. Le daba de comer y de nochi lo encerraba en un cuarto para que no se vaya. Todos los días le pegaba, y un día se disparó el perro y entró en la casa de un panadero. El panadero al verlo al perro tan lindo, le dio pan y lo hizo quedar. Lo llamaba Rosquizo. Lo cuidaba mucho. Un día va una señora a comprar pan y le pagó con una moneda falsa. Entonces el panadero le dice que no.

-Mire -le dice el panadero-, hasta Rosquizo la va conocer.

Lo llama a Rosquizo y le dice:

-Separe la moneda falsa -y la separó.

-Ha visto -le dice.

Otro día viene una vieja a comprar pan con otra moneda falsa. El panadero le dice:

-Esta moneda es falsa y hasta mi perro Rosquizo la va conocer.

Lo llama al perro y la separa. Como vio que el perro la conocía a la moneda falsa, en cuanto sale el panadero ajuera, la vieja le dice:

-Vamos a casa. Se vamo Rosquizo -y lo llevó al perro.

Cuando viene el panadero no lo halla al perro, ni a la vieja. Lo busca por todos lados y no lo encuentra.

La vieja llegó a la casa donde la hija había sido otra de las brujas finas, y la conocía a Celina, a la mujer del hombre. Entonces la mujer le dice:

-Hija, hi tráido este perro porque conoce las monedas falsas.

—367

Y la hija le dice:

-¿Cómo no las va conocer, si es un joven convertido en perro? Ya va ver.

Entra adentro y saca unos polvos, echa en una copa y le dice al perro:

-Si no sos perro, convertite en cristiano -y lo roció. Allí no más se volvió el joven de antes.

Entonces la niña le dice:

-Si se va a la casa, joven, su mujer lo va a volver a convertir en animal y maltratarlo. Pero vea, yo le voy a dar unos polvos. Usté se va a la casa, abre la puerta, y ella no se va dar cuenta que usté va dir, entonces despacito entra, y le dice:

-Si no sos cristiana, volvéte yegua, y todos los días usté la castiga. Así le va a pagar lo que le ha hecho.

El joven se fue, entró despacito y le echó la agua con los polvos, y al ratito se convirtió en yegua.

La agarró y la castigó, y de noche la encerraba en un cuarto. Todos los días la mortificaba.

Un día ve el Rey lo que le hacía a la yegua, y lo hizo llamar y le preguntó porque trataba, así a ese animal. Entonces el joven le contó y el Rey le dijo:

-Güeno, está bien, pero dejala aquí, yo la voy a tener, y tené cuidado porque si se te dispara te va a embromar a vos.

El joven se la dejó y no supo más de la perra negra bruja. Aquí termina el cuento.

Laureano de la Fuente, 66 años. Pinchas. Castro Barros. La Rioja, 1950.

—368

898. Los tres hermanos

SAN LUIS

Que había tres hermanos que tenían una herencia de un peso y no podían repartirse porque uno era muy avariento. Dos querían agarrar de 35

centavos y le quedaba a otro 30. El avariento quería 40 centavos. Un día que estaban discutiendo por repartirse, se presentó un viejecito que había sido San Antonio y les dice:

-¿Qué hacen hijos, aquí?

-Acá estamos con esta herencia y no los podemos repartir, porque mi hermano es muy avariento.

-¿Queren que yo los reparta? -les dice.

-Bueno -contestan los tres.

El viejecito les dio 35 centavos a los que no eran avarientos, y al avariento le dio los 30. Y le dice:

-Tomá mi sombrero y andate. ¿Estás conforme?

-Sí -le dice.

-Bueno, andate, y ustedes sigan conmigo, les dice a los otros dos.

Cuando había caminau el avariento, unas cuadras, pensó volverse y ir a devolver el sombrero. Le dice:

-Señor, tome su sombrero, y yo quiero ir en su compañía.

—369

Le dice San Antonio:

-Bueno, sigan conmigo.

Bueno, ya cuando se les hizo la noche, llegaron a una casa. Preguntaron de trabajo, y que si les podían dar alojamiento. Entonce, áhi les dieron trabajo tres diyas. La dueña de la casa había síu una vieja bruja. Esta vieja los maltrataba a los que les daba posada y trabajo, y se los comiya, a los tres días. En la noche, les dice:

-Bué, cada uno va a dormir con una de mis hijas.

Tenía tres hijas. Bue, entonce, ella cosió unos gorros colorau para ponerle a las hijas y distinguirlas. Cuando echó ya de ver la vieja que estaban dormidos, la mandó a una negra criada a ver si estaban dormidos. Como el viejecito sabía lo que iba a ocurrir, cuando andaba la negra caminando, dice él:

-¡Ay!, ¡que tengo sé!

-Le preguntó qué es lo que quiere.

-Quero un jarro di agua.

Le dice la negra a la vieja:

- 'Stán despiertos.

Le llevó el jarro de agua. Ya volvió la negra a andar el ruido no más, a ver si estaban despiertos. Y le dice:

-Viejecío ¿que no duermes?, ¿qué te pasa?

-Tengo frío los pieses -le dice-. No puedo dormir. Quero una bolsita 'e ceniza caliente.

Y se la llevó la negra. Él guardó el jarro di agua y guardó la bolsita de ceniza. Al rato volvió la negra y le dice a la vieja:

-Yo no sé, 'stán despiertos no más.

Dejaron pasar otras horas, otra vez. Y vuelve a ir a andar la negra, tranqueando. Le dice la negra:

—370

-Viejecío, ¿qué tienes que no te puedes dormir?

-Quero unas áujas.

Le trajo las áujas.

-Bue -le dice-, dormite viejito. ¡Dejame de molestar!

En seguida se jue. Cuando se jue la negra, se levantó él y les sacó los gorros a las niñas y se los puso a los mozos. Ya cuando volvió la negra, ya 'staban todos dormidos, y el viejo también se hacía el dormío. Y se vuelve ande 'staba la vieja la negra y le dice que 'stán dormidos. Se levantó la vieja con una guadaña muy cortante y les pasó a degüello a los que 'staban sin el gorro, creyendo qu'eran los mozos. La vieja no se fijó que fueran las hijas.

Le dice a la negra:

-Negra, echale leña al horno y acostate a dormir, para que después aseemos los chanchos gordos.

Después se levantó la vieja, y la hizo levantar a la negra para que fueran a traer los chanchos para echarlos al horno. Ya va la negra, y le dice:

-¡Ay! ¡Son las niñas las que han muerto! ¡Y éstos se han ido!

-No creu -dice la vieja-, no creu.

Se va la vieja a ver si era cierto. Ya, ¡claro!, vio que eran las hijas.

-Andate -le dice a la negra-, pedí la chancha negra que camina tres trancos por legua.

Ya vino la negra con la chancha y subió a caballo la vieja en la chancha. Salió atrás de ellos.

Cuando iba muy lejo la vieja, había andau muchas leguas, dice el viejecío:

-¡Allá viene la vieja bruja; ya los viene alcanzando! ¡Ya los alcanza!

—371

Y le tiró el jarro de agua. Y ya se hizo un mar. Ya adelantaron ellos una cantidá de leguas. La vieja no podía pasar, pero al fin pasó después de muchísimo trabajo. Y cuando los iba alcanzando otra vez, la volvieron a ver, y el viejecío le tiró la bolsa 'e ceniza, y s'hizo una neblina muy grande, que la vieja no sabía pa dónde seguir. Cuando después de muchísimo porfiar pasó, ya los otros iban muy lejos. Habían caminau leguas. Les dice otra vez el viejecío:

-Miren, hermanos, ya viene la vieja alcanzándolos otra vez.

Le tiró entonce, las áujas. S'hicieron leguas de pencales, que la vieja, ¡claro!, ya no podía pasar.

Bue... Cuando ya iban muy lejos, volvió el viejecío a devisar a la vieja que había lograu pasar. Les dice a los otros:

-¡Allá viene la vieja! ¡Ya los viene alcanzando otra vez! Nu hay más que los vamos a subir a aquel árbol muy alto que se ve allá.

Ya se subieron arriba del árbol, los cuatro. Ya viene la vieja y llegó al árbol. Cortaba rastros y venteaba, y decía:

-¡Carne humana! ¡Carne humana!

San Antonio les había dicho que cuando la vieja hablara no miraran para abajo, sinó para arriba.

Y el viejecío decía:

-Cairé', cairé, cairé...

-Cái -decía ella- no más.

Miró uno de los jóvenes y áhi no más cayó y áhi no más lo echó la vieja a una bolsa. Ya empezó otra vez a dar vueltas y a decir:

-¡Carne humana!

-Cairé, cairé, cairé -decía San Antonio.

-¡Cái, cá! -decía la bruja.

—372

Volvió a mirar el otro para abajo y ya cayó al suelo también. Y ya corrió la vieja y lo echó a la bolsa.

-¡Carne humana, carne humana! -decía la vieja otra vez.

-Cairé, cairé, cairé...

-¡Cái, cái, cái! -decía ella, no más.

Miró el otro y cayó lo mismo. La vieja lo echó también a la bolsa. Ya empezó otra vez a dar vueltas y a decir:

-Carne humana, carne humana.

-Cairé, cairé, cairé... -decía San Antonio.

-Cái, cái, cái -decía la vieja.

Y San Antonio no cayó nada. Ya se había cansado la vieja y se subió al árbol. Cuando se subió arriba, San Antonio de un salto 'stuvo en el suelo, y entonces empezó a decir San Antonio:

-¡Cái, cái, cái!

Y cayó la vieja. Y la echó a la bolsa y la cosió. Y los desató y los sacó a los jóvenes. Y después quemó a la vieja, y la quemó a la chancha.

-Bue -les dice a los jóvenes-, ustedes se van a andar unidos así como les he enseñau, no con avaricia, que deben de tener los tres hermanos por igual. Yo soy San Antonio que lo hi veníu a salvar por pedido de su padre muerto.

Salió por un zapato roto que yo no voy a contar otro.

María Adolfina Díaz, 54 años. El Porvenir. Capital. San Luis, 1940.

La narradora, campesina rústica, es nativa de la región.

El cuento es una mezcla de otros cuentos. Puede considerarse una variante del cuento de la vieja bruja que mata a las hijas.

—373

899. El pescador y el diablo

SAN LUIS

Había una vez un viejito que tenía un perrito y un muchachito. Y el viejito se ocupaba de pescar para poder comer, porque era pobre. Todos los días iba a pescar. Y un día, no podía agarrar ningún pescado. Iban llegando las doce del día y no había agarrado ninguno. Entonces el viejito, furioso de rabia, dijo:

-Siquiera viniera el diablo a ayudarme a pescar.

Y se le apareció un hombre en una mula negra, y le dijo al viejito:

-Acá vengo, amigo, ¿para qué me quere?

-Yo lo desiaba para que me ayude a pescar, porque no puedo agarrar ningún pescado.

-Bueno -le dijo el hombre-, traiga la canasta.

Y se la dio y la metió al agua y salió llena de pescado. Y la llenó otra vez. Le dijo el viejito:

-Basta, ya está bien por hoy.

-Bueno -le dijo el diablo-, ¿qué me va pagar?

Le dijo el viejito:

-No tengo qué pagarle.

-Cómo, no -dijo el diablo-, tiene un chico y un perrito.

-Bueno -le dijo el viejito.

Como él sabía que siempre llegaba primero el perrito, le dijo al diablo:

-El que llegue primero de los dos se lo voy a dar.

Bueno... ya vienen. Venía muy adelante el perrito, pero se clavó una espina, y el perrito se puso a sacarselá. Y llegó el chico, y pasó, y llegó primero. Entonces dijo el diablo:

-El chico es mío y me lo llevo.

Y lo alzó en anca de la mula y lo llevó. El viejito quedó llorando. Y se fue el diablo para la casa de él. Y allá había un corral lleno de mulas, y entre ellas había una mula blanca. El diablo le dio una plancha de hierro, al chico, y le dijo que la pusiera en el medio del corral. Y cuando amaneciera la plancha rota, lo iba a dejar ir para la casa d'él.

La mulita blanca, todas las noches iba y le pegaba unos golpes con las manos a la plancha. Hasta que una mañana, amaneció rota la plancha.

-Bueno -le dijo el diablo al chico-, te agarrás una mula para que te vas para tu casa.

Bueno, el chico entró al corral, y la mulita blanca le hacía señas con las orejitas que la agarra a ella. Y él fue a agarrarla a ella. Entonces le dijo el diablo:

-¿Para qué agarrás esta mula tan flaca? Agarrá otra más gorda.

-No -dijo el chico-, ésta es más mansita.

Y la ensilló y se fue. Entonces, cuando salieron detrás de un bordo¹⁷⁵, le dijo que se bajara. Y la mulita se hizo una —375palomita y lo alzó sobre el lomito y se voló llevando el chico encima. Cerca de la casa del viejito, se asentó la palomita y le dijo al chico que ahí cerca, quedaba la casa del padre. Y le dijo, ya mulita otra vez:

-Mirá, yo te voy a dar una virtud. Con esa virtud, los domingos te vas hacer un caballito blanco. Que te ensille tu padre y te haga correr¹⁷⁶ por la plata que él tenga, que vos vas a ganar.

Bueno... Se llegó el domingo y así lo hicieron.

Corrió unas cuantas veces y ganó el caballito blanco. Así que ganó mucha plata el viejito. Y una vez hizo una carrera depositada¹⁷⁷ para el domingo siguiente. Y cuando se llegó el domingo, le dijo el chico al viejito:

-Mire, mi padre, ahora cuando corra la carrera, la voy a ganar, y entonces va a venir un hombre en una mula negra y me va querer comprar y usted no me venda hasta que no le oferte mucha plata. Bueno, cuando usted me venda, y cuando me quiera entregar me saca el freno.

Bueno, una vez que corrió la carrera el viejito con el caballito blanco, ganó la carrera. Y vino un hombre en una mula negra y le dijo:

-Señor, ¿me vende el caballo que acaba de correr?

-No -le dijo el viejito-, no lo vendo porque este caballito me da qué comer con las carreras que gana.

-No -dijo el hombre-, yo se lo pago en lo que usted quiera. Le voy a dar bastante dinero.

Y se lo pago ya.

-Bueno -dijo el viejito.

Y había tomado unos tragos de vino, el viejito, y se había olvidado que le

había dicho el chico que lo vendiera, pero sin freno, así que lo entregó con freno y todo. Entonces el diablo lo ensilló y largó la mula d'él. Y esa noche se fue a farriar a la casa de unas niñas. Y se amaneció. Y lo ató al caballito con las riendas colgadas de un monte, como para que no se sacara el freno el caballo.

Al otro día fue una de las chicas a sacar agua de un pozo de balde que había cerca de donde estaba atado el caballo, y cuando la vido el caballo a la chica que se acercaba, le relinchó como diciendo que lo largara.

Entonces dijo la chica:

-¡Pobre animal! Tiene sé. Le voy a sacar el freno para darle agua.

Y entonces lo desató. Y le estaba sacando el freno, cuando salió el diablo, y le gritó:

-No me le saque el freno.

Pero se lo sacó no más. Entonces corrió el diablo, pero el caballito se hizo una rana y se largó al pozo. Entonces el diablo se hizo un sapo y se largó al pozo, persiguiendo la rana. Anduvieron las vueltas... La ranita se hizo una palomita y salió por la boca del pozo. Y se elevó volando. Y el sapo se formó un halcón y la siguió a la paloma que iba volando muy alto. Entonces la palomita vido un palacio muy lejo. Entonces se dirigió allá. Que el halcón la iba alcanzando, pero alcanzó a llegar. Había una ventana abierta y se metió por allí y cayó sobre la falda de la chica del palacio. Entonces ella cerró la ventana. Y el diablo dio la vuelta por la puerta y habló con el dueño de casa, y le dijo:

-Señor, vengo a buscar una prenda que me tiene su hija.

-Bueno. Vamos a ir donde está mi hija.

-Bueno. Fueron el padre y el diablo adonde estaba la hija. Le dijo el padre:

—377

-Acá viene este señor para que le entregue una prenda que le tiene.

-Yo no le tengo ninguna.

Tanto le insistió el diablo, que le dijo la chica:

-Si es por este anillo -que el chico se había hecho un anillo en el dedo de la nena- tomelo y se lo tiró al suelo.

Y el anillo se hizo una granada y se desgranó. Entonces el diablo se hizo una gallina con pollos y se puso a comer la granada. Entonces la chica había pisado una semillita, la cual se transformó en una zorra con zorritos chicos y se comió la gallina con pollos. El zorro era el chico y la gallina era el diablo. Y así se salvó del diablo, que lo dejó al chico. El chico se casó con la niña y fue y buscó al viejito, y trajo toda la riqueza que había ganado cuando era el caballito blanco. Y fueron felices para toda la vida.

Y se terminó el cuento.

Julián Aguilera, 65 años. Las Barranquitas. Pringles. San Luis, 1971.

El narrador es un campesino dueño de una pequeña propiedad en el campo. Los numerosos cuentos que sabe los aprendió del padre y de la madre, de niño, cuando era costumbre en rueda familiar, alrededor del fuego, contar cuentos todas las noches. Es oriundo de El Saladillo.

900. Los tres cabezudos

La bruja

CHACO

Dicen que una vez habían tres muchachitos cabezudos¹⁷⁸, como mis hijos. Andaban mariscando¹⁷⁹ por el monte, cuando se perdieron y ya era tarde. Entonces vieron una lucita lejos. Con miedo se acercaron y golpearon la puerta. Salió una viejita fea y narigona, que les dijo:

-Pasen mis hijitos, que hace mucho que no como criatura, pero están muy flaquitos, los voy a engordar primero.

Y les encerró en una jaula grande. Cuando la bruja salió a juntar leña, entró un pajarito por el ojo de la llave, les abrió la jaula y les dio un espejito, una toalla y un peine. Les dijo:

-Escapense pronto, antes que vuelva la bruja y cuando los alcance le tiran con estas cosas.

Los chicos salieron corriendo, pero les vio la bruja y les siguió. Cuando les estaba por alcanzar, echaron el espejo y —³⁷⁹se hizo una laguna grande. La bruja nadó y nadó hasta que cruzó la laguna, y ya les estaba por alcanzar otra vez. Entonces echaron la toalla y se formó un pastizal alto; toda rajuñada y rabiando pudo cruzar la bruja y corriendo les estaba por alcanzar.

Los chicos tiraron el peine y se presentó una enredadera tupida. Después de mucho forcejear, pudo pasar la bruja, y corre que te corre, ya les estaba por alcanzar, cuando de un árbol sintieron que un pajarito les decía:

-Suban aquí.

Los chicos subieron a tiempo. La bruja quedó bajo el árbol con una bolsa mágica. Abrió la bolsa y dando vueltas alrededor decía:

-Quiquiriquí, caete en la bolsa.

Quiquiriquí, caete en la bolsa.

Uno de los cabezudos miró para abajo y como la bolsa era mágica se cayó adentro.

Siguió la bruja diciendo:

-Quiquiriquí, caete en la bolsa.

Quiquiriquí, caete en la bolsa.

Otro miró para abajo y ¡patapúm! ¡a la bolsa!

Quedaba el más chico y ya estaba por mirar, cuando el pajarito le dijo:

-No mirés, cuando la bruja se canse de llamar va a subir a buscarte, entonces vos te bajás.

Así pasó, la bruja cansada de repetir:

-Quiquiriquí, caete en la bolsa, subió a buscarlo.

—³⁸⁰

Pero el chico que era muy letrado¹⁸⁰, se bajó rapidito y agarrando la bolsa repitió:

-Quiquiriquí, caete en la bolsa.

La bruja miró y ¡patapúm! ¡a la bolsa! Entonces los tres muchachos la ataron bien y la tiraron en un pozo. Después se fueron al rancho de la vieja y largaron muchos chicos que tenía encerrados la bruja.

Bernabé Beignier, 50 años. Fortín Cardoso. Resistencia. San Fernando. Chaco, 1950.

—381

901. La muchacha que se transformó en pájaro

CHACO

Una chica que vivía en una grande casa, con quinta, se anovió de un mozo, y le puso lo día fijado, para que no le visite los marte y vierne. El mozo se puso furioso. Se le ocurrió de venir a espiarla el día vierne, a ver qué hacía. Se asomó en la casa, en dirección de la ventana. La chica trajo una cosa que parece harina y la redamó en el suelo, y comenzó a revolcarse en esa harina. Y conmenzó a dar plumas. Las manos volvió de alas. Al ver eso, el mozo se dio güelta y se jue muy asustado de lo que era la novia.

Ella se volvió de un pájaro blanco y salió por las rejas de la ventana¹⁸¹.

Guillermina Fernández, 30 años. Martínez de Hoz. Chaco, 1953.

La narradora es de la provincia de Corrientes en donde oyó el cuento a la madre, pero dice que también lo oyó contar en el Chaco.

—382

902. La criatura cabezuda y el diablo

CORRIENTES

Había una vez una familia que tenía cinco hijos, y lo hijo eran cabezudo¹⁸². Y le retó el padre a las criatura. Y lo hijo salieron a dispará. Y le corrió el padre. Y entonces se desatinaron y vieron una luz lejo, lejo. Se jugaron a esa casa. Y era la casa del diablo. Y lo agarró el diablo y lo dejó adentro de su casa que no podía volver.

Y 'epué, dice que cada noche se despertaba ello y pedía cosas. Y fueron, y uno le pidió una aguja. Y le dio el diablo. Y se levantó el otro y pidió ceniza. Y le dio el diablo. Y se levantó el otro y pidió una toalla. Y le dio el diablo. Y se levantó el otro y pidió un carbón. Y le dio el diablo. Y se enojó el diablo porque dispararon y le salió a correr a lo cinco. El último no alcanzó a pedir nada. Eso le había enseñado la abuelita de ello para salvase cuando lo agarrara el diablo o la bruja. Y tenía que rezar.

Y 'epué, cuando le iba a alcanzar, uno le tiró la aguja, y se formó un espinal muy grande. Y el otro echó la ceniza y se formó un cerrazón¹⁸³. Y 'pué el otro echó el carbón y se formó un monte¹⁸⁴ muy cerrado. Y 'pué el otro echó la toalla —383y se formó una paré de acero. Y se iba atajando en esas cosas el diablo, y 'epué no pudo pasar la paré de acero,

porque dice que el acero e contra el diablo. Y se salvaron la criatura y el padre las perdonó.

Carlos Antonio Flores, 9 años. Isla Apipé Grande. Ituzaingó. Corrientes, 1959.

El niño narrador concurre al primer grado de la escuela. Este cuento es variante del cuento tradicional La hija del diablo con los motivos de la huida mágica.

—384

903. El gato negro

LA PAMPA

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo de meses, y notaban que todas las noches era sacado por la ventana por un gato negro.

El marido, una noche, al ver que su hijo era sacado por la ventana, con un cuchillo grande le cortó la mano al gato y le sacó a su hijo.

Al día siguiente al ver que la suegra no se levantaba, fueron a ver y la encontraron sin una mano, dandose cuenta que la suegra todas las noches se convertía en gato, haciendo un arreglo con el diablo.

Dante Angélico Díaz, 58 años. Oruelmé. Utracán. La Pampa, 1950.

—385

Nota

Al conocido cuento de El aprendiz de brujo se agregan varios otros de brujos y del diablo, en los que se dan transformaciones de artes sobrenaturales y acciones perversas. En estos cuentos, en conjunto diversos, entran también elementos de otros cuentos de naturaleza distinta.

El aprendiz de brujo, que ha sido clasificado como Tipo 325 por Aarne-Thompson, tiene como personaje central al muchacho que sobrepasa en sus conocimientos al maestro y entra en lucha de rivalidad con él. El brujo lo persigue. El muchacho toma forma de caballo, de pez, de paloma y de diversas cosas; el brujo se transforma en seres y cosas que parecen más fuertes, pero es siempre derrotado por el aprendiz que lo supera.

—[386] —[387]

El muchacho sin miedo. Juan sin Miedo. El velador de la casa encantada
13 versiones y variantes

—[388] —389

904. El Culliguagüita

JUJUY

Culliguagüita era un chico muy valiente que no tenía miedo a nadie. La madre lo atemorizaba con cucos o almas en pena para conseguir que fuera obediente y bueno, sin conseguir nada. Resuelve consultar al cura del pueblo. Éste le dice que lo lleve al convento y lo deje un tiempo. Una noche, ya acostado, oyó una voz que le decía:

-¿Caigo o no caigo?

El chico paró la oreja y volvió a escuchar una voz de ultratumba que repetía sin descanso:

-¿Caigo o no caigo?

El chico fastidiado gritó:

-Caé pues, ligero.

Y cayó junto a su cama una calavera que el niño miró con atención y luego de una patada la tiró rodando por la pieza y se acomodó para dormir; cuando ya estaba tomando sueño, nuevamente oyó esa voz:

-¿Caigo o no caigo? -repetidas veces.

El niño furioso se sentó en la cama y gritó con todas sus fuerzas:

-Caé, pues ligero, majadero.

—390

Y desde el techo cayó el cuerpo del esqueleto que fue a unirse con la calavera. El Culliguagüita miró lo ocurrido y dandolé la espalda se durmió. No pasó una hora cuando despertó con la misma pregunta:

-¿Caigo o no caigo?

Culliguagüita se para muy enojado y le grita:

-Animal, ya te he dicho que caigás no más.

Y cayeron las extremidades que se juntaron con el cuerpo y quedó formado el esqueleto que Culliguagüita tomó en sus brazos y salió corriendo y gritando:

-¡Tata cura! ¡Tata cura! ¿quién síá comíu la carne de estos hueso?

Con esto, el cura se convenció que Culliguagüita jamás conocerá el miedo.

Juana Vera, 35 años. Jujuy, 1958.

—391

905. Juan sin Miedo

CATAMARCA

Quesque había un hombre en un pueblo que no sabía tener miedo jamás. Que

se llamaba Juan sin Miedo.

Juan sin Miedo, po, sabía que en un lugar muy lejos, había una casa y que quen dentrabá no golvía jamás.

Y güeno, la gente sabía d'esta casa y tenía miedo. Un día, Juan sin Miedo dijo:

-Qu'embromar, yo me vuá juir pa ver qu'hay áhi.

Y se jue Juan sin Miedo. Caminó mucho. Caminaba, caminaba, y no llegaba.

Siguió caminando, pero muy mucho, hasta que al fin llegó a una casa grande. Se paró, miró pa tuitos laos. Como naides aparecía golpió las manos y naide salía, y dijo:

-Si no me sale a atender naides, me vuá dentrar no más.

Volvió a golpiar y naides salió. Se dentró no más, y al dentrar a una pieza vio que había un lujo bárbaro. De toíto lo que busquen había áhi.

Pasó a la cocina y vio qui había juego. Toíto estaba como si alguien viviera. Sacó un piazó de carne fresquita, linda, rica, y se puso a asarla. Y hasta que se asara, Juan revisó toda la casa. No dejó ni un rincón sin que no metiera las manos. Despué se jue adentro 'e —392la pieza y vio que ya 'taba la mesa puesta. Jue, y sacó la carne y se sentó a comer. En la mesa tenía de todo lo necesario, y muy entretenido estaba comiendo cuando sintió que di arriba le decían:

-¿Cayeré? ¿Cayeré?

Juan dijo, entonces:

-¡Cayé, hombre!

Y cayó una pierna de cristiano. La miró Juan como si nada juera y siguió comiendo. Cuando volvió a sentir que di arriba le decían:

-¿Cayeré? ¿Cayeré?

Juan dijo:

-¡Cayé hombre y dejá de embromar!

Y cayó otra pierna. Y así fueron cayendo los brazos y al final el cuerpo. Se juntaron las partes y quedó formado un hombre y paraíto al frente de Juan.

Juan siguió comiendo tranquilo. Lo miraba de vez en cuando al hombre y nada le daba. Alzó después un piazó de carne y le dio al hombre, que se lo comió también con muchas ganas. Luego levantó un piacito 'i pan. Nai, ya no lo quiso comer. Nai, ya se enojó Juan y lo desafió a peliar. Le dio un cuchillo al otro y se salieron al patio.

Peliaron un rato largo y ya caiba uno, ya caiba otro, pero no se rendían. Pu áhi le dio un planazo con el cuchillo, al otro, y le dice el hombrecito a Juan:

-Güeno, yo me rindo. Vos mi has ganao. Sos vos el dueño de esta casa. Yo hi sido el que vivía aquí y agora era un alma en pena, y vos mi has salvao. Y te dejo con todas estas riquezas pa que siás feliz -y desapareció.

Juan siguió viviendo áhi, y ya muy feliz y tranquilo.

Ángel Velázquez, 72 años. La Majada. Ancasti. Catamarca, 1952.

LA RIOJA

Había una vez un hombre muy rico que tenía una estancia, y murió. Al poco tiempo empezó asustar, en la casa. La casa quedó deshabitada y cuando algún pasajero llegaba a descansar, sentía una voz ronca que decía:

-¿Cairé? -y en seguida el pasajero se disparaba.

Pero una vez fue uno corajudo. Éste había hecho fuego en la cocina y se puso a asar un churrasco en un ensartador de palo, en una punta le puso una piegra y de la otra la tenía él.

Bueno, cuando redepente sintió pal techo una voz ronca que le decía:

-¿Cairé? ¿Cairé? -varias veces, y ya, enojado, le contestó:

-Cai di una vez, po carajo, dejá de joder -y cayó la mano de un finau.

Al caer dijo:

-Vaya, pa descansar la mía -y la ha puesto de la punta del asador.

Luego sintió otro cairé, y cayó la otra mano, y dijo:

Vaya, hom, pa tirar las brasas.

—394

Bueno, y así iban caendo los miembros, y cuando cayó el cuerpo, dijo:

-También pa sentarme -y se sentó encima.

Y cuando cayó la cabeza, de pronto se juntaron todas las partes y se paró un hombre, que le dijo:

-¿No me tenís miedo?

El contestó que no. Y como en esta estancia había mucha hacienda del que murió porque no había tenía familia, le dijo al pasajero:

-Si no me tenís miedo te haré rico.

Y le dijo que camine adelante, contestandolé él que no conocía la casa.

Entós lo hizo el esqueleto. Cuando lo vio dijo:

-Con razón no querías que te veyá tu linda traza.

Bueno, entraron en una pieza y le indicó que abra una caja grande. Adentro d'ésta había otra, y que recién al otro día la abriera, le dijo.

Éste, después, le dijo, que en agradecimiento por haberlo sacau de penas, le dejaba toda la estancia y si ha disparau. Como el tipo era tan corajudo no esperó que amaneciera para abrir la cajita, y cuando la abrió, recibió una sorpresa tan grande, que cayó desmayau, despertandose al otro día, sin saber explicar lo que le pasó. Y desde entós quedó el hombre más cobarde de la tierra, pero nunca más espantaron en la estancia.

Entra por un zapato roto, que ustedes cuenten otro.

Rosa de Torres, 63 años. Punta de los Llanos. Vélez Sarsfield. La Rioja, 1950.

—395

907. El hombre corajudo y el caigo

SAN JUAN

Cuentan que una vez había en medio 'el campo un rancho ande naide quería dentrar porque según decían había un dijunto que hablaba y asustaba.

Un güen día, uno de los hombres más corajudos qui había en el lugar, dentró al rancho, po. Áhi hizo juego y puso un asau. Ya 'taba comiendo el asau como a la medianoche, cuando del techo le dicen:

-¿Caigo? ¿Caigo?

Y entonce el hombre corajudo le dice:

-¡Cai, cai no más!

Cuasi no había teminau di hablar, cuando se sintió un ruido de güesos y áhi mesmo cayó una pierna de dijunto. El hombre no l'hizo caso y siguió comiendo su asau. Al rato le vuelven a decir del techo:

-¿Caigo? ¿Caigo?

-¡Cai no más! -le dice.

Entonce cai la otra pierna.

Después le vuelven a decir:

-¿Caigo? ¿Caigo?

-¡Cai no más! -le dice.

—396

Entonce han caido los brazos, el cuerpo, la cabeza y al fin si ha formau áhi mesmo el esqueleto. Entonces el cristiano corajudo le dice:

-Tomá, comé, que estáis muy flaco -y le daba un pedazo 'e carne asada.

Entonces el finau le dice:

-Yo no como. Lo que quero es que saquen una tinaja con plata que tengo enterrada, áhi, en esa esquina del rancho. Que me hagan decir unas misas y lo demás de la plata que siá para el que la saque y para el cura párroco.

-Güeno -le dice el hombre al esqueleto-, andate tranquilo que mañana estará hecho todo.

El esqueleto se subió al techo y desapareció. El hombre comió todo el asado y después se quedó dormido.

Al otro día, muy temprano, se despertó, y entonces oyó pajuera como una bulla, como un murmullo de mucha gente que decía:

-Gori... go... ri... go... ri...

-¡Qué tanto gori! -dice el hombre, y se levanta a ver qué era eso.

Entonces ve que era el cura, que venía con todos los vecinos, y como creían que lo iban a hallar muerto, venían rezando todos. Entonces el hombre les dice:

-¿Se creen que m'hi muerto? Aquí estoy bien vivo.

Entonces el hombre corajudo contó toda la historia y jue con el cura a desenterrar la tinaja con plata. Y entonces le dijo al cura:

-Tome, lleveselá toda. Yo no quero nada. Cobre la misa y con la plata haga lo que crea que puede ser güeno.

La plata de la tinaja era muy mucha, y el cura levantó una iglesia muy linda con ella, después que dijo las misas. El finau qui asustaba porque andaba penando ya no salió más a naide, porque dejó de penar gracias a este hombre tan valiente.

José Guzmán, 48 años. Ullún. San Juan, 1952.

—397

908. El difunto que asusta

SAN JUAN

Dicen que el caso del dijunto en pena que asustaba, sucedió unos años antes que se hiciera el ferrocarril que va de San Juan a Mendoza, en un lugar que queda entre Retamito y Ramblón. Dicen qui áhi había tan solo un rancho y un corral abandonado, porque sus dueños habían muerto. En esos años, los arrieros tenían la costumbre de alojarse en ese rancho, pero sucedió que empezó a correrse la voz de que allí asustaban, porque a la medianoche se sentían golpes en el techo del rancho, y voces.

Sucedió una vez que un arriero que iba de San Juan a Mendoza, acompañado di un pión, se encontró en el camino con otros arrieros que le preguntaron que adónde pensaba alojarse, a lo que éste les contestó que se alojaría en el rancho abandonado. Entonces los otros arrieros lo desanimaron y le dijeron que no juera al rancho porque áhi asustaban. El arriero era muy corajudo y les dijo que lo mismo iba a pasar la noche en el rancho, porque él no conocía lo que era tener miedo.

El arriero y su pión llegaron al rancho abandonado al anochecer. Después de desensillar y acomodar los animales en el corral, se jueron a la cocina, hicieron juego y pusieron un güen churrasco. El pión del arriero que no sabía que en —398el rancho espantaban, después que comieron el asado se jue a dormir. El arriero quedó solo a la orilla del juego, esperando a ver qué pasaba.

'Taba el arriero jumando a la orilla del juego, cuando a eso de la media noche una voz del techo le dice:

-¿Cayeré? ¿Cayeré?

Y el arriero le contesta:

-Podís quer no más.

Ahí no más cayó una pierna del esqueleto. Entonces dice el arriero:

-Ve, no tenía leña. Agora te echo al juego.

Y diciendo y haciendo, la echó al juego a la pierna, pero vio que saltó a un lado la pierna. En el mismo momento, en el techo volvieron a decir:

-¿Cayeré? ¿Cayeré?

El arriero le contestó:

-¿Qui hacés que no qués di una vez?

Entonces cayó del techo lo demás del esqueleto y se le pegó la pierna qui había caído más antes. El esqueleto se sentó a la orilla del juego, y le dijo al arriero que con su coraje lo salvaba, porque él era un dijunto que andaba penando. Como del esqueleto salían luces, le dijo el muerto que no le juera a tener miedo por eso. Entonces el arriero dijo:

-¡Lo que sos tan bonito te voy a tener miedo!

Güeno, entonces le dijo que cavara en un rincón del rancho. Y el arriero cavó y sacó un botijo lleno de prendas de plata de mucho valor. Entonces el esqueleto le dijo que le dijiera una misa y que todo lo demás era para él, porque lo había salvado, que agora no asustaría más y descansaría.

Después el esqueleto se despidió, se trasformó en una bola —399'e juego y desapareció. El arriero corajudo quedó rico y no espantaron más en ese rancho.

En la antigüedad se contaba que la gente que en vida enterraba cosas de valor para que no se las robaran, que si morían sin haberlas sacado antes, sus almas no podían salvarse. Sólo se salvaban si alguna persona muy

valiente era capaz de hablar con el muerto, y le recibía el secreto y sacaba los entierros, y rogaba por su alma en pena.
Juana Oro, 57 años. Cienaguita. Sarmiento. San Juan, 1951.
Campesina. Buena narradora.
El cuento tradicional tiene forma de caso en esta recreación comarcana.

909. Los aparecidos

SAN JUAN

Una vez había uno que se burlaba de todos los aparecidos y fantasmas. Y se reiba de los que le tenían miedo a las cosas que no son de este mundo. Y creiba que de cobardes se disparaban y él se creiba muy valiente.

Una vez hizo una apuesta, que él s'iba a pasar la noche en una casa abandonada qui asustaban todas las noches, y que no dejaban vivir a naide áhi. Por eso la habían abandonado los dueños y nadie podía cobijarse áhi. Este hombre se jue a la casa esa, que quedaba en medio di un campo solitario. Hizo juego, puso un asado, comió, y trató de dormir. A eso de la media noche, mientras trataba de tomar el sueño, siente una voz ronca que decía del techo:

-¿Cairé?... ¿Cairé?... ¿Cairé?...

Después de varias veces el hombre le contesta con rabia:

-¡Cai, carajo!

Entonces diz que cayó un brazo de dijunto. El hombre sintió un poco de recelo pero se aguantó. Al rato, mientras hacía juerzas por dormirse, otra vez la voz ronca en el techo que decía:

-¿Cairé?... ¿Cairé?... ¿Cairé?...

-¡Cai, carajo! -le volvió a decir el hombre.

—401

El hombre ya 'taba viendo que no se trataba de susto sino que esto se 'taba poniendo fiero, pero como era corajudo, si aguantaba. Y así jue diciendo la voz del techo: ¿Cairé?, y el hombre contestando que caiga, y diciendo unos ajos pa darse valor y pa insultar al fantasma. Y así fueron caendo todas las partes del cuerpo en esqueleto, hasta que se hizo un montón y se formó el cuerpo. Y al fin dijo:

-¿Cairé? ¿Cairé? ¿Cairé?

-¡Cai di una vez, carajo! -Le volvió a decir el hombre valiente, ya muy enojau y tamién con algo de miedo.

Áhi cayó la calavera y se formó el dijunto en esqueleto, y se levantó y lo devoró al hombre que creiba que todos eran cobardes. Lo devoró antes que cantaran los gallos, porque si se demora un poquito en contestar, y cantan los gallos, como todos los fantasma del otro mundo tienen que disparar, el hombre se salva.

Domingo Pereyra, 72 años. Esquina del Sauce. Desamparados. San Juan, 1953.
El motivo final del cuento es ajeno al cuento tradicional.

910. El chiquito de la fuerza

SAN JUAN

Sucede que una vez había una vieja flaca y fiera, que vivía en un molino muy viejo, que era del Rey Tuerto.

Güeno, este... y di áhi la vieja nu hallaba cómo agenciarse un hijo. Un güen diya le pidió al santo de su devoción que le diera un hijo en alguna forma.

Entós, este... al otro diya se levantó la vieja muy temprano y se jue pal riyo a juntar arena gruesa pa la torta. 'Taba juntando arena cuando viene una espina di árbol y se le entierra hasta la grasita en la rodilla. Al ratito no más se le empieza a hinchar la rodilla. La vieja lloraba a moco tendiu de dolor, y se vino hasta las casas y si acostó.

La rodilla de la vieja se le siguió hinchando. Esa noche no durmió de dolor. Al otro diya, ante qui aclaré, cuando el diya venía crespito, se levantó a hacer la necesidá. Entós sintió un dolor más grande y que se li abría la hinchazón. Entós siente una voz gruesa, que le dice:

-Mama, deme torta que tengo hambre.

La viejita miraba pa todos laus y no vía a naide.

Pero otra vez le dice la voz:

-Soy hijo suyo, mama, y me llamo Chiquito de la Juerza.

—403

Entós miró y vio entre los yuyos un niño recién nacido, claro, que lu había tenido por la rodilla. Y ya había nacú tan adelantau qui hablaba y comía como un niño grande. Entós, muy contenta de este milagro lu alzó y se lo llevó pa su cuarto y lu envolvió con los trapitos que tenía, y unas lanas, y lo puso en su cama.

El Chiquito 'e la Juerza pegó una hinchada y le dijo a la vieja:

-Mama, no me venga con meterme en la cama, y pase un pedazo 'e torta; pasemé una güena troncha¹⁸⁵ porque tengo hambre.

Se la pasa a la torta y di una sola mordiscada se la come. Y ya se vía que crecía por minutos.

Entós la viejita se asustó más mucho, ¡la pucha!, y el Chiquito le dijo:

-Yo soy un hombre grande y me guá ir pasau mañana a rodar tierra, pa trairle algo a usted, pa ayudarla, pa eso soy su hijo. Así que preparemé desde ya el bastimento.

La viejita se puso a llorar de ver su mala suerte que había tenía un hijo después de tantos años y a los tres días de nacido la dejaba.

Güeno, llegó el tercer día, y el Chiquito montó un cabro macho. Le pidió la bendición a su mama y se jue por un camino que iba al pueblo del Rey Tuerto.

Cuando había caminau, montau el chivato, un día y dos noches, llegó a unos caserones viejos, abandonáus. Desensilló, buscó ande podía dormir, arregló la cama con el apero y si acostó a dormir.

Cuando pasó un rato, después del primer sueño, sintió que la tierra se le estremecía igual que cuando está temblando. —404Se despertó y vio

que un enorme gigante le estaba por poner una pata encima y matarlo. Pegó un salto, y en esto que se montó en la panza del gigante y le empezó a dejar cair cachetadas por las carretillas, por todos los lados. Por áhi vino y se refaló y le sonó el traste en el suelo. Entós sale corriendo y agarra del recau la cincha y le simpó¹⁸⁶ un chirlo en todito el costillar y lo cortó por medio, pero el cuerpo del gigante se volvió a pegar. El caso era cortarle la oreja zurda¹⁸⁷ y recién podía morir el gigante. Visto y haciendo le aplicó otro chirlo y cayó el gigante al suelo. Refaló el ala 'e buitire¹⁸⁸ y l'hizo un corte en la oreja zurda, y el grandote no se levantó más. La peleya mortal, ¡la pucha!, l'hizo dar un hambre bárbaro al Chiquito y salió a buscar comida.

Salió el Chiquito pa juera y vido un potrero lleno de novillitos que estaban miando grasita de gordos, y allá se jue. Le pegó un azote a uno, y al suelo; le dio otro azote a otro, y de espalditas cayó. Así hizo hasta que cuerió cinco novillos. Los alzó y los llevó pa las casas.

Buscó ande asar la carne y se ganó en una cocina vieja de este caserón. Áhi hizo un gran juego y puso a asar los novillos. Al rato ya 'taban y los empezó a comer. Iba por los tres, cuando siente una voz del techo que le dice:

-¿Cairé?

El Chiquito para la oreja. Al ratito vuelta otra vez la voz.

-¿Cairé? ¿Cairé?

Y entós el Chiquito que no tenía miedo a nada le dice:

-¡Cai, por los diantres, qué ti has creído!

—405

Entós cayó del techo una bolsa 'e güesos y se empezó a formar una ánima grandotaza, puros güesitos la pobre, y le dice:

-No si asuste, señor.

Y el Chiquito le contesta:

-A mí no me asustan güesitos. Y pa que viás, comé carne que 'tás muy flaca.

Y áhi se sentó el esqueleto y empezó a comer. Y comía y comía la ánima y no se llenaba nunca.

Al Chiquito le dio rabia y le tocó la panza, y nada. Cuando mira pal suelo y ve los altos de carne mascada que le pasaban de largo a la ánima.

Entonce le dice:

-¡Bandida!, me'tás botando la carne.

Y áhi le pone unos azotes, y la desaparece de otro. Entonces habla la ánima y le dice:

-Sois el primer hombre valiente qui ha pasau por acá. Yo soy la hija mayor del Rey Tuerto y estoy encantada por una bruja por orden del gigante que vos mataste. Si me desencantáis me casaré con vos y te daré bolsas di oro y plata, y lo que más querás. La condición es que tenís que buscar la agua del pozo de los siete lions. Son los lions más malos qui hay en la tierra y rociarme los güesitos aquí, en esta cocina a los cuatro días y cinco noches desde agora.

La cosa si iba poniendo fiera pal Chiquito, y le dice a la ánima:

-Qué me guá casar con güesos yo.

Y el ánima le contesta:

-Yo soy una niña joven y güena moza, y soy muy rica y alhajita, paque

viás. Y pa prueba, en este rincón di áhi hay un cántaro llenito di oro pal que me desencante.

—406

Y el Chiquito buscó y halló el cántaro, y dijo:

-Ya la cosa se 'tá poniendo linda. Güeno, agora te creo. Andate, dejame descansar y mañana gua hacer la diligencia.

Dicho esto, la ánima se desapareció y el Chiquito si acostó a dormir.

Al otro diya se levantó temprano, aperó su chivito y salió en busca del pozo de los siete liones, los más malos del mundo.

Después que había andado mucho, encontró en el camino un viejito que 'taba casi muerto di hambre. Le dio de todo lo que él llevaba y conversó con el viejito, y cuando se iba a despedir le dice el viejito:

-¿Y pánde se va mi amito?

-Yo guá a buscar la agua del Pozo de los siete liones malos. Y pa pior, ni sé ánde queda.

Entós le dice el viejito:

-Mire, joven, yo le digo pa su bien, los qui han ido pa allá nu han güelto más.

Y entós le contesta:

-Yo gua ir y gua volver.

Entós le dice el viejito:

-Y güeno, si es tan valiente, dejemé que le dé unos consejos. Cuando llegue, aguaita de lejo primero. Si los liones están con los ojos abiertos, es porque 'tan durmiendo; si 'tán con los ojos cerrados, es porque 'tan dispiertos. Ante de pasar el último cerro grande qui hay en el camino, va a encontrar un algarrobo muy alto y coposo. En ese algarrobo va 'tar un cóndor tuerto y rengo. Preguntelé a ese cóndor qui ánde queda el pozo de los siete liones malos, y le va a decir, porque es el único que sabe.

—407

Y güeno, y de áhi se despidieron y cada uno tomó su camino.

Siguió en su chivo el Chiquito. Pasaron unos cuantos diyas de viaje y por fin el Chiquito topó con el algarrobo grande, y en las últimas ramas 'taba el cóndor. Entós el Chiquito le preguntó:

-¿Vos sois el cóndor tuerto y rengo?

Y el cóndor le contestó:

-El mismo que estáis viendo.

-Bajate, entós, pa que conversemos.

Y el cóndor se bajó y le dijo el Chiquito:

-¿Qué tal ti halláis pa que me llevís al Pozo de los siete liones malos?

Y entós le dice el cóndor que 'taba güeno. Y diciendo y haciendo, le dice:

-Cerró los ojos y montó en mis alas. Y no vais abrir los ojos porque te volverís sapo y di áhi nu hay quien te salve.

Montó el Chiquito y después de mucho volar si asentó en la punta di un cerro y le dice:

-Abrí los ojos, ya 'tamos en el pozo de los siete liones.

Abrió los ojos el Chiquito y vio que los liones 'taban con los ojos abiertos y entós atropelló con una bota en la mano. Llegó despacito y se agachó a sacar agua, cuando, ¡hijito 'e mi alma!, se despertaron los liones y lu encerraron a comerlo al Chiquito. El chiquito agarró al primer

lión que se le allegó del cogote, y con ése les pegó a los otros y los mató a todos, menos a uno, que pa que muriera había que sacarle un cormillo di oro que tenía junto al tronco 'e la lengua. Entós se puso a peliar con el del cormillo di oro que era el más malo. La batalla era muy grande y ya el Chiquito 'taba muy mal, y el lión en lo mejor. Entós vino el cóndor —408tuerto y le empezó a picar el ocote189 al lión, mientras le decía al Chiquito:

-Sacale el cormillo di oro porque sinó no va a morir nunca.

Y le seguía picando con más juerza el cóndor al lión. El lión pegaba unos bramidos muy juertes de dolor y de rabia, y en una de esas qui abrió la boca el Chiquito aprovechó y le pegó una pedrada tan grande, que le hizo volar el cormillo al lión. Entós el lión cayó muerto. Sacaron la agua y pegaron la güelta, volviendo al algarrobo. Entós el cóndor le dice:

-Hasta aquí no más li acompaño.

Y áhi se desapareció sin que el Chiquito pueda darle las gracias. Entós vido que venía el chivato. Lo montó y se fueron a los caserones viejos del finau gigante.

Después di unos días de viaje llegó el Chiquito a los caserones. Mató diez novillos pa comer porque tenía mucho hambre. Hizo juego en la cocina y los puso a asar. En lo mejor que 'taba comiendo, dice una voz en el techo:

-¿Cairé? ¿Cairé?

Entós contesta el Chiquito:

-Cai, que ya hi traido la agua del Pozo de los siete liones pa rociarte.

Cayó la bolsa de güesos y el Chiquito lo roció con la agua del Pozo de los siete liones y como un milagro, se cambiaron los güesos en la niña más bonita y mejor vestida que nunca vieron los ojos del Chiquito.

Al Chiquito lo sorprendió tanto todo, que le dio un desmayo del que volvió cuando 'taba aclarando. La niña, que era una princesa, lo cuidaba, y cuando ya volvió en sí y salió —409el sol, él se levantó, y del brazo de la Princesa salió pa ajuera. Lo primero que vido entós, jue a su máma, que era tuerta y que estaba al lado del Rey Tuerto, y había muchos soldados y curas. Y áhi 'taban también muchos caballos cargados con petacas di oro y plata. Y también había mucha gente muy principal del reinado de este Rey. Y claro, todo era para festejar al Chiquito qui había desencantado a la Princesa y había salvau al reino del gigante que los tenía dominados. Y los caserones también si habían vuelto a lo que eran, un gran palacio todo di oro y plata.

Entós ya se preparó la boda y vino un cura y los casó. Y si hicieron grandes fiestas. Y jueron muy felices y vivieron muchos años.

Y pasé por una zapatito roto
pa que me cuenten otro.

Carmen Caliva, 65 años. El Alto Huaco. Jáchal. San Juan, 1940.

Lugareña rústica. Buena narradora.

Al cuento tradicional se han interpolado motivos que parecen de creación

comarcana.

—410

911. El muchacho que no tenía miedo

SAN LUIS

Que había un viejo que tenía un hijo que no sabía tener miedo. No conocía el miedo. Y se lo dio a un cura pa que lo hiciera tener miedo, pa que lo asustara. Y el cura pensaba como lu iba a hacer tener miedo.

Un día el cura lo mandó al chico a que velara un cuerpo, a un muerto. Que era una noche muy oscura. Y el chico 'taba solo velando al muerto. Y de ver el cura que éste no tenía miedo, se vino en la noche a asustarlo.

Cuando el cura llegó a la puerta para asustarlo, el chico lo cazó di adentro al cura y casi se murió de susto. Y áhi quedó solo otra vez el chico.

Al rato no más se empezó a mover el dijunto, el muerto que 'taba velando.

Y le dijo el muchacho:

-¡No te movás!

Y en eso se seguía moviendo. Y ya se levantó también y quiso tomar la puerta. Entonce el muchacho ya lo agarró al dijunto y le pegó un garrotazo. Y al grito del cuerpo ése vinieron a favorecerlo.

Al otro día el cura fue y lo entregó a la madre porque no lo podía hacer tener miedo.

—411

La madre no se podía avenir con él. Entonce él le dijo que s'iba a rodar tierra¹⁹⁰. Ya cuando se iba a ir la madre le dijo que ande s'entrara el sol, áhi parara y durmiera.

Un día del viaje llegó a una casa sola al dentro 'el sol. Y áhi se quedó.

Dentró y si alojó en la casa. Y áhi se dejó estar. Y si acomodó para dormir. A eso de la media noche siente di arriba, del techo, que li hablan y le dicen:

-¿Cairé?

-¡Cai! -contestó él.

Y áhi cayó un brazo de dijunto.

-¿Cairé? -le volvieron a decir.

-¡Cai no más! -le dijo.

Cayó otro brazo.

-¿Cairé? -otra vez.

-¡Cai! -le dijo.

Cayó una pierna.

-¿Cairé?

-¡Cai no más!

Cayó la otra pierna. Y todas las partes del cuerpo s'iban juntando.

-¿Cairé? -volvió a decir la voz.

-¡Cai di una vez todo!

Y áhi cayó la cabeza y la caja del cuerpo. Y áhi ya 'taba todo completo, y se formó un hombre. Y le dijo que se levantara y que qué quería.

Entonces el cuerpo habló y le dijo que en una esquina de la casa había un entierro¹⁹¹, y que era una gran fortuna. Y —⁴¹²cavó y sacó una botija con esterlinas de oro, plata y alhajas. Y entonces el cuerpo le dijo que s'iba, y que a la noche siguiente vería una niña que estaba encantada en esa casa. Y a la noche siguiente salió la niña encantada en esa casa. Y que le dijo que a la noche siguiente vendría un gigante que la tenía encantada a ella y que vendría a matarlo. Y el cuerpo le había dicho que él lo había librado de la pena en que estaba, y que en recompensa le dejaba todo eso y desapareció.

Y vino el gigante a la noche y lo invitó a tomar un licor que había sido veneno, para poderlo matar, y él no lo quiso tomar.

A la siguiente noche volvió la niña y le dijo que el gigante iba a venir y qu'iba a traer un licor más fuerte. Y vino el gigante a invitarlo con el licor. Y no lo tomó. Que el gigante lo amenazó cerca de la casa y casi se lo echó encima, y lo quiso envadir, pero el muchacho sacó el cuchillo para peliarlo. Vio el gigante el coraje del muchacho y que él no era capaz de vencerlo, y se fue el gigante. Se desterró porque vio que el muchacho lo iba a matar.

Como habían dos o tres noches sin dar señales de vida, en la casa, y al ver los vecinos que no salía el muchacho, vinieron a sacarlo para sepultarlo, porque el que entraba ahí no salía más. Y convida el cura a los vecinos, y venían rezando para sacar el cuerpo para sepultarlo. Cuando van llegando rezando, sale el muchacho y aguaita¹⁹², y salen todos disparando, creyendo que el muerto se levantaba.

Y esa noche se durmió profundamente, lo que había 'tado tres noches sin dormir. Y vino la niña del encanto, que ya 'taba desencantada, y en toda la noche no lo pudo despertar. Y a la madrugada ya, la niña le dejó un pañuelo de mano con un letrado que decía que si la quería ver que la —⁴¹³fuera a buscar a la Ciudad de los Pajaritos, que di ahí su padre era el Rey.

Al otro día, cuando él se recordó y vio el pañuelo, y el letrado, ahí no más salió y siguió el camino sin saber para dónde era la Ciudad de los Pajaritos.

Caminó meses hasta que encontró un carancho en los árboles y le preguntó si no conocía la Ciudad de los Pajaritos. Le contestó que no sabía, pero que podía saber algunos de los de él. Que los estaba esperando porque tenía una reunión. Y esa noche se juntaron muchísimos pájaros y ninguno conocía la Ciudad de los Pajaritos.

Y siguió el camino. A los meses llegó ande 'taba un jote y le hizo la misma pregunta. Le contestó que no la conocía pero que lo podía saber alguno de la familia. Que los estaba esperando porque tenía reunión. Y vinieron muchísimos pájaros, pero todos decían que no sabían nada de la Ciudad de los Pajaritos.

Y él siguió su camino. A los años encontró una águila y le preguntó de la Ciudad de los Pajaritos y le dijo que no la conocía pero que la podían conocer los de su familia, que tenían que venir a una reunión. Y comenzaron a venir todas las águilas y ninguna conocía la Ciudad de los Pajaritos. Faltaba una águila vieja que había ido muy lejos, y la esperaron; ésa podía saber. Y al fin llegó l'águila y dijo que sí, que conocía la Ciudad de los Pajaritos que di allá venía porque había ido a

llevar una niña y que quedaba muy lejos. Entonces él pidió que lo llevara. L'águila le dijo que bueno. Que iba a descansar y que tal día iban a salir. Le pidió que le lleve qué comer porque el viaje era muy lejito. Él le dijo que él tenía que andar hasta llegar a su destino aunque muriera. Y ya habían pasado muchos años y el muchacho 'taba ya que era un hombre viejo, curcunchito¹⁹³. Y llegó el día y vino l'águila vieja y le dice:

—414

-Venga, suba encima de mis alas.

Y subió el hombre y llevaba un cordero muerto para darle en el viaje. Y l'águila subió volando y elevándose en la altura que casi no se vía. Y él l'iba dando de comer en el viaje. Y ya cuando habían andado muy mucho vieron un humito, y ésa era la Ciudad de los Pajaritos. Y ahí que se venía volando l'águila cuesta abajo, porque si había terminado la carne y estaba muy débil. Y entonces se había cortado él un pedazo de la pierna y le había dado. Y siguieron. Y ya cuando 'taban por llegar, que ya se venía abajo l'águila de debilidad. Y el hombre se cortó un pedazo de la otra pierna y le dio de comer, y siguieron.

Al fin llegaron y bajaron a tierra. Y el hombre 'taba inútil de las piernas. L'águila le dio entonces una varita de virtud para que le pida lo que quiera. Que l'águila había sido el ángel de la guarda del hombre éste. Y l'águila lo dejó, se despidió y se voló.

Lo primero que hizo él es pedir verse como cuando era joven y lo conoció la niña encantada. Y así se quedó hecho un joven muy buen mozo. Después le pidió que lo pusiera conforme un viejo y se quedó hecho un viejo.

Entonces caminó y llegó a la casa de una viejita. Y ahí conversaron y le preguntó él qué novedades había en la ciudad. Y ella le dijo que la única novedad que había era que se casaba la hija del Rey.

El viejito se fue a la iglesia. Se acomodó como pudo, de modo que la niña lo viera, cuando se fuera a casar. Y llegaron los novios y ya los iba a casar el cura. Y ya cuando se iba a casar la niña, él sacó el pañuelo, y tosió hasta que miró la niña y vio el pañuelo con el letrero. Y entonces ella dijo que se casaba con ese viejito y no con el novio que estaba para casarse.

Y claro, todo fue un alboroto, pero la niña se puso firme, y la tuvo que casar no más el cura con ese viejito. Ella dijo —415que él la había salvado del encanto y ella le había dado palabra de casamiento a él ante que a otro.

Y ya el Rey se oponía, que cómo dejaba ese joven tan lindo por ese viejo, pero ella se casó no más. Y se separaron de la familia del Rey y se fueron a vivir a una casa cerquita del palacio del Rey.

Esa noche el hombre le pidió a la varillita de virtud que lo hiciera un joven y que la casita se convirtiera en un palacio mejor del que tenía el Rey.

A la mañana siguiente, cuando quiso ver el Rey, que se encontró con un palacio que encandilaba con las luces que despedía. Y se fue a ver al yerno y lo encontró hecho un joven el más buen mozo que había. Y ahí vio las cosas como eran y se puso muy contento.

Como el Rey era viejo ya, lo hizo Rey al yerno, lo reemplazó a él. Y ahí se quedaron todos viviendo muy felices.

Benito López, 71 años. Villa General Roca. Los Manantiales. Belgrano. San

Luis, 1961.

El motivo final del cuento pertenece al cuento de Los tres picos de amor.

—416

912. Juan de la Rodilla

SAN LUIS

Había una viejita que vivía en el campo y que se ocupaba de criar una majada de cabras que era lo único que tenía. Como vivía tan sola, siempre le pedía a Dios que le diera una compañía. Un día decidió ir a ver al cura del pueblo. Di áhi le quedaban dos leguas, y jue. Se volvió con polvo di arroz, se puso el rebozo¹⁹⁴ y se puso en camino.

En el pueblo jue a la iglesia y se confesó con el padre y le dijo:

-Me confieso Padre que quero tener un hijo pa mi compañía.

El Padre le dijo que rogara a Dios, y que tuviera confianza en Dios, y que se juera no más a su ranchito.

La viejita se volvió a su ranchito. Iba rezando por el camino para que Dios le diera un hijito. Al rato no más sintió que se l'iba hinchando la rodilla izquierda. Y se l'hinchaba cada vez más, hasta que casi no podía andar. Y 'taba tan pesada, con la rodilla hinchada como un bombo, que trompezó en una raíz y se cayó. Al cairse se le partió el cuero de la rodilla, y cuál no sería su sorpresa cuando saltó del hinchazón un niño, vestido y calzado, y que le dice:

—417

-¡Mamita! ¡Mamita!

La viejita lloraba de alegría, porque ese era un milagro que le hacía Nuestro Señor. Lo llevó al niño y le puso Juan de la Rodilla. Y así no más lo llamaban todos.

El niño en seguida no más l'empezó a servir a la viejita. Le cuidaba las cabras, le traía leña, le cebaba el mate, y la ayudaba en todo. La viejita 'taba muy contenta y no se cansaba di agradecer a Dios.

Juan de la Rodilla creció en seguida. Y había nacido mocito po. A los quince años ya era un hombre. Y era muy comilón. Se comía una cabra por día. Y ya vido que a la viejita la iba a dejar sin su majadita, y se resolvió ir a rodar tierra. Y le dijo a la viejita que fechara la bendición, que s'iba a rodar tierra y a trabajar para ayudarla. La viejita se puso a llorar, pero al fin tuvo que ceder. Y esa noche se puso a amasar cuatro tortas pa que llevara, y las asó en el rescoldo¹⁹⁵. Al día siguiente Juan de la Rodilla se levantó tempranito como de costumbre, ensilló su caballo, arregló las tortas y un queso grande que le dio la viejita, en las alforjas, y puso azúcar y yerba para el mate, y ató media res de vacuno a los tientos. Y se despidió y se jue. La viejita se quedó muy triste y se lo pasaba rezando para que le juera bien a su hijito, y Dios lu ayudara.

Juan de la Rodilla marchó todo ese día. Al atardecer se allegó a un gran algarrobo qui había cerca del camino, y decidió acampar abajo del algarrobo ése. Desensilló, hizo juego, ató el caballo con el lazo, áhi

cerca, ca lentó agua, tomó mate con torta y queso, y asó la mitada de la carne y se la comió. Hizo la cama con el apero¹⁹⁶ y si acostó. Muy tempranito se recordó, buscó su caballo, lu ensilló, tomó mate y siguió viaje. Caminó otra vez todo el día. Al atardecer iba —⁴¹⁸buscando ande acampar cuando devisó unas casas. Y ya llegó y no vido a naide. Y el caballo se espantaba y bufaba y no se quería allegar. Y Juan l'obligó a espuela y rebenque a allegarse no más a las casas. Ató el caballo en un poste que había y jue y vido qu'eran unas casas abandonadas. Y ya desensilló el caballo que seguía bufando y lu ató áhi cerca, que comiera, y se vino a las casas. Ya 'taba escurito, y tiró las caronas adentro 'e la pieza para hacer la cama. Entonce vido que le tiraban las caronas¹⁹⁷ pa ajuera. Y las volvió a poner y se las volvieron a tirar. Y entonce raspó un fóforo y no había naide. Juan de la Rodilla era muy valiente y no tenía miedo a nada. Se jue, buscó leña y hizo juego en la pieza. Se sentó en el recado y cuando cayeron brasas puso la carne que le quedaba, a asar. Y a medida que se iba asando la carne l'iba comiendo. Ya 'staba terminando l'última costilla, cuando del techo una voz le dice:

-¿Cairé?

Juan de la Rodilla se llevó una gran sorpresa porque nu había naide. Y la voz volvía a decir:

-¿Cairé? ¿Cairé?

Entonce Juan le dice:

-¡Cai!

Y entonce ha caido un brazo de cristiano¹⁹⁸. Y han vuelto a preguntar:

-¿Cairé?

-¡Caí! -ha dicho Juan de la Rodilla.

—⁴¹⁹

Y ha caido el otro brazo. Y han vuelto a decir:

-¿Cairé?

-¡Cai! -decía Juan.

Y ha caído una pierna. Y han vuelto a decir:

-¿Cairé?

-¡Cai!

Y ha caído la otra pierna. Y han vuelto a decir:

-¿Cairé?

Y entonce ha dicho Juan:

-¡Cai, por los mil diablos!

Y ha caido la caja 'el cuerpo y la cabeza, y si ha formao áhi todo el muerto. Juan tuvo un poco de recelo, pero como era tan valiente, se tranquilizó y dijo:

-Hay qu'enterrar estos restos.

Y jue a buscar con qué cavar. Encontró una pala, y áhi cerquita 'el bordo 'el patio¹⁹⁹ cavó una sepultura. Llevó los restos y los puso, los tapó, l'hizo una cruz con dos palos, se la clavó y rezó un bendito. Y di áhi se jue a dormir. Y ya durmió muy tranquilo con el favor que li había hecho al dijunto, y naide lo molestó.

Muy temprano se jue al pueblo que quedaba cerca, y le dio cuenta al cura y a la policía. Y se vino con las autoridades y comprobaron lo qui había hecho Juan de la Rodilla. Y ya se dieron cuenta que esos restos eran del dueño de esa estancia qu'era una estancia muy grande, que había muerto,

—420y había quedau sin sepultura. Y este señor no tenía parientes a quienes heredar. Y lo tuvieron que poner en posesión de l'estancia a Juan de la Rodilla.

Y ya Juan de la Rodilla quedó muy rico, con el campo, con mucha hacienda y sembrados. Y a los pocos días se fue en busca de su madre y la trajo. La viejita que lloraba di alegría lo que se juntaba otra vez con su hijito.

Y hay vivieron el resto de su vida muy felices,
comieron perdices,
y a mí no me dieron porque yo no quise.

Rosa Espinosa de Sosa, 53 años. Alto Pencoso. La Capital. San Luis, 1925.
Nativa del lugar. Muy buena narradora.

—421

913. El muchacho corajudo

SAN LUIS

Había una vez una vieja que tenía un muchacho tan diablo y mañoso, que no acertaba qué hacer con él, cómo acomodarlo en algún poder que pudiese tomar otros modales y cambiar de costumbres. Porque le tiraba a todo lo malo. La vieja tenía un compadre que era cura. Quiso la suerte que el cura pensase en buscar un muchacho para los mandados, y pensó en la comadre. En seguida fue a verla, en procura del muchacho, pero no era éste su ahijado. Cuando llegó el cura a la casa de su comadre, después de los cumplidos, le hizo saber el motivo de su visita. La vieja consintió, pero le dijo que le iba a consultar al muchacho. Ya cuando vino, le dijo al muchacho:
-Es güeno que te ocupís, hijo. Para eso ha venido mi compadre cura, para que lo acompañís y le hagáis sus mandados. Él te enseñará a ser güeno, los200 quiere mucho.

Y cosas por el estilo eran las que le decía la vieja al hijo. Entonces le contestó el muchacho:

-Ya sabe, mama, que yo no me quero ucupar con naidés, y mucho menos con curas.

—422

-Pero, hijo, ¿cómo me va a hacer quedar mal, usté que es mi hijito? Ya he quedado de mandarlo mañana, ¡Qué vergüenza será si no va! ¡Vaya, hijo! Y así la vieja le proponía al muchacho, y lo sobaba por la cabeza y la espalda, mientras tomaban mate los dos.

-Güeno -dijo al fin el muchacho-. Pero... ya sabe mama, por usté lo hago, pero yo no quero saber nada con curas.

Queriendo y no queriendo, el muchacho fue a presentarse al cura, al otro día. El cura lo recibió muy contento y amable, tratandoló de hijo y

palmeandoló.

Anduvo bien el muchacho unos días, mientras la oportunidad faltaba. Cierta día que el cura no estaba en la casa, vino una mujer trayendolé de regalo, al cura, un envoltorio. El muchacho lo recibió y lo guardó. Cuando quedó solo, le picó la curiosidad por saber qué cosa le había traído la mujer al cura. Desató, desenvolvió, y viendo que era una gallina cocida, le arrancó una pierna y se la comió, volviendo a dejarla atada y envuelta conforme la había recibido.

Cuando vino el cura, siendo ya tarde, se pusieron a cenar lo que tenían preparado para comer. Cuando habían terminado, el muchacho le dio cuenta al cura de que una mujer había venido cuando él estaba ausente y le había dejado un atado.

-Traiga, hijo, ese atado -dijo el cura.

El muchacho obedeció y trajo el atado al cura. El cura desató y desenvolvió, notando la falta y fingiendo admiración, dijo que le extrañaba mucho ver una gallina con una sola pata. Después que la hubieron depostado ya hubieron comido, volvió a decir el cura que no sabía cómo podía ser que una gallina tuviera una sola pata. El muchacho le aseguró que así no más había venido la gallina, y que eso no era raro, porque muchas veces se ven gallinas en una —423sola pata. Y para probarlo, lo invitó al cura a que fueran al gallinero. Y fueron. Entonces, el muchacho señalando las gallinas que estaban con una pata levantada, le decía:

-¿No ve aquella gallina que tiene una sola pata? ¿No ve esta otra? ¿No ve aquel gallo?

El cura fingía inocencia, y en eso, les hizo ¡chúi! espantandolás con un ademán de la mano.

-¿No ves -le dijo el cura- cómo sacan la otra pata?

-¡Ah! -contestó el muchacho-, si usted le hubiera hecho ¡chúi! a la gallina cocida, cuando la desató, también hubiera sacado la otra pata.

Por esta vez le ganó el muchacho al cura.

El muchacho era de una condición que no tenía miedo a nada y a naides. El cura, que se había propuesto escarmentarlo por medio del miedo, tramó un hecho. Buscó a un hombre que era conocido por su coraje y le propuso pagarle bien, para que se hiciese el muerto y que permitiese velarlo en un lugar. El cura buscó gente que viniera a ayudar a pasar la mala noche. Todos estaban de acuerdo para ir saliendo, uno a uno la noche del velorio y dejar al muchacho solo, con el cuerpo, velandoló. El que hacía de muerto iba a tratar de asustar al muchacho, en toda forma. Y así lo hicieron, después de estar todo arreglado. Cuando llegó el día, el cura le dijo al muchacho:

-Ha muerto un vecino y tenemos que ir, hijo, a ayudar a pasar la mala noche, velando al dijunto.

Cuando llegó la noche, fueron el cura y el muchacho, que estaba entre todos los concurrentes, que no demostraba ningún temor. Después de algunas horas, fueron saliendo los del velorio uno tras otro. Cuando quedaron pocos, el cura también se trató de ir, y le recomendó al muchacho que no abandonara al muerto; que despavesara las velas y atendiera que no se juera a quemar algo. Le dijo que él —424iba a volver luego. Y así iban saliendo todos para dejar solo al muchacho. El cura llevaba propósito

de no volver. Así fue, y cuando quedó solo el muchacho con el cuerpo, en el mayor silencio, el muchacho vio que el dijuento se movía. Ahí no más le dijo:

-¿Por qué te 'táis moviendo, che? ¿Estáis cansado? Te voy a dar güelta. Nada contestó el fingido dijuento, pero el muchacho lo dio güelta de un lado pa otro. Pasado un momento, ¡güelta a moverse el dijuento! El muchacho le hace las mismas preguntas y lo da güelta otra vez. Y así estuvo el dijuento moviendose y el muchacho dandole güelta. Al fin, cansado el muchacho se fastidió y dijo, hablando fuerte:

-Pero... ¡si lo voy a capar a este maula! Voy a ver, así, si a los muertos les sale sangre de la capadura.

Y acto seguido se buscó cerca de la barriga un pupero²⁰¹, que tenía el muchacho, y que acostumbraba no dejarlo nunca. Haciendo ademán y uniendo la acción a lo dicho, se fue cuchillo en mano hacia el muerto. El muerto, que vio que no era broma, se bajó volando y disparó puerta ajuera, perdiendo flores, mortaja y todos los arreglos, y voltiando las velas. El muchacho iba que se las pelaba detrás del muerto, llegaba hasta alcanzarlo en partes y lo punteaba con el pupero. El caso es que lo dejó al falso muerto malherido y bastante julepiado. Al fin, el dijuento, con el susto que llevaba, le sacó ventaja al muchacho, y se le perdió en la oscuridad de la noche. Cuando el muchacho se cansó de correr, se volvió al cuarto mortuorio, puso en orden lo que estaba desarreglado y se sentó a esperar. Más tarde, a eso de la madrugada, llegó el cura y le dijo al muchacho:

—425

-¿Cómo le va, hijo? ¿Y la gente? ¿Y el dijuento? ¿Y esto? ¿Y aquello?

-¡Qué va a ser dijuento! -dijo el muchacho-. ¡Había síu más vivo que nosotros! Se empezó a mover, le preguntí si 'taba cansau y lo di güelta varias veces. Nada dijo. Y se movió tantas veces, que al fin lo iba a capar, para ver si les salía sangre a los muertos. Pero... ¡Va jodido, señor! Vea, con este pupero lo pulté por donde lo alcanzaba.

-¡Bárbaro! ¡Qué habrás hecho! ¡Cuándo menos!...

-Nada, señor. Como se me alzó lo corría pa velarlo.

-Bueno -dijo el cura-, vamos a casa.

Y se fueron. El cura se fue a la casa del que hizo de muerto, y fue grande su aflicción al encontrarlo en cama, bastante malherido. Le costó al cura convencerlo de que no se trataba de una mala acción, sino de dar un susto al muchacho para corregirlo. Tuvo que correr con los gastos de curación y de los días que perdió en el trabajo, el hombre. Se fue el cura pensando en devolver el muchacho a la comadre.

Al día siguiente, el cura se fue con el muchacho y lo entregó. Al fin la madre, la pobre vieja, lo tenía que soportar. La aconsejaba a cada picardía que hacía, ¡pero, nada! Y hasta llegó el caso que lo pusieron preso. La madre rogaba a Dios que se le presentase una ocasión de empuarlo con algún hombre que pudiese gobernarlo.

Hubo un día que acertó a pasar por allí un ciego que cantaba con una guitarra, en la puerta de las casas, para que le diesen alguna cosa. Y llegó a la casa de la vieja, y le dijo que le conchabara el muchacho, que le iba a pagar bien. Que el muchacho lo iba a llevar por los caminos, que iba a recibir lo que les dieran y que le iba ayudar a vender cositas que llevaba.

Le dijo la madre al muchacho si quería ocuparse con este ciego y él no quería por nada.

-¡Qué me voy a ocupar con un ciego, mama! ¡Yo no!

-¡Ucupate, hijo! ¡Sí, mi hijito! ¿No ves que no tengo qué hacerte hacer?

Ya estás cada día más mozo y hay que aprender a trabajar. Y a la vez que te ganís algo, se hace un favor a ese pobre.

Y a tanto clamor de la vieja, el muchacho le dijo güeno.

-Güeno, mama. Ya li hi dicho que no me voy a ocupar con ese ciego, pero por usté y no por naides lo voy a hacer.

Ya llegó el día que tenía que tomar el muchacho su nuevo empleo. Llegó el ciego y salieron los dos a caballo, con rumbo hacia el pueblo.

Cuando llegaron a las primeras casas, que eran de una familia que quedaba dando frente al camino, se pararon. El ciego cantó y esperó que le dieran algo. El muchacho recibió lo que le dieron y lo echó a la alforja. No le dijo nada al ciego de que le hubieran dado algo. Se adelantó un trecho, el muchacho, y sacó del envoltorio un pedazo de arrollado y se puso a comer, muy campanente. El ciego seguía di atrás y tomó el olor. Cuando se reunieron más allá, en la sombra de un árbol, y se pusieron a descansar para pasar la siesta, se pusieron a comer. Mientras comían, el ciego le preguntó al muchacho:

-Decime, hijo, en la casa aquella que canté, ¿nada te dieron?

-¡Nada! -le dijo el muchacho.

-¡Cómo, nada! Si yo tomé el olor. Yo olfatí que era arrollado lo que te dieron.

-A mí no me han dado nada -le volvió a decir.

En eso quedaron, y el muchacho juró vengarse del ciego y demostrarle que su olfato no andaba bien.

Estuvieron en el pueblo. Anduvieron vendiendo. Compraron cosas y pegaron la güelta. En una parte dejaron los caballos y tenían que andar a pie, un trecho. Había una acequia por la costa²⁰² de una paré. Entonces, el muchacho le dice al ciego:

-Prepárese a dar un salto bien largo, porque aquí hay una acequia, y es muy ancha. Ya está en la orilla. Vamos. ¡Salte!

El ciego dio un salto lo más largo que pudo y con toda su juerza, y se llevó la paré por delante. Se cayó en medio de la acequia, todo machucado y con la cara lastimada.

El ciego lo echó al diablo al muchacho y se encaró con él, diciendolé que cómo no le había avisado que se encontraba al frente de una paré.

-¿Y cómo no la olfatí, po? Así como olfatí el arrollado, así hubiera también olfatiau la paré²⁰³.

El ciego resolvió entregar el muchacho tan mal intencionau, a la madre. Ya se jueron y cuando llegaron a la casa de la vieja se lo entregó. El ciego, aunque creiba que el muchacho nada merecía, le pagó a la vieja lo que le había ofertado²⁰⁴.

La vieja quedó muy apenada por lo que había hecho el hijo y sin saber qué hacer con este niño. Resolvió consultarle otra vez a su compadre cura, y al otro día se jue a la casa de él. El cura, que había quedado con ganas de darle un buen susto al muchacho, le dijo:

-Dejeló, no más. Prestemelo a mí. Yo lo voy a mandar a que me traiga un caballo de un lugar lejos.

—428

El cura pensaba hacer llegar de noche, al muchacho, a unas casas viejas, donde asustaban para que sufriera un mal rato.

La vieja le dijo al muchacho que se lo iba a mandar otra vez al compadre cura. El muchacho le empezó a rezongar y a decir que no quería saber nada con curas.

-¡Andá, hijo, haceme quedar bien! Un favor nunca se pierde, hijo.

El muchacho por el pedido de la madre dijo que lo haría. Se presentó al cura, y él le dio las órdenes para que trajera un caballo de un lugar distante. El cura calculó que tenía que pasar la noche por las casas viejas donde se sabía que asustaban.

Salió el muchacho a la hora que el cura lo despachó. Ya bastante tarde, se encontró por el camino con un matrimonio anciano, que venían a caballo.

Con ellos entabló conversación y le preguntaron por el lugar al que iba.

Le dijeron que quedaba muy lejos, todavía, y que seguramente lo sorprendería una tormenta que se acercaba. Le recomendaron que se apurara mucho, no tanto por la tormenta sino por unas casas viejas que iba a topar, por donde no pasaba naides de noche sin que lo asustasen. Le preguntaron si tenía miedo y él dijo que no tenía miedo a nada. Se despidieron y los viejitos le desearon que Dios lo ayudara.

Siguió su camino y casualmente, cuando más se acercaba la tormenta, pasaba por frente de las casas viejas. Resolvió llegar y pasar la noche allí. Cuando ya desensilló y ató el caballo, se dirigió a las casas, y de la puerta de un cuarto le salió al encuentro un bulto y le preguntó qué hacía ahí. Él lo invitó a pelear y le contestó los insultos que el otro le dijo. Sacó su pupero y se juntaron a peliar como dos gauchos bravos. Peliaron un buen rato. Cuando el muchacho lo alcanzaba al bulto con el pupero, sonaba —429como si fuera un cuero seco. Por puñaladas que le pegara, nada le hacía; seguían peliando. Peliaron tanto, que ya no podían más de cansados los dos. Entonce el bulto le dijo que no peliaran más, que con su valor lo había vencido, que se sentaran, que conversaran, que tenía algo que contarle.

-¿Y quién sois vos? -le preguntó el muchacho.

El bulto no le contestó, y entonce el muchacho dijo:

-¡Pero... si voy a encender un fósforo para ver la casa de con quién hi peliau!

-¡No, no encendáis fósforo!

-¡Qué no!...

-No, no encendáis, mirá que yo soy un alma del otro mundo y no puedo ver luz.

Consintió el muchacho en no encender luz y se sentaron a conversar.

-Mirá -le dijo el aparecido-, sois el único hombre que me ha podido sacar de penas, llegando a mi casa y peliando conmigo. Éste era mi castigo. En premio te voy a dar una botija llena de plata, que tengo enterrada en aquella esquina del cuarto. Vení y cavá allí.

-No, no, cavá vos si me hais de dar algo.

El dijunto cavó y sacó una botija llena de plata y se la entregó.

-¡Me armé! -dijo el muchacho muy contento.

Como venía el alba, el alma en pena se despidió y desapareció, agradeciéndole otra vez al muchacho, y diciéndole que cada vez que estuviera apurado se acordara de ella.

El muchacho ensilló el caballo, acomodó el regalo y se dispuso a seguir viaje. Cuando estuvo en el carril, dijo:

-Nu hi dir nada pa donde mi han mandau. Me vuelvo a mi casa.

—430

Se volvió, y tarde de la noche, llegó. Abrió su cuarto, guardó la botija con plata y se acostó a dormir. Al día siguiente nada le dijo a su madre del tesoro encontrado. Luego fue a devolverle el caballo al cura y le dijo que el hombre que tenía que entregarle el caballo no estaba, y otras mentiras, como disculpas. El cura creyó que se había vuelto de miedo.

El muchacho se volvió a su casa y siguió haciendo pillerías tras pillerías, hasta que la vieja no sabía qué hacer con él. Una vez tuvo noticias de que un hombre que viajaba pasaba por un desierto, y resolvió, por consejos del cura, hacer que este hombre lo dejara ahí al muchacho, para ver si sufriendo un poco se componía. La vieja le pidió a este hombre que lo llevara al hijo y que con engaño lo dejara, al pasar, en el desierto. Cuando la vieja le comunicó al muchacho que tenía que acompañar a este hombre, él le dijo que aceptaba con la condición que le comprara la mejor escopeta que hubiera. La vieja le dijo que güeno. Entonces el muchacho, muy contento, le contestó:

-Yo tengo plata, mama, yo me la voy a comprar.

Fue, sacó de sus botijas unas monedas de plata, y se compró la mejor escopeta que había y una güena cantidad de tiros. Ya cuando se despidieron, le dijo a la vieja:

-Yo bien sé, mama, que usted quiere que no esté con usted, pero yo me voy no más. ¡La bendición, mi mama!

-¡Que Dios te bendiga, te ayude y te haga güeno, hijo!

Ya se fueron. Cuando llegaron al desierto se bajaron y anduvieron caminando. El hombre dijo que se quedara allí, que él iba a buscar agua, y con ese pretexto lo dejó solo y siguió viaje.

El muchacho anduvo mucho, y al fin dijo:

-Voy a cazar algo con mi escopeta.

—431

Tiró un tiro a una bandada, y al mismo tiempo se le presentó un loro y le dijo:

-¿Quién tiró ese tiro? ¿Vos hais sido?

-Yo jui, y te voy a meter otro a vos también.

Y levantó la escopeta y le apuntó, y el loro le rogó que no le tirara. Le suplicó que fueran amigos y le prometió confiarle un secreto. Pero, le dijo que tenía que ir con él y presentarse ante el Rey. Le dijo que el Rey lo mandaba a llevar para hacerlo matar porque con ese tiro le había pegado al Rey en un ojo y estaba furioso. El loro le explicó cómo tenía que hacer para salvarse de la rabia del Rey. Se fueron. En el camino el loro le dijo que el Rey le iba a preguntar si él tiró ese tiro, y que él dijera que sí. Que lo iba a mandar a un cuarto a sacar una piedra laja, que había en un rincón. Que no la sacara a la piedra porque se iba a hundir y a morir sepultado. Que mirara en otro rincón, que había una valijita, que la agarrara y saliera disparando con ella. Que tratara de escapar lo más

rápido que pudiera, porque en la puerta lo iba a esperar el Rey con una escopeta para matarlo. Ya cuando llegaron, pasó todo como le había dicho el loro, y el Rey le dijo:

-¿Vos tirastes ese tiro?

-Sí, mi Rey.

-¿No ves lo que me hais hecho? ¿No ves cómo me has pegado en el ojo?

-Sí, mi Rey.

-Güeno, entrá a ese cuarto y alcanzame una piedra laja que hay en un rincón.

El muchacho obedeció. Entró, vio la valijita, la agarró y salió disparando, agachadito. Que el muchacho éste era muy ligero. Lo estaba esperando el Rey con la escopeta, y cuando le tiró, el muchacho ya había desaparecido.

—432

El muchacho agarró el camino en dirección a su casa. Ya cuando iba lejos, tuvo curiosidad y abrió la valijita para ver qué había adentro. Encontró una catita muy bonita, y la catita le habló y le dijo que la cuidara, que ella era una niña, la hija del Rey, que estaba encantada. Y tomó la forma de una persona, y que era la niña más hermosa del mundo. Y se volvió a hacer catita y se entró a la valijita.

El muchacho, muy pensativo se fue a su casa. Llegó de noche, guardó la valijita y se botó a dormir.

La madre había estado pensando que cuando volviera el hijo lo iba a hacer casar para ver si así se componía. El muchacho se había enamorado de la niña en cuanto la vio y pensó en casarse con ella. Al otro día, muy temprano, antes que se levantara la madre, se fue al pueblo a comprar lo necesario para casarse.

Se levantó la madre, y estaba tomando mate cuando vio la puerta entreabierta del cuarto del hijo. Fue, vio que había llegado el hijo, y descubrió la valijita. La abrió, vio la catita y pensando que sería alguna brujería, la tiró al suelo. En eso oyó que volvía el hijo y salió rápido.

Llegó el muchacho, saludó a la madre y se fue a su cuarto. Abrió la valijita y vio a la catita a las rengueadas, y que le dijo:

-¡Para eso me has traído aquí? ¡Ingrato! Ahora, si querís verme otra vez, me tendrás que buscar adonde me sacastes.

Se voló, y el muchacho la siguió de atrás. Se asentaba en los árboles y el muchacho la escapaba de agarrar, y volvía a seguir. Así anduvieron leguas por muchos días. Cuando ya no podía más, de cansado, y con la ropa hecha pedazos por las ramas, lastimado y sangrando lo que se metía —433— por entre los árboles, las pencas, los barrancos y pedregales, oyó una voz que lo hablaba:

-¡Joven! ¡Joven! ¡Paresé! ¿Qué anda haciendo?

Miró para todos lados y vio tres palomitas que estaban en lo alto de un árbol. Y le volvieron a decir:

-Es para su bien, joven. Dejesé de perseguir a esa catita. Es muy difícil que usted pueda alcanzarla. Nosotros somos las Tres Marías del cielo, que venimos a ayudarlo. Atienda que es para su bien. Aquí le traemos estas cosas de virtud que lo salvarán.

Y las palomitas dejaron caer: una, una bota; la otra, otra bota, y la tercera, un sombrero. Con las botas podía correr leguas, y con el

sombrero, hacerse invisible. Así es que agradeció esa ayuda del cielo. Se puso las botas y salió corriendo más ligero que el viento. Naidés lo vía porque se puso el sombrero que lo hacía invisible.

Cuando llegó al palacio del Rey, la niña ya estaba bajo siete llaves. Así que era imposible saber nada de ella. El muchacho se puso el sombrero y llegó hasta donde estaba el Rey comiendo, en ese momento. Vio que a la niña le llevaba la comida una sirvienta, y que el mismo Rey vigilaba la puerta. El muchacho aprovechó en la primera oportunidad que pasó la sirvienta, y entró atrás de ella. El Rey cerró la puerta y casi lo aprieta, al entrar, ¡claro!, ¡como él era invisible!...

El mozo se puso atrás de la puerta, y en cuanto salió la sirvienta, se sacó el sombrero. La niña tuvo una gran sorpresa y una gran alegría al verlo aparecer, pero quedó muy triste cuando lo vio todo lastimado y ensangrentado.

-Ahora sí serás mi esposo -le dijo- porque has hecho un sacrificio por mi cariño, porque has sufrido tanto para encontrarme.

—434

Conversaron en momentos en que se iba la sirvienta y arreglaron para irse. La niña, cuando le trajieron el último plato, se calzó una de las botas. Se pusieron el sombrero del modo de hacerse invisible los dos, y salieron atrás de la sirvienta. El Rey volvió a echar llave a la puerta. Así salieron sin ser vistos y tomaron el camino para el lado de la casa del muchacho. Llegaron a un pueblo y compraron toda la ropa y lo que necesitaban.

Ya llegaron a la casa. La vieja estaba loca de contenta de ver que su hijo se iba a casar con una niña tan linda. Allí mismo se mandó hacer un gran palacio con el dinero del tesoro que tenía.

El alma del dijunto que había salvado el muchacho, era lo que lo ayudaba de esta suerte.

Concertaron el casamiento. Se casaron y se quedaron a vivir ricos y felices. El muchacho ya no hizo más picardías y se hizo un hombre serio y formal.

Y yo me vine de allí, así es que no sé qué más pasó.

Cecilio Agüero, 70 años. Nogolí. Belgrano. San Luis, 1950.

Campesino nacido en la región, de la que no ha salido nunca. Escasamente sabe leer y escribir. Aprendió el cuento del padre, que era un gran narrador y de quien heredó esta aptitud.

El cuento reúne motivos diversos de otros cuentos.

—435

914. Cairé

SAN LUIS

Que había un hombre que tenía tres hijos.

Y un día los hijos se fueron a rodar tierra. Y el padre cuando los despidió les dio un consejo:

-No despreciar lo viejo por lo mozo, ni lo cierto por lo dudoso.

Llegaron a un lugar ande se dividían dos caminos, uno era viejo, y el otro nuevo.

-Yo voy a tomar por el camino viejo -dijo el menor.

-Nosotros vamos a tomar el camino nuevo; el viejo ha d'estar lleno de pozos -dijieron los mayores.

Entonces dijieron los tres:

-En tal fecha los vamos a juntar en este mismo punto, los vaya como los vaya.

El menor llegó a una estancia y trabajó muy bien.

El mayor llegó en la noche a una tapera. Hizo juego y 'taba áhi cuando del techo le dijieron:

-¿Cairé?

Y áhi no más salió disparando.

—436

Al otro día llegó el del medio, al mismo lugar. Hizo juego y 'taba áhi cuando del techo dijieron:

-¿Cairé?

Salió disparando, muerto 'e mido.

Llegó el mayor a una estancia muy grande y si ocupó. El patrón le dijo que le pagaba toda la plata que quisiera si no s'enojaba. Que si s'enojaba le pegaba una paliza y no le pagaba nada. Y que si el que s'enojaba era el patrón, qu'el le podía pegar la paliza y se llevaba la plata.

Este patrón le dio unos trabajos muy malos y el pión s'enojó. Le dio la paliza y lo despachó.

Al hermano del medio le pasó todo lo mismo.

Cuando se cumplió el plazo se juntaron. Y ya se contaron cómo les había ido. Entonce el menor les dice:

-¿Han visto? Eso les pasa por no seguir el consejo de mi padre. Yo voy a ir ahora para hacerles pagar lo que los han aporriau a ustedes.

Y se jue. Ya llegó a la casa abandonada. Y hizo juego y puso un asau.

Entonces le dicen del techo:

-¿Cairé?

-¡Cai! -le dice el joven.

Cayó una pierna de cristiano.

Al rato vuelven a decir:

-¿Cairé?

-¡Cai! -le dice el muchacho.

Cayó otra pierna de cristiano.

Al rato vuelta a decir:

-¿Cairé?

-¡Cai! -dijo el joven.

—437

Cayó el resto del cuerpo di un cristiano, y li hablaron los restos.

-Yo soy un hombre riquísimo qui ando penando. Y agora qu'hi teníu la dicha de dar con un hombre corajudo le voy a entregar mi fortuna.

Y ya le dijo ande tenía unos cántaros con oro y plata. Y le dice:

-Saque los cántaros. Y mandemé a decir tres misas. Por eso ando penando. Y lo demás es para usted. Si me cumple, yo lo voy a ayudar en todo lo que usted haga.

Al día siguiente este joven cumplió con lo que le había dicho el finado.

Sacó plata para las misas y dejó lo demás enterrado. Y se jue.

Llegó a la misma estancia que los hermanos y el patrón l'hizo la misma propuesta. Y ya quedaron di acuerdo: el que se enojara, ése iba a perder todo y iba a recibir una paliza. Al día siguiente le dice el patrón:

-Áhi 'tán esos güeyes. Atelós a ese castillo. Que el castillo²⁰⁵ era una carreta grande. Y va trair leña. Y va con esa perra. Ande se revuelque la perra, áhi se va hacer una montaña²⁰⁶, y áhi va a cargar el castillo con leña, y se güelve.

El joven se puso a afilar su hacha. La dejó que cortaba un pelo en el aire. Se jugaron. Llegaron a un punto y áhi se revolcó la perra y s'hizo una montaña. Y él comenzó a hachar árboles y llenó el carro y se volvió pa las casas. No le dieron casi ni de comer, en la noche. Le dijo el patrón que al otro día tenía qui hacer lo mismo. Casi si había muerto del sol qui hacía y del trabajo, y encima no le deban de comer.

—438

Al día siguiente ató los güeyes al castillo y se jue. La perra iba adelante. Y como había un bordo²⁰⁷, áhi cerca, en cuanto lo traslomó y bajó a una cañadita, le dice a la perra:

-¡Vení, chey, para acá!

Entonce la perra le contestó que no s'iba a volver nada. Y áhi se bajó y la amenazó que l'iba a partir con l'hacha, y la mandó que se revolcara. Y ya se volvió la perra y se revolcó. Y mientras la perra se revolcaba, él ya mató un güey y lo carnió y se puso a hacer un asau. Hachó leña y cargó el carro. Comió y agarró y ató a la perra en lugar del güey. Y agarró a guascazos²⁰⁸ a la perra y l'obligó a tirar el carro. Y le decía:

-¡Tirá, caráfita²⁰⁹! ¡Tirá, caráfita! -y le pegaba por todos lados.

Y, ¡claro!, llegó tempranito a las casas. Cuando vido la perra atada y maltratada en esa forma, que le dice el patrón:

-Pero, ¿pórque mi hais atau la perra? ¿Y pórqe la maltratáis así? ¿Y pórqe mi hais matau el güey?

-¿Si ha enojau, patrón? -le dice.

-No m'hi enojau, pero no me gusta -les contestó el patrón.

-A mí tampoco mi ha gustau -que le dice el mozo.

Que esta perra era la mujer del patrón, que si hacía perra, y que el patrón le dice:

-¡Cómo hais hecho esto!

-Pero s'hi dau con un hombre malísimo. Mirá en el estau que mi ha dejau.

Yo no voy más... -dijo la perra.

—439

Entonce el patrón le cambió el trabajo al piñon y le dice:

-Mañana va a ir a sacar leche de las vacas que 'stán en aquél corral. Me va a trair un cántaro lleno de leche.

Que va el joven al otro día. Que las vacas eran malísimas. Y lo mandaban pa que lo mataran. Ya en cuanto entró se le vinieron encima, qu'eran vacas muy bravas. Entonce él se puso con l'hacha. A la vaca que si allegaba le pegaba con l'ojo 'e l'hacha y la tiraba al suelo. Cuando voltió la tercera no más, las otras se pusieron mansitas. Y les sacó leche y trajo el cántaro lleno 'e leche. Y ya cayó a las casas.

-¡Chey! -que le dice la mujer al patrón- ¡no lu han muerto las vacas! Áhi viene. ¿Quién será esti hombre con ese poder?

Al día siguiente lo manda el patrón a domar, y que le dice:

-Güeno. Vayasé a aquel corral a domar aquellas mulas. Entonce se jue al corral. Entonce se le vino encima un macho moro malísimo, a atropellarlo y a cociarlo. Y áhi no más le pegó con el ojo 'el hacha y lo mandó al suelo. Lo dejó morimundo²¹⁰. Al rato lo sacó ajuera del corral, lo ensilló y lo montó. Y el macho salió corriendo derechito, para botarse en una barranca muy profunda qui había. Y entonce él se bajó rápido, li arrancó una oreja y lo largó al macho a la barranca.

Y entonce vino al corral y encontró que todas las mulas 'taban con miedo y las amansó a todas. Y al último, agarró una mulita que 'taba áhi y la sacó al trote p'al campo. Entonce jue a quebrantarla, a lastimarla en la boca, como hacen —⁴⁴⁰los domadores cuando los animales son chúcaros²¹¹ y muy malos, y ella le dice:

-No me quebrantís. Yo soy una niña que me tienen encantada los diablos. Tu patrón es un diablo, y la perra que jue con vos es la mujer d'él. El macho moro era el mismo patrón. Los hijos si hacen animales para matarte.

Llevame cuando te vas, porque ya los 'stás venciendo a todos.

Ya llegó a la casa y que le dice la mujer al patrón.

-¡Chey, allá viene, no lu han muerto nada las mulas! ¿Y qué hacemos con esti hombre?

-Y... ¡lo tenemos que matar!

-¡Pero, hombre -le dice el patrón- porque me maltratás así los animales!

Casi los has muerto a todos.

-¿Si ha enojau, patrón?

-No, pero no me gusta.

-Tampoco me gusta a mí -le dice el joven.

Al día siguiente el patrón lo mandó con una tropa 'e mulas gordas, cargadas con trigo y le dijo que juera a un molino a hacer moler el trigo. Encontró áhi otra tropa de mulas flaquísimas y mal aperadas, que venían con harina. Entonce que le dijo al que venía con la tropa:

-¿Quiere qui hagamos un trato? Yo le doy mi tropa de mulas gordas con trigo y usté me da su tropa flaca con l'harina.

-¡Cómo no! -que le dice el hombre.

Y... ¡qué más quería! Y áhi no más hicieron el trato y él se volvió con las otras mulas.

—⁴⁴¹

Cuando el patrón lo vido llegar se puso muy enojau y le dijo que de ánde traiba esas mulas tan flacas y esos aperos²¹² tan pobres.

Él le dijo que las había cambiado.

-¿Si ha enojau, patrón?

-No m'hi enojau, pero no mi ha gustau.

-A mí tampoco mi ha gustau.

-Güeno -que le dice- me vas a cernir esta harina. Aquí me vas a echar el afrecho.

Y el mozo en cuanto vido que si acostó el patrón empezó a cernir l'harina por todas partes, por el patio, por los techos. Y al afrecho sí, lu echó como li había señalau el patrón.

Al día siguiente se levanta el patrón y ve esto, y áhi no más dice:

-Pero, hombre, ¡cómo hais hecho esto!

-Y... ¿si ha enojau, patrón?

-No m'hi enojau, pero no mi ha gustau.

-Güeno -le dice-, mañana vamos a ir los dos al campo. Tempranito recordame²¹³ con agua caliente.

El diablo lo iba a sacar para matarlo en el campo. El joven ya si había dau cuenta.

El joven se quedó en la cocina esa noche. Con un poquito di harina que tenía hizo una sopaipilla²¹⁴ y tomó mate. A la media noche puso unos tachos con agua al juego. A la madrugada jue y le zampó l'agua hirviendo al diablo y a la —⁴⁴²diabla, y los despertó, y los asó vivos. Y se enderezó también, furioso el patrón, y insultandoló.

Y que el joven le dice:

-¿Si ha enojau, patrón?

-¡Claro! ¡Cómo no me voy a enojar, si me estoy muriendo, y mi mujer también, quemados vivos!

Y áhi no más lo sacó y lo ató a un árbol, y le dio una biaba²¹⁵ que le dejó por muerto.

Y jue y largó todos los animales que tenía encantados el diablo, y él sacó la mulita del corral. Áhi no más s'hizo una niña lindísima, y se jue con ella. Y sacó las bolsas de plata que li había ganau al diablo y los cántaros que li había dau el dijunto. Y así se jue a su casa con una tropa de cargas de plata y oro. Y salvó a la gente di aquellos diablos malísimos. Y todo era porque lo ayudaba l'alma del dijunto que salvó.

Tomasa Muñoz de Leonti, 56 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1943. Campesina rústica, muy buena narradora.

El cuento es una amalgama de motivos de otros cuentos.

—443

915. El niño sin miedo

SAN LUIS

Había una señora muy pobre que tenía un chico inavenible²¹⁶, que la pobre señora no hallaba qui hacer con el chico. Tantos malos ratos pasó, hasta un fin ya tomó parte la polecía. Pero tamién se lo entregaron otra vez a la madre porque nu había manera de componerlo, no tenía miedo a naides. Ya la madre desesperada, una mañana temprano se lo lleva al Padre, a la iglesia, a ver si dejandoló encerrado en la iglesia este chico se reducía un poco. Y el Padre se comprometió hacerseló un niño bueno. Pero el Padre no pudo con él, y se lo tuvo que entregar otra vez a la madre.

Un día, llamó un hombre el Padre y hizo hacer un cajón de dijunto, y lu echó vivo en el cajón a un hombre vecino para hacerle tener miedo al chico. Y en la noche le dijo el cura al chico si se animaba a velar un dijunto, solo, porque no podía venir naides y él estaba ocupado.

-Cómo no -le dijo el chico.

Porque éste no tenía miedo a nadies. El chico tenía la edá de doce años.

—444

El cura le dijo al hombre que estaba en el cajón que a la media noche se quejara, qui hiciera crujir el cajón, y que se lamentara, para hacerlo

tener miedo al chico.

Tarde la noche el hombre, hizo todo lo que el cura le dijo. El muchacho estaba despavesando las velas, cuando oyó el ruido, tomó un palo y le dice al dijunto:

-Ya te vuá terminó de matá. ¿Qu'estás haciendo tanto ruido? Ya te vuá arreglá.

Así que el chico jue enfurecido a abrir el cajón. Y el hombre, cuando lo vido, salió corriendo. El muchacho salió di atrás y ya lo llevaba estrecho, pero alcanzó a llegar adonde estaba el Padre y se salvó. Entonce el Padre, al otro día temprano, llamó a la madre del chico para entregarseló; no lo podía reducir.

La madre lo más desesperada no sabía qué hacer. Tenía una yegua, y le dice al chico:

-Hijo, has cansau a la polecía, has cansau al cura, tomá esta yegua y andá a rodar tierra. Lo que tengo pa darte que llevís de comida es este pedacito 'e carne.

-Güeno -que le dice el chico y muy contento lu agarró y se jue.

La madre quedó muy desconsolada.

El chico viajó todo el día. Se le entró el sol, y entonces encontró unos palacios solos, y como dueño, desensilló, y largó el caballo a la güerta.

Abrió una puerta y entró en una pieza. Hizo juego para asar el asadito que li había dau la madre.

Cuando está haciendo el asadito, li hablan di arriba del techo, que le dicen:

-¿Cairé?

Que le dice él:

-Caé, no más, ¿que estás esperando?

—445

Como no tenía miedo a nadie... Y cayó una cabeza de dijunto. Y él dice con todo coraje:

-Falta mi hacía.

Y arrimó la cabeza al juego y asentó en la cabeza el asador.

Y ya pasó un rato y volvieron a hablarle del techo y que le dicen:

-¿Cairé?

Y que el muchacho le contesta:

-Caé entero, ante de caer de pedazos.

Y cayeron las otras partes del dijunto y se formó el cuerpo. Estuvo ya el asado, y que el chico lo invitó con asado. ¡Qué iba a comer, si era un alma!

Ya li habló, el dijunto, que quí andaba haciendo, si no sabía que él era el dueño 'e la casa. Pero que ya qui había hallado quien tuviera coraje, lu iba a dejar de propietario. Li avisó ande 'staba una herramienta y lo envitó a un potrero, y lu hizo cavar en una parte. Sacó una botija con plata antigua. Lo llevó a cavar en tres partes más y sacó tres botijas con plata. Que dijo que todo eso era para él, pero que le tenía que hacer decir tres misas con el cura y que le pidiera el recibo. Y qui al otro día a la oración iba a venir el cadáver a llevar los recibos y que l'iba a trair las escrituras para dejarlo de propietario. Que él lu había salvado porque había tenido el valor di hacer lo que él decía.

A la mañana muy temprano viene el cura a mirar si hay gente en la casa,

porque persona que llegaba áhi se moría de miedo. Tenía el cura la misión de venir a sacar el cadáver. Entonce el niño se enojó con el cura y le dijo que por qué venía sabiendo que él era el propietario. Y el cura le dijo que ésa era su misión. El niño le dijo que le dijiera tres misas y que le diera los recibos porque los necesitaba para ese día.

—446

El cadáver vino a la oración, ya vestido de blanco. Que el otro día 'taba vestido de negro. El niño le dio los recibos, y li agradeció mucho al niño, y se hizo una lucecita y se jue.

Ensilló la yegua otra vez el chico y se jue a trair la madre. La trajo a la madre y la dejó áhi. Le dio el dinero para que pasara los días, ella, y él se jue. Siguió viaje a rodar tierra otra vez.

Cuando ya había andado mucho encontró unos palacios solos, otra vez. Desensilló y entró. Encontró juego, y una olla en el juego, con comida. Terminó de cocinar y comió. Y se escondió en la güerta para ver quién venía a la casa. Al poco rato vinieron dos jóvenes y se pusieron muy contentos porque encontraron la comida cocida. Comieron y salieron a buscar quen había venido áhi. Dice el menor:

-¿Será Dios que nos ha mandado algún hermanito para que nos espere con la comida cocida?

Y el niño sin miedo que estaba oyendo salió y dijo:

-Vengo mandado de Dios a acompañarlo a ustedes.

Los jóvenes se pusieron muy contentos.

Al otro día temprano se jueron al trabajo los jóvenes y lo dejaron al chico que cocinara y los esperara con la comida cocida. El niño no obedeció, y se jue di atrás. Los jóvenes iban a peliar con los moros. El niño se escondió cerca, ande los jóvenes estaban peliando con los moros. Mataron una cantidá de sesenta moros. Era el trabajo que tenían todos los días. Porque los jóvenes los mataban y al otro día los encontraban vivos otra vez, y no sabían que era lo que pasaba. Y el niño sin miedo descubrió todo. Los jóvenes peliaban con los moros porque ellos li habían quitado una hermana que tenían los jóvenes, y la tenían encerrada debajo de siete llaves. Resulta que la madre de los moros veniya con una ollita y una velita prendida, cuando s'iban los jóvenes y dejaban los moros muertos, y les pasaba por el cuello un engrudo, y en seguida la

—447llamita de la vela, y así vivían los moros. El niño sin miedo cuando vido que hizo levantar dos moros con la ollita, la atropelló, y le quito la ollita y la vela. Con la espada de los moros muertos mató a los otros dos, que estaban medio aturcidos. Entonces la ajustició a la vieja que le diera las llaves ande 'staba la niña encerrada. Porque la viejita con el susto le confesó todo, y le dijo que esos moros eran hijos de ellas. La llevó de la mano a la viejita a la casa para que le entregara las llaves. La ató en la casa hasta qui hizo juego al horno, para echar a la vieja y quemarla para que se terminara junto con los hijos. En seguida abrió las puerta y vido la niña que estaba áhi y la volvió a cerrar y se jue ande 'taban los hermanos de la niña. Preguntandolé a los jóvenes si habían andau en el trabajo, ellos le contaron el trabajo que tenían, y entonce él les dijo que el también había andau y que los moros 'tan muertos. Los jóvenes dijieron que quisieran pagar a la persona que los hizo morir.

-Tomen, sus flojos -les dice- las llaves di ande está la hermana di ustedes encerrada.

Los jóvenes muy contentos se jugaron con el chico ande 'staba la hermana, y llevaron el cura y lu hicieron casar con la niña, y los dejaron áhi que vivieran, y ellos se jugaron a su casa.

El niño sin miedo como no tenía miedo a nada, si hacía cortar con la niña todos los días la cabeza, y se la hacía pegar otra vez con el engrudo de la viejita. La niña que no quería hacer eso, y que lloraba, pero que él la amenaza de matarla. Y que todos los días lo obliga hacer eso.

Un día por la mañana temprano, golpean las manos. En ese momento li había cortado la cabeza al chico. La niña di asustada y di apurada, le pega la cara para atrás. Y el niño sin miedo se mira en un espejo, y de verse la cara para atrás, se tuvo miedo y se murió de susto.

Adelina Rosales de Quiroga, 48 años. Luján. Ayacucho. San Luis, 1948. Muy buena narradora.

—448

916. Juan sin Miedo

SALTA

Había un matrimonio que si había casado muy joven y muy pobre. Tenía una yuntita de güeyes y una carreta. Nada más que con eso se pasaban la vida.

Dice que el marido tiraba²¹⁷ leña para ganarse la vida. Y así había comenzau él a trabajar hasta que había llegau a ser muy viejo.

Cuando ya ha estado muy viejo que le dice a la señora:

-Pero, qué desgracia que habimos en la juventú y himos llegau a ser tan viejos, y que Dios no los ha dado un hijo para nuestra pobreza.

Y dicen entre ellos:

-Debimos hacer una promesa a Dios y a la Virgen a ver si los da un hijo, siquiera -y si apromesaron a Dios y a todos los santos.

Y al día siguiente de la noche que si apromesaron, amanece encinta la viejecita, y a los tres días nació un niño. Y cuando nació, nació hablando. Y dice que nació grande, de mucha musculatura y muy velludo, medio parecido al Ucumar²¹⁸. —449A los dos días de haber nacido que le dice a la madre Juan, que ese nombre le pusieron:

-Mamá, yo quiero ir a la escuela. Mañana voy a ir a la escuela.

Y lo llevó la madre a la escuela. Y cuando llegó a la escuela, quieren salir todos los niños, y lo miran y le tiraban los vellos. Y a Juan ya no li había comenzau a gustar. Y ya pasó adentro de clase. Y claro, como 'taban áhi sentados, que unos niños li habían tirau los vellitos y no li había gustau y se da güelta Juan y les pega. Y que había pasau como cinco bancos para atrás. Y cuando volvió ya era un lamento el grado. Y que le había dicho el maestro a los niños que lo pillen, y ha ido el maestro, y li ha pegau al maestro y lu ha largau hasta cerca del pizarrón. Y él ha salido. En lo que sale para la casa, sale también el maestro a la comisaría. Y en eso que sale un agente a quererlo agarrar a Juan, y que Juan li había pegau un chirlo con la mano abierta no más, y lu había

enterrau en la arena pa abajo. Li había sacau el sable y la gorra y había seguido pa la casa de los padres. Una vez qui ha llegau -que los padres de que ha nació ya le tienen miedo- les dice a los padres:

-Mamá, papá, mañana voy a ir con la carretita a tirale leña.

Al otro día él había ido con la carreta 'e leña.

Entonce que le dice el padre:

-Hijito, 'ite por áhi cerca, no te retiréis porque si te retiráis te puede encontrar algún tigre.

—450

Entó que él había agarrau este camino ande le habían dicho que había tigres, y había seguido muy lejos. Y él sigue y sigue ande había leña fácil, porque él quería arrancar y hacer ver su juerza. Ya cuando 'tuvo lejo había visto muy mucha leña. Entonce si había bajau y había comenzau a quebrar árboles. Entó que le sale un tigre y le mata un güey. Entó le dice él al tigre:

-Matalo no más, pero sabete bien que vas a ir de compañero del otro, porque yo no voy a ir con un solo güey.

El tigre 'taba comiendo el güey qui había muerto.

Entonce él cuando había terminado de cargar la carreta, que le dice al tigre:

-Bueno, vos tenís que ir atau -y se le arrimó no más.

Y claro, como el tigre es feroz, lu ha querido saltar. Y él lu ha pillau de la cabeza y las manos y lu ha ayuntau con el güey, bien atau para que no vaya a morder al güey. Y que comenzaba a brincar y el güey que le tenía mucho miedo.

Y lu había llevau no más. Y que ha pasau por las casas del padre y había seguío pal pueblo.

Cuando llegó al pueblo todos le tenían miedo. Que se disparaban mucho y que le decían:

-Largue, largue ese animal. Largueló por favor.

Y claro, él no quería largar el tigre y decía que no podía seguir con un solo güey.

Y entonce que había salíu un hombre y li hacía dicho:

-Mire, mateló a ese tigre y yo le doy otro güey. Cómo va andar con ese tigre, lo va a comer.

Entonce mató el tigre y le entregaron un güey para compañero del que tenía. Y ya quedó conforme él, vendió la leña y se jue a la casa de los padres y les llevó la plata.

—451

Y Juan sin Miedo siguió tirando leña para vivir con su familia.

Juan sin Miedo jue a una casa, ande asustaban, a pasar la noche. Áhi cayó del techo un muerto. Él lo pelió. Era una alma en pena y le dijo que lu había salvado y le enseñó ande tenía un entierro y se desapareció. Así quedó rico y vivió feliz con sus padres muchos años.

Y pasó por un zapato roto
para que usté me cuente otro.

Gregorio Fernández, 43 años. El Líbano. Anta. Salta, 1952.
Buen narrador. Peón de campo que trabaja en las tareas propias de la ganadería. Ésta es la región llamada de los gauchos salteños.

—452

Nota

Difusión geográfica del cuento

Nuestro cuento, con sus variantes numerosas, tiene como motivos fundamentales la acción del valeroso que no tiene miedo a nada; que lo demuestra en diversas pruebas, pero en forma increíble, en la casa encantada ante la escena macabra de la caída del techo de las partes del cuerpo de un muerto, que es un alma en pena, por motivos que explica la creencia cristiana-popular. Su incommovible valor lo salva y recibe la recompensa de un tesoro, —453después de cumplir con las condiciones que el alma le indica.

Encontramos la interpolación de otros temas como el de Los tres picos de amor, el de Juan Saldado, y motivos como el nacimiento sobrenatural del héroe, el muchacho pícaro y el ciego, el remedio que resucita a los muertos, entre otros.

A pesar del título de nuestro cuento, difiere en gran parte del relato clásico del hombre que no conocía el miedo, que corresponde al N.º 4 de Grimm.

Nuestro cuento tiene gran difusión en el mundo occidental y es muy antiguo.

Los niños abandonados. Los niños perdidos en el bosque
12 versiones y variantes

Cuentos del 917 al 928

917. Los niños perdidos en el monte

La bruja

CATAMARCA

Una vez, dos niños se habían extraviado en un monte²¹⁹ y después de tanto caminar fueron a parar en la casa de una bruja. Golpearon la puerta y salió una mujer alta, flaca, muy fea, a la que le tuvieron miedo, pero la bruja, muy amable y cariñosa, les ofertó pan y leche. Ellos acetaron gustosos. Y los invitó a pasar adentro. Y les cerró bien la puerta.

Después que les dio de comer y se llenaron, los metió en una jaula grande y ahí les daba de comer y beber en abundancia, y cada mañana les decía:

-¡Qué lindos estáis! ¡Muy gorditos! ¡Qué banquete voy a tener!

Los niños atendían con miedo estas palabras y pensaban que debían ser comidos por la bruja.

Un día les dijo que fueran a buscar leña porque tenía que hornear pan.

Los niños fueron obedientes y trajeron la leña.

La bruja se puso entonces a preparar el horno y lo encendió. Luego les dijo a los niños que con un palo desparramaran —⁴⁵⁸las brasas del horno para que se calentara mejor. Los niños contestaron no poder, porque no alcanzaban. Y le dijeron que les enseñara. La bruja dijo que bueno y tomando un palo se puso frente a la boca del horno y empezó a mover las brasas. Los niños, que estaban atrás de la bruja, aprovecharon la oportunidad y la empujaron con todas sus fuerzas. Y la metieron en el horno y le taparon la boca al horno.

La bruja empezó a chillar y reventó y los niños buscaron el camino y se fueron a su casa. Y así se salvaron.

Juana Herrera, 55 años. La Quinta. La Paz. Catamarca, 1952.

Es el cuento tradicional; está reducido aquí a sus primeros motivos.

—459

918. Los tres hijos perdidos

LA RIOJA

Había una vez unos viejos que tenían tres hijos, una niña y dos varones.

Los viejos se encontraban muy pobres y como no tenían qué darles de comer a los hijos, han resuelto mandarlos al bosque pa que coman frutillas. Les dieron un pedazo de pan. Se iban comiendo y tirando miguitas por el camino, pa saber por dónde iban a volver.

Entraron al bosque y como sentían hambre han empezado a comer frutillas, y cuando han visto que ya se les hacía tarde, se apuraban por volver a la casa, pero resulta que ya no sabían por dónde era el camino.

Han empezao a buscar las miguitas que habían tirao, pero ya se las habían comíu los pájaros. Seguían andando por el bosque unos días. Lloraban porque sentían hambre, y también sé, hasta que encontraron un camino que los ha llevau justo a una casa pobre donde vivía una bruja. Han golpiau la puerta y ha salíu a recibirlos una vieja fiera, nariz larga, y los ha hecho entrar.

Les han contao los niños lo que les pasaba y la vieja los ha hecho entrar

y les ha dau de comer, pero después los —460ha empezado a hacer trabajar, y los cuidaba que no se vayan a ir.

Cuando ya habían pasado muchos días, la bruja ha dispuesto comerla a la chica, y le daba de comer bien, para que esté gordita. Los niños se han dau cuenta y lloraban, y querían ver cómo salvarla a la hermana. Un día ya los había mandado que calienten el horno, para echarla a la chica. Después la llamó y le ha dicho que entre al horno unos palos cortos que había, para que cuando se acerque la peche y la tire adentro.

Los niños se han dau cuenta de lo que iba a hacer la bruja y no la dejaban sola a la chica. Por eso, cuando la ha llamau, ellos también han ido, y le dice la vieja a la chica que l'eche esos palos al horno, pero ella le dice que le enseñe cómo los iba a poner. Y cuando la bruja entró un poco la cabeza en el horno para ponerlo bien adentro, los niños l'han pechau con tanta fuerza que l'han tirau adentro 'el horno. Taparon pronto el horno y no la dejaban salir a pesar de los gritos que daba, y así l'han dejau que se ase y se muera.

Entonces los niños, muy contentos, se han adueñado de todo lo que tenía la bruja. Han sacau unas bolsas y las han llenau de las riquezas que tenía la vieja, y de cosas de comer. Y se han ido otra vez al bosque, para ver si podían encontrar el camino de sus casas.

Han andado muchos días, ya cansados, hasta que por fin dieron con el camino que los llevaba a la casa, y se iban muy contentos, porque no veían las horas de ver a sus padres.

Los viejos los echaban mucho de menos y estaban tan pobres, que ya no tenían qué comer. Así que, cuando los han visto llegar lloraban de alegría. Les han contaui los —461niños lo que les había pasau y le han entregado todo lo que traían. Desde ese día han dejau de ser pobres y vivían muy felices.

Pasé por un zapato roto,
para que usted me cuente otro.

Francisco Rivero, 78 años. Nueva Esperanza. General San Martín. La Rioja, 1950.

Campesino rústico.

Variantes del cuento tradicional, que figura reducido a sus primeros motivos.

—462

919. Los dos hermanos

LA RIOJA

Había una vez un matrimonio que tenía dos hijos, un varón y una niña. La

desgracia no tardó en llegar a la familia: la madre muere y el padre queda con los hijos.

Pasan varios años y el padre vuelve a casarse.

La madrastra, que demostraba cariño a los niños, empieza a hacerlos sufrir.

El padre, inducido por ella, se muestra menos cariñoso con los hijos y por último resuelve llevarlos lejos de la casa y abandonarlos.

El varón, que siente la conversación la noche antes de salir, se llena los bolsillos de porotos.

Al otro día, temprano, el padre los convida para que den un paseo. Él va a caballo y lleva a la niña por delante y al varón en las ancas. Después de haber andado varias horas, los baja, los engaña que pronto volverá a buscarlos, y los deja en el campo, alejándose rápidamente.

A medida que pasan las horas y al ver que el padre no regresa, la niña empieza a llorar, pero el varón la consuela diciendolé que pronto encontrarán el camino. Comienzan a buscar los porotos que en el trayecto él había ido tirando y así consiguen llegar a la casa.

—463

La madrastra contenta lo que no están los niños, prepara una gallina, y estaban por comerla cuando ellos aparecen. Al verlos, la madrastra le da tanta rabia, que de un puntapié hace caer la olla y se derrama la comida. El padre se alegra al ver a los hijos, recoge la carne, la lava y se las da para que coman.

Dominado por la señora, le promete llevarlos de nuevo al otro día, para dejarlos más lejos. El varón guarda pasas de higo en el bolsillo del saco y se olvida de avisarle a la hermana.

El padre lleva esta vez al varón adelante y a la niña en las ancas.

Mientras avanzaban, el varón deja caer las pasas y la niña las va recogiendo.

Cuando llegan al punto donde el padre piensa dejarlos, los hace bajar; éstos comienzan a llorar y le piden que no los abandone. El padre siente al ver la pena de los hijos, pero no olvida las amenazas de su mujer. Se aleja prometiéndoles volver a buscarlos después de encontrar unos animales. Era pretexto para poder retirarse.

Mientras la noche se acerca, la niña llora desconsoladamente al saber que no podrán regresar porque no saben por dónde es el camino, porque las pasas que él tiró con esa idea, ella sin saberlo las fue comiendo.

Pasa la noche y al otro día salen en busca de mejor suerte.

Llegan a una cueva donde encuentran una perra con cría. Ellos, viendo que son perros, resuelven llevarse uno; mientras el varón arroja piedras desde un árbol, la perra enojada sale de la cueva y la niña aprovecha para entrar y sacar un perrito. Se alejaron y siguen andando.

No tardaron en encontrar una leona con sus hijos y haciendo lo mismo que lo anterior, se llevan un leoncito. Pasan los días y encuentran una tigre con cría, y llevan uno.

—464

Siguen acompañados por los tres animales, alimentandose de plantas y animales silvestres.

Pasan los años. Cierta día llegan a un árbol, cerca de una vertiente; allí bautizan los animales. Al perro le dan el nombre de Cadena de Oro, al león

Cadena de Plata y al tigre Garbanzo amigo, ayudame que estoy perdido. Suben al árbol y desde la copa ven casas y sembrados cerca donde ellos están.

El hermano acompañado de los animales se dirige a una casa. Al llegar a unos potreros se encuentran con un gigante; a pesar de las amenazas de éste, con ayuda de los animales consigue matarlo y sigue adelante.

Cuando falta poco para llegar a la casa, se encuentra con otro gigante más grande que el anterior. Pelean y nuevamente triunfa el joven, siempre ayudado por los animales.

El gigante le promete darle sus bienes a cambio de la vida. El joven acepta. Rico ya, resuelve conocer la casa. Ésta tiene catorce piezas. Las visitan. Todas ellas muy lindas y amuebladas.

Cuando llegan a la última, el gigante no quiere abrir la puerta, pero por temor a los animales la abre y el joven ve que está llena de cadáveres; aprovecha un descuido del gigante, lo empuja hacia dentro y le cierra la puerta.

Vuelve adonde está la hermana, le cuenta lo que le ha pasado, le dice que son ricos y la hace prometer que no abrirá la puerta donde está el gigante.

Después de un año, curiosa por saber qué tiene el hermano en esa pieza, abre la puerta y sale el gigante. Éste la engaña y consigue de la niña que cuando salga el hermano haga quedar los animales y les coloque a cada uno un pelo que se sacó de la nuca y le dio.

—465

Al otro día, con el pretexto de que tiene miedo de quedarse sola, el hermano le deja los animales. Les coloca los pelos. Los pelos se transforman en seis cadenas para cada uno y los ata en los pilares de hierro que tiene la galería. Después de haberse alejado el joven, abre la puerta, sale el gigante y avisado por la hermana, se dirige adonde él se encuentra, con el propósito de comerlo. El joven al verlo comprende la traición de la hermana y le pide que le deje dar tres gritos antes de matarlo. El gigante acepta y el joven trepado a un árbol grita:

-Cadena de Oro, Cadena de Plata, Garbanzo amigo, ayudame que estoy perdido.

En cada grito los animales cortan las cadenas y no tardan en llegar donde está el gigante, y lo matan inmediatamente.

El joven ayudado por los animales, lo arrastran, llegan a la casa y lo colocan en la habitación número catorce; lleva una tina, encierra a la hermana, diciendolé que cuando tenga hambre coma de la carne del gigante, y que llene la tina de lágrimas, y las beba cuando tenga sé.

Sale de viaje y encuentra en el camino a una princesa que llora desconsoladamente. Le pregunta la causa de su tristeza y ella le cuenta que la población del reino de su padre vive aterrorizada porque cada día la serpiente de siete cabezas come una persona y que para que termine la aflicción del pueblo, el Rey la mandó para que la coma a ella, y si alguien daba muerte a la serpiente se casaría con ella.

El joven le promete salvarla y cansado por el viaje no tarda en dormirse. Se despierta con los sollozos de la princesa que desesperada no encuentra qué hacer al ver que la serpiente se acerca. El joven anima a los animales y éstos matan a la serpiente. Corta las siete lenguas, hace un atado

—466en el pañuelo, se despide de la princesa y sigue en dirección del reino.

Al otro día, el Rey manda a un negro que vea si vive su hija. Éste al ver la serpiente, le da golpes, corta las siete cabezas, lleva a la princesa al palacio y avisa al Rey que él mató a la serpiente, presentando como prueba las cabezas.

Como palabra del Rey no puede faltar, se realiza la boda de la princesa con el negro y hacen un banquete donde asisten los miembros de la casa real. El joven que se encuentra en una casa del pueblo, ordena a Cadena de Oro le lleve el primer plato que sirven al negro. El negro grita:

-El pato me lleva el pero²²⁰.

Persiguen al animal pero no le dan alcance.

Llega el Cadena de Plata y lleva el segundo plato, y el Garbanzo amigo, ayudame que estoy perdido, el tercero.

El Rey indignado ordena la muerte de los animales y de su dueño, pero la princesa lo aconseja que es mejor que lo invite, pues en caso contrario el joven mataría a todos. Invitado a la fiesta, baila y deja caer el atadito con las siete lenguas. El Rey que es muy curioso, lo levanta, lo desata y mira su contenido. Llama al joven, le pregunta, y así se entera que él es el que dio muerte a la serpiente y recién observan las bocas de las siete cabezas, comprobando que no tienen lenguas.

Enojado el Rey por el engaño del negro, ordena sea descuartizado.

Con alegría de familiares y del pueblo se celebra el casamiento de la princesa con el joven.

La parentela del negro, servidumbre en el palacio, resuelven vengar la muerte de aquél y colocan alfileres envenenados —467en la cama, por el lado donde se acostó el joven. Este muere inmediatamente.

Los animales encerrados en una habitación para que no molesten, comienzan a llorar en cuanto su amo muere.

Al otro día antes de ser colocado en el cajón, la princesa deja salir a los animales para que vean a su dueño por última vez. Estos corren. Uno se mete por debajo de la cabeza, el otro por los pies, lo levantan, y el tercero va sacando uno por uno los alfileres y se los da a la princesa. El joven resucita y las fiestas siguen en el reino.

El Rey que no sabe cuál es la negra culpable, ordena sean quemadas todas.

Un día el Rey conversando con el yerno, éste le cuenta que tiene una hermana soltera. El joven que estraña y desea ver a su hermana, emprende viaje acompañado por su esposa y el suegro. Ésta vive todavía, muy delgada al principio, a medida que los animales la lamen, va engordando. La joven pide perdón a su hermano y éste la perdona de todo corazón. El Rey que es viudo, se enamora de la joven, la pide al yerno para casarse. Éste accede y se realiza la boda.

Vivían muy felices los dos matrimonios, cuando cierto día, el perro, el león y el tigre les dicen que ellos se iban, que eran ángeles mandados por Dios para protegerlos y que su misión había terminado. Los jóvenes les piden que se queden a vivir con ellos. Éstos no quisieron, salen corriendo, se meten en un pozo con agua y se transforman en tres palomas, que volando se perdieron entre las nubes.

Lorenza de Arce, 70 años. Catuna. General Ocampo. La Rioja, 1950.

La narradora, semiculta, es originaria de la región.

En el cuento figuran motivos del matador de la serpiente de siete cabezas.

—468

920. La vieja y el viejo que tenían siete hijos

LA RIOJA

Había sido una vieja que tenía siete hijos y eran muy pobres. Sufrían mucho hasta que un día el viejo no encontrando qué hacer y cómo sostenerlos, los llevó al campo para que se mueran. Entonces el menor de todos, el shulca²²¹, había llevado un pedazo de pan y había ido soltando pedacitos de pan de trecho en trecho por el camino. El viejo los dejó allá y se volvió para la casa. Al anochecer, el menor empezó a buscar el pan y vinieron para la casa otra vez y llegaron justamente cuando el viejo y la vieja se estaban levantando. La vieja le decía al viejo:

-¿Dónde estarán mis hijos?

Y el viejo le dijo:

-Ya los estarán comiendo los jotes.

Entonces los chicos, que habían estado oyendo la conversación, dijeron:

-No, si aquí estamos.

Los viejos contestaron:

-¡Guay!, si aquí habían estao.

—469

-Bueno -dijo la vieja al viejo-, tenís que volverlos a llevar. Les demos un pedazo de pan para el camino.

El viejo los llevó a un campo más distante y el menor como era más astuto, iba tirando piedritas blancas, pero sucedió que los hermanos que iban atrás las iban juntando.

Resulta que cuando el viejo los dejó, el Shulca se puso a buscar las piedritas blancas y al no encontrarlas les preguntó a los hermanos y ellos contestaron que ellos las habían ido juntando y que ahí las tenían.

Entonces dijo el shulca:

-¡Estamos perdidos!... Ya no podremos volver a la casa.

-Y se pusieron a llorar.

Cuando ya se hacía la noche, se subieron a un árbol y desde allí vieron una luz lejos. Se bajaron y se fueron siguiendo esa dirección llegando esa noche no más a la casa de unos viejos brujos que les dieron de comer y los hicieron acostar con los hijos de ellos que también eran siete y que para dormir se ponía cada uno un gorro. Después que se acostaron y cuando los viejos creían que estaban durmiendo, le dice la vieja al viejo:

-Te vas a levantar tempranito y los vas a carniar para hacer unos rellenos.

Pero el shulca que había oído la conversación se levantó, les sacó los gorros a los hijos de la bruja y se puso uno él y los otros a sus hermanitos.

Al otro día se levantó el viejo y creyendo que eran los forasteritos los que estaban sin gorro, los mató a los siete hijos. El shulca despertó a los hermanos a tiempo para disparar y no ser vistos. Cuando la vieja se

levantó encontró a sus hijos muertos. Entonces el viejo se puso unas botas que servían para hacer unos trancos de siete leguas y salió a alcanzar a los siete niños. Éstos, alvertidos por el shulca, se subieron a un árbol a tiempo que llegaba el viejo pero —470ya no los encontró. Se acostó a descansar y se quedó dormido. Cuando vio que se durmió el viejo, bajó este niño tan entendido, y ayudado por sus hermanos, le sacaron las botas y el cuchillo al viejo, y se volvieron para la casa de la vieja, y le mintieron que los había mandado el viejo para que le lleven toda la plata, porque lo estaban por matar. Entonces la vieja les entrega toda la plata creyendolés a los chicos; para esto que todo era viveza del shulca. Entonces, como ya tenían plata, se vuelven para la casa de sus padres, que los recibieron muy contentos porque llevaban riquezas, y todavía estarán comiendo lo que había sido de los viejos brujos.

Jesús Quinteros, 66 años. San Pedro. Castro Barros. La Rioja, 1950.

Buen narrador, originario del lugar.

El cuento está reducido a su primera parte. Contiene el motivo de los gorros de dormir del cuento de la bruja y los tres hermanos.

—471

921. El perro mano

La serpiente de siete cabezas y la hermana infiel

SAN LUIS

Había una vez un viejo que tenía dos hijos, uno varón y la otra mujer. El viejito se ocupaba de cazar, y un día iba a salir de caza, y le dijo el hijo:

-Padre, yo también voy a ir con usted.

-Bueno -le dijo el padre-, y se fueron.

Al poco andar encontraron un león y el padre le puso los puntos para matarlo, pero el hijo le dijo:

-No, padre, no lo mate, que es bueno, ése se llama Perro León.

Y lo empezó a llamar el muchacho: ¡Perro León!, ¡Perro León!, y el león se vino. Y lo acarició el muchacho y lo llevó con él. El viejito le tenía un miedo bárbaro. En seguida encontraron un tigre. Ahí no más el viejito le puso los puntos, y el muchacho corrió y le dijo:

-No, padre, no lo mate, ése es manso, se llama Perro Tigre.

Y empezó a llamarlo: ¡Perro Tigre!, ¡Perro Tigre! Y se vino el tigre y le hizo cariños, y lo siguió el tigre. Y se fueron.

—472

Al poco andar encontraron una huella²²² como si fuera que llevaban un palo a la rastra, y dijo el viejito:

-Hay que seguir esto, a ver qué es -y siguieron.

Al poco andar encontraron un perro muy grande, y que era la seña de las

manos que habían visto, que arrastraba al dar el paso. Bueno, el viejito le puso los puntos para matarlo, y le dijo el muchacho:

-No lo mate, padre, ése es un perro mano.

Y lo empezó a llamar: ¡Perro Mano!, ¡Perro Mano!, y se fue y lo acarició, y lo siguió el perro.

Se fueron para las casas. El muchacho llevaba los tres perros y el viejito iba adelante; les tenía miedo a los perros. Fue el viejito y le dijo a la hija:

-Áhi viene tu hermano, y trae tres fieras.

Así que se escondieron de miedo. Bueno, llegó el muchacho con los tres perros y les dio de comer, y los tenía áhi. Bueno, le dijo un día:

-Mire, padre, me voy a ir a rodar tierra.

-Bueno -le dijo el padre-, que te vaya bien.

Entonces le dijo la hermana:

-Yo también me voy con vos, quero acompañarte.

-No -le dijo el hermano-, vas a sufrir mucho.

-No, hermano -le dijo-, yo quero ir con vos, sufra lo que sufra.

-Bueno -le dijo el hermano-, te voy a llevar ya que querís andar con mí, pero te voy a hacer un pedido: que nunca me traicionís. Si algún día te sale alguna suerte y querís casarte, me decís, que yo no te voy a privar, pero nunca me traicionís.

—473

Se fueron, y el muchacho llevó los tres perros. Llegaron a un palacio que estaba solo. Y dijo el muchacho que s'iban a quedar a vivir áhi.

-Bueno -le dijo un día a la hermana-, voy a salir al campo -y se fue con los tres perros.

Cuando se fue, vino un gigante y empezó a conversar con la niña y le dijo que sí quería casarse con él.

-Bueno -le dijo la niña.

El gigante le dijo:

-Mañana, cuando salga tu hermano al campo -le dice- hacé que te deje los tres perros, y tomá estas cintas y los atás a los perros con las cintas.

Bueno, al otro día cuando quiso irse al campo el muchacho, le dijo la hermana que le dejara los perros, porque ella tenía miedo.

-Bueno -le dijo el muchacho.

Cuando salió el muchacho, la niña fue y ató los perros. En seguida, en lugar de ser cintas las que tenían, se formaron unas enormes cadenas. Y cuando venía llegando el muchacho, le salió el gigante y le dijo que lo iba a matar, pero el muchacho se acordó de los perros y les gritó:

-¡Perro León, tu amo 'tá en peligro!

Y el Perro León pegó una estirada y pudo cortar la cadena, y se fue y se agarraron a pelear con el gigante. En seguida pegó otro grito:

-¡Perro Tigre!, ¿qué hacís?, ¡tu amo 'stá en peligro!

Pegó una estirada el Perro Tigre, cortó la cadena y se fue y se puso a pelear con el gigante. Ya lo tenía mal el gigante, y pegó otro grito el muchacho:

-¡Perro Mano, tu amo 'stá en peligro!...

—474

El perro pegó una estirada con la mano a la cadena y la cortó, y fue ande 'taba el gigante y revolió la mano y le pegó, y lo enterró para abajo.

Bueno, se fue para las casas y le dijo a la hermana que él se iba de ahí.

-Bueno -le dijo hermana- yo también me voy con vos.

El gigante había quedado medio moribundo, pero cuando la pudo hablar a la niña, le dijo:

-Mirá, te vas con tu hermano y llevá este alfiler, y en cuanto podás, se lo clavás en la cabeza, y él se va a morir. Yo voy a irte a traerte di ande estís.

Y así quedaron.

Se fue el hermano con los tres perros y la hermana. La hermana llevaba l'alfiler. Siguieron un camino, y ya lejo, se pusieron a descansar ande había un monte grande. El muchacho se puso a dormir en la falda de su hermana. Y ya la hermana 'taba con la intención de clavarle l'alfiler, pero los perros le daban vuelta y ya le saltaban, así que la hermana no se la clavó de miedo a los perros. En eso que 'staba durmiendo el muchacho le cayeron unas gotas di agua en la cara, así que se despertó el muchacho y miró para arriba. Y arriba del monte 'staba una niña llorando. Entonce le preguntó el muchacho:

-¿Pórqe llora, niña?

Entonce la niña le dijo:

-Cómo no voy a llorar, si mi han puesto acá para que me coma la serpiente de siete cabezas. Así es que vayasé usté; ya falta poco para que venga.

-No -le dijo el muchacho-, yo la voy a salvar.

Al rato no más llegó la serpiente, y entre los perros y el muchacho la mataron. El muchacho le cortó las siete lenguas —475a la serpiente y la niña le dio un pañuelo de seda y un anillo, y ahí ató las siete lenguas y el anillo. El muchacho le dijo a la niña que no hablara con nadie de eso, que él ya volvería, y se fue con la hermana y los perros. La niña quedó sola.

Después el Rey, padre de la niña, mandó a un negro a la leña, y que pasara por donde 'staba la niña a ver si la había comido la serpiente.

Bueno, llegó el negro al monte, y vido la serpiente, y se bajó con l'hacha y le cortó las siete cabezas y las tiró al carro y alzó a la niña, y se fue, y le dijo al Rey que se tenía que casar con la hija d'él. La niña no hablaba nada. Y ya el Rey tuvo que decir que sí.

Bueno, y ya llegó el día de la boda. Y ya 'staban todos los convidados en la mesa servida, y la niña y el negro en la cabecera.

Y entonce el muchacho le dice al Perro León:

-Andá a ver si se hace la boda de la niña que salvamos nosotros.

Así que se fue y entró ande 'staba toda la gente comiendo, y todos sacaron los revólver para matarlo, y entonce hizo seña la niña que no lo mataran y todos lo dejaron, y el león se fue hasta donde 'staba ella, y lo acarició la niña. Y luego el negro cortó un brindé y se lo dio a la niña, y la niña se lo dio al Perro León. Y la niña cortó un brindé y se lo pasó al negro, y cuando el negro fue a comerlo, el Perro León le pegó un chirlo al negro que lo echó al suelo y luego le pegó un golpe a la mesa y echó al suelo todo lo que había.

Bueno, y desapareció el perro, y al negro lo llevaron a la cama, y dejaron la fiesta para el día siguiente. A la noche siguiente le dijo el muchacho al perro Tigre:

-Andá vos agora y hacé lo mismo que hizo el Perro León.

Bueno, ya 'staba la mesa puesta cuando entró el Perro Tigre. Todos lo quisieron matar, pero la niña hizo seña para que no lo mataran. Y se fue el Perro Tigre hasta que llegó ande 'staba la niña. Y el negro cortó un brindé y lo pasó a la niña, y la niña se lo dio al Tigre. Y la niña le pasó otro brindé al negro, y cuando fue a echarlo a la boca, el perro le pegó una sola cachetada que lo dejó muerto por un rato, y el Perro Tigre se disparó.

Así que la fiesta volvió a quedar para la otra noche. A la otra noche el muchacho le dijo al Perro Mano:

-Andá vos, agora.

Y fue el Perro Mano y hizo lo mismo. Cuando entró el Perro Mano, ya 'staba la mesa servida y todos lo quisieron matar, pero la niña pidió que no lo mataran. Cuando la niña le dio el brindé al negro, el perro le pegó un chirlo que le sacó las carretillas. Y le pegó un golpe a la mesa, y hizo todo pedazos. Entonces ordenó el Rey que lo siguieran al perro, y lo trajieran preso al dueño de los perros y a los perros también. Y así que siguieron al perro, y le dijeron al muchacho que decía el Rey que se presentara con perros y todo. Y contestó el muchacho que le dijeran al Rey que decía él que así no podía ir él, que viniera el Rey a la casa d'él.

Entonces el Rey le mandó rogar que fuera.

-Bueno -dijo el muchacho-, y se fue.

Cuando llegó le dijo al Rey que qué quería con él. El Rey le dijo:

-Mire amigo, lo he hecho llamar porque sus perros me han hecho un gran perjuicio: me han roto las mesas y le han sacado las carretillas al novio de m'hija, que él había salvado; el mató la serpiente de siete cabezas.

-No -le dijo-, yo la he salvado con mis perros. Mire, hagale buscar las lenguas a las cabezas.

Así que se las hizo buscar y las cabezas no tenían lenguas. Entonces él sacó el pañuelo y le enseñó las lenguas.

Y luego le dijo la niña:

-Sí, padre, éste es el hombre que mi ha salvado. Este pañuelo es mío, y él tiene un anillo mío.

Así que el Rey no tuvo más remedio que convencerse, y lo hizo matar al negro por embustero.

Y el muchacho se casó con la niña.

Bueno, la primer noche que se casó, la hermana del muchacho le dijo que ella le iba a acomodar la cama, y en un descuido le puso l'alfiler. Y cuando el muchacho se acostó se le clavó en la cabeza y se murió al otro día. Lo velaron, lo encajonaron y lo fueron a enterrar. A los perros los encerraron en una enorme jaula de fierro. En eso salió una sirvienta y les dijo:

-¡Pobres perros! ¡Si sabrán que el dueño está muerto!...

Entonces el Perro Mano entró la mano por las rejas, y pegó una estirada.

Los hizo pedazos, y salieron y se fueron al cementerio. Cavarón la sepultura, y sacaron el cajón, le hicieron pedazo y lo sacaron al muchacho. Le buscaron por todo el cuerpo y le sacaron l'alfiler. Y vivió el muchacho y lo llevaron para las casas, y le dijeron los perros:

-Mirá, ya t'himos salvado. Nosotros somos ángeles de la guardia, y hasta

ahora no más te vamos a acompañar. Sólo, si, tenís que separarte de tu hermana -y se fueron.

El muchacho corrió a la hermana de la casa, y vivió tranquilo con su esposa, la hija del Rey. Y todavía 'starán viviendo.

Julián Aguilera, 39 años. El Saladillo. Pringles. San Luis, 1945.

En el cuento hay interpolaciones de motivos de otros cuentos, como el de la serpiente de siete cabezas.

—478

922. Cadena de Oro y Cadena de Plata

SAN LUIS

Que había una vieja que tenía arte²²³ y que vivía a la oría²²⁴ de la mare²²⁵. Esta vieja tenía un hijo mocito. Tenía una gran majada de cabras. Y esta vieja hacía cuidar la majada con el hijo a la oría de la mare. Y este muchacho se crio, s'hizo un joven, y hasta se le puso rabioso, y se llevaba mal con ella.

Y una vez, cuidando este muchacho las cabras, le salió nuestro amo²²⁶ a la oría de la mare, como un viejito. Le salió con unos dos perros, muy bonitos los perros. Entonce el muchacho le dijo que se los vendiera. Entonce le dijo él:

-Vea, m'hijo, los perros no son para venderlos, son muy regalones miño²²⁷. En tanto istalo²²⁸ el muchacho, le dijo el viejito que se los vendía, que le diera sesenta cabras, le dijo.

—479

-Bueno -le dice-, antes di andar contando, hagamos un corte, m'hijo, si ya hamos²²⁹ tratado por estos perritos.

Le entregó los perros él. Uno se llamaba Cadena di Oro y l'otro se llamaba Cadena 'e Plata.

-Bueno -les dice a los perros-, ustedes se van a ir con este joven.

Ahora él hizo el corte de las cabras y las pasó pal otro lado de la mare. En la tarde, echa de menos las cabras, la magre. Que le faltaba una tropilla de cabras. Qu'él le dijo que no sabía ande si habían perdido las cabras.

-¿Y di ande sacáis esos perros? -le dice al hijo.

-A mí me los ha regalau un viejito a los perros -le dice él.

Este muchacho comenzó a andar mal con la magre y se le comenzó a ir a pasiare²³⁰ a una vecina, distancia de una legua. Y tenía una niña la señora aquea²³¹, y él la solicitó para casarse. Bueno, la señora le dio la niña al joven para que se casara.

La madre del joven no era gustosa que se casara el joven con esta niña.

Pero al fin el joven ése se casó no más con la niña y no le avisó a la magre²³². Y viene por áhi un vecino y le dice:

-Mañana se casa su hijo.

Y áhi no más arma viaje la vieja y se va al baile.

—480

Cuando jue ella, en la tarde, ya si habían casado los jóvenes. El joven

andaba siempre con sus dos perros.

Cuando jue ya tarde, la magre de la niña dice que les iba a tender la cama a los novios para que se vayan a acostar. Entonce la magre del joven dice: -Yo tenía dicho que cuando m'hijo se casara hi dir a tenderle la cama yo. Y le dijieron que güeno. Y como la madre del joven tenía arte, era bruja más o menos, le puso un cormillo envenenau del lau que regulaba que s'iba acostar la niña.

Y ya se jueron a acostar los jóvenes. No viene y toca la casualidá que el joven se quiso acostar d'ese lau. Y al poco rato no más se murió el joven y naide sabía deque.

Y áhi lo velaron. Y áhi 'taban los perros que no se movían. Al otro día lo llevaron a enterrarlo en el pantión²³³. Cuando lo llevaron a enterrarlo los perros lo vieron pal lau que lo llevaron. Pero áhi los agarraron a los perros y la señora se los vendió al comisario d'ese pueblo.

El comisario que 'taba muy contento con estos perros tan lindos, los encerró muy bien con llave. Al día siguiente los perros li habían desaparecido. Los buscaron por todas partes y no le hallaban ni el rastro, como si hubieran salido volando.

Los perros si habían dentrau al pantión, habían cavau y lu habían sacau al finau. Li habían lambido l'herida adonde se li había clavau el cormillo, y se lo sacaron al cormillo.

Y lo encontraron sentau al joven a donde lu habían sepultau y los perros a la par d'él. Áhi no más lo trajieron a la casa de la esposa, ande había síu cavau. Entonces los perros —⁴⁸¹hablaron y dijieron que ellos eran unos ángeles, que Dios se los había dau al joven para que lo salvaran, porque Nuestro Amo sabía lo que iba a pasar, y que como ya no los necesitaba el joven, ellos se iban.

Domingo Gatica, 73 años. Monte Carmelo. Belgrano. San Luis, 1951.

Campesino rústico que conserva un antiguo modo de hablar comarcano.

—482

923. Los niños perdidos

SAN LUIS

Que era un viudo que tenía dos hijos, varón y mujer. Y que había una mujer bruja que s'interesaba de casarse con el viudo.

Y entonce trataba de engañar a los chicos, y muchas otras cosas.

Y ya los chicos la querían y vían que era tan buena, que le comenzaron a decir al padre que pórque no se casaba con esa señora tan buena.

-Casesé, casesé, papá, es muy buena ella -le decían los chicos.

Bueno, por el pedido de los chicos, que le pedían tanto, se casó el padre.

A los pocos días no más la mujer se puso muy mala y los trataba muy mal a los chicos, y entonces le pidió al marido que los llevara a unas montañas²³⁴ muy espesas, que había muy lejos de áhi. Y bueno, el padre ya no podía vivir y dispuso un día de llevarlos. Y ya le dijo a la niña:

-Bueno, hija, mañana te vas a levantar temprano y vas a tostar mucho maíz.

—483

Y ya les dijo a los dos hijos que los iba a llevar lejo, lejo.

Entonce al otro día se levantaron muy temprano. Y ensilló el padre el caballo. Y los chico se llenaron el bolsillo de maíz tostado y salieron con el padre. El padre los llevaba al chico por delante y a la chica en las ancas.

Cuando iban por el camino, la chica, por un instinto que Dios le daría, fue tirando florcitas de maíz por todo el camino.

Ya los dejó a los chicos, el padre, en las montañas más espesas y se volvió. Esa noche cuando 'staban cenando, entonce dice la mujer:

-Gracias a Dios -que dice-, que cenamos a gusto, que no 'stán esos perros muertos di hambre.

Entonce los chicos se asoman y dicen:

-Acá 'stamos.

Se devolvieron ellos por las florcitas de maíz tostado.

La mujer lo había convencido al marido que los chicos eran insoportables de malos.

Ya le había dicho otra vez a la chica, el padre, que se levantara temprano a tostar maíz, que los iba llevar lejos. Al otro día los subió a caballo.

Entonce la llevó a la chica por delante y al chico en l'anca. Entonce el chico no alvirtió de tirar nada. Entonce no se pudieron devolver y quedaron perdidos en la montaña.

Caminaban y caminaban y no sabían ande iban. Ya cuando iban muy lejo, y ya se morían di hambre, se les presenta una señora viuda que era la Virgen, y que les dio agua y pan.

Después, que siguieron, y más allá se les presenta una liona con tres liones chicos. Ellos créian que era una perra con perritos. Entonces

dicen:

-Quitemolé uno.

—484

Y le quitaron un cachorrito. Y pensaban ellos cómo ponele nombre, y le pusieron Collar di Oro.

Bué... Después caminaron, y encontraron una tigra con cachorritos. Tamén pensaron que eran perros y le quitaron un cachorrito y le pusieron Garbanzo Amigo. Después seguían no más ellos caminando. Encontraron una perra con hijos. Le quitaron uno y le pusieron de nombre Ayudame que estoy perdido.

Y siguieron caminando. Muy lejo que divisaron un humito. Y de tanto andar, encontraron la casa di ande salía, qu'era la casa 'el diablo. Y se allegó el chico y la chica quedó con los perros. Entonce el diablo le dijo al chico que lu iba a comer.

-Dejemé pegar tres gritos y después comamé -le dijo el chico.

Le contestó el diablo que pegara veinte gritos si quería.

Y le pegó el grito a los perros: ¡Collar di Oro! ¡Garbanzo Amigo! ¡Ayudame qu'estoy perdido!...

Entonce los perros 'stuvieron al momento, y se fueron a matarlo al diablo.

Entonce le pidió al chico por favor que no lo matara, qu'él l'iba a decir ande tenía la vida. Entonce el chico lo perdonó y lu encerró en un cuarto.

Después vino la chica a las casas, y él le dio la llave del cuarto ande 'staba el diablo. El diablo le había dicho que si no lo mataba le iba a dar todas sus riquezas.

Al día siguiente el chico se fue al campo a ver l'hacienda, y le encargó a la chica que no le fuera a abrir ese cuarto. Y ¡claro!, la chica tenía curiosidá y decía:

-¿Por qué mi hermano no quedrá que abra ese cuarto?

Entonce, como quedó con las llaves, abrió el cuarto, y entonces se sorprendió de encontrar un hombre muy feo, —485de orejas grandes.

Entonce le dijo el diablo que no se sorprendiera, que no le iba a hacer nada. Y entonce salió y dispuso de ir a buscar al chico al campo. Y lo buscó y lo encontró y le dijo que en busca d'él iba. Entonce lu iba a matar, pero el chico gritó: ¡Collar di Oro! ¡Garbanzo Amigo! ¡Ayudame qu'estoy perdido!

Y entonce 'stuvieron al momento los perros y lu agarraron al diablo para matarlo. Y el diablo pedía por favor que no lo mataran. Y ya 'staba moribundo, y dijo ánde tenía la vida. Dijo que tenía que ir al campo a buscar un toro di aspas di oro, que era muy bravo. Que tenía que matarlo al toro, y adentro de la panza del toro había una gaviota, y di áhi salía una paloma, y adentro, la paloma tenía un güevo, y en el güevo tenía la vida el diablo.

Y el muchacho se fue, y con los perros mató el toro, y salió la gaviota. Y la abrió y salió la paloma. Y agarró la paloma y le sacó el güevo. Y se vino a las casas ande 'staba el diablo ya moribundo y se lo tiró por la cabeza. Lo rompió y se murió el diablo. Y ya se volvió a las casas ande 'staba la chica, y li hablaron los perros y le dijieron que ellos eran unos ángeles que habían venido para salvarlos, y que ellos quedaban bien ricos y en un lindísimo palacio, los dos hermanitos. Y se despidieron de los chicos y se hicieron tres palomitas, y se volaron.

Javiera de Becerra, 40 años. Piedra Blanca. Junín. San Luis, 1951.

Lugareña que no ha salido del lugar. Aprendió el cuento de la madre, que era muy buena narradora.

—486

924. Los magos moros

SAN LUIS

Ésta era una señora criolla que tenía un hijo, y era viuda. Esta señora se dentró a vivir con un gigante. Ella tenía escondido al gigante, de miedo del hijo. El gigante empezó a hacer lo posible pa matar al hijo o hacerlo matar. El hijo vivía en casa aparte y todos los días venía a ver cómo estaba la madre. La madre siempre le decía que estaba bien, y el hijo se iba contento. Un día, el gigante le dice que le diga que está enferma, y el dotor le ha recetau que con las barbas de los magos moros negros, iba a sanar, que seguro que los negros lo iban a matar.

Ya llegó el hijo y le preguntó cómo había amanecíu.

-Mal, hijo -que le dice-, 'toy enferma, y un dotor que pasaba me vido, y que dijo que sólo con un tés de barbas de los magos moros negros me voy a poner güena.

- ¡Ah! -que le dijo el hijo-, yo por mi madre muero, ánde haiga que ir,

voy a ir -y se jue.

En lo que iba en el viaje, que pasa por el puente de las casas del Rey, y el Rey lo divisa y lo manda a llamar.

-¿Ande va, mi amigo? -que le dice.

El joven le cuenta que va a buscar las barbas de los magos moros negros.

—487

-¡Ah!, pero eso es muy difícil -que le dice.

-¡Ah, Majestá! es remedio pa mi madre, y por mi madre muero.

Entós, él que le dice que él lo va ayudar pa que los magos moros no lo maten. Y áhi l'hizo dar un güen caballo y una espada que cortaba un pelo en el aire.

-Cuando llegue -que le dijo-, saquelé el freno al caballo, que le va ayudar a peliar, y usté largue golpes con la espada a todos laus, pero no se descuide que estos hombres son muy malos y brujos. Y se jue. Cuando llegó -que anduvo muchísimo- le salieron los moros a matarlo, porque el que llegaba áhi, era muerto. Entós él le sacó el freno al caballo, y entraron a peliar. Y peliaron y peliaron hasta que los mataron a todos.

Áhi no más sacó las barbas y se alzó, porque estos moros podían volver a vivir. Cuando va pasando por la casa 'el Rey, le sale el Rey y le pregunta como le ha ido. Le dice que bien y que trai las barbas de los magos moros. Entós que le dice que le preste pa ver como son las barbas, y se va pa adentro. Entós él guarda las barbas de los moros y le da barbas de un chivato negro. Que eran igualitos. El mozo entrega el caballo y la espada, y se va. Ya llegó y le dio a la madre las barbas.

Las barbas eran pa que el gigante tomara un tés y le dieran una juerza como nadies tenía pa matar al hijo de la señora. Ya tomó el gigante el tés, y antes de darle juerza lo debilitó, y que no sabía por qué.

-Agora le vamos a mandar un peligro pior -que le dice a la madre. Y ya le explicó que si haga la enferma y le pida las barbas de los magos moros rubios.

Al otro día viene el mozo y saluda a la madre y le pregunta cómo está.

-¡Ay, hijo! -que le dice- 'stoy pior. Estas barbas no mi han hecho nada.

Un dotor que pasó me recetó un tés de las barbas de los magos moros rubios.

—488

-¡Cómo no! -que le dice- yo se las voy a trair. Yo por mi madre muero -y se jue.

Bué... Se jue otra vez. Volvió a seguir el mismo camino. Cuando va pasando por las casas del Rey, le vuelve a salir éste, y le pregunta ánde va, y le oferta el caballo y la espada. Y le dice que si los otros moros eran malos, éstos eran el doble; que tuviera cuidau, que le quitara el freno al caballo y peliara sin descansar porque lo iban a matar. Se jue.

Ya le salieron los moros, que vivían lejísimo, y lo querían matar. Le boliaron el caballo y lo llevaron muy mal. Pero, en una de éstas logró voltiar uno, y después mató otro, y hasta que al fin mató a todos.

Ya como quedó de a pie, sacó las barbas de los moros y agarró a caminar, apurau, porque estos moros resucitan. Y ya resucitaron los moros y lo comenzaron a seguir. El Rey que ya 'staba sabiendo todo -porque era un ángel que lo ayudaba- le mandó caballo pa que volviera. Ya cuando los moros lo llevaban cerquita, llegó el pión con el caballo y pudieron

escapar.

Ya llegaron a las casas del Rey, y salió el Rey y le pidió las barbas pa verlas. Y ya guardó él las barbas de los moros y que se las cambió por la de un chivato rubio. Bien rubio que era el chivato.

Y ya se jue y llegó a la casa de la madre y le dio las barbas, y se despidió, y se jue. La madre le dio el tés al gigante, y en vez de fuerzas, que más se debilita el gigante.

Ya volvió al otro día, y que le pregunta a la madre como está.

-Mal no más -que le dice.

En ese momento él se acordó que en el medio 'el campo vivía una curandera que él había óido nombrar y sin decir palabra se dio güelta y se encaminó para allá. La madre que —489lo llamaba, pero él que no atendía. Ya cuando llegó le contó a la curandera, que era viejita, y le pidió por favor que le diera un remedio pa la madre. La curandera le dijo:

-Pero, m'hijito, ¡si tu madre está muy sana!

Entonce le dice que lo que tenía es que tenía un gigante que se había dentrau a vivir con ella, y que lo quería hacer matar a él. Entós él se volvió enojadísimo a la casa de la madre, y dentró y se agarró a peliar con el gigante. El gigante que 'staba sabiendo todo lo que pasaba porque era adivino, y que 'staba temblando.

Y ya peliaron, y que al fin el mozo lo partió con la espada que le había dau el Rey. Y el gigante quedó muerto áhi. Y él se despidió de la madre para nunca más volver. Y él se jue, y nosotros los vinimos para acá.

Bonifacio Rodríguez, 56 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1945.

Campesino rústico. Buen narrador.

Variante y nuevo desarrollo del motivo de la hermana infiel en la madre traidora.

—490

925. La vieja gigante y los niños perdidos

SAN LUIS

Ésta era una vieja gigante, que era bruja. Tenía esta gigante una cucha²³⁵ y áhi encerraba los chicos que llegaban a su casa y los hacía engordar con carne de perro. Después que 'staban gordos los sacaba y los carniaba.

Una vez, dos hermanitos, un varón y una niña, andaban perdidos en el campo y cayeron a la casa de la gigante. La gigante los tenía con engaño y los mandó a buscar leña. Se encontraron con un viejito muy anciano, y les dio una colita de quirquincho a cada uno. Les dijo que cada vez que la gigante los llamase, se pusieran esa colita güeca, de quirquincho, en el dedito gordo.

La gigante, cuando ya los había tenido un tiempo, a los chicos, los llamaba y les tocaba el dedito gordo de la mano, para ver si habían engordau como para hacer un buen asau. Cuando 'staba duro el dedito, 'taban tuavía flacos.

Los llamaba todos los días, a los chicos, y les tocaba el dedito, y siempre 'staba duro. La gigante les daba muy bien de comer, pero nunca se

les ponía el dedito blando. Pasó mucho tiempo y al fin la gigante determinó comerlos flacos, no más, ya que no los podía engordar, porque tenían siempre —491 los deditos duros. Claro que era la colita de quirquincho, que ella tocaba.

Entonces los mandó a ellos mismos a juntar la leña para hacer juego y asarlos. Cuando andaban juntando la leña, muy contentos, inocentes de lo que les esperaba, se les apareció el viejito. Ellos le dijeron que la gigante los había mandado a acarriar leña. Entonces el viejito les dijo que cuando la gigante hiciera el juego, y los mandara a soplar el juego, que la chica dijera que no podía porque tenía una espina en la boca, y el chico que no podía porque tenía las rodillas lastimadas. Y que entonces, cuando la gigante se agachara a soplar ella, el juego, que la empujaran entre los dos, y le echaran al medio 'el juego. Que si no le echaban, ella los iba a comer a los dos.

Los hermanitos volvieron a la casa de la gigante bruja, y ella hizo con la leña una jogata grandota. Entonces les dijo que soplen. La niña dijo que no podía, que tenía hincada una espina en la boca, y el varoncito le dijo que no se podía arrodillar, para soplar, porque tenía lastimadas las rodillas. Entonces, la gigante enojada, se agachó para enseñarles cómo se sopla el juego, y ahí se pusieron ellos uno de un lado y otro del otro, y la pecharon²³⁶, y le hicieron caer en el medio 'el juego. Y así se salvaron ellos.

Después se les apareció el viejito, y les dijo que era Tata Dios²³⁷, que había venido para protegerlos.

Así se salvaron los dos hermanitos y se quedaron a vivir en la casa de la gigante que era muy rica.

María Angélica Lucero, 21 años. La Carolina. San Martín. San Luis, 1939.

La narradora, campesina, trabaja como criada.

Variante del cuento tradicional; faltan motivos.

—492

926. El Vello Colorau

SAN LUIS

Había una vez un hombre muy viejito que había quedado viudo. Le habían quedado dos chicos, un chico y una chica. El viejito se ocupaba en cazar animalitos del campo. Que era de muy buena puntería, que no perdía tiro nunca. Tenía un buen rifle. Y el chico había aprendido a tirar, y si bien sabía tirar el padre, él sabía tirar mejor todavía. Y llegó una vez que se enfermó el viejito, y cayó a la cama. Entonces lo llamó al hijo varón y le dijo:

-Mirá, hijo, yo me voy a morir, hacete cargo de tu hermana y de todo lo que es mío.

Y murió el viejito. Vivieron poco tiempo ahí, en la casita, los chicos. Y ya no había quedado casi qué cazar. Los bichos del campo habían quedado muy escasos. Y como ellos vivían de la caza, de eso se mantenían, dispusieron de irse a otro lado. Cargaron el caballo con todas las municiones que

tenían, y todo lo poquito que tenían, porque eran muy pobres, y una bolsita de sal. Y se jugaron. Anduvieron mucho tiempo, y no podían cazar. Tanto anduvieron ellos hasta que dieron con una montaña²³⁸ muy grande. Desensillaron el caballo y le dijo el hermano varón a la hermana mujer:

—493

-Quedate acá no más, vos, y yo voy a ir a cazar por la montaña. Ya vengo. Y en eso la chica hizo fuego, sacó de los aperos unos cueros y se recostó. Y él se metió pa dentro de la montaña. En eso, al poco andar, salió una gama, y le pegó un tiro y la mató. Y en eso vino un gigante y le dijo qué andaba haciendo en ese campo, que lu iba a comer. Entonce él le empezó a pegar tiros. Le pegó cinco tiros. Cuando ya no pudo más, que cayó el gigante al suelo, el chico le cruzó los brazos. El gigante le dijo que no lo matara, que l'iba a regalar el palacio que tenía él. Entonce le dijo que bueno, que lo llevara. Y lo llevó a un palacio muy lindo y le entregó todas las llaves. El muchacho lo llevó al gigante a una pieza sola y lo ató en el techo con unas cadenas. Y salió, le echó llave, y apartó esa llave, y la guardó en el bolsillo. Entonce se jue a traerla a la hermanita.

-Y, che, hermanita -que le dice-, Dios nos ha mandado un palacio muy lindo para nosotros, así que vamos a vivir tranquilos.

Entonce vino la chica, y vivieron áhi. Y ya le mostró todas las llaves para que viera que era de ellos. La niña le dijo que cómo hizo para hacerse dueño de ese palacio. Entonce, un día, dijo el hermano:

-Voy a salir al campo, como todo es miño, para reconocer todo lo que es miño.

Entonce la chica, lo que quedó sola, empezó a abrir las puertas y a ver todo lo que había en las piezas. Y así recorrió todas las piezas, menos dos que estaban cerradas y no podía abrir con las llaves del hermano.

Entonce le dice al hermano, un día:

-Che -le dice- ¿y las llaves de esas otras piezas, que no las puedo encontrar?

—494

Le dice él:

-¿Para qué las querís? Alguna de esas han de ser -y así la tenía engañada. Una llave era la de la pieza que él tenía al gigante, y otra llave era que no lo había entregado el gigante, y él no se había dado cuenta. Una vez se cambió de ropa el muchacho, y se olvidó de la llave que tenía escondida en el bolsillo. Entonce la chica se la encontró. Esperó que saliera no más, el muchacho al campo, y se puso a probar la llave en qué puerta andaba, y dio con la puerta de la pieza que 'staba atado el gigante. Cuando entró, la muchacha se asustó, miró pa arriba, y lo vido, y se asustó. Entonces le habló el gigante y le dijo que no se asustara, que él era un hombre bueno, que le desatara di áhi y que lo curara, que le tuviera lástima. Entonce lo desató, lo hizo bajar, y lo curó. Bué... Entonces le dijo que saliera, que cerrara la puerta, que echara llave, y que no le fuera a decir al hermano que ella había entrau áhi. Al poco rato ya llegó el muchacho del campo. Ella ya tenía la comida lista. Comieron, tomaron mate y se acostaron a dormir la siesta. Después, vuelve a salir al campo el muchacho, otra vez. Se jue la chica a la pieza ante 'staba el gigante. Le llevó comida, le llevó agua, le llevó más remedios. Y después, volvió a cerrar la puerta y

salió. Así siguieron varios días. Así como salía el hermano, ella s'iba ande 'staba el gigante a darle de comer y curarle. Por fin, un día le dijo el gigante a la chica:

-Mirá -le dice-, este palacio es miño, y el que a mí me ha estropiau tanto es tu hermano, y a vos te había engañau. Y tu hermano es muy malo, así que tendremos que tratar cómo tenemos que hacer para hacerlo matar, para que quedemos los dos dueños de acá.

Entonce le preguntó la niña qué cómo podría hacer para hacerlo matar. Él le dice:

-Mirá, mañana a las doce, cuando venga, te hacís l'enferma, y le decís que ha venido una curandera, y te ha dau —495un remedio. Que con lo que podía sanar, es con l'agua de Las dos Peñas que de acá queda distancia de cien leguas. De allá, tené la seguridá que no va a venir más, y así quedamos tranquilos nosotros.

Entonce, cuando echó de ver que ya iba a llegar el hermano, se acostó y se hizo la muy enferma. Entonces, cuando llegó el hermano que le dijo:

-¿Qué te pasa, hermana?

-'Toy muy enferma y ha venido una curandera y me ha dado que sólo con l'agua de Las dos Peñas voy a sanar, y queda muy lejo, quedan cien leguas de acá.

Que dijo el hermano:

Si es eso no más, no es nada, me voy a ir ya no más.

Y agarró un par de caballos y se fue. Y empezó a galopar y galopar sin rumbo, porque él no sabía ánde preguntar, ni ánde quedaban Las dos Peñas. En eso devisó un humito, lejo, muy lejo, y tomó en esas direcciones. Y galopó y galopó, hasta que llegó a una casita, a una de esas casitas antiguas, la mitá enterrada en el suelo. Y llegó a la casa y salió una muchacha de pelo largo, que se llamaba Jorgina, y lo invitó a que se bajara. Y él le dijo que no, que 'él iba preguntando dónde quedaba el camino que iba para Las dos Peñas. Entonce le dijo que se bajara, que el padre de ella le iba a dar noticias, que era una persona ciega, pero que conocía por muchos puntos.

-Sí -le contestó el viejito de allá adentro-, yo conozco, yo le voy a dar noticias.

Se bajó y pasó p'ande 'taba el viejito. Entonce le dijo el viejito:

-Buenas tardes, amigo, ¿qué anda haciendo por acá?

Y él le dice...

-¿Y usted piensa de ir allá? El que va allá no vuelve más. Así es que es mejor que se vuelva, amigo.

—496

-No puedo volverme. Lo que quero es salvar mi hermana, y me han dicho que sólo con esa agua se puede salvar.

-Pero no, amigo, vuelvasé -le dijo el viejito- que va a ser perdido usted y su hermana.

Y ya le dijo el muchacho:

-Vuelva o no vuelva, yo voy a ir. Yo voy a hacer la diligencia pa salvar mi hermana.

-Bueno -que le dice-, tanto entusiasmo y tantas ganas que tiene d'ir, yo lo voy a ayudar. Mire, amigo -le dice el viejito-, Las dos Peñas son dos piedras muy grandes que se abren y se juntan, y cuando sienten que anda

alguno, pegan un brinco y se pegan un golpe que saltan piedras, distancia de una legua alrededor, y no queda nadie vivo. Pero -que le dice-, yo le voy a prestar un caballo y un frasco, y se va a ir en seguida, después que cene, y le pega galope que el caballo lo va a llevar allá. Va a llegar mañana a las once. Las peñas van a estar abiertas. No tenga miedo, llegue no más usted; meta el frasco, saque l'agua, y aprete las piernas qu'el caballo va a disparar como el viento.

Bue... Así que salió este mozo, y le pegó galope como le había dicho el viejito. Justamente llegó a las once. 'Taban abiertas las peñas. Y llegó no más, y metió el frasco, y pegó la vuelta, y le apretó las piernas al caballo, y salió disparando. En eso pegaron un bramido las peñas y se juntaron justamente cuando salió de la legua, que 'taba marcada. Las piedras que saltaban, le pasaban por la cola del caballo, pero alcanzó a salvarse. Y jue y dio con la casa del viejito. Y el viejito le dijo:

-Güenas noches, amigo, ¿cómo le ha ido?

-Bien señor, acá traigo los remedios que iba buscando.

-Bueno -le dijo- déle el remedio a Jorgina, que se lo acomode, y venga y cene.

—497

En lugar de arreglarle la niña l'agua que traía, le acomodó otra agua cualesquiera. Y se jue él para la casa de la hermana.

Entonce le dijo el gigante a la niña:

-¿Sabís una cosa? Tu hermano se ha salvado -que era adivino éste- así que poneme ande 'taba no más.

Llegó el muchacho a la casa y le trajo l'agua. Cuando le dio l'agua a la hermana, sanó.

Así que pasaron unos dos o tres días más, le dijo el gigante a la niña que se volviera a hacer la enferma, y que le dijiera al hermano, que había pasau la curandera y le había dicho que sólo con la grasa del toro negro podía sanar. Tal hizo ella.

-Bueno -le dijo el hermano-, si es eso no más, en seguida voy a buscarla.

-No, hermano, qué te vas a ir, si dicen que ese toro es muy malo, que el que va áhi no vuelve más...

-No -le dijo el hermano-, me cueste lo que me cueste, me voy a ir.

Y agarró un par de caballos y se jue. Que pensó el muchacho:

-Mejor me voy por otro lau, no me voy a ir por la casa 'e mi amigo, porque no va a querer que vaya.

Y galopó toda la tarde. Cuando quiso hacerse la noche, dio con la casa del viejito, otra vez.

-Güenas tardes, niña -le dice a Jorgina, que salió cuando él llegó.

-Güenas tardes, joven. Bajesé.

Se bajó, y pasó ande 'taba el viejito a saludarlo. Y le dice el viejito:

-¿Cómo le va, amigo? ¿Ya 'tá de vuelta, acá?

—498

-Sí señor -le dice-, en busca de que me dé noticias del camino del toro negro.

-Ni se disponga, amigo, de allá no va a volver más.

-Yo voy a ir no más -le dice- vuelva u no vuelva, quero salvar mi hermana.

-Bueno, amigo, cambie el caballo, yo le voy a prestar mi caballo y una espada. Va a llegar mañana a las once, allá. Cuando llegue, el toro va a

'star echau, los ojos abiertos, y es que 'stá durmiendo. Llegue y trate de cortarle la bola de grasa del cogote, áhi 'tá la grasa que usté busca. Una vez que le corte la grasa, pegue la vuelta y dispare.

Bué... El muchacho agarró y cambió caballo, y ensilló el caballo blanco que le prestó el viejo, y se fue. Caminó toda la noche. Al otro día a las once y media recién llegó ande 'taba el toro.

Y 'taba el toro echado, con los ojos abiertos, que a él le daba miedo verlo. Y llegó no más, y le buscó la parte del cogote que le había dicho y le cortó. Y pegó la vuelta y se alzó a caballo. El caballo corría más juerte que el viento, y sin embargo, ya lo alcanzaba el toro. Pero, salió no más del peligro. Para la noche, llegó como a las diez a lo del viejito.

Entonce le dice el viejito:

-¿Cómo le ha ido, amigo? Bajesé.

-Bien, señor, acá traigo lo que iba a buscar.

-Deseló -dice- a m'hija, que se lo acomode.

Y jue la niña, y en vez de acomodarle esa grasa, le acomodó una grasa de vaca, y dejó la del toro para ella. Bueno... cenó y se fue para la casa de él. Se despidió muy agradecido del viejito.

A todo esto le dijo el gigante a la niña:

-Mirá, tu hermano se ha vuelto a salvar, así que volveme a encerrar en la pieza que 'taba.

—499

Llegó al otro día, el muchacho, a la casa d'él. Y le dice a la niña:

-Güenos días hermana, ¿cómo le va?

Y ella le dice:

-"Toy mal todavía, hermano.

Agarró y la flotó bien flotada con la grasa. Al ratito 'stuvo sana.

Y siguieron otros días más y anduvieron muy bien. Un día le dijo el gigante a la niña:

-Mirá, para que 'stemos tranquilos, hay que buscar no más cómo hacerlo matar a tu hermano. Hacete la enferma, y decile que ha pasado la curandera y que ha dicho que sólo con un tés de la barba del Vello Colorau vas a sanar. El Vello Colorau es un hombre muy malo, que no lo puede dominar nadies. Han ido ejércitos enteros a tomarlo y los ha matau, y él ha quedau vivo.

Así que cuando vino del campo, el muchacho, 'taba en cama la hermana, y le dijo que 'taba muy mal ella; que había pasau la curandera y que le había dicho que sólo con la barba del Vello Colorau podía curar ella.

-Si es eso, no más, hermana, me voy a ir a buscarlo.

-No, hermano -le dijo-, ya te has mortificado mucho por mí.

-Nu es nada, t'hi salvado dos veces, te quero salvar tres.

Agarró los caballos y se volvió a ir. Y se fue por otra parte. No quería ir por la casa del viejito. Galopó toda la tarde. Al oscurecer llegó a la casa del viejito otra vez.

-Güenas noches -le dijo el muchacho a la niña.

-¡Oh, joven!, bajesé. ¿Di ande sale? ¿Siempre con enfermos?

-Sí, es mi hermana, tengo que tratar de salvarla.

—500

Y se jue a saludar al viejito.

-Güenas noches, amigo. ¿Anda en busca de remedios?

-Ahora ando en busca de la barba del Vello Colorau.

-No, amigo, agora ya no lo puedo ayudar; si a ese hombre no lo puede nadie. Si ha muerto cientos de hombres, y a él no lo pueden tomar.

-No -le dice-, si no me puede ayudar, voy lo mismo, tengo qu'ir.

-Bueno -le dice-, perdido por perdido, le voy a hacer la última ayuda.

Ensíe mi caballo blanco, tome esta espada bien cortadora y se va a combatirlo como pueda. Sólo si, cuando 'sté combatiendo con él, nunca tenga el caballo con freno.

Bueno, entonces siguió viaje el muchacho. Caminó ese día todo el día, y la noche, toda la noche. Al otro día, a la entrada 'el sol, lejazo, vido la seña ande le habían dicho que empezaba el campo del Vello Colorau. Fue, llegó a la tranquera, abrió la tranquera y entró. De allá de las casas lo devisó el Vello Colorau y se vino bufando, a matarlo.

-¿Qué andás haciendo gusanío 'e la tierra? -le dijo.

Era un hombre grandote, la barba bien colorada, por eso lo llamaban Vello Colorau.

Entonces le contestó el muchacho:

-Vengo a peliarlo a usté.

-¿Que me vas a peliar vos a mí? Vos sos un gusanío 'e la tierra para mí.

Yo hi matau ejércitos enteros, grandes cantidades de hombres, y a mí no me han hecho nada. ¡Qué me vas a hacer vos!

-No importa, yo lo quero peliar -le dijo el muchacho.

Entonces, de verle el coraje del muchacho, lo envitó pa las casas. Entonces lo envitó con mate, y lo envitó a cenar. Después lo empezó a aconsejar que no lo peliara; que de —501todas maneras lo iba a matar. Entonces le dijo que no importa, que no le peliaría si le daba un pedacito de la barba. Entonces le dijo que no, porque el hombre que le cortaba la barba lo iba a hacer esclavo d'él para toda la vida. Entonces le dijo que él lo iba a peliar no más.

-Bueno -le dijo-, éstas no son horas de peliar, éstas son horas de dormir.

Se acostaron a dormir. Al otro día bien temprano se levantaron, tomaron el desayuno y le dice el Vello Colorau que no lo peliara, que se juera tranquilo que iban a ser amigos.

Le dijo el muchacho que de la única manera que no lo peliaría, si le daba un pedazo de barba. Que dijo el Vello Colorau que no, que fueran no más a peliar. Y se fueron a la cancha que tenía de peliar el Vello Colorau, y se bajaron, y los dos le sacaron el freno al caballo, y se pusieron a peliar.

A medida que iban peliando ellos, los caballos también iban peliando.

Peliaron ese día todo el día, y no se podían pegar ni uno ni otro. A entradas del sol, le dijo el Vello Colorau:

-Bueno, amigo, ya no es hora de peliar, vamos a descansar.

Se fueron a tomar mate. Mientras 'taban tomando mate, empezó a aconsejarlo el Vello Colorau que no peliara más, que se juera, que iban a ser amigos siempre. Le dijo el muchacho que si no le daba un pedazo de barba, lo peliaba no más.

Bué... Durmieron esa noche, y al otro día bien temprano se fueron a peliar. Y tanto peliaron hasta que a eso de las once, tuvo suerte el muchacho y le cortó un pedazo 'e barba. Entonces le dijo el Vello Cólora que ya no podía peliarlo más, que era su esclavo y que era dueño de todo lo que tenía. Y agarró y siguió viaje el muchacho con el pedazo de barba.

Llegó a la casa del viejito. Le dio las —502 güenas noches. Le preguntó cómo l'iba yendo, el viejito. El muchacho le contestó que muy bien, que áhi traía las barbas. Y él le dice que se las dé a la niña pa que se las acomode bien, pa que no las perdiera. La niña fue y las guardó, y se jue al corral de las chivas y cortó la barba a un chivato, y la acomodó, y se las dio al muchacho. Cenó el muchacho y se jue.

El viejito que le dijo:

-Acá le voy a regalar ese cabaíto zaino. Si alguna vez le pasa cualesquiera cosa, si 'stá enfermo u lo quieren matar, pida que lo corten en pedazos, lo echen en una bolsa, lo aten arriba del caballo, y lo larguen.

El gigante ya 'staba sabiendo que ya venía de nuevo el joven. Cuando llegó le dio el tés a la hermana. Y sanó. Y siguieron otros días viviendo tranquilos.

Entonce le dijo el gigante, un día, a la hermana:

-Mirá -le dice-, no hay más remedio que lo voy a tener que matar yo. Tomá -le dice- esto -y le da una piolita-. Cuando venga se la das y le decís a que no es capaz de cortarla de una sola estirada.

Cuando vino el hermano, comió y se acostó a dormir la siesta. Después vino la hermana y le dijo:

-Mirá, hermano, ¿a que no me cortás esta piolita de una sola estirada?

Y él le dice:

-Pero, hermana... ¡qué no voy a ser capaz! Pasala.

Y cuando fue a pegar l'estirada se le formaron unas cadenas muy gruesas, y quedó bien maniado de las dos manos. Entonce jue la chica y le abrió la puerta al gigante. Entonce vino el gigante y le dijo al muchacho:

-Agora te voy a matar, me vas a pagar las que me has hecho.

—503

Entonce le dice el hermano a la hermana.

-¡Ah! ¡Que habías sido ingrata! ¡Mirá la traición que mi has hecho! Ya que me has hecho esta traición, te voy a hacer un pedido. No quero quedar ocupando tierra, acá. Agarrá, despedazame bien, y echame en una bolsa y atame sobre ese caballo pa que me desparrame por el campo.

Agarró el gigante y lo mató. Entonce dijo la hermana:

-Ya que lo himo matau, le vamos a hacer el gusto a mi hermano.

Agarraron y lo descoyuntaron, lu echaron en la bolsa y lo ataron sobre el cabaíto. Entonce salió retozando el caballo, saltó la puerta, saltó cercos, alambrados y jue a dar a la casa del viejito. Cuando lo devisó la niña, que dijo:

-Papá, el cabaíto viene con una bolsa llena de sangre.

-Bajelá, hija -que le dice el viejito-, ése que viene áhi es mi amigo.

Entonce la bajó, la niña, y la puso en una mesa.

Le dice el viejito a la niña que lo armara bien armadito. Una vez que 'stuvo armau, l'echó l'agua de las dos peñas, y lo empezó a flotar con la grasa del toro negro, y a darle teses de la barba del Vello Colorau. Y en seguida vivió el muchacho. Entonce pasaron dos o tres días, y todos los días le hacía el mismo remedio. Entonce le dijo el viejito, un día:

-Mire, amigo, si agora se siente bien, se puede ir a visitar a su hermana, sólo sí, tiene que matarla por la traición que le ha 'stado haciendo. En seguida pasa al gigante. Hagaló sufrir en toda forma ante de matarlo. No

lo termine de matar hasta que no le dé una llave que no le entregó la primera vez. Cuando le dé la llave, lo termina de matar. Y busca la piecita ande anda bien la llave, y áhi dentro hay un lavador con agua cristalina, muy clarita, y adentro 'el agua hay dos ojos. Los envuelve en este pañuelo 'e mano, —504y sale ligerito, y sube a caballo y se viene, y no vaya a mirar para atrás.

Entonce se jue el muchacho ande 'staba el gigante. Salió la hermana en cuanto lo devisó y le dice:

-¡Oh, hermano! ¿Di ande salís?

Y jue a abrazarlo. Entonce le dice él:

-¡Retirate, hermana traidora!

Y de un solo agarrón que le dio le cortó un brazo para un lau, y otro para otro. Y así la despedazó, la mató. Después jue ande 'staba el gigante y le dijo:

-Agora yo te voy a matar, y te voy a enseñar cómo se mata, si maniau o desmaniau.

Al poco andar le cortó un brazo, una pierna, una oreja. Le pidió el gigante que no lo hiciera sufrir tanto, que lo matara en seguida. Entonce le dijo él, que sí, que lo iba a matar, pero que le entregara la llave que no le había entregau la primera vuelta. Entonce el gigante se la entregó. Cuando se la entregó, lo terminó de matar. Fue y buscó la pieza y la abrió y entró. Cuando entró, con lo primero que se encontró jue con un lavatorio grande y con los ojos. Los envolvió bien, en el peñuelo que le había dau el viejito, y jue y subió a caballo, ligerito. Cuando subió, sintió un bramido, y que se aniblinó todo, para todos lados. Y subió a caballo y siguió, pero, empezó a desconocer todo, que no sabía para dónde seguir. En seguida dio con un pueblo muy bonito. Él no quería entrar al pueblo, pero el caballo porfiaba y porfiaba para entrar al pueblo, y entró. Y llegó el caballo a la puerta de una casa muy bonita que había. Y de áhi no podía sacar el caballo, no quería caminar para ningún lado. Entonce golpió la puerta para preguntar ande 'staba. Entonce salió una niña muy donosa y bien vestida, que había sú Jorgina, la hija del viejito. Áhi no más lo hizo pasar, recontenta, y lo hizo pasar pande 'staba el viejito. Entonce él le entregó los ojos que traía. En seguida —505se jue a una pieza, el viejito, y se puso los ojos. Entonce le dijo el viejito al muchacho:

-Vea, amigo, yo lo hi salvau de unas güenas, y usté me ha salvau di otras.

El gigante me sacó los ojos para tenerme en este pueblo encantau, y agora m'hi juntau con lo que es miño. Así es que para mejor compañía, se va a quedar usté conmigo.

Y el viejito había sú Dios. Y el muchacho quedó muy agradecido del viejito y el viejito del muchacho, y quedaron para siempre viviendo juntos.

Julián Aguilera, 42 años. El Saladillo. Pringles. San Luis, 1945.

Aprendió este cuento y muchos otros de su padre y de los viejos del lugar.

En el cuento figura el motivo de la hermana traidora.

CORRIENTES

Era un señor que jue a largar dos chicos, dos hijos, en el desierto. Era un casal, un gurí²³⁹ y una guaina²⁴⁰. Y le largó en el desierto porque era muy pobre y no tenía para mantenerle. Y lo chico no sabía nada.

Y lo chico llevaron do paquete de maní, comiendo. Y caminaron una barbaridá y ahí llegaron al desierto.

Y en un descuido, le dejó el padre a los hijos en el monte. Y dice que la criatura le llamaban y no le encontraban en el monte. Y dice que la guainita le dice al gurí:

-Vamo a buscá la cáscara de maní y así vamo a seguir el camino.

Y así se volvieron y jueron a las casas.

Y entonces el padre ha dicho que lo va a llevar otra vez sin maní, ni nada.

Y dice que le llevó otro día con engaño y le dejó. Y ahí dice que se perdieron en el monte. Y ello lloraba y no sabía qué hacer. Y ahí que venía una palomita y le decía a la nena que saliera un poco por el lado del este.

—507

Y salió la nena con el hermano y encontró un ranchito. Y en el ranchito 'taba una viejita. Era una viejita tuerta que 'taba haciendo torta frita.

Y dice que la chica se puso por atrás de ella robandolé tortas, del lado que era tuerta.

Y dice que la ve la viejita y la pilla a la guainita que le 'taba robando torta. Y va y dice que la agarra a ella y la encierra en una pieza.

Y le dice la viejita que ella tenía que engordarse para bailar ande se junta la leña, a la puerta de un horno. Y dice que lo encerró a lo do hermanito. Y ahí lo engordaba para matale y comelo.

Y dice que le hacía sacar un dedito para ver si 'taban gordos. Y ellos habían agarrado un ratoncito, y le pasaban por la hendidja de la puerta la cola del ratón. Y dice que decía la vieja:

-Tan flaquitos todavía mis nietos.

Y va un día y dejan ir al ratoncito. Y le dio, dice, el dedito. Y dice que la vieja le dice:

-Bueno, van a salir ajuera.

Ya vio la vieja bruja que 'taban gorditos, que los podía comer.

Bueno, ahora ustede van a juntá leña.

Y los chicos andaban en el monte juntando leña. Y dice que va una palomita y les dice a los chicos que la vieja les va decir que bailen en la boca del horno, cuando el horno esté caliente, y que ellos le dijieran que ellos no sabían bailar, que baile ella primero. Y que cuando ella baile, que ellos muy ligero la empujen y la tiren en el horno, porque la vieja los va a tirar a ellos; y que iban a salir dos perros del pecho de la vieja para compañía de ellos.

Y dice que así hizo la vieja. Hicieron juego, calentaron el horno, y cuando 'taba bien caliente, les dijo que bailen. Y —508ellos

dijieron que no saben, que baile ella primero para aprender. Y va la vieja y empieza a saltar en la boca del horno. Y ahí, dice, la empujan y le cierran la puerta del horno. Y güeno, y cuando se quemó la vieja abrió el horno y salió los dos perros.

Y dice que ello le pone nombre a los perros, Rompeviento uno, y Cortafierro, otro. Y ahí dice que siguieron a rodar mundo con los dos perros.

Y caminaron mucho. Y bueno, y llegaron a un monte los dos chicos con los dos perros.

El hermano la dejó a la hermana con los dos perros y él se va a cazar pajaritos para ellos comé, que no tenían qué comé.

Y cuando la niña 'taba sola, viene ahí un muchacho y le habla a ella. Y le dice que le iba a matá al hermano para que vivan ello junto. Y va la hermana y dijo que sí.

Agarra él unas lanas y le pone en el oído de lo perro para que no oiga si le llama y les había atado muy bien. Y llegó el hermano, y el muchacho dice que le quería matá al hermano, y el hermano gritó:

-¡Tuca241, Rompeviento! ¡Tuca, Cortafierro!

Y dice que escapó los dos perros y le mató al muchacho. Y bueno, y ahí salieron rodando mundo de nuevo. Cuando fueron lejo, dice que le dice la hermana:

-Tengo sé de tomar agua.

Y ahí va él, dice que había un pozo muy hondo. Y él hizo invención y sacó l'agua en el sombrero. Y dice que cuando está sacando l'agua, va ella y lo empuja y le echa en el pozo. Y ahí va lo perro, y entra en el pozo y le salva a él. Y ahí —509sale del pozo él y le dice a la hermana que es ingrata, que ella le quiere fundile a él.

Y va un día y dice que 'taba durmiendo él, otra vez. Y ella le hincó con una espina muy ponzoñosa y él se muere.

Y quedó ella sola con lo do perro. Y después dice que se sube a un árbol. Y ahí se baja ella del árbol y se cae, y se hincó con una espina en los pies, como la espina ponzoñosa que le hincó al hermano, y muere ella también. Eso lo hizo lo perro.

Y lo dos perro se hacen una palomita y se vuelan. Eran do ángele que vinieron a protegé a los güerfanos, ésos.

Anselmo López, 42 años. Paso de los Libres. Corrientes, 1952.

Lugareño muy buen narrador.

Variante regional del cuento tradicional.

—510

928. Los dos hermanos

SANTA FE

Era en tiempo de la antigüedad. En un pueblito que estaba muy lejos, habían dos niños, un niño y una niña que habían quedado huérfanos. La niña era muy linda. Un día desapareció la niña. Todos los del pueblo la salieron a buscar. No aparecía por ningún lado. Decían que un hombre raro aparecía a veces por ahí que robaba cosas de valor y que nadie lo podía seguir y agarrarlo porque se desaparecía como brujo y que él podía haber llevado la niña. El hermanito quedó muy triste y un día dice:

-Yo no soy cobarde. Yo voy a buscar a mi hermana. La buscaré hasta el fin

del mundo. Si no la encuentro no vuelvo.

El niño se fue. Empezó a trotar mundo. Caminó y caminó. Pasaban los días y las noches y no encontraba ninguna noticia. Seguía andando por los bosques y por los poblados. Se alimentaba de frutas de lo que encontraba en el campo. Y después de un tiempo que andaba, una noche, vio entre el monte una lucecita. Divisó una luz y siguió hasta que encontró unas casitas muy chiquitas. Llegó y vio que vivían unos enanitos negros. Eran tan chiquitas las casitas que el chico tenía que entrar en cuatro pies. Entonces lo recibió el enanito que mandaba y le preguntó al niño qué le pasaba. Se sorprendió de ver que un niño había llegado a ese lugar —511—;

tan lejos. Eso era otro mundo. El enano tenía 140 años. El niño desconsolado le contó lo que le pasaba con su hermana. Entonces el enano le dijo que él lo ayudaría hasta donde él podía. Le indicó el camino para llegar al país verdadero de los enanos. Le dijo que ahí vivía su padre que tenía 180 años, y que no había cosa que él no supiera y no la remediara. El niño pasó la noche con estos enanos, comió bien, durmió bien, y con las indicaciones del viejito enano, tomó el camino. El viaje fue muy penoso porque le tocó atravesar montañas, pantanos, y defenderse de los animales salvajes. Después de mucho andar, divisó muchas, muchas luces. Entonces el chico, contento, calculó que era el país de los enanos. Y llegó y golpeó las manos y un enjambre de enanitos salieron a recibirlo y gritaban:

-Abuelo, abuelito, corré, mirá qué hombre grande que viene.

Entonces el viejito, sin asombrarse lo recibió y le hizo las mismas preguntas que le hizo su hijo, el otro enano viejo. El chico le contó la historia de la hermanita que le habían robado. Entonces el enano, que sabía todo lo que pasaba por que era adivino, le dijo:

-Sí, a tu hermana te la robaron. Te la robó el mago que vive muy lejos de aquí. Hay que andar un camino largo y hay que cruzar un río que siempre está muy crecido.

El chico se puso a llorar creyendo que él no podría llegar a ese lugar, y que nunca más la vería a su hermana. Entonces el viejito enano, que era muy bueno, le dijo:

-No te preocupes ni llores que yo te voy a dar todo el poder para que puedas cruzar el río y llegar adonde está tu hermana y para que se la quites al mago.

-Pero, cómo voy a hacer, abuelito, para cruzar el río.

Entonces el viejito enano le dijo:

-Tomá, yo te voy a dar el poder para cruzar el río y tenés que decir:

«Plumita, plumita, volveme gaviota y haceme —512— volar hasta que cruce el río». Además, a esta plumita guardala bien porque con ella te podés transformar en lo que te haga falta. Así engañarás al mago y podrás recuperar a tu hermanita. En eso, como los enanitos habían oído su conversación y que había tenido que viajar mucho, le prepararon una canasta con los mejores manjares para él y para su hermanita. El niño se fue muy agradecido por el camino que le señaló el viejito enano.

Después de caminar muchos días, llegó, el niño, al río. En seguida le pidió a la plumita que lo transformara en gaviota y cruzó el río. Después siguió el camino, que le dijeron, que era muy largo y feo. Al tiempo divisó un hermoso palacio, el palacio del mago. Escondiéndose entró en el palacio y vio a la hermanita en una ventana. Se llegó y golpeó la ventana.

La hermanita se llevó una gran sorpresa y corrió y le abrió. Se abrazaron y ella llorando le dice:

-Disparate, hermano, porque si viene el mago te mata.

El niño que era muy valiente, le dice:

-No, yo no me voy sin llevarte a vos.

-Mirá -le dice la niña-, es imposible porque el mago tiene todo vigilado.

Ahora viene y te mata.

-No te preocupes, cuando llegue no me va a ver y yo me arreglaré para llevarte. ¿Le gusta el vino al mago?

-Le gusta mucho el vino -le dice la hermana- y toma mucho.

-Bueno, tomá -le dice y le da un polvo-. Echale esto en el vino y se va a quedar dormido y nosotros nos vamos. Y no se va a despertar más, no tengás miedo.

En eso sintieron muchos ruidos. Estaba llegando el mago. Entonces el chico le dijo a la plumita:

-Plumita, volveme mosquito.

Se volvió mosquito y se puso en un rincón.

—513

Llegó el mago muy enojado y preguntando quien había venido. La niña dijo que nadie. El mago miraba por todos lados y decía que había olor a carne humana. Como estaba puesta la mesa, la chica empezó a servir. En un descuido le echó el polvo al vaso del vino del mago. El mago lo tomó y quedó muy dormido. Y con ese sueño se murió.

El chico volvió a ser chico. Entonces le dijo que busque las cosas de oro que había robado el mago para llevarlas, pero sólo pudieron llevar algo, que no tensan fuerzas para todo. Tomaron el camino y llegaron al río y pasaron el río, porque con la plumita se hicieron gaviotas y volaron.

Llegaron al reino de los enanos y les dejaron todo los regalos. Siguieron caminando y llegaron a su pueblo. Cuando llegaron, todos salieron corriendo. El niño contó la historia y todos le hicieron una gran fiesta porque él había salvado a la hermana y a todos del mago que era un gran peligro para el pueblo.

Héctor Maritano, 57 años. San Genaro Norte. Santa Fe, 1961.

El narrador dice que oyó contar este cuento al padre, que era italiano, pero que vino de niño al país, y también lo oyó a un viejo criollo.

—514

Nota

Difusión geográfica del cuento

Nuestro cuento de los niños abandonados y perdidos en el bosque tiene gran difusión en el mundo occidental en donde se han documentado numerosas versiones. Aquí reunimos, además de las versiones que conservan los elementos fundamentales del cuento tradicionalmente conocido, otros que consideramos variantes.

Las versiones completas desarrollan los siguientes motivos:

A. Dos huérfanos, un niño y una niña son abandonados por el padre en un

lugar —515solitario y lejano por imposición de la madrastra. Siguiendo unas huellas dejadas en el camino, los niños vuelven a la casa y son nuevamente abandonados.

B. Llegan a la casa de una bruja que los engorda para comerlos. Se salvan arrojando a la bruja al horno en el que ellos iban a ser asados.

C. Como una gracia divina adquieren perros de condiciones sobrenaturales.

D. Entran en los dominios de un gigante. El joven lo toma prisionero. La hermana lo traiciona con él y tratan de matarlo.

E. Después de difíciles aventuras y con la ayuda de los perros, el joven se salva y castiga al gigante y a la hermana con la muerte.

F. Los perros, que son ángeles, se transforman en palomitas y se vuelan dejando al joven muy feliz.

El cuento tiene interpolaciones de otros cuentos y de motivos diversos. En sus versiones típicas conserva las características del cuento N.º 15 de Grimm, de Hänsel y Gretel; es el Tipo 327 para la clasificación de Aarne-Thompson y la de Boggs. Ver el estudio de Espinosa, II, pp. 427-431.

El niño y el gigante. El niño y la bruja. Los hermanos malos
14 versiones y variantes

Cuentos del 929 al 942

929. El Chiquillo

SALTA

Que había una viejita. Vivía en el campo. Tenía mucha hacienda. Ella desiaba tener siquiera un hijo. Tenía tantos bichitos y no sabía si se muere para quien los deje.

Una tarde que salió a reunir la tropa, y estando áhi, siente llorar una guagüita chico, en un cerro. En la faldita era. Entonci la viejita corrió y lo levantó. Y había siu varoncito el chico. Y ella no sabía qué le iba a dar de mamar. Y tenía una cabra que tenía leche y lu hizo mamar. Y lo crio en la cabra. Y le han llamado Chiquillo. Se crio ligero, la guagua, rápido. Durante un mes ya había siu grande. Ya ha estau bien con ella, y ella lo quería bien mucho. Y le dijo la viejita:

-Cuando yo muera esta tropa es para usted.

Y él no quiso, y solamente a la cabra, que la llamaba mamá, y a la viejita abuelita.

-Si mi mamá tuviera un cabrito, eso sí era para mí -ha dicho el muchacho.

Así andando, la cabra tuvo un chivito. Ése lo crio él. Él lu hablaba al chivito y el chivito lo comprendía. Ya lo crio el chico, grande ya. Lo enseñaba de tirar, de montarlo como un caballito. Y después ya le dijo a la viejita:

—520

-Bueno abuelita, ya me voy a buscarme la vida. Yo no necesito esta hacienda.

Lloraba la viejita. Le dijo que no se vaya. Y bueno, el chico se dejó estar. Un año se dejó estar. Ha venú el año y el chico le dijo que le eche la bendición, qu'él se va. Y bueno, la viejita lloró, y ha dicho:

-Y bueno, hijo, andate, qué se vamos hacer.

Y bueno, se ha ido con su chivo. Ese día se fue todo el día. Esa noche durmió en un campo. Y al otro día tomó el viaje, otra vez. Ese día encontró unos dos arrieros que estaban cruzando, y di áhi si ha acompañau.

Él con su chivo. Les preguntó si adonde se van esa tarde. Ellos le dijeron:

-Allá hay un puesto de un estanciero, áhi se vamos a quedar.

Entonci el Chiquillo que le dice:

-No, áhi no se vamos a quedar porque áhi vive una vieja bruja.

Y bueno, han tenú que ir áhi porque no tenían ande ir. Y entonci ha dicho el Chiquillo:

-Bueno, yo los voy a salvar.

Y bueno, si han ido. Tarde han llegau al puesto, esi. Entonci, tenía la vieja tres hijas. Y bueno, han llegau. Los ha recibíu bien ella. Y bueno, el Chiquillo que les decía que no se metan mucho en la casa, porque ésta come gente. Y ellos no lu han créido al Chiquillo. Y el Chiquillo no se metía a la casa. No quería comer la comida. Siempre ajuera no más. Y entonci le dice a la vieja que le prieste una cuchilla para componer su riendita, que si li ha pedaciau. Y la vieja li ha prestau el cuchillo. Y bueno, y otra vez le ha pediu una tijera pa cortar las uñas. Y bueno, li ha vuelto a pedir un peine pa peinarse. Y bueno, li ha prestau todo. Él si ha preparau, sabía que l'iba hacer falta.

—521

Y ya los han llamado a la cena. Y el Chiquillo no quiso entrar. Que él ha comido ajuera, alguna cosita como pan y queso.

Después de la cena ya los han invitado a la cama, que duerman los jóvenes cada uno con una hija de la vieja. Pero el Chiquillo no quiso dormir. Y entonci les avisó a sus compañeros que esa noche los va a carniar la vieja bruja. Y el Chiquillo les ha dicho:

-Ustedes han comido la comida con cabeza de gente.

Los compañeros que no le han llevado la corriente al Chiquillo.

-Y bueno, pero la vieja les va a poner corona de oro a ustedes, para que sepa que son ustedes, para carniarlos.

Y bueno, entonci, se han dormido, entonci.

Él ha entrado y las coronas las ha colocado a las niñas. Y salió él. Que no lo habían sentido. Y bueno, la vieja se ha levantado a la media noche y va y toca las cabezas con coronas de oro y las carnia a las hijas. Y él 'taba mirando ajuera. Él no dormía. Después, cuando la vieja ya se ha acostado, ha vuelto a entrar y los ha despertado a los compañeros y les ha dicho él:

-¿Han visto, que li hi dicho yo? En vez de carniar a ustedes ha carniau a las hijas que 'taban con las coronas de oro. Esas coronas han sido señas para carniar a ustedes, por eso yo se las hi cambiau. Bueno, compañeros, vamos. Cuando la vieja vea lo qui ha hecho nos va a comer. Y así han tomado di andar. Y bueno, ya si amanecieron en un campo lejo, ya. Y les ha dicho el Chiquillo que ya viene la vieja, que ya ha visto a las hijas muertas. Que la vieja tiene una chancha mora que tranquea ocho leguas. Él la ha dejado desgarronada, pero anda renga. Y les ha dicho: -Ya viene la vieja. Ya viene cerca, compañeros.

—522

Entonci él ha agarrado y ha tirado el cuchillo para atrás. Y áhi si han formado unos peñascos que no puede pasar la vieja.

Y ya ha dicho el Chiquillo otra vez:

-Ya pasó la vieja, y se viene otra vez.

Bueno, ha agarrau la tijera y la ha tirau para atrás. Si ha formau una montaña que no podía pasar la vieja. Y el Chiquillo que ha vuelto a decir:

-Y bueno, ya anda otra vez la vieja y ya pasó y se viene cerca otra vez.

Bueno, agarró el peine y lo ha tirado otra vez para atrás. Y se formó un cardonal²⁴² que nadie pasa. Y bueno, tarde ya pasó la vieja. Y el Chiquillo ha dicho:

Bueno, compañeros, ya no tengo conque salvarlos. Ya viene cerca la vieja otra vez. Y bueno, la vieja viene ahicito, vamos a tener que subir en un árbol. Que ustedes suban adelante y yo atrás. Tienen que ir subiendo adelante hasta el último.

Ya llegó la vieja con una cajita²⁴³ y una bolsa. Y que tocaba la cajita. Y el chiquillo les dijo que no tienen que mirar para abajo nadie porque la vieja los hace cáir: y los va embolsar y los va a llevar. Y comenzó la vieja tocando y diciendo:

-¡Chilique! ¡Chilique, muchaco!

Y uno que si ha mirau para abajo y ha caído en la bolsa. Y la vieja lo ha embolsau y lo ha atau. Y siguió tocando y cantando:

-¡Chilique! ¡Chilique, muchacho!

—523

Y miró el segundo y ha caído, y la vieja lo ha embolsado. Y bueno, el Chiquillo ha quedado en el árbol. Y al no poder hacer bajar el Chiquillo subió la vieja al árbol. Y se iba subiendo el Chiquillo más arriba y ella por atrás, subiendo también. El Chiquillo se subía hasta el último cogollo del árbol. Y pegaba un salto para abajo. Agarró del suelo la cajita y la tocaba él y cantaba:

-¡Chilique! ¡Chilique, viejita!

Y se cayó la vieja en el costal y lu ató el Chiquillo y los desató a los compañeros. Y les dijo:

-Juntemos leña y le metemos juego a la vieja.

Y bueno, han juntado leña y li han metido juego a la vieja, y la han terminado áhi.

Heriberto Yapura, 48 años. Luracatao. Molinos. Salta, 1955.

El narrador es oriundo de este lejano y apartado lugar de Salta. Ha concurrido a la escuela primaria del lugar.

930. El Chiquillo

TUCUMÁN

Había una vieja y un viejo que tenían tres hijos.

Y era muy pobre este hombre. Se sostenía pescando y vendiendo leña.

El hermano mayor y el del medio lo aborrecían muy mucho al shulca²⁴⁴. No lo querían.

Un día, que dice el mayor:

-Déme la bendición padre, que me voy a rodar tierra.

Y dice el del medio:

-Déme a mí también la bendición, me voy con mi hermano a rodar tierra.

Los padres no querían que se fueran, pero les dieron la bendición y ellos se fueron.

Se iban yendo los dos hermanos y que entonce dice el shulca:

-¿Qué me quedo haciendo yo si se van mis hermanos?

—525

Y que le dice el padre:

-Pero, ¿para qué te vas, si te aborrecen tus hermanos?

-Nu importa, me voy no más.

Le pidió la bendición a los padres y se fue. Los alcanzó y áhi no más, le pegan una soba y al último uno de los hermanos le dice al otro:

-Déjalo, lo llevemos, tal vez para algo nos sirva.

Entonce se iban yendo. En lo que iban encuentran tres caminos. Que se pararon y no sabían qué camino seguir. Entonce que dice el Chiquillo:

-Este camino va para una vieja bruja; éste pal palacio del Rey y éste pal Comegente.

Y entonce que dice el mayor:

-¿De ande sabís vos? Vamos por éste que dice que va pal Comegente.

Entonce que siguieron por el camino éste, y encuentran un trabajo muy grande. Una loma la 'taban cortando. Pero áhi no había trabajadores.

Entonce que dice el mayor:

-Se quedemos a trabajar aquí.

Entonce que le dice el Chiquillo:

-Allí viene el Comegente en su mula cortando los aires.

Apenas acabó de decir, ya llegó el Comegente en la mula y que los conchabó para que trabajaran.

Que trabajaban los dos mayores y el Chiquillo que se echó lejos, que no quería trabajar:

—526

Entonce que dice el Comegente:

-Ahora 'toy bien, tengo piones muy guapos²⁴⁵. Vení, Chiquillo, andate pa las casas, llevale este papel a mi señora pa que tenga de comer pa los piones.

Entonce subió el chiquillo en la mula y se fue. La mula s'iba sola, derecho a las casas. Y le dice a la señora:

-Dice el señor que cocine mucho pa los piones nuevos, pero que no cocine carne 'i gente sino carne 'i vaca²⁴⁶.

-De ánde sabría éste que nosotros comimos carne 'i gente -que dice.
El Chiquillo dio el mensaje muy rápido y se volvió.

A las doce, les dice el Comegente:

-Bueno, vamos a comer y a descansar un poco en las casas.

Él salió en la mula y los otros iban por atrás. Y en lo que iban por el camino le dice el Chiquillo al del medio:

-No vas a comer, que te van a dar carne de gente.

Ya medio le entró a creer, pero el mayor no creiba nada.

Entonce les dice el Chiquillo:

-Ve, ahora a la tarde ya no va querer que trabajen y les va a decir que son muy guapos y que esta noche los va a hacer dormir con tres hijas que tiene. Se vamos a acostar con las hijas, pero no se vayan a dormir. Los quieren matar. Las hijas tienen una navaja en el pecho y los van a matar. No se vayan a dormir.

—527

Cuando llegaron a la casa les ofrecieron comida. Los hermanos mayores comieron pero el chico no quiso comer. Se jue abajo de una ramada, agarró un palo y comenzó a pichaniar²⁴⁷ algarroba pa comer y les dijo que él no sabía comer.

Entonce el Comegente que les dice:

-Tá muy caluroso, se vamos a dormir. Son ustedes muy guapos. No van a trabajar esta tarde. Y esta noche van a ir a dormir con tres hijas que tengo.

El mayor ya no vía las horas que pudieran ir a dormir, pero el del medio ya comenzó a entrar en el aro.

Llegó la hora de acostarse a la noche. Se fueron a dormir los tres. El Chiquillo no quiso dormir, se quedó dandose güeltas y tosiendo hasta que los dominó el sueño a las niñas, y áhi les metió la mano con cuidadito en el pecho y les sacó la navaja, y con esa navaja las mató a las tres. Y áhi los despertó a los hermanos y les dijo que él se iba, que había matado a las tres niñas, y qué lo siguieran si querían. Y entonce, los que las vieron muertas tuvieron que salir y salieron corriendo por atrás del Chiquillo.

Caminaron hasta la orilla de la mar y se embarcaron, y junto con lo que se embarcaron llegó el Comegente y les dijo:

-¡Ah, chico valiente, me has muerto mis tres hijas! ¿Cuándo volverís?

-Algún día hi de volver -le contestó.

Y pasaron a otro reino, a una ciudá de un rey.

Llegaron y buscaron trabajo. Se ocuparon con el Rey.

—528

Y áhi vivían trabajando hasta un tiempo. Que se portaban muy bien y el Rey había tenía tres hijas y comenzaron a noviar con las hijas.

Los hermanos mayores no lo querían al menor; sobre todo el mayor no lo quería. Entonce, un día, el mayor, lo denunció al menor y le dijo al Rey:

-Mi hermano menor si ha dejau decir que es capaz de robar la colcha de campanillas de oro que tiene el Comegente.

-¿Y cómo? -dice el Rey-, esa colcha es mía. Me la tiene que trair cueste lo que cueste.

Ya lo hicieron llamar y viene el chico. Entonce que le dice el Rey:

-Que vos ti has dejado decir que sos capaz de trair la colcha de

campanillas de oro que me robó el Comegente.

-Nu hi dicho nada.

-Bueno, has dicho o nu has dicho, pena la vida si no me lo trais. Ahora -que le dice el Rey- pedí lo que necesités y decí el tiempo cuando vas a dir.

-Bueno -que le dijo el chico- déme plazo de una semana. No necesito nada.

Entonce se embarcó y pasó al pueblo del Comegente. Que el Comegente tenía un loro adivino, y que dice el chico:

-¿Qué puedo comprarle al loro adivino para hacerle callar? Le voy a comprar pasas de uva para que no me denuncie. Y me vo y a ir despacito, apenas tizne la oración pa entrar a la casa.

Y compró las pasas y se jue. Comenzó a entrar con cuidadito hasta ande 'taba el loro. El loro 'taba en una galería. Y que lo sintió el loro y que le dice:

-Ah, chico valiente, ya sé a qué venís. Venís a buscar la colcha, la colcha 'i campanillas di oro que mi amo le robó al Rey. Ahora li aviso.

—529

-No le digás nada. Ti hi traido una cosa muy rica para vos -y le dio una pasa.

El loro la prueba a la pasa y le gustó mucho.

-Dame las demás -le dice el loro, hablando despacito para que no lo sienta el amo.

Y ya le entregó todas. Y entonce que le dice:

-Mirá, en aquel bául 'tá la colcha campanillas di oro. Sacá la colcha despacito y con olgodón liá las campanillas. Mi amo va a decir: ¿Quién anda? Y le vas a decir: el gato. Y vos te metís abajo 'el catre y di áhi mirás.

Y así pasó como había dicho el loro. Y al rato se volvió a dormir el Comegente y el Chiquillo tiró la colcha hasta que la sacó. En eso que la sacó tomó corriendo y se mandó a mudar. Se levantó el Comegente y levantó la tapa del bául y ya no sonaron las campanillas. Y que le dice al loro:

-¿Quién mi ha robau la colcha de campanillas di oro?

-El chico valiente -le dice el loro.

-¿Y lu alcanzaré?

-Sí, lu ha de alcanzar.

Y salió en la mula, el Comegente, y llegó a la orilla del mar. Él que se embarcó, llega el Comegente y que le dice:

-¡Ah, chico valiente! Mi has muerto mis tres hijas y mi has robado la colcha 'i campanillas di oro. ¿Cuándo volverís?

-A llevarte a vos hi volver.

Se llegó y le entregó la colcha al Rey. Y se jue a la casa.

Ya lo que el mayor vido esto, que más rabia le tenía al shulca. Y que jue y le dijo al Rey que el hermano menor si había dejau decir que si lo mandaba a traír el loro adivino que se lo iba a traír.

—530

Entonce que el Rey lo vuelve a hacer llamar al menor y que le dice:

-¿No, que ti has dejado decir que si te mandan a traír el loro adivino, lo vas a traír?

Le dijo que él no había dicho nada.

-Bueno, digás o no digás, lo tenís que traír; tenís plazo di una semana.

Pena de la vida lo tenís que trair.

Ya los otros hermanos se casan.

Entonce que él le dice a la novia que 'tá mal con ese trabajo que li ha dado el Rey. Y entonces le dice:

-Te voy a dejar una esperanza. Cuando este naranjo esté verde, es que me va bien. Cuando el naranjo brote y redame todas las hojas, quede pelau, es que me va mal. Y cuando comience a brotar a azariar²⁴⁸, es porque 'toy bien otra vez.

-¿Y por qué me decís eso?

-Porque como el loro es adivino y sabe que lo voy a trair a él, me ha de denunciar al Comegente y el Comegente ya va 'star pronto para pillarme. Y entonce ya se jue nomás.

Ya llegó y no esperó que cierre la oración porque ya sabía lo que le iba a pasar. Y así pasó. El loro li avisó todo al Comegente y le dice:

-Usté se pone al lado de la puerta y cuando el chico se estire a agarrarme, usté lo agarra a él.

Llegó el chico valiente y que el loro le dice:

-¡Ah, chico valiente!, ¿a qué venís?

-A llevarte a vos -le dice.

—531

Entonce él que se estiró para agarrar el loro y el Comegente lo pilló de los puños.

-Ahora me vas a pagar las hechas y las por hacer -le dice el Comegente.

-Estoy en sus manos -le dice el Chiquillo.

Y entonce que el Comegente no sabía adónde ponerlo hasta que amaneciese ese día. Que habla determinau comerlo con un amigo. Y que entonce al frente de la casa había hecho un aujero y áhi lu había enterrau con manos y todo. Sólo le quedaba ajuera la cabeza.

Entonce que le dice el Comegente a la señora:

-Vos calentá l'agua en la paila grande. Yo voy a ir a buscar a mi compadre. Que l'agua esté hirviendo con todos los mistos²⁴⁹ cuando yo vuelva. Lo vamos a carniar con mi compadre y lo vamos a comer.

Y mientras tanto el naranjo amaneció pelau, las hojas en el suelo. Y entonce la niña se puso a llorar.

La señora del Comegente preparó todo. Pero, en eso no podía hachar un palo de leña, y le dice el Chiquillo:

-Pero, señora, usté no puede hachar leña, ¿por qué no me saca aunque sea una mano para que yo le hache la leña?

Ella le dehenterró²⁵⁰ las manos y él le hachó la leña. Y le trajo más leña y en eso que hachaba le pegó con l'acha a ella y la mató.

Mientras tanto el naranjo se comenzó a restablecer.

—532

Él salió del aujero. Entonce l'agarró a la vieja y l'echó a la paila. Y lu agarró al loro y lo llevó. Y entonce comenzó a correr hasta que llegó al mar. Y se dejó estar esperando al Comegente.

El Comegente llegó a las doce a la casa y en la puerta li había dejau el Chiquillo los pechos de la mujer en unas estacas. Entonce vio lo que li había hecho, y le dice al compadre:

-Me voy a ver si lu alcanzo.

Y entonce llegó al punto y lu encontró ya en el mar al Chiquillo, y le

dice:

-¡Ah, chico valiente! Me has muerto mis tres hijas, mi has llevado la colcha 'i campanillas di oro, me robás el loro adivino y mi has muerto mi vieja. ¿Cuándo volverís?

-A llevarte a vos hi de volver ahora.

Llegó al reino y le entregó el loro adivino al Rey.

El naranjo que 'taba azariando y lleno di hojas, y la niña muy contenta.

Y bueno, este chico ya se enojó con el hermano mayor y va y le dice al

Rey:

-Mi hermano mayor ha dicho que si carga un horno y lu echan adentro, si lindo y joven es, más lindo y joven va a salir.

Y entonce lo llama al mayor el Rey y le dice:

-Ti has dejado decir que si cargan el horno y te echan al horno caliente vas a salir más lindo y joven de lo que sos. Pena de la vida si no lu hacís.

Y el hermano mayor decía que él nu había dicho nada y se desesperaba, pero el Rey ordenó que se cumpliera nomás. Prendieron el horno y lu echaron al horno y lo sacaron carbón.

—533

Entonce recién se casó el hermano menor con la hija menor del Rey. Y hicieron una gran fiesta y todavía están bailando. Yo también hi andau y hasta el saco y el sombrero hi perdí machau²⁵¹, áhi.

Justo Faustino Segura, 64 años. Amaicha del Valle. Tucumán, 1951.

Oriundo de la región. Buen narrador.

—534

931. El Chiquillo

CATAMARCA

Éste era un viejo y una vieja. Y tenían tres hijos. Y ya cuando ya 'taban grandes los hijos, los dos mayores, ¿no?, que dicen:

-Mamá, nos vamos a ir a rodar tierra, a trabajar, a buscar en qué trabajar, ya que aquí no se consigue nada. ¡Tamos tan pobres!

-Y bueno.

-Dénos la bendición que nos vamos a rodar tierra -que le dicen.

Bueno. Les da la bendición a los mayores.

-Y yo tamén quero irme a rodar tierra, tamén con mis hermanos -dice el menor.

-No, no, vos sos muy chico. Vos no podés ir porque sos muy chico todavía

-dicen los viejos, y los hermanos también.

-No. Yo me quiero ir con ustedes. Yo tamén me voy a ir. Démen la bendición.

Los viejos no le querían dar la bendición porque era muy chico, muy joven todavía.

-Pero, no, que yo me voy a ir aunque no me den la bendición, que yo me voy a ir.

—535

Tuvieron que darle la bendición los viejos, pero los hermanos no querían llevarlo. Le pegaban, lo corrían, lo hacían que se vuelva. Y él volvía a alcanzarlos. Volvían a pegarle y hacerlo que se vuelva, y los volvía alcanzar de nuevo.

-¡Ay! -que les dice- pero dejemén ir, hermanos.

Ya como 'taban muy lejos ya, dicen:

-Bueno, lo dejemos -que le dice uno al otro- lo dejemos, total ya 'tá muy lejos para que se vuelva. Lo llevemos.

Y lo llevan. Pero, no lo querían. Le pegaban por cualquier cosa. Lo retaban.

-Que sos un intruso, que de intruso ti has venido, que en vez de 'tar acompañando a los padres, te venís a andar con nosotros -le decían.

Y por fin habían ido, habían caminado tanto. Llegaron cansados.

Encontraron una casa en el campo y llegaron, cansados. Que había sido de un gigante que era casado con una vieja bruja. Y estos comían carne humana, comían la gente. Y tenían unas hijas, tres hijas tamén tenían ellos, el gigante con la bruja y una negra²⁵². Y bueno, que dicen:

-Los vamos a comer a estos qui han venido.

Les dieron de comer. Les dieron cama, tamén. Y los hicieron acostar en una sola cama a las hijas de ellos con los muchachos éstos. Y que dicen:

-Para diferenciarlos, porque muy temprano, de noche no más los vamos a matar para comelos mañana, les vamos a poner a las niñas unas gorras muy lindas.

Entonce el chico, si había dado cuenta. Los otros no si habían dado cuenta nada. Que estos habían ido y les habían puesto unas gorras muy lindas, muy bien adornadas a las chicas para diferenciarlas de ellos. Y en la noche, cuando —⁵³⁶ya si habían dormido todos, se levantó el chico y les sacó las gorras, y se puso él una y les puso a los hermanos las otras. Y las dejó a las chicas sin gorras. Bueno... En la noche, ya cerca del alba, no dormía, 'taba cuidando, cuidando no más. Y han ido éstos y las han muerto, creyendo que eran los muchachos, las han muerto a las hijas. Bueno... Entonce si ha ido y los ha despertado a los hermanos.

-Vamos, vamos, vamos...

Las han muerto y los han dejado a las niñas.

-Vamos, vamos, vamos. Aquí 'tamos mal. Vamos.

Y si han ido. Han ido. Que había un río muy grande. Tenían que pasar un río, por dentro l'agua, seguro, porque no había puente, no había nada. Y bueno, pasaron. Agatas²⁵³ lo pasaron al río. Y se fueron. Llegaron a un palacio di un rey.

Y el gigante con la vieja bruja cuando se levantaron, ¡ay! se dieron cuenta que eran las hijas las que las habían muerto, que dicen:

-¡Miren lo que nos han hecho estos bandidos!

Y se iba el gigante hasta el río. Que no lo podía pasar él, al río. Que decía:

-¡Ay! ¡qué bandidos! ¡Si yo pudiera pasar el río los seguiría y los mataría! Vea lo que nos han hecho. Nos han muerto nuestras hijas.

Bueno... Pero es que ya no había caso. Ya se habían ido éstos. Habían llegado a la casa de un rey allá. El Rey tenía tres hijas. Y dice que les habían dado trabajo a los grandes, que al chico no le daban porque era muy joven, muy chico, no podían darle trabajo, no había trabajo para él. Y él

decía:

—537

-Y que déme trabajo que yo puedo trabajar en cualquier cosa.

-Bueno, le vamos a dar trabajo para que le dé de comer a unos chanchos que tenemos.

Y le dice:

-Bueno, vamos a trabajar.

Llevaba la comida, l'echaba a los chanchos.

Y un día se pone una de las gorras para ir a dale de comer a los chanchos.

Y el Rey éste tenía una negra, también, esclava, áhi. Y es que va y le dice a una de las niñas:

Niña, viera el Chiquillo, tiene una gora²⁵⁴ ¡de bonita! Por qué no le pide la gora. Compré la gora. Que si se la pone él, para usted le va quedar muy bien esa gora. ¿Para qué se va poner él esa gora? Y dice:

-Bueno, andá decile si me quiere vender la gorra que me la venda.

Bueno...

-Que yo quiero hablar con ella. Que yo no le puedo vender la gorra, éste, por intermedio de vos. Que ella hable. Que me deje entrar donde ella está para que me compre la gorra. Que le voy a vender pero si me deja entrar donde ella está.

La negra le dice y la niña le contesta:

-¡Ah! ¡Qué atrevido! No. Cómo lo voy hacer entrar aquí donde estoy yo. No. Decile que no.

-Pero, señorita, qué tene, ¿qué tene que lo haga entrar un ratito para que le compre la gora? Viera qué gora más bonita. Que, señorita, que compré la gora:

-Bueno, decile que entre.

—538

Y que le dice:

-Bueno, que venga para que le venda la gora.

-¿Y cuánto me va a cobrar por la gorra?

-Señorita, yo no le vendo por oro ni por plata.

-¿Y por qué, entonces?

-Por un buen gusto.

-¿Pero qué gusto?

-Que le quero tocá la pantorrilla.

-Pero ¡qué atrevido! ¡Qué sinvergüenza! ¡Qué se cre! ¡Que se mande a cambiar!

-Pero, señorita, que tene, que tene. Nadie va a saber. Yo depué le voy a lavar bien le voy a lavar, le voy a limpiar bien.

Y le deja que toque la pantorrilla y le da la gorra. Y se va.

Después que viene, al otro día. Se pone otra gorra más linda. Si había puesto la más fea. La otra es más linda. Ya va la negra para la otra niña. Que le dice:

-Señorita, viera ¡qué gora tiene el Chiquillo! Y di que no quiere vendela. Por qué no le compra usted. Yo le guá hacé que le venda.

Y va y le dice:

-Bueno, decile que me venda. Que me cobre lo que quiera pero yo le voy a pagar.

-No, no. Yo no le vendo la gorra. Es para mí.

-Y que no, por qué no le vende a la señorita, que para qué queré vos esa gora. Para andar dando de comer a los chanchos. Esa gora queda lindo para la señorita.

-Bueno, decile que le vendo, pero que yo tengo que conversá con ella. No lo vendo por intermedio de vos.

—539

Y va y le avisa.

-¡Pero no faltaba más! ¡Qué atrevido! ¡Qué se cré que lo voy hacer entrar a mi aposento! ¡Que no, que no crea!

-Pero, señorita, que es muy bonita la gora. Que tiene que venga un momentito, nadie va saber. Su padre no va saber. Yo lo voy hacer entrar en escondida.

-Bueno, decile que venga.

Y va y entra. Y dice:

-¿Cuánto pide por la gorra?

-No, no la vendo por oro ni por plata.

-¿Y entonces qué quiere?

-Yo quiero tocale la rodilla.

-¡Pero qué atrevido! ¡Qué sinvergüenza! Mandesé a cambiar di aquí.

Y que la negra le dice:

-Pero, señorita, ¿qué le va hacer? Que yo la vua lavar bien depué. Que és una gora mu bonita. ¡Cómo la va a dejar!

Bueno, almite que le toque la rodilla y se va.

-¡Ay! ¡Qué bonita la gora, señorita! ¡Cómo le queda de bien!

Bueno. Y se va el Chiquillo. Sigue andando.

Por ahí se pone otra más linda, la última.

Y que le dice la negra:

-¡Ay!, señorita -a la otra niña más jovencita-, señorita, que vea. El Chiquillo tiene una gora mu bonita. Ya las otras niñas ya han comprado. Falta usted no más que le compre. Y ésta es má bonita que las que han comprado las otras señoritas. Comprelá unté.

—540

-¡Oh!, ¡dejame de molestar. Qué voy a comprar una gorra! ¡Qué!

-Sí, ¡pero es muy bonita! ¡Viera qué adornos más bonitos tiene! Piedras preciosas tiene la gora. Comprelé, comprelé.

-Pero, dejá de molestar, negra, no quiero comprar.

-Pero qué tiene que le compre si es muy bonita. ¡Cómo le va quedar de bien a usted!

-Bueno, andá preguntale si me quiere vendé la gorra y si cuánto pide.

Entonces que le dice.

-Sí, pero yo tengo que hablar con ella, yo no te la voy a vender a vos. Tengo que ir adonde ella está, para conversar con ella, para venderle; para que tratemos.

Y va y le avisa la negra.

-Pero ¡no faltaba más! ¡Qué atrevido! No, no, no lo dejo entrar.

-Pero, señorita, ¿qué tiene? Si es tan bonita, la gora. Pero si viene un ratito y ya se va. Nadie lo va ver, yo lo voy hacer entrar en escondida.

-Que no, que no. No quiero que entre ese hombre.

-Pero si es el Chiquillo, ese muchachito chico que le da de comer a los chanchos. Si es un muchachito, si no es un hombre grande.

-Bueno, decile que venga.

Ya ha venido.

-Bueno, que cuánto me va cobrar por la gorra. Bonita es la gorra, pero que cuánto me cobra.

-Yo no lo vendo por oro ni por plata sino por un buen deseo.

-¿Y qué deseo és?

—541

-Que le quero tocar la tibia.

-¡Ah!, ¡qué atrevido! ¡Qué atrevido! ¡Que mandesé a cambiar di aquí! Tan insolente. Que yo no le voy a permitir que me venga a faltar el respeto aquí. Entó la negra le dice:

-Pero, señorita, qué tiene, qué tiene, yo lo vuá a lavar después, mu bien.

Que nadie va a saber. Comprelé la gora.

La había hecho consentir. Se compra la gorra.

Y se va el Chiquillo. Y bueno, ya cuando los hermanos lo vían que entraba y salía de ahí, de los aposentos de las señoritas, ya si habían puesto medio avispadós, que dicen:

-¿Qué anda haciendo éste entrando a los aposentos de las señoritas? Es capaz, de atrevido, de andarles faltando el respeto a las señoritas. ¿Y cómo ellas lo dejan entrar?

Que habían empezado a escuchar. Y es que le dicen:

-¿Qué has andado haciendo?

-Y ellas me han invitado que vaya -que dice.

Él también se alababa.

-Me han invitado que vaya. Yo las he visitado. ¿Qué tiene de particular?

Ya le han empezado a tomale envidia. Él, que siendo un chancherito, que era, quesque si iba a meter en las piezas de las señoritas y quesque por qué. Entonces que lo habían delatado al Rey, que dice que el Chiquillo se había dejado decir que era capaz de ir y robale el loro adivino al gigante. Nunca dijo el Chiquillo. Era mentira pero ellos li habían tomado envidia y para que lo maten por ahí, sabiendo que el gigante lo iba a matar.

Entonce el Rey que lo llama y le dice:

-Vos que ti has dejado decir quesque sos capaz de traer el loro adivino del gigante.

—542

-Que no, señor Rey, que no Majestá. Yo no, yo no le he dicho nada, porque yo no soy capaz. Qué voy a ser capaz. Yo no he dicho nada.

-Que sí has dicho. Y ahora tienes que traer el loro adivino.

-Que no, que yo no soy capaz, que cómo voy a traer ese loro adivino.

-No, no, no. Palabra de Rey no puede fallar. Y tenés que ir a traerlo, si no te voy hacer cortar la cabeza.

-¡Ay! -que dice-. Bueno, voy a tener que ir.

Entonce había ido y había comprado vino, un vino dulce, y había comprado pan. Y se va.

Y ya cuando iba llegando, como era adivino el loro, sabía que iba el Chiquillo y empezó a decir:

-Amo, anda el Chiquillo; amo, anda el Chiquillo.

Pero él iba de noche, cuando 'taban durmiendo los viejos, el gigante y la bruja.

-Cayate, cayate, te voy a dar vino con pan.

-¿A ver?

Le da un pedacito.

-¡Ay! ¡qué rico! ¿Tenís más? Dame más.

Ya no podía más:

-Amo, anda el Chiquillo. Anda el Chiquillo.

-Cayate, cayate. Tomá, tomá.

Hasta que lo había podido pescar al loro y lo lleva. Y el loro grita:

-Amo, me lleva el Chiquillo. Amo, me lleva el Chiquillo.

Ya si había levantado el gigante, pero el Chiquillo ya había pasado el río. Pasando el río ya no li hacía nada el gigante. El gigante que no podía pasar el río. Y que dice:

—543

-¡Ah! ¡bandido, gusanillo de la tierra, algún día has de volver!

-Tal vez que sí, tal vez que no, tal vez que por vos también -que le dice el Chiquillo del otro lado.

-¡Uf! -que dice-. ¡Algún día te vas a volver!

-Si, tal vez que por vos también -y que se disparaba el Chiquillo.

Había llevado el loro adivino allá. Se lo ha dado al Rey.

Claro, los otros si habían puesto más envidiosos de ver cómo hacía esa proeza de llevar el loro con semejante gigante tan malo.

Que tenía un caballo de siete colores. Ya lu habían delatado otra vez en el Rey que había dicho el Chiquillo que era capaz de robarle al gigante el caballo de siete colores.

Y ya lu había vuelto a llamar el Rey y le dice:

-¿Pero que vos te has dejado decir que sos capaz de traerme el caballo de siete colores del gigante?

-No, no señor, yo no lo hi dicho. Yo no soy capaz. Cómo voy a ser capaz. No, yo no hi dicho nada de eso.

-No, no, no. Tenés que traerlo. Palabra de Rey no puede faltar. Y vas a traerlo si no ti hago cortar la cabeza.

-Bueno, yo voy a ver si puedo, pero no me comprometo porque no soy capaz. Y se va.

Va allá y nu hallaba qué hacer. Y claro, ya el caballo era más difícil.

Estaba en las caballerizas, pero, claro, parece que no estaban cerradas.

¡Ay!, y empieza a andar por áhi, ya cuando se hizo la noche, y nu hallaba qué hacer. Hasta que ya había podido entrar a las caballerizas. Y li ha empezau a dar pastito al caballo, par engañarlo así, hasta que había podido subilo al caballo. Y había empezado a —544arrialo despacito, despacito, hasta que lo sacó. Ya una vez que pasó al otro lau del río, ya le gritó:

-Gigante, te llevo el caballo, te llevo el caballo de siete colores.

Áhi se levantó y corrió, pero ya no podía pasar el río.

-¡Bandido! si has de volver, gusanillo de la tierra, si has de volver.

-Si, tal vez que sí, tal vez que no, y tal vez que no, y tal vez que por vos también.

Y si ha ido. Y le lleva el caballo de siete colores al Rey.

-¡Ay! -que dice el gigante- este Chiquillo me va volver pobre. Ya me llevó el loro y ahora me ha llevado el caballo de siete colores.

Y andaba cuidando. Andaba buscando cómo pillarlo al Chiquillo. Buscandoló

siempre que andaba, buscandoló.

Entonces que dicen los otros hermanos, ya que lo veían que andaba, claro ya el Rey, con esto, ya lo apreciaba más que a ellos. Se pusieron más envidiosos y dicen:

-Vamos a decirle al Rey que ha dicho que le va a traer la colcha de campanillas de oro que tiene el gigante.

-Que vos te has dejado decir -dice el Rey- que vas a traer la colcha de campanillas de oro que tiene el gigante.

-¡Ay! señor, yo nu hi dicho nada. Cómo voy a traer una colcha. Con eso se tapan ellos. Cómo lo voy a traer. No, nu hi dicho.

-No, no, no. Palabra de Rey no puede faltar.

Al Rey ya también li había gustado que le esté llevando las cosas.

Bueno, va. Y no sabía cómo hacer para sacarle la colcha. Y va y después que se duermen éstos, se entró despacito y se dentró bajo la cama. Y empezó a tirar di un lado.

—545

-Pero, ché -que le decía la vieja bruja- dejá de tirar la colcha, me dejás destapada.

-Que si yo no te lo tiro.

Ya la tiraba del otro lado, la del gigante.

-Dejame de tirar la colcha, que me dejás destapado -decía el gigante.

Y ya le tiraba del otro lado, y del más de la vieja. Hasta que ya que dice:

-Pero, dejá de molestar... Quesque no dejás dormir... Dejá de tironiar la colcha...

-Pero si yo no la tiro.

-Que sí, qué vos la 'tás tirando. Hasta que, tanto que molestaba, dice:

-Si ha de ser el gato. El gato ha de ser que anda tirando, jugando.

Hasta tanto que se enoja el gigante.

-Tomá, tapate vos -que le tira así la colcha para allá. Cae para el lado, para el piso cae.

Entonces, rápido lo alza y sale despacito, corriendo. Despacito, sin hacer ruido, que no hagan ruido las campanillas, porque las campanillas tienen una sola cosa, que hacían ruido. Y bueno, cuando ya ha pasado el reo recién li ha hecho ruido con las campanillas. ¡Ay!, recién se da cuenta el gigante:

-Fue el Chiquillo que nos ha vuelto a hacer picardías.

Recién se levantó y corrió. Pero el otro ya estaba para el otro lado riendosé de él.

-¡Ah!, ¡gusanillo de la tierra, tal vez hi de verte por estos lugares!

-Tal vez que sí, tal vez que no, y que tal vez por vos también.

—546

-¡Ay!, ¡bandido! Me vas dejando pobre, que ya no me vas a dejar nada. Ahora te vamos a pillar.

Y los hermanos se ponen más envidiosos y le dicen al Rey que el Chiquillo se ha dejado decir que es capaz de traer el entierro²⁵⁵ que tiene el gigante.

Y bueno y va, éste y el Rey le dice que vuelva a ir a buscarle un entierro que tenía el gigante por ahí.

-Que te has dejado decir -le dice el Rey- que vos vas a traer un entierro

que tienen de joyas y de piedras preciosas el gigante.

-Que yo nu hi dicho señor. Que cómo yo voy a traer eso, que ni sé dónde están, ni nada.

-Que sí qui has dicho.

Bueno... Viene, se viene el Chiquillo, y va y lo pilla el gigante. Lo pilla y lo ata. Lu atan para carnialo y matalo.

Que la vieja que 'taba enferma había quedado en la cama. Y el gigante que dice:

-Voy a ir a invitar unos compadres que tengo para que lo comamos.

Y los viejos tenían una negra esclava. Y le dice el gigante:

-Mientras yo voy, hachá la leña, hasta que vuelva y iteló cocinando. Hací fuego para que lo cocinés, hasta que vuelva de invitá los compadres.

Entonces que la negra se pone a hachar.

'Taba él atado. Bien atado de las dos manos y de los dos pies, que 'taba atado. Y es que le dice... No podía hachar los troncos muy gruesos, la negra. Que le dice:

—547

-Desatame, yo te lo voy hachar. Desatame una mano, te lo voy hachar.

-Bueno -que le dice- lo voy a desatar.

Le desata una mano. 'Taba hirviendo ya la caldera, donde lu iban a cocinar.

Y le dice:

-¡Ah!, ¡pero no puedo! No ves que estoy con los pies juntos, no puedo. Desatame un pié también.

Bueno. Y le desata el pie. Ya con la mano y el pie... Con una mano, ya con el pie afirma, y ya empezó a hachar.

-Pero como nu estoy bien, no puedo hachar. Tenelo vos al palo.

Si agacha la negra a tenele y áhi le da un golpe y la mata. Y la tira dentro la caldera. Y se desata con la otra mano, y ya se desata el pie, y se dispara. Se va. Y en eso el gigante, que dice:

-Qué negra más guapa, ya lu está haciendo hervir al Chiquillo.

Y di áhi cuando va y ve que era la negra la que estaba hirviendo, dice:

-¡Ah! ¡Chiquillo!

Ya corre... Ya lo estaba esperando el otro del otro lado del río.

-¡Che, gusanillo de la tierra, si has de volver!

-Tal vez que sí, tal vez que no, tal vez que por vos también.

Y se dispara, se va. Y no lleva las joyas porque no sabía dónde encontrarlas. Causa de eso s'hizo pillar porque no sabía donde estaban.

—548

Y allá dice el Rey:

-¿Por qué nu has traído? ¡Que te voy a cortar la cabeza! Ahora, si vos no lo traés al gigante...

Porque el gigante que le hacía muchos perjuicios al Rey. Quesque era muy malo. Y que quería que lo lleve, al gigante.

Bueno, que le dice:

-No, que como voy a traer yo ese gigante... Nu habrá ninguna forma. Y que no.

Le dice:

-No, vos me traés el gigante. Palabra de Rey no puede faltar. Y si no lo traés te he de cortar la cabeza.

Y bueno, se va. Que nu hallando qué hacer, que dice:

-¿Qué puedo hacer?

Y va y que busca un herrero y que le dice:

-Vengo que me haga un carro. Que me trabaje un carro de hierro. Bien hecho, con puertas bien aseguradas.

Y bueno... Es que le dice al Rey:

-Bueno, ahora me va dar unos bueyes, usté, para tirar este carro. Y voy a buscalo al gigante.

Se viene. Y el gigante andaba en busca del Chiquillo. Andaba por áhi, buscando. Lo ve que viene éste.

Se pinta de negro, bien negro se pinta. Negro retinto, el Chiquillo. Y se viene en el carro.

-¡Oh! ¿Qué anda haciendo por estos territorios? -que le dice el gigante.

-Ando buscandoló al Chiquillo -que le dice.

-Mi han dicho que es muy valiente, quesque hace proezas muy grandes. Y por eso yo lo quiero pillar para metelo en este carro.

—549

-¡Oh! ¡Sí! Yo lo voy a ayudar. Si a mí me ha hecho muy muchos perjuicios. Mi ha dejado muy pobre. Yo le voy ayudar a encontralo a ese Chiquillo. Ese es un bandido. Vamos a tenerlo que matar.

-Bueno -que le dice- pero yo tengo este carro para encerrarlo. Y mi ha dicho que tiene una fuerza enorme. Yo quiero ver si este carro es bueno, competente, firme para encerrarlo. Y usté lo puede probar -que le dice- usté como es un hombre tan grande y fuerte...

-Sí, sí -que le dice.

-Entresé en el carro y yo le vuá cerrar la puerta... Haga mucha fuerza, grite, a ver si le resiste el carro a usté, al Chiquillo también le va resistir.

Bueno... Lo hace consentir.

El gigante se entró en el carro y cierra bien las puertas y le dice:

-¡Oh! ¡Así te quería pillar! Yo soy el Chiquillo. ¿No te dije que tal vez que si volviera por vos también?

¡Ay! Que había bramado el gigante allá y que gritaba:

-¡Qué bandido! ¡Que cómo mi has engañado!

Y lo lleva. Y allá que sale el Rey muy asustado cuando ha sentido estos gritos dentro 'el carro.

-¡Ay! -que dice.

-Bueno, bueno -que le dice el Chiquillo-. Si ahora, usté no me da su hija para casame, la más joven, lo voy a largar pa que los coma a todos.

-Que no, quesque por favor que no lo largués, le dice el Rey. ¡Que sí!

¡Que sí te voy a dar mi hija! Y te voy a dar todo lo que querás vos. No lo largués.

Y áhi si había muerto el gigante.

—550

Habían tenú qui hacer fuego al carro y quemalo al gigante adentro, para que no salga a comerlos a todos. Porque le tenían muy mucho miedo. Y áhi se casó, y se quedó en lugar del Rey, dueño de todo el Chiquillo. Y se quedaron los hermanos pero no lo molestaron más.

María Adela Oviedo de Nieva, 68 años. Santa Rosa. Tinogasta. Catamarca, 1970.

932. El Chiquillo

CATAMARCA

Éste era que había una vieja que le pedía a Dios que le diera un hijo. Y siempre le rogaba esta gracia.

Un día sintió la vieja que se le estaba hinchando un tobillo. Y esta hinchazón iba cada vez más grande, hasta que un día se le abrió l'hinchazón y saltó un muchachito con sombrero. A los pocos días no más ya era como un grande y hablaba de todo. La acompañaba a la viejita y li ayudaba en todo.

Un día, le pidió a la viejita que le comprara dos cabritos. A un cabrito lo carnió y lo cuerió, y con el cuero hizo un lazo. Al otro cabrito lo amansó como caballo, para andar. Y andaba en el cabrito que era su caballito, que le servía para montar.

Un día le pidió la bendición a la madre, que era la viejita, y le pidió permiso pa salir a rodar tierra.

La viejita se puso a llorar muy triste, pero le dejó, al fin, salir a rodar tierra.

Se jue el muchachito y anduvo mucho. Andando y andando llegó a la casa de un hombre que era muy rico y le pidió que le diera trabajo. Al verlo, el hombre, le dijo que era muy chico y que no podía servir para nada. Entonce el —552chico le dijo que lo ocupe siquiera para alcanzarle juego a los piones. Entonce el hombre rico decidió ocuparlo.

Un buen día, ningún pión pudo voltiar unos árboles muy grandes, y entonces el chico pidió el hacha y los derrumbó a los árboles en un momento. Los piones le empezaron a tener envidia, y le dijieron al patrón que lo mande para el cerco en donde estaba el toro astas de oro, que comía la gente, porque ya se vía que ese niño no era alma de esta vida. Y así lo hizo, para que lo coma al chico el toro.

El niño jue ande 'taba el toro. Tenía que silbar tres veces para que aparezca el toro. El chico silbó tres veces. Entonce vino el toro de astas di oro y al verlo al chico se enfureció. El chico si arrimó y lu enlazó con el lazo de cabrito. Y el toro se quedó como amansao, y el chico lo llevó a la casa de la madre.

Cuando lo vio llegar al chico con el toro asta de oro, la viejita si asustó mucho. El chico lo voltió al toro, lo carnió y le cortó las astas di oro. Y áhi le tiró las astas a la viejita pa que le sirvan de taza. Y así ha tenío la viejita dos tazas di oro.

Ya se le cumplió el plazo que tenía que irse para el otro mundo porque era un ángel, y le dijo a la madre que se iba a trabajar. La madre no quería que se vaya y lloraba sin consuelo, pero no podía quedarse. Pasaban tres pasajeros por frente de la casa y se acompañó con ellos que iban en busca de trabajo. Eran tres jóvenes y se fueron muy contentos con el Chiquillo. Ellos le empezaron a llamar así, Chiquillo.

Después de andar mucho, llegaron a la casa de una vieja que era bruja y

que tenía la costumbre de comer a la gente que se alojaba en su casa. Llegaron y pidieron para apiarse allí. La vieja los recibió muy contenta y les dio alojamiento con mucho gusto.

En la noche, les puso cama a los tres jóvenes y les dijo que iban a dormir con las hijas de ella, porque tenía poca —553comodidá. Al Chiquillo, como era chico, le dijo que podía acomodarse por ahí en su apero²⁵⁶. El Chiquillo se quedó en la cocina, a la orilla del juego y los jóvenes y las hijas de la vieja se fueron a dormir. Cuando se durmieron, jue la vieja despacito y les puso unos bonetes blancos a los jóvenes pa degollarlos. El Chiquillo, como era ángel, conocía las intenciones de la vieja.

Al rato, le dijo a la vieja que se iba a ir a acostar, y que le preste un poncho²⁵⁷ porque tenía frío y un peine, pa peinarse. La vieja no lu atendía, pero después de fregonarla²⁵⁸ un rato se lo dio.

El Chiquillo tendió su aperito y si acostó, pero no se durmió. En cuanto se durmió la vieja, el Chiquillo se levantó despacito, les sacó los bonetes a los jóvenes y se los puso a las niñas.

A la media noche se levantó la vieja y jue y tocó a los que tenían bonete y crendo que eran los paleros, las degolló a las hijas.

Al rato el Chiquillo jue, los despertó, les contó lo que pasaba, y entonce ensillaron y salieron rápido.

Al día siguiente la vieja se levantó muy tempranito y se jue a decir a las hijas que se levantaran a hacer hervir l'agua para cocinar la carne humana que tenían para hacer un banquete. Las llamó varias veces, y viendo que no contestaban y no se levantaban, se arrimó a verlas y las encontró degolladas. Entonces se puso furiosa y se dio cuenta que el Chiquillo era el que la había descubierto y había salvado a los viajeros.

—554

La vieja ensilló una chancha que tenía, más ligera que el viento, y salió a perseguirlos a los jóvenes. Pronto no más ya los iba alcanzando. Y cuando lo iba pillando al Chiquillo, el Chiquillo le tiró el poncho y se formó un mar. Ahí se quedó la vieja, pero empezó a procurar pasar. Le costó pasar y en ese tiempo adelantaron camino los viajeros. Pero al rato ya los iba alcanzando otra vez. Entonces el Chiquillo le tiró el peine y se formó un pencial que le costó pasar, pero al fin pasó. Al rato ya los iba alcanzando otra vez. Entonce no tuvieron más tiempo que subirse en un árbol. Llega la vieja y no podía verlos. Por fin los devisa y empieza a husmear el aire. Y empieza a decir.

-¡Pus, pus, olor a carne humana!

Y entonce la vieja se había puesto abajo del árbol y había abierto un bolsón, y decía:

-¡Tuquí, tuquí,
caete aquí!

-¡Tuquí, tuquí,
caete aquí!

Y uno de los pasajeros miró para abajo y cayó adentro de la bolsa. El Chiquillo les había dicha que no miraran para abajo, pero no pudieron resistir. Entonce la vieja vuelve a decir:

-¡Tuquí, tuquí,
caete aquí!

-¡Tuquí, tuquí,
caete aquí!

El Chiquillo les dice que no miren, pero otro miró y cayó adentro de la bolsa.

Y vuelve a decir la vieja:

-¡Tuquí, tuquí,
caete aquí!

—555

Miró el último y cayó también adentro de la bolsa.

Entonce se bajó el Chiquillo, le quitó la bolsa a la vieja, los sacó a los compañeros y la metió a la vieja en la bolsa. Ya agarró a la bolsa y la puso encima de la chancha. La cosió y la largó a la chancha. Salió disparando la chancha con la vieja bruja encerrada en la bolsa.

Después de salvar a los pasajeros, el Chiquillo se hizo una palomita y se voló pal cielo.

Entré por un zapato roto,
y que usted cuente otro.

Celia Arévalo, 18 años. Guayamba. El Alto. Catamarca, 1951.

—556

933. El Chiquillo

CATAMARCA

Dice que había un señor que tenía tres hijos. El mayor, el menor y el Chiquillo, juguetón, inquieto. Los dos mayores, dice, de ver la pobreza en que vivían salen a rodar tierra. Y el Chiquillo dice.

-Llevemén. Yo les voy a servir, dice. Lo que ustedes quieran voy hacer, dice. Llevemén.

-¡No! ¡Cómo te vamos a llevar! Que va a ser para estorbo, en fin.

No lu habían querido llevar. Si habían ido.

Esa noche si había disparau el Chiquillo y se les había echau por atrás.

Habían ido lejos, dice, los hombres y ya lu habían visto al Chiquillo, al otro día. Había caminau toda esa noche y al otro día los había alcanzáu.

Lu habían castigado pero ya no había cómo volverlo.

Habían llegado, dice, a una casa grande. Salió una señora con tres chicas hermosas, a cual más linda. Les habían dado de comer, arroz blanco, dice.

Y después, que les dice la señora:

-Acá es costumbre que cada uno de los jóvenes tiene que dormir con mis hijas.

—557

Los había hecho acostar, al mayor con la hija mayor, al menor con la menor

y al Chiquillo, con la shulca.

Más tarde, cuando si habían dormido los hermanos, había ido la vieja y les había colocado un gorro di oro a cada una de las niñas.

Si había levantau el Chiquillo, les había sacau el gorro a las niñas, si había puesto él uno y les había puesto a los hermanos los otros.

Más tarde es que había venido la vieja, los cazó del jopo y les metió ¡taj! con un machete a los que no tenían gorro. La había decapitado a las tres hijas, crendo que eran los jóvenes.

El Chiquillo, ¡chis! ¡chis! que les dice:

-Levanten, dice, ve, la vieja las ha degollado a las chicas creyendo que somos nosotros. ¡Disparen!

Se levantaron con cuidadito y si habían disparáu.

Dice que había un río que era límite, para el otro lado los dominios de un rey católico y para acá los dominios que había establecido la vieja bruja.

Cuando iban llegando que dice:

-¡Apuremos!, ya viene la vieja bruja -que dice el Chiquillo; y es que la vieja, cuando si había recordado, había visto las hijas degolladas y que dice:

-¡Ah!, ¡Chiquillo pícaro!, esto es culpa de él.

Había tenido un chanco, dice, lu había sacado de la pesebrera, había subido en el chanco, y agarró una espada grandísima y los siguió.

-Ya viene la vieja, corramos -dice el Chiquillo.

Habían corrido, si han metido al agua y han pasado, han pasado el río.

-¡Ah, Chiquillo! -que dice-. Si volverás.

—558

-Tal vez que sí,

tal vez que no,

tal vez por vos.

Si habían ido. Y ha vuelto la vieja, llorando, muy triste. Había quedado, dice, sin hijas, pero para no desperdiciarlas, dice, las había hecho hervir. Tenía fiambre para rato, como bruja.

Siguieron y llegaron al palacio de un rey y pidieron trabajo. Les dieron trabajo y al Chiquillo lo pusieron a cuidar los gansos.

El Rey tenía una hija y la Princesa se empeñó en hablar con el Chiquillo que era muy lindo y educado.

Y bueno, en eso, ya la niña si había enamorado del Chiquillo y él de ella.

Pero como no correspondía un noviazgo entre un cuidador de gansos y una princesa, los vigilaban. Ya la niña pasiaba casi todos los días por áhi.

Conversaba con el Chiquillo.

Ya los hermanos del Chiquillo, celosos, que le dicen al Rey que el Chiquillo ha dicho y si ha dejado decir, que era capaz de ir y robarle la colcha campanillas di oro de la vieja bruja.

Lo llama el Rey, y se lo dice.

-No, nunca hi dicho -le dice el Chiquillo.

-Diga o no diga, dice, palabra de Rey no puede faltar.

Si había ido el Chiquillo muy triste. Si había sentau a llorar en la orilla del río. En eso dice que había veníu, dice, una viejita, dice, vestida de luto.

-¿Porque lloras, hijito?

-Vea lo que me pasa -dice-. Que mis hermanos li han dicho al Rey esto y

esti otro. ¡Y qué lo voy hacer!

-Ve -que le dice-, yo te voy a enseñar cómo vas hacer. Tomá -que le dice. Le había dado un pedazo de pan y unas —559galletas riquísimas y una botella de vino dulce-. Ve, la vieja tiene un loro adivino. Vos vas a ir... -y li ha dado todas las instrucciones cómo iba hacer.

Si había ido el Chiquillo. Había entrado.

-¡Ve! -que dice el loro-, ¡el Chiquillo!

Ya corta el Chiquillo el pan. Había echau el vino y había sopau el pon y las galletitas. Li hacía señas:

-¡Tomá!

-¿Qué es?

-Son galletitas dulces sopadas en vino dulce, probá.

Le saca un poquito di azúcar y li había echau en el vino.

-Vengo a robarle la colcha de campanillas di oro a la vieja.

-Yo le guá avisar a la vieja -dice.

-No, si li avisás a la vieja, me va a matar. ¿Y qué vas a remediar vos?

-Pero, sinó me va matar a mí la vieja, lo mismo.

Lu había hecho machar al loro y si había callau.

-Bueno, entrá.

Había entrau el Chiquillo. Dice que la vieja tenía un gato muy juguetón.

Le gustaba ir a jugar con las campanillas di oro de la colcha.

Dice el loro:

-Ve, en aquella pieza hay una bolsa con lana. Andá sacala a la bolsa y metela por la cabecera o por los pies de la cama, bajo la cama, y empezá a sacar lana y envolvelos los badajitos. La vieja tiene un gato, va crer que el gato 'tá jugando.

Li había envuelto los badajitos y li había dejado uno que sonaba.

—560

-¡Mishi! -que dice la vieja y lo corre al gato-. ¡Pero no me va dejar dormir este mischi, caramba!

Y entre todos los badajos li había dejado unito, ¿no? Y cada momento lu hacía sonar, y cada momento lu hacía sonar al badajo.

-¡Ay!, ¡jesti animal! -dice- no me va dejar dormir -y ha sacau la colcha y la había tirau allí lejos, la vieja.

Lo que esperaba el Chiquillo, dice. Había salido con cuidadito, li había envuelto la lana al último badajito, la había sacau a la colcha y había salíu disparando. Dice:

-¡Chau!, Mamerto -al loro.

-Dispará porque ya le guá avisar a la vieja.

'Taba medio machau el loro, dice. Pegaba unos gritos. Lu había dejau que se retire un poco el Chiquillo, y dice:

-Pij...259 dice. ¡Vieja! ¡Vieja loca, dormilona! ¡El Chiquillo lleva la colcha de campanillas di oro! ¡Y vos durmiendo! Ya 'toy ronco tanto gritarte.

Y ha salíu, dice, la vieja como bala. Había sacau un chanco, y si había subíu.

Dice que el Chiquillo si ha apurao y antes que lu alcance si ha metíu en el río.

-¡Ah, Chiquillo! -que dice-. Mi has hecho matar mis tres hijas y ahora me llevás la colcha campanillas di oro. ¿Si volverás?

-Tal vez que sí,
tal vez que no,
tal vez por vos.
Si había ido...

—561

Había desenvuelto los badajos y li había dado la colcha al Rey. La había hecho extender el Rey. Que se acostaba y se daba vueltas. ¡Tilín!, ¡Tilín!, sonaban las campanillas. Chocho el Rey ya no se quería levantar de la cama.

Había pasado poco tiempo; los hermanos, más celosos por el favor de la Princesa y del Rey hacia el Chiquillo, porque lu habían trasladado para director de los cuidadores de gansos. Ya tenía puesto directivo. Ya le dicen al Rey qui había dicho el Chiquillo que era capaz de ir y robarle el loro adivino a la vieja bruja.

-Que nu hi dicho -dice.

-Que diga u no diga, palabra de Rey no puede faltar.

Si había ido...

Lo mismo había venido la señora, y dice:

-Andá, llevale mucho pan, mucha azúcar y mucho vino al loro. Hacelo machar y convencelo.

Bué...

El loro:

-¿Qué es lo que quiere decir eso, Chiquillo?

Ve, un atau así de cosas li había llevau.

-¡Tomá!

Que le daba galletas con azúcar y vino. Y meta vino y galletitas y pan, y todos los manjares para un loro.

-Vamos, hombre, qui aquí la vieja ni de comer te da. Ve las mazorca de maíz duro que te da. Allá en el palacio vas estar como un rey. Allá vas a comer galletas finas, vas a tomar vino, vas a vivir bien, y al fin vas a botar esas lagañas, esas plumas fieras que tenís. Allá vas a remozar, hombre. Que esta vieja ni de comer te da, ¡esta pícara!

-Y cierto es -dice-. ¿Pero, no nos alcanzará?

-No -dice-, no nos hái di alcanzar.

—562

-Bueno, vamos -que dice-. Pero yo le tengo que gritar a la vieja y avisarle porque ese es mi deber, mi juramento.

Han ido un trecho y ya ha gritado el loro:

-¡Vieja!... ¡El Chiquillo me lleva! ¡Ya mi has de favorecer!

Ya había ensillau la vieja el chanco.

Y dice que ya el Chiquillo había disparau más fuerte.

-¡Vieja! ¡Favoreceme! El Chiquillo me lleva.

La vieja había llegau al río y ya no podía seguir. El Chiquillo había entrau al río, y le dice la vieja:

-¡Ah!, Chiquillo, mi has hecho matar mis tres hijas, mi has robau la colcha campanillas di oro y me llevás el loro adivino. ¿Si volverás?

-Tal vez que sí,

tal vez que no,

tal vez por vos.

Habían llegau al palacio, dice, y el Rey admirado con el loro porque

adivinaba todo.

A los pocos días, ya los hermanos, que dicen que el Chiquillo había dicho que era capaz de llevarla a la vieja bruja para que salven toda esa comarca, dice, rica, a favor del Rey.

-Que nu hi dicho.

-Que diga o no diga, palabra de Rey no puede faltar.

Lu había mandau.

Si había ido y si había sentau a llorar.

Había veníu, dice, la mujer ésta, que siempre le salía, la viuda, tapada con un manto, y que dice:

-Ve, esta vieja cuando joven ha teníu un hermano, que casi lu ha muerto a pesadumbre. Y era carpintero. Y si ha —563ido hace más de veinte años y nu ha vuelto, dice. Vení, yo te guá pintar y vos te vas a ir con estas herramientas de carpintería y vas a llegar a la casa.

Li había dado las instrucciones cómo iba hacer.

Si había ido el Chiquillo, de barbita, patilla, un hombre como de sesenta años.

Había llegado y ha salido la vieja ya...

Claro, la mujer ésta li había explicado cómo iba hacer.

Había ido él con las maletas de las herramientas y todo...

-¡Oh!, ¡hermana! -que le dice- ¿ti acordás de mí? Yo soy José, tu hermano, que vive -que le dice.

-¡Hermano querido! -que le dice-. ¡Tantos años! Si habré sufrido -dice-, lo que te boté de la casa. Si habré llorado añorando que vuelvas algún día para que me perdonés.

Si había hincado la vieja.

-Sí, te perdono todo el mal que mi has hecho. Yo ya me he jubilado -dice-. Ya me he retirado en una ciudá muy lejana -dice-. He sido carpintero. Y vengo -dice-, a pasar los últimos días con vos. Y vengo porque quiero hacerte un cajón digno de vos, para que tengás el descanso eterno.

-¡Ay!, ¡hermano! -dice-. Voy a ir a preparar una comidita.

Él, mientras tanto, había pasado. Había voltiado un árbol, había hecho las tablas y había empezado a fabricar el cajón. Mientras tantos los tornillos los había asegurado bien asegurados. Era una madera gruesa.

-¡Ya 'tá! -que le dice al otro día-. Vení, medite, hermana. A ver si vas a poder descansar tranquila.

Había entrau la vieja.

-A ver si no te aprieta la tapa -le dice.

—564

Y li había empezau a ceñir unos tornillos. Cuando ya le faltaba poco, ya li había ceñíu con fuerza.

-Ahora ¡sonó!, ¡vieja pícara!

-¡Aj!... -que gritaba la vieja.

La había llevau, dice, al hombro. Que gritaba la vieja. Había llegau al palacio y todos gritaban:

-¡Ya la trae a la bruja, el Chiquillo!...

Habían hecho una pila de leña y la habían quemau en plaza pública y habían tirado las cenizas al viento.

Y entonces que le dice esta mujer al Chiquillo:

-Ve -que le dice-, yo soy -dice-, la Virgen, que te he querido ayudar. Y

tus hermanos te van a fundir. Decile al Rey que ellos han dicho que son capaces de meterse en un horno ardiendo, y así vas a terminar vos con tus sufrimientos y te vas a casar con la hija del Rey.
Dicho y hecho. Li había dicho al Rey. Los ha llamado a los hombres, y han dicho que ¡no!, que nu han dicho nunca.
-Diga o no diga, palabra de Rey no puede faltar -dice.
Los han hecho meterse en el horno. De más está decir que habían quedau cenizas.
El Chiquillo si había casado con la Princesa y había quedau a vivir feliz en el palacio de la bruja.
Perfecto Bazán, 49 años. Belén. Catamarca, 1968.
Excelente narrador.

—565

934. El Chiquillo

LA RIOJA

Ésta que era una señora que tenía tres hijos.
El más grande pidió la bendición y se fue a rodar tierra, como ser hoy día, salió de mañana.
El del medio también pidió la bendición y se jue el mismo día después de doce.
El más chico, que le llamaban el Chiquillo, le pidió permiso a la madre. Ella no le quería dar porque era muy chico. Al fin le dio y salió al otro día, también a rodar tierra.
El chico iba prevenido de bastimentos pal viaje. Los otros no llevaban nada.
Los grandes no lo querían al chico, que, era el más güeno y le tenían envidia.
El chico ha llegado adonde 'tán los hermanos. En el momento que los alcanzó a los hermanos, le pegaron una zumba de palos al chico y lo han mandado que se vuelva a la casa. Y le han quitado todo lo que llevaba. Se quedó el chico llorando. En la tarde siguió el camino. Al día siguiente los alcanzó otra vez. Y el hermano mayor le pegó un palo y lo dejó muerto.

—566

Cuando volvió a ser el primitivo, columbró que unos animales que se llamaban caraguayes²⁶⁰ cortaban con los dientes unos bichitos y le ponían en la nariz. Claro, él se fijó con mucha atención por un bajo, y cuando echaron de ver que estaba vivo se retiraban. Él se levantó y siguió el camino tras de los hermanos.
Los alcanzó a los hermanos llegando a un palacio de una vieja bruja y lo dejaron que fuera con ellos. La bruja aquélla, cuando llegaron, tuvo un gran gusto porque ella se mantenía con carne humana.
Cuando llegaron, la bruja los acarició²⁶¹ a los hermanos mayores. El más chico no quiso comer nada.
Y en la tarde, la bruja se jue a la cocina a conversar con la negra que tenía. Y el chiquillo les estaba oyendo todo lo que conversaba, y lo que

decía la bruja:

-¡Ah, hija, qué pichón se vamos a comer! Ya 'tá todo arreglado para ponerles señas y matar a los tres.

Él se retiró oyendo todo.

La vieja bruja tenía tres hijas.

En la noche les hizo las camas para los tres con las tres niñas. A los

jóvenes les puso gorras de papel y a las niñas gorras di oro.

Muy bien. El Chiquillo no dormía. En cuanto se durmieron les cambió las gorras. A las niñas les puso las de papel, y a los jóvenes las di oro.

Cuando la bruja vio que 'taban bien dormidos, se levantó y los mató, pero en lugar de matar los jóvenes, mató las hijas.

—567

El Chiquillo era muy ardiloso²⁶². En el momento que sintió que la vieja 'taba durmiendo, recogió los gorros y se los metió al seno. Recordó los hermanos para tomar viaje y les dijo que la vieja bruja había muerto las hijas por matarlos a ellos.

La vieja bruja, esa noche, les había dicho cuál era el camino que tenían que tomar pa ir a la ciudá del Rey.

Estos tomaron por ese camino y jueron a dar a un río que tenían que pasar en balsa.

El Chiquillo, tenía con qué pagar y los otros no conocían ni medio. Allí pagó el Chiquillo por los tres y pasaron. Cuando acababan de pasar, oyeron la voz de la vieja bruja que los gritaba.

La vieja bruja tenía un loro adivino. Y el loro adivino ya si había enronquecido gritando a la vieja y diciendolé que el Chiquillo le había hecho matar las hijas y que ahora se disparaban. 'Taba redormida, pero al fin se recordó y salió disparando, a ver si los alcanzaba.

Y al llegar allí, a la orilla del río, los vio que habían pasado y gritó:

-¡Ah, pícaro Chiquillo! Mi hicistes matar mis hijas y me llevás mis tres gorras di oro. ¿Si volverís?

-Tal vez que sí, tal vez que no, tal vez que vuelva también por vos.

Tomaron los tres el camino y se fueron a la ciudá del Rey. En el camino, el mayor lo tuvo por matar otra vez al Chiquillo, por las gorras di oro, y el del medio no lo dejó.

Y hallaron allá al Rey. Y los conchabó para que trabajen en la finca a los mayores, y al Chiquillo para que cuide gallinas, pavos y gansos, y cuantas aves tenía.

—568

Un día, el Chiquillo, halló un pedazo de peine, porque no lo tenía. Se peinó bien, se lavó y se puso la gorra di oro, y se subió en un palo y se puso a cantar.

Lo vido la negra que la atendía a la Princesa, y va, le cuenta a la Princesa. Y le dice la Princesa:

-Andá, y dile al Chiquillo que me venda la gorra di oro.

Y que la negra le dijo al Chiquillo.

Y el Chiquillo le contestó:

-Andá y dile a tu señorita que la gorra no la vendo por ninguna plata, que la tengo para formar un compromiso.

Y se jue la negra y le avisó a la señorita, y le dice que lo llame a ver

qué compromiso quería. Y entós le dijo el Chiquillo que él necesitaba de formar tarde o temprano un hogar, y que quería ser casado.

-¡Ah! -le dijo la Princesa-, esto habrá que pensarlo. Pero si gustas, dejame la gorra.

El Chiquillo se la dejó. A los tres días formó otro argumento con la otra gorra. Y la negra lo vido que andaba con la gorra y le avisó a la señorita. Y la señorita la mandó que lo llame. Y el Chiquillo fue ande ella estaba. Y le dijo la señorita, qué es lo que quería con tanta gorra. Y el Chiquillo le dijo que lo que tenía pensado no lo escusaba.

-Bueno -le dijo la Princesa-, estoy en veremos, pero en seguida te daré el contesto.

Muy bien. A los tres días después, hizo la misma cosa con la última gorra, que era la mejor. Y lo vido la negra y le dijo a la Princesa, y lo hizo llamar ella.

Bué... Llegó allá el Chiquillo.

-¿Me das la gorra? -le dice la Princesa.

-Se la doy si me da el contesto que lo tiene para pensar.

—569

-Muy bien -le dijo la Princesa-. Seré casada con voz y de hoy en el día, yo te salvaré en todo, porque vas a tener que pasar muchas penurias. Los hermanos 'taban siempre envidiosos, y el hermano mayor, a los cinco días, va y le dice al Rey que el Chiquillo se había dejado decir que él era capaz de robarle la borrega de lana di oro de la vieja bruja. Lo llamó el Rey y le dijo:

-Vos, ¿que ti has dejado decir que sos capaz de robarle a la vieja bruja la borrega de lanas di oro?

-No lu hi dicho -dice el Chiquillo.

-Lu haigás dicho u no lu haigás dicho, vos me tráis la borrega de lana di oro, si no la tráis te corto la cabeza.

Salió el Chiquillo llorando y se jue ande 'taba la Princesa, y le contó lo que le pasaba.

Entós le dice:

-¡Cómo! ¿Un hombre tan lindo como vos llorando por tan poca cosa? Aprontate, y yo te daré un buen vino para el loro adivino, que tiene la vieja bruja. Hacelo amigo y dale vino pa que no te acuse.

Y la Princesa sacó un sombrero, y se lo pone en la cabeza, y le pregunta al Chiquillo si la vía, y le dijo él que no. Era un sombrero que hacía invisible. Y le dice:

-Cuando te pongás este sombrero, serás honesto, no andarás en nada fuera de tu trabajo, para que no pierda la virtud y no te vea la vieja bruja.

Llevate esa piola para que le pongás a la borrega.

Salió de viaje y llegó a la casa de la vieja bruja. Con el sombrero nadie lo vía. El loro, como era adivino, sabía que 'taba áhi. Y le ofreció vino.

Y él le dice:

-Ya le voy a gritar a la vieja bruja que 'tás acá.

-Tomá vino y callate -le dice al loro.

—570

Lo probó al vino el loro y le dice:

-¡Qué rico! ¡Dame más! ¡Dame el jarro lleno!

Lo halló tan rico que se acabó el jarro de vino el loro.

-¿Ande 'tá la borrega? -le pregunta el Chiquillo.

Y el loro le dijo ande 'taba y a la hora que tenía que sacarla para que la vieja no la vea.

-Ponele la piola a la cordera y tirá, que ella irá a la par tuya. Y siempre que vengás, le gritás a la vieja bruja después que estés al otro lado del río, porque ella no puede pasar el agua.

Y el Chiquillo la sacó a la cordera y disparó. Cuando ya había pasado el río en la balsa, llega la vieja bruja y le dice:

-¡Ah, Chiquillo pícaro!, me hicistes matar mis hijas, me llevastes mis tres gorras di oro y me llevás mi borrega lana di oro. ¿Si volverís?

Y él le dice:

-Tal vez que sí, tal vez que no, tal vez que vuelva también por vos.

El Chiquillo se fue a la ciudad y entregó al Rey la cordera de lanas di oro. Y fue recompensado con dos cargas de plata. Y le dio para que esté, un cuarto con toda comodidá.

Y él pasó ande 'taba la Princesa. Y ella le dice:

-¿Has visto lo que es ser hombre? Ya te harís hombre a fuerza de mí.

En seguida, como a los cinco días, lo volvió a malquistar el hermano. Le dijo al Rey que el Chiquillo si había dejado decir que era capaz de tráir la colcha de campanitas di oro que tenía la vieja bruja.

Y el Rey lo llamó, y le dijo que él si había dejado decir que era capaz de tráir la colcha campanitas di oro que tenía —571 la vieja bruja, y que juera u no así, le cortaba la cabeza si no la tráiba. Y él no le dijo nada al Rey.

Consultó con la niña y se aprontó con todas las cosas necesarias para el loro adivino.

Y se jue. Pasó el río en la balsa, el sol dentró, y llegó en la noche a la casa de la vieja bruja. Le llevaba vino y pan dulce al loro. Y el loro le preguntó:

-¿Me trais vino?

-Vino y pan dulce -le dice-. Vengo a llevar la colcha de campanitas di oro.

Y el loro le dice:

-Pero qué antojos tiene el Rey. Cómo haremos para sacar la colcha de campanitas di oro. Hay qui hacer un buen trabajito. Ponete el sombrero. Yo le voy a gritar a la vieja que aquí andás. Y áhi le ponés el pie cuando pase pa que se caiga y vos corrís a sacar la colcha, mientras ella busca por acá.

La vieja, tanto buscar por todos lados se cansó y se jue a la cama, y se durmió como muerta.

El Chiquillo puso la colcha en un pañuelo y disparó.

-Se vamos, se salimos -dijo, y se jue.

El loro se chupó y se durmió también. Y cuando vino el día comenzó a gritar:

-¡Vieja! ¡Vieja! El Chiquillo ti la llevau la colcha de campanitas di oro. Se levantó como loca, la vieja, y tomó pal lau del río, y áhi le grita al Chiquillo:

-¡Ah!, ¡Chiquillo pícaro, mi has hecho matar mis hijas, mi has robau las tres gorras di oro, mi has llevau la cordera de lanas di oro y ahora me

llevás la colcha de campanitas di oro! ¿Si volverís?

—572

-Tal vez que sí, tal vez que no,
tal vez que vuelva para llevarte a vos.

Y el Chiquillo jue y le entregó al Rey la colcha campanitas di oro, y el Rey lo recompensó con dos cargas más de plata.

Y se jue, inmediatamente a ver a la Princesa y ella le dice que vea que cada vez se porta más como un hombre valiente. Que así tiene que ser. A los pocos días el hermano le dice al Rey que el Chiquillo si ha dejado decir que es capaz de trair el caballo de siete colores que tiene la vieja bruja. Y lo llamó el Rey y le dice:

-¿Vos ti has dejau decir que sos capaz de trair el caballo de siete colores que tiene la vieja bruja?

-Yo no lu hi dicho porque el caballo de siete colores 'tá bajo siete llaves.

-Pensalo vos, y decime en seguida porque si no lo trais te corto la cabeza.

Se vido con la niña y le contó lo que le pasaba. Y la niña le dijo que le pida al Rey que li haga hacer siete llaves máistras, y se vaya. Así lu hizo el Chiquillo.

Llegó a la casa de la vieja bruja y lu habló al loro y le dio vino y pan dulce. Y ya le dijo el secreto di ande 'taba el caballo de siete colores y que tenía que abrir cada puerta con una llave sin equivocarse. Y le dijo:

-Subilo despacio, no lo apurís, porque cada tranco es de una legua. Que vaya al tranco, y lu hacís pasar el río en la balsa.

Y el Chiquillo hizo todas las cosas con mucho cuidado. Y abrió las siete puertas, y subió en el caballo y salió al tranco. Al poco rato 'tuvo en la orilla del río y lo pasó al caballo en la balsa. Áhi la esperó a la vieja bruja.

—573

A la madrugada el loro empezó a gritar y a decirle a la vieja bruja que el Chiquillo le ha llevado el caballo de siete colores. Y salió como loca, la bruja y plegó a la orilla, y le dice:

-¡Ay, Chiquillo pícaro, que mi has hecho matar mis hijas, mi has robado mis tres gorras di oro, mi has llevado la cordera de lanas di oro, la colcha ele campanitas di oro y ahora me llevás el caballo de siete colores! ¿Si volverís?

Y él le dice:

-Tal vez que sí, tal vez que no,
tal vez que vuelva para llevarte a vos.

El Chiquillo le llevó al Rey el caballo de siete colores y el Rey lo recompensó con cinco cargas de plata.

Se jue a ver a la niña y los dos se pusieron muy contentos de que el Chiquillo pudo salvar la vida, otra vez.

Cuando volvió, ya el hermano lo haba malquistado. Y li había dicho al Rey que el Chiquillo se había dejado decir que era capaz de trair el loro adivino de la vieja bruja.

Y lo llamó el Rey y le dijo:

-Hombre, ¿qué ti hais dejau decir que sos capaz de trair el loro adivino de la vieja bruja?

-No, no lu hi dicho, pero si puedo lo traigo -le contestó.

El Chiquillo jue ande 'taba la niña, aprontó lo necesario, y agarró y se jue.

Como llegó ande 'taba el loro, le dio el pan dulce y el vino, y le dijo que lo venía a llevar a él. Entonce le dijo el loro:

-Agora te va a pillar la vieja bruja, pero no tengás miedo. Yo le tengo que decir que estás. Te va amarrar en un palo y la va a dejar a la negra sirvienta que tiene, que te mate. Y la negra se va a poner a hachar leña. No tiene cuasi —574juerza. Y vos decile que te desate una mano para ayudarle a hachar. Ella te va a desatar, y como el palo es tuerto, vos hachalo y hacelo que salte pal lau 'e la negra, y así la vas a matar. Te desatás y me llevás a mí.

Y así pasó todo como le dijo el loro. Y el Chiquillo, cuando mató a la negra, agarró al loro adivino y se disparó. La esperó a la bruja del otro lado del río.

Cuando volvió la vieja bruja para comer al Chiquillo, se dio cuenta lo que había pasado y corrió al río. Y áhi le dijo al Chiquillo:

-¡Ay! ¡Chiquillo pícaro, mi has hecho matar mis hijas, mi has robado mis gorras di oro, mi has llevado la cordera de lanas di oro, la colcha de campanitas di oro, el caballo de siete colores, y ahora me llevás el loro adivino! ¿Si volverís? Él le dice:

-Tal vez que sí, tal vez que no, tal vez que vuelva para llevarte a vos.

Le lleva el loro adivino al Rey, y el Rey como ya no halla qué darle, le promete la mano de la Princesa. El Chiquillo loco de contento la va a ver a la niña y le cuenta todo.

A los pocos días lo vuelve a malquistar el hermano al Chiquillo, y le dice que se ha dejado decir que es capaz de trair a la bruja.

El Rey lo llama y le dice, que haiga dicho u no haiga dicho, tiene que trair la vieja bruja en el plazo de seis días.

Se va ande 'tá la niña y ella le dice que le pida al Rey que le haga dos cajas grandes, que se abran con llave y se cierren de un golpe. Y le dice que las tiene que llevar en un carro, y que él se pinte de negro, como que las anda vendiendo, y que le diga que lo manda el compadre. La vieja tenía un compadre negro que quería mucho.

Y va y llega el Chiquillo con el carro y las dos cajas a la casa de la vieja, bien pintado de negro.

—575

-¡Güen día, mama vieja! Aquí me manda su compadre pa que compre estas cajas. Él ya compró dos. Y si no tiene plata se las puedo fiar.

La vieja se puso muy contenta de ver estas cajas tan lindas y tan grandes.

-¡Y puede caber una persona! -dice.

Y áhi se acomodó, y el Chiquillo le largó la tapa y la dejó encerrada, y la llevó.

Y la llevó al Rey. A la bruja la quemaron con caja y todo y se libró todo el mundo de esta bruja que era muy mala.

Y a los ocho días se casó el Chiquillo con la Princesa y el Rey lo coronó de Rey.

Y el Rey hizo trair ocho potras y los hizo atar a los hermanos malos, que los despedacen los potros.

Y ahí quedó el Chiquillo y la Princesa contentos y ricos por donde los busquen.

Lázaro Alvarado, 86 años. Vinchina. La Rioja, 1951.

Muy buen narrador.

935. El Chiquín y el gigante

LA RIOJA

Había, en un lejano país cuyo nombre no recuerdo, un rey que quería hacer casar a su hija con el caballero más valiente. Varios intentaron, pero ninguno consiguió la prenda.

Una viejecita tenía un hijo que era muy vivo. Le decían Chiquín porque era un chico muy ardiloso. Un día se enteró de lo que había hecho decir el Rey y le dijo a la madre:

-Mama, yo güir²⁶³ pa verlo al Rey y decirle que me quero casar con su hija.

Entonce la madre le dijo:

-Pero, m'hijo, sos muy chico pa casarte, el Rey no te va acetar.

-No mama, dejemé que yo güir. Ya va a ver lo que guá hacer²⁶⁴.

Se fue el chico al palacio y pidió permiso para hablarlo al Rey. Le dijo al Rey sus intenciones. El Rey lo puso a prueba. Le dijo:

—577

-Lo primero que tenís qui hacer es matar a un tigre que amenaza la ciudá.

El Chiquín le pidió al Rey un lazo y un cuchillo, y se fue.

Se escondió detrás de una piedra muy grande, esperando, como de costumbre, que el animal vaya al río a tomar agua. El tigre había olfatiado carne humana y daba fuertes rugidos. Cuando iba a una distancia más o menos prudente, le tiró el cuchillo y se lo clavó en el cuello. El tigre se dio vuelta tan rápido que dio con la cabeza en una piedra, y quedó sin moverse.

Al otro día volvió el Chiquín. Comprobó que estaba muerto. Le cortó la cabeza y se la llevó al Rey. El Rey si alegró muchísimo, y le hizo fiestas al Chiquín.

Pasaron unos días y el Rey le volvió a decir:

-Falta una prueba más. Es la de robar el loro adivino que tiene un gigante, que vive muy lejos.

El Chiquín preparó el viaje y se fue. Cuando fue llegando, el loro decía:

-¡Ya viene el Chiquín a robarme a mí! ¡Ya viene el Chiquín a robarme a mí!

El gigante salió a ver y no vio nada, porque el Chiquín se escondió.

Creyendo que el loro mentía se acostó a dormir.

Entró el Chiquín. El loro gritaba:

-¡Ya viene el Chiquín! ¡Ya viene el Chiquín!

El Chiquín le decía:

-Callate, lorito, tomá pan con vino añejo.

En eso llegó el gigante y lo encontró al Chiquín. Lo pilló y lo ató en un palo. Preparó un tacho con agua hervida para cocinarlo. Le encargó a la giganta que lo cocine para que lo coman, y él se fue a buscar a los amigos para que vengan a comer con ellos.

La gigante se puso a hachar leña para hacer fuego y calentar el tacho con agua.

El Chiquín, que era muy pícaro, le dijo a la gigante engañandolá, que le desate una mano para ayudarle a partir la leña. Después la otra, y así... hasta que lo desató entero. Entonces le hachó la leña y le ayudó a calentar el tacho con agua. Ya 'taba hirviendo el agua y el Chiquín le pregunta:

-¿Dónde me van a echar a mí?

-Áhi -dijo la gigante y se agachó a señalar el tacho con agua hirviendo.

Aprovechó entonces el Chiquín esta oportunidad, le dio un empujón a la gigante y la hizo caer adentro del tacho. Le cortó el pelo, la ató a un palo y la puso en la cama. Robó el loro y se fue al palacio. Lo recibieron con grandes fiestas y toques de campanas.

Al volver el gigante se enojó muchísimo con lo que hizo el Chiquín.

El Rey le dio la última prueba: tenía que robar al gigante.

Preparó nuevamente el viaje. Como el gigante no tenía su loro adivino, no supo nada de lo que iba a pasar.

Llegó el Chiquín a la casa del gigante, y lo tomó de sorpresa. Lo enlazó al gigante y lo llevó a la embarcación en la que había venido, y lo encerró en una pieza de hierro construida especialmente para llevarlo al gigante.

Llegó al palacio el Chiquín con el gigante. Áhi lo recibieron con grandes fiestas, banquetes, celebrandose al mismo tiempo la boda con la hija del Rey.

Y dentré por un zapatito roto,
pa que usté me cuente otro.

Ignacia Páez, 60 años. El Tajamar. Capital. La Rioja, 1950.

La narradora, nativa del lugar, es semiculta.

936. El Chiquillo

LA RIOJA

Había una vez una viejita y un viejo que tenían tres hijos y eran muy pobres.

Cierta día no tenían qué comer. Viene el hijo mayor y les dice:

-Madre y padre, echemén la bendición que voy a rodar tierras.

Luego viene el del medio:

-Padre y madre, echemén la bendición que voy con mi hermano.

Los viejitos le dicen:

-¡Qué te vas a ir! ¡Nos van a dejar solos!

Entonces él les dice:

-Me echen o no me echen la bendición, yo me voy con mi hermano.

Pasaron varios meses y no volvían. Entonces el shulco pensó lo mismo que los otros hermanos y les dice a sus padres:

-Padre y madre, echemén la bendición que voy a rodar tierras con mis hermanos.

—580

Y los viejitos se enojaron mucho, pero al fin le dieron la bendición, y se fue.

Caminó varios días hasta que alcanzó a sus hermanos. Éstos al verlo se indignaron y le dijeron que se quede, que no los siga. Pensaron echarlo dentro del primer pozo que haiga, si los seguía.

El chico se quedó llorando hasta que se perdieron de vista y recién continuó su camino.

En el camino se le aparece una viejita. Él le dice:

-¿Qué anda haciendo, mama vieja?

-Aquí andamos, hijo; ¿por qué te vas? Tus hermanos van pensando en echarte en un pozo para que te mueras.

-Voy, mama vieja, en busca de alimento para mis viejos, que mueren ya de hambre.

-Ve -que le dice-, cuando tus hermanos te tiren adentro del pozo, vos tomás un pelito del conejito que se te aparecerá y él te va a salvar. Si no te llegás a escapar, morirás augado. Bueno, vaya m'hijo y tenga mucho cuidado.

Anduvo largo rato hasta que dio alcance, otra vez, a sus hermanos.

-¡Velo al sinvergüenza que se ha veníu! ¿No te hemos dicho que no nos sigás? Ahora te vamos a matar -le dijeron.

Lo llevaron a un pozo y lo echaron allí, y siguieron muy contentos su camino.

El shulco ya se iba augando, y apareció un conejito.

-Ve, tomate de un pelito mío, y te salvarás -le dijo, y así fue.

-¿Ahora, querís que te lleve conmigo? -le dijo al conejito. Lo levantó y lo besó.

—581

-No -le dice el conejito-, se me cumple la licencia -y desapareció.

Muy triste el shulco sigue su camino. En el camino encuentra una viuda. Que le dice:

-¿Quí andás haciendo por acá, hijo? Tus hermanos van muy cerca, y van pensando en que si te salvás te harán otra picardía. Te tirarán dentro de un río que está pantano, y ahí te morirás de frío. Bueno, seguí, yo te voy a ayudar -y desapareció.

No caminó dos pasos y volió a ver a sus hermanos, quienes se lanzaron sobre él como perros bravos y lo alzaron y lo echaron al río, y sigues camino.

El shulco comenzó a llorar y gritar inútilmente porque sus hermanos no se sienten por él. Y en eso aparece una chiquita. Le da su mano, él la toma, y desaparece el pantano y la chiquita. Él da las gracias sin ver a nadie y continúa su camino.

Sus hermanos llegan a la ciudad. Llegan primero a la casa de una viejita y le dicen:

-Oiga, señora, ¿no sabe de alguien que necesite algún pión?

Y la viejita les dice:

-Sí, hijos, ahí en la casa del Rey, y creo que anda en busca de hombres que trabajen en el jardín.

Se arriman a la casa del Rey, golpian las manos y sale la sirvienta quien les pregunta, si qué desean. Éstos le contestan que van en busca del Rey para que les dé trabajo.

El Rey los hace pasar y los manda a trabajarle el jardín. Muy contentos le arreglan en la mejor forma el jardín.

El shulco, mientras tanto, había llegado ya a la casa de la viejita. Al verla le dice:

—582

-¿Que hace, mama vieja? ¿Cómo le va?

Y la viejita le responde:

-Y usted, m'hijito, ¿qué anda haciendo?

-Ando en busca de trabajo, mama vieja -le dice.

-Ve, hijito, el Rey necesita un ayudante en sus trabajos. Andá y hablá con él.

Llega con miedo a la casa del Rey el chico, y el Rey lo quiere mucho y lo hace su ayudante.

Los hermanos envidiosos están pensando en otra picardía para hacerlo matar.

El Rey lo manda al Chiquillo a ver el trabajo y estos hermanos malos van y lo acusan ante el Rey:

-Mi Rey, este Chiquillo se ha dejau decir que es capaz de trair el loro de siete colores del negro Horcón.

El Chiquillo llora y se niega, pero el Rey le dice:

-Palabra de Rey no puede faltar. Usted irá a trair el loro dentro de tres días.

El Chiquillo sale muy triste y va a la casa de la viejita y le cuenta:

-¡Ay, m'hijo! -dice la viejita-, ese hombre te matará. Ahí nadie llega, pero yo te voy a dar un consejo; tomá, andá, comprá pan y vino y te vas a ir, pero con mucho cuidado. Cuando llegués allí le vas a ofertar al loro vino y pan. Éste, al verte va a gritar. Vos decile que le llevás pan y vino.

El Chiquillo así hizo. En cuanto llegó el Chiquillo, el loro comenzó a gritar:

-Mi amo, aquí anda uno, el Chiquillo.

Se escondió en el corral, y el negro no vio nada. Volvió a arrimarse el Chiquillo. Volvió a gritar el loro, y así varias —583 veces, hasta que el negro se enojó con el loro y lo amenazó de matarlo si volvía a gritar.

Entonces el loro dijo:

-No te avisaré nada.

El Chiquillo aprovechó para hacer emborrachar al loro, y se lo llevó.

Antes de cruzar el río con agua gritó:

-Mi amo, ya me llevan.

Y salió el negro enojado. Llegó hasta el río, pero no pudo cruzarlo y se volvió. El Chiquillo muy contento llega y se lo entrega al Rey.

Más regalón es todavía del Rey, mientras los hermanos se mueren de envidia

y están tramando otra picardía. Vuelven otra vez a acusarlo:

-Mi Rey, que el Chiquillo se ha dejau decir que va ir a trair la colcha de siete campanillas del negro.

El Rey lo llama y le pregunta:

-¿Ciertó que te has dejau decir que vas a trair la colcha de siete campanillas del negro?

-No, mi Rey, yo no hi dicho nada.

-Bueno, haigás dicho u no, vas a ir a trairla. Palabra de Rey no puede faltar, si no la trais, plazo de tres días, te vuela la cabeza.

Sale llorando el Chiquillo y va a la casa de la viejita. La viejita al verlo le dice:

-¿Qué te pasa, hijo?

-Que mis hermanos mi han acusado con el Rey. Que li han dicho que m'hi dejan decir que soy capaz de ir a trair la colcha de siete campanillas del negro.

La viejita suspira y le dice:

-¡Ay! ¡Hijo! Difícil que te salvís, pero, te vas a ir, tomá esta pastilla.

Cuando vas llegando, como todo está con —584llave, vos vas a tomar esta pastilla. Inmediatamente te vas a convertir en una hormiguita y vas a poder entrar por el ojo de la llave de la puerta. Tirá la colcha y te metís en medio de ella.

Y así hizo. Entró por la cerradura, tiró la colcha y se escondió. El negro se levantó enojado, pero no vio nada. Volvió a tirar. El negro se volvió a levantar, pero tampoco vio nada. Entonces dijo el negro:

-Bueno, éstas son zonceras mías, no me levanto más.

Y así el Chiquillo pudo sacar la colcha. Llegó donde estaba el Rey y se la entregó. El Rey se puso muy contento y lo premió.

Más rabia le tenían los hermanos. Entonces resolvieron acusarlo por última vez.

-De esta vez no se escapa -pensaron.

Se presentan donde está el Rey y le dicen:

-Mi Rey, el Chiquillo se ha dejau decir que va ir a trairlo al negro -y ya lo llamó también el Rey.

-Que no, mi Rey, yo no hi dicho nada.

-Palabra de Rey no puede faltar; usté irá, y si no cumple, plazo de tres días, se le vuela la cabeza.

Llora más desesperadamente el niño y se va a la casa de la viejita. La viejita se pone también muy triste porque es difícil que vuelva, y le dice:

-Ve, hijo, es muy difícil, pero yo le voy a pedir al sacerdote toda la vestimenta y vas a hacer un cajón de dijunto con llave. Vos te vas a ir vestido de cura y le vas a decir que andás por hacer un cajón para las almas buenas, y como él es bueno, vos has pensado en él, primero.

Y así lo hizo.

—585

Una vez que estuvo allí, hizo todo lo que le dijo la viejita. El negro, muy contento, se entró, se midió el cajón y le andaba bien. El Chiquillo le dice:

-A ver, vuelvasé a entrar otra vez, a ver si se echa llave.

Creyó el negro y se entró. Rápido le echa llave el Chiquillo. El negro

grita furioso dentro del cajón. El Chiquillo se lo coloca a la espalda y llega adonde está el Rey y se lo tira encima, pegandolé con el cajón y le dio muerte. El Chiquillo queda dueño de todo y a sus hermanos los tiene de piones. Es muy feliz.

Zapatito roto,
que usted me cuente otro.

Agustina Valle, 85 años. Los Palacios. General Lavalle. La Rioja, 1950.
Buena narradora.

—586

937. El Chiquillo

LA RIOJA

Había una vieja y un viejo que tenían tres hijos. Un día dispusieron de ir a buscar trabajo los dos hijos mayores. Y el menor, que lo llamaban Chiquillo, dijo:

-Si van ellos, yo también me voy.

Los padres ni los hermanos no querían que él se vaya. Bueno, quieran o no, él siguió viaje igual. Se despidió de sus padres y se fue por detrás de sus hermanos. Después de caminar una distancia, se dan vuelta para atrás y lo divisan al hermano.

-Allá viene el Chiquillo -dijieron, y siguieron.

Por fin les dio alcance. En cuanto llegó, lo empezaron a retar que se vuelva, que con ellos no iba a ir. Él les rogaba, pero ellos no querían saber nada. Pero él seguía por atrás. Llegaron a donde se separaban unos caminos, y le dijeron:

-Seguí vos éste, nosotros nos vamos por éste.

Él, muy pensativo, siguió, siempre por donde iban ellos. Caminaron hasta que llegaron a la casa de un rey, que tenía tres hijas y ahí se alojaron esa noche, en la casa del Rey Malo, que era brujo.

Después, a la hora de dormir, los hizo acostar a cada uno de los jóvenes, con cada una de sus hijas. Cada una de —587 las hijas tenía una gorra con franja de oro que se ponían al dormir. Eso era para que el Rey no se equivoque al intento que él tenía. En seguida esperaba un rato que se duerman todos. El Chiquillo se levantó, le saca la gorra a las niñas y se las puso a sus hermanos, y él hizo igual. Así que, una vez que el Rey se levantó para degollarlos a los jóvenes, se acercó a las camas y les tocaba la cabeza, a ver cual eran sus hijas, para no matarlas, y empezó a cortar cabezas. Las degolló a sus tres hijas, por degollar a los jóvenes, y se fue a su pieza a dormir tranquilo.

Una vez que el Rey se fue a dormir, el Chiquillo se levantó y los despertó

a sus hermanos, y les dijo lo que pasaba, y siguieron viaje esa misma noche. Caminaron hasta que llegaron a la casa de otro Rey. Ahí buscaron trabajo y se quedaron. Un día los hermanos mayores, dijeron:

-Lo vamos hacer matar al Chiquillo.

-¿Y de qué forma?

-Le vamos a decir al Rey que él dijo que era capaz de ir a traerle la sobrecama del Rey Malo.

Así lo hicieron. Le dijeron al Rey. Entonces lo llama el Rey al Chiquillo y le dijo:

-¿Es verdad que vos dijiste esto?

-No, mi Rey, nunca dije.

-Bueno, hayás dicho o no, me vas a ir a traer la sobrecama.

Se fue el Chiquillo, llegó a la casa del Rey Malo y esperó que se haga la hora en que se duermen los dueños de casa. Una vez que se durmió el Rey, él se entró a la 'pieza. Empezó a tirarle la sobrecama, del lado que dormía la Reina y lo destapaba al Rey.

-¡Oh!, vieja, no me destapís -le decía, y se tapaba bien el Rey.

Y se quedó quieto para dormir. Al rato, ya le pegaba otro tirón de la sobrecama, el Chiquillo. Tanto embromó, que el Rey dijo a la vieja:

—588

-Dejame dormir, vieja del diablo.

Por fin tanto se enojó el Rey, que se levantó, hizo un rollo la sobrecama y la tiró al patio.

-Ahora sí -se dijo el Chiquillo, y se fue, levantó la sobrecama y se fue muy contento a llevarselá al otro rey. Sus hermanos dijeron:

-Ahora le vamos a decir que es capaz de robarle el loro adivino.

Lo volvió a llamar el Rey y le dijo:

-¿Es cierto que dijiste que sos capaz de traer el loro adivino?

-No, mi Rey.

-Digás o no digás, te vas a ir y me lo traés.

Se fue el Chiquillo pensando cómo hacer para engañarlo al loro. Compró vino y pan para llevarle. Se fue y esperó que se duerma el Rey. Se arrimó a donde estaba el loro y le dijo:

-¿Quieres pan con vino?

-No quiero, yo también tengo -le contestó el loro.

Y le gritaba al Rey:

-Mi amito, aquí anda el Chiquillo por llevarme.

Ya se levantó el Rey a buscarlo al Chiquillo y no lo encontró. Se fue el Rey a dormir.

De un rato, ya le ofreció pan con vino al loro.

-No quiero, yo también tengo. Mi amito, aquí anda el Chiquillo por llevarme.

Volvió el Rey y no lo encontró y le dijo al loro:

-Si me hacís levantar y no lo encuentro al Chiquillo, te voy a cortar la cabeza.

—589

Ya se enojó el loro. Se acerca de nuevo al loro el Chiquillo y le vuelve a ofrecer vino.

-Bueno, dame un chiquito. ¡Ay, que está rico! Dame otro poquito.

Le dio más.

Por fin se ha chupado un poco el loro, y ya lo convidó el Chiquillo. Y dijo, bueno, y se lo alzó al loro y se fue muy contento. Se levantó el Rey Malo, nada de loro. Se fue a seguirlo al Chiquillo. Lo fue alcanzando y se largó al río.

El Rey le dijo:

-Ah, pícaro, me hiciste matar a mis tres hijas, me llevaste las gorras, la sobrecama y ahora me llevás al loro.

-A llevarte a vos también voy a volver -le contestó el Chiquillo.

Le llevó el loro y se puso muy contento el Rey. El Chiquillo pensaba que ya estaría libre.

Ya le dijieron al Rey que había dicho el Chiquillo que era capaz de llevarlo al Rey también.

-No he dicho, mi Rey -contestó.

-Haya dicho o no, lo vas a traír.

Se fue el Chiquillo. Compró un cajón de muerto muy seguro y con llave, y se disfrazó. Llevaba un carro en el que conducía el cajón. Andaba cerca de la casa del Rey Malo. Había un árbol muy hermoso y ahí se puso a descansar a la siesta. Ya lo vio la negra del Rey, se fue a contarle al Rey, que estaba un negro por hachar el árbol. Se levantó el Rey y se fue a correrlo y en lo que estuvo ahí, vio el cajón y le gustó. Le dijo, si lo tenía para venderlo. Él le contestó que sí, que lo había de vender.

-Bueno -le dice el Rey-, vendemélo.

—590

-Pero primero tiene que probarselo si le es útil -le dice el negro.

Lo bajó al suelo al cajón. Lo revisa el Rey, ve que es lindo y se entra en el cajón, y se acuesta.

-¿Y que le parece? -le dice el negro.

-Está lindo, me queda muy bien.

Con esto, el Chiquillo le echó llave y le dijo:

-A ver, haga fuerza, a ver si es firme.

El Rey lo quería levantar al cajón con la fuerza, pero estaba bien asegurado. Y con esto le dijo el Chiquillo:

-Ahora, sí has visto, que a llevarte a vos también iba a volver. Y lo cargó en el carro. El Rey Malo se moría y volvía a vivir, y le clamaba que lo largue.

Se lo llevó al Rey y él lo quemó.

Al Chiquillo, por sus hazañas, lo felicitó y vio de verdá que los hermanos eran mal intencionados, y los mató. Al Chiquillo lo coronó de Rey y lo hizo casar con su hija y lo dejó en su bienestar.

Y dentré por un portillito
y se me cayó un cormillito;
y me dentré por otro
y se me cayó otro;
dentré por un zapato roto
para que usté me cuente otro.

Pedro Sergio Brizuela. Talva. General Belgrano. La Rioja, 1950.
El narrador es maestro de escuela. Ha oído el cuento a los campesinos del lugar.

—591

938. El Chiquillo

SAN LUIS

Era una vieja y un viejo que tenían tres hijos. Un día, el día de San Ramón, dijo la vieja que ella iba a trabajar porque ya ella no iba a tener más hijos. San Ramón es el abogado de las que están por tener familia. Un día, a la vieja se le empezó a hinchar la rodilla. Se le hinchó muchísimo. El viejo, entonces, muy asustado, se la pinchó con una espina, y de la hinchazón saltó un negrito. Que era un niño muy chiquito, pero muy lindo y vivo. Que se criaba muy bien y lo querían mucho todos los hermanitos. Le pusieron el nombre de Chiquío²⁶⁵.

Un día, dijeron los hijos más grandes que ellos se iban a buscar trabajo. Entonces el Chiquío decía:

-Yo también quiero ir.

Los hermanos no lo querían llevar, y el padre y la madre no querían que fuera, porque era tan chiquito, que algo le podía pasar por ahí. El Chiquío tenía un cabrito que le habían dau, y en él andaba a caballo.

Un día, los hermanos se aprontaron y se fueron. Lo dejaron al Chiquío. Cuando iban lejo ellos, devisaron una polvadera que iba atrás de ellos, que los seguía. Era el Chiquío —592que los iba siguiendo para ir con ellos. Ya lo conocieron y lo esperaron. Le dijeron que se volviera, pero no se quería volver. Entonces le degollaron el cabrito para obligarlo a volverse a la casa.

El Chiquío se quedó en el medio del campo con su cabrito muerto. Ya cuando no se vean los hermanos, le tiró la cola al cabrito, y el cabrito vivió de nuevo, y montó en él, y los siguió de atrás a los hermanos.

Los hermanos, cuando ya iban muy lejo, devisaron una polvareda, otra vez, que iba atrás de ellos. Ya vieron que era el Chiquío. Cuando llegó le dijeron que se volviera, pero el Chiquío no quiso por nada entender. Entonces lo degollaron al Chiquío y lo dejaron muerto, y siguieron viaje.

Cuando ya no se vieron los hermanos, el cabrito se acercó al Chiquío muerto, pegó tres patadas, y el niño volvió a vivir. Volvió a subir a caballo el Chiquío y los siguió de nuevo, a los hermanos.

Los hermanos iban lejo ya, cuando devisaron una polvareda. Esperaron, y uno de ellos dice:

-Pero, ¿que no es el Chiquío, el que viene?

Entonces lo esperaron, y era el Chiquío. Lo conversaron para que se volviera, pero como no lo convencieron, lo dejaron, al fin, que siguiera con ellos. Siguieron. Ya cuando fue de noche, no tenían dónde ir a dormir. Entonces, devisaron una luz, lejo. Se encaminaron para la casa. Cuando iban llegando, les dice el Chiquío que si se iban a quedar en esa casa, tenían

que hacer todo lo que él les dijiera, porque sinó iban a ser perdidos. Llegaron a la casa y pidieron permiso para quedarse a dormir. Les dijo la vieja dueña de casa que cómo no, pero con la condición de que tenían que hacer lo que ella les dijera. Y ellos dijeron que güeno. Ésta era una vieja bruja. Entraron, y les puso cama. Les dijo que tenían que dormir con sus hijas, que la vieja tenía también tres hijas.

—593

El Chiquío se despidió de los hermanos y les dijo, en un descuido, que en cuantito él los hablara se tenían que levantar, porque sinó corrían peligro.

Vinieron las hijas de la vieja y se acostaron con los mozos, y las tres tenían puesta una vincha. El Chiquío se acostó, pero se quedó despierto. Al rato, cuando todos dormían, el Chiquío fue muy despacito, les sacó las vinchas a las niñas, y se las puso a los hermanos. Él se quedó sin dormir, aguaitando a la vieja.

A eso de la media noche, ya sintió que venía la vieja. Entró a donde estaban los mozos y las niñas durmiendo, y tantiando, en la oscuridad, mató a los que no tenían vinchas, creyendo que eran los jóvenes, y salió y se fue a dormir.

Cuando la vieja había comenzado a dormitarse, el Chiquío se subió al techo con el cabrito y comenzó a galopiar arriba de la casa. Se levantó la vieja y lo retó porque no dejaba dormir. Entonce le dijo el Chiquío que solamente de un modo la iba a dejar dormir, que le tirara un peine.

Entonce le tiró el peine, la vieja, y se fue a dormir. Apenas se comenzó a dormitar la vieja, le comenzó a galopiar, el Chiquío, otra vez, en el techo. Se levantó la vieja, de nuevo, y lo retó, y le dijo que dejara dormir. Le dijo el Chiquío que si le tiraba un espejo, sólo la iba a dejar dormir. La vieja le tiró el espejo, y fue y se acostó. Al ratito no más, siguió otra vez galopando el Chiquío. Ya se levantó la vieja, enojadísima, y lo retó al Chiquío porque no la dejaba dormir. El Chiquío le dijo que si le tiraba un paquete de áujas no iba a molestarla más. La vieja, de mal modo, le tiró el paquete de áujas y se fue a dormir.

Se bajó el Chiquío del techo. La vieja tenía una chancha que corría más ligero que el viento. El Chiquío fue y la desgarró. Y ahí no más fue y despertó a los hermanos. Les dijo que se levantaran porque sinó la vieja los iba a degollar. Les hizo ver cómo los había salvado cambiándole las vinchas de las niñas. Les dijo que la vieja era bruja y que en cuantito —594pasara el primer sueño se iba a levantar y los iba a seguir, pero que él le había desgarrado la chancha, y que llevaba defensa para el camino. Agarraron los caballos y se fueron lo más pronto que pudieron. Al rato no más se levantó la vieja, que 'taba adivinando que algo le pasaba, y fue, y encontró a las hijas degolladas, y que los mozos se habían ido. Fue a buscar a la chancha y la encontró desgarrada. Y ya se dio cuenta que eran cosas del Chiquío, y salió en la chancha, que iba a las renguiadas. La chancha daba cada tranco de una legua, pero como estaba lastimada, corría mucho menos, pero siempre andaba más ligero que los caballos de los mozos.

La vieja anduvo un buen rato y de lejo los divisó a los mozos. Entonce el Chiquío les dijo a los hermanos que se apuraran, que ya los venía alcanzando la vieja bruja. La chancha se iba mejorando de sus lastimaduras

y corría cada vez más. Ya los alcanzó también, y entonces el Chiquío le tiró el espejo. En el mismo momento se hizo un río muy grande. La vieja comenzó a orillar y a orillar, y al fin se metió. La chancha casi se perdía en l'agua, y se volvía a la orilla. Al fin el río bajó algo, encaró la vieja, y pasó.

Los mozos iban lejo ya, pero la vieja los siguió. Después de andar bastante, los divisó. El Chiquío les dijo a sus hermanos que se apuraran, que los venía alcanzando la vieja bruja. Le pegaron, ellos, andando, pero la vieja iba más ligero. Ya los alcanzó también, y el Chiquío le tiró el peine. Se hizo, entonces, un monte espesísimo, de árboles muy juntitos, que no se podía pasar. Comenzó a orillar otra vez la vieja. Y ahí estuvo, y tanto porfió, que al fin encaró no más. Se hizo pedacito la ropa y se lastimó muchísimo, ella y la chancha, pero al fin pasó.

Siguió la vieja el rumbo de los jóvenes, y como la chancha 'taba mejor, corría cada vez más ligero. Anduvo bastante, hasta que al fin los devisó. El Chiquío les dijo entonces, a los hermanos, que se apuraran, que los venía alcanzando —595la vieja. Y ya cuando los alcanzó, el Chiquío le tiró las áujas. Se hizo un espinal grandísimo, que abarcaba leguas. La vieja encaraba y tenía que retroceder porque a la chancha y a ella se le clavaban espinas, por todas partes. Estuvo porfiando días por pasar, pero no pudo. Entonces la vieja bruja no tuvo más remedio que darse por vencida y volverse. Y se volvía insultando y maldiciendo al Chiquío que había salvado a sus hermanos que ella tenía la intención de comer, porque esta bruja mataba y comía a todos los viajeros que andaban por esos lugares y paraban en su casa. Le había hecho degollar a sus hijas, y le había quitado su espejo, su peine y su paquete de áujas que eran de un gran poder, y que se los había hecho servir en contra de ella misma. Entonces les dijo el Chiquío a los hermanos que ya no tenían peligro de ninguna cosa, que no tuvieran miedo a nada. Que la vieja bruja ya no los iba a perseguir más. Que él había venido para salvarlos, y que se volvieran a la casa de los viejitos y los atendieran como güenos hijos. Que él y el cabrito eran dos ángeles y que se tenían que volver. Se hicieron entonces dos palomitas y se volaron al cielo.

Delia Pereyra, 21 años. Alto Grande. San Martín. San Luis, 1939.
Campesina. Buena narradora.

Versión-variante del cuento tradicional. En el cuento figura el motivo de la fuga mágica.

—596

939. El Chiquillo

CÓRDOBA

Era una viejita hachera. Era trabajadora en el campo. Un día 'taba hachando un árbol muy corpulento. En cada hachazo que pegaba oía que decían:

-¡Ay, mamita, no mi hachís!

Entonces rompió una parte del tronco y vio que había un güeco. Y entonces

del güeco sacó un niño. Y se jue para las casas con el niño, contenta, la viejita. Ya lo crio al niño. Lo hizo bautizar y le puso el nombre de Angelino, pero le decían Chiquillo.

El niño se crio. Áhi ayudaba a la viejita. Iba y le traiba leña a la viejita.

Un día encontró un cabrito de todos colores en la majada, y el niño le dice a la viejita:

-Lo quero para hacer mi cabaño.

Entonce la viejita le dice:

-Ese cabrito es de mi compadre, no es mío.

Lloraba por el cabrito el niño.

Se jue la viejita a la casa del compadre y le cuenta que el niño lloraba por el cabrito, y él le dice:

-Lo hubieran agarrado no más, si es para mi ahijadito, que lo agarre no más.

—597

La viejita le hizo riendas, y apero, y todo lo adecuado para que el chico ande en el cabrito. El chico montaba en el cabrito y le traiba cargas de leña a la viejita.

Un buen día encontró tres jóvenes en el campo, y como el niño ya era grande, éstos le dicen:

-¿Quere que vamos a un baile?

El chico les dice:

-No puedo, mi mamita se va enojar.

Se jue a la casa y le pidió permiso, y la viejita le dijo:

-Todavía sos chico para ir a bailes.

Entonce insistió el chico y la viejita le dice:

-Vaya y vuelva temprano.

Se fueron a un baile de una vieja bruja que era un azote en aquel lugar.

Mientra los mozos 'taban adentro, el chico se quedó por afuera, medio escondido, y oyó que la vieja preparaba todo para matar a los mozos.

El chico va y les dice a los compañeros:

-Mozos, vamos, que la vieja bruja los va a comer.

Entonce, la vieja lo oye, y le dice:

-Callate, chico zonzó, qué sabís lo que decís.

Y le dice:

-Déme un peine, me voy a callar.

Y se lo dio.

Más tarde vuelve a decir el chico:

-Mozos, vamos, la vieja bruja los va a comer.

Vuelve a decir ella que se calle, y él le dice:

-Déme un pan de jabón, y me callo.

—598

Y ella se lo dio.

Y efectivamente, la vieja hacía acostar pal lau del rincón a los que quería comer y ella se acostaba para el lau de bajarse de la cama. Y a la noche los mataba y los comía.

Tenía un puñal grande la vieja pa matar la gente.

Entonce el niño les dice a los mozos que no si acuesten para el lau del rincón, sinó que la hicieran acostar a la vieja para ese lau. Y que ellos

tenían que salir en cuanto se durmiera la vieja.

La vieja tenía una chancha, que era el caballo que ella tenía, en un chiquero. Era muy ligera esa chancha. Entonces el niño le robó el puñal a la vieja y le hizo pedacitos la chancha. Y los llamó a los mozos. Subieron los cuatro en un caballo que tenía la bruja, y se dispararon.

Da güelta uno de ellos, y dice:

-¡Ay, niño, cómo los salvamos! ¡Áhi viene la vieja! Había unido, la vieja, todos los pedazos de la chancha, y los venía corriendo en ella. Entonces el mozo sacó el peine y lo tiró al suelo. Se formó un pencal tremendo.

Entonces ellos pasaron y la vieja quedó atrás.

Áhi quedó la vieja porfiando por pasar el pencal, y al fin lo pasó.

Entonces uno dio güelta y la ve a la vieja que viene cerquita, y le dice:

-¡Ay niño, cómo los salvamos, áhi viene la vieja otra vez!

Entonces sacó el jabón y lo tiró al suelo. Y al tirarlo, se formó una niblina. La vieja no podía pasar la niblina, quedó confundida, y no pudo pasar. Al fin pasó.

Cuando la vieja pasó, ellos llegaron a un árbol muy alto, y se subieron todos arriba.

La vieja llevaba una bolsa.

—599

El niño les dijo:

-Cuando la vieja les diga, ¡mozos a la bolsa!, ustedes miren arriba, sinó se van a cair y los va a embolsar.

Entonces llegó la vieja, se puso abajo del árbol y abrió la bolsa y dijo:

¡Mozos a la bolsa!

Los mozos si asustaron con la voz de la bruja, y los mozos no aguantaron y miraron abajo, y cayeron a la bolsa.

Cuando le tocó al niño, dijo él:

-¡Vieja, arriba!

Entonces la vieja subió y él bajó por otra parte del árbol. Los sacó a los mozos. Le prendieron fuego al árbol y la quemaron viva a la vieja.

Entonces volvieron a la casa de la vieja ésta, le sacaron las prendas que tenía y se repartieron entre ellos.

Los mozos se fueron muy agradecidos del niño que les había salvado la vida. Él se fue a su casa.

Al llegar, la viejita le dijo:

-Hijo mío, ¿por qué te has demorado tanto?

Entonces le dijo él:

-Cumpliendo con mi deber de lo que Dios me mandó. Los he salváu a esos mozos y también he quemáu una bruja qui hacía mucho mal en este lugar.

Y le dice después:

-Mamita, ante que salga el sol, me darís un tarrito de café.

Y ella le dijo que sí.

Y al otro día, cuando el sol salió, lo encerró al sol en el tarrito, y lo tapó.

Era una alarma en el pueblo porque el sol no salía.

—600

Supo el Rey de esto. Y mandó ofrecer una cantidá de plata a quen tuviera el sol encerrado y lo soltara, y Angelino dijo que él lo tenía. Lo llamó el Rey y le preguntó, y él dijo:

-Yo lo tengo. Si me da tres bolsas de oro yo lo suelto; yo lo tengo.

El Rey le mandó las tres bolsas de oro.

Y al largar el sol, todo el pueblo dispone una fiesta, porque también se enteraron que Angelino había salvado al pueblo de la bruja. Y la fiesta fue con música, acordeones, guitarras y cuetes. Y jugaron Angelino y la viejita a la fiesta.

Y cuando salió la luna, hizo lo mismo Angelino. La encerró en un tarrito de café. Entonces el Rey le mandó decir por cuánto largaba la luna, y él le dijo:

-Señor, me conformo con una bolsa de oro.

El Rey le mandó la bolsa de oro y él largó la luna.

Entonces le dijo a la viejita:

-Mamita, yo me voy.

La viejita lloraba desesperadamente y le pregunta por qué se va. Entonces él le dice:

-Porque soy un ángel que Dios me mandó para que la salvara a usted y al lugar de la bruja, que era el azote del pueblo.

La dejó rica a la viejita, y el cabrito y él se convirtieron en palomitas y se volaron, y se jugaron.

Rafael Amaya, 50 años. Tulumba. Córdoba, 1952.

El narrador es persona de cierta cultura.

En el cuento figura el motivo de la fuga mágica.

—601

940. El Grimillín y la vieja bruja

CÓRDOBA

Que era una vieja y un viejo que tenían tres hijos. El mayor se llamaba Pedro, el segundo Juan y el tercero, el Shulca, se llamaba Grimillín.

Bué... Un día salieron a rodar tierra los tres.

Llegaron a la casa de una vieja que había sido bruja.

La vieja los recibió muy bien. Ella quería tenerlos y engordarlos para comerlos.

La vieja tenía tres hijas, y a cada uno de ellos lo hizo dormir con una hija. A los jóvenes les hizo poner una gorra para distinguirlos en la oscuridad.

Grimillín sabía que la vieja los iba a matar. Él la oyó que le decía a las hijas. Él se quedó despierto y cuando los sintió dormir les cambió los gorros y se los puso a las hijas. Entonces la vieja fue, tantió los que tenían gorros, y los degolló, y se fue a dormir. Y mató a las hijas.

Grimillín los habló a los hermanos y les dijo que se fueran, que la vieja bruja había degollado a las hijas por degollarlos a ellos.

Antes de irse le cortó las cuatro patas a la chancha que tenía de andar la vieja, que tenía un tranco de cuatro leguas, para que no los alcance.

—602

Cuando la vieja se despertó y vio que había muerto a las hijas, se dio cuenta lo que le había hecho Grimillín. Se fue a buscar a la chancha. La

halló que li habían cortado las patas. La curó un poco y se fue en seguimiento de los mozos, a ver si los alcanzaba.

Bué... Cuando ella llegó a un río, que ya los otros habían pasado. Y ella se tuvo que volver porque la chancha todavía andaba enferma. Y se volvió jurando vengarse de Grimillín.

Por ahí llegaron los tres hermanos a la casa de un rey.

Bueno. Esta vieja tenía un loro que era adivino, una ovejita que la lana era de oro y una cobija que tenía las campanillas de oro.

Los hermanos de Grimillín le comenzaron a tener envidia y rabia y lo querían hacer matar.

Un día fueron y le dijeron al Rey que Grimillín se había dejado decir que era capaz de traer la colcha de campanillas de oro de la vieja bruja.

El Rey lo llamó y le dijo, que él se había dejado decir que era capaz de traer la colcha de campanillas de oro de la vieja bruja y que si no la traía, palabra de Rey no puede faltar, le corta la cabeza.

Y muy triste se fue Grimillín. Llegó cuando la vieja y el loro adivino estaban durmiendo la siesta. Entró en puntas de pie, sacó y dobló la colcha y se la llevó.

Cuando el loro se despertó y le avisó a la bruja que Grimillín li había llevado la colcha, se fue al alcance de Grimillín. Cuando ella llegó al río, él ya había pasado. Entonces ella le grita:

-Grimillín, pícaro, sinvergüenza, me hiciste matar mis hijas y me has llevado la colcha de campanillas de oro, algún día has de caer en mis manos.

—603

Y él le contesta:

-Algún día ti he de llevar a vos.

Bueno, llegó y le entregó al Rey la colcha de campanillas de oro.

Al poco tiempo los hermanos le dijeron al Rey que Grimillín se había dejado decir que era capaz de traer la borrega lanas de oro que tenía la vieja bruja.

Entonces el Rey lo llama y le dice que él se ha dejado decir que es capaz de traer la borrega lanas de oro de la vieja bruja, y que penaba la vida si no la traía.

Y Grimillín, muy triste, hizo viaje y se fue a la casa de la vieja bruja.

Llegó también aprovechando que el loro adivino y la vieja dormían. Alzó la borrega y disparó. Se despertó el loro y le dijo a la vieja que Grimillín le llevaba la borrega de lanas de oro.

Salió a perseguirlo la bruja, pero cuando ella llegó al río Grimillín ya había pasado. Entonces la vieja le grita:

-Grimillín, pícaro, sinvergüenza, que me hiciste matar mis hijas, me llevastes la colcha de campanillas de oro y la borrega de lanas de oro, algún día has de caer en mis manos.

Y él le contesta:

-Algún día ti he de llevar a vos.

Grimillín llegó y le entregó al Rey la borrega de lana de oro. Y el Rey estaba encantado con esta maravilla.

Al poco tiempo van los hermanos y le dicen al Rey que Grimillín se ha dejado decir que es capaz de traer el loro adivino de la vieja bruja.

El Rey lo llama a Grimillín y le dice que él se ha dejado decir que es

capaz de trair el loro adivino de la vieja bruja, y si no lo trái, pena la vida.

Más triste sale Grimillín porque sabe que es muy difícil tráir el loro. Se puso en viaje y llegó a la casa de la vieja —604bruja. En cuanto lo vio el loro a Grimillín, le gritó a la vieja que Grimillín lo quería llevar. Grimillín trajo pan y vino y le ofertaba al loro. Y en eso lo agarró al loro y el loro gritaba a la vieja:

-Mi señora, Grimillín me lleva.

Y en eso se levantó la vieja y lo alcanzó a agarrar a Grimillín. Lo ató con una soga en un árbol, para comerlo. Y esta vieja tenía una negra sirvienta que se llamaba Jordiana.

Ella se jue a llamar un compadre que tenía para que viniera a comer un corderito gordo que tenía, y le dijo a la negra que afilara bien los cuchillos, y que pusiera los tachos al fuego a hervir agua.

Grimillín viendose que estaba perdido le pidió a la Jordiana que lo viniera a rascar, que lo picaban los piojos. Y la negra 'taba afilando un cuchillo y jue a rascar a Grimillín, se puso el cuchillo en la boca para poderle dehatar una mano para que se pudiera rascar a gusto. Entonce él le manotió el cuchillo que tenía la negra, y se cortó las sogas. Y la degolló a la negra y le echó la cabeza en el tacho y al cuerpo lo puso acostado en la cama. Entonce le dice al loro:

-A vos te voy a hacer lo mismo que li hecho a la Jordiana.

Entonce el loro le dice:

-Llevame, llevame ante que venga la señora.

Y lo llevó al loro y se jue disparando.

Cuando volvió la vieja y vio lo que había pasado, salió corriendo a ver si lo alcanzaba a Grimillín. Llegó al río cuando él había pasado, y entonce le grita:

-¡Grimillín, pícaro, sinvergüenza, que me has hecho matar mis hijas, mi has llevado la colcha de campanillas de oro, la borrega de lanas de oro y el loro adivino, algún día has de cáir en mis manos!

—605

Y él le contesta:

-Algún día ti he de llevar a vos.

Y va y le entrega al Rey el loro adivino.

Al poco tiempo los hermanos le dicen al Rey que Grimillín se ha dejado decir que es capaz de tráir la vieja bruja.

Entonce el Rey lo llama a Grimillín y le dice que él se ha dejado decir que es capaz de tráir la vieja bruja, y que pena la vida si no lo trái.

Más triste que nunca, Grimillín se puso a pensar cómo podía tráir la vieja bruja.

Hizo viaje y se jue. Se pintó de negro y se vino cerca de la vieja bruja y se puso a hachar un algarrobo grande. Al rato cayó la vieja y le preguntó que hacía. Él le dijo que 'taba hachando ese algarrobo para hacer un cajón para echarlo a Grimillín y quemarlo. Entonce le dijo que ella le iba ayudar a trabajar el cajón. Cuando ya 'taba hecho, él le dijo que se había olvidado de trair las medidas de Grimillín, que a lo mejor no iba a dentrar áhi.

-Es como de mi alto -le dice ella-. Yo me voy a dentrar para ver. Si anda bien para mí, anda bien para él.

Y cuando se dentró la vieja bruja y se acostó, Grimillín le echó la tapa y la clavó, y le dijo:

-Ahora yo te voy a quemar a vos.

Y se la llevó al Rey a la vieja bruja. Y la quemaron, y se acabó el mal que hacía.

Y también le prendieron juego a los hermanos que lo traicionaban.

Y a él lo hizo casar a Grimillín con su hija, y lo nombró Rey.

Ovidio Galván, 72 años. Las Cardas. Río Seco. Córdoba, 1952.

Nativo de la región. Buen narrador.

—606

941. Los tres hermanos y la vieja bruja

CORRIENTES

Había un hombre que tenía tres hijos: Juan, Pedro y Antonio. Antonio era el más chico y era el más guapo. Tenían una chacra. Todas las noches le entraban tre caballo en la chacra y le comían todo: un zaino, un rosillo y un tordillo.

Y todas las noches le mandaba el padre a los dos hermanos más grandes a cuidar, que no le coman lo caballo.

Los hermano má grande se dormía y lo caballo le entraba y le comía la planta. Entonce le mandó a Antonio.

Entonce el menor le dijo que él iba, si le compraba una guitarra, un sillón y unos alfileres y un lazo, que él se animaba a cuidar. Y el padre le compró, y él jue a la noche a cuidar.

Se sentó el Antonio debajo del ombú que había por ahí. Y se puso alfileres y tocaba la guitarra cuando tenía sueño. Y así no se durmió.

Por ahí, a la madrugada, el tordillo que sale de un arroyo que viene hacia la chacra. Y él costeó el alambrado. Y cuando saltó el caballo él lo enlazó. Y le ató por el ombú. Y el caballo le pedía que le largue, que él le iba a dar un poder. Entonce él le largó y le dio una varita de virtú, y le dijo que con esa varita él conseguía todo lo que él quería.

—607

Y después vino el zaino. Y él hizo lo mismo, y le enlazó y le ató por el ombú. Y el zaino le dijo que lo largara, que le va a dar otra varita. Y él le largó, y el zaino le dio otra varita de virtú.

Después vino el rosillo. Y le preguntó si vinieron los otros, y él le dijo que no. Él también le pidió que lo largue, le dio otra varita, y le dijo que al otro día iba a amanecer todo brotado, todo lo que habían comido los caballos en la chacra.

Y después, cuando venía clareando el día, él se jue a la casa, y le dijo:

-Che, vayen a mirar las plantas a ver cómo 'tan, en la chacra.

Entonce jueron a mirá y vio que 'taba todo brotado y con flor. Y se quedaron sosprendido. Y entonce el padre vino malo con los otro do hijo. Y lo echó de su casa. Que vayen a trabajar a otro lao. Y lo hermano se jueron. Y ello no le querían al menor. Y lo hermano se jueron, y quedó el Antonio.

Entonce el Antonio le robó el caballo al padre y le siguió a lo hermano.
Iban lejo. Y por ahí vieron Juan y Pedro que venía el Antonio. Y dijo

Juan:

-Mirá quien viene allá, Antonio, este desgraciao. Vamo a matale.

Le dijo Pedro:

-No, para qué. Vamo a sacale lo ojo.

Entonce, cuando llegó, le agarraron y le sacaron lo ojos. Y él quedó perdido, por la mano la rienda del caballo de él. Y él se acordó que tenía el poder que le dio el caballo. Entonce él dijo:

-Por la varillita de virtù, quiero tener mi ojo.

—608

En seguida vio que tenía lo ojo. Y él subió a caballo y le siguió a lo hermano. Y le alcanzó. Y ello vieron lo hermano, que venía el Antonio.

Y le dijo Pedro:

-Mirá quién viene allá. ¿Qué tendrá este desgraciao?

Entonce le dejaron que vaya con ellos. Y ello llegaron a una casa. Y dijeron que Antonio era el peón de ellos. Y ellos entraron a tomar mate. Y él quedó abajo de un árbol. Estaba lloviendo. Por ahí la vieja, la dueña de casa, le estaba por matar a Juan y a Pedro. Y Antonio estaba sabiendo todo lo que iba a pasar. El sabía con el poder que le dieron lo caballo.

Y entonce él le dijo a los hermanos:

-Mirá que la vieja está por matar a ustedes. Y vamos -les dijo.

Era una vieja bruja, ésa, que mataba a todo lo que iban ahí.

Entonce ello subieron a caballo y se fueron.

Después le siguió la vieja.

Cuando vio que la vieja bruja 'taba por llegar para matale, Antonio, con el poder que tenía, se hizo transformar lo caballo en montón de bosta.

Ellos subieron a un árbol alto, que 'taba en el camino. Y Antonio le dijo a lo hermano que no vaye a mirar cuando la vieja le llame por el nombre, porque iban a caer, y la vieja le iba a matar.

La vieja llegó abajo del árbol y lo vio a lo tre. Iba con una bolsa y

dijo:

-¡Pedro!

Y Pedro miró para abajo y se cayó en la bolsa.

-¡Juan!

Y Juan miró y se cayó también adentro de la bolsa.

—609

Y le llamó a Antonio, y Antonio no miró. Y entonce la vieja le dijo:

-Mirá que subo a onde 'tas vos. Y él le dijo:

-Subí no más que yo no te tengo miedo.

La vieja subió y él se bajó por el otro lado. Y agarró la bolsa de la vieja y le dijo:

-Miró, vieja, cómo están éstos.

Y la vieja en descuido miró, y se cayó adentro de la bolsa.

Y ahí le ató la boca a la bolsa y le largó a lo hermano. Y le mandó a juntar leña y que hagan juego. Y le quemaron a la vieja. Y así se salvaron de la bruja por el poder que le dieron a Antonio, lo caballo, que eran ángeles.

Ramón Insaurralde, 18 años. Paso de los Libres. Corrientes, 1952.

Muchacho del pueblo. Buen narrador.

942. Juan Giles

CORRIENTES

Era una viejita muy pobre. Una vez estaba picando unas leñitas de un pedazo de poste y se estaba terminando el poste. Y le dio un gran hachazo al poste. Partió, y saltó un muchachito, y le dijo a la viejita que era su hijo y que se llamaba Juan Giles. La viejita le tomó para el hijo. El muchacho creció pronto y era muy vivo, como nadie había visto un gente²⁶⁶ más vivo.

Una vez había mucha seca y los animales del Rey se 'taban muriendo. Un buen día lo llamó el Rey a este chico y le ofreció una bolsa de plata si hacía llover.

En cuanto llegó Juan Giles a la casa del Rey empezó a llover y revivieron todos los animales. Entonces el Rey le hizo llamar para darle la bolsa de plata.

Y siguió lloviendo mucho y como era grande la lluvia ya no había ni pasto que comer. Entonces le hizo llamar a Juan Giles, el Rey, y le ofreció otra bolsa de plata pa que haga dejar de llover.

Juan Giles había comprado un carnero para caballo, porque era peticito, y se jue en el carnero a la casa del Rey. —611 Cuando llegó, ni las pezuñas se mojó el carnero. Al momento dejó de llover y bajaron todas las aguas. Entonces le pagó otra vez una bolsa de plata.

Una noche llegaron dos hombres en la casa de Juan Giles. Le preguntó adónde iban y le dijo los hombres, que iban a rodar mundo, que é salir de viaje largo. Entonces Juan Giles le dice a la madre:

-Yo también voy a ir a rodar mundo. Ya tiene mucha plata, ya no me necesita.

La madre le decía que no se fuera, que era tan chico, pero él decía que iba no más. Entonces le prepara la maleta con avíos, tortas, arrollado, queso.

Salieron lo tre. Los hombres le dijo que cómo iba en el carnero. Juan Giles se riyó. Al salir de la casa lleva un peine, un puñado de carbón y un puñado de ceniza. Y siguieron. Anduvieron todo el día.

De noche ya, llegan en una casita larga a pedir para pasar la noche. Le hace pasar, Juan Giles, a los dos compañeros y él queda fuera del fuerte²⁶⁷, cerca del alambrado.

Juan Giles no quiso pasar porque conocía que era la casa de la bruja que mataba a los hombres para comer la carne.

La bruja les hizo camas en el patio a los dos hombres, a los dos jóvenes. Se acuestan con los hombres las hijas de la bruja, con gorro colorado. La bruja duerme en la pieza con la puerta abierta.

Juan Giles, a eso de la medianoche, se levanta y les pone a los jóvenes los gorros y deja su saliva en un vaso de la mesa. Luego les despertó a los dos compañeros para seguir viaje. Les hizo ver el peligro que tenían y salieron ellos. Ensillaron sus caballos y se fueron.

Al rato la vieja llamó, y decía:

-¿Está Juan Giles?

Y le contestó la saliva:

-Sí, estoy durmiendo.

Así llamó tres veces la vieja y la saliva contestó tres veces. Llegó un momento que terminó la saliva y no contestó más. Entonces la vieja se levantó. En la oscuridad tocó los gorros y creyó que eran los jóvenes y los mató a las hijas. Cuando amaneció, vio lo que había hecho por Juan Giles y decidió matarlos a los tres.

Agarró, la vieja, tres bolsas y les siguió a los jóvenes.

Un redepente ve Juan Giles a la vieja. Ya casi les llega. Entonces echó el peine y se formó unas espinas que no podía pasar la vieja. Mientras ellos fueron muy lejos, la vieja consiguió pasar. Ya iba muy cerquita de ellos. Entonces echa el puñado de ceniza y se formó un cerrazón que la vieja no podía pasar. Ellos fueron muy lejos, pero al rato pasa y ya iba muy cerca de ellos, la bruja. Entonces Juan Giles echa el puñado de carbón y se formó un quemazón que hasta se quema los pieses la vieja. Estuvo mucho tiempo, pero otra vez les siguió. Cuando 'taba por pasar la quemazón, la vieja, Juan Giles y los compañeros fueron a quedar en un árbol grande, bien limpio abajo, y arriba había una especie de catre de palos cruzados. Cuando llegan suben al árbol y se ponen en esos palos. Entonces llegan unos indios y se ponen a jugar por plata y a cocinar comida para ellos.

Redepente dice uno de los compañeros de Juan Giles:

-Quiero orinar -y orinó por un indio.

El indio olió y dijo:

-Meada de pajarito -y siguieron jugando.

Al rato quiso hacer caca el otro y hizo caca por un indio, y el indio olió y dijo:

-Caca de pajarito -y siguieron jugando.

Siguieron jugando los indios y comiendo. En eso uno de los jóvenes miró hacia abajo, no se pudo agarrar, y cayó entre los indios. Los indios se asustaron creyendo que caía algo por castigo del cielo y dispararon, y dejaron la comida y toda la plata. Bajaron, comieron y volvieron a subir. Entonces les dice Juan Giles que al rato va a llegar la bruja, pero que no vayan a mirar para abajo porque se van a caer y los va a agarrar la bruja. Juan Giles empieza a tocar una guitarra que habían dejao los indios y se pusieron a cantar. En eso les llega la bruja que había andado perdida.

Abre la bolsa y empieza a decir:

-Cae, cae chiripita. Cae, cae chiripita.

Uno de los jóvenes miró y cayó en la bolsa. Entonces la bruja le ató la boca a la bolsa y abrió la otra, y empezó a decir:

-Cae, cae chiripita. Cae, cae chiripita.

Miró el otro y también cayó en la bolsa. La vieja la ató a la boca. Abrió la otra bolsa y siguió diciendo para que cayera Juan Giles:

-Cae, cae chiripita. Cae, cae chiripita.

Pero él no le hizo caso. Entonces le subió la bruja. Entonces Juan Giles bajó ligero, agarró la bolsa y dijo varias veces:

-Cae, cae, vieja de mierda.

Y cayó la vieja y Juan Giles le ató la boca a la bolsa. Les desató a los compañeros y hicieron una gran fogata y la bruja, la vieja, se quemó. Los jóvenes se hicieron ricos y volvieron a la casa de ellos con cargas de plata y vivieron muchos años muy felices.
Isabel Benítez, 55 años. Arroyo Marote. Curuzú Cuatiá. Corrientes, 1949. Campesina. Su habla es típica de la región.
En el cuento figura el motivo de la huida mágica.

—614

Nota

Difusión geográfica del cuento

El personaje central de estos cuentos es un niño, el Chiquillo. En una versión es llamado Grimillín y en otra Juan Giles. Tiene origen sobrenatural; en una versión es un ángel. Son motivos fundamentales en las diversas variantes:

A. El Chiquillo sigue a los dos hermanos mayores que no lo quieren y que lo castigan y hasta le dan muerte, cuando salen a rodar tierra. Resucita por medios mágicos y los salva en la casa de la bruja. La bruja hace acostar a los jóvenes con las hijas a las que coloca gorros. El Chiquillo cambia los gorros y la bruja mata a las hijas. En dos variantes son compañeros de viaje a quienes salva.

B. La bruja los persigue y el Chiquillo arroja objetos que la atajan en la huida mágica; finalmente se suben a un árbol; la bruja consigue echar a los compañeros en su bolsa; el Chiquillo los salva, y queman a la bruja.

C. Intrigado por sus hermanos, el Chiquillo es obligado por el Rey con quien trabajan, a robar a la bruja o al gigante, la colcha de campanillas de oro, el loro adivino y otras cosas, y también a capturarlos. Todo lo hace el Chiquillo en aventuras con peligro de su vida. Los intrigantes son castigados y los ogros muertos.

D. En reconocimiento del bien que ha hecho el Chiquillo y por el valor que ha demostrado, el Rey lo casa con su hija. En una versión el Chiquillo, que es un ángel, se convierte en una palomita y se vuela al cielo.

El tema, con sus variantes, figura en la tradición de los pueblos europeos y latinoamericanos. Es el Tipo 328 de Aarne-Thompson y de Boggs. Ver el estudio de Pino Saavedra, I, pp. 386-387.

El Herrero Miseria. El herrero es más listo que el diablo. San Crispín y el diablo

3 versiones y variantes

943. El Herrero Miseria

LA RIOJA

Éste que era un viejo que tenía una herrería, pero era tan pobre que todo cuanto encontraba llevaba a su herrería para cuando le fuera útil. Como era tan juntador de cachivaches se le denominaba Herrero Miseria. Un día Nuestro Señor salió a conquistar almas acompañado de San Pedro. Iban acompañados en un burro. De repente éste pierde la herradura. Entonces San Pedro le dice a Nuestro Señor:
-Ahí hay una herrería, vamos a pedirle al herrero que le coloque la herradura al burro para poder continuar viaje. Llegaron y cuál no fue el asombro de los dos viajeros cuando pasaron a la herrería. Todo era miseria. El viejo herró al burro y cuando terminó los viajeros le pidieron precio, a lo que el viejo respondió que no valía nada.
-Bueno -le dijo Nuestro Señor-, para retribuir su generosidad le concederé tres gracias. Pidámé lo que quiera.
Entonces San Pedro corrió procurando colocarse detrás de Nuestro Señor, para hacerle seña al herrero que pida el cielo. El viejo no le hacía caso y pidió lo que a él le pareció mejor.
La primera gracia: «Que todo el que se siente en la silla de su casa no se levante más sin su permiso».

—620

-Concedida -dijo Jesús.
-«Que todo el que suba en su nogal que se quede pegado hasta que él lo mande a bajar».
-Concedido -dijo Jesús.
-«Que donde él se siente, nadie lo haga levantar».
Una vez concedidas las tres gracias, los viajeros siguieron su camino. Un buen día llegó a la casa de Miseria el diablo mayor a llevarseló. El dueño de casa estaba muy ocupado y por eso le dijo al visitante que se sentara hasta que termine el trabajito. Pasó un rato y el diablo cansado de esperar quiso pararse para irse y no pudo; estaba pegado a la silla. Entonces Miseria le dijo:
-Si prometes no volver más a molestarme te dejaré ir, de lo contrario, allí permanecerás pegado.
El diablo prometió no molestarlo, y así pudo salir.
Después vinieron otros diablos a quererlo llevar a la fuerza, pero Miseria tranquilamente les dijo que era necesario llevar provisión y les dijo que fueran al nogal a juntar nueces. En el acto obedecieron y se pusieron a comer nueces. Una vez hartos quisieron bajar y no pudieron, pues estaban pegados. Entonces el herrero les hizo prometer que se irían de inmediato para dejarlos bajar. Así lo prometieron y se fueron.

Cuando Miseria murió y se fue a golpear la puerta del cielo, sale San Pedro. Reconoció en seguida al herrero y dice:

-¿Qué buscás, viejo?

Fue a consultar al libro de las obras buenas y aprovechando que la puerta del cielo quedó abierta, el viejo Herrero entró y se sentó rápido en la silla de San Pedro.

Cuando San Pedro volvió a decirle a Miseria que no estaba anotado, lo encontró muy sentado en su silla...

—621

Disjustado fue a darle parte a Dios, y Nuestro Señor le dice:

-¿Y qué, no recuerdas la tercera gracia que pidió Miseria? Ahora, Pedro, si Miseria se sentó, no hay quien lo haga levantar...

Así el viejo se quedó en el cielo sin haberlo pedido directamente.

Antonia Ercilia Páez. Alto Bayo. General Roca. La Rioja, 1950.

La narradora es maestra de escuela. Oyó el cuento a campesinos de la comarca.

—622

944. Un trato con el diablo

MISIONES

Éste era un hombre con mucha familia y que con el trabajo no le alcanzaba para mantené la familia. Ante pagaban muy poco por el trabajo de hachero. Este hombre era hachero en estos montes donde se sacaba como ahora mucha madera.

Un día desesperado dice que si tiene que vendé el alma al diablo, al diablo se la iba a vendé.

Y entonces un día fue al monte, bien adentro del monte que nadie sepa y gritaba a voces:

-Si existe el diablo que venga, yo quiero hablá con el diablo.

Vino el diablo como un hombre, y le habló diciendolé que él le vendía el alma para que le diera con qué dar de comé a su familia. Que no le faltara nunca nada. Y el diablo le dijo que sí, que él le iba a dar provista de todo. Y convinieron el día que él tenía que venir a llevá su alma. Y se fue, y el hombre desesperado se volvió a su casa. Pero este hombre era cristiano y tenía miedo por lo que había hecho y se fue al pueblo para confesarse con el cura, con el padre, y le pidió una ayuda para salvarse. El cura del pueblo lo conocía a este hombre, sabía que era bueno y que había hecho eso desesperado. Entonces le —623aconsejó y le dijo que él lo iba ayudá. Le dijo que deje no más que el diablo le traiga la provista, y que en seguida plante cerca de la casa, a la entrada al monte, una planta de higo, una higuera, y que abajo ponga un banco, y le dio un par de alpargatas que tenían la virtud de dispará más que el viento y el diablo. Entonces le explicó lo que tenía que hacer y que cada cosa de ésa tenía un poder que le dio Dios porque él le había pedido, porque él se había arrepentido.

El hombre tenía provista abundante para toda la familia hasta que llegó la

fecha que el diablo tenía que venía llevalo. Que el diablo llegaba siempre a la doce del día, a la siesta y que sabía el lugar para encontrarse. Llegó el día. El hombre lo esperaba. Al momento llegó el diablo y le dijo que le entregue el alma. El hombre le pidió por favor que le deje comé, que es el último día con la familia. En eso el diablo miró para arriba de la higuera y vio un higo muy maduro y muy lindo. Y al diablo le gustan mucho los higos. Y entonces le dijo al hombre que vaya a comé con su familia que él va a comé un higo que había madurado arriba de la higuera. Y subió arriba, trepó al árbol y comió el higo. El hombre terminó de comé con su familia y volvió y le dijo:

-Mientras usted se baje, yo me acuesto a dormí.

Sólo se podía bajá si el hombre le permitía. El hombre se puso a dormí. Se levanta más tarde y el diablo siempre estaba arriba de la higuera, todavía no se baja. Entonces el hombre a la oración le hace seña que se baje y se vaya. El diablo se baja golpeandose, acalambrado, y se va.

Al otro día viene otro diablo. El hombre le pide que lo deje comer con la familia como último día. El diablo enseñado por el que vino ante, sabe que no hay que trepá por la higuera, pero se sentó en el banco.

El hombre terminó de comé, vino y le dice:

-Bueno, ya estoy listo, vamos.

—624

El diablo se quiso levantá, pero no podía levantarse del banco. Hacía fuerza, pero no podía. Y nada, estaba pegado el diablo en el banco.

Entonces el hombre le dice que él va a dormí la siesta mientras él se levanta. Durmió, se levantó y nada, el diablo estaba pegado. En la oración, le hace seña el hombre al diablo que se levante y se vaya. El diablo se levanta todo encogido de tantas horas de estar sentado y se va.

Al otro día viene otro diablo. El hombre le pide que lo deje comer con la familia como última vé, y le dice que no. Éste venía enseñado y no trepó a la higuera ni se sentó en el banco. Entonces el hombre se pone las apargata, y le dice al diablo:

-Bueno, vamo por fin.

Pero el hombre con las apargata salió caminando y cada paso que daba era una legua, y en seguida se perdió del diablo y no lo vio más. Y así ganó el hombre.

Paulino Silvano Olivera, 59 años. Eldorado. Iguazú. Misiones, 1961.

—625

945. El diablo y San Crispín

CORRIENTES

Dice que el diablo nunca entra por una herrería. Dice que suele dispará de la herrería por el caso que le pasó una vé.

Dice que el diablo andaba por conquistá l'alma de una mujer que vivía en una herrería. Una linda guaina²⁶⁸ era. Él en forma de un lindo hombre, bien vestido y que parecía rico, visitaba, po, a la guaina esa. Y ya tenía mucha confianza en la casa. Pero sucedió que llegó San Crispín en esa

herrería para hacé arreglá una crú de fierro. Cuando vio la crú, el diablo, no sabía por dónde esconderse. La mujer entonces le hizo seña que había una bolsa. Entonces San Crispín dijo que iba a volvé después, y que se iba a llevá no má la crú. Entonces le pidió a la guaina que le preste esa bolsa que 'taba ahí, para envolvé la crú, que era muy pesada. La guaina no le pudo negar. Entonces San Crispín sacó la bolsa que tenía el diablo, y entonces dice:

- 'Tá sucia la bolsa, yo la voy a limpiá, yo la voy a sacudí.

Alzó la bolsa y la puso por el yunque y con el martillo la empezó a sacudí. El diablo no podía dispará porque San Crispín la tenía agarrada por la boca. Y dice que le pegó —626 tanto martillazo que lo dejó molido al diablo. Y dice que la tiró a un rincón, y dice:

- 'Tá muy sucia esta bolsa. Me voy con la crú no má.

Y así se salvó la guaina por San Crispín. Y desde entonces el diablo tiene miedo de entrá a la herrería. Y cuando ve una herrería sale huyendo de miedo que le sacuda con el martillo otra vé.

Juan Sanabria, 68 años. Mercedes. Corrientes, 1959.

El narrador aprendió el cuento de la abuela, que sabía muchos cuentos antiguos.

—627

Nota

Los tres cuentos aquí reunidos presentan motivos del tema general muy conocido en la tradición europea y americana. El primero, El herrero Miseria es el que responde al esquema típico: Un pobre herrero coloca la herradura que falta al asno de Jesús que viaja con San Pedro. El Señor le otorga tres gracias: quien se siente en su silla no podrá levantarse sin su permiso; quien trepe a su nogal quedará pegado; nadie podrá levantarlo de la silla en la que él se siente. Con ello el herrero se defiende del diablo y entra al cielo. Una versión muy completa figura en Don Segundo Sombra de Güiraldes. En el segundo cuento un buen hombre hace, por necesidad, trato con el diablo; gracias semejantes le otorga el cura del lugar en nombre de Jesús y con ellas se salva. En el tercer cuento San Crispín, en una herrería, hace entrar al diablo en una bolsa, para defender a una joven, y lo muele a golpes sobre el yunque.

El cuento de El herrero Miseria corresponde al N.º 81 de Grimm y ha sido clasificado por Aarne, Aarne-Thompson y Boggs como el Tipo 330. Sus motivos aparecen también en otros cuentos tradicionales. Véase el estudio de Espinosa, III, pp. 140-150 y el de Pino Saavedra, I, pp. 388-389.

—[628] —[629]

La suegra del diablo
2 versiones

—[630] —631

946. La suegra del diablo

TUCUMÁN

Diz que era una viejita orgullosa. Esta viejita que tenía una hija. Y diz que decía que su hija se iba a casar sólo con un hombre que tenga dientes de oro, la cola de plata, las muelas blancas y las orejas negras, y que tenga una montura bien chapeada.

Bueno. Que se presentó el hombre a la casa. Que era de dientes de oro, cola de plata, las muelas blancas y las orejas negras, y tenía una montura bien chapeada. Y era el diablo.

Y ya se casó la niña. Y que al principio ha andado todo bien, pero pronto ha comenzado a hacer picardías. "Taba sentado en la mesa, se hacía perro, se hacía un burrito, y otros animales. Y ahí comenzó a pensar la vieja, y se dio cuenta que era el diablo. Entonce ella preparó una botella y un poco de cera virgen. Entonce se puso a conversar con él y le dijo:

-¿A que no es capaz de hacerse una hormiguita y meterse en la botella?

-¡Cómo no! -que ha dicho, y se ha hecho una hormiguita y se ha metido en la botella.

Áhi no más que la suegra ha tapau la botella con un poco de cera virgen. Y que ha ido y lo ha colgado en un monte²⁶⁹.

—632

Y que ha ido por áhi un leñador y no vía la botella, pero sentía decir:

-Sacame, te voy a dar todos los dones que queráis.

Y vio la botella y lo sacó. Y para cumplir, le dijo el diablo que se haga curandero, que él le iba a producir una gran picazón a la hija del Rey.

Se enfermó la hija del Rey y nadie la podía curar. Se presentó el curandero a la ciudad y le dijo que él era capaz de curarla a la hija del Rey. Y el Rey lo hizo llamar y le preguntó si era capaz de curar a la

hija.

-Pero, ya sabes que te va en ello la vida -le dijo.

Él dijo que era capaz de curarla. Y al día siguiente la curó. Y el Rey le dio una gran cantidad de plata.

Y entonce ya se va el diablo y le provoca otra enfermedad a la hija de otro Rey. Se le metió en la cabeza. La hija del Rey se moría de dolor. Entonce le manda avisar el otro Rey que había un curandero que curaba todo. Y el Rey lo hace llamar. Y la curó a la hija y cobró una gran cantidad de plata. Pero resulta que el diablo ya se cansó. Y a la tercera vez va y se mete el diablo en el oído de la mujer del Rey y le produjo un dolor terrible. Y que va el curandero a curar la Reina y el diablo no quería salir. Y el curandero le decía que saliera y él le decía:

-Es mejor que te vas porque yo estoy por llevarte al infierno por ambicioso.

Y no quería salir el diablo. Y como el diablo no quería salir y la Reina estaba cada vez pior, idió el curandero de que viniera mucha gente y que hicieran ruido cerca de la puerta en donde estaba la reina. Entonces el diablo saca la cabeza del oído de la Reina y le pregunta:

-Che, ¿qué pasa?

-Áhi viene tu suegra -le dice.

—633

Y salió disparando inmediatamente el diablo, y sanó áhi no más la Reina. Y el otro dejó de ser ambicioso y se fue a vivir tranquilo para gozar de su plata.

Miguel Cano, 50 años. Amaicha del Valle. Tafí. Tucumán, 1951.

El narrador es Director de la escuela local. Lo oyó contar a campesinos de esta comarca muy conservadora de la Provincia.

—634

947. La viejita de la botija o el doctorcito chico

ENTRE RÍOS

Ésta era una vieja que tenía una hija. Que dice que había dicho ella que no s'iba a casar hasta que encontrara un hombre que tuviera todos los dientes de oro. Entonce dice que oyó el señor viejo²⁷⁰ ese, el demonio, el diablo, y se presentó a la casa. Y en un pingo bien ensillau, bien herrau²⁷¹. Y llegó y saludó, y lo hicieron bajar:

-Abajesé. Pase adelante.

Se bajó, dice, y dentró adentro. Y empezó a conversá y se raiba, y le brillaban los dientes. Y dice que así empezó. Y empezó a venir días seguidos hasta que entró en amores con la muchacha ésa. Y entonce al poquito tiempo no má se casó.

Y áhi dice que a la noche, cuando él se dormía, la cama era una sola llamarada no má. Y ella no podía dormir. Y que un día no podía má de susto y de sueño y que le dice a la madre:

—635

-Pero mamá, yo no sé quién es éste mi marido. Yo no puedo dormí de noche, la cama si arde, es una sola llamarada toda la noche.

Y entonce que le dice la madre:

-Esta noche dejame la puerta un poco abierta. Yo voy a mirar.

Y jue a la noche la vieja y ella le dejó la puerta media abierta. Y la vieja bichó²⁷² por la hendidja de la puerta. Y vio que se ardía la cama, que eran llamaradas no má. La vieja tenía unas velas y agarró y marchó pa l'iglesia a hacela bendecí.

Y güeno, al otro día dice que se levantó ella tapada con un rebozo²⁷³ grandote. Traía la vela y tenía una botija áhi. La había traído, a la botijita y la puso áhi cerca. Bien se dice que sabe el diablo por diablo, pero más sabe por viejo.

Y entonce, ya de día, se levantó él, y vino a la cocina ande 'taba la

suegra. Y la suegra le dijo que ella l'iba a prepará el almuerzo²⁷⁴, y que le dice:

-¿A que mi yerno no hace pruebas?

-¡Qué no! -que dice él.

-¿A que no baila de cabeza?

-¡Qué no! -que dice él y áhi no más se puso a bailá.

Y bailaba con una pata, bailaba con una mano y bailaba de cabeza, de toda forma bailaba el diablo.

Entonce que dice:

-¿A que mi yerno no se mete dentro de esa botijita?

-¡Qué no me voy a meter! -dice.

—636

Y que pegó unas vueltas y unos saltos y se metió en la botijita. Entonce la viejita le chantó la vela y le tapó la boca con la vela bendita. Y agarró la botijita, la puso abajo del rebozo y marchó. Y llegó al río y la tiró al río. Y en eso lo deja áhi, en l'agua. Y áhi quedó el diablo encerráu y en l'agua.

En esos días que andaba un muchacho cuidando unas ovejitas. Y andaba mirando por el costau del río, curiosiando. Entonce sintió que le habló:

-¡Che! -que le dice.

El muchacho si asustó y disparó un poco. Después volvió a ver qué era eso.

Y lo volvió a hablar:

-¡Che!, ¡sacame!

-¿Y adónde 'tás? Yo no te veo -que le dice.

-¿Y no me ves? Ese pico de botella que 'tá áhi, eso soy yo.

Entonce el muchacho lo sacó.

-Sacale eso que tiene la botija en el pico, límpiala bien, bien. Que no quede ni un chiquito de vela.

-'Tá que sos delicau. Qué te va ser un chiquito de vela.

-No, che, sacala bien, por favor.

Y güeno, cuando 'tuvo bien limpio el pico de la botija pegó un salto y salió.

Y cuando vio el muchacho que era un hombre grande que dijo:

-¡Al diablo, qui habías sido grande y tan chiquito que habías sido adentro! ¿Qué 'tabas haciendo adentro de esa botija?

-Mi suegra me embotijó, me echó adentro y no pude salir. Y me echó al río.

-¿Y no vas a volver a la casa de tu suegra?

—637

-No, que se vaye quién sabe adónde²⁷⁵ con hija y todo. Yo no voy más áhi. Yo te voy a ayudar a vo por lo que mi has salvado. Andá llevá esas ovejas a la casa de tu patrón. No vaye a trabajá má.

Y va el muchacho y le entrega las ovejas al patrón y le dice:

-No voy a trabajá má con usté. Encontré otro trabajo mejor. Así que me voy. Me paga los días que quiera sinó me voy lo mismo.

-Y güeno, si te conviene en otro lado... -y le pagó, le dio las gracias y se jue.

Y en tal lugar li había dicho el otro que lo esperaba. Y áhi lu esperó.

Entonce le dio plata y le dijo:

-Tomá esta plata, andá a tal parte y te comprá un traje de dotor. Una levita, una galera y un bastón. Y en tal parte te comprá un caballo y una

montura. Y después te comprá una valija chiquita de dotor. Y después te vas a tal parte, al hotel que siempre va el Rey. Y yo voy a ir y me voy a meter entre l'hija de la Reina. Cuando el Rey vaye, le vamo a preguntá por l'hija, cómo 'tá, y cuando él diga que 'tá pior, vo decí que ti animá a curala. Y entonces vo esuchá el pecho d'ella, como lo dotore que ponen l'óido, pa óir el corazón. Yo te voy a decir di adentro lo que vas hacer. Entonces jue, se empilchó²⁷⁶ bien, compró todo y se jue. Y dice que 'taba comiendo en el hotel y llegó el Rey y entonces le preguntaron por la hija.

Y el Rey dijo:

-Sigue pior, pior, no se sabe qué hacer. No se salva, 'tá muy mal. Tengo la casa llena de dotore y no le hacen nada.

—638

Entonces el muchacho dice:

-Perdone, señor Rey, ¿me permite una palabra?

Y el Rey lo atendió y él le dice:

-Yo me comprometo a curaselá.

-¿Usté si animará a curala?

-Cómo no.

-Bueno, pero si se compromete y no la cura, yo le voy hacer cortá la cabeza.

-Y bueno, salgamo -y salieron a toda carrera.

Y güeno, llegaron allá. Había una sala llena de dotore. Y todos se ráiban cuando lo vian a este dotorcito.

-Qué va curar éste -decían-. No la curamos nosotros, qué va curá este pobre muchacho.

Y jue, vio la muchacha, le puso el óido en el pecho y el diablo que 'taba adentro le dijo:

-Hacele que le den un baño con agua tibia, y que l'envuelvan bien, y que le den un té de yuyos y l'hagan acostar.

Cumplieron las órdenes y al ratito ya no más quedó dormida y se despertó sanita. Que había 'tau en un grito, que se torcía y no podía dormir, lo que había teníu al diablo adentro²⁷⁷.

Y güeno, se tranquilizó y sanó. Los otros doctores esperaban que le cortaran la cabeza al muchacho, y 'taban mirando todos, los ojos como dos di oro, y lo que vieron que se sanó la muchacha, salieron despacito, que no lo vieran la servidumbre de miedo que le haga cortar a ellos la cabeza el Rey.

—639

Y ahí el Rey mandó que lo atendieran muy bien al dotor. Que se quedó a dormir ahí y a la mañana mandó que le dieran de almorzar.

Y el dotorcito siguió curando. Y cuando s'enfermaba alguien a él no má lo llamaban. Y se puso muy rico, ya tenía mucha plata.

Y güeno, al mucho tiempo, dice que un día le dijo el diablo:

-Bueno, che, no quiero que curé má. Ya tenés demasiada plata. Yo no te ayudo más.

-Yo voy a seguir curando no más.

-Te digo que no curés más.

-Voy a curá, no más.

-Te voy hacer cortá la cabeza con el Rey. Me voy a meter entre la Reina.

Ahora vas a ver.

Y se metió y la Reina se enfermó de má. Y lo llamaron al dotorcito y va y pone l'óido en el pecho de la Reina y siente que le dice el diablo di adentro:

-Te voy hacer cortá la cabeza con el Rey.

-Salí di áhi, hijo 'e gran puta.

-Te voy hacer cortá la cabeza con el Rey.

Y áhi 'taban dele alegar y la Reina seguía muy mal. Y ya pasaron la noche.

Y ya llegó la madrugada. Y el cura de esa ciudá comenzó a tocar las campanas de l'iglesia, y dice el diablo:

-¿Qué es eso, che? ¿Qué es eso, che?

-'Hora278 cuando llegue más cerca te voy a decir.

—640

Y las campanas sonaban más fuerte y el diablo volvió a preguntar:

-Decime, che, ¿qué es eso? ¿Qué es eso?

-Cuando venga más cerca te voy a decir.

Y áhi volvió a tocar el cura más fuerte las campanas. Y el diablo más asustado le decía:

-Decime, che, ¿qué es eso?

-Y güeno -le dice-, si es tu suegra que viene con una botija y una vela bendita a embotijarte. 'Hora vas a ver. Le voy a decir adónde 'tás. ¡Puna gran puta!

-No, no, no quiero saber nada de mi suegra. Me voy, me voy. ¡Chau!

¡Chau!279

Y salió el diablo y sanó en seguida la Reina.

Y al otro día el muchacho juntó todas sus cosas y se las tomó, se juyó. Y todo s'taban desesperados porque se desapareció el dotorcito tan güeno que tenían.

Dora Pasarella, 30 años. Villaguay. Entre Ríos, 1959.

—641

Nota

Son muy semejantes las dos versiones aquí reunidas del genio encerrado en una botella, a pesar de ser de dos regiones alejadas. Una joven se casa con un hombre porque tiene la dentadura de oro y aparenta ser muy rico.

Muy pronto ocurren cosas muy raras en la casa. La suegra se da cuenta de que su yerno es el diablo y trata de atraparlo. Con gran habilidad consigue que se introduzca en una botella o en una botijilla, que tapa con cera virgen o una vela bendita. La cuelga en un árbol o la tira al río. La encuentra un muchacho campesino. Lo libera al diablo quien lo recompensa; le da el don de curar. El muchacho hace milagros. Un día el diablo metido en el cuerpo de la Reina o la Princesa, les agrava la enfermedad y le prohíbe al muchacho que siga curando. Éste le anuncia que viene la suegra; el diablo huye y la enferma sana.

El tema está en cuentos de Europa y América; es el cuento 99 de Grimm. Es el Tipo 340 de Boggs y de Hansen y variante del 331 de Aarne-Thompson. Ver el estudio de Pino Saavedra, I, 389-390.

—[642] —[643]

La muerte madrina. El don de ser médico
5 versiones y variantes

Cuentos del 948 al 952

—[644] —645

948. La muerte, la persona más justa

LA RIOJA

Había una vez un hombre que quiso hacer compadre o comadre a la persona más justa que encontrase.

Salió en busca de ella y en el camino se encontró con un viejito. Al saludarse, el viejo le preguntó qué buscaba y el viajero le dijo que deseaba conocer a la persona más justa que hubiera para padrino o madrina de su hijo.

El viejito se le ofreció pero cuando le dijo que él era Dios, no quiso, porque no le parecía justo Dios.

Caminó más allá y se encontró con una mujer. Ésta le preguntó a quién buscaba y le contestó que a la persona más justa que hubiera para padrino o madrina de su hijo.

-¿Puedo servile yo? -le dijo la desconocida.

-¿Y quién es usted?

-La muerte.

-¡Ah! -dice el hombre-, ésa me gusta, viene por todos, sin hacer diferencia.

-Bueno, compadre -le dice la muerte-, yo le daré un don para ayuda y bien de mi ahijado. A toda persona enferma usted podrá curarla con cualquier remedio, pero siempre que cuando usted entre a ver el enfermo, yo estuviera sentada en los pies. Si me ve en la cabecera del enfermo, retírese sin —646hacer remedio, porque ese enfermo no tiene cura y se tiene que morir.

El compadre de la muerte muy contento empezó a obrar prodigios y muy pronto se corrió la fama de este curandero. La mujer y los hijos mejoraron la situación.

Así se presentó el caso de un Rey que tenía su hija muy enferma y había desparramado noticias por todo el reino que daría lo que pidieran si le sanan la hija.

Así trajeron médicos, adivinos y ninguno podía acertar el remedio. Llegó a oídos del Rey la fama del curandero que vivía lejos de ahí. Lo mandó

traer. Al penetrar en el aposento vio a su comadre sentada en la cabecera.
-Bueno señor Rey -le dijo el médico-, acá nada puedo hacer; su hija no tiene remedio.

-Pero, señor -le suplica el Rey-, no se retire usted sin curar a mi hija.
Algún remedio dele.

-No se puede, señor Rey.

Vuelve a insistir el Rey suplicandolé que le cure la hija y él daría cuantas cargas de oro quisiera.

Hasta el fin, accedió el curandero y le hizo una toma para la enferma.

Inmediatamente la muerte se retiró de la cabecera y la enferma recobró la salud.

Contentísimo el Rey le dio valiosos regalos.

El médico se fue para dejar a su mujer la carga de oro que llevaba, pero en el camino la comadre muerte lo esperaba, sentada en una piedra.

-¿Qué ha hecho, compadre? -le dijo la muerte-. Acá lo estoy esperando. Ya sabe, usted me eligió por justa y como me ha desobedecido, tengo que llevarlo a usted en remplazo de la enferma que curó.

—647

-Comadrita... por favor -le dice el compadre- dejemé llegar a mi casa para entregar a mi hijo y mi mujer esto.

-Bueno, vaya y en seguida estaré yo en su casa.

Llega el hombre con la noticia a la mujer y ésta, queriendoló salvar, le dice:

-Mirá... hagamos esto: te voy a pelar, bien peladito. Ni cabello, ni cejas, ni pestañas que te queden. Y así te vas al pueblo y te entrás adonde hubiera mucha aglomeración de gente. Tu comadre no te conocerá. Bueno, hicieron así, y cuando el hombre se fue, llegó la comadre a preguntar por él.

-¿Y mi compadre?

-No está.

-Bueno, iré a buscarlo.

Entró adonde estaba, y como nadie le dio noticia de su compadre, dijo:

-Me llevo este pobre pelao.

Y se lo llevó.

Antonia Ercilia Páez. Alto Bayo. General Roca. La Rioja, 1950.

La narradora es maestra de escuela.

—648

949. La soberbia

LA RIOJA

Que era una niña muy pobre y muy soberbia. No creía en nada ni en nadie. Se casa con un joven tan pobre como ella. Tienen un hijo y no quiere hacerlo bautizar.

Manda Dios a la muerte, para que la engañe en alguna forma y consiga hacerlo cristianar. Viendo Dios que la mujer no le hace caso a la muerte, viene él y tampoco consigue nada. Le dice la madre del niño que él es un

injusto, que da al rico y al pobre no, que ayuda al que tiene y al que necesita no le da nada. Por eso no iba hacer bautizar el hijo, porque no hay justicia.

Como no consigue nada y el niño ya está grande, la manda de nuevo a la muerte, que le prometa darle una virtud al esposo, con la condición que haga bautizar el niño.

La muerte le dice que la virtud será de sanar a todo enfermo por más mal que esté, siempre que ella no esté en la cabecera. Que si la ve a la derecha, izquierda, o a los pies del enfermo, que lo cure con la seguridad que sanará.

La mujer aceta, hace bautizar el niño y la elige de madrina a la muerte.

El hombre empieza a curar, y la familia mejora la situación.

Cierto día, en un pueblo distante, una niña de familia rica está muy enferma. Ningún médico le encuentra el mal. —649El padre que sabe que hay un curandero muy bueno, viene a buscarlo y le ofrece doscientos pesos. El hombre va y se da con la muerte en la cabecera, pero como desea ganar a toda costa esa cantidad de plata, cambia la posición de la cama, la cura y sana.

Muy contento vuelve a la casa y se encuentra con la muerte, que le dice que por qué ha desobedecido.

Lo hace entrar a una pieza y le enseña dos velas, una grande, y la otra chica. Le dice que la grande era la vida de él y la chica de la niña que sanó, que al sanarla había cambiado su vida por la de ella.

El hombre se acercó y le dio un puntapié y dijo que para vida poca, más vale nada. Se apaga la vela y cae muerto de espalda.

Clorinda de Flores, 45 años. Catuna. General Ocampo. La Rioja, 1950.

Oriunda de la región. Buena narradora.

—650

950. La persona más justa del mundo

SAN LUIS

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo. Sus padres querían que el padrino o la madrina de éste fuera la persona más justa del mundo. Con este fin salió un día a buscarla por el mundo. Así, andando, encontró un viejito, que después de saludarlo y preguntarle qué andaba haciendo, le dijo:

-Busco para mi hijo un padrino o una madrina que sea la persona más justa del mundo.

Al oír esto el viejito dijo:

-Yo puedo ser el padrino de tu hijo, pues soy San Antonio.

Al oír este nombre el buen hombre se retiró diciéndole:

-No es el padrino que necesito para mi hijo, pues a pesar de ser enviado por Dios no creo sea la persona que busco.

Así andando, encontró otro viejito al cual le dijo las mismas palabras que al anterior. Éste dijo:

-Yo puedo ser el padrino de tu hijo, pues soy Dios.

-¡Oh, no!, no siempre es tan justo -dijo el hombre, y se alejó.
Más adelante encontró a una señora viuda a quien también le dijo lo que andaba buscando. Ésta le dijo:

—651

-Yo puedo ser la madrina de tu hijo, pues soy la muerte.
-¡Por fin encontré a quien busco!, pues usted será la madrina de mi hijo.
La llevó a la casa, donde la muerte pudo ver que se trataba de una persona muy pobre. Después de la ceremonia del bautismo, la muerte siguió su camino.

Pasaron algunos años. La posición del humilde hombre había cambiado. Ahora era rico y poderoso.

En cierta oportunidad, la muerte o sea la comadre, lo invitó a su casa. Al llegar a ésta, fue recibido por varios sirvientes que lo hicieron pasar, y después de atravesar varios salones llegó a presencia de la comadre quien lo hizo pasar a un salón donde había infinidá de velas encendidas, las cuales eran de diferente tamaño. Al ver esto preguntó qué significaba aquello, a lo que la muerte respondió:

-Cada una de estas velas representa la vida de cada persona. Las más pequeñas son las que están más cerca de la muerte.

El compadre al ver una pequeña preguntó a quién pertenecía, a lo que la muerte respondió:

-Es la suya, compadre.

Al ver que tenía tan poca vida le pidió que le agrandara la vela.

-No puedo -dijo la muerte-. Del contrario no hubiese podido ser la madrina de su hijo.

Después de esto se despidieron, y al separarse la muerte le dijo:

-Arregle no más todo en su casa y esperemé tranquilo, que yo iré en seguida a buscarlo.

Cuando el hombre arregló todo en su casa cayó muerto, como le había dicho la comadre.

Inocencio Correa, 76 años. El Chañar. Pringles. San Luis, 1950.

—652

951. La persona más justa del mundo, la muerte

SAN LUIS

Había un joven y una niña que se casaron y eran muy pobres. Tuvieron un niño, y el padre salió a buscar una comadre o un compadre para el muchachito, que sea una persona justa.

Se fue, el padre, y encontró a un rico, y que le dice:

-¿Qué anda haciendo mi amigo?

-Ando buscando a alguien que sea muy justo para que alce a mi hijito.

-Yo seré, amigo.

-No, señor, usted no es justo, nunca da de lo que tiene.

Seguió. Encontró un viejito, y que le dice:

-¿En qué anda, amigo?

-He salido a buscar una comadre o compadre que sea muy justo.

-Seré yo, amigo, soy Dios.

-No, señor, usted a veces no es muy justo.

—653

Y siguió. Y que por ahí encuentra a una señora viuda, y que le dice:

-¿Qué anda buscando?

-Ando buscando una comadre que sea muy justa.

-Yo puedo ser, amigo, soy la muerte.

-¡Ah, usted sí puede ser, porque usted es justa! ¡Usted sí que es igual con todos!

Y ya la llevó para que viera el niño, y después lo oliaron. Ya la muerte siempre venía a ver el ahijau.

-Güeno -dice un día-, le voy a dar una virtud, compadre, pa que pueda criar al niño y pa que pueda vivir. Va a ser médico y va a curar. Yo le voy a ayudar. Pero no vaya a ser porfiau, porque si porfea, ese día va a ser perdido, va a morir. Usted tiene que dar cualquier remedio de poleo, tomillo con sal, cualquier remedio. Cuando vaya a curar yo voy a 'star ahí, pero sólo usted me va a ver. Cuando 'sté a los pieses del enfermo, usted puede asegurar que el enfermo va a sanar. Cuando yo 'sté en la cabecera, no dé ninguna esperanza, el enfermo es perdido. Digalé no más que va a morir prontito.

Y ya el compadre s'hizo médico y ganó muchísima plata. De todos lados lo llamaban. Y la muerte, la comadre, 'staba siempre en los pieses, y todos los enfermos, aunque 'stuvieran moribundos, sanaban prontito.

Y un día lo mandaron a llamar de un enfermo muy rico, que ofertaba un millón de pesos. Y ya jue el médico contento con lo que iba a ganar. Va y ve a la muerte sentada en la cabecera.

Él no sabía qué hacer, y pensaba y pensaba. Entós pidió quedar solo con el enfermo que 'taba muy mal. Y agarró a la muerte de un brazo y la sentó en los pieses. Y la muerte se volvió a la cabecera. Y la agarró otra vez y la sentó en los pieses. Y así 'tuvo toda la noche. Y se le cansó —654el brazo tanto ponerla a la muerte en los pieses, y ella que venía no más a la cabecera. Y ya venía el día. Hasta que al último la muerte se quedó ahí, en los pieses. Y sanó el enfermo y el médico ganó el millón de pesos.

Bué, al otro día se juntaron con la muerte, y que le dice:

-Venga para acá, compadre. Vamos para mi casa un ratito -y se jugaron, y llegaron, y que había en la casa de la muerte muchísimas velas encendidas, unas más largas, otras cortitas, unas recién prendidas, otras que ya si apagaban.

Entós que le dice el compadre:

-Y esto, comadre, ¿qué contiene tanta velería?

Entós que le dice la comadre:

-Ésta es la vida de todos los vivientes del mundo.

Y había una velita muy cortita, ya que se apagaba ya que se apagaba, y el compadre le preguntó:

-¿Y esta velita, comadre?

Y ella que le dice:

-Ésta es la vida suya, compadre, que se 'stá por acabar porque usted ha síu muy porfiau. Yo le dije que si iba a morir cuando porfée, y es así.

Y él que se enojó y dice:

-Para vida corta más vale nada. Y le pegó con la punta 'el pie, y se

terminó.

Lo que sí, el hijo quedó grande y rico.

María Luisa de Castro, 48 años. Los Cajones. Junín. San Luis, 1947.

Campesina rústica. Muy buena narradora.

—655

952. La muerte, la más justa

SAN LUIS

Que era un hombre pobre y viejo, así como yo, que se ocupaba de vender leña con unos burritos. Y éste tenía poco con qué comer.

Una vez llega este hombre pobre a la casa de un rico que estaba comiendo una gallina y no le convidó nada. Resulta que el hombre dijo:

-Yo voy a vender esta leña, voy a comprar una gallina y la voy a comer solo, y no voy a convidar a nadie.

Entonces vendió la leña y compró una gallina. La cocinó y se fue a cargar leña. Cuando hachó un poco de leña se puso a comer la cazuela²⁸¹. Vino entonces un hombre a caballo muy bien vestido, blanco en plata, y le dijo que lo convidase con la cazuela. Entonces dijo él que no convidaba a nadie.

Y entonces le preguntó:

-¿Por qué no convida?

-Porque no es justo que un pobre convide a un rico.

Bué... Entonces se fue. Este hombre rico era el mal espíritu²⁸². Y ahí se fue.

—656

Sigue, entonces, comiendo la cazuela el hombre. Al ratito llega un viejito muy pobre. Llega donde él está y le dice que tenía una gran necesidad, que le convide. Y él dice que no. Y le pregunta quién era. Y le dice el viejito que era Dios.

Bueno, entonces le dice que no era justo que él, un pobre le dé a Dios nada. Bueno, entonces se fue el viejito. Y claro a veces Dios no es muy justo, les da a los que no merecen y les quita a los que más necesitan.

Y siguió comiendo. Ya llegó una viuda de negro, y le dijo que le convidase, que andaba perdida en los campos. Le preguntó quién era. Le dijo que era la muerte. Entonces dijo el hombre:

-A usted sí le voy a convidar porque usted es justa. Usted lleva al grande, al chico, al pobre, al rico. Y con todos es igual. Ya se sabe que la muerte no hace diferencias con nadie.

Entonces la viuda comió, y cuando ya terminaba de comer la cazuela, le dijo que ella le iba a dar una virtud para que se hiciera rico. Que la virtud que le iba a dar era para que curara enfermos con yuyos y con palabras. Y le dijo que cuando lo vinieran a llamar para ver un enfermo, que fuera, y cuando viera la muerte en la cabecera del enfermo, era porque no tenía remedio, y cuando estuviera en los pieses, aunque estuviera en agonía el enfermo, con cualquier cosa iba a sanar. Pero que no fuera a ser porfiado, porque le iba a costar a él la vida. Cuando ella dijera que iba a morir una persona, tenía que morir, porque ella era justa.

Y bué... Se jue, y comenzó a sanar enfermos. A los que estaban morimundos²⁸³ los salvaba. Siempre, cuando entraba, vía a la muerte a los pieses. Ya era famoso. Lo mandaban a buscar de todos lados, ricos, pobres, reyes muy ricos, —657y a todos los sanaba. Hasta que al fin estaba muy rico. Un día lo mandó a llamar un rey que estaba morimundo. Ya cuando llegó, el Rey que le dijo que si no lo sanaba lo iba a matar, y que si lo sanaba le iba a dar la mitá de su fortuna. Ya llegó y vio que la muerte 'taba en la cabecera. Él no sabía qué hacer. Entonce lo que hizo, dio güelta al enfermo y la muerte quedó a los pieses. Y el Rey sanó y le dieron miles y miles de pesos y se jue. Salió y se jue. Al rato di andar, lo alcanzó la muerte. Le pregunta por dónde andaba. Le dijo lo del Rey. Entonce la muerte le dice que eso no es justo y que tiene que morirse él, entonce. Y áhi no más lo hizo morir. Y como es justa hizo justicia. Ella se jue pa la casa de ella y nohotros los vinimos pa acá. Bonifacio Rodríguez, 56 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1945. El narrador es un campesino nacido en el lugar, en donde ha pasado toda su vida. Tiene el poder de curar de palabra a los animales enfermos y a los sembrados atacados de ciertas plagas. En la actualidad va a vender a la Ciudad Capital hierbas de remedio que transporta en sus burros cargueros. Variante del cuento tradicional.

—658

Nota

Un hombre da de ahijado a su hijo a la muerte por considerarla más justa que Dios. La muerte le da el don de curar y de verla. Le advierte que cuando ella esté a los pies de la cama del enfermo éste sanará con cualquier remedio; cuando esté a la cabecera morirá y que no intente contrariarla. El hombre se hizo famoso como médico. En una oportunidad en la que encontró a la muerte a la cabecera del enfermo trató de desalojarla, y la muerte apagó la luz de su vida trocándola por la del enfermo. En una variante un hombre reparte su comida con la muerte por ser la más justa.

El tema es muy conocido en la tradición hispánica. Es el Tipo 332 de Aarne-Thompson.

Piel de oso. El trato con el diablo
2 versiones

Cuentos del 953 al 954

953. El trato con el mandinga

LA RIOJA

En un pueblo vivían dos hermanos, el mayor casado y el otro soltero.

El casado se encontraba en buena posición y era feliz con su familia; en cambio el soltero no conseguía trabajo y estaba pobre.

Cansado de su mala suerte, sale en busca del mandinga para que lo ayude, porque según le habían dicho era muy buen amigo.

Llega a un bosque y se encuentra con un hombre que vestía de color verde.

Conversan y el joven le cuenta que ha salido en busca del diablo para que lo ayude. El otro le dice que él es, y qué desea. Le da a conocer su situación y el mandinga le promete ayudarlo durante siete años, pero con la condición de que en este término no tenía que lavarse, peinarse, bañarse, cortarse las uñas y el pelo, ni cambiarse el traje de color verde que le da él. Pero en cambio, cada vez que meta la mano al bolsillo sacará dinero. Si vive después de los siete años, el alma será de Dios, pero si muere antes, el alma será de él.

Se despiden y el joven que piensa aprovechar bien la ayuda, compra casas, fincas, animales, coches, pero a medida —662que pasan los años se encuentra más solo, porque todos huyen al verlo.

Cuando cumple seis años, cierto día llega a un pueblo. Sentía mucho hambre, pues nadie quería darle de comer. Se acerca a un anciano que estaba sentado en la vereda de su casa, tan triste y preocupado, que ni se dio cuenta cuando el joven llegó cerca de él.

Lo saluda y le pregunta qué le pasa, cuál era la causa de su tristeza. Y el viejito le cuenta que se encuentra muy pobre y endeudado, que ni la casa donde vivía era de él ya.

El joven le dice que no se aflija, que él lo ayudará, pero que en cambio vaya en busca de alimento porque perecía de hambre. El anciano muy contento acepta y el joven agradecido le da dinero suficiente para que pague las deudas y viva tranquilo muchos años más. El viejito agradecido le dice que él tiene tres hijas, que si quiere casarse, él le da la que le guste. Llama a las dos mayores, pero éstas le tienen asco y miedo y no quieren saber nada. Llama a la menor y el padre le da a conocer el favor tan grande que le ha prestado el forastero. La schulca por complacer al padre acepta.

El hombre saca un anillo, lo parte por la mitad, hace quedar una parte y la otra se la da a la niña. Promete volver al año y si no viene es porque ha muerto. Se despide y se va.

Pasa el año, las hijas mayores no dejan de divertirse, en cambio la menor no sale nunca y sigue esperando al novio.

El joven cumple los siete años y se va al bosque en busca del diablo. Le agradece, entrega el traje, le pide que le haga cortar el pelo, las uñas, que lo laven, bañen, y le coloquen nuevas prendas de vestir. Siente que lo arreglan, pero él no ve a nadie. Y una vez listo, sigue viaje en coche y acompañado de varios amigos se va a la casa de la novia. Llegan y se

encuentran que están en baile, reconoce a las dos hijas mayores, pero a la menor no la ve por ningún lado.

—663

Entra al interior de la casa y encuentra a su novia cebando mate. Le pide agua y deja caer en el vaso la mitá del anillo. La niña al tirar el agua siente que algo cae, busca y levanta la mitá del anillo que unida a la que ella tiene se forma el anillo entero.

Avisa a su padre la llegada del novio y con gran alegría empiezan los preparativos para realizar la boda. Las hermanas mayores sienten envidia de la menor, al ver lo buen mozo y rico que es el novio y recién se arrepienten de no haberlo acetado.

La ceremonia se realiza y en la noche, cuando los novios se retiran a la pieza donde van a dormir, sienten que golpean. El joven pregunta quién es y le contesta el mandinga, que venía a felicitarlo y a avisarle que en lugar de un alma, la suya, llevaba dos, las de las dos cuñadas de él, que acababan de matarse, una ahogada y la otra ahorcada, por envidia.

Lorenza de Arce, 70 años. Catuna. General Ocampo. La Rioja, 1950.

Aprendió el cuento de viejos campesinos del lugar. Buena narradora.

—664

954. El soldado sonajera

SAN LUIS

Había en la campaña un matrimonio, y este matrimonio era muy unido.

Después de algunos años tuvieron cuatro hijos, tres varones y una niña.

Esta familia era muy querida en el lugar.

Con los años, los hijos ya eran grandes. El mayor tenía veinte años y el último catorce. Que se llevaban dos años entre ellos.

Bueno... Por casualidá viene una guerra, adonde tuvieron que llevar mucha gente. Entonce vienen a llevarle los hijos varones a esta familia, pero como el padre era un hombre tan güeno, consiguió entregar un solo hijo, el mayor. Quedaron los otros dos varones y la niña.

Durante el tiempo que duró la guerra, como doce años, el hijo que jue a la guerra no se comunicaba con los padres. Nada supieron de él, por nadie.

Durante estos años, vino la mala suerte que falleció la madre, y después de tres años, que falleció el padre. Entonce los hermanos abrieron el juicio sucesorio, y se repartieron entre los tres, dandoló por muerto al hermano soldado. Algunos de ellos se casaron.

Como a los trece años lo dan de baja al soldado. Viniendo el hermano con el sobrenombre de Soldado Sonajera, que le habían puesto en el ejército, porque era un genio muy —665alegre y muy güen soldado. Y le habían dado permiso como güeno y como güen tirador, y le habían regalado la ropa y el fusil. Entonce llegó a su casa. "Taban los dos hermanos, y no lo quisieron reconocer. Y no le dieron nada de la herencia, siendo que se habían encontrado muy bien los padres. Al verse despreciado se jue para otros lugares. A los tiempos, andaba muy pobre, con la ropa de milico²⁸⁴ toda hecha pedazo, y siempre con su fusil al hombro.

Sucedió que una vez había caminado mucho, y muchos días, y no encontraba trabajo. Un buen día que sigue un camino atravesando una quebrada. Iba muy cansado, y había un montecito a la orilla del camino, y se abre, y entra al monte²⁸⁵, y se pone a dormir la siesta en una sombra muy linda que había. Serían más u menos como las cuatro, cuando se siente removido por una persona. Se sienta al momento y que ve a un hombre muy bien vestido, de negro, y le dice:

-Yo soy el diablo. ¿Y qué hacés acá, Sonajera?

-Acá 'toy durmiendo -quesque le dice él.

-¿Me vendís tu alma? Si me la vendís, no estarás más con esas hilachas y muerto di hambre.

Entonce el soldado se queda pensando un momento, y le dice:

-No vendo mi alma, busco trabajo.

Entonce le contesta el diablo:

-No vas a encontrar ningún conchabo. 'Tán lejos los pueblos. Vamos a hacer un trato y te compro el alma. Entonce le dice el soldado:

-¿Cómo es el trato?

—666

-Ahora -le dice el diablo- te daré la plata que quedrás por tu alma, y tendrás tres años para que la disfrutís. Y pasados los tres años vendré yo para llevarte.

Entonce el soldado que era muy vivo le contestó así:

-Si durante los tres años yo me muero, no me podrás llevar. Así que si vivo, yo me quedaré con mi alma y vos te quedarás con lo que me has dado.

-Bueno -le dice el diablo-, a ver, vos que sos tan güen tirador, mirá -le dice- a distancia de dos cuabras viene un oso, tirale. Vamos a ver si sabís tirar. A ver si lo matás.

El soldado levantó l'arma, apuntó y le hizo un disparo tan certero que lo dejó muerto.

-Bueno -le dice el diablo-, veo que sos un soldado de primera, y tirador.

Lo mismo. Ahora vamos hasta donde 'tá el oso.

Ya llegaron a donde 'taba el animal muerto, y le dice el diablo:

-Sacale el cuero.

Ya el soldado en un momentito le saca el cuero, muy bien.

-Bueno -le dice el diablo- ya veo que sos muy enteramente guapo²⁸⁶.

Cerramos el trato. Tomá -le dice- este saco. Tiene tres bolsillos. Uno tiene esterlinas di oro, otro, patacones de plata, y el otro, níquel. Vos sacás el dinero que necesitás y nunca se te va acabar... Ahora, no tendrás más casa ni más abrigo que este cuero di oso, que vas a llevar. No te podís cortar el pelo, las uñas, ni lavarte la cara.

Bueno... Una vez de cerrar el trato, desapareció el diablo y quedó el soldado con una bolsa repleta de dinero. —667

Siguió su viaje. Después de haber caminado un día entero, encontró una casa. Se allegó, pidió que comer. Estuvo dos días descansando áhi. Le ofertaron cama, y les dio las gracias, porque tenía el cuero para dormir muy tranquilo. Se retiró, y al retirarse, metió la mano al bolsillo y les dejó un puñado de esterlinas di oro y otro puñado de plata. Los dueños de casa, que eran gente del campo muy pobre, no hallaban con qué agradecerle aquel regalo que les había hecho este soldado. Así pasó el tiempo vagando por el mundo, más u menos como un año. Al principio, en las casas ande llegaba lo

recibían muy bien porque él les hacía regalos. Pero después del año, mucha gente le disparaban porque se le había criado el pelo, tenía las uñas muy largas y andaba muy mugriento, así que empezó a sufrir un poco. Cuando llegaba a una casa, por ahí, la gente le disparaba y se escondían. Pero él, con buenas palabras les hablaba cariñosamente. Conseguía amansarlos y que lo recibieran. Él les decía que no le tuvieran miedo, que era un hombre güeno, y que si él andaba así, era una promesa que tenía que cumplir durante tres años, que la había hecho durante la guerra, que si había estado muy enfermo, a punto de morir, por una herida que había recibido. Y a medida que él les conversaba, la gente volvía, y lo recibían en la casa. Y él les volvía a hacer regalos de dinero. Y él les pedía que hicieran promesa de que durante esos años no se muriera él. Y durante esos tres años, como la gente de la campaña era tan güena y devota, pedían a Dios y a los santos de su devoción que no se muriera él.

Una vez andando él, lo agarró una gran lluvia, y un gran temporal. Y se allega a una casa que encontró, y pidió alojamiento. La casualidad que había sido un hotel. El hotelero no lo quería recibir al principio, al ver un hombre que parecía un animal. Y le dijeron todos los que habían ido al hotel, que si recibía a ese hombre se iban a mandar a mudar. Lo tomaron por un animal, que andaba huyendo de la autoridad. Entonces él habla con el hotelero y le dice:

—668

-Mire, señor, la tormenta; no hallo donde irme. Yo soy un hombre güeno. Si usted me ve con esta vestidura, es por una promesa que tengo. Yo le pagaré bien lo que usted cobre y daré muy güena propina.

A medida que iba conversando, el hotelero le tomó un poco de confianza y le dijo:

-Bueno, amigo, le daré permiso en un galponcito al lado de la cocina.

-Bueno, amigo, 'tá muy bien.

Le pusieron una mesita, y este soldado, que era bastante comilón, pidió que le trajieran un pavo que había visto en una fiambarrera, y unas botellas de oporto.

El hotelero quedó suspenso por un momento. Lo miró de pie a cabeza, y al verle la facha que tenía, le dice:

-Amigo, ¿sabe usted lo que cuesta eso?

Entonces Sonajera, que era muy vivo, le dice:

-Amigo, sirva sin miedo que yo pago lo que cueste.

Y mete la mano al bolsillo, Sonajera, y saca un puñado de esterlinas y las pone sobre la mesa. Y le dice:

-Aquí tiene para que se pague, y si falta dinero me lo dice.

Al ver esto, el hotelero más pronto que corriendo le trajo el pavo y las botellas de licor, y lo comenzó a servir como si fuese un rey.

Después que comió todo y tomó, le dijo al hotelero:

-Amigo, falta para darle el resto.

-No, no -le dice el hotelero-, me ha dado demasiado. Me parece un poco tarde, le voy a hacer la cama.

-No -le dice el soldado-, yo no acostumbro cama. Con este cuero que tengo, me basta.

—669

Tendió su cuero en un rincón del galpón y se acurrucó como si fuera un

perro, muy tranquilo.

El hotelero jue y contó cómo era este soldado, y todos le dijieron que era muy sospechoso y que había que ponerle centinela, esa noche, para que lo vigilara. El hotelero les dijo que se vía que era güeno, sinó que cumplía una promesa.

Sonajera, bien comido y bebido, durmió como un lirón. Al otro día, a primera hora, pide café, desayuno, y pregunta al hotelero qué se le debe. Entonce el hotelero dijo que ya 'taba pago, y muy agradecido de lo que le dio demás. Entonce el Soldado dio las gracias por todas las atenciones que había recibido, y mete la mano al bolsillo y saca un puñado de esterlinas y otro puñado de patacones de plata, y le dice:

-Esto es de propia para los empleados que usted tiene. Y le dijo que si algún día volvía por áhi, no le tuvieran miedo y le dieran hospitalidá. Y se despidió muy contento. El hotelero no hacía otra cosa que conversar de este soldado tan rico que nadie sabía de dónde había salido.

Sigue andando este soldado, de pueblo en pueblo. Ya había salvado dos años y medio, y no moría. Lo que sí, que él sufría al llegar a algunas casas, porque disparaban al verle la facha.

Una vez, andando, llega de casualidá, que también lo pilló un gran torbellino, y llegó a una fonda a pedir alojamiento. Se lo negaron al principio, pero él sacó un puñado de oro y le contó al dueño que anda así porque había hecho una promesa. Le dio permiso que se quedara. Comió, y cuando le quisieron hacer la cama, él dijo:

-No, con este cuero me basta.

Tendió su cuero en un rincón y se quedó dormido profundamente. Serían como las cuatro de la mañana, cuando —670se descolgó un aguacero, un torbellino con rayos y centellas. Se despierta Sonajera, se sienta en el cuero y está mirando cómo se descargaba la tormenta, cuando siente entre la lluvia y el viento unos lamentos y como llantos. Se levanta, pone toda su atención, y descubre que al lado, de la pieza de la par, era diande salían los lamentos. Se arrima, pone el óido por una rajadura de la puerta y devisa un hombre vecino de la fonda, que era un gran estanciero, que él era el que se lamentaba. Gólpia la puerta. El hombre sale, y él le dice:

-Soy el Soldado Sonajera. Vengo a ver qué le pasa. A ver si soy útil para servirle en algo. No me tenga miedo. El hombre cuando lo vio pegó un grito, pero él le dice:

-No se asuste, soy hombre como usted, sinó que tengo una promesa de ir en esta forma. Soy un hombre de güen corazón, vengo a ayudarlo.

Entonce al estanciero se le pasó el miedo, y lo hace pasar para adentro.

Le pone una sía 4, y se ponen los dos a conversar. Entonce' el Soldado le dice:

-Cuénteme porque está tan afligido.

Entonce el estanciero le dice que él es el más rico de ese lugar, y que por malos negocios había fundido todo lo que tenía. Y que había hecho una hipoteca, y que no tenía cómo pagar, y que esa mañana misma iba a venir el martillero, y le iba a rematar todo, y lo iba a hechar de su casa. Entonce Sonajera, con sonrisa, le dice que no se aflija por eso, y que cuánto era lo que necesitaba. El estanciero no le quería decir, como lo vía en esa facha, pensaba que era un infeliz. Sonajera se dio cuenta que el hombre le desconfiaba y le dice de nuevo:

-Diga amigo lo que precise, que yo se lo puedo facilitar.

—671

Y el estanciero le dice:

-Son muchos miles, amigo, lo que yo preciso.

-'Tá bien -dice Sonajera-, eso a mí no me asusta.

Y mete la mano al bolsillo y empieza a echar puñados de esterlinas arriba de la mesa. Formó un montón como si fuera di oro, y le dice:

-Diga, amigo, si 'stá bien. Cuente, y diga si algo le falta.

El estanciero lo miraba con unos ojos tamaños, que no le cabían en el cuero, al ver salvados los bienes que le iban a rematar. Ya contó el dinero, y lo que acabó, se paró y le dio un abrazo el estanciero y le

dice:

-Mi güen amigo, yo no tengo conque pagarle. Veo que es un hombre de gran corazón y se lo agradezco en nombre de Dios. Todo esto sobra de lo que yo tengo que pagar.

-Bueno, bueno -le dijo Sonajera-. Le hí hecho un bien, y en todas partes que ando, hago todo el bien que puedo. 'Taba tan contento el estanciero, que le dijo que lo quería llevar a su estancia y presentarle su familia.

-Si es de su gusto lo acompañaré -dice el Soldado.

En eso ven que amanecía. El estanciero acomodó el dinero. Pagaron lo que debían y salieron.

-Tengo mi surke287, vamos, soldado -le dice el estanciero.

Ya 'staba listo el surke y emprendieron la marcha. Y ya llegaron a la estancia, y el estanciero le dijo que se quedara unos días a descansar. El estanciero tenía tres hijas hermosas. Sonajera que no era lerdo, dijo que bueno, y se —672quedó por unos días. Después de una semana de estadía, Sonajera emprendió el viaje. Al despedirse Sonajera, y al darle el estanciero las gracias, le preguntó que si era soltero. Sonajera le dijo que sí, que era soltero. Entonce el estanciero le dijo que si no quería que le diera una de sus hijas. Él le dijo que con mucho gusto, pero que ninguna de sus hijas lo iba a querer así como andaba. El estanciero llamó a las tres hijas y les preguntó que cuál quería casarse con Sonajera. Las dos mayores dijeron que ellas no, y entonce la menor contestó:

-Usté, papá, me ha dicho que es un hombre de gran corazón, y por lo que ha hecho con usté, yo lo quiero.

Al Soldado Sonajera ya le había llenado el ojo la menor, así que al oír esto se puso muy contento y dijo que quería dejarle un recuerdo. Y mete la mano al bolsillo y saca un anillo, y saca una lima y lo corta al medio. Y le dice:

-Éste es nuestro compromiso -y le da la mitá a la niña. Y la otra mitá la guarda él.

Le dijo Sonajera que le falta un año de la promesa, y que después de eso volvería para cumplir su palabra. Y se jue. Ya se encontraba un poco cansado de la vida que hacía. Todos disparaban de él, pero como él era tan de buen corazón, que a todos ayudaba y les daba todo el dinero que necesitaban para que remediaban sus necesidades, todos rogaban por él. Bueno... Por fin llegó un momento en que le faltaba nada más que un mes para encontrarse con el diablo. En esa fecha se jue a unas sierras, y áhi había visto unas piedras muy grandes, con unas rajaduras profundas. Y como

ya llegaba el plazo, empieza a llenar las rajaduras con monedas di oro, para quedarse con algo, porque ya tenía que entregar todo al diablo. Echó muchísimo oro y tapó todo muy bien, con mucha paja. Y siguió su marcha al punto ande tenía que encontrarse con el diablo. A los tres días —673 llegó. Ya los 'staba esperando el diablo. En cuanto se encontraron, se saludaron, y le dice el diablo:

-¡Hombre, me ha embromado? Ha sido como un fierro de resistente para las tentaciones. Yo le he puesto muchas trampas, pero las ha resistido y no ha cáido, así que su alma anda con Dios. Usté ha sido muy vivo amigo. Ha salíu ganando. Entreguemé lo mío.

Sonajera le entregó el cuero de oso y el saco, y el malo le devolvió el fusil. Y se depidieron.

-Bueno -le dice el diablo-, en otra ocasión puede ser que los viamos.

-Bueno, amigo -le dice el Soldado Sonajera-, le falta una cosa. Me tiene que cortar el pelo y las uñas.

-Manos a la obra -dijo el diablo.

Y se puso a trabajar y le cortó muy bien el pelo y las uñas. Entonce cada uno se jue a su destino.

Se jue Sonajera a su escondite ande tenía el dinero. Sacó un poco y se dirigió para la ciudá. En la ciudá jue a una gran tienda, y se compró ropa de lo mejor. Se jue a una posada, y áhi quedó esa noche. Al día siguiente se jue a una gran fábrica ande vendían carruajes. Se compró unos arneses muy buenos y un carruaje lujosísimo. Se jue a una estancia y se compró cuatro caballos negros, de lo mejor que había. Volvió a comprar ropa, de todo, y se jue en su carruaje a su escondite. Cargó todo el oro y siguió viaje a la casa de la niña. Cerca de la casa, en una ciudá, llega a una peluquería y se hace afeitar y pelar de nuevo y se hace perfumar. El Soldado Sonajera era muy güen mozo, así que parecía un príncipe con tanto lujo como iba.

Sigue viaje y al día siguiente llega a la casa de la niña. Golpea las manos. Las primeras que salieron fueron las dos niñas mayores, lo que vieron este carruaje tan lujoso. —674Entonce les dice él que era de otro pueblo y que si le podían dar alojamiento por ese día. Entonce salió el padre y lo vio y le dieron alojamiento. Lo atendieron muy bien. Lo invitaron a almorzar. Las dos niñas mayores no más salían, y se arreglaban cada cual mejor, presumiendo para ver la que caiba en gracia. Al fin, Sonajera, le pregunta al padre que si no tenía otra hija. Le dijo que sí, que tenía otra menor que anda por áhi, que hacía las cosas, y que no le gustaba salir cuando llegaba gente.

-Hagalá salir, señor -le dice-, que la quisiera conocer.

El señor le dijo que bueno, y jue y la llamó a la niña. Y como era obediente, condecendió y vino. Ya estuvieron conversando mucho. Las mayores, cuando vieron esto, se fueron a cambiar de traje y a arreglarse más para conquistar a este mozo tan rico. Sonajera le dijo a la niña que si podía casarse.

Ella le dijo que no, porque tenía un compromiso. Y entonce él le dice:

-Pero, la pueden engañar. ¡Cómo puede tener confianza! ¡Vaya a saber si el que usté espera vuelve más!

-No -le dice ella-, no creo que me engañe. Se trata de un mozo muy de buen corazón y serio.

Entonce el joven le pide a la niña un poco de agua. Sale la niña y le trae una copa di agua. El mozo se toma la mitá de l'agua. En la mitá que queda pone la parte del anillo que él tiene, y le devuelve la copa. La niña sale, y cuando se apercibe que hay una mitá de anillo, la saca y la mide con la de ella y ve que era el anillo del compromiso, y dentra corriendo, y lo abraza al padre y le dice:

-¡Papá! ¡Papá! ¡Éste es mi novio!

-¿Y cómo sabís? -le dice el padre.

-Aca 'tá la mitá del anillo.

—675

Entonce el padre lo abraza al joven y le dice:

-Veo que es un hombre de buen corazón y de palabra. Ha cumplido como manda Dios.

Y de ese momento se pusieron en preparativos para el casorio. Al oír bulla y alegría aparecen las otras dos hermanas. Querían morir de ver cómo era el joven que ellas habían despreciado, tan güen mozo, tan simpático y tan rico. Y así jue que a los tres días, la menor y el joven se casaron. Hubo una fiesta muy grande y hermosa, y vinieron muchísima gente de todas partes, hasta de lugares lejos. Trajieron muy buenos músicos de la ciudá. La casa de este señor estanciero 'taba al pie de una loma, y atrás de la casa corría un río muy grande y hondo. El baile 'taba muy entusiasmado, y serían las dos de la mañana, cuando llega un señor muy bien arreglado montando una mula negra, y pide hablar con el señor Juan Gómez, éste era el nombre verdadero del Soldado Sonajera. Entonce el recién venido le dice:

-¿Me conoce?

-Si -le dice Sonajera-. Sos el diablo.

-Bueno, te vengo a dar las gracias por el negocio que himos hecho. Hi salíu ganando. En lugar de llevarme una alma, me llevo dos. Tus dos cuñadas se acaban de tirar al río y mueren ahugadas.

Sonajera dentró muy callado, para que pudieran seguir el baile, pero 'taba muy triste. Cuando se terminó el baile, al otro día, empezaron a buscar las dos niñas mayores, pero no las encontraban en ninguna parte. Como Sonajera ya lo sabía, mandó a unos piones a buscarlas al río, a ver si se habrían caído. A los tres días las hallaron en el río, lejos. Se hizo un gran entierro y todos rogaron para que Dios las perdonara.

El Soldado Sonajera, que ya se le decía por su propio nombre, señor Juan Gómez, vivió feliz y dichoso con su esposa, por muchísimos años.

—676

Al tiempo de despedirse, uno de los piones que 'taba en el baile, halló una cosa que brillaba. La alzó creyendo que era un brillante, pero era un poroto, para que usté me cuente otro.

Amador V. Olivera, 68 años. San Luis. Capital, 1947.

El narrador, hombre del pueblo, sabe muchos cuentos antiguos y tiene fama de tener una gran memoria y buen arte para decirlos.

—677

Nota

Un joven o un soldado muy pobre hace trato con el diablo: durante siete años debe permanecer sin lavarse, peinarse, cortarse el pelo ni las uñas, a cambio de tener el dinero que quiera; si no lo cumple pierde su alma. El soldado debe usar como único traje una piel de oso. Pasa muchas penurias pero salva su alma y queda rico. Se casa con la menor de tres hermanas; las mayores lo despreciaron cuando lo vieron en su estado de abandono. Ya libre va en busca de la niña y en la noche de la boda las dos hermanas se matan, por envidia. El diablo busca al joven y le comunica que se lleva dos almas en lugar de una.

Es el Tipo 361 de la Clasificación de Aarne-Thompson.

—[678] —[679]

Los esposos sobrenaturales o encantados. En busca de la esposa perdida. La ciudad de los tres picos de amor
10 versiones y variantes

Cuentos del 955 al 964

—[680] —681

955. Cuerpoespín

JUJUY

Hace mucho, tres príncipes salieron a cazar en un monte grande. Y estos tres príncipes tomaron distintos caminos a ver cuál traía más presas a la casa.

Risulta que el más chico anduvo mucho y llegó la noche sin saber adonde 'staba. Se'bía perdido. Los otros llegaron al palacio sin el menor. El Rey s'enojó y los mandó de nuevo que lo encuentren.

Habían pasado dos días y el niño caminaba y caminaba sin poder salir. Comía raíces en el monte, pero una ser288 bárbara lo tenía mal. Una tarde sintió sonar l'agua que cáiba pa una lagunita y arrastrandose llegó el pobre príncipe y s'echó de panza pa tomar. ¡Cuando se li apareció una serpiente! Él esperó. Iba a tomar otra vez y salía el bicho. Al fin habló la serpiente y dijo:

-Te dejaré tomar l'agua si me salvás. Yo soy una niña encantada y un valiente me puede salvar.

El niño ha dicho que güeno, que él es valiente, que le diga qué tiene que hacer.

Le ha dicho la serpiente:

—682

-Al otro láu de la peña hay un aujero por donde vas a entrar. Pero no te vas a dejar ver con Cuerpoespín que te va a matar.

Tal cual, tomó agua y se jue.

Entró en el aujero y vio qui abajo había otro mundo. Empezó a andar pero no vía a nadies. Sólo una sombra andaba cerca d'él, y le servía de comer y hablaba con él. Un día le dijo la sombra que si venía Cuerpoespín y lu encontraba lo iba a peliar. Que lu iba a llevar a elegir armas y él tenía que elegir la espada más vieja y sucia, y cuando peliaran tenía que tirarle a cortar el talón porque áhi tenía la vida²⁸⁹. Y después le dijo que 'taba llegando, y lo escondió en un baúl.

Tal cual, llegó Cuerpoespín que era como un gigante muy malo y empezó a gritar:

-¡Pus!... ¡Pus!... ¡Olor a carne humana! Hay alguien aquí... Alguien ha veníu aquí...

-Pero, Cuerpoespín, quién va a venir aquí -ha dicho la sombra, que era la niña.

-No, no, hay alguien aquí -ha dicho y se puso a buscar hasta que lo encontró al Príncipe en el baúl.

Ya li ha dicho que di ande ha llegau, y lo ha convidau a peliar.

Tal cual, lo llevó a un cuarto y li ha dicho que elija espada. Había espadas muy lindas y nuevitas, pero él eligió una vieja y sucia.

Y se pusieron a peliar. Han peliado un día entero y han seguido otro día más con las dos noches. Y se sentaron a descansar y ha dicho Cuerpoespín:

-Ávida, vino añejo de cinco años.

—683

-Yo también -dijo el joven.

Corrió la sombra y trajo el vino, y le dio vino con agua a Cuerpoespín y al joven vino puro.

Han vuelto a seguir peliando todo el tercer día y la noche, y ya estaba muy débil Cuerpoespín y ha dicho:

-Ávida, vino añejo de tres días.

-Yo también -dijo el príncipe.

La sombra le dio lo mismo, el vino con agua a Cuerpoespín y vino puro pal joven.

Han vuelto a seguir peliando, y al fin al cuarto día le cortó el talón y cayó muerto Cuerpoespín. Y de ese lugar empezó a crecer un naranjo. Vino la sombra y le dijo al joven que tiene que cuidar toda la noche ese naranjo para que los pájaros no lo coman, y así podía irse a vivir con ella lejos en un palacio.

Llegó la noche. A cada rato venían los pájaros. Ya se iba durmiendo y venían otra vez. Así estuvo hasta que ya a la mañana, pobrecito, cansado se durmió, no resistió. Al rato llegó la niña, desencantada ya. Era linda como ninguna.

A lo lejo se divisa una nubecita que venía a llevarla a la niña. Y ella lo empieza a despertar al joven.

-Joven... joven... joven... Despierte, vamos -decía la pobre niña.

El joven seguía durmiendo. No había caso de despertarlo. Al fin llegó la nubecita y la levantó. Ella en el apuro, sólo le dejó un pañuelo con su nombre, María, pa que se acordara de ella.

El joven durmió tres días. Cuando se despertó no halló nada, todo era campo. Echó a andar a buscar a la niña, nada. Todo era inútil. Siguió caminando. Llegó a la casa de una vieja bruja y le preguntó ande era el reino de la niña encantada. No sabía esta vieja, pero le dijo que su compadre, el Viento, podía saber. Lo llevó pa la casa del compadre —684→

Viento. Era un viejo largo y flaco. Éste tampoco 'bía sabíu.

-Pero te voy a llevar pa mi amiga Zonda²⁹⁰, tal vez sepa -li ha dicho el Viento y lu ha empezáu a arrastrar al pobre joven.

Cuando ya iban llegando a la casa de la Zonda, ha salíu ésta con las mechas cáidas, y se pusieron a peliar. El pobre joven andaba de un lau pal otro hasta que al fin si han entendíu. Después de darle tantos golpes la Zonda tampoco 'bía sabíu, pero lo llevó pal Rey de los Pájaros, como tenía tantos sirvientes, a lo mejor podía saber. Este rey sacó una corneta y empezó a llamar. Llegaron muchos, muchos pajaritos, pero ninguno sabía nada. Faltaba solamente un águila vieja. Al fin llegó con la nueva que 'bía conocíu una ciudá muy linda en donde se estaba por casar una princesa que 'bía siu desencantada y que se llamaba María. El Rey le ordenó que lo llevara al joven.

El joven subió sobre las alas del bicho, con un cordero encima pa comer en el camino. Anduvieron un día entero y l'águila se comió el cordero. Al día siguiente, dijo el bicho:

-Tengo hambre.

-No hay carne -le dijo el joven.

-Cortate de tus piernas y dame.

-Se cortó sin decir nada y le dio.

Al mediodía volvió a decir:

-Tengo hambre.

-No hay carne -dijo el joven.

-Cortate de las ancas y dame.

Así lo hizo el joven sin decir nada.

Cuando estaba oscureciendo vieron cómo brillaba pa abajo. Es que estaban llegando a la ciudá. Bajó el bicho y le dijo al joven:

—685

-Pegame en la nuca y te devolveré las carnes.

Tal cual, así hizo y volvió a tener toda su carne. Después le dijo:

-La última pluma del ala sacala. A ella le podís pedir lo que quieras que es de virtud -y se jue l'águila.

Lo primero que hizo al otro día, pidió a la pluma de virtud que lo volviera bien viejo, tal cual. Se echó una bolsita al hombro y se jue al palacio a pedir limona²⁹¹. Salió la princesa María a atenderlo. Lo hizo quedar al viejito pa que coma y después lo despidió. Salió contento porque al fin encontraba a la niña encantada.

Al otro día eran las bodas en el palacio. Pidió otra vez a la pluma de virtud que lo volviera viejo, tal cual. Fue a la iglesia y se sentó en el primer banco. Ya llegaron los novios y apareció el cura. Pero el viejo sacó el pañuelo con el nombre de María y lo pasó por las narices. Al verlo María la conoció a la prenda y se desmayó. Quedó entonces pal otro día el casamiento.

Llegó otra vez el momento que llegaron los novios y el cura, y él ocupó otra vez el mismo banco. Pero ya no venía viejo, estaba tal cual era, bien

simpático como ninguno y buen mozo. Sacó el pañuelo y se pasó por los ojos. Al verlo la niña s'hizo la desmayada. Entonces el novio se enojó y se fue. Entonces María ha corrido y lo ha abrazado al joven porque sabía quien era. Entonces la niña le dijo al Rey y a todos que ese joven la ha desencantado, esponiendo la vida, y que era su novio verdadero.

Se casaron, fueron felices y yo me vine pa mi casa.

Manuel Romero, 84 años. La Candelaria. Ledesma. Jujuy, 1953.

Buen narrador.

—686

956. La niña encantada

CATAMARCA

Era un niño que vivía con la madre. Y falleció la madre. Y después, el niño éste decidió viajar, salir di áhi, buscar otro destino. Anunció que quería irse. Que dice:

-Yo, a la tarde, estaré por allá, bien lejo...

Entonces este niño, este joven, se llegó hasta donde él pensaba que devisaba, así, a lo lejo. Llegó. Entonces este joven llegó áhi. Se encontró con una hermosa ciudá que no tenía ningún viviente. Era por un lado, unos potreros llenos de hacienda. Y en esta ciudá, recorría él por las calles.

Y él no encontraba a nadie. De tanto recorrer las calles, que dice:

-En esta ciudá nu hay nadie. Seré el dueño yo.

Escogió éste la mejor yegua que había y entonces, éste, ensilló el animal.

Fue, lu acomodó y se volvió. Y en la pieza que estaba él, ya 'taba listo todo. Ya 'taba listo el baño, ya 'taba lista la mesa puesta para comer.

Bueno. En seguida ya 'taba lista la cama donde ir a dormir. Estaba este niño y tenía una guitarrita. Dice que 'taba en el silencio de la noche y se recordó, este, pensando, este, en fin, lo que pasaba y lo que iba pasando.

Y se puso a tocar la guitarrita. Tocó dos o tres piezas sintiendo que lo acompañaban. Y seguía cantando. Él no podía tomar la distancia de donde —687salía la voz. Por fin, últimamente, tomó el oído de donde

salía esta voz, porque él no lo veía, no veía a nadie. Sentía que a él lu acompañaba a cantar, pero no veía a nadie. Entonces, él lo que hizo, se fue y así en la esquina de la paré había un aujerito. Y que había sí una viborita que salía de ahí. Le dice:

-¡Ah!, víbora -que le dice- linda, qué hacés aquí -que le dice-. Que te quiero sacar.

-¡Ah, no! -que le dice-. Vos para que me saquís di aquí, te cuesta mucho -que le dice-. Porque si sos capaz de sacarme de aquí, harás lo que yo te digo.

Entonces le dice él:

-Pues bien, soy capaz de hacerlo.

-Bueno -que le dice-. Yo soy una niña encantada -que le dice.

-Si sos capaz, vas a ir mañana al patio de la casa, mañana a mediodía. Va 'tar un toro y te va embestir. Te haga lo que te haga; te puede corniar, te puede matar; te haga lo que te haga, pero nunca digas ¡ay!

Entonce le dice el niño que era capaz.

Bueno, al mediodía del otro día se fue al patio. Ya vino el toro y lu agarró a este niño a cornazos de todas maneras hasta que lo liquidó pero él no dijo ¡ay!

Entonce, este niño, por la noche, se encontró en la cama ya. Y li habló la niña. Ella se encontraba en la cama. Le dice que se levante. Se levantó el niño y entonce ya 'staba la mesa puesta. Él comió. Entonce empezó otra vez a agarrar la guitarrita y empezó a cantar. Y empezó a oír esta voz que lu acompañaba. Y la devisó a la viborita. Dice que 'staba hasta arriba de los pechos ya cristiano, y para abajo, víbora. Que le dice:

-¡Ah!, ¡viborita, salí!

—688

-¡Ah, no! -le dice- te faltan dos pruebas para que me saqués; pero si sos capaz, mañana a las doce te vas a ir al patio. Áhi va venir un tigre. Te haga lo que te haga no digas ¡ay!

Bueno, entonce al otro día a mediodía se jue al patio y salió el tigre. Y lu agarró y lo dehizo y él no dijo ¡ay! En la noche se encontró otra vez en la cama.

Se levantó, comió y la miró así a la viborita. Y entonce vio que 'staba hasta la cintura niña. Él la quiso sacar. Entonce la viborita le dijo que le faltaba una prueba. Entonce la viborita le dio un anillo y un pañuelo al cuello. Y le dio una varilla, que esa varilla le iba a servir cuando vaya al patio. Le dijo que en el patio hay una planta de naranjo con naranjas. Le dijo que iban a venir unas hermosas niñas, mejor que la viborita. Que le iban a pedir una naranja y que él, con la varilla, las amenazara. Y así fue.

A mediodía vino una niña muy linda y le decía:

-Niño lindo, dame una naranja que vengo muerta de ser.

Entonce el niño la amenazó con la varilla y se alejó.

Y vino otra y le decía:

-Niño lindo, dame una naranja que vengo muerta de ser. Yo soy la viborita.

Y entonce él creyó y le dio la naranja. Entonce, lo que le recibió la naranja, quedó en la nada todo. Todo quedó dehaparecido. Él quedó al campo. Entonce pensó él de seguir viajando.

Viajó varios meses. Al pasar un día por una ciudar, se llegó a un zapatero. Y entonce le dijo al zapatero si le podía arreglar las botas. El zapatero le dijo que no podía porque estaba invitado a un cambio de anillo de una niña de esa ciudar. Entonce le dijo el niño, éste, si quería que —689lo distrajera con la música de él. El zapatero le dijo que sí.

Empezó a tocar. Los clientes del zapatero y los que pasaban por la calle se detenían bailando porque tocaba divinamente. Entonce el zapatero lo invitó de parte de él al cambio de anillo que había. Entonce el niño le dijo que no porque él estaba muy mal vestido. El zapatero le dijo que no importaba, que lo que importaba era la música de él.

Se fueron los dos. El zapatero lo llevó al niño éste. Al llegar a la casa lo presentó. Entonce el público le pedía que tocara la música y cantara. Entonce el niño, éste, empezó a tocar. Y todos lo aplaudían y hasta la misma señorita que estaba de cambio de anillo lo felicitaba. Ya esta niña se fijó en el anillo que tenía y ya 'taba segura que era el niño que la sacó de encanto.

Mientras 'taban en la fiesta la niña pidió a todos los de la reunión que contaran algún pasaje que les había pasado. Entonces varias personas empezaron a contar. Entonces le tocó al niño.

El niño contó todo lo que a él le había pasado. Que él había encontrado una ciudad y una niña encantadas y las había dehencantado, que por una equivocación las había perdido. Que por eso él andaba sin rumbo en el mundo.

Le tocó a la señorita novia. Entonces ella les pidió a todos de que le dieran la razón y dijo que ella había tenido una llave y la perdió. Y que se hizo de otra llave.

-Y ahora la encontré a la vieja -dice-. Digamén todos con cuál me quedo. Entonces todos le decían que se tenía que quedar con la vieja y golpeaban todos las manos.

Entonces la niña se levantó y lo tomó al niño músico de la mano y ella dijo:

-Éste es mi esposo. Él me salvó del encanto y salvó a la ciudad encantada ande tenemos que ir a vivir.

—690

Entonces la fiesta fue para el casamiento de los dos y después se fueron a la ciudad, ande los recibieron todos los que ahí vivían muy felices.

Juan Eloy Reales, 75 años. Loro Huasi. Santa María. Catamarca, 1968. Comarcano muy buen narrador.

—691

957. Condipobre

CATAMARCA

Condipobre era un hijo del cerro. No conocía ninguna clase de persona, únicamente que a la madre. Vivía de la caza, él y la madre. Era un hombre que para las boliadas no había otro igual. Podía ser el ave más pequeña, basta para voltiarla tirando las boliadoras. Y para el lazo, no había ciervo que se vaya. Pero transcurrió tantos años de cazar, que salió una mañana y ni un pájaro no ha visto volar. Entonces, como corrió la liebre²⁹², que se morían de hambre él y la madre, al día siguiente volvía a salir sin conseguir nada para comer, resuelve irse a otros campos más lejanos. Y la mala suerte fue que se le murió la madre. Al encontrarse solo, ensilló su bayo, su caballo bayo, y caminó todo ese día sin encontrar nada que comer. Y el tipo llevaba tres días corriéndola. Al entrar en un pajonal se levantó una llama²⁹³, el animal. Cuanto se levantó, él la ató con las boliadoras, y luego, poniéndole el lazo en el cogote, se llegó. Y al sacar el cuchillo para carniarla, le dijo la llama: -¡No me mate, Condipobre!

—692

Entonces, Condipobre desconfía por el hambre que tenía. Montó a caballo y le sacó el lazo. Dio un galope tendido la llama y volvió hacia Condipobre, y le dijo:

-No me mate, Condipobre, le daré una virtud.

Se sacudió la llama, y voltiando una aspita que le dijo:

-Tomá esta virtud, Condipobre. Con esta aspita tendrás lo que vos quieras.

Y le dice:

-¿Ves aquel monte, Condipobre? Hay un lago en el centro del monte. En la orilla del lago hay un árbol seco. Áhi bajan tres palomas qui andan en sus primeros encantos. Dos se largan primero, pero vos no te emocionés, porque al largarse, se revolcarán y se convierten en dos niñas. Y la última es muy desconfiada. Tienes que esconderte en la parte que no te vean, porque ésa es la sulca, y para ella bañarse, da vuelta antes todo el monte, y ve que no vuele ni un pájaro para bajar a bañarse. Una vez de bañarse, llegá y tomale la ropa. Y no se la entregués hasta mientras no te dé palabra de casamiento. Porque ella tiene un tiempo fijado para volar. Pasando de las ocho ya no puede volar y tendrá que ser tu fiel compañera. Ella tiene un rol y ésa es la virtud que tiene ella.

Ésta es la explicación que le dio la llama y entonces Condipobre dejó en un punto muy lejos su caballo y se fue al lugar donde le dijo la llama. Y se escondió en el hueco de un árbol. Llegaron las tres palomas, se asentaron dos en el árbol y la otra siguió volando. Se largaron a orillas del lago, convirtiéndose las blancas palomas en dos niñas. Y Condipobre, desde el hueco del palo, no veía la hora, ansioso, de tomar las ropas a las dos, de ver esas blancas carnes en comparación de las de él. Pero como se recordaba de lo que le dijo la llama, estaba sufriendo hasta que se vayan. Luego se fueron y llegó la otra paloma, o sea la sulca, y se asentó en el árbol. Y se largó. Cuando se convirtió —693 en niña, pegó el salto y se zambulló al agua. Cuando se levantó del agua, Condipobre ya tenía la ropa. Entonce le dijo ella:

-¡Entreguemé la ropa, Condipobre!

-Si me da la palabra de casamiento se la entrego.

-No, Condipobre. Pida lo que quiera que le daré. Si quiere, le daré una virtud.

-Déme la palabra de casamiento -le dijo Condipobre.

-¡No, Condipobre!

Y llegaron las ocho, y a esa hora perdía el poder. Y le dijo la niña a Condipobre:

-Soy tu fiel compañera.

Y Condipobre, ansioso, la tomó de la mano y le entregó la ropa. Pero él desconfiaba. No quería largarla de la mano para que ella se vista. La tomó de la mano y se fueron al lugar donde había dejado el caballo. Llegó y ensilló, y puso las boliadoras, el lazo y el cuchillo en la cintura. Y la alzó en las ancas. Y volvió hacia su rancho donde había muerto su madre. Llegó la noche y le dijo:

-¿Qué comemos, Condipobre?

Y no se encontró nada que cazar. No había qué comer. Entonces, ella le pidió a la virtud que le traiga los mejores manjares, y el vino y mesa para comer. Comieron y luego se acostaron y él le dio la espalda, porque era un hombre que no conocía más mujer que a la madre. Transcurrió un tiempo de vivir en esos lugares, y le dijo a Condipobre:

-Tendremos que llegarse a un pueblo. Allí donde haiga un juez, para que nos case, y luego haremos un palacio.

Y se fueron al pueblo más cercano y se casaron. Ella le dio un anillo y un

pañuelo con unas iniciales de oro. El pañuelo era blanco y en las iniciales decía: Soy de la Ciudad de los Tres Picos de Amores, en donde no corre el viento ni —694nace el sol -decía el pañuelo. Y del otro lado: Me llamo Blanca Azucena, desgracia mía y suerte tuya.

Transcurrieron unos años en el pueblito que se casaron y le dijo:

-Tendremos que irnos allí adonde viva un rey y haremos al frente de la

casa del rey un palacio. Se fueron al pueblo en donde vivía el rey.

Hicieron frente a frente el palacio de ellos. Al frente del balcón tenía unas rejas enchapadas en oro y Blanca Azucena en las mañanas, pensativa, se ponía las manos sobre el balcón. Y la miraban las hijas del rey, y las esclavas. Y las esclavas decían:

-¡Tan linda la niña del frente!

Entonces, sintió una de las hijas del rey, y le dijo al padre que las esclavas estaban locas por esa mujer del frente. Entonces el Rey mandó sus vasallos a preguntar con qué orden se hizo ese palacio y quién eran los que vivían. Entonces le contestó Blanca Azucena que si quería saber, que venga él personalmente. Vino el Rey. Y ella le dijo que viniera personalmente para que sepa quién es ella, y la hija de quién era. Entonces ella le dijo:

-Yo soy hija de un rey. Soy de la Ciudad de los Tres Picos de Amores, adonde no corre viento ni nace el sol. Hemos sido tres hermanas que teníamos un poder para volar, y pasando de la hora del poder, no podíamos volar. Y me estuve bañando en un lago adonde siempre lo hacíamos. Y en ese lugar se hizo dueño de mis ropas un hijo del campo que lo conocían por Condipobre. Y él es mi fiel compañero. Y le dice ella al marido:

-Mirá, Condipobre, por más cariño que me tengas, no me asustes, porque si me asustas me volveré paloma y volveré a mi casa, porque la virtud me permite.

Entonces, Condipobre, al día siguiente, como le gustaba tanto el campo, ensilló el caballo y se fue. De allá vino a la —695tarde y Blanca Azucena estaba limpiando unos cuadros, y vino Condipobre y la abrazó de atrás, y le dice:

-¡Blanca Azucena!

Y ella se asustó y se convirtió en paloma, quedando Condipobre con los brazos amarrados. Y la paloma salió por frente del balcón. Y con los ojos llenos de lágrimas, Condipobre miró hasta donde se perdió de vista la paloma. Ensilló el caballo y le dijo a la virtud:

-Quiero que me digas dónde queda la Ciudad de los Tres Picos de Amores, donde no corre el viento ni nace el sol.

Le contestó la virtud, que en los años de vida que tenía, nunca había sentido nombrar esa ciudad. Él se puso a llorar y le dijo:

-¡Quiero que desaparezca este palacio!

Y se desapareció. Montó el caballo y se fue hacia la dirección que voló la paloma. Caminó todo ese día sin comer. No hacía nada más que llorar. Caminó toda esa noche. Tarde lo venció el cansancio y se quedó dormido. Cuando se ha despertado, volvió emprender el viaje. Caminó todo ese día y en la noche llegó a la casa de una viejita. Y le dijo la viejita:

-¿Quí andás haciendo, hijo?

Y él le dice:

-Quiero que me diga dónde queda la Ciudad de los Tres Picos de Amores,

donde no corre el viento ni nace el sol.

-Hijo -le dijo la viejita-, en los años de mi vida hi sentío nombrar esa ciudad.

Tomó agua y siguió en dirección que pensaba que podía quedar la Ciudad de los Tres Picos de Amores. Los ojos llenos de lágrimas, decía, resuelto, hasta conseguir a Blanca Azucena. Caminó toda esa noche y al otro día, en la tarde, llegó a la casa de una viejita. Pidió agua y preguntó:

—696

-Quiero que me diga dónde queda la Ciudad de los Tres Picos de Amores, donde no corre el viento ni nace el sol.

Y la viejita le dijo que en los años de vida que tenía nunca había sentido nombrar esa Ciudad. Empezó la marcha y le dijo la viejita:

-No se vaya por ahí. Por ahí hay tres gauchos que a quien encuentran lo matan, porque no hallan jueces que los arregle por los que ellos pelean. Ellos no pelian por vacas, ni por caballos, ni por plata. Sólo pelian por un sombrero, un capote viejo, y un par de botas viejas. Pero, usted se pone las botas y corre más fuerte que el viento. Y se pone el sombrero y a usted no lo ve nadie. Y si usted halla un muerto, le pone el capote y lo hace vivir.

Entonces dijo Condipobre:

-Emprenderé mi marcha por ahí.

Caminó esa noche. Y al otro día, a la madrugada, se sentían lo que alegaban por peliar. Y entonces se encontró con los tres gauchos. Y le dijo uno de los gauchos:

-¿Pa dónde va amigo?

-Voy en busca de Blanca Azucena.

Y entonces le dijo Condipobre quiénes eran los que venían por peliar. Y le dijo uno de ellos:

-Nosotros, porque peliamos por unas herencias. Nosotros no peliamos por plata, ni por vacas, ni por mulas, sino por un capote viejo y un par de botas viejas y un sombrero viejo. Por esas tres prendas peliamos y no hay juez que nos arregle.

Entonces le dijo Condipobre:

-Me creo de que ustedes nunca han medido sus caballos y podemos hacer una carrera. Para el que llegue primero, sea el capote, para el segundo las botas y para el tercero, el sombrero.

—697

Entonces dijo un gaucho:

-Al cabo hemos encontrado al juez que nos va arreglar el asunto.

Y los otros dos han dicho lo mismo.

Entonces se fueron los gauchos al lugar de adonde iban a largar. Y ellos tenían que igualar. Y el juez iba a ser rayero. Les dijo Condipobre:

-Cuando yo haga tres bajadas con el pañuelo -que era el que le había dejado la señora- parten, no más.

Largan la carrera.

Y mientras tanto, ellos, iban alegando las prendas. Entonces se colocó la botas, Condipobre, lió bien el capote, y cuando venían corriendo, se puso el sombrero y desapareció. Entonces, los gauchos se pusieron a peliar, porque uno decía:

-¡Que vos tenís la culpa!

Y el otro:

-¡Porque vos li has avisado!

Y se quedaron peliando, y Condipobre estaba mirándolos peliar. Y luego emprendió la marcha. Y comenzó a correr con las botas. Corrió hasta donde no había más tierra. Y llegó a la orilla del lago, a un ranchito, a donde estaba llorando una niña. Y le dijo Condipobre:

-¿Porque llora, niña?

-¡Cómo no voy a llorar -le dijo la niña- si murió mi madre!

Le dijo Condipobre:

-No llore, niña. Traiga la pava²⁹⁴, tomemos mate.

—698

La niña, llorando, se fue hacer hervir la pava con agua para dar mate al forastero. Cuando la niña se fue, Condipobre tapó la viejita muerta con el capote, y mientras la niña llorando cebaba mate, apareció la madre viva.

Le dijo Condipobre:

-Quiero que me diga adónde queda la Ciudad de los Tres Picos de Amores, en donde no corre viento ni nace el sol.

La viejita le dijo que en los años de vida que tenía, nunca había sentido nombrar dicha Ciudad.

-Pero, hijo -le dijo-, tengo cuatro hijos, que son tan andariegos, que si no saben ellos, no hay más quién sepa. Yo soy la madre de los cuatro vientos, pero usted tendrá que esconderse, porque mis hijos son muy malos. Ya están llegando.

Y llegó el del norte. Venía doblando los árboles. Entonces la viejita lo habló al hijo, al Viento Norte, y le dijo:

-Este señor es el que me dio vida, y quiere saber dónde queda la Ciudad de los Tres Picos de Amores, en donde no corre viento ni nace el sol.

Entonces él le contestó que el recorrido de él era muy largo. Que atraviesa mares y tierras, y nunca había sentido nombrar esa ciudad.

Vino el hijo del naciente, y le dijo la señora:

-Por este señor tengo vida, y él quiere saber dónde queda la Ciudad de los Tres Picos de Amores, en donde no corre viento ni nace el sol.

Y también le contestó lo mismo, de que en los años de vida que él tenía, no había sentido nombrar esa ciudad.

Llegó el viento del poniente y con él ocurrió lo mismo, no sabía nada.

—699

Vino el viento del sur y le dijo la señora a Condipobre:

-Escuendase bien, porque este hijo es muy malo. Viene voltiando los quebrachos.

Entonces le dice Condipobre:

-Pierda cuidado, señora.

Entonces, la señora apaciguó al hijo, y le dijo:

-Este señor me dio vida y quiere saber adónde queda la Ciudad de los Tres Picos de Amores, en donde no corre viento ni nace el sol.

Entonces le dijo el hijo, el Viento Sur, que el recorrido de él era muy largo y que él la había oído nombrar.

Que dice:

-Hay una vieja muy floja. Cuando yo voy la jodo. Ella está meta madejar hilo a la orilla del fuego. Le soplo el fuego y le hago quemar las patas, y ella dice:

-¡Tuy!, ¡Tuy!, Ciudad de Tres Picos de Amores, donde no corre viento ni nace el sol.

-Pero usted no va a llegar. Tengo quince días de recorrido, corriendo de día y de noche.

-Y, si usted me quiere acompañar -le dice Condipobre.

Entonces, el hijo de la señora, el Viento Sur, por el favor recibido, dijo que sí lo iba a acompañar.

Condipobre se puso las dos botas, llevó el capote y comenzaron a correr. Y comenzó a aumentar la furia el viento. Y Condipobre a correr con sus botas. Cuando corría con todo lo que daba el viento, el viento le dijo a Condipobre:

-¡Esperemé, compañero!

Condipobre se sacó una bota para poder igualar al compañero. Y en la mitad del camino le dijo el viento:

-¿Lleva cuchillo, compañero?

-No -le dijo Condipobre.

—700

Entonces, el viento sacó un cuchillo, y le dio y le dijo:

-Cuando lleguemos al rancho y la vieja diga ¡tuy!, Ciudad de los Tres Picos de Amores, donde no corre viento ni nace el sol, usted le va ejecutar dónde queda esa Ciudad.

Vino el viento y le pegó un soplido, y la vieja dijo: ¡tuy! Volvió a dar otro soplido, el viento, con más rabia, para que diga, y la quemó. Y entonces dijo:

¡Este viento que no deja de joder, ni trabajar deja y la quema a uno!

Volvió con más fuerza el viento y le derrumbó la cocina y le echó unas brasas a los pies, y dijo: ¡tuy! Ciudad de los Tres Picos de Amores, donde no corre viento ni nace el sol. Y apareció Condipobre y le dijo:

-Quiero que me diga, señora, adónde queda esa Ciudad.

Y la señora le dijo:

-¡Di adónde ha salido este atrevido!

-Me dice, o si no la mato -le dijo Condipobre y sacó el cuchillo.

La señora le dijo que ése es un refrán, pero soy madre de todas las aves del mundo y les voy a preguntar, si no saben mis hijos nadie puede saber.

Se fueron hacia unos árboles que se perdían de vista de tan larga distancia que tenía la arbolada. Y comenzó a preguntar, la señora, de la Ciudad de los Tres Picos de Amores, en donde no corre viento ni nace el sol. Y preguntando estuvo tres días. Y ninguna solución le daban hasta terminarse, las aves. Ninguna solución le daban y dijo la señora:

-Me falta una águila vieja, que ella anda por una ciudad, que la tratan muy bien porque no hay otra ave de esa. Ya hace como dos meses que no viene.

—701

Cuando estaba diciendo la señora, llega el águila, y le dijo la señora:

-¿Por dónde has andado pícara, sinvergüenza?

-Por la Ciudad de los Tres Picos de Amores, en donde no corre viento ni nace el sol. Hay unos novios.

-¿Y quiénes son? -le dijo Condipobre que le pregunte la señora.

Y ésta le preguntó, y le dijo:

-Se casa Blanca Azucena, pero según ella, dice que es casada en otro lugar. Y ella piensa que una vez de ir al juez a casarlos, va hacer el

certificado que ella es casada.

Y le dice la señora:

-¿Y cuántos capones necesitás para poder llegar, que este hombre tiene que llegar hasta ese lugar?

-Tendré que comer unos seis.

-¿Y cuántos necesitás para llevar?

-Seis.

Al otro día, a la madrugada, le dio de comer y luego le prepararon los capones para que lleve. Le colocaron los capones en el cogote. Y le dijo el águila a Condipobre:

-Aquí se va acomodar, señor, para que no me interrumpa el vuelo.

Entonces subió el señor, y le dijo el águila:

-Usté va cerrar los ojos y cuando yo le diga mire, va a mirar.

Remontó vuelo el águila y le dijo:

-¡Qué grande parece el mundo, parece del grandor de una peseta! Pase un capón para que comamos -dijo el águila.

—702

Al rato pidió otro. Comió ése y pidió otro. Comió tres al hilo.

-¡Cierre los ojos! -le dijo el águila a Condipobre y voló un rato.

Y entonces le dice:

-Abra los ojos. ¿Qué le parece el mundo?

-Más chico que una peseta.

-Pase una mitá de capón.

Y luego pidió otra mitá del capón.

-Cierre los ojos -le dijo, y remontó vuelo.

Y le preguntó qué parece el mundo.

-Muy chiquito aparece -le dijo.

-Condipobre, pase otra mitá de capón -le dijo el águila.

Y luego pidió la otra mitá y siguió el vuelo. Y le dijo el águila:

-Yo creo que no vamos a llegar; una vez que me fallen las alas, hechos ceniza vamos a quedar. Abra los ojos, vea aquel cerro, aquel cerro dorado que tiene tres picos. Ésa es la Ciudad. Yo creo que no vamos a llegar, compañero, porque estoy pasada de necesidad.

Condipobre sacó el cuchillo y se descoyuntó la pierna y le dio que coma.

Llegó el águila, agarrandose del pico en una piedra del cerro y

Condipobre, agarrandose del cogote del águila hasta poder subir al cerro.

Subió Condipobre y luego subió el águila, y le dice el águila:

-Yo creía no vivir más.

Entonces le dice el águila a Condipobre:

-¿Ve ese palacio adonde rinden honores todos los militares y adonde están todos los pobres? Áhi es la casa de Blanca Azucena. Ahora ya vamos nosotros.

—703

Entonces le dijo Condipobre:

-¿Y qué me hago rengo?

El águila la volvió a la pierna que había comido y lo curó a

Condipobre. Se la puso bien pegada a la pierna. Entonces Condipobre pidió

a la virtud que lo haga un viejito chistoso y canoso, y se fue. Llegó al palacio y miraban, desde los balcones, y decían:

Otros opinaban que podría ser un santos. Entonces se llegó hasta la

guardia y les dijo un chiste. Y dijieron de arriba, del balcón:

-Hagan pasar ese viejito.

Y Blanca Azucena ya creía que podía ser Condipobre, su esposo, pero no confesaba nada. Entonces, cuando entró a donde estaba el baile, se dijo un chiste y le causó mucha gracia al Rey y toda la concurrencia, y dijo el novio:

-Que baile el viejito.

Y todos aplaudieron.

-Que baile con la novia.

Salió a bailar una zamba, y cuando dio la vuelta, sacó el pañuelo el viejito, y le hizo ver el pañuelo a la novia.

En la segunda parte, la novia le pegó un beso en la frente.

Entonces dijo la novia al Rey:

-Permita una palabra, papá.

Entraron a la pieza y el novio quiso acompañarlos, y le dijo la novia:

-Usté se queda, que son cosas particulares.

—704

Entraron a la pieza y le dijo:

-Padre, yo no me caso.

-¿Por qué no te casas, hija?

-Porque me creo tener marido vivo, y está presente, y ese viejito chistoso que está presente, ése es mi marido. Pero no es viejo, él es joven.

Entonces dijo el Rey:

-Hacelo pasar.

Lo hizo pasar y le dijo el Rey:

-¿Quién es usted?

Y él le contestó:

-Yo soy Condipobre, el fiel compañero de Blanca Azucena.

Entonces el Rey dijo:

-Tendremos que festejar el conocimiento del yerno.

Y dijo Condipobre, que él en seguida iba a volver.

Y le dijo a ella, que frente a los balcones, que lo iba a ver cuando vega vestido de militar.

Se fue y le decían a Condipobre:

-No te vayas, viejito. Andate a la cocina. Allá hay carne asada, empanadas.

Y el viejo se fue sin dar importancia a lo que decían.

Se fue Condipobre al lugar donde dejó el águila, llegó y le dijo:

-Usté no volverá más a sus tierras. Lo que quiera va a tener.

Y en seguida se llega hasta los balcones y pidió a la virtud de tener un caballo que sobresalga de los que tiene el —705Rey y una espada de oro. Y el mejor uniforme militar y la mejor montura.

Y se fue. Allí, en el balcón, estaban las que iban a ser cuñadas, y dele charlas. Entonces Blanca Azucena lo vio aparecer al militar y habló al padre y le dijo que si dan honores al militar que venía. Rindieron honores y entró hacia la galería que se encontraba el Rey, adonde estaba toda la concurrencia de los novios. Entró el militar hasta bajo de la galería y Blanca Azucena lo tomó de la mano. Cuando bajó y le pegó un beso en la frente y les dijo:

-Éste es mi marido.

Entonces el novio se pegó un tiro. Y dijo el Rey:
-Saquen el cadáver, que todos los gastos van a mi cuenta. Y sigamos festejando el acontecimiento -al conocer al nuevo yerno.
Francisco Salas, 35 años. La Guardia. La Paz. Catamarca, 1952.
El cuento contiene motivos nuevos para nuestra narrativa.

—706

958. La Ciudad de Tres Picos de Amores

LA RIOJA

Éste era un joven que se le había muerto la madre. Quedó solo y triste y no hallaba ni sabía qui hacer. Ensilló su caballo y dejó las llaves a un negro que tenía en la casa por las dudas qui algún día vuelva. Se fue y llegó a una casa donde estaba abierto el portón y golpió la puerta. Y salió una sombrita que era la dueña de casa y que estaba encantada. Lo hizo pasar para adentro y durmió ahí. Después lo llevó al comedor y le dijo la sombrita que estaba encantada, que su padre la encantó porque no se quería casar. Él le dio un anillo y ella le dio un pañuelo y le dijo que la vaya a buscar a la Ciudad de los Tres Picos de Amores.

Y se fue el joven. Y llega a un rancho que era la casa de la madre del Viento Sur, y le dijo la vieja que no se arrime. Y él no dijo nada. Y después le dijo la vieja que lo iba a esconder. Hizo un hoyo en la cocina y lo enterró.

Cuando vino el viento que le decía a la vieja:

-¡Pus! ¡Pus! Carne humana jiede.

Y la vieja le dijo que era un joven que preguntaba por la Ciudad de Tres Picos de Amores. El viento dijo que tanto andar no ha sentido decir de esa ciudad y le dio unas botas para que camine con gran velocidad.

—707

Y luego no más llegó a la casa de la madre del Zonda²⁹⁶ y le dijo lo mismo. Y después llegó a la casa del Rey de los Pajaritos y le dijo el Rey que iba a llamar con una flauta a todos los pájaros para preguntarles. Los pajaritos le dijieron que ellos no sabían y que faltaba el águila real, que la espere que ya iba a venir. Y llegó en seguida y le dijo el Rey si por qué si había demorado. Y le dijo l'águila que venía de la Ciudad de los Tres Picos de Amores y que hacía tres días que la Blanca Josefa se estaba por casar. El joven le dijo que lo lleve y el águila le dijo que bueno, pero que tenía que llevarle mucho que comer y darle la libertá para toda la vida. El Rey se la dio y les entregó un cordero que luego se terminó porque el águila comía todo el camino. Y emprendieron el viaje alzándolos al cordero y al joven. Cuando acabó el cordero, decía que tenía hambre y le comió al joven los brazos y las piernas. Y ya 'bían llegado, y cuando abrió los ojos el joven estaba sentado en un mortero, tras la casa, y lo dejó al joven. Y se fue a buscar en la cocina qué comer y le pidió café y le trajo para el joven que estaba muy triste porque no podía dentrar porque le faltaban las piernas y los brazos, y le dijo que se los

iba a entregar. Y le entregó las piernas y los brazos y se los pegó al cuerpo como las tenía antes. Y fue a la cocina con l'águila. Entonces lo había visto la Blanca Josefa y les pidió que se lo llevaran a donde estaba ella, que quería conocerlo. Y al llegar el joven donde ella estaba, salió a relucir el anillo y el pañuelo, y le dijo al Rey la niña, que ése era el novio de ella, porque él la desencantó. Y se casó con él y duró tres días la fiesta. Y a los tres días le dijo el águila al joven que ya lo iba a dejar porque ella no era águila sino un ángel. Y se hizo una palomita blanca y se voló.

Laurinda Cerezo, 60 años. El Horno. Vinchina. Sarmiento. La Rioja, 1950. Campesina. Buena narradora.

—708

959. Los Tres Picos de Amor

LA RIOJA

Éstos eran unos novios que se habían peleado y la niña le dejó una carta, debajo de la almohada del novio, en la que le decía que ella se iba a la Ciudad de los Tres Picos de Amor.

El novio estaba muy afligido porque no sabía dónde quedaba esa ciudad. Salió a buscar datos sobre ella. En el camino encontró tres negras que estaban peleando para saber cuál era más linda. Cuando pasó el joven le preguntaron y él les dijo que no se peleen, que todas eran lindas y así no disgustaba a nadie. Para pagarle la bondad de él, las negras decidieron darle una virtud. Una le dio la virtud de ser más ligero que el viento, la otra de que se transforme en viejo cuando él quiera, y la otra que se haga invisible.

Se despidieron y siguió su camino. A lo lejos divisó una luz en un rancho y se encaminó hacia él. Golpió la puerta y salió una viejita. Que era la madre del viento. Lo hizo entrar y le dijo que se vaya rápido porque su hijo era muy malo y lo iba a matar. Estaban conversando cuando sintieron que venía el viento. La viejita no hallaba donde esconderlo y lo metió en un baúl. Entró el viento enojadísimo, dando vuelta lo que encontraba y gritando:

-¡Carne humana! ¡Carne humana!

—709

La madre le decía que no había nada hasta que se calmó y se sentó a la mesa. Cuando estaba calmado se lo podía hablar, y aprovechó la viejita para decirle que había un joven que había venido en su busca. Salió el joven del baúl y se acercó al viento que le preguntó qué quería. El joven le dijo que andaba buscando datos de la Ciudad de los Tres Picos de Amor. El viento le dijo que él había andado, pero que no podía llevarlo, pero que los pájaros podrían conocer y llevarlo. Comenzó a tocar una flauta y empezaron a llegar animales de todas direcciones, pero ninguno conocía el lugar. Faltaba el águila que llegó al último y justificó la demora diciendo que había estado en la Ciudad de los Tres Picos de Amor, y que había un casamiento. El viento le preguntó si podía llevarlo al joven y el

águila contestó que sí, pero con la condición que llevaría tres corderos. El viento dijo al joven que en una casita que se veía a lo lejos vendían corderos, pero que tenía que salir al amanecer. Él saldría por detrás y si lo alcanzaba lo iba a matar.

Al amanecer salió el joven y con la virtud que le dio una de las negras fue más veloz que el viento y llegó antes que él. Más tarde llegó el viento diciéndole que había sabido correr más que él. Compraron los corderos y volvieron a donde estaba l'águila. Subió en las alas del águila llevando los corderos. A poco andar le pidió un cordero, después otro. A la mitad del camino le pidió el tercer cordero, pero el joven sólo le dio la mitad, luego la cuarta parte y por último lo que le quedaba. Cuando le pidió más le contestó que ya nada le quedaba. El águila le dijo que se corte una pierna y le dé o sinó se lo comía a él. Así lo hizo el joven. Y le volvió a pedir, y luego le dio la otra pierna.

Llegaron a la ciudad y el águila le dijo que se baje, pero el joven le contestó que no podía porque no tenía las piernas. El águila le dijo que le corte una pluma y le saque una pierna. El joven le dijo que no podría bajarse porque —710tenía una sola pierna. Le cortó otra pluma, y le sacó la otra pierna. Se las pegó y se bajó, dándole las gracias.

A poco andar se encontró un viejito con el que se puso a conversar, preguntándole las novedades del pueblo. El viejito le contó que había un casamiento. Y el joven le dijo que fueran juntos, pero antes se había convertido en anciano. Fueron al casamiento y el joven, que ahora estaba convertido en viejo, conservaba un anillo de la niña y esa noche se lo puso.

Cuando estuvieron en la fiesta, el viejito vio que la novia era la joven que buscaba y trataba por todos los medios que le viera el anillo. Para ello sacaba a cada momento el pañuelo y se limpiaba la nariz. La niña vio el anillo y se acercó al viejito preguntándole de dónde había sacado ese anillo. Él le contestó:

-Lo he hallado.

Cuando la niña le preguntaba dónde, él le respondía:

-Me lo han dado.

Y así siguió contestando sin que le diera más noticias. Se sentaron a la mesa y el viejito se puso el sobretodo que lo hacía invisible y se metió bajo la mesa.

Mientras comían él les decía que le dieran algo, pero por más que buscaban no encontraban nada. La niña que presentía que era el joven, no quiso casarse.

Al otro día estaba la niña en la puerta y vio pasar a un joven en un caballo blanco, al galope, y le arrojó cinco naranjas a los pies, siguiendo al galope.

La niña que ya no duda quién era, les dijo que ella se iba a casar con el joven de las naranjas y todos salieron a buscarlo. Mientras tanto el joven se convirtió en viejo y —711cuando la niña le preguntó si no había visto un joven en un caballo blanco, le contestó que no. La niña enojada lo retó. Al día siguiente volvió a pasar en caballero, pero se arrojó a los pies de la niña, que lo abrazó llena de alegría. Se casaron y fueron felices y comieron perdices.

Juan Maldonado, 39 años. Paso San Isidro. General Lavalle. La Rioja, 1950.

Buen narrador.

—712

960. Donde ni viento corre

SAN LUIS

Había una señora que tenía tres hijos. El mayor se fue a trabajar. Iba por allí y andaba con sé, que no encontraba donde tomar agua. Y por allí encontró junto de una piedra grande una vertiente con una agua clarita. Y se agachó a tomar agua. Y salió debajo de la piedra una víbora y le tiró un picotón. Y él se retiró y le tiró una pedrada. Y la víbora se metió debajo la piedra. Y él se volvió agachar a tomar agua y la víbora le volvió a tirar otro picotón. Así que no lo dejaba tomar agua. Le tiraba piedras y le tiró con el cuchillo. Y dio en contra la piedra y la víbora se escondía debajo la piedra y le cansó y no lo dejó tomar agua. Así que se tuvo que ir sin tomar agua porque la víbora no lo dejó.

Después vino el hermano que seguía y le pasó lo mismo. Tampoco lo dejó tomar agua la víbora. Y se tuvo que ir sin tomar agua.

Después dispuso el hermano más chico salir a buscar trabajo. También llegó a la vertiente junto a la piedra grande. Y él andaba con mucha sé. Y se sacó el sombrero²⁹⁷ y se —713 dispuso a tomar agua, pero la víbora le tiró un picotón y él se retiró. La víbora se metió debajo de la piedra y él le dijo:

-No me piques, viborita, dejame tomar agua.

Y se volvió agachar. Y así la tuvo hasta que la cansó y lo dejó tomar agua. Y ella se transformó en una chica y le dijo:

-Mirá, yo soy una chica, pero sinó que me tienen encantada acá, hecha una víbora. Así que si vos me querés salvar, te vas en aquellas casas que se ven allá y te tienes que quedar allí, sientas lo que sientas y te hagan lo que te hagan, vos tenís que aguantar sin decir palabra. No vas a ir a hablar, porque vamos a ser perdidos los dos. Y si me salvás yo me voy a casar con vos. Bueno, andá. Yo voy a ir todas las mañanas a verte.

Bueno, el muchacho se fue y se quedó allá. Y esa noche, cuando se acostó, vinieron unos y lo hablaron. Lo tomaban de los cabellos y le quitaban las colchas. Lo tiraban al suelo y él no hablaba nada.

Al otro día fue la chica y conversaba con el joven.

Y llegó otra noche y vinieron y lo agarraron al muchacho y lo tiraban para arriba, le tiraban el cabello, le pegaban, lo mordían, lo chuciaban, pero él no habló nada.

Al otro día, vino otra vuelta la chica y le dijo que cómo le había ido. Él le dijo que venían siempre personas que él no podía distinguir y le hacían de todo, pero que él no hablaba.

-Bueno -le dijo- te queda una noche más.

-Sí, me voy a quedar -le dijo el joven.

-Aguantá, que ya los vamos a salvar.

Bueno, se llegó otra noche y empezaron a llegar gente, en la oscuridá y le hacían lo mismo. Lo tiraban para arriba, —714 le tiraban los

cabellos, le pegaban, lo sacudían, y él nada. Se cansaron de hacerle cosas y cuando se quisieron ir, a la madrugada, le cantaron un verso. Y él se había quedado medio dormido, y les contestó ¡muchas gracias!298 Así que habló. Perdió la prueba que tenía que hacer.

Bueno... Vino al otro día temprano la chica y le dijo al muchacho:

-Sé que te ha ido mal, has hablado. Estamos perdidos. Así que me va llevar mi madre. Así que si me querís, me seguís. Mañana temprano vamos a tomar este camino.

Se pusieron muy tristes los dos y se despidieron. Él le dijo que la iba a seguir hasta el fin del mundo.

Y la madre la llevó más lejos. Y el joven la siguió a la distancia por el mismo camino.

Por allá, en el camino, encontró un viejito. Le preguntó qué andaba haciendo, y él le dijo que iba siguiendo una chica. Y le conversó lo que le había pasado del principio hasta el fin. Le dijo todo.

-Bueno -le dijo el viejito-, tomá, te voy a dar estas dos virtudes, este sombrero y estas botas. Cuando te pongás el sombrero, no te va a ver nadie. Y cuando te pongás las botas, vas a poder correr más que el viento. Bueno, tomó las virtudes que le había dado el viejito, se las agradeció mucho, y se fue. Cuando quería que no lo viera nadie, se ponía el sombrero. Cuando quería andar ligero, se ponía las botas y corría más ligero que el viento. Y así llegó al pueblo que vivía la señora y la chica. Y se quedó en el pueblo y él puso una casa de negocio en la otra esquina donde vivía la madre de la chica.

—715

Entonces él se ponía el sombrero cuando iba la señora y la hacía atender con otro. Cuando venía la chica, se lo sacaba. Bueno, pero la señora malició y dispuso de irse a otro lado, muy lejos. Entonces un día, le dijo la chica que la llevaban muy lejos, a un lugar que se llamaba Donde ni Viento Corre. El muchacho le dijo que la iba seguir.

Bueno, dispuso el muchacho de seguirla, y se puso en camino, pero en todos lados le dijieron que ese lugar estaba muy lejos. Pero él siguió no más. En parte se ponía el sombrero y las botas y adelantó mucho camino. Seguía y iba y preguntaba de ese lugar, Donde ni Viento Corre. Nadie le daba noticia dónde era ese lugar y anduvo muy mucho. Por allá que dio con una viejita y él le preguntó de ese lugar. Y la viejita le dijo que ella no sabía, que quien podía saber era en El Reino de las Águilas. Como ellas andaban tanto y por tantos lugares, podían saber.

Bueno, se fue al lugar donde se encontraban las águilas y preguntó si no sabían dónde era ese lugar que se llamaba Donde ni Viento Corre.

Bueno... El Rey de las águilas le dijo:

-Yo tengo muchas águilas en el reino, que las mando para diferentes puntos. Pueda ser que alguna sepa.

Y pegó un silbido el rey de las águilas y empezaron a llegar las águilas.

Y él les empezó a preguntar de ese lugar, Donde ni Viento Corre, y ninguna supo dónde quedaba, ninguna había llegado a ese lugar.

-Bueno -dijo el Rey de las águilas-, no falta más que la águila vieja. Es la única que los puede dar noticias, pero ella tarda un poco más porque es muy vieja, pero luego llegará. Como que fue así, y llegó. Le preguntaron por el lugar que se llamaba Donde ni Viento Corre y ella dijo que no sabía

y que el único que podía saber era el Viento Norte. Y se fueron a buscarlo y le preguntaron que si no sabía dónde quedaba el lugar Donde ni Viento Corre.

—716

-Mire -les dijo el Viento Norte-, yo he andado muy mucho, por muchas partes, y no he sentido nombrar ese lugar. Miren, el único que puede saber es mi compadre, el Viento Sur.

-Bueno, vamos para allá -dijieron y se fueron.

Y se fueron a la casa del Viento Sur y le dijeron que allí iban a buscarlo a ver si les daba noticias dónde quedaba el lugar Donde ni Viento Corre.

-Mire -les dijo el Viento Sur-, yo no sé pero conozco una vieja que cuando yo voy y la embromo y la hago enojar, me insulta y me dice «ahorita me voy a ir para el lugar Donde ni Viento Corre», así que ella ha de saber. Mire -le dice al muchacho-, los vamos a ir juntos y yo la hago enojar hasta que diga que va ir a Donde ni Viento Corre. Y usted está escondido y cuando la vieja diga así, usted le sale y la exige que le diga dónde es ese lugar.

-Bueno -le dijo el muchacho.

-Usted sale esta noche para que adelante el camino -le dijo el viento.

-No -le dijo el muchacho-. No tenga miedo. Yo voy a salir junto con usted y vamos a llegar juntos.

Al otro día vino el viento y le dijo:

-Vamos.

-Bueno -le dijo el muchacho-, salgamos.

Y el muchacho se puso el sombrero y las botas y le pegó andar. Anduvo muchas leguas y se puso a esperarlo al viento. Y cuando llegó el viento él estaba sentado, esperándolo. Se había sacado las botas y el sombrero. Y llegó el viento y le dijo que cómo ha venido tan ligero.

Bueno, y volvieron a seguir caminando. Y el muchacho se puso el sombrero y las botas y corrió más ligero que —717el viento y lo esperó cerca de la casa de la vieja. Bueno, llegó el viento y le dijo al muchacho:

-Allá, en aquel rancho vive la vieja, así que usted trate de llegar, que no lo vea la vieja. Yo voy a llegar fuerte, apagándole el juego echándole ceniza a las ollas. La voy a molestar tanto hasta que diga que se va ir Donde ni Viento Corre, y usted la agarra y la exige que le diga dónde es ese lugar.

-Bueno -le dijo el muchacho.

Se fueron los dos juntos.

El muchacho se puso el sombrero que no lo vían y se fue adonde estaba la vieja, y se puso cerquita de la vieja. Y en eso llegó el Viento Sur y empezó a desparramarle el juego y a echale ceniza en las ollas. Y la vieja se enojaba. Y tanto la embromó el viento, que dijo la vieja:

-¡Este viento maldito que me embroma tanto! Ahorita me voy a ir para el lugar Donde ni Viento Corre.

Y ahí salió el muchacho sacándose el sombrero y la tomó del brazo a la vieja y le dijo:

-Ahora me tiene que decir donde está el lugar Donde ni Viento Corre.

Y la vieja le dijo que ella no sabía, pero la exigía tanto que le tuvo que decir dónde era. Él le contó que iba en busca de una niña que estaba encantada y que la habían llevado ahí. Entonces ella le dijo:

-Vaya allá, aquel pueblito que di aquí se ve el humito. Ahi, a la entrada, hay una casita de dos pisos. Ahi vive la niña que usted busca. Ella está en el piso di arriba.

Le dio las gracias el muchacho a la vieja, y se fue. Llegó el muchacho y de lejos lo vido la chica. Se puso el sombrero el muchacho y entró donde estaba la chica. Conversaron un buen rato. Él se había sacado el sombrero para —718que lo viera bien. Se puso el sombrero y se fue. Así pasó un tiempo. Todos los días venía el muchacho y conversaban hasta que un día la chica le dijo que por él ya si había terminado el encanto. Y se fue la chica con él, se casaron y se volvieron a los pagos de ellos.

Julián Aguilera, 65 años. Las Barranquitas. Pringles. San Luis, 1971.

El narrador aprendió este cuento en El Saladillo, de su padre, que era un gran narrador.

—719

961. Los Tres Picos de Amor

SAN LUIS

Éste era un rey muy rico. En un campo de la estancia del Rey había entrado un bicho muy grande y muy malo, y a todos los que entraban al potrero los comía. Y al Rey le comía un animal todos los días. Bué. El Rey no hallaba cómo hacer para matar ese bicho. Había un hombre vecino del Rey que decía que era muy corajudo. El Rey lo mandó a llamar y le dijo que se preparara para que fuera a pelear con ese bicho, a ver si lo mataba. Y le dijo que viniera al otro día, que pensara cómo podía hacer para matarlo. El hombre se fue muy triste para la casa d'él. Entonces la señora del hombre, cuando lo vido que iba tan triste, le preguntó que qué le pasaba. Él le dijo:

-¿Qué te parece, che vieja? Me ha dicho el Rey que tengo que matar el bicho que anda en el campo d'él.

La señora le dijo que no se asustara, que ella le iba a ayudar. Que fuera y le dijera al rey que le hiciera hacer una jaula, todo de fierro, con dos puertas, y que fuera automática. Cuando se entraba por una puerta, que se abrieran las dos; y cuando saliera por la última, que se echaran llave las dos. La jaula tenía que tener una cuadra de largo porque el bicho era muy grande, y tenía que caber el bicho en la jaula. Bué... y que le dijera al Rey que le diera el caballo más ligero que tenía y que le hiciera llegar la jaula —720a la puerta del potrero ande entreba el bicho. Bué... El Rey l'hizo hacer la jaula, se la hizo llevar y le dio el caballo más ligero. El hombre se fue un poco asustado. Lo único que le advirtió la señora propia, que cuando viniera de vuelta y ella le preguntara cómo le había ido, que dijera él:

-Mal y bien. Que no fuera a decir bien, primero, porque si decía bien, ella era perdida. El hombre se fue al potrero. Cuando lo vido al bicho, ahí no más pegó la vuelta y se disparó, y el bicho lo sacó corriendo. Ya lo venía alcanzando y tuvo la suerte, junto con lo que ya le agarraba la cola del caballo, de entrar a la jaula. Se abrieron las dos puertas y cuando salió por la última se cerraron las dos y el bicho quedó encerrado

adentro 'e la jaula. Él se bajó y sacó su cuchillo, y de ajuera de la jaula le comenzó a pegar hasta que lo mató. Entonce jué para las casas del Rey y le dijo que ya había hecho lo que él lo había mandado. El Rey muy contento le dijo que se juera a la casa d'él muy tranquilo, y le dio mucho dinero. Al otro día cuando iba llegando a las casas d'él, salió la señora y le preguntó cómo le había ido, y él le contestó:

Mal, y bien. Al otro día muy temprano el Rey lo mandó a llamar otra vez y le dijo que tenía que traerle el tigre más malo que había vivo, a la casa d'él. El hombre se fue a la casa llorando y le dijo a la señora lo que le había ocurrido con el Rey. La señora le dijo que ella lo iba a ayudar, que no se apurara y que le pidiera al Rey un rollo de serpentina, para que con eso lo trajera enlazado al tigre. Se fue a la casa del Rey y le pidió la serpentina y se fue a los campos. En eso que andaba sintió los bramidos de un tigre, y ése era el tigre más malo que había. Él armó una armada de serpentina, y la señora le había dicho que cuando viniera el tigre que le dijera:

-¡Chisto, caballito!, ¡Chisto, caballito!

Y que se le comenzara a arrimar despacito, y que no le tuviera miedo al tigre. Llegó el hombre y se juntó con el —721 tigre. Sacó la serpentina y lo comenzó a chistar. El tigre comenzó a bramar y bramar y él lo siguió chistando y se comenzó a allegar despacito hasta que le puso la serpentina en el cogote, y lo trajo tirando hasta las casas del Rey. El Rey no se hallaba qué hacer, y así cuando vido que el hombre traía el tigre tirando con un papel de serpentina, le dijo al hombre que le pusiera unas cadenas y que lo atara bien y que se juera para las casas d'él.

Cuando anduvo una cuadra de las casas, sintió un ruido: era el tigre que cortó las cadenas y comenzó a matar a todos en la casa del Rey. Al Rey fue el primero que mató, y el hombre comenzó a mosquetear. Entonce se fue contento porque no le iba a molestar más el Rey. Cuando llegó a las casas iba muy contento. Le dice la señora:

-¿Cómo te ha ido?

Y él, de contento, le dice:

-¡Bien, bien!... Se equivocó. La señora no le dijo nada. Pidió agua él para tomar, y se sentó muy contento, pero la señora quedó muy triste.

-Bueno -le dijo-, che viejo, ahora yo tengo que irme, porque vos no te acordaste que tenías que decir cuando yo te preguntaba que cómo te había ido, mal, primero.

Y la señora le dijo que si la quería ver a ella que la juera a buscar a Los Tres Picos de Amor. Y se hizo una palomita y se voló. El hombre la quedó mirando hasta que se vido chiquita, chiquita, y no la vido más. Él estuvo un tiempo solo, y un día dispuso de irse. Perdido por perdido, puede ser que alguno le diera noticias de adonde eran Los Tres Picos de Amor. Anduvo como dos años caminando de a pie. Un día, en un camino, encontró tres hermanos que estaban discutiendo por una herencia. La herencia era un par de botas que poniéndoselas uno, era más ligero que el viento; por un sobretodo que poniendoselo hacía vivir los muertos, y por un sombrero que poniendosé ese sombrero, no lo vía nadie. Entonce le dijo el hombre que si querían —722 que él les iba a repartir la herencia.

Los muchachos acertaron. El hombre les dijo que se fueran a una distancia de 500 metros y que corrieran una carrera, qu'él iba a ser el vedor, y que

el que ganara iba a elegir de las prendas. Cuando los muchachos se jugaron a largar la carrera él les hizo seña de que largaran. Los muchachos largaron, y él se puso el sombrero. Y los muchachos pasaron y no lo vieron. Corrieron hasta quién sabe dónde. Él se puso las botas, alzó el sobretodo y se jue. Corría más ligero que el viento. Muy tarde llegó a una casita adonde había una viejita. Llegó y la saludó y ella le dijo que era la madre de Viento Sur, y que Viento Sur era muy malo y que si venía y lo hallaba áhi, lo iba a matar. Él le dijo que iba a hacerle una pregunta: Que si no sabía su hijo, adónde quedaban Los Tres Picos de Amor. La viejita le dijo que lo esperara, que en seguida iba a venir. El viento sur tenía una hermana que también estaba áhi en la casa. Cuando estaba áhi el hombre conversando con la viejita y la niña, la viejita cayó muerta. Entonce la niña se largó a llorar desesperada. Entonce el hombre le dijo que no lo fuera a hacer aporrear con el hermano, que él le iba a hacer vivir la madre. Entonce la tapó con el sobretodo, y al ratito vivió. Al rato llegó Viento Sur y lo quería matar. Entonce le dijo la hermana lo que había ocurrido en ese momento. Entonce Viento Sur lo comenzó a conversar. Entonce el hombre le dijo que él andaba en busca de Los Tres Picos de Amor y que si él no sabía ánde quedaba. Viento Sur le dijo: -Yo he andado mucho pero no sé adónde es eso; mi compadre Viento Norte, tiene que saber. Si no sabe él no lo sabe nadie, porque él tiene toda clase de bichos y los manda pa todos lados. Bué... Viento Sur le dijo que al otro día lo iba a acompañar hasta la casa del compadre y que él lo iba a recomendar. Viento Sur le dijo que cómo iba a hacer para ir él tan —723ligero. Él le dijo que no se apurara, que tal vez iban a andar medio di acuerdo. Al otro día temprano tomaron viaje. Cuando Viento Sur llegó, el hombre ya hacía una hora que estaba áhi. Viento Sur llegó a la casa del compadre y le dijo que ese hombre que venía con él, venía a hacerle una pregunta, que como él era tan andariego, que podía saber ánde quedaban Los Tres Picos de Amor. Viento Norte tampoco sabía, pero llamó a todos los bichos que él tenía y les comenzó a preguntar, y ninguno sabía. Después, se acordó él, que faltaba un águila renga, vieja, muy andariega, y que a lo mejor ésa sabía. Al rato no más llegó l'águila vieja y la llamaron y le preguntaron si no sabía ande quedaban Los Tres Picos de Amor. L'águila renga dijo que sí, que de allá venía, y que tenía que irse en seguida, porque al otro día había un casamiento, y era convidada ella. Que se casaba una niña que era forastera de ese pago. Entonce Viento Norte le ordenó que tenía que llevar ese hombre allá. Al rato no más l'águila renga lo habló para ajuera y le dijo que le pidiera a Viento Norte un cordero para el viaje, para comer. El hombre lo pidió y se lo dieron. El hombre alzó el cordero y subió en l'águila. L'águila subió volando y se jue. Viajaron toda esa noche y al otro día, y ya se le iba acabando la carne del cordero. L'águila le pedía a cada rato carne para comer. Y ya se le terminó el cordero, y no podían salir a tierra; iban sobre el mar. L'águila le comenzó a pedir carne y él ya no tenía; entonce se cortó un pedazo de la pierna y le dio al águila. Ya faltaba poco para salir a tierra cuando le pidió más carne. Ya amenazaba caer al agua de hambre, el águila. Entonce él se cortó de la otra pierna otro pedazo de carne y se la dio al águila. Entonce ya salieron a tierra. Cuando se asentó el águila al suelo, a él no le faltaba

nada de las piernas, le había crecido otra vez la carne. Bué... Llegaron a las casas ande era el casamiento. L'águila renga era muy amiga de todos. El hombre, el único recuerdo que tenía de su esposa propia, era un pañuelo de bolso, que se lo había bordado ella. Los novios ya estaban en la mesa. Llegaron ellos y se sentaron también en la mesa. Entonce la novia —724→ que era la esposa del hombre, lo comenzó a mirar. Ya lo estaba conociendo, cuando le alcanzó a ver el pañuelo que ella misma había bordado. Entonce pidió la palabra y ante todos dijo que la dejaran hablar. Entonce ella se paró y les dijo que ese hombre que había llegado con l'águila renga era el marido propio de ella, y corrió y lo abrazó. El novio quedó más sorprendido porque no sabía qué hacer. L'águila renga se encargó de traerlo al hombre que llevó a esos pagos al otro día junto con la señora propia. Y nu es más.

José Chaves, 26 años. San Martín. San Luis, 1939.

El cuento es variante del cuento tradicional.

962. Los Tres Picos de Amor

SAN LUIS

Había una vez un matrimonio muy rico, que no tenía ningún hijo y no hallaban a quién dejar las herencias de ellos cuando se murieran. Eran muy viejitos los dos y decían:

-Esto no puede ser que nosotros mañana o pasau no más nos muramos y que no tengamos un hijo a quién dejar lo que tenemos.

Entonce la viejita salió un día al campo y le pidió por favor al «Ave María»²⁹⁹ que ella le prendería velas, y le daría todo lo que él quisiera con tal que le diera un hijo.

Un día se le comenzó a hinchar la rodilla a esta señora, y se le hinchó tanto que al fin nació un niño.

Y después lo criaron muy regalón, como a un hijo verdadero de ellos.

Cuando ya pasaron los años, y el hijo ya era un mozo, el padre lo mandó con doscientas vacas, a venderlas. Le dijo el padre que la mitá de la plata era para él y la mitá para el hijo. Y las vendió a las vacas y se agarró la mitá de la plata. El mozo agarró y con lo que era de él, trocó³⁰⁰ un cuadro, un santo, por cien pesos. Cuando vino, —726le dio al padre la mitá de la venta, y le enseñó al padre y a la madre el cuadro que había costau cien pesos. El padre s'enojó mucho porque había gastau tanta plata en un santo. La madre s'enojó con el padre porque le dijo qu'él le había dicho que gastara en lo que quisiera. El santo lo ayudó al mozo en toda la vida y le salvó l'alma del Ave María.

Entonce la madre lo mandó a vender trescientas vacas, la mitá para cada uno, y qu'él gastara lo suyo en lo que quisiera. El mozo vendió las vacas y se agarró la mitá de la plata, y guardó la mitá de la madre.

Un día andaba el mozo por una ciudá, y encontró que un hombre vendía una jaulita di oro con una pajarita muy bonita. Y que al mozo le dio por comprarla. Que el santo que él tenía, lu iluminó al mozo pa que lo comprara.

Resultó que la pajarita era una princesa que estaba en encanto, muy donosa y linda. A la noche ella se formó en una niña, como era, y el mozo s'enamoró de ella y se casó. La Princesa le dijo que ella hasta que no llegara el plazo, lo iba abandonar y s'iba ir. Y el joven que le dijo que perdiera cuidau.

Y ya el mozo se jue a la casa y se llevó la pajarita. La pajarita sólo de noche, cuando 'tába él no más, si hacía cristiana.

La madre no dijo nada, pero cuando llegó el padre que s'enojó más todavía, porque había gastáu la plata en eso. La madre s'enojó con el padre porque él li había dau libertá y ahora le quería imponer su voluntá. El mozo no podía decir nada porque si decía el secreto, la niña s'iba a morir.

Ya faltaba poco para que la niña se desencantara, cuando un día dice el mozo que iba ir a la iglesia. Entonce que le dice la niña:

-No te vas porque te podís enamorar di otra niña, y yo voy a ser perdida.

-No se te dé cuidado -que le dice el joven.

—727

Y se jue no más.

En l'iglesia dio la casualidá qu'staba l'hija 'el Rey y cuando vio este joven tan güen mozo s'enamoró perdidamente d'él. Y ya le dijo la Princesa al Rey qu'ella se quería casar con ese mozo, y con nadie más, y s'enfermó. Y ya ordenó el Rey que viniera ese mozo al palacio y le dijo que palabra de Rey no puede faltar, y que tenía que casarse con la Princesa. El mozo lloraba muchísimo, pero no podía decir su secreto. Y lu hicieron casar no más.

Esa noche del casamiento, el mozo desesperado pensando en la pajarita qu'era su señora, la mató a la Princesa y a la madre d'ella que los cuidaba y se huyó a su casa. Cuando llegó encontró la jaulita vacida³⁰¹ y un papel de la niña que le decía que tenía que ir a buscarla en La Torre de los Tres Picos de Amores y que tenía que gastar tres pares de zapatos de fierro. El mozo sin decir nada a los padres, se jue. S'hizo hacer los tres pares de zapatos de fierro y comenzó a andar.

Anduvo muchos años, y cuando ya había andau el mundo entero, y ya iba acabando el último par de zapatos, llegó a La Torre de los Tres Picos de Amores. Cuando llegó supo que la Princesa di áhi, qu'era su esposa, estaba para casarse el día siguiente con un Rey vecino. Áhi no más se presentó al palacio y s'hizo conocer y la niña le dijo al Rey qu'ése era su verdadero esposo y que como era casada no se podía volver a casar.

Ya hicieron una fiesta muy grande y se jugaron a buscar los padres de crianza, los viejitos, y los trajieron y vivieron muchos años en el palacio de la pajarita, qui ahora era reina, y el mozo, rey.

Victoria Lucero de Luna, 22 años. Tilisarao. Chacabuco. San Luis, 1948.

Muy buena narradora.

—728

963. Juan sin Miedo

Los Tres Picos de Amores

CÓRDOBA

Era un joven que era muy valiente para peliar. Le pidió al padre que le regalara un puñal que él tenía, para salir a rodar tierra. Y se fue.

En un camino se juntó con un gaucho, que era valiente igual que él.

Entonce Juan sin Miedo lo desafió a peliar.

Y se juntaron. Cada uno con un puñal. Peliaron hasta que quedaron cansados los dos. Ninguno de los se cortaron.

De la gran ses302 que tenían se jueron a un rancho que devisaron a pedir agua. Al llegar al rancho, no había gente.

Juan sin Miedo que era el más valiente, devisó para adentro de la casa. Y detrás de la puerta había una tina con agua. Y entonce le dijo al compañero:

-Aquí hay agua, venga, vamos a tomar.

Y el compañero le dice:

-Dentre a tomar usted primero y después voy a tomar yo.

—729

Cuando Juan sin Miedo se agachó a tomar agua, una víbora que 'taba adentro del tacho, le pegó un picotón. Entonce Juan sin Miedo la tomó con una mano de la cabeza doblandolá contra la orilla 'el tacho y se puso a tomar agua.

Y lo llamó al compañero para que aprovechara de tomar agua, mientras él la tenía a la víbora. El compañero tomó agua y salió en seguida afuera.

Entonce la víbora le dijo a Juan sin Miedo:

-Yo soy una niña encantada de los diablos. Si usted -le dice la víbora- se anima a peliar tres noches con los diablos, yo volveré a ser niña como era ante.

Entonce Juan sin Miedo le dijo que iba a hablar con el compañero. Y le dijo el compañero que 'taba bien. Entonce volvió Juan sin Miedo adentro de la pieza y le pidió los datos cómo tenía que hacer para peliar con los diablos.

La víbora le dijo que tenía que peliar tres noches y ella podía arreglar cualquier asunto, basta que cuando peleen con los diablos, no vayan a decir ¡ay! Que ellos, ojala los maten los diablos, basta que ellos no digan ¡ay! los pueden hacer ceniza, que ella los haría vivir otra vez. Pero si ellos decían ¡ay!, a ella ya no le alcanzaba el poder para poderlos salvar.

Se quedaron y esperaron para peliar con los diablos.

La primera noche peliaron con los diablos. Al compañero de Juan sin Miedo, al pegarle una puñalada los diablos, dijo ¡ay! y se perdió para siempre.

Juan sin Miedo siguió peliando hasta que lo mataron, pero sin decir ¡ay!

Lo quemaron los diablos y le aventaron la ceniza. A las dos horas Juan sin Miedo estaba vivo. Y ya la niña estaba medio cuerpo hecha cristiano.

La segunda noche volvió a peliar con los diablos. Lo volvieron a matar, pero no dijo ¡ay! A las dos horas estuvo vivo. La niña estaba más de medio cuerpo hecho cristiano. La tercera noche volvió a peliar. Lo volvieron a matar y no

—730dijo ¡ay! Lo volvieron a quemar y le aventaron la ceniza. A las dos horas volvió a vivir. La niña ya 'taba toda hecha cristiano. No volvieron más los diablos. Se acabó el encanto.

Ella le habló a Juan sin Miedo y le dijo que ellas eran tres hermanas y que las tres estaban encantadas de los diablos. Que una era un limón que 'taba en la ventana y la otra era una planta de durazno que 'taba más retirado de la casa ande 'taba ella. Y que para desencantarlas, que él tenía que cuidar el durazno y ella iba a cuidar el limón durante dos días, para que puedan volver las niñas como eran antes. Y le dijo a Juan sin Miedo:

-Va a venir un negro con una copa de licor a envitarlo. Usté no vaya a querer tomar, porque usté se va a morir y le van a robar el durazno. Entonce Juan sin Miedo se fue a cuidar la planta de durazno. Y ya llegó el negro. Entonce Juan sin Miedo, cuando vino el negro sonriéndose, en envitarlo con el licor, Juan sin Miedo, intentó, con una mano agarrar el vaso, y con la otra mano intentó pegarle una puñalada. Y al hacer el ademán, le saltó una gota de licor en la boca y cayó al suelo, en forma de muerto. Y el negro le robó el durazno.

Bueno... Al ver la niña que este joven no iba para ande ella 'taba, después de dos días, se vino a verlo y lo halló muerto. Ella se puso a llorar porque ella se quería casar con él, y de ver que no daba señal de vida, le dejó un pañuelo bordado con las iniciales de ella, en un bolsillo del saco, donde le decía, si por las dudas viviera: «Si me quieres ir a ver, andá a Los Tres Picos de Amores, que ahí me encuentro yo».

Al poco rato que ella se fue del lado de él, Juan sin Miedo volvió en sí y se fue a ver a la niña al rancho donde 'taba el limón y no encontró ni el limón ni la niña. Y se largó a llorar por los campos. Al estar sentado bajo de un —731 árbol, pensando en ella, se empezó a buscar en los bolsillos y encontró el pañuelo donde le decía: Si me quieres ir a ver, andá a Los Tres Picos de Amores. Este joven, desesperadamente no hallaba adonde ir a preguntar en dónde quedaba ese lugar, hasta que por fin divisó un palacio en donde había toda clase de bichos. Y llegó a preguntar que si no conocían ese lugar. Le preguntó al Reis del palacio.

El Rey le contestó que iba a preguntar a todos los bichos del mundo que asistían ahí. Y el Reis, con una flauta llamó a todos los bichos y les preguntó que si no conocían ese lugar. Los bichos contestaron que nunca habían sentido ni nombrar ese lugar. Entonce Juan sin Miedo le preguntó al Rey³⁰³ que adónde podía ir a preguntar, que le dieran noticia.

Entonce el Reis le dio un papel escrito para que vaya a la casa de otro Reis donde había todas las clases de aves de todo el mundo.

Y se dirigió a la casa 'el Reis y le entregó el papel. Entonce el Rey le dijo que iba a preguntar a las aves. El Reis con una flauta llamó por primera vez y se asentaron en los árboles y en el suelo, cantidades de aves. Y les preguntó si no conocían ese lugar, Los Tres Picos de Amores. Y las aves contestaron que no habían sentido ese nombre. Pero un icaco³⁰⁴ pidió la palabra al señor Reis y le dijo que había sentido conversar a l'águila renga, que ella 'taba invitada para un casamiento en esa ciudá, pero que no sabía en dónde era. El Rey por segunda vez volvió a tocar la flauta y la águila renga era la única que faltaba. No apareció a la segunda llamada. Vuelve a tocar la flauta por tercera vez y —732 se sentó en un árbol abriendo las alas de cansada. Le pregunta el Rey de las águilas que por dónde había andado. Y le dijo que había estado en Los Tres Picos de Amores, donde se casaba la hija de un Rey. Juan sin Miedo le

preguntó que si no podía hacer el favor de llevarlo a Los Tres Picos de Amores. Ella le contestó que era muy imposible porque estaba muy cansada. Tanto le rogó él que le acetó de llevarlo.

Bueno... Le dijo que lo iba a llevar. Lo que sí, tenía que buscar diez capones para que le diera de comer a ella durante el viaje porque estaba muy lejos y había que atravesar la mar.

Juan sin Miedo buscó los diez capones y los hizo en forma de un collar y se lo puso al águila. Y él subió sobre las alas. Y l'águila remontó vuelo con toda esta carga.

Cada vez que ella pedía carne tenía que darle un capón.

Ante de llegar a tierra, por varias ocasiones l'águila le pedía carne y ya no había. Entonces, Juan sin Miedo se cortó un pedazo de carne de la pierna de él y le atravesó en el pico. Y llegó a tiempo al frente del palacio.

L'águila renga al ver que le salía tanta sangre a él de la pierna, le preguntó qué le pasaba. Entonces él le dijo que como la carne le faltó para dar cumplimiento a ella, se tuvo que cortar un pedazo de la pierna de él para darle. L'águila renga devolvió la carne de él que había tragado y se la vuelve a pegar en la pierna. Quedó como si no se hubiera cortado nunca. Y entonces l'águila renga le dio una piedra de virtud para que él pida lo que él quiera pedir con eso. Y l'águila se despidió y se volvió al palacio de las aves.

Entonces Juan sin Miedo le pidió a la piedra que lo hiciera formar un viejo sucio y todo roto, y se dirigió adonde era el casamiento de un príncipe con la niña, la hija del Rey. Al llegar allí unos metros antes de llegar, el Rey le hizo sacar a patadas. En seguida volvió a insistir. Entonces —733el Príncipe pidió que lo dejaran llegar para ver qué es lo que quería hacer.

El viejo éste, se dentró adentro de la pieza donde 'taban los novios y se puso al lado de la puerta, a limpiarse los ojos, y en seguida sacó un pañuelo del bolsillo del saco y lo abrió haciendosé que se quería limpiar la nariz. Y entonces le alcanzó a ver la niña y conoció el pañuelo. Pegó un salto dejandoló al novio y le abrazó a Juan sin Miedo, diciendo:

-Éste es mi novio.

Áhi no más los agarraron a los dos, a la niña y a Juan sin Miedo y los echaron al corral de chanchos. Era en horas de la noche.

Al otro día temprano se levantaron los sirvientes del Rey, como de costumbre. Entonces devisaron, a corta distancia, un palacio mejor que el del Rey.

Y ése era el palacio de Juan sin Miedo que pidió a la piedra de virtud que le dio l'águila renga. Y áhi se casó con la niña y fue la admiración de todo el mundo. Y vivieron felices muchos años.

Agustín Cruz Bustamante, 40 años. Villa de María del Río Seco. Córdoba, 1952.

El narrador es nativo del lugar. Trabajador rural. Ha concurrido a la escuela local.

Villa María del Río Seco: Viejo pueblo del norte de Córdoba que conserva sus costumbres tradicionales y en donde nació Leopoldo Lugones.

Al cuento tradicional se han agregado otros motivos.

964. Los Tres Picos de Amores

LA RIOJA

Era un matrimonio de dos viejitos pobres. El viejito si ocupaba de pescar. Tenían un solo hijo que era medio chico todavía. Que el chico tenía un perrito y todos los días cuando volvía el viejito de pescar el perrito lo salía a encontrar él primero, antes que llegara a las casas.

Vivían de lo que pescaba el viejito y muchas veces pasaban hambre porque el viejito no sacaba ningún pescado.

En tantos días de pescar, un día sacó el viejito una trucha muy grande. Y al momento que la sacó le habló la trucha y le pidió dos cosas: que no la matara y que le iba a dar una virtud para que sacara siempre muchos pescados si él le daba lo que la trucha le pidiera. El viejito le dijo que cómo no, basta que le diera la virtud de tener siempre mucha pesca. Entonces le dijo que le tenía que dar el primero que saliera a recibirle cuando llegara a la casa. Y él le dijo que bueno, pensando que iba a ser el perrito.

Y el viejito la largó a la trucha y pescó muchísimos pescados. Y se vino a las casas y cuando llegó, el primero que lo salió a encontrar fue el chico.

Bueno... Esa noche el viejito no le dijo nada a la señora. Pero él no durmió en toda la noche pensando en lo que le había prometido a la trucha. Y bueno... Al otro día —735le contó, porque tenía que dir a la misma hora a la costa de la mar a pescar. Y le dice:

-Che, vieja, sabés qui ayer saqué una trucha muy grande. Y mi habló la trucha y me dijo que le salve la vida y que me iba a dar una virtud, que me iba a dar mucha suerte para pescar si yo le daba el primero que me saliera a encontrar cuando volviera a la casa. Y el primero que me salió a encontrar fue el chico. Y en plazo di un año lo tengo que entregar.

Y bueno, la madre se puso a llorar mucho, y no sabía qué hacer.

En todo el año el viejo pescó más pescados que nunca y tuvieron para comer y vender en abundancia. Cuando llegó el fin del año el viejo tuvo que llevar el chico. La madre queriendo y no queriendo tuvo que dejar que lo entregara, el padre.

Y bueno... Lo llevó al chico el padre. Cuando llegó a la costa de la mar, ande mesmo salió la trucha la primera vez, la trucha lo 'taba esperando ahí. Y se lo entregó al chico. Y la trucha se perdió en el agua con el chico.

Bueno... Esa tarde sacó los pescados más lindos. Bueno... Así que se fue, la señora 'taba llorando. Como sacaba siempre pescados de los mejores y vendía, pasaban bien la vida.

Y pasó el tiempo, hasta que llegó un güen día que el chico llegó a la casa. Qué más contentos 'taban el viejo y la vieja, que no lo esperaban. Y le dice el viejo:

-¡Mirá, vieja, nuestro hijo!

Y el chico 'taba lindo, bien vestido y ya mocito, hecho un joven. Y como las señoras son más curiosas, la madre le preguntaba de todo. Y le decía:

-Decime, hijo ¿cómo te tratan? Y, ¿ande vivís? Y, ¿quién está con vos?

—736

-Mamita -le dice el chico-, vivo solo. Lo que me acompaña es una sombra. Yo tengo lo que quiero porque tengo esta varita de virtud que me da lo que pido. La sombra anda conmigo y si acuesta también conmigo.

Y ahí no más el chico dice:

-Varita, por la virtud que Dios ti ha dado, dame una mesa bien servida. Almorzaron y ya el chico dijo que tenía que dirse.

La madre le dio unas pajuelas³⁰⁵ pa cuando 'tuvieran durmiendo y si acostara con él la sombra, él encendiera las pajuelas y viera quién era la sombra.

Y el chico, despidiendosé de los padres se fue. Y ya llegó a la orilla de la mar, y dice:

-Varita, por la virtud que Dios ti ha dado convertime en un pescado.

Y al momento s'hizo un pescau y se largó al agua. Y bueno, fue a salir donde él habitaba con aquella sombra. Esa noche, cuando la sombra se acostó con él, y él echó de ver que dormía, encendió una pajuela para verla. Entonce vido que aquella sombra era una preciosa niña, y él inoraba. Entonce él se quedó encantado mirandolá. Y ahí 'taba cuando se quemó la pajuela y le cae en la cara a la niña. Y claro, al caerle la pajuela caliente en la cara se despierta. Ya lo vido al joven y se da cuenta de todo, y le dice:

-Pícaro, ahora si querés verme tenés que dir a Los Tres Picos de Amores. Desapareciendosé la sombra, lo dejó al joven solo. Y dende ese momento el joven no durmió más. ¡Qué llorar y llorar y no soportaba nada!

—737

Bueno... Al otro día determinó viajar a Los Tres Picos de Amores. Bueno... Caminó todo el día y iba no más. Por ahí, en lo que va si acuerda de la varita de virtud que tenía. Le pega dos o tres golpes y le pide una mesa bien servida. Al momento tiene una mesa bien servida. Bueno... Come y sale de viaje. Camina una cierta distancia y devisa un feroz tigre que lo sale a atajar a la vuella³⁰⁶. Y él, claro, trata de disparar. Y en eso se sienta el tigre y lo llama. Y entonces s'hizo valor y se va donde 'taba el tigre. Cuando va llegando le dice al tigre:

-¿Qué quiere, señor?

Y el tigre le dice:

-Mire, joven, lo he llamado pa que nos reparta una res que tenemos muerta. Venga a verla. Somos unos cuantos los dueños y no la podemos repartir. Bueno... Si allega con el tigre a donde 'taba la res. Ahí 'taban un león, un perro, un águila, un halcón y una hormiguita. Y entonce pegó en el suelo con la varilla de virtud y dice:

-Varita, por la virtud que Dios ti ha dado, dame una espada que corte un pelo en el aire.

Al momento tuvo una espada que cortaba un pelo en el aire. Y ya le cortó el pecho a la res y le tiró al tigre -esa es la parte que más le gusta al tigre.

Y le dice al león:

-¿De dónde quiere usted, amigo?

-Déme de la ubre -le dice.

Y ahí le dio un güen pedazo.

Al perro que era un galgo, le dio un pedazo de los mejores. Le dio lo mismo al águila y al halcón. Cuando caminó unos pasos le dice l'hormiguita.

-Venga, amiguito, déme de comer.

Y entonces le dio un pedazo de grasa, qu'es lo que más le gusta a las hormigas.

Ya cuando repartió la comida a todos, se trató de dir. Entonces los animales lo llamaron y le dijieron que 'taban muy agradecidos y que le iban a dar una virtud cada uno.

-Saquemé dos pelitos di atrás de l'oreja y guardelós -le dice el tigre-.

Cuando se vea en un caso de peligro, diga: Dios y el tigre más peligroso, y ahí voy a 'star yo.

Y áhi el lión le dice, que le saque dos pelos di atrás de l'oreja, y que cuando lo necesite diga:

-Dios y el lión más poderoso -y ahí voy a 'star yo.

Y entonces l'águila y el halcón se sacan una pluma del ala y le dicen:

-Guarde esas plumas y cuando nos necesite diga: Dios y l'águila u el halcón más remontador y poderoso del mundo y ahí vamos dir a ayudarle.

Y ya se quiere dir y l'hormiguita le dice:

-Yo también le voy a dar una virtud. Cortemé una patita y la guarda. Cuando me precise a mí, diga: Dios y l'hormiguita más chiquita que haiga en el mundo. Y áhi voy a 'tar yo con otros de los míos.

La sacó la patita a l'hormiga y sigue viaje. Por áhi ya había caminado muy mucho, se siente cansado, y dice:

-Dios y el águila más remontadora del mundo.

Al momento tuvo un águila grandota y le dice:

-¿Qué quiere, mi amo?

-Quiero que me lleve a Los Tres Picos de Amores.

Y entonces l'águila le dice:

-Bueno, suba arriba mío y agarresé bien.

Y ya subió. Y ya comenzó a volar l'águila.

Y ya voló todo el día. Ya en la tarde, muy tarde, eligió un algarrobo l'águila, para alojarse. Bueno... Áhi se alojaron en la noche. El joven golpió la varita y le pidió comida y áhi comieron.

Al otro día volvió a remontar vuelo. Voló hasta cerca 'e las doce. Y bajaron a comer. Y después volvieron a volar otra vez. Bueno... Ya a la puesta de sol, había un bosque muy grande y áhi fue y si asentó l'águila. Entonces le dice:

-Quedan muy cerquita Los Tres Picos de Amores. Atrás de este monte 'tán. Bueno... Así que le dio las gracias al águila y agarró di a pie.

Fue y dio en la primera casa con dos ancianos muy viejos.

-Buenos días, madre vieja -dice.

-Buenos días, hijo -le dice la viejita-. ¿Qué andás haciendo por acá?

-Ando buscando trabajo, madre vieja -le dice.

-No, aquí no va a encontrar trabajo, hijo -le dice-. Usté, lo que va a encontrar es que va a perder la vida.

-¿Ah, sí? Madre vieja, ¿por qué voy a perder la vida?

-Porque hay un gigante brujo en este pueblo, y a todo desconocíu que cai

al pueblo tiene que matarlo.

Desayunó y le dio las gracias a la viejita, y le dice:

-Voy a salir a recorrer el pueblo.

Los viejitos no querían por ninguna plata que saliera. Bueno... Salió y conversó con algunas personas y l'informaron —740que el gigante brujo tenía muchas niñas encantadas y que por eso los hacía matar a los que iban.

Bueno... Se volvió pa la casa 'e los viejitos y áhi le dicen.

-¿Cómo li ha ido, hijo?

-Bien, madre vieja -le dice-. ¿Es verdá qu'el gigante tiene muchas niñas encantadas?

-Sí, hijo -le dicen los viejitos-. Pero es muy peligroso para sacalo porque es un gigante que ni los ejércitos lo pueden sacar.

Bueno... Esa noche durmió áhi. Al otro día temprano se fue para el pueblo.

Cuando iba cerca del palacio del gigante dice:

-Dios y l'hormiguita más chiquita del mundo.

Y se convirtió en una hormiguita chiquita y empezó a caminar y llegó al palacio. Y se comenzó a entrar por los ojos de las llaves. Hasta que llegó y encontró la niña encantada qu'era la sombra y que él iba buscando. Y entonce dijo:

-Dios y un hombre formau.

Y al momento s'hizo un hombre comu era. Cuando lo vio la niña lo reconoció y le dice:

-¿Qui andás haciendo?

Y él le dice:

-¿No me dijiste que si quería verte tenía que venir a Los Tres Picos de Amores?

-Decime vos -le dice-. ¿Cómo podría hacer para quitale la vida al gigante brujo?

Y la niña le dice:

-Él todos los días viene a las ocho a peiname. Y yo conversando le voy a preguntar a dónde tiene la vida, que él pelea con los ejércitos y no lo pueden matar. Entonce mañana —741te venís a esta misma hora y yo te voy a decir a dónde tiene la vida.

Bueno... Y se despide d'ella y se va. Y dice:

-Dios y l'hormiguita más chiquita -y se vuelve a hacer hormiguita y se va para la casa de los viejitos.

Al llegar a la casa dice:

-Dios y un hombre formau -y se volvió como era.

En la casa le dice la señora vieja:

-Y, ¿cómo ti ha ido, hijo?

-Bien -le dice-, mi han quedau de dar trabajo mañana, en el palacio del gigante. Mañana a la misma hora tengo que dir otra vez.

Así que al otro día se fue. Cuando 'taba cerca del palacio dice, Dios y l'hormiguita más chica del mundo. Al momento s'hizo una hormiguita. Y entró otra vez por los ojos de las llaves hasta que llegó ande 'taba la niña encantada que él buscaba. Entonce dice, Dios y un hombre formáu. Y se volvió como era. Depué que se saludaron él le dice a la niña:

-Y ¿qué te dijo el gigante brujo?

-Me dijo que tenía la vida en un güevo, en una paloma que 'taba adentro de

una liebre qu'estaba dentro de una gama y que la gama 'taba adentro de un toro negro que 'taba en una laguna muy lejo di aquí.
Bueno... Se despidió y se fue. Llegó a la casa de los viejitos. Se despidió también y salió a buscar la laguna. Cuando caminó un poco trecho dice, Dios y l'águila más remontadora.
Al momento tuvo una águila muy grande y subió en ella, y le dice:
-Me vas a llevar donde 'tá el toro negro que tiene la vida del gigante brujo.

—742

Bueno... Voló todo el día hasta que llegó a la orilla de la laguna. Esa noche alojó áhi, a l'orilla de la laguna.
Al otro día le dice a l'águila:
-Me vas a decir cuál es el toro que tiene la vida del gigante.
-Mirá -le dice-, el toro negro que anda pasteando allá, ése es.
Bueno... Se despidió de l'águila. Caminó unos pasos y dice, Dios y dos tigres de los más bravos que haiga en el mundo. Al momento 'tuvieron dos tigres y le dicen:
-¿Qué quiere mi amo?
-Quiero que me maten aquel toro negro que anda comiendo en la laguna. Y áhi no más se trenzaron a peliar. Y no lo podían matar. Pero al fin lo mataron.
Entonce el joven dice: Dios y l'espada más cortadora que haiga en el mundo. Y al momento tuvo l'espada mejor del mundo. La agarró y comenzó a despanzarlo con todo cuidau que no se juera a disparar la gama, pero cuando lo 'taba abriendo saltó la gama y disparó.
Entonce el joven dice: -Dios y los lions más cazadores y bravos del mundo. Y al momento llegaron dos lions y mataron la gama.
En lo que la 'taba despanzando saltó la liebre y se disparó.
Entonce el joven dice, Dios y los perros más ligeros del mundo. Y ahí llegaron los perros más veloces y la corrieron a la liebre y la mataron, y la abrió y le sacó la paloma.
A todo esto el gigante 'taba muy enfermo, que nu había dotor que lo mejorara.
Por áhi se l'escapó la paloma de la mano al joven y voló.

—743

Entonce el joven dice, Dios y l'halcón más cazador del mundo. Y al momento llegó un halcón y la sacó por matar y la mató. Así que áhi la abrió el joven y le sacó el güevo qu'era la vida del gigante. Se fue ande taba el toro y le cortó las aspas al tronco. También las llevó.
A todo esto el gigante ya 'taba en parte de muerte.
Bueno... Haciendo todo eso, dice el joven, Dios y l'águila más remontadora. Al momento tuvo una águila en su presencia y le dice:
-¿Qué quiere mi amo?
-Quiero que me llevés a Los Tres Picos de Amores.
Y remontó el vuelo l'águila con el joven hasta Los Tres Picos de Amores.
Bueno... Llegó a la casa de los viejitos. Y ya le preguntaron cómo le ha ido. Y esa noche alojó áhi. Al otro día les dice:
-Yo me voy a caminar por el pueblo.
Bueno... En el pueblo 'taba todo lleno qu'él gigante se 'taba muriendo. Y ya se dejó decir el joven qu'él era capaz de curalo. Entonces llegó donde

'taba el gigante y sacó el güevo y se lo enseñó. Y le dice el gigante:
-¡Dameló! Te doy toda mi fortuna y mis palacios con tal que me des el güevo.

Y agarró y se lo sacudió por la cabeza y s'hizo tira el güevo. Al hacerse tira el güevo, se cortó³⁰⁷ el gigante. Sacó las aspás³⁰⁸ del toro y también se las tiró por la cabeza.

Bueno... Y ya le sacó las llaves de la cabecera y abrió todas las puertas y sacó la niña encantada qu'él quería, primero, —⁷⁴⁴y después sacó todas las otras niñas que tenía encantadas, también.

Bueno... En el pueblo l'hicieron un gran agasajo, le dieron una comilona por l'hazaña qui había hecho, que los libró a todos del gigante.

Bueno... Y el pueblo le pidió que se casara con la niña qu'él quería. Y se casaron. Y hicieron grandes fiestas. Y él trajo a sus padres a vivir con él.

Bueno... Y el joven quedó dueño d'esa ciudá, de Los Tres Picos de Amores. Y yo me vine para acá, y él 'tará todavía en Los Tres Picos de Amores.

Luciano Bulacio, 39 años. Santa Isabel. La Pampa, 1955.

El narrador aprendió éste y otros cuentos de su padre, que era oriundo de El Algarrobo del Águila, La Pampa. Siempre vivió y trabajó en el campo. El cuento amalgama motivos de otros cuentos.

—⁷⁴⁵

Nota

Difusión geográfica del cuento

Nuestro cuento de Los Tres Picos de Amor con sus numerosas versiones y variantes tiene gran difusión en la Argentina. Entre otros, contiene los siguientes motivos:

A. Un joven muy valiente desencanta a una princesa, que se convierte en su esposa, después de afrontar pruebas sobrenaturales.

B. Por causas diversas, generalmente por quebrantar prohibiciones, la esposa debe marcharse hacia la fabulosa ciudad —⁷⁴⁶de Los Tres Picos de Amor de donde debe rescatarla el esposo.

C. El héroe parte en busca de la esposa. En el muy difícil viaje es ayudado por objetos mágicos, sombrero, botas, capa, por el consejo de ancianas, por los vientos, por animales. Es transportado en último término por una águila vieja a la que tiene que alimentar hasta con su propia carne.

D. Llega en el momento en que la esposa va a casarse nuevamente. Se identifica por medio de objetos mágicos como el anillo y el pañuelo que ella le dejó al partir y así se vence definitivamente el encanto.

En las diversas versiones aquí reunidas hay interpolaciones de cuentos y de motivos diversos. Está difundido en los pueblos de Occidente y en América. Es el tipo 400 de Aarne y Aarne-Thompson. Ver Pino Saavedra, I, p. 390.

La ranita encantada. La lorita y la paloma encantadas
7 versiones y variantes

Cuentos del 965 al 971

965. La ranita encantada

SANTIAGO DEL ESTERO

Diz que era una niña de virtù que se trasformaba en persona y también se trasformaba en rana, y que se ponía en la tinaja con agua, a cantar. Y que cantaba muy lindo. Nunca habían óido cantar así. Y áhi cuando la oían cantar, pedían permiso para oírla cantar a la niña. Cuando la vían que era rana, naide la quería. Y bueno, tanto que la oiban, venían a ver la niña que cantaba tan precioso. Vino uno, y cuando vio que era una ranita le dio un latigazo y la dejó la pancita pa arriba. Y que la ranita los saltos no más, saltó a la tinaja, y se quedó otra vez áhi.

Y todos los días hacía lo mismo, cantaba. Y todos los que pasaban venían a ver esa niña que cantaba tan lindo.

Y al fin vino uno. Diz que era un Príncipe. Y vino cuando oyó el canto ése. Diz que pasaba por el camino. Y el Príncipe no le tuvo asco, y li habló a la ranita y la vido así, animalito. Y le dijo que se quería casar con ella. Y entonces ella le dijo que era una niña encantada y que cuando se casara se iba a dehencantar³⁰⁹.

—750

Y prepararon todo para casarse. Y después de eso, ya llegó el tiempo en que se tenían que casar. Y entonces ese día se transformó en una niña muy linda, vestida toda de oro y de seda, y muy llena di alhajas.

Y bueno, el día de la boda, que hicieron un gran banquete y entonces invitaron a reyes de todas partes. Y la novia, toda la comida que le ponían, no comía y se la echaba al seno. Como era de virtù, no podía comer. Y bueno, a la hora que ya han terminau de estar en la mesa, que ya han preparau el baile, y que la gente ha dicho:

-¡Que bailen los novios! ¡Que bailen los novios primero!

Y ellos han salíu a bailar. Y di áhi, en las vueltas que daba, que volcaba lo que tenía en el seno, y todo se trasformaba en perlas y oro y diamantes, y que ella redamaba³¹⁰ por todas partes. Y todos los invitados si han ido con ese gran regalo qui ha hecho la niña de virtù, que ya no se hizo más rana, porque así se dehencantó.

Y diz que una vecina di áhi ha querido hacer lo mismo. Cuando si había

casau, ha echau la comida en el seno. Y que piden que baile. Y ya ha bailau. Dice qui ha comenzau a volcar comida. Que caiba un puchero por un lau, otro puchero por otro, y asáu, y empanadas, y ensuciaba a todos. Y claro, si no era de virtù no podía hacer eso, ella, como la otra.

Dominga Lescano, 48 años. Quimilár. Ambargasta. Ojo del Agua. Santiago del Estero, 1951.

La narración es una variante del cuento tradicional La ranita encantada.

Termina con un motivo del cuento de las hermanas envidiosas.

—751

966. La sapita encantada

CATAMARCA

Eran tres hermanos, hijos di un Rey. Salieron a rodar tierra. Uno tomó para el oriente, otro para el occidente y otro pal este.

El shulco se quedó atrás de los mayores, ¿no? Se quedó en el campo porque sentía cantar una canción muy hermosa. Y no siguió más adelante porque se quedó encantado de ese canto. Tantos días estuvo y más se iba aproximando y no podía saber en dónde cantaba una mujer. No sabía. Bueno... Porque va llegando y llega a una choza. Había en una piecita, una viejita, muy viejita. Y le dice:

-Señora -le dice-, ¿es aquí ande canta una niña?

-Sí -dice.

-¡Ah!, vengo a pedir la mano de ella, porque m'hi enamorado sólo con la voz que tiene tan melodiosa, tanto que m'hi concentrado di amor, que sin conocerla vengo a pedirla.

-Pero, niño -le dice-, ¡cómo se va a casar si es una sapa, que la tengo dentro de una tinaja!

Bueno... Entonce...

-Nu importa. Sea sapo, sea escuerzo, sea lo que se fuese, yo la llevo

-dice el Príncipe.

—752

Bueno... La premia a la viejita, alza la tinaja y la lleva en la cabeza.

Cuando ya iban cerca de la comarca del Rey, del padre, le dice la sapa:

-Tírame. Tírame al suelo.

Era una laguna grande. Iban pasando.

-Tírame al suelo -le dice.

-No, sapita, te vas ofender311.

-No, tírame, tírame -que le dice.

La tira al suelo. Pega un salto, entra a la laguna. Queda llorando el Príncipe. Claro, dice:

-Ésta ya se junta con todos los sapos. No va volver más.

Entonce, di allá, comu a las tres horas, sale. Sale un cortejo di una princesa acompañada con toda la corte de sus princesas. Con seis caballos blancos y una carroza y la princesa iba adentro con todas las damas.

¡Qué!, queda encantado el Príncipe. Y áhi no más lo viste a él. Iba pobre, claro, tanto tiempo sin cambiarse, sin nada.

Y ya llegaron al reino. Y ya se la iba a llevar al Rey a la Princesa. Y se echaron a vuelo las campanas. Y salió el Rey. Y li ha llevado un obsequio la sapa. Una camisa que manos no habrán tocado, de hermosa. Y botones de oro, encima, bien encartonada, bien lustrada.

Y ya llegaron los dos hermanos mayores. Y fueron a presentar las yernas que iban a ser para el Rey.

—753

Entonce ya preparan el banquete. 'Taban todos. Ellas también traiban regalo pero ni se parecían al regalo de la sapita.

Todos los güesitos de gallina que comía, de paloma, en fin, de pato, la Princesa iba poniendo en el ajuar, a la vuelta³¹². Y las otras princesas hacían lo mismo, la imitaban a la señora del shulco.

Cuando ya terminaron de comer, ya tocaron la banda para que bailen. Salieron a bailar. En las primeras vueltas, la Princesa del Príncipe, la sapa, cerró la primera vuelta, se llenó la casa de claveles. En la otra vuelta se lleno la casa de diamelas. Y en la otra vuelta se lleno la casa de jazmines. En cambio cuando bailaban las otras saltaban los güesitos como se los habían puesto no más. Áhi se dieron cuenta que esta Princesa tenía una virtud que no tenían las otras, y que por eso había estado encantada.

Y yo estuve en la fiesta y no me convidaron nada, y yo m'hi venido para acá.

Ramona Virginia Villafañe de Coronal, 86 años. San Fernando del Valle de Catamarca. Catamarca, 1968.

—754

967. La lorita encantada

LA RIOJA

Había habido un rey que tenía tres hijos, y este rey todos los años peliaba con los moros. Y peliaban también los dos hijos mayores. El shulco no salía al combate. Los dos hijos, ya cansao de peliar le dicen al pagre que porque no lo hace peliar al hermano menor. El pagre les contesta que cómo no.

Cuando lo manda a peliar, al shulco, él le dice al pagre:

-Si de cuanta me había mandau, de cuanta me había ido.

Entonces, un día vienen los moros, los indios³¹³, de nuevo, a peliar, y sale el mozo al combate y los vencieron.

Después el pagre lo manda que se vaya para otras tierras a seguir peliando.

Cuando llegan áhi, pelian la miseria³¹⁴ de un año. Después se hacen amigos de los moros, porque este mozo era muy bueno, y se quedan en esas tierras. Los soldados que llevaba el mozo se casan todos con las moras.

—755

Un día estaban comiendo, y siempre que iban a merendar se bajaba de un árbol una lorita muy linda. Ese día, otro de los generales que llevaba el mozo, le dice si por qué no se casaba.

Y él le contesta:

-¿Si con quién? -que áhi todas las mujeres eran moras.

-Y di áhi -le dice el otro-, con esa lorita. Vea, yo sé que con ella va hallar buena suerte, porque es una niña que está encantada.

El mozo se casa y luego vuelve a sus tierras. En el camino encuentra tres jóvenes que lloraban la muerte del pagre y no tenían para enterrarlo y pagar las deudas. Como el mozo tenía buen corazón, se compadece y les da todo lo que necesitaban.

Sigue después su camino. Llega a su tierra. Lo reciben muy bien los pagres. Todos la conocen a la lorita y la querían mucho, porque era muy linda.

Ya habían pasau la miseria de dos años y la lorita seguía igual. Un día le dice a su marido que al otro día iba a terminar su encantamiento y volvería a ser otra vez niña. Pero que no deje dentrar a la casa a nadie, porque había una vieja hechicera que le quería el mal, y la iba a llevar al fin del mundo.

El mozo pone guardias por todas partes para que no dentre nadie a su casa. Pero la vieja hechicera se hizo un gato negro, igual a uno que había en la casa y así dentró no más sin llamar la atención. La cazó a la lorita y después se volvió pájaro y la llevó no más para el fin del mundo. Como el mozo le había tomau cariño, sale a buscarla. Ya había andau la miseria de tres años, preguntando por todos lados sin tener noticias. Cuando llega a una casita, llama, y sale un viejo bien viejo, y le dice:

—756

-¡Qué anda buscando, amigo! ¿Qué anda haciendo que ha llegau por aquí?

-Mire, ando buscando a mi mujer, que una hechicera me la llevó al fin del mundo, y quiero saber dónde queda ese lugar.

-Mire, mozo, yo no sé, pero pueda que sepa mi hermano mayor. Como la casa queda de aquí cien leguas, yo le presto mi caballo.

El mozo toma el caballo y sale arrancando montes por esos caminos donde no había alma viviente. Anda y anda hasta que va a rayar a otra casa. Áhi le sale al encuentro otro viejo que ya estaba chuchuquiendo de viejo. Lo recibe muy bien, le sirve comida que el mozo no había probau en su vida, le da a donde descansar, y al día siguiente cuando despierta, encuentra todo distinto.

La casa y la gente eran otros, ya no estaba el viejito, sino un joven que le dice:

-Mire, yo le entrego su mujer que ahora es esta niña tan linda, y le doy esta troja³¹⁵ para que se vayan a su pueblo. Aquí es el fin del mundo y Nuestro Señor me da permiso para darle este pago, por el favor que les hizo a mis hijos allá en la tierra. Así premia Nuestro Señor a todos los que tienen buen corazón.

Y como me ha pedío un cuento, áhi ha ido ese cuento.

Alfredo Torres, 72 años. Puerta de la Quebrada. Capital. La Rioja, 1950. En este cuento de La esposa encantada encontramos motivos del muerto agradecido.

—757

LA RIOJA

Éste que era un viejo y una vieja que tenían tres hijos. Un día el mayor dice:

-Déme la bendición, mi pagre y mi magre, que me voy a rodar tierras. Le dan, y se va. Ya cuando anduvo unos días, llegó a la casa de un viejito que era Tata Dios y le pregunta:

-¿Dónde va, amigo?

-En busca de conchabo.

-¿Quiere que yo lo conchabe?

-¡Cómo no!

-Bueno, va a ir en este burrito y va a llevar esta cartita. Donde se hinque³¹⁶ el burrito, tire la cartita y vuelvasé.

Se fue, cuando de repente dio con un río crecido. Lo picaba y sujetaba al burrito, y no se animaba de entrar.

-Y bueno, aquí le voy a decir al viejito que se hincó el burrito -dijo, y tiró la carta el río y se volvió cantando.

—758

Cuando llegó le preguntó el viejito:

-¿Cómo le fue, amigo?

-Bien.

-¿Se hincó el burrito?

-Sí, se hincó.

-¿Tiró la cartita?

-Sí, la hi tirao.

-Bueno y ahora que más quiere, ¿una carga 'i plata o un Dios se lo pague?

-Pero, una carga 'i plata. ¿Qué voy hacer con un Dios se lo pague?

Bueno, le dio la carga 'i plata, y dio la vuelta al pago.

Va por el camino, oye cantar una niña hacia un alto. ¡Pero divinamente cantaba! Se va y se encuentra con una viejita.

-¿No me dijera máma vieja, quién es esa niña que canta tan bien?

-Pero, m'hija María Celedonia. ¿Quién más va ser?

Se trataba de una niña que estaba en encanto, en forma de sapita.

-Demelá para casarme.

-No, joven, ya han veníu otros tamén, y no se la hi dao.

-Yo me voy a casar.

Entonces la llama:

-María Celedonia.

-¡Señora! -contesta y sale la sapa encantada.

-¿Ésta es su hija?

-Ésta es m'hija.

—759

-¿Ésta es la que canta?

-Ésta es la que canta.

Le pega una patada el muchacho y dice:

-¿Quién se va a casar con este animal?

Se fue.

La vieja se quedó llorando.

Volvió a la casa muy platudito.

Y viendo esto el otro hijo, el del medio, les dice:

-Déme la bendición mi magre y mi pagre, que me voy a rodar tierra.

Bueno, se fue. Siguió el mismo camino. Fue pasando por la casa del viejito. Lo llamó:

-¿Dónde va, amigo?

-En busca de conchabo.

-¿Quiere que yo lo conchabe?

-Bueno.

-Se va en este burrito y lleve esta cartita. Donde se hinque el burrito tire la cartita y vuelvasé.

Se fue y dio con el mismo río que dio el otro hermano. Hizo lo mismo.

Picaba y sujetaba el burrito.

-Bueno, aquí no más le voy a decir que s'hincó el burrito. Tiró la carta al río y se volvió.

-¿Cómo li ha ido, amigo?

-Bien.

-¿S'hincó el burrito?

-S'hincó.

-¿Tiró la cartita?

-Sí, la hi tirao.

—760

-¿Qué más quiere? ¿Una carga 'i plata o un Dios se lo pague?

-Pero, una carga 'i plata. ¿Qué voy hacer con el Dios se lo pague?

Tomó rumbo al pago.

Cuando de repente siente que cantaba muy lindo una niña, hacia un alto. Se va y da con una viejita.

-¿No me dijera, mama vieja, quién es esa niña que canta tan lindo?

-Pero, m'hija María Celedonia, ¿quién otra va ser?

-Demelá para casarme.

-No, joven, no se la voy a dar, ya vino otro joven primero y lo que hizo fue de darle una patada.

-No, yo no voy hacer eso.

Bueno, la llamó:

-María Celedonia.

-¡Señora! -dijo, y sale la sapa saltando.

-¿Ésta es su hija?

-Ésta es m'hija.

-¿Ésta es la que canta?

-Ésta es la que canta.

-¿Quién se va a casar con este animal? -dijo y le pegó una patada y la tiró adentro un pozo con agua, y se fue.

Cuando volvió éste a la casa, el shulco no quiso ser menos, y dijo:

-Yo también me voy a rodar tierras.

-Que no ti has dir, sos chico -le dicen.

-¿Cómo los otros han ido y han vuelto? Quiera que no, yo me voy. Démen la bendición.

—761

Bueno, le dio el viejo, menos la vieja. Y se fue, también, como los otros.

Siguió por el mismo camino.

Fue por la casa del viejito.

-¿Dónde va amigo?

-En busca de conchabo.

-¿Quiere que yo lo conchabe?

-Y güeno.

-Suba en este burrito, lleve esta cartita. Donde s'hinque el burrito, tire la cartita y vuelvasé.

Se fue. Dio primero con dos individuos que estaban colgados de la lengua.

Luego, con el río crecido con agua. Picaba y sujetaba el burrito. Por fin se entró. Se paró la crecida y pasó. Luego dio con otro río crecido con sangre. Picaba y sujetaba el burrito. Por fin se entró. Se paró la sangre y pasó. Después había un río crecido con leche. Se arrimaba y no se animaba a pasar. Por fin entró. Se paró la leche y pasó. En seguida pasó por un boliche donde estaban chupando y bailando con acordeón. Lo instaron muy mucho hasta que se bajó. Le convidaban vino y nada quiso. Pasó, y nada de hincarse el burrito. Llegó allá lejos a una pampa grande, donde estaba un toro blanco, gordo como pa rajalo con la uña. Cuando pasó delante 'el toro, se hincó el burrito. Tiró la cartita y se volvió. El viejito, Tata Dios, sabía todo, y cuando llegó le dijo:

-¿Cómo li ha ido, amigo?

-Bien.

-¿S'hincó el burrito?

-Sí, s'hincó.

-¿Tiró la cartita?

-Sí la hi tirao.

—762

-Ahora, qué más quiere, ¿una carga 'i plata o un Dios se lo pague?

-Un Dios se lo pague.

Le dice el viejito:

-¿Qué ha visto por el camino?

-Lo primero que vi fueron dos que estaban colgaos de la lengua.

-Ésos son tus hermanos que están condenados porque mintieron.

-Después un río crecido con agua.

-Ésas son las lágrimas que derramaron tus padres cuando salisteis.

-Después un río crecido con sangre.

-Ésa es la sangre que perdió tu madre cuando nacisteis.

-Más allá un río crecido con leche.

-Ésa es la leche que has mamao cuando eras chico.

-Después estaban unos chupando y bailando.

-Ésos son los demonios. Áhi está tu madre condenada por no haberte dao la bendición.

-Y más lejo había una pampa grande y había un toro blanco muy gordo. Áhi s'hincó el burrito y tiré la cartita.

-Ése es tu padre que está en gracia de Dios porque él te dio la bendición.

Bueno y se vino el mocito a la casa sin más que el Dios se lo pague.

Cuando vino pasando junto al alto, oyó cantar esa niña, tan lindo, que el que la oía quedaba maravillado. Se fue a la casa de la viejita y le dice:

-Güenas tarde, mama vieja. ¿Me dijera quién es esa niña que canta tan lindo?

-Pero, m'hija María Celedonia. ¿Quién otra va ser?

-Demelá para casarme.

—763

-No, joven, ya han venío otros dos y me la han pedío y lo que han hecho es darle una patada y se fueron.

-No, mama vieja, yo no voy hacer eso. Yo me voy a casar.

Tanto instar, le dijo que bueno, la vieja, y la llamó:

-María Celedonia.

-¡Señora!

Salió la sapita saltando.

-¿Ésta es su hija?

-Ésta es m'hija.

-¿Ésta es la que canta?

-Ésta es la que canta.

Como le prometió casarse, se casó áhi no más. Y la sapa se metió en el pozo y él quedó mirandolá. En este transcurso los hermanos ya se casaron. Ellos sabían, como también sus padres, que éste se casó con la sapa.

-Qué -dice el viejo un día-, voy a ver cuál de mis tres nueras es más hábil.

Les pidió una camisa a cada una.

Cuando recibió el pedido el esposo de la sapa, se puso a llorar junto al pozo. Sale la sapita y le preguntó:

-¿Por qué estás tan triste?

-Porque mi padre me pide que le mandés una camisa y vos, ¿qué camisa vas a hacer?

-Dejá no más. No tengás cuidao.

Se entró al pozo y en seguida salió con una camisa sin costura, pero muy linda, y la mandó.

Las otras le mandaron unas camisas de lienzo, pero muy fieras.

—764

Las tiró, el viejo, y se puso la de la sapita. En seguida se le ocurrió al viejo otra vez de tener una manta hecha por sus nueras y se las pidió.

Otra vez, muy lloroso, el esposo de la sapita se puso a llorar junto al pozo. Sale la sapita y le dice:

-¿Por qué llorás?

-Cómo no voy a llorar, mi padre me pide que le mandés una manta y vos ¿qué manta vas a mandar?

-Dejá no más, no llorés.

Se entró al pozo. Dentro de media hora sale con una manta de vicuña que cabía en una cáscara de nuez. Se la mandó. ¡Qué!, las otras le mandaron unos chuses³¹⁷ por manta. Los tiró el viejo y se quedó con la de la

sapita.

Bueno, ahora se le ocurrió a los viejos de conocer a las nueras, Los invitaron a los tres hijos pal cuatro de agosto con las mujeres.

Otro lloro pal esposo de la sapita. Se sentó al lado del pozo a llorar sin taparse la cara. Sale la sapita, saltando.

-¿Por qué estás tan triste?

-¿Cómo no voy a estar triste? Dicen mis padres que vamos con las nueras.

¿Cómo te voy a llevar?

-No tengás apuro. Dejá de llorar. Ite pa dentro. Ya salgo yo.

Se fue. Dentro de media hora lo habla la sapita y salió. Se dio con otra

pieza, con cortinas de seda, puertas de vidrio y qué sé yo. Detrás de otras cortinas, una niña, pero sumamente linda. Entró el joven. Se abrazaron y se besaron y qué sé yo.

—765

Le tenía un hermoso traje, relós, sombrero de paja. Recién conoció a su esposa que con el Dios se lo pague, la sacó del encanto. Al frente había un coche que ni el Rey con ser Rey lo tenía. Macanudo, ¿no?

Los otros hermanos ya estaban en la casa, haciendo farsa del esposo de la sapa; decían cómo la irá a traer. ¿En un vaso con agua? En un mate 'e porongo será mejor.

Bueno, se fueron. Cuando se enfrentaron a la casa, salían los viejos poniéndose la mano en los ojos por el reflejo del coche. Las otras nueras eran unas mujeres más bien feas, y la sapita toda una hermosura, ¿no?

Bueno, los viejos de contentos que se caían y se levantaban.

Para este recibimiento se hizo un baile. Que había cabritos, chanchos, pavos asados, empanadas, locro y vino. Cuando en la mesa la sapita comía, guardaba los huesitos en el pecho. Las otras mujeres hacían lo mismo. Cuando la sapita bailaba, caían los huesitos hechos moneda. Corrían los pobres y las alzaban. Y cuando bailaban las otras, les caían huesos no más. Corrían los perros y los comían. Hubo mate también. Y hasta yo me encontré por la cocina. Y de ahí vine a contar el cuento. Y sale por un zapato roto, que usté me cuente otro.

José G. Roldán, 59 años. Tasquín. Vélez Sarsfield. La Rioja, 1950.

El cuento tradicional de La ranita encantada se ha ensamblado en el cuento de El camino del cielo o La carta.

—766

969. La sapita encantada

SAN LUIS

Había una señora que tenía una hija muy donosa y que cantaba muy lindo, como no cantaba nadie, pero tenía un encanto. El encanto que tenía era que cuando venían los jóvenes y tenía que salir, figuraba en sapa. Y sólo iba a perder el encanto cuando un joven s'enamorara d'ella y se casara.

El Rey d'ese lugar tenía tres hijos. El mayor cuando supo que esta niña era tan bonita se fue para casarse con ella. De lejos la oían cantar y era un gusto la voz que tenía. Y cuando llegó la madre le dijo:

-Aquí 'tá m'hija -y vino una sapita a los saltos.

Entonces el hijo del Rey dijo:

-¡Qué me voy a casar con un animal tan asqueroso! -y se fue.

Después vino el otro hijo, el segundo. Y volvió a salir la sapita y también dijo:

-¡Qué me voy a casar con este bicho tan fiero!

Por fin vino el hijo menor. La oía cantar y él creía que oía un ángel.

Llegó a la casa y la madre la llamó a la hija, y vino la sapita. Y a él le gustó y comenzó a acariciarla. —767Y dijo que era bonita y que cantaba tan lindo que él s'iba a casar con ella, no más.

Entonce la familia del Príncipe le decía que cómo s'iba a casar con un animal.

Él dijo que s'iba a casar no más.

Entonce los padres le dijeron que si se casaba, que no juera a presentarse con ese bicho, allá. Y él se casó no más. Después que estuvo casado él con ella, la sapita le dijo que la llevara a una laguna que había áhi cerca. Entonce la sapita le dijo que se sentara áhi, que ella ya iba a venir.

La sapita se tiró al agua. Al ratito, cuando el joven quiso ver, la laguna se convirtió en un gran palacio tan lindo que ni el Rey lo tenía. Y la sapita salió figurada en una niña tan linda y elegante como no había otra.

El Príncipe se puso contentísimo y la quería cada día más a la señora.

Entonces le mandó decir a los padres que tal día iba a ir con la señora.

Ellos le mandaron decir, ¡que ni apareciera con ese bicho!

Entonce se jueron no más en un coche que brillaba contra el sol. Y cuando la sirvienta del Rey vio este coche, corrió y les avisó. Y salieron el Rey y la Reina a ver quién llegaba con ese lujo. Y ya vieron qu'era el hijo. Y se quedaron fríos cuando vieron que bajaba con el hijo una señora tan linda y elegante.

Y entonce les dijo el hijo:

-Padres, yu hi venido con mi señora pa que ustedes la conozcan, y acá 'stá.

Y ya salieron los hermanos también, y ellos'taban arrepentidos de no haberse casado con la sapita.

Y los padres decían:

-¡Y cómo lo publicaban tanto que era un bicho tan fiero, esta niña, si es tan preciosa!...

—768

Entonce el joven les contó qu'era un encanto. Que 'taba encantada. Y que cuando un príncipe se casara con ella s'iba a figurar en la niña qu'era.

Y ya jueron al palacio y vieron todas las riquezas qui áhi tenían.

Y ése jue el premio del hijo del Rey, que jue güeno y no le tuvo asco a la ranita.

Tomasa Muñoz de Leonti, 56 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1943. Buena narradora. Campesina originaria del lugar.

—769

970. La sapita Isabela

CORRIENTES

Una señora criaba en su casa a una sapita a quien llamaba Isabela. La sapita cantaba muy bien, y cierta vez, al pasar cerca, de allí tres hermanos, escuchan su canto y se enamoran. El mayor llega hasta la puerta y golpea. Es atendido por la señora, a quien pide conocer a la dueña de tan bella voz, para casarse con ella. La señora llama a la sapita Isabela y la sapita dá un saltito y llega hasta la puerta. El joven al verla se desilusiona y se va. Lo mismo le ocurre al segundo. Por fin, el menor, que

también quiere conocerla como sus hermanos, pide a la señora que se la deje ver. Este joven no se desencanta y le pide a la señora, la sapita Isabela para llevarla y casarse con ella. La dueña dice que bueno, y el joven se va con la sapita.

Después de recorrer largos caminos se acercan a una laguna. Al llegar a la laguna la sapita se tira al agua, y cuál no sería la sorpresa del joven al ver salir del agua a la sapita convertida en una hermosa niña, vestida con vestido de oro y de perlas.

Se casaron y fueron felices y comieron perdices.

Petronila Palacios, 78 años. Colonia 3 de Abril. Bella Vista. Corrientes, 1950.

La narradora dice que aprendió el cuento de la abuela, que era más largo, pero que ella ha olvidado algunas partes. La narradora es semiculta.

—770

971. La pluma de la palomita

La princesa encantada

LA PAMPA

Había una vez un príncipe que cabalgaba cerca de un río, cuando sintió que alguien cantaba con una vocesita muy dulce.

Se acercó sin hacer ruido y vio a una hermosa paloma que bebía agua del río.

El Príncipe sorprendido le preguntó quién era, y la paloma le dijo que era una princesa que había sido transformada en paloma y que seguiría así hasta que alguien la fuera a buscar a un misterioso lugar, al que sólo se podía llegar por el sendero de las tentaciones.

Sin agregar una palabra más, se sacó con el pico una pluma que tenía virtud. Se la entregó al Príncipe y emprendió vuelo desapareciendo.

El joven montó a caballo y le pidió a la pluma que le indicara el camino que debía seguir para rescatar a la Princesa. Entonces la pluma le dijo que debía seguir siempre adelante, sin retroceder jamás, hasta que llegara a un lago.

Tanto anduvo el Príncipe que sintió sé, cuando escuchó una voz que le decía:

—771

-Volvete que aquí hay agua... pero siguiendo los consejos de la pluma, no quiso retroceder.

Siguió andando y comenzó a sentir hambre, y otra vez escuchó una voz que lo tentaba diciéndole:

-Volvete que te daré alimentos... pero el joven siguió adelante.

A medida que caminaba, se le presentaban muchas tentaciones a las que el Príncipe siempre supo vencer.

Por fin llegó a un lugar maravilloso, en el que había un hermoso lago, y allí vio a la palomita que lo estaba esperando. Se aproximó y arrojó la pluma al lago y entonces a la paloma se le empezaron a caer las plumas y se transformó en una linda joven.

El Príncipe se enamoró de ella y la llevó a su palacio en donde se casaron y fueron felices.

Santiago Careggio, 38 años. Arata. La Pampa, 1950.

Variante del cuento La ranita encantada. La narración es esquemática.

—772

Nota

Difusión geográfica del cuento

Nuestro cuento con sus variantes tiene gran extensión en Europa y en América; igualmente en la Argentina. Entre otros tiene los siguientes motivos:

A. Una hermosa niña que canta con una voz maravillosa está encantada en forma de rana (en una versión es una lorita y en otra una paloma).

B. Tres hermanos, hijos de un rey, son atraídos por su canto. Los dos mayores, cuando descubren que es una ranita, la —773desprecian y la maltratan. El menor se enamora de ella, se casa y la desencanta. La joven posee virtudes mágicas.

C. El padre pide a los hijos tres prendas especiales. Con la ayuda de su esposa, el menor presenta las mejores.

D. Los tres hijos se presentan al palacio con sus esposas. El menor, por parte de la suya, lo hace en forma fastuosa.

E. En la fiesta, la joven desencantada guarda huesitos en el pecho, que al bailar, saltan en forma de flores o de joyas.

Nuestro cuento es el Tipo 402 de Aarne, de Aarne-Thompson y de Boggs.

Véase el estudio de Espinosa, III, pp. 54-56 y de Pino Saavedra, I, 391-393.

—[774] —[775]

El zorro y el gato

(Cuento 441 del Tomo II)

—[776] —777

441. El zorro y el gato318

JUJUY

El zorro ha ido a la casa del gato, y lo ha invitau el gato con un queso muy rico y otras comidas.

-¿De dónde saca esta comida tan rica, compadre? Eran compadres, en aquel tiempo, el zorro y el gato.

-Yo tengo una despensa ande como todo lo que quiero y saco todo lo que necesito.

-Mi ha de llevar compadre, que necesito ver eso y sacar algunas cosas pa reserva.

-No, compadre, los perros lo van a olfatiar, usté sabe que lo conocen muy bien y los van a matar a los dos. Usté es muy peligroso.

-No se priocupe, compadre, yo me sé defender y corro muy ligero y con mañas pa que no mi agarren. Llevemé no más y no tenga cuidau.

El gato li ha hecho caso al zorro y han ido a la despensa di una casa de ricos. Que la despensa tenía toda clase de comida y en gran abundancia. Tenía un aujero chico por donde entraba el gato. Por áhi tenían que entrar. El gato entró con facilidad. El zorro se tuvo que estirar un poco pero entró bien. Y han empezau a comer. El gato comía poco —778y salía a cada momento por el aujero para ajuera. El zorro le preguntó por qué salía.

-Salgo pa ver si hay alguna novedá y poder disparar, pero nu hay nada. Todos están durmiendo.

El zorro que tenía mucho hambre comía y comía y también tomaba mucho vino. Y ya se puso machadito³¹⁹ y quería cantar.

-Compadre, no vaya a cantar que los van a avanzar los perros y los van a matar.

-No tenga cuidau decía el zorro.

El zorro machau y contento como taba con la panza llena largó un canto bien juerte. Lo oyeron los perros y corrieron a la despensa. El gato salió como una flecha por el aujero. El zorro también quiso salir, pero como taba con la panza tan hinchada se quedó encajau y los perros lo mataron. Y así se murió el zorro que se cree tan vivo y pierde la cabeza.

Santiago Vargas, 28 años. El Cucho. Capital. Jujuy, 1957.

Peón hachero.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

